

R. P. MARIN
—
LAS VIDAS
DE LOS PADRES
DE LOS DESIERTOS

1

BX2677

M3

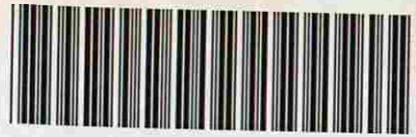
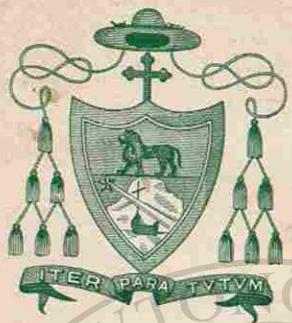
1891

V. 1

C. 1

45628

009056



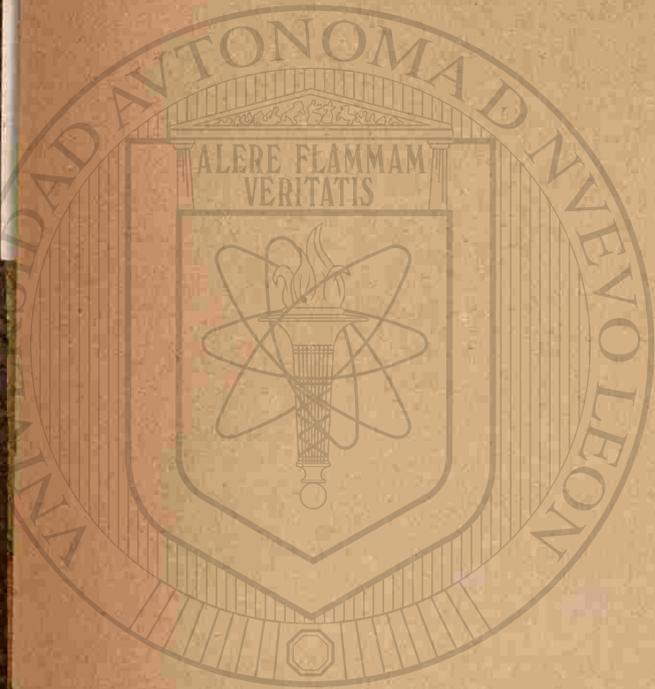
1080021212

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



LAS
VIDAS DE LOS PADRES

DE LOS DESIERTOS DE ORIENTE

Su doctrina espiritual y su disciplina monástica

POR

EL R. P. MIGUEL-ANGEL MARIN

DE LA ÓRDEN DE LOS MÍNIMOS

CON UNA INTRODUCCION, NOTAS É ILUSTRACIONES HISTÓRICAS

De **M. Eugenio VEUILLOT**

ADORNADA CON 60 GRABADOS POR M. CERONI

SEGUNDA EDICION

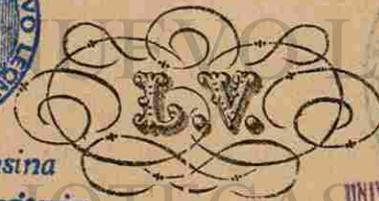
TRADUCIDA POR D. RAFAEL PIJOAN

Pbro., predicador apostólico, predicador y capellan de honor de Su Majestad
y Director de la Revista » *El Faro Popular.* »

TOMO I



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Volverde y León

PARIS

LUIS VIVÈS, LIBRERO-EDITOR

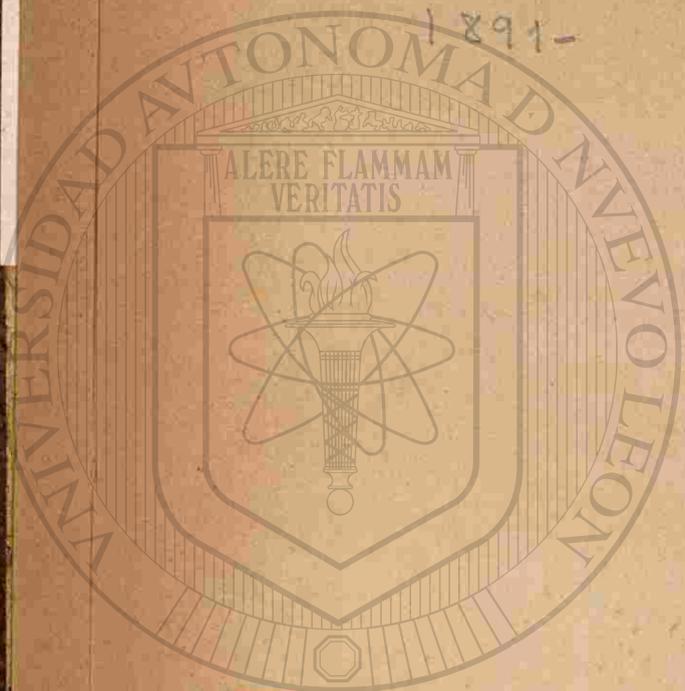
13, CALLE DELAMBRE, 13

1891

45628

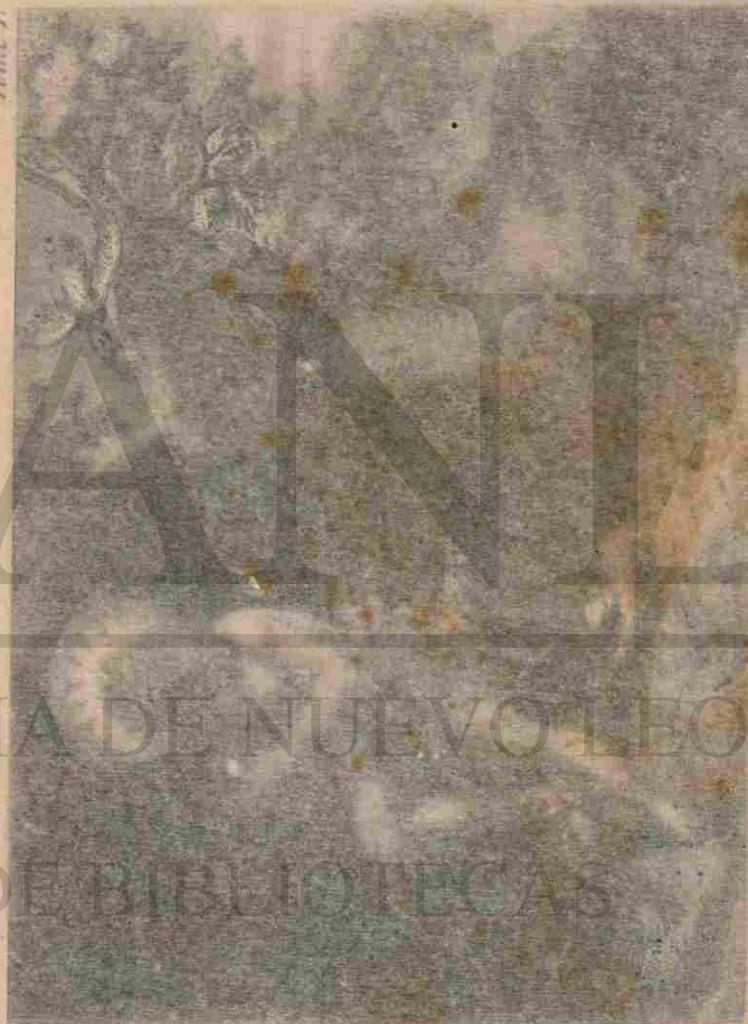
V
922
M

Bx2677
M3
v.1
1891-



FONDO EMETERIO
ALVERDE Y TELLEZ

Tom. 1



000066

V
900

Bx2677



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBROS CRISTIANO
EL VERDE Y TELLEZ

Tome I.



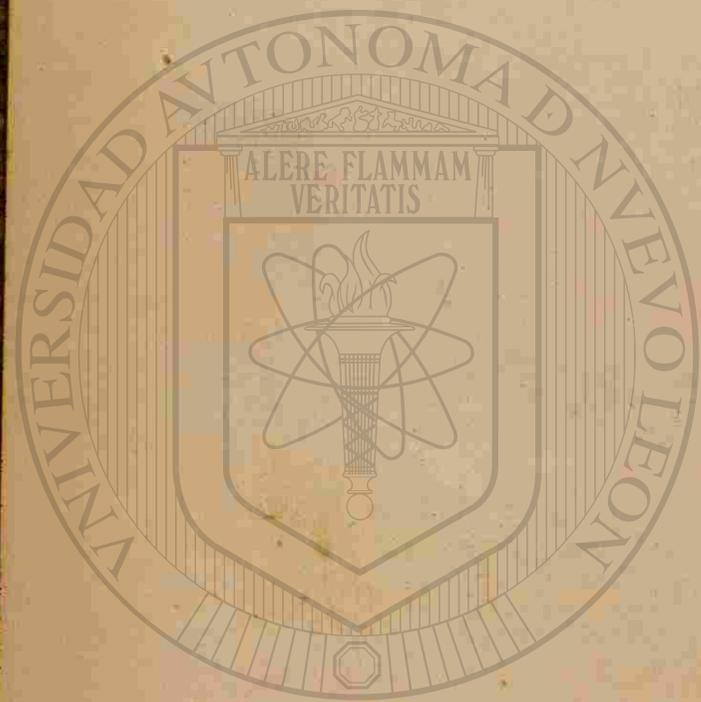
Cornu dross.

Saint Paul, premier ermite.

San Pablo, primer eremitaño.



000056



PROLOGO

Esta historia de los Padres de los desiertos es una nueva edicion, corregida y aumentada, de la obra del R. P. Miguel-Angel Marin, de la Orden de los Minimos, intitulada : *Las vidas de los Padres de los desiertos de Oriente con su doctrina espiritual y su disciplina monástica*. La primera edicion, publicada en nueve volúmenes, vió la luz pública por los años de 1761 á 1764, en Aviñon, con la aprobacion de los teólogos de la Orden. Esta aprobacion no versaba solamente sobre el excelente espiritu del libro ó se limitaba á garantizar la doctrina del autor, sino que además hacia constar con razon el valor histórico de su trabajo.

El público religioso é instruido ratificó el juicio de los examinadores y el tiempo se encargó de confirmarlo. Asi que la coleccion de *Las Vidas de los Padres de los desiertos* se hacia cada dia más rara. Era conveniente volver á poner en plena circulacion un libro cuyo mérito era reconocido desde hace tanto tiempo. Esto es lo que hemos hecho nosotros, sin olvidar que todo nuevo editor ha de procurar mejorar la obra que reproduce. Hemos añadido á la obra del P. Marin notables grabados anteriores á ella á los que Ceroni

ha dado espresion con todo su vigor y su gracia. En cuanto al texto, nuestra edicion no es una reproduccion literal. Algunas veces hemos añadido, pero más frecuentemente hemos quitado, alguna cosa. El orden de materias ha sufrido tambien algunas modificaciones. El P. Marin habia dividido su obra por *desiertos*. Nosotros, aunque conservando como regla general esta division, que el encadenamiento de los hechos hacia frecuentemente obligatoria, hemos procurado tener en cuenta las épocas. Asi, por ejemplo, encontraránse en la última parte de esta publicacion ciertas relaciones de los siglos VI y VII, que el P. Marin habia colocado en su cuarto volumen.

El estilo del sabio provincial de los Mínimos, á pesar de innegables cualidades, no infundia un respeto absoluto. Nosotros hemos eliminado algunas expresiones anticuadas y actualmente inexactos; hemos completado frases incompletas y sustituido la ortografia actual á la de su tiempo. Todo esto era tanto más legitimo, y aun necesario, cuanto que la ortografia sufría entonces una reforma y no seguía provisionalmente regla alguna. Habia interregno. El P. Marin escribía de diversos modos unas mismas palabras.

Además de estas modificaciones de forma, hemos puesto en notas, y algunas veces en el texto, noticias históricas y geográficas propias para hacer resaltar más la realidad de los sucesos. Al lado de este sobrenatural tan abundante, y que nosotros hemos respetado con amor, nos ha parecido útil dar un poco más de cabida al natural, sin caer en el naturalismo. Nuestras modestas adiciones tienen simplemente por objeto mostrar mejor el pais en que vivían esos hombres de Dios y recordar someramente cuál era entonces en el mundo la situacion de la Iglesia.

Finalmente el P. Marin, sin olvidar que su libro podía

ser muy útil á las personas del mundo, habia principalmente escrito para los sacerdotes y religiosos. Aunque más reservado que el jansenista Arnaud d'Andilly, cuyas *Vidas de los santos Padres* ofrecen, bajo este respecto, más de un inconveniente, él habia dejado pasar algunas espresiones y ciertos detalles á los que dificilmente se habrian acomodado las lecturas de familia. Nosotros hemos hecho desaparecer este inconveniente sin quitar nada al fondo del relato. Para esto han bastado algunas ligeras omisiones y algunas discretas perifrasis. La obra conserva toda su capacidad y puede sin embargo tener mayor número de lectores.

Unámonos ahora al P. Marin para hacer justicia á los autores cuyos trabajos habia utilizado.

Los solitarios más atentos á agradar á Dios que á ser conocidos del mundo, escondieron piadosamente su vida; sin embargo han tenido muchos historiadores, pero no nos han llegado todos los escritos contemporáneos. A excepcion de la *Vida de San Antonio* por San Atanasio, *de San Pablo*, *de San Hilarion* y *de San Malch* por San Jerónimo, *de San Antimio* y *de San Sabas* por el monge Cirilo y algunos otros encontrados por los Bolandistas, no tenemos sino algunos extractos ó algunas sentencias recogidas por diversos autores. Estos documentos incompletos han dado lugar á las más pacientes investigaciones y á las más sábias indagaciones, llegando así á obtener preciosos resultados.

« Conviene distinguir, dice el P. Marin, tres clases de compilaciones de los asuntos de que en esta obra tratamos. Los unos no contienen más que algunas acciones ó palabras notables de los solitarios, que se encuentran en los libros de los Padres que diera Rosweyde y que enriqueciera con sabias notas, ó en los monumentos de la Iglesia griega de M. Cotelier y en otros autores. Otros contienen algunas

vidas, aunque la mayor parte compendiadas, que se encuentran tambien en Rosweyde, y que debemos sobre todo á Rufino, á Paladio y á Teodoreto. Otros finalmente contienen las vidas más extensas, que se encuentran principalmente en el primer libro de Rosweyde ó en los monumentos de M. Cotelier, además de algunas noticias que no se hallan en ellos sino que hay que buscar en diversos escritores eclesiásticos.

« La mayor parte de estas colecciones son muy antiguas. Teníase cuidado en Oriente, como se tuvo tambien en Occidente, de hacerlas, comunes en los monasterios y poníase las en manos de los religiosos para aprender los deberes de su estado en los sentimientos y virtudes de los que les habían precedido ».

No es fácil el decir quiénes fueron los autores de esas diferentes compilaciones; pero esto es secundario. Lo que principalmente importa es establecer bien la autoridad de las fuentes en que se ha bebido. « Eso es lo que nosotros hemos procurado hacer, dice el P. Marin, sirviéndonos de los mejores autores modernos que han hecho investigaciones sobre esta materia. Sabemos, por ejemplo, que Rufino y Evagrio del Ponto fueron acusados de origenismo, y que los errores de Orígenes se habían deslizado entre algunos solitarios de Nitria. Por otra parte, Rufino es un autor exagerado y que fácilmente emplea los superlativos. Así que nos pusimos en guardia contra sus sentimientos y sus hipérbolos y no le hemos creído por su palabra, sino que hemos llamado en nuestro auxilio á San Jerónimo, que le combatió, y á Paladio que, como él, viajó por esos desiertos.

« Y en cuanto á San Jerónimo, además de la cualidad de Doctor de la Iglesia, que tan respetable hace su testimonio, era demasiado sincero y un crítico demasiado juicio-

so, para darnos como verdaderas historias arriesgadas, sin garantías seguras y únicamente fundadas en noticias de oídas y en rumores populares. Por consiguiente, el juicio emitido por Erasmo sobre las *Vidas de San Pablo ermitaño y de San Malcos*, pretendiendo que son dos piadosas fábulas que este santo Doctor compuso como para divertir á su pluma y aliviar la fatiga de sus serios estudios, es una paradoja que ni siquiera merece que se tome uno la pena de combatir.

« Haremos observar, sin embargo, que si el respeto debido á San Jerónimo no nos ha permitido colocar entre los solitarios de quienes hablamos en esta obra ni á Rufino, ni á Evagrio, ni á los Grandes Hermanos, ni á algunos otros, no hemos creído igualmente deber excluir á todos aquellos que, bajo pretexto de origenismo, fueron perseguidos por Teófilo de Alejandria, y que buscaron contra sus persecuciones un asilo cerca de San Juan Crisóstomo ».

El P. Marin explica en seguida que ha recibido grandes préstamos de la obra de Bulteau: *Historia de los monjes de Oriente*. « Hemos procurado, dice él, recoger lo que hemos podido encontrar más seguro en la historia monástica, bebiendo en los escritores antiguos y sirviéndonos útilmente de las investigaciones y notas de los nuevos. Aun cuando se ha escrito mucho sobre esta materia, no conocemos sino á Bulteau que haya reunido en un misma obra las vidas de los padres de los desiertos, su doctrina espiritual y su disciplina monástica. Estas tres materias se encuentran tratadas por separado en diferentes autores. Nosotros hemos creído que uniéndolas, á ejemplo de Bulteau, darian á conocer mejor á esos santos moradores de la soledad.

« Este autor nos ha servido de guía. Hémosle seguido paso á paso y nos ha servido de grande ayuda en una ma-

teria en la que se encuentra un gran número de dificultades, las que no habríamos podido superar sin él sino con mucha dificultad, y quizás no hubiéramos salido airoso. Como su obra es muy concisa y él solo se propuso hacer un compendio, nosotros desarrollamos lo que él ha encerrado en pocas palabras, á manera de germen, al cual damos toda la extension de que es susceptible. De este modo, aqui se encontrará bien á la larga lo que él, por decirlo así, no hizo sino indicarnos ¹.

« Además, las *Vidas de los Padres* por Rosweyde, los *Actos de los Santos* de Bolando y sus continuadores, los *Monumentos de la Iglesia griega* de Cotelier y las *Memorias eclesiásticas* de Tillemont son las principales obras que hemos consultado. También hemos recurrido á los antiguos historiadores de la Iglesia y aun á aquellos que trataron particularmente de la disciplina religiosa, como á Casiano, á la coleccion de las reglas de San Benito de Aniano y, entre los modernos, á Bivarío.

« En cuanto á los tratados ascéticos con los cuales hemos formado la doctrina espiritual de los santos solitarios, hemos procurado leerlos con atencion para dar de ellos un análisis bastante extenso. También nos hemos aprovechado de las traducciones que se han hecho en nuestra lengua, persuadidos de que serian mucho más exactas que las que nosotros mismos podríamos hacer ».

Muchos de los historiadores de los Padres de los desiertos y de los escritores eclesiásticos de los primeros siglos, cuyo testimonio se aduce en el curso de esta obra, vivieron ellos mismos en la soledad, y se encontrarán detalles de su vida al lado de las noticias que de ellos hemos tomado.

1. Bulteau murió en 1693. Había publicado su *Historia de los monges de Oriente*, en 1678.

Citamos particularmente á San Atanasio, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, Teodoreto, el beato Casiano, San Efren, San Nilo, San Basilio, San Gregorio de Nazianzo, Paladio, San Juan Climaco y San Juan Mosch. Tales nombres dicen por si mismos todo el valor de estas relaciones.

Como historiadores, Eusebio, Sócrates, Sozomeno y Procopio que escribieron en los siglos IV, V y VI, tienen una autoridad irrefragable. Gennado fué sospechoso de semipelagianismo, y esta sospecha debe poner en guardia sobre sus doctrinas; pero la parte histórica de sus escritos es estimada. Rufino, aun cuando necesite ser examinado, debe consultarse y puede serlo con fruto. San Teodoro Studita y Teófanos escribieron más tarde; sin embargo, los dos se cuentan aun entre los autores que hacen subir hasta las fuentes de la historia monástica. El P. Marin tomó de estos diversos escritores todo lo que hacia para su objeto.

Después de los autores eclesiásticos que van desde el siglo IV hasta principio del IX, encontramos á los sabios, á comentadores, á los críticos. El P. Marin bebió mucho en sus numerosos y doctos trabajos. Ya lo dijo él más arriba y no tenemos porqué insistir en este punto. No obstante, á los nombres citados en las líneas que acabamos de reproducir, debemos añadir los de Baronio y Assemani. El P. Marin quería que su libro fuese, al mismo tiempo, un libro de erudicion, de sana crítica y de piedad; y este difícil resultado fué plenamente obtenido. ®

teria en la que se encuentra un gran número de dificultades, las que no habríamos podido superar sin él sino con mucha dificultad, y quizás no hubiéramos salido airosos. Como su obra es muy concisa y él solo se propuso hacer un compendio, nosotros desarrollamos lo que él ha encerrado en pocas palabras, á manera de germen, al cual damos toda la extension de que es susceptible. De este modo, aqui se encontrará bien á la larga lo que él, por decirlo asi, no hizo sino indicarnos ¹.

« Además, las *Vidas de los Padres* por Rosweyde, los *Actos de los Santos* de Bolando y sus continuadores, los *Monumentos de la Iglesia griega* de Cotelier y las *Memorias eclesiásticas* de Tillemont son las principales obras que hemos consultado. Tambien hemos recurrido á los antiguos historiadores de la Iglesia y aun á aquellos que trataron particularmente de la disciplina religiosa, como a Casiano, á la coleccion de las reglas de San Benito de Aniano y, entre los modernos, á Bivarío.

« En cuanto á los tratados ascéticos con los cuales hemos formado la doctrina espiritual de los santos solitarios, hemos procurado leerlos con atencion para dar de ellos un análisis bastante extenso. Tambien nos hemos aprovechado de las traducciones que se han hecho en nuestra lengua, persuadidos de que serian mucho más exactas que las que nosotros mismos podríamos hacer ».

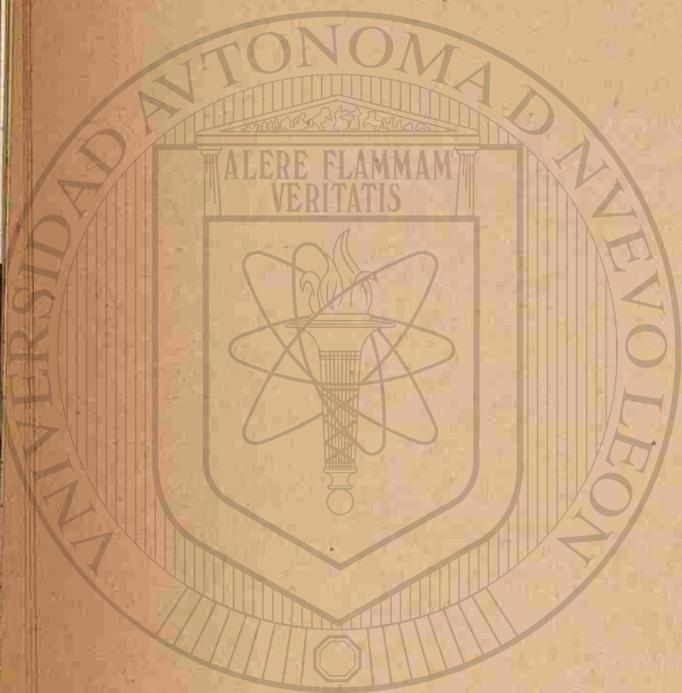
Muchos de los historiadores de los Padres de los desiertos y de los escritores eclesiásticos de los primeros siglos, cuyo testimonio se aduce en el curso de esta obra, vivieron ellos mismos en la soledad, y se encontrarán detalles de su vida al lado de las noticias que de ellos hemos tomado.

1. Bulteau murió en 1693. Habia publicado su *Historia de los monges de Oriente*, en 1678.

Citamos particularmente á San Atanasio, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, Teodoreto, el beato Casiano, San Efren, San Nilo, San Basilio, San Gregorio de Nazianzo, Paladio, San Juan Climaco y San Juan Mosch. Tales nombres dicen por si mismos todo el valor de estas relaciones.

Como historiadores, Eusebio, Sócrates, Sozomeno y Procopio que escribieron en los siglos IV, V y VI, tienen una autoridad irrefragable. Gennado fué sospechoso de semipelagianismo, y esta sospecha debe poner en guardia sobre sus doctrinas; pero la parte histórica de sus escritos es estimada. Rufino, aun cuando necesite ser examinado, debe consultarse y puede serlo con fruto. San Teodoro Studita y Teófanos escribieron más tarde; sin embargo, los dos se cuentan aun entre los autores que hacen subir hasta las fuentes de la historia monástica. El P. Marin tomó de estos diversos escritores todo lo que hacia para su objeto.

Despues de los autores eclesiásticos que van desde el siglo IV hasta principio del IX, encontramos á los sabios, á comentadores, á los críticos. El P. Marin bebió mucho en sus numerosos y doctos trabajos. Ya lo dijo él más arriba y no tenemos porqué insistir en este punto. No obstante, á los nombres citados en las lineas que acabamos de reproducir, debemos añadir los de Baronio y Assemani. El P. Marin quería que su libro fuese, al mismo tiempo, un libro de erudicion, de sana crítica y de piedad; y este difícil resultado fué plenamente obtenido. ®



INTRODUCCION

I

El piadoso y sabio autor, cuyo trabajo casi textualmente reproducimos, el P. Marin, recuerda en su prólogo que el hombre ama la soledad, aun cuando haya nacido para la sociedad. Expone las diversas razones y los diversos móviles de este amor, y luego demuestra que el solitario cristiano, aquel que quiere estar separado de los hombres á fin de sentirse más cerca de Dios, obedece á un principio sobrenatural de vocacion divina y de gracia. « Los cristianos que se retiraron al desierto eran, dice él, queridos y favorecidos de Dios. La misma mano que retiró á Abraham de Caldea y á Lot de Sodoma, les separó del siglo. » Ellos no buscaban la soledad para gozar en ella de las delicias de los campos en el seno de la molición y ociosidad, sino que buscaban sitios espantosos, abandonados de todo el mundo, y allí, encerrados en una estrecha celda, ó retirados en el fondo de una cueva, se condenaban á los más rudos trabajos de la penitencia.

Pero ¿buscaban, al menos, « gustar las delicias del espíritu en estudios estériles para el corazón ? » No. « Sus estudios fueron sobre las Escrituras santas y en los otros libros que les inspiraban el amor de las virtudes y les mostraban su practica. Ellos no aspiraron á saber otra cosa que á Jesucristo crucificado y á adquirir la ciencia de la salvacion. »

« Completamente ocupados del cuidado de su alma, se separa-

ban de todo lo que de él podía distraerles. No trabajaban sino en purificarse de sus pecados por la compuncion y la penitencia ; en combatir sus pasiones con la violencia evangélica ; en adquirir el hábito de las virtudes con una continua práctica de las mismas. Renunciaban á las riquezas, á los honores, á los goces de la vida ; se esforzaban sin cesar en purificar su corazon de los vanos afectos de la tierra ; tendian hacia Dios con todo el ardor de sus deseos ; elevábanse á él con la meditacion casi continua de las verdades reveladas y con la contemplacion de sus adorables perfecciones ; erigian en el fondo de su alma como un altar sagrado, sobre el que se ofrecian todos los dias á si mismos á este soberano Maestro cómo victima y holocausto, por medio de la mortificacion, la adoracion, la alabanza, la accion de gracias y la más pura caridad ».

Tales fueron los verdaderos solitarios del cristianismo. No insistiremos en sus virtudes, puesto que vá á leerse su historia, van á verse sus obras, y todo elogio sería pálido ante la realidad. Nos limitamos á decir brevemente que los Santos Padres miraron los trabajos y el género de vida de los solitarios como una de las glorias de la religion. San Agustin, hablando de la verdad y de las costumbres de la Iglesia católica, se dedicó á alabar su santidad como alabó la castidad de las vírgenes. Hizo notar que estos dos estados eran dos de los más preciosos adornos de la Iglesia, y que esta esposa de Jesucristo rodeada de variedades, segun la expresion del Profeta, no menos se glorifica, á los ojos de su celestial Esposo, con el brillo que de él recibe que de los otros preciosos adornos que en ella puso segun su misericordia.

El mundo iba á encontrar en el desierto á esos hombres que de él se habian separado. Veráse que ellos sufrían verdaderamente por este atentado á su soledad. Temian los dones eminentes con que Dios les favorecia y usaban de ellos á pesar suyo. Veráse en ellos á hombres rectos, sinceros, humildes, pacientes, caritativos, de una conducta irreprochable, de una conversacion edificantisima, de una vida más angelical que terrena y que, por el desapego de todas las cosas y por la pureza de sus santos deseos, eran ha-

bitadores de la eternidad, en cuanto es posible serlo sobre la tierra. Otras religiones tuvieron y tienen todavia solitarios ; pero en ninguna parte se encontrarán hombres que puedan ser comparados con los solitarios católicos, hombres en los que pueda reconocerse la misma rectitud, la misma sabiduria, la misma humildad, la misma caridad, el mismo gusto del retiro y de la contemplacion y el mismo zelo por los intereses de Dios. Y es que solo allí estaba la verdad con su fuerza, sus luces y su amor.

Por esta breve exposicion debe comprenderse de cuánta utilidad puede ser esta obra. « No seremos exagerados si decimos que la lectura de las Vidas de los santos solitarios no es menos útil que la de los combates de los santos martires, puesto que su vida penitente, rodeada de otras virtudes, nos representa en ellos un largo martirio y nos los hace ver como sustitutos suyos, elegidos para esto, á fin de dar gloria á Jesucristo por un nuevo género de sufrimientos.

« Hé ahí porque San Benito, aquel gran patriarca de los monges de Occidente ha recomendado su lectura á sus religiosos y quiere que se instruyan en sus virtudes como en las sus Pádras en la vida religiosa. Todos los escritores eclesiásticos, que de ellos han tenido ocasion de hablar, lo han hecho con los mayores elogios y han reconocido que la relacion de sus hechos habia de ser de grande edificacion para sus fieles. Los que escribieron la historia de la Iglesia tomaron igualmente cuidado de enriquecer sus obras con la relacion de sus virtudes. Sócrates, Sozomeno, Teodoreto y Rufino nos han enseñado de ellos muchas cosas no menos edificantes que admirables. Y por último, las diferentes compilaciones que de los Padres se han hecho, han sido difundidas por todas partes desde hace muchos siglos, llevando doquier el buen olor de Jesucristo ».

La heregia pudo hacer adeptos entre los solitarios. Hubo en la soledad muchos monges buenos, pero los hubo tambien malos. Decimos ahora esto en dos palabras, pero volverenos á hablare de lo mismo en el curso de la obra. Sin embargo, seremos breves en

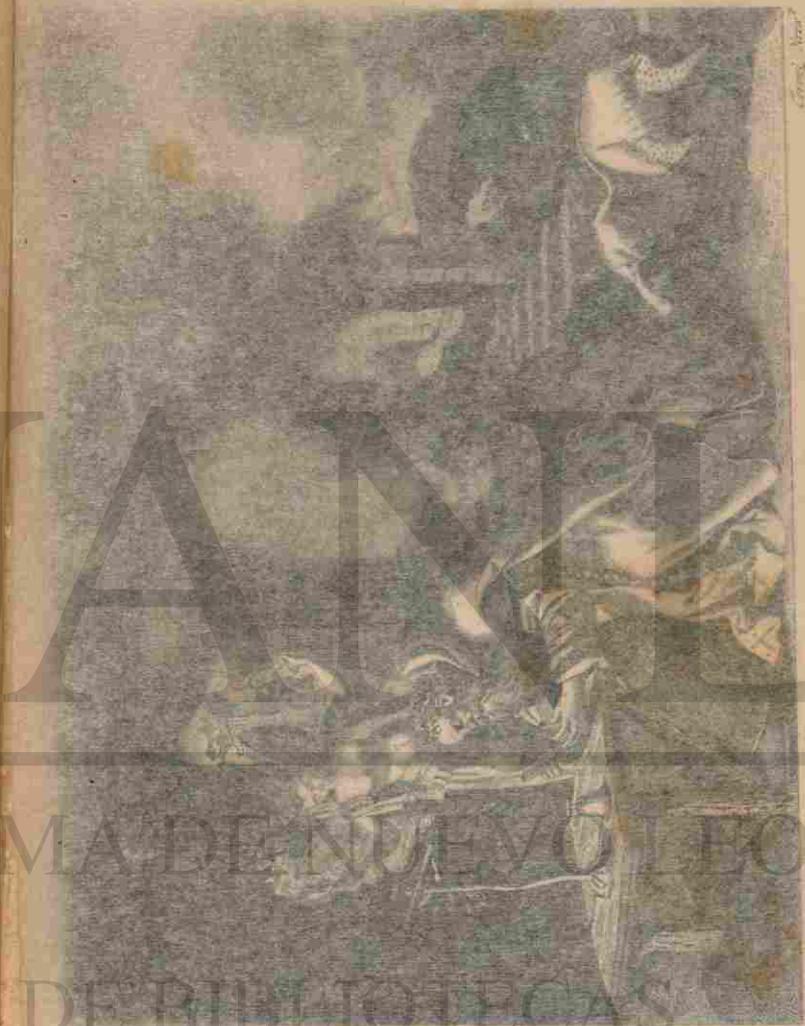
este punto, aun más breves de lo que lo fué el P. Marin. Como lo que principalmente nos proponemos es edificar á los cristianos con ejemplos y máximas de santidad, no hemos de entrar en detalles que, por otra parte, pertenecen á la historia general de la Iglesia más bien que á nuestra obra.

Notemos aquí de paso, con el P. Marin, que los errores que se deslizaron entre los solitarios no fueron de todos los tiempos. « Los primeros Padres de los desiertos tenían una fe pura ; luego, habiendo algunos por desgracia corrompido la suya, pero más bien secreta que públicamente, un gran número de ellos quedaron ortodoxos. Por último, habiendo adquirido fuerza la heregia, mostróse al descubierto y desde entonces se vió ésa separacion de los ortodoxos y hereges, que armó á estos últimos contra los otros, levantó altar contra altar, hizo confesores y mártires y atrajo la cólera de Dios sobre soledades en las que tantos monges eminentes en piedad le habían glorificado con sus trabajos y virtudes y habían hecho de esos lugares una tierra de bendiciones y gracias ».

II

La vida monástica ha tenido sus precursores en la antigua alianza ; pero la nueva es la que le ha dado su perfeccion. « Ya en la religion mosaica, dice Cantú, apoyándose en Filon, habíanse visto personas piadosas las cuales, para entregarse más exclusivamente á la vida contemplativa, abandonaban sus bienes y su patria y se retiraban en lugares desiertos. Estos solitarios pertenecian á los Esenios y llamábaseles en griego *Thérapeutes*. Vivian principalmente por las inmediaciones del lago Mæris, en Egipto, en habitaciones separadas, pero no tan distantes unas de otras que no pudiesen auxiliarse mutuamente contra los bandidos. Vivian en abstinencia, no probando bocado hasta despues de la puesta del sol ; y algunos, solamente comian cada tres ó seis dias, y nada más que pan con el que mezclaban á lo más hisopo y sal¹. Su ves-

¹ Haremos notar aquí que el clima de Egipto permitia abstinencias que serian imposibles en paises frios.



ese punto, aun más breves de lo que lo fué el P. Merin. Como lo que principalmente nos proponemos es edificar á los cristianos con ejemplos y máximas de santidad, no hemos de entrar en detalles que, por otra parte, pertenecen á la historia general de la Iglesia más bien que á nuestra obra.

Notemos aquí de paso con el P. Merin, que los errores que se deslizaron entre los *ascetas* no fueron de todos los tiempos. « Los *desiertos* *ascetas* de los *desiertos* tenían una fe pura; luego, habiendo algunos por desgracia *desiertos* la suya, pero más bien secreta que públicamente, en su mayor parte quedaron ortodoxos. Por último, habiendo adquirido fuerza la heregia, mostráse al descubierto y desde entonces, se vio la separacion de los ortodoxos y hereges, que atrajo á sí á algunos *desiertos* los otros, levantó altar contra altar, hizo confesores y mártires, y atrajo la atención de Dios sobre soledades en las que tantos monges eminentes en su tiempo le habían glorificado con sus trabajos y virtudes y habían sido por los siglos una tierra de bendiciones y gracias ».

...de su vida sus promesas en la antigua...
...la que le ha dado su perfección. « Ya...
...San Gantá, que vivió en Egipto, habianse...
...más exclusiva-
...su bienes y su pa-
...pertene-
...Vivian
principalmente por las inmediaciones del lago Meris, en Egipto,
en habitaciones reparadas, pero no las distantes unas de otras que
no podían auxiliarse mutuamente cuando les mandaban. Vivian en
meditación, sin prohibido *desiertos* que les de la puesta del
sol; y algunos, solamente comían cada tres ó seis dias, y nada
más que pan con el que mezclaban á lo más hieppo y sal¹. Su ves-

...que el clima de Egipto permitia abstinencias
...países frios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA

Tom. 1.

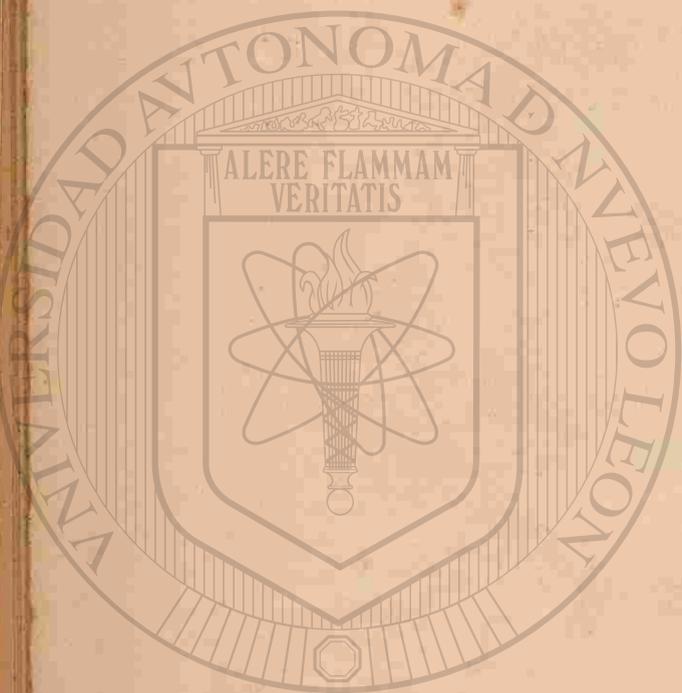


Corrad. Dur.

Saint Antoine.
San Antonio.

®

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
CALLE VIVERA Y TELLO



tido estaba en relacion con este régimen austero ; se dedicaban á la oracion por la mañana y por la noche y pasaban lo restante del tiempo leyendo ó meditando en los libros sagrados, ó buscando en ellos alegorias y componiendo himnos y cantándolos¹. Tenian ejercicios en comun y se reunian especialmente cada siete semanas para comer y orar juntos. Las mujeres eran tambien admitidas á estas reuniones.

Los solitarios de la nueva alianza que, desde el principio, abrazaron este estado, se propusieron, dice el P. Marin, practicar los consejos del Evangelio y ejecutar á la letra aquellas palabras de Jesucristo : *Vended todo cuanto teneis, dadlo á los pobres y tendreis un tesoro en el cielo ; despues de esto, venid y seguidme.* (Luc. 18, 22) ; y aquellas otras : *Todo aquel que, por amor mio, abandonare su casa, ó á sus hermanos, ó á sus hermanas, ó á su padre, ó á su madre, ó á sus hijos, ó sus tierras, recibirá por ello el cienfoldo y poseerá la vida eterna.*

De modo que este estado no es una invencion humana, puesto que en él se toman por regla los consejos evangelicos ; y como Jesucristo es el autor de estos consejos divinos, debe tambien ser mirado como autor de una institucion en la que se hace profesion espresa de seguirlos,

Este divino Maestro, cuya sabiduria todo lo dispone con fuerza y suavidad, no proponia estas máximas como leyes indispensables á cada fiel para su salvacion, sino que las aconsejaba como medios saludables que podian tomarse, si queria uno ser perfecto, pero que quedábamos libres para no seguirlos, sin que por esto se perdiera la vida éterna.

Conviene, pues, distinguir en el Evangelio lo que es de precepto y lo que solo está aconsejado como más perfecto. Sobre esta distincion, se han fundado dos estados diferentes: el uno, de una vida comun, en la que, entre los estorbos de la vida civil, trabajo uno en santificarse, observando fielmente los preceptos ; el otro, de una vida particular, en la que, renunciando las cosas del siglo, se

¹ Cesar Cantu, *Historia universal*, t. V, pag. 547.

aplica uno exclusivamente á los ejercicios de la religion, esforzándose en adelantar en la perfeccion con la práctica de los consejos evangélicos.

Tal es el principio de la profesion monástica y el que ha hecho llamar *monges*, esto es, solos ó singulares, á los que la han abrazado. Parece que no se les ha llamado así precisamente porque habitaban solos en los desiertos, sino á causa de la singularidad de su vida; y en este sentido parece que lo entendió Graciano cuando, citando un canon del concilio de Nicea, dice: « La vida de los « monges debe ser diferente de la de los otros cristianos, como lo « indica su nombre, puesto que *monge*, en griego, es lo mismo que « *singular* en latin; » Y el autor de la *Jerarquía eclesiástica* dice que los monges son llamados así á causa de la singularidad de su vida.

En el mismo sentido, puede llamarse á la naciente Iglesia de Jerusalem del tiempo de los Apóstoles, un cuerpo ó una comunidad de monges, puesto que allí se seguían fielmente los consejos evangélicos, sobre todo en lo tocante á la comunidad de bienes; lo que hizo decir á San Basilio, á San Juan Crisostomo y á Casiano, que la disciplina de los Cenobitas empezó en tiempo de los Apóstoles y que los monges no vivían diferentemente de lo que vivían los primeros fieles de Jerusalem.

Así que, el estado monástico, considerado como una profesion expresa de los consejos evangélicos, tiene por fundador á Jesucristo, por modelos á los Apóstoles y á los primeros fieles, y de ellos han tomado la regla en todos tiempos los que han ido abrazando esta institucion. Entendiéndolo así, no es difícil probar que ha habido una sucesion de monges desde los apóstoles hasta San Antonio, porque no puede dudarse que haya habido siempre en la Iglesia fervorosos cristianos de uno y otro sexo, que han hecho una particular profesion de practicar los consejos de Jesucristo. Pero no todos consideran de este modo el estado monastico, y se llama propiamente monges á los que se han retirado de las poblaciones para entregarse completamente, y lejos del trato de los

hombres, á los ejercicios de piedad, ya sea formando un cuerpo de comunidad en calidad de cenobitas, ya solos ó dos, ó tres juntos en calidad de eremitas y anacoretas.

Los autores están muy divididos sobre el origen del estado monástico tomado en este sentido riguroso. Los unos pretenden que se reconozca una sucesion de monges desde los apóstoles hasta San Pablo ermitaño y San Antonio el Grande; los otros, por el contrario, sostienen que San Pablo fué el primero que habitó solo en el desierto, que San Antonio es el primer Padre de los solitarios y San Pacomio el fundador de los cenobitas.

Casiano se declara abiertamente por la primera opinion en la conferencia 18ª (Collat. 18. c. 5) en la que, haciendo hablar al abad Piammon, establece como una cosa segura que la vida cenobítica ha precedido á la de los anacoretas (Véase tambien Biv. de vet. mon. 12.); que aquella comenzó con los Apóstoles; que era el estado de los primeros fieles de Jerusalem, y que toda la Iglesia estaba entonces compuesta de personas que vivían en comun de tal manera, que de los monasterios que despues se fundaron, pocos se les parecían.

« Pero, añade él, despues de la muerte de los Apóstoles, empezando á relajarse los fieles, los que conservaban todavia el fervor que estos jefes de la Iglesia habian iniciado y que se acordaban de lo que habian visto practicar, salieron de las poblaciones y se retiraron en lugares apartados; y luego alejándose más poco á poco de la conversacion de los otros fieles, recibieron el nombre de monjes y solitarios, y su union hizo despues que se les llamara cenobitas. De este tronco, fecundo en tantos santos, salieron en seguida los anacoretas, cuyos principales fundadores fueron San Pablo y San Antonio. »

Los que siguieron la opinion de Casiano, citan por primer ejemplo á los Esenios ó Terapeutas, de los cuales habla Filon en su libro *de la Vida contemplativa*, que florecían en tiempos de San Marcos por los alrededores de Alejandria. En efecto, lo que de ellos dice parece convenir á verdaderos monges, como ha po-

dido verse por el resumen que de los mismos hicimos antes.

Despues de los Terapeutas, se menciona á muchos santos y santas de los tres primeros siglos, de quienes se cree que profesaron la vida monástica (Bult. Hist. mon. de or. lib. 1. c. 2. — Biv. 1. 2. c. 13). Tales son, en el primero, las santas Tecla, Zenaida y Filonila convertidas por San Pablo. Dicese que Santa Zecla, habiendo sido librada de los suplicios á los que le habia condenado el tirano, se retiró cerca de una montaña del territorio de Seleucia, y que las otras dos, habiendo pasado á la Tebaida, fijaron su morada en una gruta cerca de Demetriades. Por las actas de Santo Eudoxia, martirizada en tiempo de Trajano en Heliópolis, cerca del monte Libano, se ve que habia ya entonces monasterios de uno y otro sexo por los contornos de esta ciudad. San Telesforo habia sido anacoreta antes de ser sublimado al sumo Pontificado. San Epifanio dice del herege Marcion que abrazó el estado monástico en su juventud y despues se pervirtió.

En el segundo siglo se cita á San Fronton, que tenia bajo su cargo á cerca de setenta religiosos, y se retiró en el desierto de Nitria, en donde edificó un monasterio; á Santa Parascetes, oriunda de una aldea del territorio de Roma, que distribuyó sus bienes á los pobres despues de la muerte de sus padres y vistió el hábito monástico; á San Narciso, obispo de Jerusalem, quien, siendo calumniado, abandonó su iglesia y se retiró al desierto; á Santa Eugenia, virgen, que se convirtió á la fe y, para mejor ocultarse, vistióse de hombre y se presentó á San Heleno, obispo de Heliópolis en Egipto, el cual la bautizó y la metió en un monasterio de hombres, en la que brilló tanto su piedad que, despues de la muerte del abad, fue colocada en lugar suyo hasta tanto que, habiendo declarado su sexo, por una razon que interesaba á la gloria de Jesucristo, formó una comunidad de Virgenes, y padeció finalmente el martirio.

En el tercer siglo, se cita á San Nicon que pasó del estado religioso al episcopado, sin dejar por esto la profesion monástica, y sufrió el martirio con 199 de sus religiosos; á los ascetas de quie-

nes habla Origenes *contra Celso*; á santa Teodota, martir en tiempo de Alejandro, la cual habia vivido en un monasterio. Tambien se citan las actas de San Galaccion, que dicen que Onufre monge convirtió á su madre Leucippe; y que habiendo este santo, juntamente con su esposa Episteme, abandonado el mundo, se retiraron, el uno en un monasterio de hombres cerca del monte Sinaí, y su muger en una pequeña comunidad de virgenes, terminando luego su vida con el martirio. Citase asi mismo á San Moisés martir, quien en el año 233 se retiró al desierto de Raíthe, donde habia ya solitarios; á San Pansofo de Alejandria, que vivió veinte y siete años en el desierto despues de la muerte de su padre y murió por la confesion de la fe; á San Abibo, diacono y monge, quien sufrió en la misma persecucion que San Pansofo; á los Santos Victoria y Anastasia, mártires, que habian servido á Dios en un monasterio de virgenes; á San Leon de Pataro, tambien monge y martir; á San Denis, de quien se dice haber sido monge antes de ser elegido Papa; y á muchos otros que pueden verse en Bivario y Bulteau que los ha recopilado en un solo artículo.

Pero este último, despues de haber citado esta larga lista de santos monges y de virgenes, que se meten en la orden monástica, muestra las dificultades que se objetan ya sobre la verdad ya sobre la antigüedad de sus actos, y nos hace desear pruebas más convincentes de la sucesion que estos ejemplos parecieran demostrar al principio. Hay que convenir, sin embargo, en que no son del todo inútiles y en que, aun cuando no podamos apoyarnos en ellos como en sólidas pruebas, añaden algunos grados de probabilidad á otras razones en las que se apoya esta sucesion.

Baillet nos proporciona una en la vida de San Marcos. « Es cierto, dice él, que en tiempo de San Marcos habia muchos cristianos á quienes el deseo de vivir más perfectamente que el comun de la gente inducia á retirarse en los campos de las cercanias de Alejandria y á morar finalmente en pobres casas, orando, meditando las sagradas Escrituras, trabajando con sus manos, haciendo absti-

nencias de muchos dias consecutivos y no tomando alimento hasta despues de la puesta del sol. »

Estos fervorosos cristianos eran sin duda del numero de aquellos á quienes se dió el nombre de *ascetas*, esto es, *ejercitantes ó combatientes*, á causa de su ardor por ejercitarse en el combate de la vida espiritual. Pero si estos *ascetas* no son diferentes de los monges, he ahí la cuestion de la sucesion monástica plenamente decidida; porque nadie duda el que hubiera, desde el principio, *ascetas* en la Iglesia. Origenes habla de ellos de una manera muy positiva y los ejemplos de los mismos son tan frecuentes en la historia eclesiástica que no se puede disputar sobre esta materia.

Ahora bien: hay muchas razones para creer que estos ascetas eran verdaderos monges. 1º La significacion de su nombre, que con justicia se aplica á los monges. Porque si los ascetas son llamados asi porque se les miraba como atletas espirituales que se ejercitaban generosamente en el combate de las pasiones y en la práctica laboriosa de las virtudes, no de otro modo hablaron de los monges los santos: « Ellos deben, dice Casiano, ceñir sus lomos como soldados de Jesucristo siempre prestos para el combate. » (Inst., l. I. c. 2.) Y San Benito en su regla dirige tambien la palabra á los monges. A vosotros, quienesquiera que seais, es á quienes me dirijo al presente, los que renunciandoos á vosotros mismos, quereis combatir bajo la enseña de Jesucristo vuestro rey, y que por esto tomais las fuertes y brillantes armas de la obediencia. » (In proëm.)

En segundo lugar, los monges han sido llamados indiferentemente por los Padres griegos *terapeutas* y *ascetas*, como lo nota un docto comentador de Casiano. (Gasæus in col. 18.) San Basilio llama á sus tratados sobre la conducta de los monges, *reglas ascéticas*, y á sus monasterios *moradas ascéticas* justificándose de lo que le echaban en cara por haber dado curso al estado monástico en la Capadocia: « Se nos acusa, dice él, de tener ascetas ardientes por la piedad, que han renunciado al mundo. » (Pis. t. 63.)

En tercer lugar, los ejercicios de los ascetas fueron constante-

mente los mismos que los de los monges. Vivian en gran retiro; ayunaban dos ó tres dias seguidos, y aun semanas enteras; observaban la gerofagia, comiendo alimentos secos, como nueces, almendras, dátiles, etc. Guardaban la continencia, llevaban cilicio, dormian en tierra, velaban mucho, leian asiduamente la sagrada Escritura y oraban con frecuencia. Tales eran los ascetas, segun Fleury. (Costumbres de los crist. 2, p. n. 21.) Pues, siendo esto asi, no se ve que los monges del tiempo de San Antonio viviesen de otro modo.

Además, la diferencia que quiere establecerse entre los *ascetas* y los monges, no consiste sino en que aquellos se alejaban poco de las ciudades, y aun algunos vivian en su recinto, encerrados en casas, al paso que los monges habitaban los desiertos. Pero esta diferencia en nada cambia el estado; no forma más que una circunstancia accidental que nada prueba menos que una distincion de estado. Asi que Fleury nota que, cuando estos fervorosos cristianos abandonaron las inmediaciones de las ciudades para internarse más en el desierto, ya no se les llamó simplemente *ascetas*, aun cuando llevaran la misma vida, sino que se les llamó monges, esto es, solitarios ó ermitaños, que vale tanto como habitantes de los desiertos. No hay aqui, pues, sino un nombre diferente que se empezó á dar á las personas del mismo estado; y hasta, como ya lo hemos observado, se les dió desde entonces indiferentemente el nombre de *monge* y de *asceta*.

Añadamos á esto, que esta distincion, que Fleury hace, no es del todo segura; puesto que los autores de la historia monástica, hablando de la ciudad de Oxirinca, nos la representan como un solo y grande monasterio, á causa del gran numero de monges que alli habia. Ved ahí, pues, á monges reconocidos por tales, que no habitaban en los desiertos.

Esta es una parte de las pruebas que se aducen ordinariamente para establecer la sucesion del estado monástico desde los Apóstoles hasta San Antonio el Grande. Esto puede hallarse detallado más circunstanciadamente en los que han hecho disertaciones ex-

presas para sostener este sentimiento, que no puede negarse ser verosímil, aun cuando tope con grandes dificultades, No entraremos aquí en este debate, no proponiéndonos sino edificar con la relacion de las virtudes de los solitarios.

Lo que parece más cierto, sin entrar en ninguna disension de los dos sentimientos que dividen á los sabios en esta materia, es : 1° que si el estado monástico estuvo en vigor antes de San Antonio el Grande, solo se sostuvo en la oscuridad ; mientras que desde este santo, apareció con brillo en la Iglesia, tanto por el prodigioso número de los que lo abrazaron cuanto por sus eminentes virtudes y por los dones maravillosos con que Dios favoreció á muchos ; 2° que aun cuando no hubiese habido monges, tal como estos se entienden en el más riguroso sentido, esto es, cristianos que se hubiesen retirado en los desiertos, ó solos ó formando un cuerpo de comunidad, antes de San Pablo, San Antonio y San Pacionio, puede decirse que el estado de los ascetas, que en todos tiempos ha existido en la Iglesia, debe ser considerado como el ensayo y el bosquejo del estado de los monges que recibieron los últimos rasgos de su profesion, morando en los desiertos ; 3° ¿ no podría añadirse á esto que antes de San Antonio habia un hábito monástico, puesto que San Palemon, más antiguo que él, aunque de muy poco tiempo, revistió con él á San Pacomio, lo cual prueba que él tambien estaba revestido del mismo, sin que por otra parte se pruebe que él fuera el que lo instituyó ? 4° Tambien puede decirse con verdad que antes de que San Pacionio formase sus comunidades, habia solitarios que vivian juntos, y quizás en bastante gran número, como puede conjeturarse de la historia de los monasterios de Chenobosco y de Moncosa, como se verá en la vida de este Santo. De todo esto podría concluirse que si los historiadores eclesiásticos no han hablado antes de San Antonio del estado monástico, como lo han hecho despues, es porque los primeros monges no tuvieron los dones extraordinarios que Dios se dignó comunicar con tanta abundancia á San Antonio, á San Hilarion, á San Pacomio y á tantos otros ; y que siendo, por otra parte, en pequeño

número, hacian demasiado poca sensacion para ocupar un lugar distinguido en la historia de la Iglesia.

III

Arnaud d'Andilly, en su discurso sobre las *Vidas de los Santos Padres de los desiertos*, procuró particularmente demostrar que estas vidas pueden ser muy útiles, *no solamente á las personas religiosas, sino tambien á las seglares*. Aduce sus razones algun tanto demasiado largas para que nosotros las reproduzcamos enteras ; pero he ahí algunas lineas de su conclusion que nos parecen aplicarse mejor aun á nuestro tiempo de lo que se aplicaban al suyo.

Despues de haber mostrado muy bien que el conocimiento de estas santas vidas encierra un atractivo y enseñanzas que convienen á todo el mundo, añade :

« Creo que estas vidas de tantos penitentes y solitarios serán todavía más útiles á este reino, en el siglo en que vivimos, de lo que lo han sido en España, hace cerca de ocho cientos años, cuando empezando la lengua latina á no estar ya allí en uso comun, viendo los sacerdotes católicos los frutos de piedad y de gracia que estas agradables vidas producian en los espíritus, las tradujeron al árabe con la sagrada Escritura y los libros de la *Ciudad de Dios* de San Agustin ; porque asi como el fuego nunca es tan necesario como en la violencia de los más rigurosos inviernos, asi tambien los ejemplos de las grandes y extraordinarias virtudes jamás son más útiles que cuando el mundo está lleno de grandes vicios. Y aun cuando estos ejemplos no sean de personas que viven todavía, sino muertas ya desde hace muchos siglos, sin embargo, como las reliquias de sus cuerpos, bien que reducidos á ceniza, tienen todavía una virtud divina que hace milagros, y sus mismos retratos sirven algunas veces por la gracia de Dios para la conversion de los pecadores, asi tambien la historia de su santa vida, que es una de las más preciosas reliquias que de ellos nos quedan, y la imagen de la hermosura de su alma que es inmortal, puede atraer las ben-

diciones de Dios sobre el espíritu y el corazón de los lectores por la virtud que el Espíritu Santo ha impreso en aquellas antiguas y maravillosas obras de su gracia, y por el poder de la intercesión de esos grandes santos para con aquellos que les invocan leyendo sus vidas. »

Vamos á terminar esta introducción citando una página de la *Imitación de Jesucristo* sobre las virtudes de los santos Padres de los desiertos. (L. I, c. 18.)

« Poneos á la vista el ejemplo de los santos Padres, que fueron vivas imágenes de la perfección y de la santidad religiosa y hallareis que todo cuanto hacemos es poco ó casi nada.

« ¡ Ay ! ¿ qué es nuestra vida si la comparamos con la suya ?...

« ¿ Cómo vivieron esos santos Padres de los desiertos ? ¿ Cuán grande fué su austeridad y su desnudez de todas las cosas ! ¿ Cuán grandes y molestas tentaciones sufrieron ! ¿ Cuántas veces fueron atormentados por los demonios ! ¿ Cuánto fué el fervor y la asiduidad en sus oraciones, el rigor de su abstinencia, y su ardiente zelo por adelantarse en piedad ! ¿ Con qué valor se declararon á sí mismos la guerra para domar todas sus viciosas inclinaciones ! ¿ Cuán pura y recta fué su intención, por la que jamás consideraron sino á solo Dios !

« Trabajaban de día y oraban durante la mejor parte de la noche ; y hasta mientras trabajaban, su espíritu no cesaba de orar.

« Empleaban útilmente todo el tiempo. Las horas les parecían demasiado cortas para aplicarse á Dios y hasta olvidaban las necesidades del cuerpo. ¿ Tanto era lo que el amor de la contemplación les embelesaba con sus atractivos y su dulzura !

« Renunciaban todas las riquezas, dignidades y honores ; renunciaban á los amigos y á los parientes. Nada deseaban de todas las cosas del mundo ; apenas tomaban lo que era necesario para la vida ; y hasta cuando se veían obligados, por una necesidad inevitable, á sujetarse al cuerpo, no podían entregarse á esta servidumbre sino con dolor.

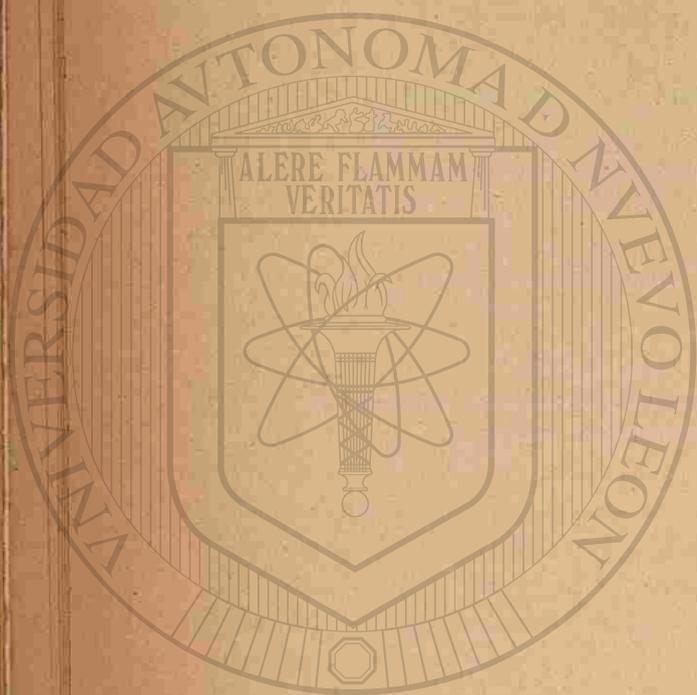
« Eran pobres de bienes de la tierra, pero ricos en gracias y virtudes.

« Todo les faltaba en lo exterior ; pero interiormente estaban llenos de los dones y consolaciones del Cielo.

« Vivían como extranjeros sobre la tierra ; pero eran los más queridos amigos del Salvador. Pasaban por nada en su propia estima y en la del mundo ; pero eran preciosos á los ojos de Dios y queridos de él como verdaderos amigos suyos.

« Vivían en una sincera humildad, en una sencilla obediencia, en una caridad y una paciencia perfectas, y de este modo adelantaban todos los días en la vida del espíritu y estaban llenos de gracias.

« Esos son los modelos que Dios há dado á todas las almas puras y religiosas ; y su ejemplo debe ser más poderoso para enervizarnos en el bien, que el de un tan gran número de tibios para relajarnos. »



OJEADA HISTORICA

SOBRE LA SITUACION DE LA IGLESIA Y DEL IMPERIO

EN EL SIGLO IV

San Antonio se retiró al desierto hacia el año 271, bajo el reinado de Aureliano, tres años antes de la novena persecucion general. Esta persecucion, que hizo un gran número de mártires, se encontró particularmente en las Gálias; mas no turbó la Tebaida en donde, sin embargo, la vida religiosa no contaba más que con un corto número de discípulos y no estaba organizada. En esta misma época fué condenado Pablo de Samosata, obispo de Antioquia, que no veía en Jesucristo más que á un hombre; y tambien apareció el heresiarca Manés, cuyos errores debian encontrar mucho eco. Manés vestia de un modo extraño con el fin de herir la imaginacion de las muchedumbres. Calzaba borceguies de muy altos talones y vestia un manto flotante de diversos colores. No andaba jamás sin un largo baston de ébano. Tenia una de sus piernas cubierta de tela encarnada y la otra de tela verde. Bajo del brazo, llevaba un libro escrito en caracteres babilonios y afectaba un andar aéreo, á fin, sin duda, de ser creido más facilmente cuando se hacia pasar por dotado del poder de elevarse por los aires. Manés enseñaba que desde el principio habia habido dos seres iguales, dos dioses increados, vivos, opuestos uno á otro: el uno, bueno, á quien él llamaba Luz, espiritu; el otro malo, al que llamaba tinieblas, materia. Durante su vida, tuvo pocos secuaces

entre los cristianos ; pero el maniqueismo sobrevivió mucho tiempo á su inventor. Despues de haber desaparecido por su nombre, perpetuóse bajo diferentes formas. Los Priscilianistas, los Paulicianos, los Bayonitas, los Albigenses y los Valdenses eran, en el fondo, Maniqueos.

Aureliano imperó cinco años. Tuvo que sostener numerosas luchas y en su tiempo los Francos empezaron á hacerse temer. Bajo sus sucesores hasta, Diocleciano, la Iglesia, aunque siempre amenazada y frecuentemente perseguida, no tuvo sin embargo que sufrir grandes pruebas ; hubo mártires, pero no hubo una persecucion sistemática y general. Las cosas cambiaron cuando Diocleciano hubo asociado al imperio á Maximiniano Hércules, que profesaba un odio ardiente á los cristianos. La persecucion comenzó en el año 286 en el pais sometido á Maximiano ; este perseguidor fué quien hizo matar á toda la legion Tebana. Los Galos tuvieron entonces numerosos mártires. Pero pronto los cristianos debian ser perseguidos en todo el imperio. Diocleciano, cediendo á los consejos de Galerio, ordenó, en 303, el exterminio general de los cristianos. El decreto, en sustancia, decia asi : « Las iglesias serán « derribadas y los libros santos quemados ; los cristianos serán « privados de todos los honores, de todas las dignidades, y condenados al suplicio sin distincion de orden ni de rango. Podrán, « ser perseguidos ante los tribunales sin que ellos puedan perseguir á nadie en ningun caso. Los cristianos libres serán esclavos. » Las amenazas del edicto se realizaron. Chateaubriand hizo en sus *Estudios historicos* un pasmoso cuadro de esta persecucion. « Cualquiera, dice él, que rehusaba adorar á los dioses era condenado y entregado á los verdugos ; las cárceles rebosaban víctimas. Los látigos, los caballetes, las uñas de hierro, la cruz, las bestias feroces despedazaban á los niños y á sus madres. En cada provincia hay su particular suplicio : el fuego lento en Mesopotamia, la rueda en el Ponto, el hadra en Arabia, el plomo derretido en Capadocia. Algunas veces, cansados de quemar por separado á los fieles, los paganos les arrojaban en gran número á la hoguera. Los huesos

de las víctimas, reducidos á ceniza, eran dispersados por el viento. »

El Egipto presenció escenas de crueldad inaudita, aun en aquel tiempo. En la Tebaida se ataba á los mártires á un poste, bajo los ardorez de un sol abrasador, y se les dejaba morir de hambre. Despedazábanse sus cuerpos con pedazos de vidrio y de ollas ; introducíanse puntas de hierro ó de caña bajo sus uñas ; derramábase aceite hirviente en sus llagas. Estas escenas se prolongaron durante dos años y, en una sola poblacion y en un solo dia, se verificaron hasta cien ejecuciones. La violencia de lá persecucion impidió á los clérigos romanos el reunirse para dar un sucesor al papa San Marcelino, y la Santa Sede estuvo vacante desde el 304 al 308. Entonces fué elegido San Marcelo.

La persecucion de Diocleciano no se extendió á las soledades, las que ya, segun la expresion de los profetas, empezaban á cubrirse de flores ; antes al contrario llevó al desierto á muchos cristianos, como en tiempo del emperador Decio habia llevado allí á San Pablo primer ermitaño. En el año 307, San Antonio, cuya reputacion era ya grande, dió á su obra mayor extension y empezó, en algun modo, su vida publica.

Los edictos contra los cristianos estaban siempre en vigor, y su aplicacion, aunque menos violenta, no cesaba. El papa Marcelo fué martirizado en 309. Galerio, al morir, sintiendo que estaba bajo el golpe de un castigo divino, quiso conceder la libertad á los cristianos ; pero su edicto publicado en 310 fué anulado al año siguiente. Entonces se vió á San Antonio venir á Alejandria para confesar en ella con valor la fé y sostener asi el ánimo de los cristianos.

La era del paganismo toca á su término. Aparece Constantino y sale vencedor de Majencio. Reina ; y la Iglesia católica goza finalmente de libertad. Preguntemos á Bossuet cuál fué entonces el estado del mundo :

« Mientras Constantino sitiaba á Majencio en Roma, apareciósele en el aire, delante de todos, una luminosa cruz, con una ins-

cripcion que le prometia la victoria. Lo mismo le fué confirmado en un sueño. Al siguiente día, ganó esta célebre batalla que libertó á Roma de un tirano y á la Iglesia de un perseguidor. La Cruz fué arborada como la defensa del pueblo romano y de todo el imperio (313). Un poco despues, Maximiano fué vencido por Licinio que estaba de acuerdo con Constantino. La paz fué dada á la Iglesia. Constantino la colmó de honores. La victoria le siguió en todas partes, y los bárbaros fueron reprimidos por él y por sus hijos. Sin embargo, Licinio se enemiza con él y renueva la persecucion (315). Derrotado por mar y tierra, se ve obligado á abandonar el imperio y á perder finalmente la vida (324).

« Por este tiempo, Constantino reunió en Nicea de Bitynia (325) el primer concilio general en el que tres cientos diez y ocho obispos que representaban á toda la Iglesia, condenaron al sacerdote Ario, enemigo de la divinidad del Hijo de Dios y arreglaron el simbolo en el que se establece la consubstancialidad del Padre y del Hijo. Los sacerdotes de la Iglesia romana enviados por el papa San Silvestre, precedieron á todos los obispos en esta asamblea; y un autor griego antiguo cuenta, entre los legados de la Santa Sede, al célebre Osio, obispo de Córdoba, que presidió el concilio. Constantino, tomó en él asiento y recibió sus decisiones como un oráculo del cielo. Los Arrianos ocultaron sus errores y entraron nuevamente, disimulando, en el buen camino.

« La Iglesia, pacífica bajo Constantino (en todo el imperio), fué cruelmente afligida en Persia. Una infinidad de mártires sellaron su fe¹. El emperador procuró en vano apaciguar á Sapor y atraerle al cristianismo. La proteccion de Constantino no dió á los cristianos perseguidos sino un favorable asilo².

La obra de Constantino fué destruida por sus hijos. Constante sostuvo la fe de Nicea que combatia Constancio. « Entonces la Iglesia admiró los largos sufrimientos de San Atanasio, patriarca

¹ Encontrará detalles de esta persecucion en el último volumen de esta obra.

² Discurso sobre la Historia universal, época undécima.

de Alejandria y defensor del concilio de Nicea. Arrojado de su silla por Constancio, fué restablecido canónicamente por el papa San Julio (341) cuyo decreto apoyó Constante. Este buen príncipe no duro mucho. El tirano Magnencio le mató á traicion (350); pero pronto vencido por Constancio, se mató á sí mismo. En la batalla, en la cual se desbarataron todos sus planes, Valens, obispo arriano, secretamente advertido por sus amigos, aseguró á Constancio que el ejército del tirano estaba puesto en fuga é hizo creer al debil emperador que él lo sabia por revelacion. Apoyado en esta falsa revelacion, Constancio se entrega á los Arrianos. Los obispos ortodoxos son arrojados de sus sillas y toda la Iglesia (353) se llena de confusion y desorden. » Grandes debilidades fueron entonces cometidas por algunos de aquellos en quienes más debia contarse. La astucia y la violencia prevalecen sobre el derecho; la autoridad del emperador se sustituye á la ley; pero los Arrianos, que se encuentran los dueños, no pueden convenirse entre sí: todos los días cambian su simbolo, y la iniquidad se miente á sí misma. » La fe de Nicea subsiste. San Atanasio é Hilario, obispo de Poitiers, sus principales defensores, se hacen célebres en toda la tierra. »

Las cosas siguieron casi en el mismo estado hasta el reinado de Juliano el Apóstata. Este príncipe empleó contra la Iglesia un nuevo género de persecucion. « Entretuvo sus divisiones; excluyó á los cristianos no solo de los honores sino tambien de los estudios; é imitando la santa disciplina de la Iglesia, creyo volver contra ella sus propias armas. Usáronse tambien los suplicios, pero ordenados bajo pretextos diferentes del de la religion. » La temprana muerte de Juliano no le permitió hacer todo el mal que habia proyectado. Su sucesor, Joviano, era cristiano zeloso, pero reinó muy poco tiempo. Despues de él vino Valentiniano. Este príncipe restableció los negocios del imperio muy comprometidos por los últimos reinados, y protegió en Occidente la fe de Nicea, que Valens, su hermano y su colega, perseguia en Oriente. Ya se verán las luchas que sostuvieron contra él muchos de los santos

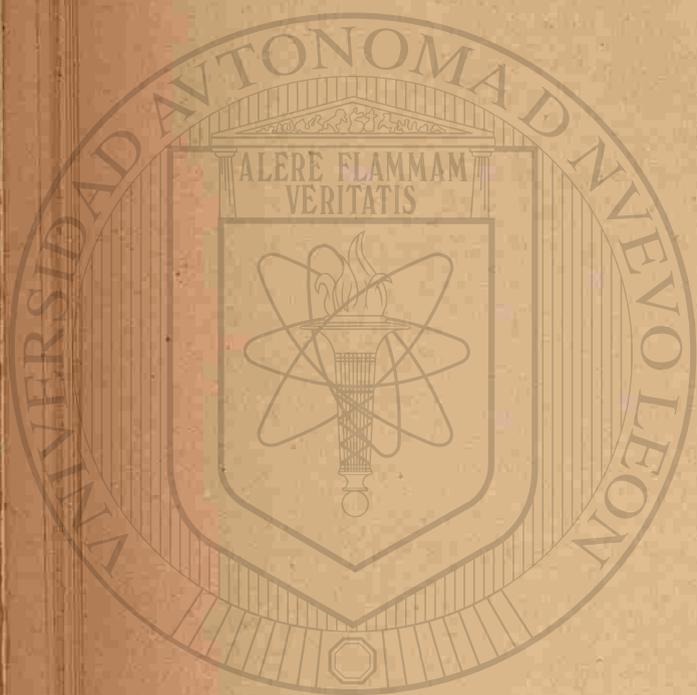
obispos y religiosos que figuran en nuestras *Vidas de los Padres de los desiertos*.

En esta época fué cuando Aério, sacerdote arriano, juntando nuevos errores á los antiguos dogmas de la secta, sostuvo que el sacerdocio debía ser igual al episcopado y declaró inútiles las oraciones y ofrendas de la Iglesia para los muertos. Pretendia además que el ayuno no era obligatorio. Entonces fué tambien, por otra parte, cuando San Martin, obispo de Tours, cuya basilica se reedifica hoy, llenaba todo el universo con la fama de su santidad y de sus milagros, durante su vida y despues de su muerte.

La fe triunfa en Oriente y en Occidente bajo Teodosio el Grande y Graciano. Los dos eran hábiles capitanes asi como fervorosos cristianos, y rechazaban á los bárbaros al mismo tiempo que á los hereges. El reinado de Teodosio fué largo (379-393) y el Oriente tuvo años felices. En este reinado, los hereges macedonios, que negaban la divinidad del Espíritu Santo, fueron condenados en el concilio de Constantinopla (381). Graciano, matado en 383, tuvo por sucesor á Máximo, quien, para complacer al senado, restableció en Roma, en 388, el culto de los falsos dioses. Teodosio marchó contra él, le deshizo y le dejó matar por sus soldados; despues dió el imperio de Occidente á Valentiniano cuya madre favorecia al arrianismo. El franco Arbogasto derribó á Valentiniano y puso en su lugar á Eugenio, quien de nuevo levánto los altares del paganismo. Teodosio volvió á tomar las armas. « Él fué, dice Bosuet, la admiracion y el gozo de todo el universo. Apoyó á la religion, hizo callar á los hereges, abolió los sacrificios impuros de los paganos, corrigió la molicie y reprimió los gastos superfluos. Confesó humildemente sus faltas é hizo penitencia de ellas. Escuchó á San Ambrosio, célebre doctor de la Iglesia, que le reprendia de su ira, único vicio de un tan gran príncipe. Siempre victorioso, jamás hizo la guerra sino por necesidad. Hizo felices á los pueblos y murió en paz, más ilustre por su fe que por sus victorias. »

Esta feliz situación fué turbada por el hijo de Teodosio; pero

no entra en nuestro plan el dar mayor extension á esta rápida ojeada. Hemos querido simplemente recordar por medio de los hechos esenciales cuál era la situacion de la Iglesia y del mundo en la época en que la vida religiosa tomó definitivamente posesion del desierto y recibió en él magnifico desarrollo.



LAS VIDAS
DE LOS
PADRES DE LOS DESIERTIOS

PRIMERA PARTE

SOLITARIOS DE LA TEBAIDA

SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO

San Pablo es llamado el primer ermitaño. Antes de él otros habían podido retirarse al desierto para servir allí á Dios; pero él es el primero de los anacoretas de quien tenemos un conocimiento seguro y que pertenece á la historia. Tuvo por testigo á San Antonio y, á San Jerónimo por historiador. El P. Marin hace notar que San Jerónimo era un crítico esclarecido, al mismo tiempo que un severo juez, como lo probó denunciando valientemente á algunos solitarios á quienes reprendía de haber conservado el espíritu del mundo y á otros á los que acusaba de entregarse excesivamente á las abstinencias. Por lo demás, parece que escribió la vida de San Pablo, no solamente para rendir homenaje á las virtudes que perfumaban el desierto y embellecían la Tebaida « con las flores de Cristo, » sino también para poner término á las exageradas relaciones que

principiaban á correr sobre el primer ermitaño. « Hay algunos, dice él, que quisieran hacen creer que Pablo vivía en un antro subterráneo y que los cabellos le caían hasta los talones, á todo lo cual añaden otras fábulas semejantes que ellos mismos se forjan, las que yo no creo deber tomarme la pena de refutar. »

El no refuta, en efecto, esos cuentos ridiculos é infundados », pero restablece la verdad narrando lo que de cierto se sabía sobre la fe y los comienzos de Pablo. « En cuanto á lo que pasó desde su juventud hasta su vejez, lo mismo que de las tentaciones del diablo que tuvo que sufrir y que venció, nadie tiene conocimiento. »

San Jerónimo, como es sabido, habitó la Tebaida, y fué viviendo como San Pablo, en donde San Pablo había vivido, cuando tomó la resolución de escribir su historia ¹.

Pablo nació en la Baja-Tebaida ², reinando Alejandro Severo, en el año 228 ó 229 de Jesucristo. Sus padres eran ricos y le hicieron instruir en las lenguas griega y egipcia; pero, como eran fervorosos cristianos, se aplicaron sobre todo á hacerle también cristiano. Quedó huérfano á la edad de quince años no teniendo otra familia que una hermana ya casada.

La persecución que Decio y Valeriano excitaron en aquel tiempo hacía sentir más particularmente en el Egipto y la Tebaida; por lo cual tomó la determinación de ocultarse en una casa de campo, ya sea que desconfiara de sí mismo, ya que Dios quiso ocultarle de la persecución de los tiranos, para hacerle en la soledad el jefe de los mártires de la penitencia.

¹ San Pablo murió hacia el 342 y San Jerónimo nació hacia el 331.

² La Tebaida formaba una de las divisiones del Egipto, al Sud; era también llamada el Egipto superior, á causa de su posición con respecto al curso del Nilo. Hoy día se la llama también el Saïd. Por el este y el oeste, la Tebaida estaba limitada por desiertos y dividida, según unos, en siete prefecturas ó provincias y, según otros, en diez y seis.

Pero cuando creía estar seguro, descubrió que su cuñado se había decidido á entregarle á los perseguidores, para aprovecharse de la confiscación de sus bienes, que eran considerables. Nada fué capaz de ablandar el corazón de este miserable; ni el temor de Dios, ni los derechos de la alianza ni la juventud de Pablo, ni las lágrimas de su hermana. Pablo se vió obligado á salvar su vida con una segunda fuga y á buscar entre las bestias salvajes una seguridad que no encontraba entre los hombres.

Al principio no se alejó mucho, no siendo quizás otro su intento que ceder por algún tiempo á la tempestad; pero familiarizándose poco á poco con los horrores del desierto é internándose cada día más en las vastas soledades de aquel país, llegó finalmente á una montaña en la que había una cueva cerrada, cuya entrada franqueó para ver lo que contenía.

Encontró en ella como un vestibulo formado por ramas de una palmera entrelazadas y junto á ella una fuente cuyas cristalinas y puras aguas, después de haber formado un pequeño riachuelo, se perdían en la tierra á poca distancia de su origen. Parecía que este lugar hubiese sido alguna otra vez habitado; porque veíanse por los alrededores ruinas de casitas en las que se encontraban buriles, yunques y martillos, lo que hizo creer á algunos autores egipcios que allí se fabricaba moneda falsa, en tiempos de Marco Antonio y de Cleopatra.

Esas pequeñas comodidades hicieron que Pablo considerara este lugar como una mansión que la Providencia le había preparado para servirle de morada. Renunció á todas las esperanzas del siglo y fijó su residencia en esta cueva por todo el resto de sus días. Cuando se le hubieron gastado sus vestidos, se hizo una túnica de hojas de palmera. Los frutos de este árbol sirvieron para alimentarle y el agua de la fuente para apagar su sed. Encontrando, pues, en

este lugar con que alimentarse y vestirse, no deseó ya otra cosa alguna para la manutencion de su cuerpo y dedicó todos los cuidados á la santificacion de su alma.

Su modestia nos ocultó los ejercicios que practicó en su largo retiro ; pero los prodigios que Dios hizo en su favor y la elevada contemplacion á la que fué levantado, muestran suficientemente que su vida fué allí más angelical que humana y que si permaneció largo tiempo oculto en el secreto del rostro de Dios, gustó todas las ventajas de la virtud perfecta.

En esta vida celestial habia él perseverado hasta la edad de ciento trece años, cuando el Señor quiso darle á conocer á su Iglesia por medio de San Antonio, que vivia entonces en la soledad y que tenia ya noventa años. La ocasion de este feliz descubrimiento fué que cierto dia al gran Antonio le vino el pensamiento de que, antes de él, nadie habia llevado una vida perfecta en el desierto. La noche siguiente, Dios le hizo conocer la ilusion de este pensamiento, revelándole en sueños que habia un solitario más adentro del desierto que le superaba en edad y en méritos y que debia apresurarse á irle á ver.

Antonio, fiel á la voz de Dios, apenas despuntó el dia, tomó su baston y se puso en camino, sin tener miramiento á la debilidad de su cuerpo oprimido por el peso de los años y gastado por las austeridades. Era ya medio dia, y los ardores del sol, que en aquellos desiertos son terribles, no habian detenido sus pasos ; cuando he aquí que encuentra delante de si un monstruo que tenia la mitad del cuerpo semejante al de un hombre y lo restante al de un caballo.

Al ver esto, temió que no fuese arte del demonio y fortificándose con la señal de la cruz, le dirigió la palabra para saber de él dónde vivia el siervo de Dios. Este monstruo, balbuceando yo no sé qué barbaridadés, extendió los bra-

zos para mostrarle el camino que debia seguir y emprendió inmediatamente la fuga.

San Jerónimo, que narra esto, pone en duda si esto era un fantasma con que el demonio queria atemorizar á Antonio y hacerle desistir de su empresa, ó si era un monstruo real, como los que se encontraban algunas veces en Africa y sobre todo en la Tebaida ; á lo cual podria añadirse que Plinio asegura haber visto uno semejante en Roma, cuyo cuerpo se habia (Plin. l. 7. embalsamado. c. 3.)

Sea de esto lo que quiera, no fué solamente el monstruo lo que encontró Antonio en su camino. Poco después, cuando atónito estaba todavia pensando en esto, vió otro, de diferente figura, en el fondo de un pedregoso valle. Era de talla pequeña ; tenia la nariz retorcida, cuernos en la frente y piés de cabra. Antonio acudió nuevamente á la señal de nuestra redencion y, con esta arma espiritual, no temió acercarse á él y preguntarle quién era.

Este, menos uraño que el primero, presentóle dátiles en señal de benevolencia y le dijo con voz articulada : « Yo « soy mortal y uno de los habitantes de los desiertos á quienes adoran los paganos bajo los nombres de Faunos, Sáticos é Incubos. He sido enviado á ti por los de mi especie con el fin de rogarte que ofrezcas por nosotros votos á aquel que es tu Dios y el nuestro y que sabemos haber venido para la salud del mundo. »

El santo viejo no pudo oírle publicar la gloria de Jesucristo sin hacer reventar por un torrente de lágrimas de alegría la que él sentia en su corazon. Golpeaba la tierra con su baston y decía en el ardor del celo de que estaba poseído : « ¡ Maldicion á ti, Alejandria, que adoras á los « monstruos como Dioses ! ¡ Maldicion á ti, ciudad adúltera, « que te has convertido en asilo de los demonios esparcidos por toda la tierra ! ¿ Cómo te escusarás ahora ? Las

« bestias publican las grandezas de Jesucristo, y tu tributas
« á esas bestias honores debidos á Dios solo. »

Este monstruo no aguardó á que le hiciese otras preguntas, sino que empezó á huir con tanta velocidad como si tuviese alas. « Y esto, añade San Jeronimo, no parezca increíble, puesto que, durante el reinado de Constancio, « fué llevado á Alejandria uno de esos sátiros vivo, al que « salaron despues de muerto para llevarlo á Antioquia y « mostrarlo al emperador. »

Sin embargo nuestro santo viajero no encontraba otro camino que seguir sino las huellas de las bestias salvajes; y hacia ya dos dias que caminaba sin saber todavía á dónde debía ir, permitiéndolo así Dios para poner á prueba su fe. Habiendo llegado la noche, pasóla toda entera en oraciones á fin de obtener del cielo nuevas luces. Al rayar el alba, divisó á lo lejos una loba que, jadeando de sed, corría á lo largo de la montaña. Siguióla con la vista hasta tanto que se hubo alejado completamente, y acercándose al mismo lugar, llegó á la cueva donde vivía el que buscaba.

Miró por dentro para ver si habia alguien, pero era tan grande la oscuridad que nada pudo descubrir. No se desazonó por esto; y deteniéndose un rato para descansar, avanzó luego á tientas hasta que habiendo distinguido á lo lejos una pequeña claridad, no dudó ya de que fuese aquella la morada del solitario que Dios le revelara.

El gozo de haberle encontrado le dió más valor. Redobló el paso y, con la precipitacion con que andaba, chocó contra las piedras é hizo ruido; de modo que el habitante de aquel solitario lugar, cuyo silencio nadie hasta entonces habia interrumpido, le oyó y cerró la puerta de su celda.

Antonio, al verse rechazado, se echó en tierra junto al umbral de la puerta, y le rogó en los términos más conmovedores que no le privase del consuelo que desde tan lejos y con tanta pena habia venido á buscar. « Vos sabeis, le de-

« cia él, quién soy yo, de dónde vengo y la intencion que
« me ha traído aqui. Concedo que no soy digno de veros,
« pero no me retiraré que no haya tenido esta dicha. ¿ Re-
« husaréis á los hombres la entrada en vuestra cueva siendo
« así que la concedéis á las bestias? Yo os he buscado y os
« encontré; al presente llamo á vuestra puerta. Si no puedo
« obtener que me abrais, he resuelto morir suplicándooslo,
« y espero que por lo menos tendreis la caridad de darme
« sepultura. »

Pablo fingió no rendirse y le respondió desde dentro de la celda: « nadie suplica con amenazas ni mezcla con injurias las lagrimas. ¿ Cómo quereis que yo os reciba cuando « decís que no habeis venido más que para morir? « Al mismo tiempo abrió la puerta, sonriéndose dulcemente y, dándose un mútuo abrazo con aquella tierna caridad que une á los Santos entre sí, se llamaron mútuamente por su propio nombre, por el conocimiento sobrenatural que Dios les dió.

En seguida, hicieron juntos su oracion para dar gracias al Señor; despues de la cual, habiéndose dado nuevamente el ósculo de paz, Pablo se sentó junto á su nuevo huesped y le habló en estos términos: « Ved ahí al que habeis buscado con tanta fatiga, cuyo cuerpo consumido por la vejez está cubierto de canas. Ved ahí á este hombre que se « halla ya al término de su carrera, próximo á convertirse « en polvo. Pero, puesto que la caridad lo sufre todo, de- « cidme, os ruego, ¿ cómo va el mundo? ¿ Hácense nuevos « edificios? ¿ Quién reina hoy? ¿ Todavía hay hombres cie- « gos que adoren á los demonios? »

Antonio satisfizo á todas estas preguntas; y mientras estaban así conversando, un cuervo les llevó un pan entero que dejó en tierra junto á ellos. Esto fué para los dos Santos un nuevo motivo de alabar la misericordia del Señor. « Ved, dijo Pablo; ¡ cuán bueno es Dios para procurar por

nuestro sustento ! Hace años que todos los dias me envia del mismo modo medio pan. Hoy, que habeis llegado vos, nos hace traer doble porcion, para hacer ver el cuidado que toma de los que le sirven. »

Renovaron la accion de gracias y se sentaron junto á la fuente para tomar su refeccion ; pero cuando se trató de partir el pan, quisieron cederse reciprocamente el honor de partirlo. Pablo insistia fundándose en los derechos de la hospitalidad y Antonio en los de la edad. Convinieron por último y cada uno, tomando el pan de su lado, guardó, trayéndolo hácia sí, la porcion que le quedaba en la mano.

Toda la noche siguiente se pasó en oracion ; y por la mañana, volviendo á su piadosa conversacion, dijo Pablo á Antonio : « Hace largo tiempo, hermano mio, que yo tenia noticia de que morabais en este desierto. Hace largo tiempo que Dios me habia prometido que vos empleariais como yo vuestra vida en su servicio. Pero he ahí que ha llegado ya mi última hora, y, habiendo yo siempre deseado unirme con Jesucristo, no me queda ya sino recibir de su mano la corona de justicia. Este divino Maestro os ha enviado para sepultar mi cuerpo, ó por mejor decir, para que devolvais la tierra á la tierra. »

Antonio, al oírle hablar de su muerte como próxima, se derretia en lágrimas y le suplicaba que no le abandonase ó que pidiese á Dios que le siguiera tambien él en este paso ; mas Pablo le respondió : « Vos no debeis desear lo que os es más ventajoso. Está fuera de duda que sería para vos una gran dicha el ser libertado del peso de este cuerpo mortal ; pero vuestros hermanos tienen todavia necesidad de nuestro ejemplo. Yo os suplico, pues, si no es daros demasiada pena, que vayais á tomar la capa que os dió el obispo Atanasio y la traigais para sepultarme. » Él le hacia esta súplica, no porque se preocupase mucho de ser sepultado envuelto ó no en una capa, sino que queria ale-

jar á Antonio durante algunos dias y no darle la pena de verle morir. A más de que con esto demostraba que moria en la comunion de San Atanasio, el invencible defensor de la fe ortodoxa contra la heregia arriana.

Con estas palabras de la capa de Atanasio, Antonio reconoció todavia más que el espíritu de Dios residia en este Santo ; puesto que solamente por revelacion podia saber que este prelado le hubiera hecho el regalo de dicha capa. Así que, no se atrevió á replicar y contentándose con derramar abundantes lágrimas, le besó los ojos y las manos y partió para su monasterio.

El deseo de volver á ver á San Pablo le hacia ser más diligente. Habriase dicho que todo el vigor de su espíritu habia pasado á su cuerpo ya gastado. Al llegar á su monasterio, sus discipulos, á quienes su ausencia habia puesto en cuidado, se presentaron á él y le preguntaron en dónde habia estado. Pero en vez de contestarles, estando como estaba lleno del recuerdo de las virtudes de Pablo, golpeábase el pecho y exclamaba compungido : « ¡ Desdichado de mi, miserable pecador, que tan injustamente llevo el nombre de solitario ! He visto á Elias, he visto á Juan en el desierto, y para hablar mejor y con más verdad, he visto á Pablo en un paraiso ».

Estas palabras excitaron todavia más la curiosidad de sus discipulos é hicieronle aun mayores instancias para obligarle á que se explicara ; mas él no les respondió otra cosa que las siguientes palabras de la Escritura : *Hay tiempo de hablar y tiempo de callar* : y sin pensar solamente en tomar alimento alguno, tomó la capa de San Atanasio y apresuróse á volver hacia San Pablo, temiendo, como así sucedió, que muriese durante su ausencia.

Apenas habia andado tres horas, cuando de repente vió á San Pablo subir al cielo rodeado de una brillante claridad en medio de los espíritus bienaventurados. « ¡ Ah ! exclamó

« entonces, arrojándose al suelo y cubriendo de arena su cabeza ; ¡ Ah Pablo ! ¿ porqué me abandonas ? ¿ Porqué no me dás al menos el consuelo de decirte adiós ? ¿ Es preciso que yo te pierda tan pronto habiéndote conocido « tan tarde ? »

Al mismo tiempo aceleró el paso, é hizo el camino que le faltaba con tanta diligencia que él mismo se admiraba. Habiendo llegado á la cueva, encontró el cuerpo del santo de rodillas, levantada la cabeza y con las manos tendidas hácia el cielo. Esta posición, que naturalmente no podía ser la de una persona muerta, le hizo pensar, no obstante la visión que había tenido, que Pablo vivía aun, y púsose junto á él para orar ; pero, no oyéndole respirar, como acostumbraba á hacerlo durante la oración, reconoció que estaba muerto y se echó sobre su cuello para darle un triste beso.

Después de haber consolado algún tanto su dolor con esta señal de ternura, sacó el cuerpo fuera de la cueva para sepultarlo, cantando himnos y salmos según el uso de la Iglesia. Pero cuando quiso preparar la fosa, no encontrando ningún instrumento para cavarla, se vió muy embarazado. « Si vuelvo al monasterio, se decía á sí mismo, necesito tres días para estar de vuelta ; si me quedo aquí, nada adelantado. Más vale, pues, ó Jesús, divino Maestro mío, que yo muera y que siga á vuestro valeroso soldado, exhalando mis últimos suspiros junto á él. »

Mientras razonaba así, Dios le envió dos leones que vinieron del fondo del desierto, haciendo flotar sobre su cuello sus largas crines. Antonio tuvo al principio algún miedo al verles, y levantó su espíritu á Dios para implorar su socorro. Pero aquellos animales, deponiendo su natural ferocidad, se acercaron al cuerpo de San Pablo, se echaron á sus piés, le acariciaron con su cola y dieron grandes ruidos, para testificar á su manera el sentimiento que les causaba su muerte. En seguida, escarbando la tierra con

sus uñas, y echando como á porfía la tierra de uno á otro lado, abrieron una fosa capaz de contener los preciosos despojos del santo ; después de lo cual, como si quisieran pedir á Antonio la recompensa de su trabajo, vinieron á él meneando las orejas, y bajando la cabeza, lamiéronle los piés y las manos.

Antonio, con estas caricias tan poco naturales en aquellos feroces animales, reconoció que le pedían su bendición. Tributo gloria á Jesucristo cuya divinidad parecían reconocer aquellas bestias y en su lugar le dirigió esta corta súplica : « Señor, sin cuya voluntad no cae una sola hoja de los árboles ni perece el más pequeño pajarito, dad á estos leones lo que Vos sabéis serles necesario ». Después de esto, les hizo señal para que se retirasen, y encorbandos sus espaldas bajo el peso del santo cuerpo, depúsole en el hoyo y lo cubrió de arena.

Habiendo así tributado á San Pablo los últimos deberes de la Iglesia, volvióse al monasterio, llevándose consigo la túnica de hojas de palma que se había tejido el santo vieja. No dejó luego de contar á sus discípulos lo que había visto ; y todos los años, en los solemnes días de Pascua y de Pentecostés, tenía costumbre de revestirse esta preciosa túnica como un ornamento muy propio para mostrar su alegría y su devoción en tan grandes festividades.

San Jerónimo, que escribió esta vida, como lo hemos dicho ya, y que evidentemente la había aprendido de la boca de los discípulos de San Antonio, la termina con las siguientes hermosas reflexiones : « Yo pregunto á los que poseen tantos bienes cuyo número ni siquiera ellos mismos conocen ; que edifican palacios de marmol ; que encierran en un solo collar de diamantes y perlas el precio de muchas heredades ; les pregunto, repito ¿ qué cosa ha faltado á este viejo desnudo de todo ? Vosotros bebeis en copas cubiertas de piedras preciosas, y él, con el

« hueco de la mano, satisfacía á esta necesidad. Vosotros
« os adornais con ropas tejidas de oro y él andaba más mal
« vestido que el más infimo de vuestros esclavos. Pero el cielo
« se abrió á este pobre y vuestra magnificencia no os impedirá
« de ser precipitados á los infiernos. Desnudo como estaba,
« él ha conservado la blanca vestidura de su bautismo, y voso-
« tros, con vuestros soberbios vestidos, la habeis perdido.
« Pablo resucitará glorioso, aunque al presente esté cu-
« bierto de un polvo vil, y los sepulcros, tan ricamente
« adornados, que encierran vuestras cenizas, no os libra-
« rán del fuego eterno. Tened piedad de vosotros mismos.
« Ahorrad al menos esos bienes que tanto amais. ¿ Por-
« qué sepultar los cadáveres en oro y seda y porqué con-
« servar la vanidad en medio de los suspiros y de las lágri-
« mas? Los cuerpos de los ricos ¿ no sabrian tambien pu-
« drirse sin esas preciosas telas?

« Quienquiera que seas, tu que esto lees, acuérdate, te
« ruego, del pecador Jerónimo, el cual, si Dios le diese á
« escoger, preferiría más la pobre túnica de Pablo, con sus
« méritos, que la púrpura de los reyes con todo su po-
« der».

SAN ANTONIO,

PRIMER PADRE DE LOS SOLITARIOS DE EGIPTO.

Como San Pablo, San Antonio tuvo por historiador, y como hoy se diría por biógrafo, á uno de los padres de la Iglesia, San Atanasio patriarca de Alejandria. Atanasio, á quien hasta los enemigos mismos de nuestra fe quieren por cierto colocar entre los grandes hombres, habia visitado fre-

cuentemente á San Antonio en el desierto. Él lo recuerda en la siguiente carta, dirigida á los solitarios de las provincias alejadas para las cuales principalmente habia escrito la vida del santo :

« Es un muy ventajoso combate el en que os habeis metido de igualar vuestra virtud á la de los solitarios de Egipto y aun de procurar sobrepujarles por una generosa emulacion. Hay ya entre vosotros muchas casas de solitarios en donde la disciplina religiosa es muy bien observada. Todo el mundo alabará con razon vuestro designio y Dios concederá sin duda á vuestras oraciones el feliz cumplimiento de vuestros deseos. Por esto, viendo que me pedis con instancia que os haga una relacion de la manera de vivir del bienaventurado Antonio y que deseais conocer de qué modo empezó á seguir una profesion tan santa ; quién era él antes, cuál fué el fin de su vida y si las cosas que de él se publican son verdaderas, á fin de poder entrar todavía en una mayor perfeccion por su imitacion y su ejemplo, he emprendido con sumo gusto lo que me ordena vuestra caridad, porque yo, por mi parte, no sabria ponerme ante los ojos las santas acciones de Antonio sin sacar de ellas un gran provecho ; y estoy seguro que oíreis con tanta admiracion lo que os diré, que esto hará nacer en vosotros un ardiente deseo de seguir los pasos de este gran siervo de Dios, puesto que para solitarios, el saber cuál ha sido la vida de Antonio es conocer el verdadero camino de la perfeccion.

« No temais, pues, el dar crédito á lo que de él se os ha dicho y creed más bien que ello no es sino una pequeñísima parte de sus excelentes virtudes. Porque ¿ cómo hubiera sido posible informaros de todo enteramente, cuando todo lo que yo os escribiré de él en esta carta, despues de haber registrado minuciosamente mi memoria para satisfacer á vuestro deseo, de ningun modo iguala á sus acciones? Y

« hueco de la mano, satisfacía á esta necesidad. Vosotros
« os adornais con ropas tejidas de oro y él andaba más mal
« vestido que el más infimo de vuestros esclavos. Pero el cielo
« se abrió á este pobre y vuestra magnificencia no os impedirá
« de ser precipitados á los infiernos. Desnudo como estaba,
« él ha conservado la blanca vestidura de su bautismo, y voso-
« tros, con vuestros soberbios vestidos, la habeis perdido.
« Pablo resucitará glorioso, aunque al presente esté cu-
« bierto de un polvo vil, y los sepulcros, tan ricamente
« adornados, que encierran vuestras cenizas, no os libra-
« rán del fuego eterno. Tened piedad de vosotros mismos.
« Ahorrad al menos esos bienes que tanto amais. ¿ Por-
« qué sepultar los cadáveres en oro y seda y porqué con-
« servar la vanidad en medio de los suspiros y de las lágri-
« mas? Los cuerpos de los ricos ¿ no sabrian tambien pu-
« drirse sin esas preciosas telas?

« Quienquiera que seas, tu que esto lees, acuérdate, te
« ruego, del pecador Jerónimo, el cual, si Dios le diese á
« escoger, preferiría más la pobre túnica de Pablo, con sus
« méritos, que la púrpura de los reyes con todo su po-
« der».

SAN ANTONIO,

PRIMER PADRE DE LOS SOLITARIOS DE EGIPTO.

Como San Pablo, San Antonio tuvo por historiador, y como hoy se diría por biógrafo, á uno de los padres de la Iglesia, San Atanasio patriarca de Alejandria. Atanasio, á quien hasta los enemigos mismos de nuestra fe quieren por cierto colocar entre los grandes hombres, habia visitado fre-

cuentemente á San Antonio en el desierto. Él lo recuerda en la siguiente carta, dirigida á los solitarios de las provin-
cias alejadas para las cuales principalmente habia escrito la vida del santo :

« Es un muy ventajoso combate el en que os habeis metido de igualar vuestra virtud á la de los solitarios de Egipto y aun de procurar sobrepujarles por una generosa emulacion. Hay ya entre vosotros muchas casas de solitarios en donde la disciplina religiosa es muy bien observada. Todo el mundo alabará con razon vuestro designio y Dios concederá sin duda á vuestras oraciones el feliz cumplimiento de vuestros deseos. Por esto, viendo que me pedis con instancia que os haga una relacion de la manera de vivir del bienaventurado Antonio y que deseais conocer de qué modo empezó á seguir una profesion tan santa ; quién era él antes, cuál fué el fin de su vida y si las cosas que de él se publican son verdaderas, á fin de poder entrar todavía en una mayor perfeccion por su imitacion y su ejemplo, he emprendido con sumo gusto lo que me ordena vuestra caridad, porque yo, por mi parte, no sabria ponerme ante los ojos las santas acciones de Antonio sin sacar de ellas un gran provecho ; y estoy seguro que oíreis con tanta admiracion lo que os diré, que esto hará nacer en vosotros un ardiente deseo de seguir los pasos de este gran siervo de Dios, puesto que para solitarios, el saber cuál ha sido la vida de Antonio es conocer el verdadero camino de la perfeccion.

« No temais, pues, el dar crédito á lo que de él se os ha dicho y creed más bien que ello no es sino una pequeñísima parte de sus excelentes virtudes. Porque ¿ cómo hubiera sido posible informaros de todo enteramente, cuando todo lo que yo os escribiré de él en esta carta, despues de haber registrado minuciosamente mi memoria para satisfacer á vuestro deseo, de ningun modo iguala á sus acciones? Y

vosotros mismos informaos cuidadosamente de lo que pasa en vosotros, por que aun cuando cada uno cuente lo que hace, será muy difícil el hacer de todo una relacion que responda á la dignidad del objeto.

« Yo habia pensado, despues de recibidas vuestras cartas, enviar á buscar á algunos solitarios y sobre todo á los que frecuentemente iban á visitarle, á fin de que, estando mejor informado, pudiese daros un conocimiento más particular: pero, porque pasaba ya el tiempo de navegacion, y el que me ha entregado vuestras cartas tenia que volverse, me he apresurado á satisfacer á vuestra piedad, escribiéndoos lo que yo sé por mí mismo, por haberlo visto frecuentemente, y lo que he podido aprender de un solitario, que há morado mucho tiempo con él, y que muchas veces le daba á lavar las manos. En todo he tenido cuidado de atenerme á la verdad, de la cual creo teneros que advertir, á fin de que, si alguno oye narrar de él hechos aun más grandes que los que yo os citaré, esta multitud de maravillas no disminuya en él la creencia de los mismos; y que si, por el contrario, él no aprende del mismo sino cosas que estén debajo de su mérito, esto no le lleve á despreciar á un tan gran santo ».

San Antonio era egipcio, de un pueblecito llamado Coma ó Coman, en el territorio de Heraclea¹, entre el Bajo-Egipto y la Tebaida. Nació, siendo emperador Decio, en el año 251 de Jesucristo, de padres nobles y cristianos, que procuraron grandemente conservarle en la inocencia. A esto respondió él por su parte tan fielmente, que no quiso aprender las letras humanas en las escuelas, por miedo de entrar en comunicacion con los otros niños, que hubieran podido pervertirle, sino que se quedaba retirado en casa, no saliendo casi de ella sino para ir á la Iglesia; y cuanto más

¹ La historia antigua menciona seis poblaciones de este nombre. Heraclea de Egipto ha desaparecido.

crecia en edad, tantas más pruebas daba de su sabiduria, de su docilidad y de su piedad.

A la edad de diez y ocho ó veinte años, murieron sus padres y le dejaron heredero de sus bienes, que eran considerables; y seis meses despues, habiendo entrado en la Iglesia y habiendo oido leer aquellas palabras de Jesucristo: *Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes, dalo á los pobres y sígueme* (Mat. 12), miró este oráculo como un consejo que le era dirigido personalmente; y para empezar á conformarse con él, abandonó ciento cincuenta yugadas de excelente tierra que poseia, á los de su pueblo, y vendió sus muebles cuyo dinero dió á los pobres, no reservando de él sino una parte para una hermanita que tenia.

Otra vez, habiendo tambien oído aquellas otras palabras del Salvador: *No os preocupéis por el dia siguiente* (Math. 6), acabó de distribuir á los pobres lo que le quedaba, metió á su hermana en un monasterio de vírgenes, y salió de su casa para abrazar la vida ascética.

No habia entonces en Egipto muchas casas de solitarios. Solo se veian algunos piadosos cristianos que, proponiéndose imitar á los fieles de la naciente Iglesia, vivian en lugares alejados del tumulto del mundo, ejercitándose en la oracion y mortificacion, ya sea que morasen solos, ya que algunos se uniesen formando juntos una especie de comunidad.

Para no meterse sin guia en las espinosas sendas de este nuevo estado, Antonio se propuso imitar á un santo anciano que, desde su mocedad, llevaba la vida de los ascetas. Visitaba asimismo á los otros solitarios, observando en cada uno de ellos la virtud en que sobresalia, á fin de practicarla tambien él; y volviéndose luego á su celda, dividia allí todo el tiempo entre la oracion, la lectura de los libros santos y el trabajo de las manos, cuyo precio em-

pleaba para alivio de los pobres, no reservándose más que lo únicamente necesario. Por este medio, adquirió una piedad tan ferviente que muy pronto fué el objeto de la admiración y de las conversaciones de los otros solitarios. Los antiguos le querían como á hijo suyo, sus iguales como á su hermano, los más jóvenes como á su padre, y todos tenían puestos en él los ojos para edificarse con su ejemplo, y le daban por excelencia el nombre de Deicola, para expresar el fervor de su devoción.

El demonio, envidioso de la virtud de los santos, no tardó en hacer esfuerzos para vencer la de Antonio. Desde entonces empezó contra él una guerra tan cruel y porfiada, cuyos detalles no pueden oírse sin asombro. Por de pronto, empezó á inspirarle pena por haber abandonado el mundo, poniéndole ante los ojos del espíritu la nobleza de su estirpe, las grandes riquezas y placeres de que hubiera podido gozar, y quiso hacerle motivo de escrúpulo el haber dejado á su hermana y haberla privado, con su alejamiento, de su apoyo y sus cuidados. Por otra parte, representábale las dificultades de la virtud, la delicadeza de su complexion, la desigualdad entre sus fuerzas y los trabajos de la penitencia, los tedios y la aspereza de una larga vida pasada fuera del trato de los hombres y en una continua mortificación; y como Antonio parecía insensible á todas estas cosas, asedió su imaginación con una multitud de tristes y aflitivas imágenes, y le atormentó de día y de noche con tentaciones, de las que su edad todavía joven le hacía susceptible. Pero el Santo, armado con el escudo de la fé y de la penitencia, resistió con fuerza á todos estos ataques y combatió sobre todo con la consideración de las llamas eternas, las que el espíritu inmundo se enforzaba en encender en su cuerpo.

El demonio, vencido por esta parte, quiso tentarle por la vana gloria. Tomó la figura de un niño tan negro como

es su espíritu y fué á arrojarse á sus pies; despues, con un aire triste y humillado, le confesó que se reconocia vencido. Pero Antonio, muy lejos de enorgulleecerse, dió gracias á Jesucristo, y dijo en seguida al maligno espíritu que la figura que tomaba demostraba al mismo tiempo su fealdad y debilidad, y que en adelante no tendria gran motivo de temerle. Luego entonó aquellas palabras del Salmista: *El Señor es mi fuerza; yo despreciaré á todos mis enemigos* (ps. 117,) lo que hizo desaparecer al fantasma.

Esta fué la primera victoria de Antonio, ó más bien de Jesucristo en Antonio, quien no se creyó por esto con derecho al descanso; sino que considerando que la malicia del demonio es fecunda en artificios, se puso más que nunca en guardia y se entregó con tanto ardor á los trabajos de la penitencia que muchos estaban asombrados de ello. Solo comia una vez al dia, despues de la puesta del sol, y á veces estaba dos ó tres dias sin probar bocado. Su alimento consistia en un poco de pan y sal, y su bebida era el agua. Pasaba frecuentemente la noche sin dormir, y, si descansaba, era sobre la desnuda tierra ó sobre juncos ó sobre un cilicio. Privábase de todos los gustos que podian halagar al cuerpo, diciendo que los jóvenes debian endurecerse con la pena más bien que buscar comodidades que les hacen delicados. No pensaba en el bien que habia hecho, sino solamente en adelantar cada dia en la virtud como si no hubiese hecho más que comenzar. Siempre estaba preparado para el combate, temiendo alguna sorpresa por parte de los enemigos de su alma. Procuraba finalmente presentarse todos los dias delante de Dios con un corazón puro y dispuesto á obedecer á su divina voluntad.

Tales eran sus disposiciones cuando el deseo de un mayor retiro le hizo abandonar su morada para ir á ocultarse entre los sepulcros, en uno de los cuales se encerró, no habiendo confiado su secreto sino á uno de sus amigos, quien

todos los días le llevaba algo con que vivir¹. Este fué un nuevo campo de batalla en el que los demonios vinieron á atacarle abiertamente, por miedo de que, si le dejaban en reposo, muchos imitasen su ejemplo, y de que los desiertos se viesan muy pronto llenos de solitarios, como en efecto sucedió. Cierta noche le golpearon tan cruelmente, que su proveedor, habiendo venido al día siguiente, le encontró desvanecido y llevóle como muerto á la iglesia del pueblo; pero Antonio, habiendo poco á poco vuelto en sí, rogó á su amigo que le volviese á su sepulcro, en el que, no pudiendo tenerse en pié á causa de sus heridas, permanecía acostado en tierra, no cesando de orar y de desafiar á sus enemigos.

Su intrepidez encendió su furor; ellos se anunciaron con una horrible zaragata, como si hubiesen querido echar abajo el edificio, y le embistieron bajo diferentes figuras de leones, osos, tigres, serpientes, y otros animales salvajes, queriendo espantarle con sus gritos y sus silbidos, y lanzándose contra él como para devorarle. Hasta le hicieron algunas heridas y, en medio de este tumulto Antonio, á pesar de los golpes que le daban, dominaba á su alma con la paciencia y les echaba en cara su debilidad. « Si pudieseis alguna cosa contra mí, les decía él, uno solo de vosotros bastaría para abatirme; pero Dios os tiene atados. En vano os juntáis en tanto número para espantarme; no se necesita mejor prueba de vuestra impotencia que la forma de animales irracionales que tomáis. Si Dios os ha dado poder para dañarme, añadia ¿ porqué no lo haceis? Y si no os lo ha dado ¿ porqué os desgañáis con vanos esfuerzos? La señal de la cruz y la fé que tengo en mi Señor, son para mí una muralla inexpugnable ».

Así les hablaba Antonio. Los demonios, más irritados

¹ Estos sepulcros, muy numerosos en Egipto, eran edificios bastante considerables, construidos en forma de gruta.

por verse despreciados, rechinaban de dientes contra él en la desesperacion de vencerle. Entonces el Santo, levantando los ojos al cielo y llamando á Jesucristo en su ayuda, vió de repente abrirse el techo del edificio. Una celeste claridad le rodeó é hizo desaparecer todos los espíritus de las tinieblas. En esta luz reconoció la presencia de su Salvador, quien le llenó de consuelos y le curó sus llagas. Dirigióle Antonio amorosamente sus quejas con la confianza de un niño, y le dijo: ¿ « Dónde estabais, vos, oh buen Jesús, ¿ dónde estabais? ¿ Porqué no habeis venido antes á curar mis llagas »? Y oyó una voz que le dijo: « Antonio, estaba junto á ti y queria ser espectador de tu combate; pero, porque has resistido valerosamente, yo te asistiré siempre y haré célebre tu nombre por todo el mundo. » El Santo se levantó al instante para orar, como si nada hubiese sufrido y experimentó sensiblemente que Dios le habia dado mayores fuerzas de las que antes tenia. Era entonces de unos treinta y cinco años.

Después de este insigne fervor, ardiendo en deseos de adelantar cada día más en la perfeccion, proyectó internarse más en el desierto para entregarse con toda libertad á la virtud á la medida de sus fervorosos deseos. Propuso su designio á un santo anciano, del cual ya hemos hablado, invitándole á ejecutarlo juntos, pero este se excusó con su avanzada edad y con la novedad de la empresa. Así que Antonio siguió solo su plan y se retiró á las montañas.

El demonio, que no cesaba de perseguirle, le hizo ver en el camino una bacía de plata de un tamaño grandísimo. Pronto comprendió que esto no era más que una ilusion de su enemigo y le dijo con tono firme: « Esto es un lazo tuyo; pero no me impedirás mi viaje; ¡ perezca contigo tu plata! » Y al instante la bacía desapareció. Encontró también á sus mismos pies una gran masa de verdadero oro; porque él aseguraba después, contándolo á sus discípulos,

que este oro no era fantástico ; pero muy lejos de detenerse á contemplarlo, apresuró más el paso.

La morada que Dios le habia preparado en la montaña era una fortaleza arruinada, al lado oriental del Nilo. Esta vieja fortaleza estaba llena de reptiles, que huyeron para cederle el sitio. Allí se encerró él como en un templo, que consagró con una continua oracion. Siendo su intento vivir en un perfecto retiro, no permitió allí la entrada á nadie. Recibia solamente de seis en seis meses algunos panes que le echaban por encima del tejado. Los demonios no le dejaron allí en reposo ; sus amigos, que venían á hablarle por la parte de afuera, oían por dentro como un tropel de gente que hacia gran ruido y que le decia con furor : « ¿ Cómo has venido á alojarte en un sitio que no te pertenece? ¿ Qué tienes que hacer en este desierto? Retírate de aquí... ¿ piensas acaso poder resistirnos? » Al principio creían que eran hombres que habian subido con escalas y que querian arrojarle de aquel lugar ; pero, habiendo mirado por una pequeña abertura, y no viendo á nadie, comprendieron que eran los espíritus malignos, de lo que quedaron tan espantados que llamaron á Antonio. El Santo les respondió desde dentro para darles ánimo ; exhortóles á pertrecharse con la señal de la cruz y les dijo que se retiraran sin ningun temor.

No se podía creer que sostuviese por largo tiempo tan rudos combates ; y todas las veces que sus amigos venían á verle, dudaban si le encontrarían todavía con vida. Pero tenían el consuelo de oírle cantar las alabanzas de Dios, sobre todo aquellas palabras del real profeta. *Levántese Dios y sean disipados sus enemigos. Los que le aborrecen, huyan de su presencia. Los pecadores sean exterminados delante de él, como se derrite la cera delante del fuego. Ellos me han rodeado por todas partes ; pero implorando el auxilio de Dios, he triunfado de mis enemigos.*

Así pasó cerca de veinte años, alabando á Dios sin cesar y luchando siempre contra los poderes del infierno, hasta que se vió obligado á acceder á las súplicas de un gran número de personas que iban ó á ponerse bajo su conducta ó á implorar su socorro para otros asuntos particulares. La primera vez que se mostró al público, todo el mundo se quedó admirado al verle en el mismo estado de salud que tenia antes de hacerse solitario. Ni estaba grueso por falta de ejercicio, ni extenuado por sus largos ayunos y sus frecuentes combates contra los demonios. Tenia la conversacion facil y el natural dulce y agradable ; la serenidad de su rostro expresaba la de su alma ; no daba señales de inquietud por verse rodeado de gente, ni de vanagloria por las muestras de estima y respeto que se le daban. Veíasele siempre igual, y en todas las cosas mostraba un juicio iluminado por el espíritu de Dios.

Capítulo II.

Henos aquí llegados á la época que podemos llamar de la mision de San Antonio, quien despobló las ciudades de habitantes y pobló los desiertos de colonias de santos. Multiplicáronse estos en gran número bajo su direccion. Sus milagros, las virtudes de las que daba heróicos ejemplos, sus exhortaciones vivas y ejecutivas hicieron tan fuertes impresiones que, como dice San Juan Crisóstomo (Hom. 8, in Math.), los desiertos de Egipto empezaron entonces á recibir el efecto de la bendicion que Jesucristo habia dado sobre este pais, cuando á él habia ido en su infancia, y á convertirse en un paraíso poblado de infinidad de ángeles, porque este nombre podia muy bien darse á los solitarios que lo habitaban.

El Santo, por su parte, no perdonó medio para hacerles adelantar en la perfeccion. Animábales con sus instruccio-

que este oro no era fantástico ; pero muy lejos de detenerse á contemplarlo, apresuró más el paso.

La morada que Dios le habia preparado en la montaña era una fortaleza arruinada, al lado oriental del Nilo. Esta vieja fortaleza estaba llena de reptiles, que huyeron para cederle el sitio. Allí se encerró él como en un templo, que consagró con una continua oracion. Siendo su intento vivir en un perfecto retiro, no permitió allí la entrada á nadie. Recibia solamente de seis en seis meses algunos panes que le echaban por encima del tejado. Los demonios no le dejaron allí en reposo ; sus amigos, que venían á hablarle por la parte de afuera, oían por dentro como un tropel de gente que hacia gran ruido y que le decia con furor : « ¿ Cómo has venido á alojarte en un sitio que no te pertenece? ¿ Qué tienes que hacer en este desierto? Retírate de aquí... ¿ piensas acaso poder resistirnos? » Al principio creían que eran hombres que habian subido con escalas y que querian arrojarle de aquel lugar ; pero, habiendo mirado por una pequeña abertura, y no viendo á nadie, comprendieron que eran los espíritus malignos, de lo que quedaron tan espantados que llamaron á Antonio. El Santo les respondió desde dentro para darles ánimo ; exhortóles á pertrecharse con la señal de la cruz y les dijo que se retiraran sin ningun temor.

No se podía creer que sostuviese por largo tiempo tan rudos combates ; y todas las veces que sus amigos venían á verle, dudaban si le encontrarían todavía con vida. Pero tenían el consuelo de oírle cantar las alabanzas de Dios, sobre todo aquellas palabras del real profeta. *Levántese Dios y sean disipados sus enemigos. Los que le aborrecen, huyan de su presencia. Los pecadores sean exterminados delante de él, como se derrite la cera delante del fuego. Ellos me han rodeado por todas partes ; pero implorando el auxilio de Dios, he triunfado de mis enemigos.*

Así pasó cerca de veinte años, alabando á Dios sin cesar y luchando siempre contra los poderes del infierno, hasta que se vió obligado á acceder á las súplicas de un gran número de personas que iban ó á ponerse bajo su conducta ó á implorar su socorro para otros asuntos particulares. La primera vez que se mostró al público, todo el mundo se quedó admirado al verle en el mismo estado de salud que tenia antes de hacerse solitario. Ni estaba grueso por falta de ejercicio, ni extenuado por sus largos ayunos y sus frecuentes combates contra los demonios. Tenia la conversacion facil y el natural dulce y agradable ; la serenidad de su rostro expresaba la de su alma ; no daba señales de inquietud por verse rodeado de gente, ni de vanagloria por las muestras de estima y respeto que se le daban. Veíasele siempre igual, y en todas las cosas mostraba un juicio iluminado por el espíritu de Dios.

Capítulo II.

Henos aquí llegados á la época que podemos llamar de la mision de San Antonio, quien despobló las ciudades de habitantes y pobló los desiertos de colonias de santos. Multiplicáronse estos en gran número bajo su direccion. Sus milagros, las virtudes de las que daba heróicos ejemplos, sus exhortaciones vivas y ejecutivas hicieron tan fuertes impresiones que, como dice San Juan Crisóstomo (Hom. 8, in Math.), los desiertos de Egipto empezaron entonces á recibir el efecto de la bendicion que Jesucristo habia dado sobre este pais, cuando á él habia ido en su infancia, y á convertirse en un paraíso poblado de infinidad de ángeles, porque este nombre podia muy bien darse á los solitarios que lo habitaban.

El Santo, por su parte, no perdonó medio para hacerles adelantar en la perfeccion. Animábales con sus instruccio-

nes; velaba sobre ellos con una aplicacion continua; visitá-
bales en particular, aun á aquellos que estaban más apar-
tados, sin que su zelo desfalleciese por la longitud ó los
peligros de los caminos. Portábase para con todos como
su padre y sostenía este título con toda la ternura de su
caridad.

Habiéndose cierto dia reunido en torno suyo todos los
solitarios, y rogándole que les hiciese alguna exhortacion,
les dijo en lengua egipcia: « Aun cuando la sagrada Escri-
tura sea suficiente para nuestra instruccion, es causa lau-
dable el excitarnos unos á otros en lo que pertenece à la
fe y ejercitarnos en santos y saludables discursos. Asi que,
puesto que vosotros sois hijos míos, me contaréis á mi,
como á vuestro padre, los conocimientos que hayais ad-
quirido sobre la piedad; y yo, como que soy de mayor
edad que vosotros, os diré lo que he aprendido y lo que
sé por experiencia.

« La primera cosa que debemos observar es el no tener
« todos juntos sino un mismo intento; el no relajarnos ja-
« más en la santa resolucion que hemos emprendido y no
« descorazonarnos por los trabajos, diciendo que hace mu-
« cho tiempo que practicamos una vida tan austera, sino
« que al contrario hay que acrecentar cada dia nuestro fer-
« vor, como si no hiciéramos más que empezar; porque,
« si comparamos nuestra vida con los siglos venideros, es
« ella tan corta que debe ser considerada como nada en
« proporcion de la eternidad. En el comercio que se ejerce
« en esta vida hay igualdad, puesto que el vendedor no re-
« cibe del comprador sino el valor de la cosa que le vende;
« pero no sucede asi con la vida eterna, pues ella se ad-
« quiere por un tan corto precio. Está escrito: *La vida*
« *ordinaria de los hombres es de setenta años; la de los más*
« *robustos, de ochenta; y cuando se traspasa este termino,*
« *lo restante solo es dolor y miseria.* Aun cuando, pues,

« empleáramos ochenta años en el servicio de Dios en la
« soledad, el tiempo que reinaremos con él en el cielo no
« será limitado á una tan pequeña duracion, sino que, en
« lugar de este número de años, gozaremos de su gloria y
« de sus coronas durante toda una eternidad. Habiendo
« peleado sobre la tierra, no heredaremos la tierra, sino el
« cielo; y despues de haber abandonado este mortal cuerpo,
« volveremos á tomarlo revestido de inmortalidad. Por esto,
« hijos míos, no nos desanimemos; no tengamos impacien-
« cia y no nos imaginemos que hacemos mucho por Dios,
« porque *los sufrimientos de esta vida no guardan pro-
« porcion con la gloria de que gozaremos en la otra.*

« ¡ Que ninguno de vosotros se persuada haber dejado
« mucho por haber dejado todo cuanto tenia; porque si
« toda la tierra, comparada con la vasta extension de los
« cielos, no puede considerarse sino como un punto, aun
« cuando la poseyéramos toda; ¿ qué hubiéramos hecho, al
« dejarla, para merecer adquirir el reino de los cielos? Y
« asi como se desprecia un dinero para ganar cien escudos,
« asi tambien el que fuese dueño de la tierra y la renun-
« ciara para ganar el cielo, perderia muy poco y ganaria el
« ciendoblado. Pero si toda la tierra junta no es digna de ser
« comparada con el cielo, el que solamente deja algunas
« heredades, puede decirse que no ha dejado nada; y aun
« cuando hubiese dejado una hermosa casa y grandes ri-
« quezas, ni debe gloriarse de ello ni tener pena, sino con-
« siderar que aun cuando no hubiese abandonado todas
« estas cosas para hacer una obra de virtud, se vería obli-
« gado à abandonarlas por la muerte y quizás à dejarlas,
« como frecuentemente sucede, á quienes él no quisiera,
« como se dice en el Eclesiástico (Eccles. 2). Lo cual hace
« que no haya nada que no debamos abandonar volunta-
« riamente y por el deseo de agradar á Dios, á fin de ad-
« quirir el reino de los cielos. No tengamos, pues, empeño

« por adquirir cosa alguna ; porque ¿ qué ventaja hay en
« poseer cosas que no podemos llevarnos con nosotros ?
« Más vale que nos esforcemos en adquirir lo que nos
« puede acompañar al sepulcro, como es la prudencia, la
« justicia, la templanza, la fortaleza, la inteligencia de las
« cosas santas, la caridad, el amor de los pobres, la fe en Je-
« sucristo, la mansedumbre del espíritu y la hospitalidad.
« Si poseemos estas cualidades, ellas nos harán obtener el
« ser recibidos en la mansion feliz de los que son mansos
« y humildes de corazón. Pero hay que poner sumo cui-
« dado en que no nos conduzcan á la negligencia ; lo cual
« evitaremos considerando que somos servidores de Dios y
« estamos obligados á rendirle una entera obediencia ; por-
« que á la manera que un siervo no osaría decir : yo no
« trabajaré hoy porque trabajé ayer, y no alega sus servi-
« cios pasados para eximirse de continuarlos, sino que,
« como dice el Evangelio (Math. 24), manifiesta todos los
« dias la misma prontitud en servir á fin de dar gusto á su
« amo y evitar su cólera y sus castigos, así tambien noso-
« tros debemos trabajar continuamente en el modo santo
« de vivir que hemos abrazado, sabiendo que si un solo dia
« nos relajamos en él, nuestro amo no nos lo perdonaria
« por la consideracion de nuestras precedentes acciones
« sino que se enfadaria contra nosotros, á causa de nues-
« tra negligencia, segun nos lo enseña Ezequiel (Ezech.
« 33), como se vió á Judas perder por la infidelidad de una
« sola noche todo el fruto de sus pasados trabajos. Por esto,
« hijos míos, permanezcamos firmes en la observancia de
« nuestras reglas y no desmayemos, porque, como está es-
« crito, Dios trabaja con nosotros y coopera con el que
« está resuelto á obrar bien.

« Y para no dejarse llevar de la negligencia, conviene
« meditar aquellas hermosas palabras del Apóstol : Yo
« muero todos los dias (1. Cor. 13). Porque si vivimos como

« si cada día tuviéramos que morir, nunca pecaremos.
« Para practicar esto, hemos de pensar, al despertarnos
« por la mañana, que no viviremos hasta la noche ; y al
« irnos á acostar, que no veremos el diaiguiente, puesto
« que nuestra vida es incierta y la providencia de Dios
« cuenta todos nuestros dias. Teniendo estos pensamientos
« y viviendo siempre de este modo, no pecaremos, nada
« desearemos, no nos enfadaremos contra nadie y no
« acaudalaremos tesoros en la tierra ; sino que, aguardando
« la muerte á todas horas, nada querremos poseer, á to-
« dos perdonaremos, no seremos apasionados por tantos
« gustos criminales y despreciaremos todos esos placeres
« frágiles y pasajeros, representándonos con temor el dia
« del último juicio ; porque el peligro y la aprehension de
« caer en los tormentos y dolores, apagan el deseo de los
« más grandes placeres sensuales y detienen al alma para
« que no caiga en pecado.

« Habiendo, pues, empezado á andar por el camino de
« la virtud, continuemos con valor, á fin de llegar al tér-
« mino que nos hemos propuesto (Philip. 3, Gen. 19). Que
« ninguno de vosotros imite á la muger de Lot mirando
« detrás de sí, atendiendo principalmente á que Nuestro Se-
« ñor ha dicho : *Los que, despues de haber puesto la*
« *mano en el arado, miran atrás, no son aptos para el reino*
« *de Dios* (Luc. 9). Ahora bien, mirar detrás de sí no es
« otra cosa que arrepentirse de lo que se ha emprendido y
« entregarse nuevamente á las aficiones del siglo.

« Que el nombre de la virtud no nos espante ni sorprenda,
« como si fuera una cosa muy extraordinaria. No está ella
« lejos de nosotros ni fuera de nosotros ; sino que está en
« nosotros mismos y nos es facil abrazarla, con tal que que-
« ramos. Los Griegos atraviesan los mares y van hasta los
« paises remotos con el fin de aprender las ciencias ; pero
« nosotros no tenemos necesidad de hacer grandes viages

« para adquirir el reino de los cielos, ni tenemos que atra-
« vesar los mares para instruirnos en la virtud, puesto que
« dijo Nuestro Señor: *El reino de Dios está en vosotros*
« *mismos* (Luc. 11). De modo que la virtud no tiene nece-
« sidad sino de nuestra voluntad, puesto que está en no-
« sotros y trae su origen de nosotros mismos. Porque
« esta parte de nuestra alma, que por su naturaleza
« es inteligente, es virtud, y conserva su naturaleza
« cuando permanece tal cual ha sido creada. Pues,
« ella ha sido creada toda hermosa y justa, lo cual ha
« hecho decir á Jesús hijo de Navé, hablando al pueblo
« de Israel: *Enderezad vuestro corazón en presencia de*
« *vuestro Dios* (Jos. 14); y á San Juan: *Enderezad los ca-*
« *minos del Señor* (Math. 3). Ahora bien, tener enderezada
« el alma, no es otra cosa que conservarla en la misma pu-
« reza en que ha sido creada; porque si se declina y se des-
« via de su naturaleza, entonces se dice que el alma está
« corrompida y viciada. Así que lo que yo os propongo no
« es difícil, porque si permanecemos en el mismo estado
« en el que hemos sido creados, seremos virtuosos, y si, al
« contrario, nos dejamos dominar por malos pensamien-
« tas é intentos, seremos condenados como malos. Si fuese
« necesario salir fuera de nosotros para conseguir la virtud,
« es cierto que habría en ello dificultad; pero puesto que
« está en nosotros mismos, pongamos cuidado en no de-
« jarnos arrastrar á malos pensamientos y en conservar
« nuestra alma pura, como un depósito que hemos recibido
« de su mano, á fin de que, permaneciendo en el estado
« que le plugo formarla, reconozca, en nosotros la obra
« suya.

« Debemos trabajar también con gran cuidado en comba-
« tir nuestras inclinaciones, para impedir que nos tiranizen
« y nos sujeten á nuestras desarregladas pasiones; porque
« está eserito: *La cólera del hombre no obra la justicia de*

« Dios. *La concupiscencia concibe y engendra el pecado; y*
« *el pecado, una vez cometido, engendra la muerte.* (Prov.
« 4.-Jac. 1. 15.) Viviendo de este modo, conservaremos
« segura nuestra pureza y, siguiendo el lenguaje de la Es-
« critura, velaremos sobre nuestro corazón para impedir
« que se deje sorprender; porque tenemos enemigos muy
« poderosos, muy malos y muy artificiosos, que son los de-
« monios y, como dice el Apostol: *No solo hay que combatir*
« *contra la carne y sangre, sino también contra esos prínci-*
« *pes del siglo, contra esos poderes espirituales que reinan*
« *en las tinieblas y contra esos espíritus de malicia que do-*
« *minan en el aire.* No están muy lejos de nosotros puesto
« que el aire que nos rodea está lleno de ellos y son muy
« diferentes los unos de los otros; sobre lo cual, lo mismo
« que sobre lo que atañe á su naturaleza, habría muchas
« cosas que decir, en lo que me remito á otros más hábiles
« que yo. Ahora me contentaré con daros á conocer lo que
« es necesario que sepais, para no ignorar las astucias de
« que se sirven para engañarnos y perdernos.

« Primeramente, pues, debemos saber que no es conse-
« cuencia el que, porque los demonios sean llamados así,
« hayan sido creados con este nombre, pues Dios nada
« malo ha hecho; sino que habiendo sido creados buenos,
« perdieron por su culpa aquellas celestiales perfecciones
« que les hacían felices y, sumiéndose en el fango de toda
« clase de impurezas, engañaron á los paganos con falsas
« apariencias. Y como nada hay que aborrezcan tanto como
« los cristianos, no hay artificio de que no se valgan para
« procurar impedirnos subir al cielo y llenar las sillas de
« las que ellos fueron arrojados á causa de su orgullo y de
« su rebeldía. Por esto tenemos necesidad de muchas ora-
« ciones y santos ejercicios en la vida de que hacemos profe-
« sion, á fin de que, recibiendo del Espíritu Santo el don
« de saber discernir á esos espíritus de tinieblas (1. Cor.

« 12), podamos conocer cuál es su naturaleza, cuáles de
« ellos son los menos malos, cuáles los peores, á qué
« suerte de malicia les conduce la inclinacion de cada uno
« de ellos y qué medios conviene tomar para aterrarnos y
« ponerles en fuga; porque sus maldades son diversas y no
« hay medios que no tientes para sorprendernos con sus
« asechanzas. El bienaventurado Apóstol y los que par-
« ticipaban de sus sentimientos lo sabian bien, cuando de-
« cian: *No ignoramos cuáles son sus pensamientos* (2.
« Cor. 1). Por esto, puesto que los demonios nos tientan
« como á ellos, á imitacion suya, debemos asistirnos y so-
« correrlos los unos á los otros. Lo cual me obliga, hijos
« míos, á causa de la experiencia que de ello tengo, á de-
« ciros todas estas cosas.

« Sabed, pues, que estos enemigos irreconciliables de los
« hombres, viendo que todos los cristianos, y particular-
« mente los solitarios, adelantan en virtud por medio de
« los trabajos que con tanto gozo sufren, empiezan á ata-
« carles con tentaciones poniéndoles obstáculos en su ca-
« mino; y estos obstáculos son los malos pensamientos que
« les inspiran; pero no hay que asustarse por esto ni por
« sus amenazas, puesto que los ayunos y la fe en Jesucristo
« tienen poder de aterrarnos en cualquier momento. Sin
« embargo ellos no pierden los ánimos por verse vencidos
« y vuelven pronto aun con más arte y conato. Porque
« viendo que no pueden arrastrar abiertamente nuestro
« corazon al amor de los deleites impúdicos, nos atacan por
« otro camino y se esfuerzan en sembrar el terror en nues-
« tro espíritu por medio de los fantasmas que nos hacen
« ver. Pero todas estas visiones no son más de temer que lo
« otro porque se disipan presto, entonces principalmente
« cuando nos armamos con la fe y la señal de la cruz. »

Añade el Santo que se debe despreciar á los demonios
cuando se meten en hacer predicciones y que se debe an-

dar con mucho tiento cuando se revisten de formas piado-
sas, como las de Jesucristo y los santos. En seguida en-
seña á discernir los ángeles buenos de los malos.

« Cuando los demonios, dice él, vienen á vosotros de
« noche para predeciros el porvenir y fingen ser ángeles
« buenos, no les oigais, sabiendo que todos sus discursos
« no son más que mentiras. Si alaban la vida solitaria y os
« dicen que sois felices, cerrad los oidos á esto lo mismo
« que á lo demás sin tener ningun miramiento á sus pala-
« bras, y fortificaos más á vosotros y á vuestras celdas
« tambien con la señal de la cruz; poneos en oracion y
« vereis cómo desaparecen, porque son tímidos y temen
« extraordinariamente la señal de la cruz de nuestro Salva-
« dor, puesto que en ella les desarmó este y les volvió tan
« despreciables. Y si os resisten con descaro, saltando y
« presentándose á vosotros en muchas formas diferentes,
« no os inmuteis y no les deis crédito; que no son ángeles
« buenos.

« Pero es facil con la gracia de Dios discernir los unos
« de los otros, porque la vista de los ángeles buenos no
« trae consigo ninguna turbacion. *Ellos no disputan ni*
« *gritan; no se oyen sus voces* (Math. 12); sino que su
« presencia es tan dulce y tranquila que frecuentemente
« llena al alma de gozo, de satisfaccion y confianza, porque
« el Señor, que es nuestro gozo, y el poder de Dios su pa-
« dre, está con ellos; y siendo los pensamientos que nos
« inspiran tranquilos y sin ninguna turbacion, ellos ilu-
« minan á los que se aparecen de tal manera que pueden
« estos sin pena considerar á tan bienaventurados espi-
« ritus, y les infunden un amor tal para las cosas divi-
« nas y futuras que quisieran unírseles enteramente y
« poderles seguir hasta el cielo. Pero como hay hom-
« bres que temen hasta la vista de los ángeles buenos, su
« caridad es tal que al instante les libran de este temor,

« como libró Gabriel á Zacarias y el angel que se apareció
« en el sepulcro libró á las santas mugeres que iban á bus-
« car allí á Nuestro Señor; como tambien el que dijo á los
« pastores en el Evangelio : No tengais miedo. Porque en-
« tonces el miedo á los ángeles buenos no procede de una
« debilidad de espíritu que produzca un facil aturdimiento
« sino de la presencia de una naturaleza más excelente que
« la suya. Tal es, pues, la aparicion de los ángeles bue-
« nos.

« Por el contrario, la sorpresa y el aspecto de los ánge-
« les malos llena el espíritu de turbacion. Se presentan con
« ruido y con gritos como los de los jóvenes mal disciplina-
« dos, y con tumulto como ladrones, lo cual infunde temor
« al alma, llena los pensamientos de confusion y desórden,
« abate el semblante con la tristeza, produce disgusto por la
« vida solitaria, acobarda al espíritu con la tristeza, el re-
« cuerdo de los padres y el temor de la muerte; hácele de-
« sear las cosas malas, despreciar la virtud, y le llena de in-
« constancia. Asi que, cuando os sucedan visiones que os
« asusten, si este temor pasa pronto y le sucede un gran-
« gozo, que se tranquilize vuestro espíritu, llenaos de
« confianza, cobrad nuevos brios y vuestros pensamientos
« entren en calma; y, como antes dije, sentid en vuestro
« corazón un generoso amor para con Dios, animaos y po-
« neos en oracion; porque este gozo y este estado de vues-
« tra alma es una señal de la santidad de Dios que os apa-
« rece. Asi Abrahan se regocijó viendo á Dios; y San Juan
« saltó de gozo en el vientre de su madre, al oír la voz de
« la Virgen que llevaba á un Dios en su seno. Pero cuando
« en la aparicion de los espíritus veis desorden y oís ruidos
« acompañados de amenazas de muerte, y se os ponen de-
« lante fantasmas que os representan las cosas del siglo y
« todo lo demás de que os he hablado, tened por seguro
« que esto es una tentacion de los ángeles malos, de lo

« que no se requiere mejor prueba que la de ver al alma
« permanecer en temor y recelo, porque los demonios no
« nos libran jamás de este estado, como Gabriel, aquel
« gran arcangel, libró á Maria y á Zacarias, y como el an-
« gel que se apareció en el sepulcro libró á las santas mu-
« geres; sino que al contrario cuanto más asustados ven á
« los hombres tantos más fantasmas les presentan, á fin de
« aumentar el terror en su espíritu y en seguida triunfar
« de ellos, diciéndoles que se prosternen para adorarles.
« De este modo sorprendieron á los paganos; los cuales,
« siendo engañados por sus artificios, les adoraron como á
« dioses. Pero Nuestro Señor no ha querido permitir que
« nosotros hayamos sido engañados asi por el demonio, el
« cual, queriéndole tentar del mismo modo, le amenazó
« diciendo : *Huye de aquí, Satanás, porque está escrito :*
« *Adorarás al Señor tu Dios y á él solo servirás.* Despre-
« ciamos, pues, más y más todas las malicias de este arti-
« ficioso espíritu, puesto que por amor nuestro Jesucristo
« usó con él de este language, á fin de que los demonios,
« oyéndonos decirles estas palabras, se espanten recor-
« dando que son las mismas de que se sirvió un Dios para
« amenazarles.

« Tambien tengo, queridos hijos míos, otra instruccion
« que daros, y es que no os glorieis cuando hayais arro-
« jado á los demonios, y que no os lleneis de vanidad
« cuando hubiereis curado milagrosamente á los enfermos.
« No os admireis del que arroja á los demonios y no des-
« precieis á quien Dios no concede la misma gracia, sino
« que, notando las virtudes de cada uno en los santos ejer-
« cicios que profesamos, esforzaos en imitarles y aun pro-
« curad superarles con una santa emulacion. Porque el
« hacer milagros no depende de nosotros sino que es
« obra de nuestro Salvador, quien por esta causa dijo á sus
« discípulos : *No os regocijeis de que los demonios os obedez-*

« can, sino alegraos porque vuestros nombres están escritos
« en el cielo (Luc. 10). Pues el estar allí escritos es un tes-
« timonio de nuestra virtud y de nuestra buena vida ; mien-
« tras que el poder de echar á los demonios es un puro fa-
« vor que recibimos de Jesucristo. Por esto, cuando aque-
« llos que se gloriaban de sus milagros y no de sus virtu-
« des, le decian : Señor ; no hemos nosotros echado los de-
« monios y hecho muchos milagros en vuestro nombre ?
« (Math. 7.), él les respondió : *En verdad, en verdad, yo*
« *no os conozco* ; porque él no conoce las voces de los impios
« (1. Cor. 12). Supliquémosle, pues, con todo nuestro co-
« razon, como os lo he dicho ya, que nos conceda por su
« gracia el don de discernir los espíritus, á fin de que,
« como está escrito : *No nos dejemos llevar por toda suerte*
« *de vientos* (Ephes. 4).

« Quería terminar este discurso y, contentándome de lo
« que os he dicho, no hablaros de lo que á mi mismo me
« ha sucedido. Pero á fin de que no creais que os he con-
« tado todas estas cosas solo porque me han venido al pen-
« samiento, y para que las creais como verdaderas, y no
« habiéndoos propuesto nada que yo no sepa por experien-
« cia, os diré tambien los lazos y artificios de los demonios
« que yo he visto, aun cuando en esto parezca que cometo
« una imprudencia. Pero Dios que me oye, sabe cuál es
« mi sinceridad, y que no considerándome en todo esto de
« ningun modo á mí mismo, solo lo hago por vuestro amor
« y por el deseo de vuestro aprovechamiento espiritual.

« ¡ Cuántas veces, diciéndome los demonios que yo era
« un santo, les he maldecido en nombre del Señor ! ¡ Cuán-
« tas veces, prediciéndome el desbordamiento del Nilo, les
« he respondido : ¡ En qué cosas os meteis ! Algunas veces,
« viniendo con amenazas, me rodeaban por todas partes
« como cuadrillas de soldados armados, ya de á pié ya de á
« caballo ; y algunas veces tambien llenaban de serpientes

« y bestias salvages los lugares en que moraba. Entonces
« cantaba yo aquel versiculo del salmo : *Ellos se glorian en*
« *sus carros y en sus caballos ; pero nosotros solo nos glo-*
« *riamos en el nombre del Señor, nuestro Dios* (Psal. 19).
« Y despues de ponerme en oracion, todos sus esfuerzos se
« inutilizaban.

« Otra vez, de noche, presentándoseme con una gran
« luz, que solo era fingida, me dijeron : Venimos, Anto-
« nio, á iluminarte. Yo cerré los ojos, me puse en ora-
« cion, y al instante se apagó esta diabólica luz. Algunos
« meses despues, viniéron á mi cantando salmos y hablando
« de la Sagrada Escritura ; más *yo permaneci como un*
« *sordo que nada oye* (Psal. 17). En otra ocasion, conmovie-
« ron todo mi monasterio, pero yo suplicaba á Dios que mi
« alma no se conmoviera. Poco tiempo despues, volvieron
« batiendo palmas, silbando y saltando : pero, habiéndome
« puesto en oracion y á cantar salmos, empezaron presto á
« llorar y á gemir como por haber perdido toda fuerza.
« Entonces yo alababa á Nuestro Señor, quien, domando
« asi su audacia y su locura, les hacia tan despreciables.

« Cierta dia, el demonio me apareció de un tamaño des-
« mesurado y tuvo la osadia de decirme : Yo soy la fuerza
« y la providencia de Dios, y te haré el favor que quie-
« ras. Entonces, pronunciando el nombre de Jesucristo, le
« escupi en el rostro, y esforzándome en pegarle, pareció
« que lo hubiese llevado á cabo, desvaneciéndose este gran
« fantasma y toda la tropa de los demonios que le seguian,
« tan pronto como hube pronunciado aquel nombre que
« tan temible les es.

« Otra vez, ayunando yo, vino este impostor á encon-
« trarme en hábito de solitario y, presentándome la figura
« de un pan, me dijo para engañarme : Come y da alguna
« interrupcion á tus excesivos trabajos ; tu eres un hombre
« como los otros, y sucumbirás si continuas en tan grandes

« austeridades. Conociendo sus ardidés y artificios, me le-
« vanté para orar, lo cual no pudiendo sufrir él, fué ven-
« cido y desapareció de delante mis ojos saliendo por la
« puerta como humo.

« ¡ Cuántas veces me ha presentado él oro aparente en el
« desierto, solo con el fin de que lo tocase y mirase ! Pero
« en lugar de esto, yo cantaba salmos y le consumía de
« despecho. Frecuentemente me ha cubierto de llagas, y
« yo decía : *Nada podrá separarme del amor de Jesucristo*
« (Rom. 8). A estas palabras, los demonios se herian unos á
« otros. Porque no soy yo quien les ha domado y quien ha
« inutilizado todas sus fuerzas, sino el Señor que dijo : *Veia*
« *á Satanás cayendo del cielo como un rayo* (Luc. 10.)

« He ahí, hijos míos, lo que á mí en particular me ha
« sucedido y lo que os he querido decir, acordándome de
« lo que el Apóstol hizo en ocasion semejante, á fin de que
« ni el desaliento ni el temor de todas las ilusiones del diablo
« y de los demonios sean jamás capaces de debilitar vues-
« tra santa resolución. Pero puesto que, por el deseo de
« veros adelantar en la virtud, yo he pasado por encima de
« las leyes de la prudencia ordinaria, contándoos todas es-
« tas cosas, quiero aun referiros otra para aumentar vues-
« tra seguridad contra estos enemigos de los hombres. Y
« podeis muy bien creerme, porque yo no miento. Habien-
« do cierto dia llamado alguien á mi puerta, salí y ví un
« hombre de extraordinaria talla. Habéndole preguntado
« quién era, me respondió : Soy Satanás. ¿ Qué tienes que
« hacer aquí ? le dije yo. Y me replicó : ¿ Porqué todos los
« solitarios me acusan injustamente ? ¿ Porqué todos los
« cristianos me maldicen sin cesar ? Pero ¿ porqué, le res-
« pondi yo, tu les haces siempre mal ? Yo no les hago mal,
« dijo él ; sino que son ellos mismos los que se lo hacen ;
« pues yo he perdido toda mi fuerza. ¿ Y no han leído ellos :
« *Finalmente el enemigo ha sido desarmado ; tu has destruido*

« *todas sus ciudades ?* (Psal. 9). Ya no me queda ni un solo
« lugar en el que impere ; ya no tengo arma alguna y ya
« no poseo ni una sola ciudad. Los cristianos están repar-
« tidos por todo el mundo y los mismos desiertos están
« llenos de solitarios. Que velen, pues, ellos sobre si mis-
« mos, si les parece bien, y no me echen ya injustamente
« tantas imprecaciones. Entonces, admirando la gracia de
« Dios, le dije : Aun cuando seas siempre mentiroso y ja-
« más digas la verdad, ahora, sin embargo, á pesar tuyo,
« acabas de decírmela. Porque no hay duda que viniendo
« Jesucristo al mundo, ha destruido todas tus fuerzas y,
« arrojándote al suelo, te ha desarmado completamente. El
« demonio, al oír proferir el nombre de nuestro Salvador,
« y sintiendo con esto aumentársele el ardor de su supli-
« cio, desapareció al instante. Ahora bien, si él mismo con-
« fiesa que nada puede ¿ no tenemos razon para despre-
« ciarle con todos sus demonios ? Ved ahí cuáles son los
« artificios de nuestro enemigo y de todos esos perros in-
« fernales ; pero conociendo su debilidad, nos es muy fácil
« no hacer de ellos caso. Guardémonos, pues, de acobardar-
« nos ; no llenemos nuestro espíritu de vanos terrores y no
« nos hagamos miedo á nosotros mismos, diciendo : ¡ Pero
« si el demonio venia á esta hora para tentarme ! ¡ Y si
« me tomara para echarme por el suelo ! ¡ Y si saliendo re-
« pentinamente de sus emboscadas, me espantase de tal
« modo que me pusiera en turbacion ! No tengamos ningu-
« no de estos pensamientos y no nos aflijamos como si es-
« tuviéramos próximos á perecer. Al contrario, estémos
« llenos de confianza y regocijémosnos siempre, como debien-
« do ser salvados ; y puesto que el Señor está con nosotros,
« él que ha puesto en fuga á los demonios y ha destruido
« todo su poder, pensemos continuamente que, estándonos
« así siempre presente el Señor, los demonios no nos po-
« drán hacer ningun mal. Porque ellos se portan con no-

« sotros segun el estado en que nos encuentran, y forman
« las visiones que nos presentan segun los pensamientos que
« reconocen que tenemos en el espiritu. Asi que, si nos en-
« cuentran medrosos y turbados, pronto nos atacarán á la
« manera que los ladrones atacan una casa, que saben no
« ser guardada por nadie, y aumentarán con nuevos temo-
« res los que ya tenemos en nuestro espiritu, juntando á
« ellos visiones y amenazas, lo cual atormenta miserable-
« mente á una pobre alma. Pero si, por el contrario, nos
« encuentran llenos de gozo en Nuestro Señor; si nos en-
« cuentran meditando sus mandamientos y considerando
« que, estando en sus manos todas las cosas, los demonios
« no pueden nada contra los cristianos, no tendrán nin-
« gun poder para dañarnos; sizo que, viendo á nuestras
« almas con estos sentimientos, se retirarán con confusion
« y vergüenza. Asi encontrando á Job fortificado contra él
« de esta manera, le abandonó; y encontrando á Judas
« desnudo de semejantes armas, le hizo esclavo suyo. Por
« esto, si queremos triunfar de este enemigo, tengamos
« siempre en el espiritu santos pensamientos, estén conti-
« nuamente nuestras almas en el gozo por la esperanza de
« los bienes que han de venir y entonces consideraremos
« todas las ilusiones de los demonios como humo y vapor
« y más presto le veremos escaparse que perseguirnos.
« Porque, como ya dije antes, son extremadamente tímidos,
« pues ellos no ignoran cuál es el ardor de aquellas
« llamas eternas destinadas para su suplicio.

« Pero para que vosotros tengais todavia menos miedo
« á esos espíritus de tinieblas, quiero daros una señal que
« os servirá para conocerlos. Cuando os aparezca alguna
« vision, en vez de dejaros turbar por el miedo, preguntad
« con seguridad al que se presente, diciéndole: ¿Quién eres
« tu y de dónde vienes? Porque si esta aparicion es de un
« angel bueno, os aclarará vuestras dudas con sus respues-

« tas y cambiará en alegría vuestro temor; pero si es un
« demonio, será al instante derribado al ver la firmeza de
« vuestro espíritu, no habiendo prueba mayor de tenerlo
« tranquilo que preguntarle de este modo quién es y de
« dónde viene. Asi el hijo de Navé fué informado de lo que
« deseaba saber, y el demonio no pudo ocultarse á Daniel
« cuando le preguntó. »

Capitulo III.

Este discurso de Antonio llenó de gozo á todos los asistentes, aumentó en los unos el amor á la virtud, arrojó del espíritu de los otros la negligencia, hizo cesar la vanidad de los que tenían demasiado buena opinion de si mismos, les persuadió á todos á despreciar las asechanzas de los demonios y les llenó de admiracion por la gracia tan particular que Dios le habia hecho de discernir los espíritus.

Pero mientras que el santo animaba á sus discipulos, su prudencia, igual á su zelo, le inducia tambien á no perderse de vista á si mismo. Retirábase frecuentemente á una completa soledad para vacar solo á la salvacion de su alma y, pasando alternativamente del retiro á los ejercicios de caridad, se llenaba en la oracion para no dar más que lo que le sobraba.

Por una aparicion de un espíritu celestial supo la vida que él en particular debia hacer. Encontrándose un día tentado de tedio y agitado por diversos pensamientos, quejóse con Dios de que esta turbacion le impedia de obrar su salud y le rogó que le inspirara lo que debia hacer. Despues de esta oracion, salió de su celda y vió á alguno que se le parecia perfectamente, como si hubiera sido otro él, el cual estaba sentado y se dedicaba á hacer esteras con hojas de palma, y luego dejaba el trabajo para hacer oracion, despues de la cual volvía á emprender el trabajo, el cual abandonaba

« sotros segun el estado en que nos encuentran, y forman
« las visiones que nos presentan segun los pensamientos que
« reconocen que tenemos en el espiritu. Asi que, si nos en-
« cuentran medrosos y turbados, pronto nos atacarán á la
« manera que los ladrones atacan una casa, que saben no
« ser guardada por nadie, y aumentarán con nuevos temo-
« res los que ya tenemos en nuestro espiritu, juntando á
« ellos visiones y amenazas, lo cual atormenta miserable-
« mente á una pobre alma. Pero si, por el contrario, nos
« encuentran llenos de gozo en Nuestro Señor; si nos en-
« cuentran meditando sus mandamientos y considerando
« que, estando en sus manos todas las cosas, los demonios
« no pueden nada contra los cristianos, no tendrán nin-
« gun poder para dañarnos; sizo que, viendo á nuestras
« almas con estos sentimientos, se retirarán con confusion
« y vergüenza. Asi encontrando á Job fortificado contra él
« de esta manera, le abandonó; y encontrando á Judas
« desnudo de semejantes armas, le hizo esclavo suyo. Por
« esto, si queremos triunfar de este enemigo, tengamos
« siempre en el espiritu santos pensamientos, estén conti-
« nuamente nuestras almas en el gozo por la esperanza de
« los bienes que han de venir y entonces consideraremos
« todas las ilusiones de los demonios como humo y vapor
« y más presto le veremos escaparse que perseguirnos.
« Porque, como ya dije antes, son extremadamente tími-
« dos, pues ellos no ignoran cuál es el ardor de aquellas
« llamas eternas destinadas para su suplicio.

« Pero para que vosotros tengais todavia menos miedo
« á esos espíritus de tinieblas, quiero daros una señal que
« os servirá para conocerlos. Cuando os aparezca alguna
« vision, en vez de dejaros turbar por el miedo, preguntad
« con seguridad al que se presente, diciéndole: ¿Quién eres
« tu y de dónde vienes? Porque si esta aparicion es de un
« angel bueno, os aclarará vuestras dudas con sus respues-

« tas y cambiará en alegría vuestro temor; pero si es un
« demonio, será al instante derribado al ver la firmeza de
« vuestro espiritu, no habiendo prueba mayor de tenerlo
« tranquilo que preguntarle de este modo quién es y de
« dónde viene. Asi el hijo de Navé fué informado de lo que
« deseaba saber, y el demonio no pudo ocultarse á Daniel
« cuando le preguntó. »

Capitulo III.

Este discurso de Antonio llenó de gozo á todos los asis-
tentes, aumentó en los unos el amor á la virtud, arrojó
del espiritu de los otros la negligencia, hizo cesar la vani-
dad de los que tenian demasiado buena opinion de si mis-
mos, les persuadió á todos á despreciar las asechanzas de
los demonios y les llenó de admiracion por la gracia tan
particular que Dios le habia hecho de discernir los espiri-
tus.

Pero mientras que el santo animaba á sus discipulos, su
prudencia, igual á su zelo, le inducia tambien á no perderse
de vista á si mismo. Retirábase frecuentemente á una com-
pleta soledad para vacar solo á la salvacion de su alma y,
pasando alternativamente del retiro á los ejercicios de cari-
dad, se llenaba en la oracion para no dar más que lo que le
sobraba.

Por una aparicion de un espiritu celestial supo la vida
que él en particular debia hacer. Encontrándose un día
tentado de tedio y agitado por diversos pensamientos, que-
jóse con Dios de que esta turbacion le impedia de obrar su
salud y le rogó que le inspirara lo que debia hacer. Despues
de esta oracion, salió de su celda y vió á alguno que se le
parecia perfectamente, como si hubiera sido otro él, el cual
estaba sentado y se dedicaba á hacer esteras con hojas de
palma, y luego dejaba el trabajo para hacer oracion, despues
de la cual volvía á emprender el trabajo, el cual abandonaba

luego otra vez para comenzar de nuevo la oracion. Era un angel que se le aparecia bajo esta forma y quien le dijo que lo hiciera asi y seria salvo. Esta representacion sirvióle de regla de conducta; conformóse á ella pasando sucesivamente de la oracion al trabajo de las manos y del trabajo á la oracion, si es que pueda decirse que interrumpiese jamás su oracion, pues que trabajando tenia habitualmente su espiritu elevado á Dios.

Su trabajo ordinario, conforme á esta aparicion del ángel, era hacer esteras, y los solitarios se ejercitaban comunmente en esto, porque, haciéndolo sentados, esta posicion les era más cómoda para conservarse en el recogimiento. Sin embargo, no dejaba él de trabajar alguna vez la tierra y cultivar jardines.

Hemos visto que no comia hasta despues de la puesta del sol. En ciertos tiempos pasaba hasta cinco dias sin probar alimento, y, despues de un tan prolongado ayuno, se contentaba con un pan de seis onzas que remojaba en el agua con sal. Otras veces añadia á este algunos dátiles; y cuando fué viejo, sus discípulos obtuvieron que les permitiese llevarle todos los meses aceitunas, legumbres y aceite.

Sucedíale frecuentemente pasar la noche entera en oracion, ó bien, despues de haber descansado hasta media noche, se levantaba y oraba con los brazos extendidos hasta la salida del sol y aun hasta las tres de la tarde. Encontraba tanto gusto en este santo ejercicio que cuando veia acercarse el dia, exclamaba: ¡ Oh sol! ¿ porqué vienes tu « á distraerme con tus rayos como si no te levantases sino « para robarme la claridad de la verdadera luz? » Casiano, que cuenta este rasgo del santo, añade que, hablando de la oracion, decia que la de un religioso no era perfecta cuando orando conocia y se apercibia él mismo de que oraba; lo cual demuestra cuán elevado sobre los sentidos estaba en sus oraciones.

Las dulzuras que en ellas gustaba le alejaban tanto de los cuidados del cuerpe, que miraba el comer y beber como necesidades afflictivas, á las que solo satisfacía á pesar suyo. Hasta se daba vergüenza de hallarse á ellas sujeto; lo cual hacia que, estando algunas veces á punto de sentarse á la mesa con sus hermanos, les dejaba, ó para no comer absolutamente nada, ó para comer solo, avergonzándose de hacerlo delante de los otros.

Todo el curso de su vida era duro y trabajoso; pero esto no impedía que usara de gran dulzura para con los demás, sobre todo en lo tocante á las austeridades del cuerpe; porque aun cuando las creyera muy útiles, queria que se hicieran con discrecion, principalmente por los solitarios jóvenes, diciendo que, sin esta templanza, si ellos quieren guiarse por su propio juicio en estos ejercicios, corren riesgo de ser arrastrados por la ilusion y tener caidas. Hallándose un dia en conferencia con muchos ancianos del desierto, tratóse la cuestion sobre la virtud más propia para librar á los solitarios de los lazos del demonio y conducirlos más seguramente á la perfeccion. Unos decian que eran los ayunos y las vigiliass; otros el desapego de todas las cosas; otros el mayor retiro en el fondo del desierto, y otros el ejercicio de caridad hacia el prójimo. San Antonio, despues de haberles oido á todos, decidió que era la discrecion. « Porque, les decia él, aun cuando todas las virtudes que « acabais de indicar sean necesarias á los que quieran po- « seer á Dios, la experiencia que tenemos de la caida de « muchos no nos permite establecer en estas cosas el prin- « cipal y más infalible medio de llegar á este fin. Y fre- « cuentemente hemos visto á solitarios muy exactos en la « observancia de las vigiliass y ayunos, á otros muy ena- « morados del retiro, á otros que practicaban una pobreza « extrema, á otros finalmente que se entregaban de todo « corazon á los ejercicios de la caridad, y sin embargo

« cayeron en la ilusion con deplorables caidas, por no haber seguido las reglas de la discrecion en el bien que habian comenzado. »

Por esta misma razon, aun cuando sus austeridades fuesen grandes, cedia sin pena y sin envidia á otros que las hacian mayores que él. Su principal cuidado era crecer en el amor de Dios, y se habia perfeccionado en esto tanto que se citan de él estas admirables palabras: *Yo no temo ya á Dios, sino que le amo*; lo cual no decia él por una vana presuncion, sino por un trasporte de amor y por una natural efusion de esta ardiente caridad de la que estaba abrazada su alma.

De ello dió una muy clara prueba cuando el emperador Maximino¹ renovó la persecucion contra la Iglesia. El deseo de señalar su amor á Jesucristo le llevó á Alejandria, ó para sufrir allí el martirio, ó al menos para ayudar á los confesores á sufrirlo valerosamente. Exhortó á otros solitarios á hacer como él, diciéndoles: « Vamos á ese glorioso combate de nuestros hermanos, para sostenerlo con ellos, ó, « si no tenemos nosotros esta honra, para ser espectadores « de su triunfo. » En efecto, muchos monges le siguieron y como no podia él mismo entregarse á las persecuciones, por no ser esto permitido, servia á los cristianos condenados á las minas ó detenidos en las cárceles, y les seguía cuando eran conducidos á los tribunales, exhortándoles con intrépido zelo á sufrir constantemente el rigor de los tormentos.

El juez, viendo cuánto fortalecian en la fe á los cristianos las exhortaciones de los solitarios, les hizo prohibir el que permaneciesen más en la ciudad. Si no todos obedecieron, la mayor parte se ocultaron; pero Antonio lavó su

¹ Se trata de Maximino Daia que tuvo el gobierno de la Siria y del Egipto en 305, tomó el título de Augusto, en 307, y se envenenó en Tarso, en 313.

ropa para darse á conocer más y se colocó al dia siguiente en un lugar elevado, á fin de que el tirano, al pasar, pudiese más facilmente apercibirse de él. Pero aun cuando el tirano le vió, y á pesar de que su intrepidez causó admiracion á todos los espectadores, Dios no permitió que le arrestaran, reservándole para realizar sus designios en la soledad. Así que, despues de haber perseverado en servir á los santos mártires hasta la muerte de San Pedro, patriarca de Alejandria, que fué el último que padeció en esta persecucion¹, volvió á su monasterio para condenarse en él á un género de martirio, cuya duracion compensó los tormentos que no habia tenido ocasion de sufrir.

Bajo este punto de vista, abrazó con más ardor que nunca los trabajos de la penitencia, ejercitándose en ella con la consideracion de los sufrimientos de los Santos, de que acababa de ser testigo. Encerróse nuevamente, resuelto á no salir más ni recibir á nadie en el lugar de su retiro; pero no pudo impedir el que recorriesen á él de todas partes, y Dios otorgó milagros á los que venian á implorar los socorros de sus oraciones, aunque él no se dejó ver ni siquiera permitia que le hablasen.

Entre otros, un oficial de guerra, llamado Martiniano, cuya hija era atormentada del demonio, vino á llamar por largo rato á su puerta, suplicándole que obtuviese de Dios su libertad. Antonio no le abrió, sino que solamente le dijo: « ¿ Porqué venis á turbar mi reposo? Yo soy hombre « como vos. Si teneis fe, orad á Dios, y él os concederá lo « que pedis. » Martiniano siguió este consejo y, habiendo « vuelto á su casa, encontró á su hija curada.

Viéndose expuesto sin cesar á semejantes peticiones, y temiendo tanto la tentacion de la vanidad cuanto el estar desviado de su retiro, determinó irse á esconder en las Buco-

¹ San Pedro de Alejandria padeció el martirio á 26 de noviembre del año 310. Cortáronle la cabeza.

lias en la Alta-Tebaida, en donde no habia más que hombres salvages de los cuales no esperaba ser conocido.

Mientras que en la orilla del rio esperaba un batel en el que pudiese embarcarse, oyó una voz que le dijo : « Antonio ¿ á dónde vas y cuál es tu propósito ? » Él respondió, « sin asustarse : « Voy á la Alta-Tebaida, porque aqui la gente me pide cosas que están sobre mis fuerzas y no me deja en reposo. » La voz le replicó que si seguia su intento, veria redoblarse sus penas ; pero que si queria gozar del reposo, se retirase al fondo del desierto, y que para esto no tenia que hacer más que juntarse con algunos Sarracenos ó Arabes que pasaban en aquel momento y que ellos le enseñarian el camino.

Obedeció y, despues de tres dias y tres noches de camino, llegó al sitio en el que Dios queria que fijase su morada durante todo el resto de sus dias.

San Jerónimo hace su descripcion en estos términos : « Es una montaña pedregosa de cerca unos mil pasos. « Brota á sus pies el agua, una parte de la cual es absorbida por la arena, y la restante que salta más abajo, forma, « poquito á poco un pequeño riachuelo, en cuya orilla se ven gran número de palmeras que contribuyen mucho á « hacer este lugar cómodo y agradable ».

Llamábase esta montaña Colzin y más tarde se ha llamado la montaña de San Antonio. Allí reconoció él la morada que Dios le habia destinado y se estableció en aquel punto con tanto mayor gusto cuanto que solo los Sarracenos con quienes habia ido, lo sabian. Su celda era tan estrecha que solo contenia en cuadro el espacio que un hombre puede ocupar alargando los pies. Habia allí tambien otras dos del mismo grandor, talladas en la roca en lo alto de la montaña, á donde no se subia sino con mucha dificultad, por un sendero hecho en forma de caracol.

El santo retirábase en una de estas dos celdas cuando

queria huir el concurso de gente, pues no pudo permanecer por largo tiempo desconocido. Sus hijos espirituales le descubrieron despues de largas investigaciones y tuvieron cuidado de proveerle de pan ; pero queriendo él evitarles esta fatiga, les suplicó que le llevasen una pala de hierro, una segur y un poco de trigo con el que sembró una pequeña extension de terreno, lo cual bastó para su manutencion, experimentando una grande alegria por no ser cargoso á nadie.

Vese en la vida de San Hilarion que tambien hizo alli algunas otras obras ; porque, un año despues de su muerte, habiendo venido este Santo á visitar su morada, sus discípulos le condujeron por todos los sitios de la montaña, diciéndole : « ¿ Veis ? aqui acostumbraba cantar salmos ; en este otro punto oraba ; en este otro trabajaba ; en este otro descansaba cuando estaba fatigado. Él mismo plantó ésa viña « y esos arbolitos ; él mismo hizo esa era ; él mismo cavó « ese depósito con mucho trabajo para regar su jardin ». Dijeronle tambien, mostrándole este jardin plantado de arbolitos y lleno de legumbres que, tres años antes, habiéndoselo destruido unos asnos salvages que iban allí á beber, mandó al primero que se detuviera y, golpeándole suavemente en el costado con su baston, le dijo : « ¿ Porqué comes tu lo que no has sembrado ? » y que desde entonces estos animales no volvieron á hacerle estragos.

No sucedió lo mismo con los espíritus malignos que más que nunca inficionaron aquel lugar, ya fuese para espantarle ya para obligarle á cedérselo. Tan pronto dejaban oír en él grandes ruidos de voces confusas y como de gente de armas que chocaban unas contra otras, como se le aparecian en figura de bestias salvages ; y en cierta ocasion en que estaba orando, juntaron en torno suyo tan gran número de ellas que tuvo motivo de pensar que quizás no quedaba una sola en todo el desierto. Reconoció, sin embargo,

que esto no era más que una astucia del demonio y dijo á esos animales: « Si Dios os ha dado poder para dañarme, « consiento voluntariamente que me devoreis ; pero si son « los demonios quienes os han traído aqui, retiraos, porque « yo soy siervo de Jesucristo ». Apenas hubo él terminado estas palabras, cuando todos huyeron con extraordinaria velocidad.

Por más deseos que tuviese de vivir en la soledad, se vió sin embargo forzado á ceder á las instancias de sus religiosos, que le instaron á que bajase de la montaña, para ir á visitar los monasterios que él había fundado. Empezó, pues, este viage con algunos de sus discípulos, y Dios hizo ver por un milagro que aprobaba su caridad. Como el trayecto que mediaba entre su montaña y dichos monasterios era largo y no se encontraba en el camino agua buena para beber, tuvieron que llevarla en un camello ; pero faltóles la provision á mitad de camino, y el excesivo calor que hacia en aquellos abrasadores climas aumentaba el ardor de su sed. Aquellos buenos solitarios se vieron reducidos á un tan grande extremo que, dejando marchar al camello y echados por el suelo, solo esperaban la muerte.

El santo viejo, penetrado de dolor al verles en esta triste situacion, alejóse algo de ellos y, levantando las manos al cielo para obtener auxilio, el Señor hizo brotar, en el mismo lugar en que oraba, una fuente en la que apagaron su sed. Llenaron tambien los odres que habian vaciado y cargaron con ellos al camello al que encontraron atado por el cabestro á una piedra.

No puede explicarse cuánto fué el gozo de los solitarios á quienes fué á visitar, cuando tuvieron la dicha de verle ; porque todos le consideraban como a su padre y le querian tanto cuanto respetaban su virtud. Ellos escucharon con santa avidez las palabras de vida que les dirigia, y sus discursos les inspiraban un tan grande ardor de crecer en la

virtud, que el santo patriarca estaba sumamente lleno de consolacion.

En este viage tuvo asimismo el consuelo de encontrar á su hermana á la cabeza de una comunidad de vírgenes, de las que habia sido nombrada superiora no menos por sus virtudes que por su edad.

Despues que él hubo asi satisfecho los piadosos deseos de sus hijos espirituales, volvióse á su montaña, á donde continuaron viniéndole á ver muchos solitarios asi como tambien otras personas afligidas de diversos males. A aquellos instruía con saludables avisos ; y, siempre tierno para con las miserias de los demás, obtenia del cielo milagros con sus oraciones, á favor de las últimas.

Curó á uno que se llamaba Fronton, de la familia del emperador, de una enfermedad tan extraordinaria, que se cortaba la lengua con los dientes. Devolvió tambien la salud á una joven, paráltica é inficionada de un humor tan maligno y corrompido, que descargándose por los ojos, nariz y orejas, se le engendraban gusanos en estos miembros.

Pero lo que merece aun más nuestra admiracion es que este gran santo era tan humilde, que cuando Dios, por razones que á nosotros son impenetrables, no oía sus oraciones, se sometia sin pena á su divina voluntad y exhortaba á los demás á que se sometieran á ella ; ó bien les enviaba á otros solitarios, para obtener de Dios por su mediacion lo que él no habia podido obtener, teniéndose como muy inferior á su mérito y admirándose de que vinieran á encontrarle, cuando podian dirigirse á ellos.

Su soledad no era solamente un lugar de prodigios, sino una montaña de visiones por las frecuentes revelaciones con que en ella Dios le favorecia. Por esta via supo que de dos solitarios que venian á verle, el uno habia muerto de sed en el camino y el otro iba á perecer del mismo modo, si no se hubiese apresurado á enviarle á sus discípulos para

que le socorrieran. Vió tambien el alma de San Ammon de Nitria subir al cielo y por esto conoció el momento de su muerte, de lo cual se cercioró por dos solitarios venidos de Nitria, en donde moraba este santo ¹. En la vida de Eulogio de Alejandria, que fué á consultarle sobre un sujeto enfermo que le servia, veremos cómo Dios le habia dado á conocer al sujeto que llevó á él.

Otras veces, el mismo Dios le instruía en las virtudes por medio de visiones particulares, de las que se sirvió tambien para la edificacion de sus hermanos. Habiéndose puesto en oracion á la hora de Nona, antes de la refeccion, fué arrebatado en espiritu y parecióle que los ángeles se le llevaban al cielo y que los demonios se oponian á su paso. Los espíritus bienaventurados tomaban su defensa y preguntaban á los demonios si tenian algun derecho sobre él. Estos alegaban los pecados que habia cometido desde su nacimiento; pero los ángeles les respondieron que Dios se los habia perdonado y que, si algo tenian que echarle en cara desde que habia abrazado la vida monástica, podian decirlo; pero no teniendo qué replicar, quedóle expedito el camino del cielo. Antonio, vuelto en si de su éxtasis, no pensó siquiera en tomar su ordinaria refeccion, sino que pasó lo restante del dia y de la noche en orar y gemir, considerando cuáles son los enemigos que se oponen á nuestra salvacion.

En otra ocasion en que habia tratado con otros solitarios sobre el estado de las almas despues de la muerte, oyó á la noche siguiente una voz que le dijo: « Antonio, levántate, sal y mira ». Levantóse y vió un terrible fantasma,

¹ Nitria, pais del Bajo-Egipto, al oeste, que contiene muchos lagos, de donde se ha sacado siempre gran cantidad de nitro (salitre). La Nitria formaba un gobierno ó provincia. Hoy se la llama valle de Natron. Empieza á 70 Kilómetros al oeste del Cairo y tiene 110 Kilómetros de noroeste á sudoeste.

cuya cabeza parecia tocar las nubes y que extendia sus brazos para detener á los que querían subir al cielo. Con algunos salia con la suya; pero otros le escapaban y se burlaban de sus amenazas. La misma voz que le habia llamado, añadió: « Fíjate bien en lo que ves; » y al mismo tiempo, despejando Dios el sentido de esta vision, le dió á conocer que este fantasma era el demonio que se esforzaba en impedir á las almas la subida al cielo, pero que nada podia contra las que no quieren sujetársele por el pecado. Tambien vió, en otra oracion, toda la tierra sembrada de lazos, y mientras pensaba quién podria escapar de tantos lazos, fuéle respondido, por una voz celestial, que el alma humilde.

Para confirmarle en la humildad, tan necesaria á un hombre elevado, como lo era él, por tan maravillosos dones, manifestóle Dios algunas veces la eminente virtud de algunos santos personajes, á quienes hasta entonces habia conservado desconocidos al resto de los hombres. De este modo reveló el mérito de San Pablo, primer ermitaño, y el de un zurrador de pieles de Alejandria, cuya práctica principal era decirse todas las mañanas á si mismo, con los sentimientos de una sincera humildad: Todos los habitantes de esta ciudad cumplen con su deber y trabajan para ganar el cielo, y solo yo merezco el infierno á causa de mis pecados.

En la coleccion de las *Vidas de los Padres de los desiertos*, pueden verse otros ejemplos de esta naturaleza. Pero no podemos pasar en silencio la célebre vision que tuvo de los males que los Arrianos habian de cometer despues de su muerte, en Alejandria, vision narrada por San Atanasio y San Juan Crisóstomo y reconocida por toda la antigüedad. Hé ahí cómo la refiere San Atanasio: « Estando « un dia Antonio sentado, entró en éxtasis y permaneció « en él mucho, dando grandes suspiros. Una hora des-

« pues, suspirando todavía, volvióse hacia los que se hallaban presentes, y, temblando, levantóse para orar de nuevo. Permaneció todavía largo tiempo de rodillas y levantóse por último, derramando un torrente de lágrimas. « Sus discípulos, sobrecogidos de pavor, le instaron tan fuertemente á que les dijera lo que Dios le habia dado á conocer, que no pudiendo resistir más á sus instancias, les dijo: ¡ Hijos míos! La muerte me seria más dulce que el ver realizarse lo que Dios acaba de revelarme. « Al decir estas palabras se detuvo; pero instándole todavía más sus discípulos, prosiguió de esta manera, derramando abundancia de lágrimas: La cólera de Dios debe pesar sobre su Iglesia. Ella será entregada á gentes comparables á las bestias por su inhumanidad. Yo he visto la mesa del Señor rodeada de mulos que todo lo derribaban á patadas, y estas patadas eran como de una confusión de bestias que saltan y matan; y oí una voz que me dijo: « Mi altar será profanado ».

Esta prediccion se verificó dos años despues con los estragos que los Arrianos hicieron en las iglesias y principalmente en Alejandria, cuando por violencia colocaron en la sede de esta ciudad al detestable Gregorio de Capadocia, en lugar de San Atanasio, á quien habian arrojado; porque Filagro, prefecto de Egipto, que habia sido dado por el emperador á Gregorio para prestarle mano fuerte, habiéndose conquistado en Alejandria á los paganos, judios y gentes desarregladas, les envió por cuadrillas con espadas y bastones contra los católicos reunidos en las iglesias. Arrojárónse desde luego sobre la que llevaba el nombre de Quirino; desnudaron las sagradas vírgenes, tratároulas indignamente, pisotearon á los monjes, muchos de los cuales murieron, apalearon á algunos de ellos y vendieron á otros como a esclavos. Los santos misterios fueron arrojados al suelo por los paganos, que sacrificaron sobre la santa mesa

aves y frutas de pino en honor de sus ídolos, y pronunciaron horribles blasfemias contra Jesucristo. Quemaron tambien los Libros santos; algunos entraron con Judios en el bautisterio, y habiéndose metido en él completamente desnudos, hicieron y dijeron infamias, que no es permitido contar. La iglesia fué entregada en presa de su violencia y de su avaricia. Lleváronse todo cuanto pudieron hallar, hasta los depósitos de los particulares que alli se guardaban. Bebieron el vino consagrado a Dios, ó lo derramaron; robaron el aceite; lleváronse puertas y balaustres; echaron por el suelo las lámparas y encendieron las velas de las iglesias en honor de los ídolos. Jamás se vió tanto furor, tanta infamia, tanta impiedad y tanto encarnizamiento contra Jesucristo y sus siervos.

Pero despues que San Antonio hubo predicho estas desgracias á sus discípulos, no quiso privarles del consuelo de saber el fin de ellas, y añadió: « Sin embargo, no perdais el ánimo, hijos míos; porque si el Señor está ahora enojado, tendrá todavía compasion de nosotros. La Iglesia « recobrará su esplendor primitivo, y los que habrán permanecido firmes en la fe, serán restablecidos con honor. « Se verá á la impiedad ocultarse en los tenebrosos antros « de donde saliera, y la religion se extenderá más que nunca. « En cuanto á vosotros, poned cuidado en no dejaros inficionar jamás por el veneno de los Arrianos. Su doctrina, « muy lejos de venir de los apóstoles, no tiene otro autor « que al demonio. Hasta es extravagante; y los que la defienden son justamente figurados por mulos que no tienen espíritu ni razon. » Asi hablaba el gran Antonio á sus discípulos en el ardor del zelo en que ardía, por el sostenimiento de la verdadera fe.

A causa de este mismo zelo detestaba á los cismáticos y á los hereges; jamás quiso ligazon con ellos, ni siquiera hablarles familiarmente, diciendo que la amistad y la co-

municacion con tales gentes eran la ruina de las almas. Arrojó vergonrosamente de su montaña á algunos Arrianos que se habian atrevido á ir allá y cuya impiedad reconoció muy pronto.

Habiendo algunos de esta secta hecho correr el rumor de que él pensaba como ellos, el Santo, cuya humildad habria sufrido en silencio cualquiera otra calumnia, se admiró de su descaro y, animado de una santa cólera contra esta falsedad, en la que la gloria de Jesucristo estaba más interesada que la suya, fuése á Alejandria, á instancias de los obispos ortodoxos, y allí combatió públicamente á los Arrianos, exhortando á los fieles á no tener con ellos comercio alguno y diciendo que no se diferenciaban de los paganos y que todas las criaturas se levantaban contra ellos porque igualaban en su rango al que las habia criado.

Su presencia en esta ciudad hizo un maravilloso efecto sobre el corazon de los pueblos. Estos estaban llenos de gozo al oirle pronunciar anatema contra la heregia. Todos se afanaban por verle. Los mismos sacerdotes de los paganos iban á la iglesia, solicitando hablar con el hombre de Dios, pues de esta manera le llamaban. Hizo allí muchos prodigios; y San Atanasio certifica que en el corto tiempo que permanecio en aquel lugar, se convirtieron á la fe más infieles de lo que se habian convertido antes durante todo un año.

Vió tambien allí á Dídimos, aquel celebre ciego que, aun cuando habia perdido la vista desde la edad de cuatro años, se habia impuesto mucho en toda clase de ciencias, y era entonces muy apreciado de los prelados católicos, á causa de la pureza de su fe. Antonio le preguntó en una conversacion familiar si tenia pesar por la pérdida de la vista. Dídimos tenia alguna vergüenza de confesarlo,

⁴ Más tarde cayó en los errores de Orígenes.

pero, instándole á que le respondiese, confesó que tenia de ello pena; con lo cual le replicó: « Yo estraño que un hombre tan juicioso como vos, eche á menos unos ojos que nos son comunes con las moscas, hormigas é insectos y que no se regocije más bien de poseer la luz de los apóstoles y de los santos. Mucho más vale, añadió él, ser esclarecido en el espíritu que en el cuerpo, y tener esos ojos espirituales que no están oscurecidos con las manchas del pecado, que tener estos ojos de carne, una sola mirada de los cuales puede precipitar á un hombre en los infiernos. »

Capítulo IV.

Antonio, habiendo dado en Alejandria un testimonio tan brillante de la divinidad de Jesucristo, emprendió nuevamente el camino de su montaña, en donde fué otra vez buscado por una infinidad de gente. Sus prodigios y virtudes atraian allí á tantos que, para facilitar el viage á aquel desierto en el que faltaba el agua, un diácono de Afrodites, llamado Baisan, se resolvió a alquilar camellos, para conducir allí en menos tiempo á los que querian ir á ver al santo solitario.

El orgullo de la filosofia pagana cedió en este punto á la curiosidad y fué confundido por la sabiduria de Antonio. Porque aun cuando él no habia aprendido las letras humanas, su prudencia y la viveza de su espíritu y sobre todo aquellas luces sobrenaturales que recibia por la contemplacion de la verdad eterna, suplían este estudio con ventaja.

Dos filósofos griegos hicieron la experiencia de esto. Habian ido á su montaña con el designio de sorprenderle; pero él les reconoció de lejos, salióles al encuentro y les dijo: « ¿ Porqué ¡ oh filósofos! os habeis molestado tanto para ver á un insensato? » Respondieronle que no le creian tal, y que más bien estaban persuadidos de su sabi-

municacion con tales gentes eran la ruina de las almas. Arrojó vergonrosamente de su montaña á algunos Arrianos que se habian atrevido á ir allá y cuya impiedad reconoció muy pronto.

Habiendo algunos de esta secta hecho correr el rumor de que él pensaba como ellos, el Santo, cuya humildad habria sufrido en silencio cualquiera otra calumnia, se admiró de su descaro y, animado de una santa cólera contra esta falsedad, en la que la gloria de Jesucristo estaba más interesada que la suya, fuése á Alejandria, á instancias de los obispos ortodoxos, y allí combatió públicamente á los Arrianos, exhortando á los fieles á no tener con ellos comercio alguno y diciendo que no se diferenciaban de los paganos y que todas las criaturas se levantaban contra ellos porque igualaban en su rango al que las habia criado.

Su presencia en esta ciudad hizo un maravilloso efecto sobre el corazon de los pueblos. Estos estaban llenos de gozo al oirle pronunciar anatema contra la heregia. Todos se afanaban por verle. Los mismos sacerdotes de los paganos iban á la iglesia, solicitando hablar con el hombre de Dios, pues de esta manera le llamaban. Hizo allí muchos prodigios; y San Atanasio certifica que en el corto tiempo que permanecio en aquel lugar, se convirtieron á la fe más infieles de lo que se habian convertido antes durante todo un año.

Vió tambien allí á Dídimos, aquel celebre ciego que, aun cuando habia perdido la vista desde la edad de cuatro años, se habia impuesto mucho en toda clase de ciencias, y era entonces muy apreciado de los prelados católicos, á causa de la pureza de su fe. Antonio le preguntó en una conversacion familiar si tenia pesar por la pérdida de la vista. Dídimos tenia alguna vergüenza de confesarlo,

⁴ Más tarde cayó en los errores de Orígenes.

pero, instándole á que le respondiese, confesó que tenia de ello pena; con lo cual le replicó: « Yo estraño que un hombre tan juicioso como vos, eche á menos unos ojos que nos son comunes con las moscas, hormigas é insectos y que no se regocije más bien de poseer la luz de los apóstoles y de los santos. Mucho más vale, añadió él, ser esclarecido en el espíritu que en el cuerpo, y tener esos ojos espirituales que no están oscurecidos con las manchas del pecado, que tener estos ojos de carne, una sola mirada de los cuales puede precipitar á un hombre en los infiernos. »

Capítulo IV.

Antonio, habiendo dado en Alejandria un testimonio tan brillante de la divinidad de Jesucristo, emprendió nuevamente el camino de su montaña, en donde fué otra vez buscado por una infinidad de gente. Sus prodigios y virtudes atraian allí á tantos que, para facilitar el viage á aquel desierto en el que faltaba el agua, un diácono de Afrodites, llamado Baisan, se resolvió á alquilar camellos, para conducir allí en menos tiempo á los que querian ir á ver al santo solitario.

El orgullo de la filosofia pagana cedió en este punto á la curiosidad y fué confundido por la sabiduria de Antonio. Porque aun cuando él no habia aprendido las letras humanas, su prudencia y la viveza de su espíritu y sobre todo aquellas luces sobrenaturales que recibia por la contemplacion de la verdad eterna, suplían este estudio con ventaja.

Dos filósofos griegos hicieron la experiencia de esto. Habian ido á su montaña con el designio de sorprenderle; pero él les reconoció de lejos, salióles al encuentro y les dijo: « ¿ Porqué ¡ oh filósofos! os habeis molestado tanto para ver á un insensato? » Respondieronle que no le creian tal, y que más bien estaban persuadidos de su sabi-

duria. Pero Antonio, que preveia su respuesta, se adelantó casi á ellos y pronto les condujo á su fin con lo que les dijo: « Si vosotros, pues, creéis que soy sabio, debéis imitar mi sabiduría; porque hay que imitar lo que se estima. Y así como si yo hubiese ido à buscaros, os creeríais con derecho de exigir que yo siguiese vuestro ejemplo, vosotros debéis ahora seguir el mio haciéndoos cristianos, ya que venis á mi como á un hombre sabio. « La historia no dice si ellos siguieron un tan saludable aviso; pero hace notar que admiraron la sutileza de su ingenio.

Del mismo modo cerró la boca á algunos sofistas que osaron hacer mofa delante de él del culto que tributamos á la santa Cruz:

« ¿Qué cosa, les dijo él, es mas razonable: reverenciar á una cruz ó reconocer que aquellos á quienes dais el nombre de dioses han cometido adulterios y otros abominables crímenes? Porque esta cruz que honramos es un símbolo de generosidad y de valor, pues es una prueba indudable del desprecio de la muerte; mientras que lo que vosotros atribuis á vuestros dioses, son símbolos de un desdichado derbordamiento en toda clase de vicios. ¿Qué cosa es más razonable: decir que el Verbo de Dios, que no está sugeto á cambio, sino que es siempre el mismo, tomó un cuerpo humano para la salud y felicidad de los hombres, á fin de que por la comunicacion de la naturaleza divina con la humana, hiciese á los hombres partícipes de una naturaleza divina y espiritual, ó bien pretender que una divinidad sea semejante á animales, y adorar por esta causa á brutos, serpientes y figuras de hombres? Porque tales son los actos de religion de los que entre vosotros pasan por sabios. Y ¿cómo teneis atrevimiento de burlaros de nosotros, porque decimos que Jesucristo apareció sobre la tierra como un hombre, vosotros que defendeis que habiendo sido las almas sacadas de la propia sustancia de Dios, como partes

de la sabiduría divina, cayeron en el pecado y que en seguida descendieron á los cuerpos desde lo más alto del cielo? Pero aun seria de desear que creyeráis que solo vienen ellas á cuerpos humanos y que no pasan á los de las bestias y serpientes. Porque nuestra fe nos enseña que Jesucristo vino para la salud de los hombres, y vosotros, por un grande error, decís que el alma es increada. Así que nosotros atribuimos á la Providencia lo que es decoroso á su poder y amor para con los hombres, sabiendo que en esto nada hay imposible para Dios; pero vosotros, por el contrario, vosotros que en vuestras fábulas, haciendo al alma semejante á la sabiduría divina y de la misma naturaleza que ella, la consideráis capaz de caer y sujeta á cambio, haceis también á la sabiduría divina sujeta á mudanza; porque lo que conviene á una cosa que es imagen de otra por la comunicacion de la misma naturaleza, debe también convenir á aquella cuya imagen es. Pues, si teneis estos sentimientos de la sabiduría divina, considerad cuáles son vuestras blasfemias contra el Padre, autor y principio de la sabiduría.

« Y en cuanto á lo que se refiere á la cruz ¿qué cosa diríais ser más digna de elogio: lo que hizo Jesucristo cuando siendo atacado por los artificios y falsas acusaciones de los malos, se resolvió á sufrir la muerte de cruz, sin que su espíritu se acobardara con el temor de un tan cruel suplicio, ó bien lo que vosotros nos contáis en vuestras fábulas de los errores de Isis y Osiris, de los lazos de Tifon, de la fuga de Saturno, de su crueldad en devorar á sus hijos y de sus parricidios? Pues á esto se reduce vuestra sabiduría. Pero ¿cómo, burlandóos de la cruz, no admiráis la resurreccion, ya que los mismos que han hablado de lo uno han escrito también de lo otro? ¿O porqué, discurrendo así de la cruz, nada decís de los muertos que han sido resucitados, de los ciegos que han recobrado la

vista, de los paralíticos y leprosos que han sido curados, de los que han andado á pié enjuto sobre el mar y de tantos otros milagros que demuestran que Jesucristo no era solamente hombre sino tambien Dios? Se me figura que en esto os haceis poco favor á vosotros mismos, porque parece que no hayais leído sinceramente y de buena fe nuestras Escrituras. Leedlas, pues, y considerad que las mismas cosas que Jesucristo con su venida al mundo ha hecho para la salud de los hombres, dan tambien á conocer que es Dios.

« Decidme, os ruego, por vuestra parte, ¿ cuáles son las acciones de vuestros dioses? Pero ¿ qué podréis decirme de esas bestias brutas sino cosas brutales y crueles? Y si me respondeis que no hablais de esto más que como de fábulas, y que en estas alegorias, Proserpina representa la tierra, Vulcano el fuego, Juno el aire, Apolo el sol, Diana la luna y Neptuno el mar, no dais sin embargo un mayor honor á Dios; sino que, al contrario, adorais á criaturas en vez de adorar al Criador. Que si la hermosura de las criaturas os ha inducido á inventar todas estas cosas, deberiais contentaros con admirarlas sin ponerlas en el número de los dioses y sin tributar de este modo á las obras el honor que solo se debe al divino Hacedor que las ha formado; puesto que por esta razon podriais tambien atribuir á un palacio la estima que solo perteneciera al arquitecto que lo edificó, y á un soldado el respeto que solo fuese debido al general del ejército. ¿ Qué respondeis, pues, á esto para hacernos ver que la cruz es digna de desprecio ó irrisión? »

No sabiendo estos filósofos qué responder y volviéndose de un lado á otro, Antonio se puso á sonreír y les dijo: « Estas cosas son tan claras que basta considerarlas para convencerse de ellas. Pero, ya que vosotros os apoyais principalmente en las demostraciones y que, haciendo profesion de esta ciencia, no quereis siquiera adorar á Dios, si

á ello no estais obligados por argumentos y pruebas, decidme ¿ cómo una cosa cualquiera, y sobre todo el conocimiento de un Dios, puede adquirirse mejor: por demostracion ó por operacion de la fe? ¿ Y cuál precede: la fe por la obra, ó la demostracion por razones? »

A lo cual respondiendo estos filósofos que la operacion por la fe precedia y que ella era la que daba un conocimiento cierto, les dijo Antonio: « Habeis respondido bien porque la fe procede de la operacion del alma; mientras que la dialéctica no procede más que del arte de los que la inventaron. Y asi las personas que tienen una fe firme, no solamente no tienen necesidad de la demostracion de las razones sino que ella les es del todo inutil. Lo que hace que vosotros trabajais por establecer con razones lo que nosotros conocemos muy bien por medio de la fe y que, frecuentemente, ni siquiera podeis explicar con palabras las cosas que nosotros con mucha facilidad concebimos, porque la operacion de la fe es mucho más fuerte que todos vuestros sofisticos argumentos.

« Asi que nosotros, cristianos, no establecemos nuestros misterios sobre la sabiduria de los razonamientos de los Griegos, sino sobre el poder de la fe que nos es dado de Dios por Jesucristo. Y para haceros conocer que lo que digo es verdadero, ya veis que aun cuando nosotros ignoremos las letras, no dejamos de creer en Dios, mientras juzgamos por lo que él ha hecho, cuán grande es su providencia en todas las cosas. Y para testificaros cuán poderosa es nuestra fe, solo nos apoyamos por ella en Jesucristo; mientras que vosotros os apoyais en contestaciones de sofistas. La adoracion de vuestros fantásticos idolos empieza á debilitarse entre vosotros, al paso que nuestra fe se difunde por todas partes. Con todos vuestros silogismos, no podeis persuadir á una sola persona que pase del cristianismo al paganismo; y nosotros, enseñando á creer en Je-

sucristo, arruinamos toda vuestra supersticion, reconociendo cada uno que Jesucristo es Dios y el Hijo de Dios, sin que todas vuestras ficciones y fábulas puedan impedir á los hombres de ser instruidos en la doctrina de los cristianos. Al solo nombre de Jesucristo crucificado, ponemos en fuga á los demonios á quienes adorais como á dioses; y cuando se hace la señal de la cruz, la magia pierde toda su fuerza y el veneno su poder de dañar. Porque, decidme, os ruego, ¿ dónde están ahora vuestros oráculos? ¿ dónde aquellos hechizos de los Egipcios? ¿ dónde aquellos espectros que hacian ver vuestros encantadores? Y ¿ cuándo ha sido que todas estas cosas han cesado y perdido su fuerza, sino cuando se ha visto aparecer la cruz de Jesucristo? ¿ Es, pues, digna de burla? ¿ y las cosas que ella ha abolido y cuya debilidad ha hecho ver, son más dignas de desprecio?

« Pero lo que es todavía más admirable, nadie persigue vuestra religion; ella es honrada entre vosotros en todas las ciudades. Los cristianos, al contrario, son perseguidos, y nuestra religion no deja, sin embargo, de florecer y crecer con perjuicio de la vuestra. Las adoraciones que tributais á los ídolos, aunque acompañadas de las aclamaciones de los pueblos, y como amparadas por todas partes, no dejan de debilitarse de dia en dia; y, por el contrario, la fe que nosotros tenemos en Jesucristo, y la doctrina de la Iglesia católica, aun cuando ella pase por ridicula entre vosotros, y que haya sido frecuentemente perseguida por los emperadores, se ha extendido ya por toda la tierra. ¿ Cuándo se ha visto jamás relucir tanto el conocimiento de Dios, elevarse á un tan alto punto la templanza y la castidad, y haberse hecho la muerte tan despreciable, sino despues que la cruz de Jesucristo ha empezado á aparecer en el mundo? Ahora bien; ¿ quién puede dudar de esto, al ver en la Iglesia á tantos mártires hacer tan poco caso de la

muerte por el amor que tienen á Jesucristo, y á tantas vírgenes que, inflamadas en este mismo amor, conservan sus cuerpos tan puros y castos? ¿ No son estas señales invencibles para hacer conocer que la fe en Jesucristo es la sola verdadera fe, para honrar á Dios como debe ser honrado? ¿ Y no dais prueba de no tener fe, puesto que, para apoyar vuestra creencia, solo recorreis á los argumentos? Pero nosotros, al revés, segun lo que ha dicho nuestro Maestro, no nos apoyamos en las persuasiones de la humana sabiduria, sino que persuadimos por la fe, que precede manifiestamente á todo ese aparato y á toda esa investigacion de discursos y palabras. Ved abi algunas personas atormentadas por los demonios (habia algunas que habian venido á él con este objeto; púsose en medio de ellas y prosiguió asi): Curadlas con vuestros silogismos ó con cualquier otro medio que os plazca, aun cuando sea por la magia, invocando á los ídolos. Y si no lo podeis lograr, cesad de disputar contra nosotros y vereis cuán grande es el poder de la cruz de Jesucristo. »

Habiendo hablado asi, invocó á Jesucristo é hizo por tres veces la señal de la cruz sobre estos posesos, quienes, habiendo quedado inmediatamente libres, se levantaron con un espíritu tranquilo y dieron por ello gracias á Nuestro Señor. Estos filósofos quedaron verdaderamente conmovidos de la sabiduria de Antonio y del milagro que acababa de obrar. Y les dijo: ¿ porqué os admirais? No somos nosotros quienes hemos hecho este milagro, sino Jesucristo quien lo ha hecho y que tantos ha hecho por medio de los que en él creen. Creed, pues, en él, y conoceréis que no obramos por la ciencia de las palabras sino por la fe en Jesucristo acompañada de la caridad, de la que si sois tan amantes, no buscareis más estas demostraciones de palabras, sino que os convencereis de que las mias bastan para determinaros á creer en Jesucristo. Esto mismo les dejó admirados; y asi,

despues de haberse despedido de él, se retiraron confesando que se habian aprovechado mucho de haberle visto.

No era solamente el pueblo el que respetaba la virtud de Antonio, sino que su nombre se hizo célebre en la corte de los principes. El emperador Constantino el Grande y sus dos hijos le escribieron como á su padre y mostraron gran deseo de recibir sus respuestas. Él queria esquivar esto ; pero habiéndole representado los solitarios que los emperadores eran cristianos, y que quizás se darian por ofendidos de su silencio, les escribió que se regocijaba de que adorasen á Jesucristo, exhortóles á no hacer tanto caso de su dignidad que olvidasen que eran hombres. Recomendóles usar de clemencia y humanidad, hacer justicia á todos, asistir á los pobres y acordarse que Jesucristo es el solo rey verdadero y eterno.

Con ocasion de las cartas del emperador, hizo una pequeña exhortacion á sus discipulos que muestra cuán poco pagado estaba él de los honores de este mundo. « Los reyes de la tierra nos han escrito, les decia, pero ¿ qué debe parecer esto á un cristiano? Porque, aun cuando su dignidad les levanta sobre los demás, el nacimiento y la muerte les hacen iguales á todos. Lo que debe admirarnos más é inspirarnos un tierno afecto á Dios, es que este divino Maestro ha escrito una ley para los hombres y que tambien les ha hablado por medio de su propio Hijo ».

El resto de su conducta respondia en todas ocasiones á este perfecto desapego de los honores del siglo. Dios se complacia en hacerle célebre por medio de un sinnúmero de prodigios. Todos, grandes y pequeños, sabios y sencillos le buscaban, le admiraban y respetaban sobremanera. Los más santos personajes de su tiempo, San Atanasio, San Pacomio, San Ammon de Nitria, San Hilarion y tantos otros eran ó alumnos suyos, ó estaban unidos á él con la más tierna caridad ; y entre tantas señales de distincion, no

se levantó jamás en su corazon sentimiento alguno de vana complacencia ; no mostró jamás deseos del comercio con los hombres ; fué de dia en dia más dulce, más afable, más bienhechor, y sobre todo más humilde.

Respetaba singularmente á todos los eclesiásticos aun á los más sencillos clérigos. Bajaba humildemente la cabeza ante los obispos y sacerdotes para pedirles la bendicion. Si alguno de ellos iba a verle para alguna cosa que necesitase, despues de haber hecho lo que de él deseaba, rogábale que le instruyera en las cosas espirituales, no desdeñándose de aprender, y confesando que estas instrucciones le eran muy útiles.

Su paciencia era inalterable ; la paz de su alma aparecia en su rostro por una dulce serenidad y una maravillosa gracia que hacia que los que jamás le habian visto, le reconocian inmediatamente y le distinguian con facilidad de los otros hermanos cuando estaba en su compañía. Habia tres solitarios que todos los años iban á verle ; dos de ellos le pedian avisos para la salud de su alma, y el tercero jamás decia nada. Observólo el santo y preguntóle la causa de ello : Padre mío, respondió este religioso, es que para mi es bastante el veros.

Su zelo nada tenia de amargo y siempre se inclinaba á la indulgencia, cuando podia esperar alguna enmienda. Habiendo un hermano cometido una falta en cierto monasterio, y habiendo sido reprendido demasiado ágramente, fuése á encontrar á San Antonio. Los otros le siguieron y le acusaron de la falta delante del santo con mucho calor. El acusado sostenia que no la habia cometido. Más parecia aquello una viva contienda que una accion de caridad por una y otra parte. San Pafnucio, por sobrenombre Céfalo se hallaba allí presente y, viendo la indiscrecion del zelo de los acusadores, les dijo esta parábola : « Yo he visto á orillas del rio á un hombre que estaba metido en el barro hasta

las rodillas, y unas personas que querian darle la mano para sacarle de alli le han metido en el mismo barro hasta el cuello ». Entonces San Antonio, aplaudiendo á Pafnucio, dijo : « He ahí un hombre que juzga de las cosas segun la verdad, y que es capaz de salvar las almas ». Estas palabras hicieron entrar dentro de si mismos á aquellos zelosos falsos los cuales reconocieron su imprudencia, y condujeron con dulzura á su monasterio al que de él habian hecho salir por su indiscrecion.

Otro solitario del monasterio del abad Elias, habiendo sido echado de él por una falta que habia cometido, recorrió al Santo, quien le tuvo algun tiempo á su lado y pronto volvió á enviarle á su monasterio. Pero muy lejos de recibirle, los religiosos le echaron de nuevo, y él se vió obligado á volver á San Antonio. Entonces el santo escribió á estos religiosos en los siguientes términos : « Un bajel, despues de haber naufragado y perdido su carga, ha llegado finalmente á puerto, aunque con mucha dificultad ; y aun cuando vosotros le veis en este deplorable estado, quereis hacerle perecer ». Por ahí comprendieron la intencion del santo y recibieron al solitario.

Pero si era dulce en su zelo, sabia tambien usar de severidad, cuando convenia á los intereses de Dios. Un coronel de la secta de Arrio, llamado Balac, sirvió de ejemplo á muchos por la triste experiencia que en él hizo. Perseguia á los católicos con furor, hasta tal punto que mandaba azotar públicamente á las vírgenes y solitarios. Antonio le escribió : « Yo veo la cólera de Dios sobre ti ; cesa de perseguir á los fieles, porque de lo contrario va á castigarte con una funesta y próxima muerte ».

Habiendo recibido Balac esta carta, muy lejos de ablandarse, la rasgó, echó por tierra los pedazos, y escupió sobre ellos. Maltrató á los que se la habian llevado é hizo con ellos como habia hecho con los demás. Pero Dios no tardó

en reprimir su insolencia. Cinco dias despues, yendo Balac montado en caballos de su propia caballeriza con Nestor, gobernador de Egipto, estos animales se pelearon entre si, como sucede frecuentemente, y el en que iba montado Nestor, aun cuando más manso, se echó sobre Balac, arrojóle al suelo, y relinchando contra él, le dió muchos mordiscos en el muslo haciéndoselo pedazos, de suerte que tuvieron que llevarle á la ciudad, en donde murió á los dos dias, reconociendo entonces todos los efectos de la amenaza del Santo.

Su amor al retiro no le permitia bajar de su montaña sino cuando la caridad le obligaba á ello. Para esto se iba á su monasterio de Pispir, y para no detenerse en él inútilmente, estaba convenido con uno de sus discípulos, llamado Macario, que residia en este monasterio, en que le preven-dria desde su llegada, sobre la calidad de los que querian hablarle, designándolos con los nombres de Egipcios ó Hierosolimitanos. Si Macario le decia que los que querian hablarle eran Egipcios, esto queria decir que ellos no tenían que comunicarle cosas importantes, y el Santo ordenaba que les diesen de comer, oraba por ellos, haciales una pequeña exhortacion y les despedia ; pero si eran personas de gran piedad ó que tuviesen que tratar con él negocios de gran trascendencia, Macario los anunciaba con el nombre de Hierosolimitanos, y entonces el Santo se sentaba con ellos, y les hablaba durante toda la noche de lo que atañia á su salud.

Un oficial, encantado de oírle, quería detener cuando se retiraba, y le instó vivamente á ello ; pero el Santo se escusó, usando de la siguiente comparacion : « Asi como los peces mueren cuando están demasiado tiempo fuera del agua, asi tambien los solitarios deteniéndose inútilmente con los seglares, sienten muy pronto debilitárseles su devocion con sus conversaciones. Por lo tanto, nos conviene

darnos tanta prisa en volver á nuestra soledad cuanto conviene á los peces sumergirse en el agua ». Esta respuesta edificó tanto al oficial que, lleno de admiración, confesó que era necesario que Antonio fuera un gran siervo de Dios, y que una tan eminente sabiduría no podia encontrarse en un hombre que no habia cultivado las ciencias, si el espíritu de Dios no fuese su principio.

Bien claramente aparecia, por los medios que se usaban para obligarle á bajar de su montaña, que no le arrancaban de ella sino con una especie de violencia. Esto hicieron magistrados y jueces que deseaban verle; porque, no pudiendo ir hasta su celda, á causa de la dificultad de los senderos que á ella conducian y del gran número de gente que les seguian, enviáronle á criminales atados y conducidos por soldados, á fin de que, movido á compasión, más facilmente se decidiese á bajar hasta Pispír, para pedir su indulto, y con esto tuviesen ocasion de conversar familiarmente con él, lo que jamás acontecia sin fruto.

No era pues el deseo de derramarse en lo exterior, ni el gusto de conversar con la gente lo que le inducia á salir de su retiro, sino la caridad más acendrada y el cumplimiento de los designios de Dios, el cual, segun la expresion de San Atanasio, lo habia dado como un médico á todo el Egipto. « Asi que, añade el mismo Padre, muchos que hacian profesion de las armas, ó estaban llenos de bienes de fortuna, lo abandonaron todo para hacerse solitarios. Muchas jóvenes prometidas para el matrimonio, renunciaron á sus pactos para consagrar su virginidad á Jesucristo. ¿ Quién jamás, dominado por la tristeza, yendo á él, no se volvió con el corazón lleno de consuelo? ¿ Qué pobre, despues de haberle oido hablar, no se sujetó á Dios en su miseria hasta llegar á despreciar las riquezas? ¿ Qué joven que hubiese tenido la dicha de ir á su montaña no concibió el designio de renunciar á los placeres del siglo para abrazar la penitencia?

¿ Cuál fué el solitario que, habiéndose relajado en sus ejercicios, no sintió reanimarse su fervor con sus discursos? ¿ Quién, finalmente, teniendo agitado y turbado su espíritu, ó viéndose atacado por los demonios, no encontró la paz del alma ó se vió libre de su tentacion, junto al gran Antonio? »

Una vida adornada de tantas virtudes, llena de buenas obras, y tan rica en méritos, condújole finalmente á una muerte preciosa á los ojos de Dios. Es ella demasiado edificante para dejar de contar las más pequeñas circunstancias. Vamos á detallarlas valiéndonos de San Atanasio, el fiel historiador de su vida y el seguro garante de lo que de ella hemos dicho.

Hacia poco tiempo que Antonio estaba de vuelta de un viaje que habia hecho á Alejandria; y sabiendo, por el conocimiento que Dios le habia dado, que su fin estaba próximo, quiso visitar una vez más á los solitarios de la montaña exterior, para darles el último adiós. Habiéndoles, pues, reunido á todos en torno suyo, les habló de esta manera: « Oid, muy queridos hijos míos, las últimas instrucciones de vuestro padre; porque no es probable que os vuelva ya á ver más en esta vida. Hay que morir; esto es lo que yo tengo que hacer pronto, contando como cuento ciento cinco años ».

Los solitarios, al oír estas palabras, le interrumpieron y, con el corazón transido de dolor, se arrojaron á su cuello despidiendo grandes suspiros y derramando muchas lágrimas. Mas él, lleno de gozo, y mostrando una santa alegría, como si estuviese próximo á abandonar una tierra extranjera para dirigirse á su patria, continuó instruyéndoles y les recomendó nuevamente que no se relajasen, que se condujeran cada día como si aquel fuese el último de su vida, que conservaran sus almas puras de los malos pensamientos, que se esforzaran en imitar á los santos, que no tuvieran

comunicacion con los cismáticos como ni tampoco con los arrianos, cuya impiedad era manifiesta, sin admirarse de que los poderes del siglo les fuesen favorables, puesto que no era sino una autoridad imaginaria la que parecian tener y que pronto se disiparia; finalmente, que permaneciesen firmes en la fe de Jesucristo y en la tradicion de los santos Padres, que habian aprendido en la lectura de los libros santos, y en los cuales con tanta frecuencia les habia él instruido en sus diferentes coloquios.

Habiendo hablado asi, los hermanos le suplicaron con mucha instancia que terminara su vida entre ellos; pero él se lo negó por muchas razones, de las cuales una de las principales fué evitar los supersticiosos honores que los Egipcios tributaban á los cuerpos de aquellos cuya memoria tenian en gran veneracion¹.

Asi que despues de esta visita volvióse á su retiro ordinario, en el que, poco tiempo despues, habiendo caido enfermo, llamó á dos solitarios que hacia quince años que le servian á causa de su vejez, y les dijo: « Por fin, queridos hijos míos, ha llegado la hora en que, segun el lenguaje de la Escritura, voy á entrar en el camino de mis padres. Yo sé que el Señor me llama. Mi corazon arde en deseos de unirse á él en el cielo. Pero á vosotros, entrañas da mí alma, os suplico que no perdais por desgracia, relajándoos, el fruto del trabajo al que hace ya tanto tiempo os estais aplicando. Haced cuenta cada día que solamente empezais á entrar en religion y practicar sus ejercicios, á fin de que la buena voluntad cobre siempre en vosotros mayor fuerza. Ya sabeis cuáles son los lazos que nos tienden los demonios. Vosotros habeis sido testigos de su furor y al mismo tiem-

¹ Estos no tienen nada de comun con el honor que nosotros tributamos á las reliquias de los Santos en la Iglesia católica; sobre lo cual puede consultarse al cardenal Belarmino y á todos los que han tratado de las materias de controversia contra los hereges de los últimos siglos.

po de su debilidad. Dedaos inviolablemente á amar á Jesucristo. Confiaos del todo á él y triunfareis de su malicia. No olvideis nunca las diferentes instrucciones que os he dado. Pero sobre todo pensad que todos los dias podeis morir ».

Recomendóles en seguida, como lo habia hecho á los otros solitarios, que huyeran de los cismáticos y hereges, y añadió: « Pero si conservais para mi alguna amístad; si me mirais como á vuestro padre; si quereis responder al tierno afecto que siempre os he tenido con alguna señal del vuestro, os suplico que no permitais que se lleve mi cuerpo á Egipto, por miedo de que á causa de un culto supersticioso, no se le guarde en alguna casa; y por esto me he vuelto á esta montaña. Esconded, pues, en tierra mi cuerpo y haced que nadie más que vosotros sepa dónde le hayais metido. Espero que mi Salvador me devolverá incorruptible este cuerpo en el dia de la resurreccion.

« En cuanto á mis vestidos, prosiguió, he ahí el destino que de ellos debeis hacer: dad al obispo Atanasio una de mis túnicas y la capa que me habia traído nueva y que yo le devuelvo del todo usada ». (Esta era una segunda capa que él habia recibido de aquel santo prelado, además de la primera, con la cual habia sepultado á San Pablo ermitaño). Dad la otra túnica al obispo Serapion y vosotros guardaos mi cilicio. Adios, queridos hijos míos; vuestro Antonio se va y no está más con vosotros ».

Terminó su discurso con el beso de paz que les dió con una ternura paternal; y alargando dulcemente los pies, se encaró con la muerte alegremente, dando nuestra de un maravilloso gozo, comi si hubiese visto venir á él á sus amigos; lo cual hizo presumir que los espíritus bienaventurados se le aparecieron en este momento, para conducirle en su compañía á la patria celestial. De este modo entregó su espíritu á Dios, el dia 17 de enero, en el que los

Egipcios, los Griegos y los Latinos celebran su fiesta, el año de Jesucristo 356, y el 105 de su edad.

Sus discípulos, fieles ejecutores de sus últimas voluntades, tomaron secretamente su cuerpo y escondieron cuidadosamente el lugar de su sepultura. Los santos prelatos que heredaron sus túnicas y su capa, las conservaron como preciosos tesoros. Al ver estos despojos del gran Antonio, parecían que le veían á él mismo; y al llevarlas, sentían una alegría interior, como si hubieran sido revestidos de su espíritu.

Observóse que, cuando murió, se echaba al mismo tiempo de Alejandria á San Atanasio, para introducir allí, por el hierro y por el fuego, al desdichado Jorge de Capadocia. Quizás por esta razón San Antonio, queriendo mostrar que moría en la comunión de San Atanasio, ordenó que se le llevase su túnica y su capa.

Este ilustre prelado hace notar que el Santo se había sostenido con un fervor igual en la penitencia y en el amor del retiro desde su juventud hasta su muerte; que la debilidad de sus fuerzas en su vejez no le indujo jamás á desear una alimentación delicada, ni á cambiar de vestido, ni á lavarse los pies; y que sin embargo gozó de una completa salud hasta su última enfermedad; que su vista fué siempre buena; que no había perdido un solo diente y que se hallaba más vigoroso y limpio que los que se dan buena vida, toman baños y cambian frecuentemente de vestidos.

Pero lo que prueba todavía más su virtud, añade el mismo santo doctor, es el que no habiéndose hecho recomendable ni por las ciencias, ni por sus escritos, ni por haber descollado en arte alguno, su reputación se había difundido tanto y era tan universalmente respetada y querida, que no hubo nadie que no sintiese su pérdida. Así se había visto á un hombre sencillo, que durante toda su vida había procurado ocultarse, que vivía retirado en una mon-

taña desierta de la Tebaida, hacer hablar de su piedad con admiración en toda el Africa, en Constantinopla, en Roma, en las Galias y en España; de suerte que el solo relato de sus virtudes ocasionaba numerosas conversiones.

Toda la antigüedad le ha tributado magníficos elogios. Es bien sabido que San Atanasio, aunque muy ocupado en los más importantes negocios de la Iglesia, creyó contribuir mucho á la gloria de Dios, empleando su pluma en escribir su vida. Propúsole á los solitarios para servirles de modelo, y asegura que lo que dice de él es poca cosa en comparación de lo que quedaba por decir.

San Jerónimo dice que Dios reveló su muerte á San Hilarión; que el cielo negó la lluvia durante tres años á aquellos sitios, lo que hacía decir á los habitantes que hasta los mismos elementos lloraban su muerte. San Agustín después de escribir en sus *Confesiones* que, dudando todavía en convertirse, su amigo Potiniano vino á verle y contándole que dos oficiales que vivían en Tréveris, al servicio del emperador, habiendo leído en la celda de un solitario algunas páginas de la Vida de San Antonio, salieron de ella tan movidos que al instante resolvieron renunciar al mundo y abrazar la vida religiosa en este monasterio, añade que este relato no contribuyó poco á hacerle entrar dentro de sí mismo y á conducirlo á una perfecta conversión. Porque, volviéndose hácia su amigo Alipio, exclamó: « ¿ Qué hacemos? ¿ Qué opinas de lo que acabamos de oír? He ahí que los ignorantes arrebatan el cielo, y nosotros, con toda nuestra ciencia, somos tan estúpidos que permanecemos como sepultados en la carne y sangre. ¿ Tendríamos vergüenza de seguirles porque nos han precedido en el camino de Dios, y no la tendríamos más bien de no seguirles? »

San Gregorio de Nazianzo no le da otro nombre que el de divino Antonio. San Crisóstomo exhorta á sus oyentes á leer su vida para aprender en ella la verdadera sabiduría.

Dice él que Antonio igualaba casi la gloria de los apóstoles; que con su ejemplo habia demostrado lo que Jesucristo mandó con sus preceptos, y que él era una admirable prueba de nuestra religion, no habiendo secta alguna en la que se pudiera encontrar un tan grande hombre. Diósele por sobrenombre San Antonio el Grande¹.

LAS OBRAS DE SAN ANTONIO

San Pablo habia vivido solo en el desierto; San Antonio lo pobló. Dios, que le habia elegido patriarca de la vida monástica, hizole pasar por todos los grados que podian darle la experiencia necesaria para su obra y conducirle al gobierno de las almas. Al principio vivió bajo la direccion de un santo anciano en calidad de discípulo, á fin de aprender à ser maestro. Permaneció mucho tiempo oculto para poder salir al público con seguridad. Fué probado por latencion, para ayudar á los otros á combatirla bien. Tal fué Antonio cuando salió de aquel viejo fuerte, en donde hemos dicho

¹ Dios no quiso que el cuerpo de su siervo quedase por más tiempo oculto. Fué descubierto por revelacion, bajo el reinado de Justiniano, en 561, y llevado á Alejandria, á la Iglesia de San Juan Bautista. De allí, fué trasladado á Constantinopla, cuando los Sarracenos se hicieron dueños del Egipto (635); y finalmente, hácia 980, la Francia recibió estas preciosas reliquias. Fueron depositadas, no en Viena en el Delfinado, como ha dicho el P. Miguel-Angel Marin, sino en un pequeño pueblo de la diócesis de Viena, llamado San-Antonio. Este pueblo está situado á 12 ó 15 kilómetros de San-Marcelino. En 980 poseía un convento de Antoninos. Las reliquias de San-Antonio fueron salvadas en 1793, y se hallan todavia en el lugar á donde fueron trasportadas en el siglo décimo. Los pueblos del contorno acuden en tropel á venerarlas.

que estuvo oculto durante veinte años, orando, combatiendo y mortificándose sin cesar, para enseñarnos con esta prudente conducta que el tremendo ministerio de la salvacion de las almas pide prepararse á él con la práctica de las virtudes y con el retiro.

Después de este retiro fué cuando su obrar tomó un caracter definitivo y se convirtió en fundador. Sus virtudes, sus prodigios y la fuerza de sus discursos le atraian oyentes y discípulos de todas partes. Entonces se formó á su vista y bajo su direccion aquel célebre cuerpo de solitarios, cuyo número aumentó tanto en seguida que, según dice Rufino, habia casi tantos habitantes en los desiertos como en las ciudades.

Al principio sucedió esto en los contornos de este castillo y en las soledades que se hallan entre Memfis, Arsinoé, Babilonia y Afrodites, más acá y más allá del Nilo¹. Los solitarios estaban allí, ó muchos reunidos, formando un cuer-

¹ La más importante de estas cuatro ciudades, Memfis, que llegó á tener hasta 700.000 habitantes, desapareció con los siglos. En tiempo de la expedicion de los Franceses á Egipto, tuvo que trabajarse mucho para descubrir el sitio donde estaba edificada. En nuestros días, M. Mariette, cuyas escavaciones hábiles y perseverantes han tenido tanto éxito, ha encontrado el *serapium*, templo colosal, precedido de una avenida de 600 *esfinges*, que termina en un semicírculo formado de estatuas griegas. Memfis estaba situada en el Medio-Egipto, al norte, sobre la orilla izquierda del Nilo.

Arsinoé. Habia entonces en Egipto dos ciudades llamadas Arsinoé. Aquí se trata de la que se encontraba en el Medio-Egipto, entre el Nilo y el lago Mæris, y que anteriormente se habia llamado Crocodilópolis. El famoso laberinto de Egipto estaba próximo á Arsinoé. Hoy día, esta ciudad es llamada Al-Fejum.

Babilonia, de Egipto, pertenecía al Bajo-Egipto. Estaba situada sobre la orilla derecha del Nilo, no lejos de las Pirámides. No ofrece ya más que ruinas.

Afrodites ó Afroditópolis (ciudad de Venus). Habia en Egipto cuatro ciudades de este nombre. La que se hallaba más cerca de las soledades en donde se establecieron los primeros discípulos de San Antonio, estaba situada sobre la orilla derecha del Nilo.

Dice él que Antonio igualaba casi la gloria de los apóstoles; que con su ejemplo habia demostrado lo que Jesucristo mandó con sus preceptos, y que él era una admirable prueba de nuestra religion, no habiendo secta alguna en la que se pudiera encontrar un tan grande hombre. Diósele por sobrenombre San Antonio el Grande¹.

LAS OBRAS DE SAN ANTONIO

San Pablo habia vivido solo en el desierto; San Antonio lo pobló. Dios, que le habia elegido patriarca de la vida monástica, hizole pasar por todos los grados que podian darle la experiencia necesaria para su obra y conducirle al gobierno de las almas. Al principio vivió bajo la direccion de un santo anciano en calidad de discípulo, á fin de aprender à ser maestro. Permaneció mucho tiempo oculto para poder salir al público con seguridad. Fué probado por latencion, para ayudar á los otros á combatirla bien. Tal fué Antonio cuando salió de aquel viejo fuerte, en donde hemos dicho

¹ Dios no quiso que el cuerpo de su siervo quedase por más tiempo oculto. Fué descubierto por revelacion, bajo el reinado de Justiniano, en 561, y llevado á Alejandria, á la Iglesia de San Juan Bautista. De allí, fué trasladado á Constantinopla, cuando los Sarracenos se hicieron dueños del Egipto (635); y finalmente, hácia 980, la Francia recibió estas preciosas reliquias. Fueron depositadas, no en Viena en el Delfinado, como ha dicho el P. Miguel-Angel Marin, sino en un pequeño pueblo de la diócesis de Viena, llamado San-Antonio. Este pueblo está situado á 12 ó 15 kilómetros de San-Marcelino. En 980 poseía un convento de Antoninos. Las reliquias de San-Antonio fueron salvadas en 1793, y se hallan todavia en el lugar á donde fueron trasportadas en el siglo décimo. Los pueblos del contorno acuden en tropel á venerarlas.

que estuvo oculto durante veinte años, orando, combatiendo y mortificándose sin cesar, para enseñarnos con esta prudente conducta que el tremendo ministerio de la salvacion de las almas pide prepararse á él con la práctica de las virtudes y con el retiro.

Después de este retiro fué cuando su obrar tomó un caracter definitivo y se convirtió en fundador. Sus virtudes, sus prodigios y la fuerza de sus discursos le atraian oyentes y discípulos de todas partes. Entonces se formó á su vista y bajo su direccion aquel célebre cuerpo de solitarios, cuyo número aumentó tanto en seguida que, según dice Rufino, habia casi tantos habitantes en los desiertos como en las ciudades.

Al principio sucedió esto en los contornos de este castillo y en las soledades que se hallan entre Memfis, Arsinoé, Babilonia y Afrodites, más acá y más allá del Nilo¹. Los solitarios estaban allí, ó muchos reunidos, formando un cuer-

¹ La más importante de estas cuatro ciudades, Memfis, que llegó á tener hasta 700.000 habitantes, desapareció con los siglos. En tiempo de la expedicion de los Franceses á Egipto, tuvo que trabajarse mucho para descubrir el sitio donde estaba edificada. En nuestros días, M. Mariette, cuyas escavaciones hábiles y perseverantes han tenido tanto éxito, ha encontrado el *serapium*, templo colosal, precedido de una avenida de 600 *esfinges*, que termina en un semicírculo formado de estatuas griegas. Memfis estaba situada en el Medio-Egipto, al norte, sobre la orilla izquierda del Nilo.

Arsinoé. Habia entonces en Egipto dos ciudades llamadas Arsinoé. Aquí se trata de la que se encontraba en el Medio-Egipto, entre el Nilo y el lago Mæris, y que anteriormente se habia llamado Crocodilópolis. El famoso laberinto de Egipto estaba próximo á Arsinoé. Hoy dia, esta ciudad es llamada Al-Fejum.

Babilonia, de Egipto, pertenecía al Bajo-Egipto. Estaba situada sobre la orilla derecha del Nilo, no lejos de las Pirámides. No ofrece ya más que ruinas.

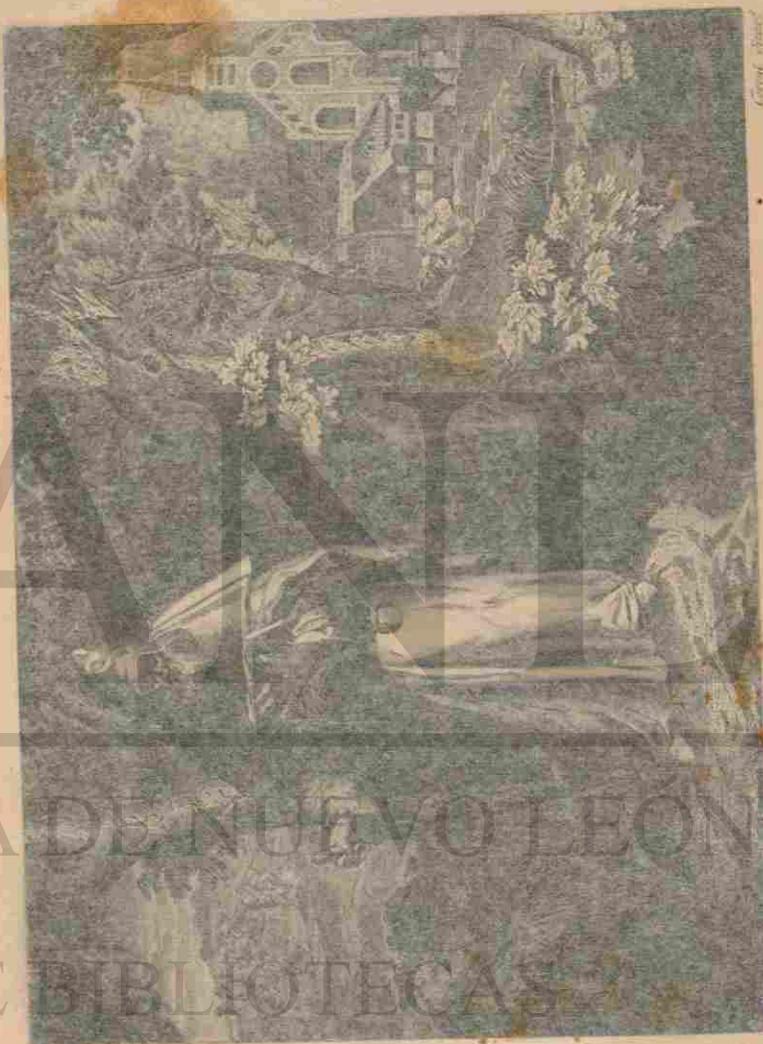
Afrodites ó Afroditópolis (ciudad de Venus). Habia en Egipto cuatro ciudades de este nombre. La que se hallaba más cerca de las soledades en donde se establecieron los primeros discípulos de San Antonio, estaba situada sobre la orilla derecha del Nilo.

po de comunidad, ó retirados en cuevas, á manera de anacoretas, todos bajo la conducta del gran Antonio, que no cesaba de animar su fervor con su vigilancia, sus exhortaciones y sus ejemplos; y los frutos de vida que producía eran tan maravillosos y abundantes, que San Atanasio no habla de ellos sino trasportado de admiración.

«Había, dice este santo doctor, en las montañas, monasterios que eran como otros tantos templos llenos de coros divinos, de personas cuya vida se pasaba en cantar salmos, leer, orar, ayunar y velar; que cifraban todas sus esperanzas en los bienes venideros; que vivían en una unión y caridad admirables y trabajaban con sus manos, mucho menos para su propia manutención que para la de los pobres. De modo que era aquello como una vasta región separada absolutamente del mundo, y cuyos dichosos habitantes no tenían otra solicitud que ejercitarse en la justicia y piedad.

«¿Quién podía considerar esa numerosa muchedumbre de solitarios, su unión tan estrecha, su concordia tan maravillosa, que apartaba de ellos todo espíritu de murmuración y maledicencia, todo prurito de dañar, y les hacía obrar á todos de concierto para adelantarse en la virtud? ¿quién podía, digo, considerarla y no exclamar al mismo tiempo: ¡ *Cuán hermosos son tus pabellones, oh Jacob!; cuán amables, oh Israel, tus tiendas de campaña! pues son como valles cubiertos con la sombra de espesos bosques; como jardines regados por ríos; como tabernáculos levantados por la mano del mismo Dios; como los cedros plantados á lo largo de la corriente de las aguas?* »

Tal es el elogio que San Atanasio hace de los primeros monasterios de San Antonio, y que él llama los monasterios de fuera. Después de su fundación, el Santo habiendo tomado la determinación de entrar más adentro del desierto para vivir allí más retirado del trato con los hombres, y habiénd-



dose retirado á la montaña más lejana, en la que acabó sus días, muchos de sus discípulos conocieron por último el lugar de su retiro é intentaron acercarse á él en cuanto quiso permitirselo, á fin de que les fuera más facil recibir sus instrucciones. Esto es lo que aparentemente dió lugar á la fundacion del monasterio de Pispir ó Pispiri, al que el Santo iba á visitar con bastante frecuencia.

Este monasterio distaba poco del Nilo ó quizás aun estaba en la misma orilla, á unas treinta millas de la montaña del Santo, la cual por la parte de Oriente no se hallaba más que á una jornada del mar Rojo. Macario y Amato, de los que muy pronto hablaremos, que eran discípulos suyos y que le dieron sepultura, moraban en este monasterio de Pispir, antes que se retirasen del todo á su lado para servirle en su extrema vejez. Allí se formó una comunidad no menos numerosa que en los desiertos de la otra parte del Nilo; puesto que se dice que despues de la muerte del Santo patriarca, Macario tuvo en aquel lugar bajo su direccion á cinco mil religiosos, cuyas celdas estaban colocadas entre el rio y las montañas del lado de oriente, hacia la del Santo.

Estando Pispir mas próximo á la montaña de San Antonio, iba á él con mas frecuencia, como llevamos dicho; mientras que no visitaba sino raras veces los otros monasterios más apartados, á causa de la dificultad que habia en atravesar los desiertos áridos y muy vastos que los separaban de ellos.

En el monasterio de Pispir daba San Antonio sus audiencias. Los que querian hablarle, iban allá para aguardar que bajase de su montaña, como lo hacia en ciertos dias fijos, ó cuando Dios se lo inspiraba; porque San Atanasio dice espresamente que Dios le daba á conocer frecuentemente quiénes eran los que iban á verle y el objeto que les llevaba á él.

Tenemos una prueba de todo esto en la historia de Eulogio de Alejandria, que Cromo, sacerdote de la iglesia de Nitria, contaba en su vejez. « Cuando yo era joven, decia él, habiendo ido á un monasterio que está próximo al rio, y que se llama Pispir, en el que moraban Amato y Macario, discipulos de San Antonio, aguardé cinco dias para ver al Santo, porque decian que venia alli á veces cada diez dias, á veces cada veinte, segun que Dios se lo revelaba para la utilidad de los que iban á verle. Estábamos, pues, muchos hermanos reunidos, cada uno por sus necesidades particulares, entre los cuales habia uno llamado Eulogio de Alejandria, que tenia en su compañía á un pobre leproso al que servia por caridad, etc. »

En este monasterio de Pispir fué en donde confundió á filósofos y sofistas, á quienes habia llevado alli la curiosidad ó el deseo de ponerle en aprieto con sus cuestiones; aqui fué en donde exhortaba á los jovenes y magistrados á hacer justicia á todo el mundo; aqui fué en donde escribió á los emperadores é hizo la mayor parte de los prodigios que hemos contado en su vida.

De todo lo que acabamos de decir, se deduce que hay que distinguir, para determinar la posicion de los monasterios de San Antonio, dos desiertos y dos montañas, y por consiguiente dos establecimientos de sus discipulos. El primer desierto que fija la situacion de los primeros monasterios, estaba al rededor de la montaña en la que se hallaba edificado el viejo castillo y, como dijimos antes, en los contornos de Memfis, de Arsinoé, de Babilonia y de Afrodites. Este primer desierto estaba á tres jornadas de distancia de la montaña retirada en la que el Santo murió, y cuyos contornos hasta el Nilo formaban el segundo desierto.

Los solitarios del primér desierto se aumentaron luego despues muchísimo. Rufino, hablando de San Serapion que mo-

raba alli, dice que era superior de diez mil monges, y que el número de los que vivian en las soledades de Menfis y de Babilonia no podia casi contarse. Hemos visto que, en el segundo desierto, despues de la muerte del Santo, tuvo bajo su conducta á cinco mil solitarios. Sin embargo, estos no eran más que una parte de los que habitaban aquel lugar; puesto que por el mismo tiempo, Pitirion, que habia sucedido á Amato en la montaña misma de San Antonio, gobernaba alli á muchos monges que vivian en cuevas cuyo número era considerable en aquella montaña, á causa de que en otro tiempo se habia sacado de allí una cantidad de piedras para formar las famosas pirámides de Egipto. (Boll. 17. — Janv. S. 2, pag. 109.)

A los solitarios del primer desierto hizo San Antonio el excelente discurso, traído extensamente por San Atanasio.

Peró estaba retirado en su segundo desierto, y aparentemente en el monasterio de Pispir, cuando dió á sus discipulos aquellos avisos que se hallan en el capitulo XXVIII de su vida, y que será bueno traer aqui, porque son muy edificantes. « Tened, les decia él, una fe firme en Jesucristo. Conservaos en una gran pureza de alma y cuerpo. No os dejéis llevar por los atractivos de la golosina; detestad la vana gloria, orad con frecuencia; cantad salmos á la mañana, al medio dia y á la tarde. Repasad con vuestro espíritu los preceptos de las Escrituras. Acordaos de las acciones de los Santos, á fin de que su ejemplo os anime á practicar las virtudes y á corregir los vicios. »

Tambien añadía que era preciso poner frecuentemente atencion en aquellas palabras de San Pablo: *Que no se ponga el sol sobre vuestra ira* (Ephes., c. 4); lo cual hacia él extensivo no solamente á toda suerte de querellas sino tambien á toda clase de pecados. Exhortábales además á acordarse de aquellas palabras del mismo Apostol: *Juzgaos y probaos á vosotros mismos* (II. Cor. 13), y consiguiente-

mente á examinar con seriedad cómo habian pasado el dia y la noche, á fin de que si se encontraban culpables de alguna falta, no volviesen á caer en ella ; y si no habian cometido ninguna, se aplicasen más bien á perseverar que á despremiar ó condenar á los demás con sentimientos de preferencia hacia si mismos.

Quería tambien que tuviesen mucho cuidado en formar juicios malos contra el prójimo, segun lo que dice San Pablo : *No juzgueis antes de tiempo, sino aguardad la venida de Jesucristo, que es el único que conoce las cosas ocultas.* (II. Corin. 4). « Porque, decia él, hay caminos que parecen buenos, como dice la Escritura, y cuyo término, sin embargo, es la pena eterna. Nos engañamos frecuentemente con el juicio que hacemos de nosotros mismos, no conociendo nuestras propias faltas ; pero los juicios de Dios son muy diferentes, puesto que él no juzga segun las apariencias y penetra los secretos de los corazones. Por esto debemos dejarlo todo á su juicio ; y en cuanto á nosotros debemos tener una gran compasion de las penas del prójimo y sobrellevar los defectos los unos á los otros, no juzgando jamás sino á nuestra propia conciencia. »

Finalmente, decia que un medio muy útil para adelantar en la virtud, era observar de cerca todas sus acciones y hasta sus más secretos pensamientos, como si de ello se tuviese que dar cuenta á sus hermanos ; porque la sola idea de dar á conocer sus faltas á los otros es capaz de impedir el que se cometan, sirviendo el temor y la confusion como de freno para detenernos.

Sus instrucciones estaban llenas de espíritu de Dios. Hé ahí algunos pasages de ellas :

Sobre la compuncion. — Un solitario preguntó al Santo qué debia hacer para alcanzar el perdon de sus pecados. Él le respondió que tenia que llorarlos y dolerse mucho de ellos, puesto que las lágrimas de la compuncion nos libran

de los vicios y nos hacen adquirir las virtudes. Pues vemos que los salmos están llenos de esos santos gemidos, y que el rey Ezequias fué curado de su enfermedad y obtuvo además la derrota de sus enemigos, por sus gemidos y lágrimas. Por este mismo medio obtuvo San Pedro el perdon de su triple negacion, y Maria, llorando á los piés de Jesucristo, mereció oír de su boca que habia escogido la mejor parte.

Sobre la paciencia. Algunos solitarios hicieron al Santo el elogio de otro solitario. Habiendo este ido á verle, y queriendo el Santo asegurarse de si era verdad lo que le habian dicho de su virtud, le probó con la humillacion. Pero viendo que no la habia podido sufrir, le dijo : « Os pareceis á una casa que tiene una hermosa fachada, y á la que han robado los ladrones, entrando por detrás. »

Habiendo tambien ido á verle otros solitarios, le rogaban que les diese algunos avisos para su salvacion. Díjoles él : « Ya sabeis lo que nos enseña Jesucristo en el Evangelio, y esto debe bastaros. » Pero como le instasen más á que les diese alguna instruccion, dijoles : « Seguid, pues, lo que os dice Nuestro Señor : *Si os pegan en la mejilla derecha, presentad la izquierda* (Math. c. 39). » Ellos contestaron que no tenian suficiente virtud para hacerlo. « Al menos, replicó él, si no teneis valor de presentar la otra mejilla, sufrid con paciencia si en ella os pegan. » Dijeron asimismo que no podian. « Si no podeis hacer esto, añadió él, no volvais mal por mal. » Aun respondieron que esto estaba sobre sus fuerzas. Entonces el Santo, volviéndose hacia su discípulo, le dijo : « Id, preparad alguna cosa para darles de comer, porque veo que están débiles ; » y dirigiéndoles de nuevo la palabra, les dijo : « Si no podeis hacer ninguna de todas estas cosas ¿ qué quereis que os diga más ? Porque yo veo que teneis más necesidad de oraciones para remediar vuestra debilidad, que de aviso alguno. »

Otro hermano le preguntó qué debía hacer para ser agradable á Dios, y él le respondió : « Observad tres cosas : la primera, tener á Dios presente en donde quiera que esteis ; la segunda, alimentar vuestro espíritu con la meditacion de los preceptos de la Escritura, mientras estuviereis trabajando ; la tercera, no cambiar facilmente de morada, sino permanecer con paciencia en la que una vez hubiereis escogido. »

Sobre las tentaciones. — Decia que el que vive en el desierto está exento de tres clases de tentaciones ; la del oido, la de la lengua y la de los ojos, y que solo tenia que combatir contra los afectos malos del corazon. Decia tambien que Dios no permitia que muchos de su tiempo se viesen expuestos á fuertes pruebas, porque eran demasiado flacos. Añadía asimismo : « Nadie puede gloriarse de entrar en el reino de los cielos sin haber pasado por la tentacion. »

Sobre la discrecion. — Decia que muchos, habiéndose consumido con los ayunos y abstinencias extraordinarias, se habian alejado de Dios, no habiendo seguido las reglas de la discrecion. Habiéndole visto un cazador hablar con mucha alegría con unos religiosos, pareció admirarse. Comprendiólo el Santo y le dijo : « Tomad una flecha y tended el arco. Hizolo el cazador. Entonces añadió : Tiradlo más ; y tambien lo hizo. Díjole por tercera vez que lo hiciese aun más, é hizolo asimismo, pero advirtió que si todavía lo queria más tirante, al fin el arco se rompería. Con lo cual el Santo le respondió : Pues lo mismo sucede con el espíritu en el servicio de Dios ; si se le aplica más allá de la justa discrecion, no podrá sostenerse ; por lo que conviene algunas veces saberse moderar en una demasiado grande rigidez ».

Sobre la mortificacion. — Un dia dijo á uno de sus discipulos : « No os entregueis sino con pena á las necesidades del cuerpo ; reprimid la concupiscencia ; detestad la vanidad ;

portaos como si no estuviereis en este mundo y hallareis la paz. »

Sobre la pureza de intencion. — Decia á su discípulo : Cuando guardais silencio, no creais por esto hacer un acto de virtud, sino reconoced más bien que no sois digno de hablar.

Decia asimismo muy frecuentemente que asi como la bestia que da vueltas á la muela de molino, comeria el grano que en él se mete si no le vendasen los ojos, del mismo modo Dios nos oculta algunas veces, por un efecto de su misericordia, el bien que hacemos, por miedo de qué viéndolo, no nos creamos mejores de lo que somos, y que nuestro amor propio no se trague nuestras buenas obras y nos haga perder la recompensa.

Sobre la obediencia. — Decia : « La obediencia y la abstinencia son tan poderosas, que son capaces de hacer que, se presenten dóciles á los solitarios las bestias más feroces. Yo he conocido, añadía, á algunos solitarios que han sufrido grandes caidas despues de haber trabajado durante largo tiempo, y esta desgracia les sobrevino, ó por haber confiado demasiado en sus buenas obras, ó por no haber seguido aquella importante leccion de la Escritura : *Preguntad á vuestro padre, y él os dirá lo que debeis hacer* ».

Tambien era una de sus máximas (Deut. 32), que el religioso que aspira á la perfeccion, no debe proponerse el ejemplo de uno solo por modelo, como si en él pudiese encontrar todas las virtudes en un grado perfecto ; porque el uno sobresale en la ciencia espiritual, el otro en la discrecion, este en la humildad, aquel en la continencia ó en la sencillez ó en alguna otra virtud particular. Y asi como una industriosa abeja forma su miel de lo que toma de cada flor, asi un religioso debe recoger de cada solitario que ve, la manera de practicar la virtud en la que sobresale y

formar con ellas en su alma, por decirlo así, la miel de la perfección.

Sobre la caridad. — Decía: « Nuestra vida y nuestra muerte espiritual dependen en algún modo de nuestro prójimo. Si le ganamos para Dios, ganamos á Dios mismo; si, por el contrario, le escandalizamos, pecamos contra Jesucristo ».

Un hermano le dijo: Padre mío, rogad á Dios por mí; y él le respondió: « Yo no puedo interesarme por tí, ni Dios mismo lo hará, si, de tu parte, no te interesas en tu propio bien y no lo pides al Señor ».

Finalmente decía: Conservaos siempre en el temor del Señor; acordaos que él es quien mortifica y vivifica; aborreced al mundo y todo lo que es del mundo; renunciad á esta vida para no vivir sino en Dios; no olvidéis jamás lo que le habeis prometido porque os pedirá cuenta de ello; sufrid voluntariamente el hambre, la sed, la desnudez; velad, orad, llorad, suspirad, gemid en vuestro corazón; examinad sin cesar para conocer si sois dignos de Dios; despreciad la carne á fin de salvar vuestra alma. »

A más de estos diferentes apotegmas citados por Rufino, Pelagio, Casiano y otros, tenemos en la *Colección de Reglas*, hecha por San Benito de Aniano, que vivía en 820, una regla que lleva el nombre de San Antonio y que está dirigida á los religiosos del monasterio de Nacalon. Contiene esta preceptos de moral y algunas observancias monásticas.

El Santo recomienda en ella á los religiosos: 1º que no se relajen jamás en la oración y que la hagan exactamente en las horas prescritas; 2º que se ejerciten en la santa compunción y dolor de sus culpas; 3º que se conserven retirados en sus celdas y se ocupen en ellas ó en trabajos manuales ó en orar y en meditar los salmos; 4º que hagan de noche su oración antes de ir á la Iglesia; 5º que eviten

las Iglesias en que hubiere mucho concurso de gente, que no frecuenten los seglares, ni vayan solos á la ciudad cuando se vean obligados á ir á ella; 6º que no coman antes de la hora de nona, exceptuando el sábado y domingo; que ayunen rigurosamente los miércoles y viernes sin jamás dispensarse de ello, á menos de enfermedad considerable y que jamás coman carne; 7º que sean sóbrios en la comida, orando antes y después de ella; que no asistan á festines; que duerman poco; que no se quiten la túnica ni la capilla de día ni de noche; 8º que se apliquen continuamente á la mortificación y á adquirir la humildad; y para esto que no se den pena de pedir perdón cuando se ha faltado; 9º que no sostengan con altanería su opinión ni se crean más hábiles que los demás; que no disputen, que no reprochen á nadie, y mucho menos á los que están en pena y aflicción; que visiten á los enfermos del monasterio y les socorran con caridad; que reciban á los hermanos con un rostro alegre y grande afición de corazón; 10º que vistan con sencillez, contentándose con lo necesario, que no amen la ostentación, que sean modestos y recogidos sobre todo en la mesa y en los viajes y, cuando vayan muchos juntos, se mantengan algún tanto separados unos de otros, para mejor guardar el silencio, meditando entonces los salmos ó haciendo alguna oración, y no dejando divagar su vista de una parte á otra. Finalmente que amen el trabajo, que no murmuren al hacerlo, que aprendan de los antiguos la conducta que debe observarse y que no emprendan nada sin el parecer del superior del monasterio.

Seríamos demasiado largos si quisiéramos añadir aquí los extractos de sus cartas. Bastará observar, según relación de San Jerónimo, que había escrito siete en lengua egipcia á diversos monasterios, las cuales este santo doctor asegura que eran de un sentido y de un estilo apostólicos, y

que la principal de ellas estaba dirigida à los solitarios de Arsinoé. Estas cartas fueron traducidas al griego, y son aparentemente las mismas que se encuentran traducidas al latin en el tomo 4º de la *Biblioteca de los Padres*.

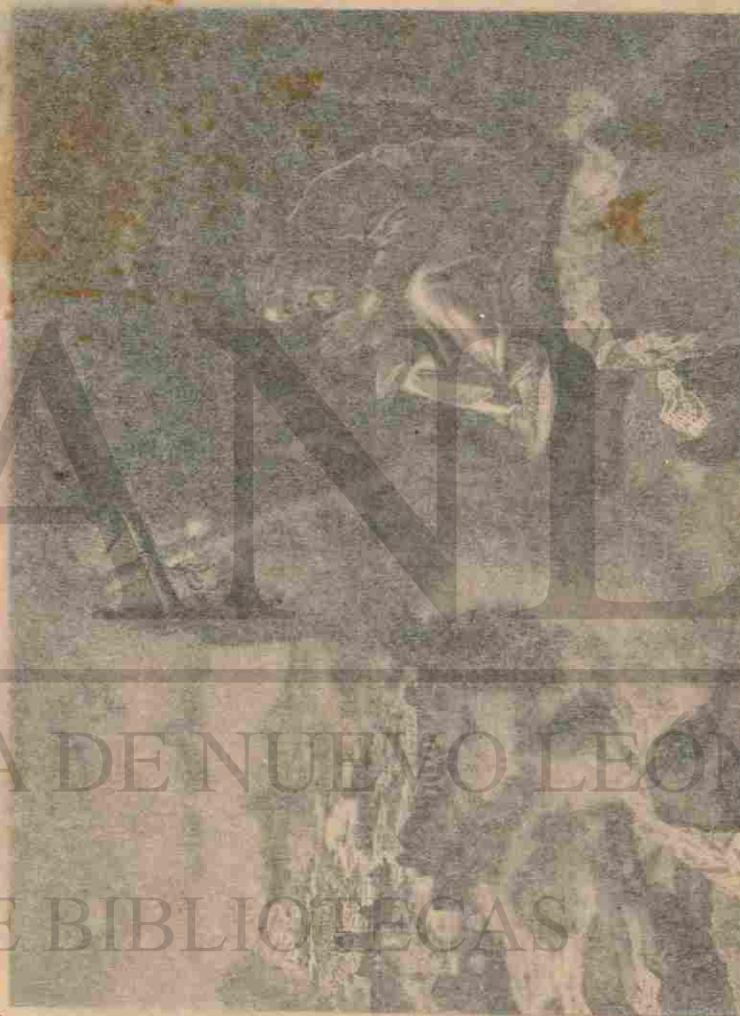
Como ya dijimos al principio de este capítulo, los discípulos de San Antonio llenaron los desiertos¹. Los unos, dice Sozomeno, florecieron en el Egipto y la Libia; los otros en la Palestina, Siria y Arabia. »

Se les puede dividir en tres clases: los que moraban cerca de él en la Tebaida y que vivian ordinariamente bajo su direccion, de los cuales los más conocidos fueron Sármato, Amato, Macario, Isaac, Pelusiano, Pitirion, José, Pafnucio, pero sobre todo San Pablo por sobrenombre el Simple; los que estaban esparramados por el resto de Egipto y principalmente en los desiertos de Nitria y de Sceté (Ruf. Hist. Ecc. les., 1, 2), tales como los dos célebres Macarios el Egipcio y el Alejandrino, Isidoro, Heraclides, Pambo, Pior, Nisteron, etc.; y finalmente los que se habian retirado fuera de Egipto, entre los cuales se cuenta principalmente al gran San Hilarion. Además, no habia en su tiempo personaje alguno eminente en santidad en los desiertos, con el cual no estuviere él unido con los lazos de una estrecha caridad y principalmente con los de Tabennes. En otra parte hablaremos de aquellos discípulos suyos que moraban fuera de la Tebaida. En cuanto à los otros, si se exceptua à San Pablo el Simple, la historia no nos ha conservado casi más que sus nombres.

Lo que sabemos de Sármato es que moraba en el monasterio de Pispir y que, despues de la muerte del Santo, los Sarracenos, habiendo hecho una irrupcion à este monasterio, le hicieron morir.

Se atribuye à él esta bella sentencia: « Aprecio mucho

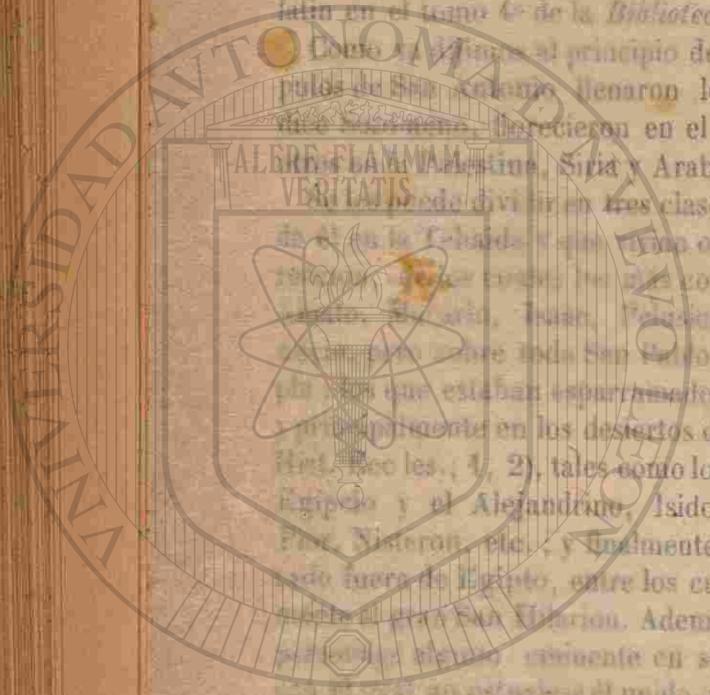
¹ « El patriarca, en su larga carrera, vió quizás hasta cien mil de ellos. » Cesar Cantú.



que la principal de ellas estaba dirigida á los monjes de Arsinoé. Estas cartas fueron traducidas al griego, y aparentemente las mismas que se encuentran traducidas al latín en el tomo 4.º de la Biblioteca de los Padres.

Como ya dijimos al principio de este capítulo, los discípulos de San Antonio llenaron los desiertos de Egipto y la Libia, y se multiplicaron en el Egipto y la Libia, Siria y Arabia.

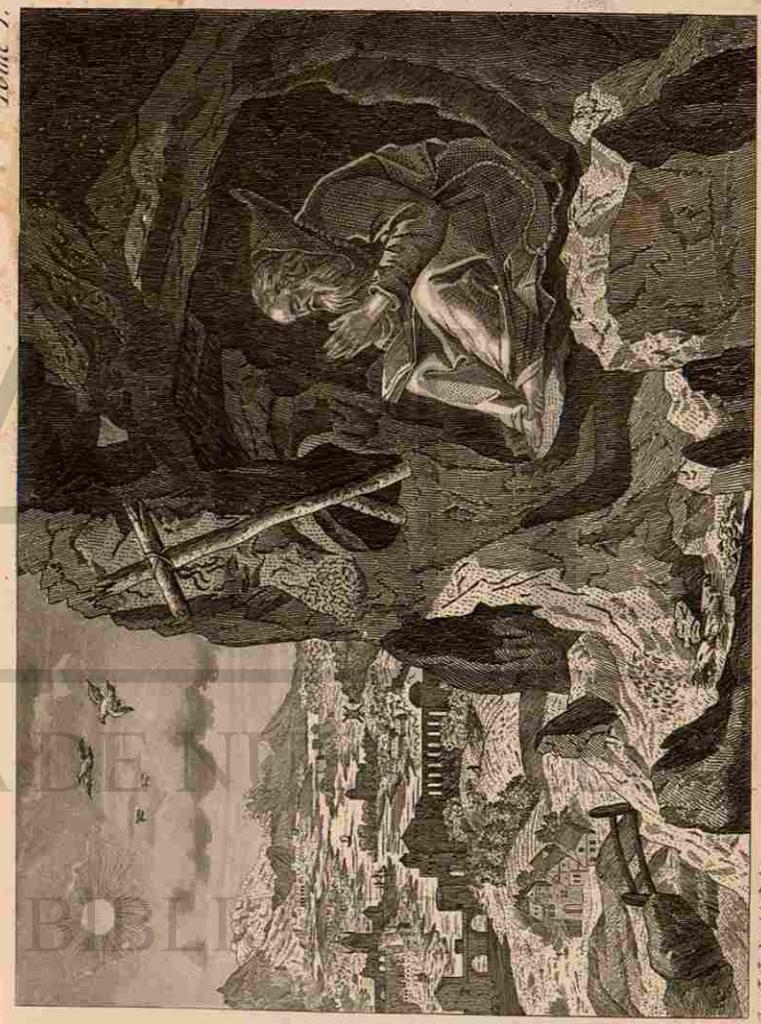
Se divide en tres clases: los que moraban en las celdas, como ya ordinariamente ha sucedido; los que se reunieron en las montañas, tales como San Patermo, Pitirion, Josaphat, y todos San Patermo por sobrenombre; y los que estaban esparcidos por el resto de Egipto, principalmente en los desiertos de Nitria y de Scete. Entre los primeros, tales como los dos célebres Macario de Egipto y el Alexandrino, Isidoro, Heraclides, etc.; y finalmente los que se habitaron en el desierto de Egipto, entre los cuales se cuenta principalmente San Macario. Además, no había en el desierto de Egipto, viviendo en soledad en los montes, sino el monte con los lazos de una gran montaña, y principalmente con las de Tabennes. Entre los discípulos suyos que vivían en las montañas, tales como San Patermo, Pitirion, Josaphat, y todos San Patermo por sobrenombre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NICARAGUA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ellos. • Carta de San Antonio a sus discípulos.

Tome 1.

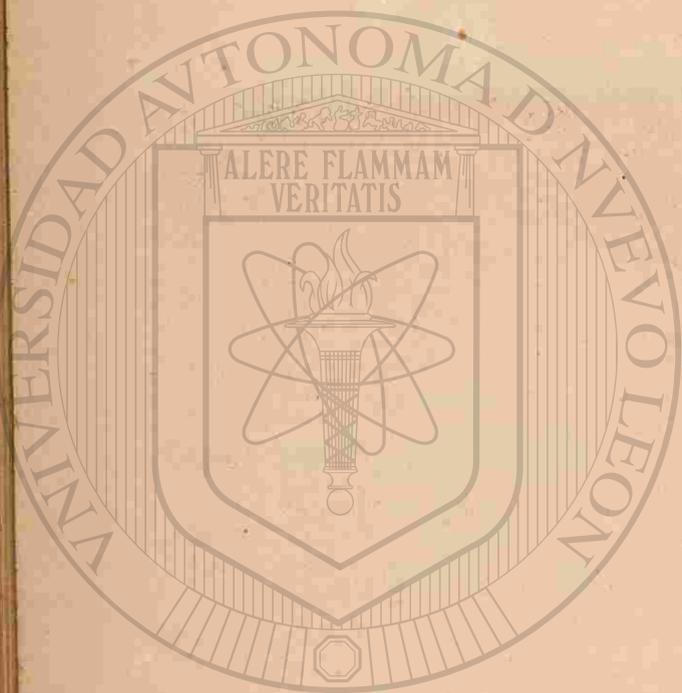


Cerami. Vraye.

Saint Jean d'Egypte.
San Juan de Egipto.



Exp. de la Comisión de San. de Paris.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más á un pecador que se reconoce por tal y que abraza la penitencia, que á un hombre que, no habiendo cometido grandes faltas, se creyese sin embargo justo. » Su nombre se halla en el Martirologio (Carm. 16), como el de un santo martir, en 11 de octubre, y San Sidonio le cuenta entre los solitarios que se hicieron ilustres por la austeridad de su vida.

Macario, que es diferente de los otros dos santos del mismo nombre, el Egipcio y el Alejandrino, moró en la Tebaida hasta el fin de sus días. Era ecónomo del monasterio de Pispir, y tenia el cargo de recibir en él á los extranjeros. A él era, á quien San Antonio, al llegar al monasterio, preguntaba si los que habian venido para hablarle eran Egipcios ó Hierosolimitanos. Pronto abandonó esta casa para retirarse del todo á la montaña del Santo, á fin de servirle en su extrema vejez. Tuvo á Amato por compañero en este ejercicio de caridad y recogió con él las últimas palabras y el testamento espiritual de tan excelente maestro, a cuyo cuerpo dió sepultura. De él, ó de Sármatos (Hier. v. 8 Pauli, poem), aprendió San Atanasio una parte de las acciones del Santo, y San Jerónimo aprendió la historia de San Pablo ermitaño; porque él le cita por testigo de la verdad de esta historia. Así que no hay lugar á dudar que estos fueron los que iban delante de San Antonio cuando volvía de la visita de San Pablo y que le preguntaron con empeño en dónde habia permanecido tanto tiempo. Este hace ver que Macario vivía todavía en tiempo de San Jerónimo. No terminó sus días en la montaña donde el Santo murió; sino que despues que Sármatos hubo sido muerto en el monasterio de Pispir y los Sarracenos se hubieron retirado, fué á él para encargarse de la direccion de los solitarios, si hay que dar crédito á las Actas de San Póstumo que le sucedió en este gobierno.

Amato, á quien Rufino llama Ammon, y Paladio, Am-

monas, no debe ser confundido con algunos otros del mismo nombre, de los que hablaremos despues del artículo de San Ammon, padre de los solitarios de Nitria. Él era, como acabamos de decir, compañero y condiscipulo de Macario, bajo la conducta de San Antonio. Rufino dice que era un hombre de una virtud muy grande y que habia sucedido dignamente á su padre espiritual en su montaña, en la que gobernaba á un gran número de solitarios que moraban en grutas. Dice que esta montaña era tan escarpada y que su roca era tan recta y elevada que no la podia mirar sin horror: y añade que ella dominaba el rio. Paladio habla de la misma en iguales términos; y parece que esto debería entenderse de la montaña de Pispir, puesto que la de San Antonio estaba apartada del Nilo unas doce leguas. Pero mejor es creer con Bolando que es la misma montaña de San Antonio. Y si se dice que aquella dominaba el Nilo, es porque podia facilmente descubrirse desde el Nilo á causa de su elevacion.

Asi que se habian formado dos cuerpos de comunidades de solitarios: el uno en Pispir y en sus contornos, hasta las cercanias de la montaña de San Antonio, y estos solitarios estaban gobernados por Macario, al cual se dice que sucedió Póstumo; el otro estaba en la misma montaña de San Antonio, y quizás se extendia hasta la llanura del lado del mar Rojo, bajo la conducta de Amato. Pero estas dos comunidades no tenian más que un mismo espíritu, porque sus superiores habian sido formados por el mismo maestro.

Pitirion sucedió á Amato. Jué discípulo suyo despues de haberlo sido de San Antonio. Rufino habla de él en estos términos: Estaba lleno de tantas virtudes, curaba á tantos enfermos y tenia un imperio tan grande sobre los demonios, que parecia haber heredado él solo el mérito de estos dos hombres tan admirables. Sus instrucciones estaban

llenas de maravillosa doctrina. » No comia sino dos veces á la semana y solamente un poco de cocido hecho con harina. Este era el único alimento que su edad avanzada y la costumbre que del mismo se habia hecho, le permitian usar. La experiencia que tenia de las cosas espirituales, y sobre todo, de los combates contra las sugerencias de los demonios, le habia dado un gran discernimiento de los espíritus malignos y de sus diferentes malicias. Decia que ellos nos incitaban á cometer diversos pecados, segun que veian á nuestra alma propensa á diversos viciosos afectos; y que si se queria tener autoridad sobre ellos, ya sea para echarles de los cuerpos de los posesos, ya para vencerles cuando nos tientan, habia que empezar por domar en si mismo las pasiones y los vicios, y que facilmente se venceria á los demonios del vicio particular, de que se hubiese triunfado en si mismo ¹.

El abad José moró en la montaña de San Antonio, aun en vida del Santo. Mereció ser alabado á causa de su humildad; porque habiendo ido muchos antigüos al santo patriarca para conferenciar de cosas espirituales, y preguntándoles este Santo sobre algunos pasages de la Escritura, como cada uno dijera su sentido segun pensaba, cuando José fué preguntado sobre el sentido de uno de los suyos, respondió ingénuamente que no lo sabia, por lo cual dijo San Antonio: Solo el abad José ha encontrado la verdad confesando su ignorancia; queriendo con esto revelar su humildad y hacerla servir de ejemplo á los demás.

Rufino dice que tuvo la dicha de verle en Pispir y de recibir su bendicion con la del abad Pemen. Le cuenta entre los más célebres solitarios de su siglo que hacian prodigios dignos de los apóstoles por la sencillez de su vida y la pureza de su corazón.

¹ Rufino, que vivió desde el año 350 al año 410, fué él mismo fundador de un monasterio en Palestina.

La historia de los Padres de los desiertos habla de un abad José de Panefo á quien la semejanza del nombre podria hacer confundir con este. Bulteau cree que es diferente ; pero ya sea el mismo ó no, parece que este José de Panefo era un ilustre solitario y muy experimentado en el arte de dirigir las almas. Quería que sus discipulos obedeciesen ciegamente y prescribíales algunas veces cosas poco razonables para acostumbrarles á someter su voluntad contra las luces de su razon.

Ordenó, durante algunos dias consecutivos, á uno de sus discipulos, que subiese todas las mañanas á un gran sicomoro que habia en el jardin de su monasterio y que comiese su fruta. El viernes siguiente, en el que todos los solitarios ayunaban, este religioso no se atrevió á cumplir la órden de su padre espiritual, ya sea que creyese que él no habia atinado á que era un dia de ayuno, ya sea que no osara quebrantar la costumbre de los solitarios. Algun tiempo despues, preguntó al abad José porqué le habia dado un precepto tan extraordinario ; á lo cual respondió él : « Los antiguos no mandan siempre á los jóvenes cosas que parezcan á propósito, sino cosas que parecen poco razonables ; y cuando ellos se someten á las mismas ciegamente, les dan ordenes más discretas, viendo que han adquirido una verdadera sumision de espíritu. »

Dos solitarios fueron á él para suplicarle que les dijese si era mejor recibir con demostracion de alegría á los hermanos que venian á verles ó no demostrarles tal alegría. Todavía no habian desplegado los labios para proponerles dicha dificultad, cuando les previno y les esclareció con este apólogo. Les hizo sentar, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, despues de lo cual entróse en su celda, cubrióse de andrajos y, así vestido, se puso en medio de ellos sin decir palabra. Despues se quitó los andrajos y tomó un vestido bueno, del que se servia en los dias de fiesta, y volvió

otra vez á ponerse en medio de ellos. Por último, tomó de nuevo el hábito de cada dia y sentóse asimismo como antes.

Estos buenos solitarios le miraban llenos de admiracion, no comprendiendo nada de lo que acababa de hacer. Entonces les dijo : « ¿ Habeis advertido lo que he hecho ? Si, respondieron. Pero, añadió José, ¿ habeis notado que mi cambio de vestido haya cambiado algo en mi ? ¿ Hé experimentado alguna perdida al ponerme unos andrajos ? ¿ He sido mejor tomando un hábito más nuevo ? No, sin duda. Por aqui, pues, debeis entender que las criaturas no deben cambiar nada en nuestro interior. Recibid con inocente alegría y con cristiana caridad á los hermanos que vengan á veros ; y si no vienen, conservaos en el recogimiento y en el espíritu de compuncion. » Estos solitarios, más admirados todavía de que hubiese prevenido su pregunta, dieron por ello gracias al Señor y volviéronse á sus celdas muy satisfechos de su respuesta.

Tambien se atribuye á él esta hermosa sentencia : Hay tres estados muy agradables á Dios : el primero es de un enfermo, combatido, por otra parte, de tentaciones, y que, sin embargo, no por esto deja de bendecir al Señor ; el segundo es cuando uno se porta en todas sus acciones con tanta pureza de intencion, que no se mezcla en ella nada de humano ; el tercero es el de un religioso que vive bajo la conducta de un padre espiritual y renuncia del todo á su propia voluntad.

Un solitario fué á consultarle sobre lo que debía hacer, porque, decia él, que no podia sufrir nada, que no podia trabajar y que no tenía con que hacer limosna. Él le respondió : « Si no podeis hacer nada de esto, velad al menos sobre vos mismo para no hacer jamás cosa que hiera la caridad que se debe al prójimo, y espero que Dios tendrá de vos misericordia. »

Así que, según ha podido verse por algunos de los hechos que hemos contado, los solitarios salían de tiempo en tiempo de su retiro para enseñar y predicar con el ejemplo. Libres de los cuidados mundanos, dice un historiador contemporáneo¹, y de los de la familia, para no ocuparse sino de su alma, buscaban la perfección, consumiendo el cuerpo para aumentar las luces del espíritu. Los desiertos de la Tebaida estaban poblados de estos mártires voluntarios que se ejercitaban en obras de piedad y penitencia, estudiando la moral, pero sin mover discusiones ni despreciando á nadie. Se reunían para alimentarse de raíces y tejer esteras, ó para oír alguna lectura de los Libros sagrados, hecha por el decano, la cual servía de alimento á sus solitarias meditaciones. Sin pedir limosna, no la rehusaban. Algunos tenían un pequeño campo, con la idea de que el trabajo podía impedirles el ser cargosos á otro. Cada comunidad tenía su abad, y muchas comunidades dependían de un archimandrita.

Si los solitarios salían alguna vez de su retiro, la gente iba frecuentemente á buscarles. Los discípulos de San Antonio tuvieron que consentir, así como también el mismo patriarca, en recibir á no pocos visitantes. San Juan Crisóstomo decía á propósito de estas visitas: « Si un grande de la tierra va á verles, entonces es cuando se deja sentir más vivamente la nada de lo que el mundo ofrece de más magnífico. Allí veríais vosotros á un simple anacoreta, acostumbrado á cavar la tierra, ignorante de todas las cosas del siglo, sentado en un otero, al lado de un general hinchado con su poder y orgulloso por el mando de un numeroso ejército. Salen de la boca del solitario no viles adulaciones sino saludables consejos, sublimes discursos que serán de provecho al que los escucha, al menos, por todo el tiempo que durará esta santa aproximación. De allí

¹ Cesar Cantú, *Historia universal*, t. V.

saldrá con el alma levantada por los grandes pensamientos que habrá oído; pero ¡ ay! no tardará en volver á sujetarse al yugo de sus ideas mundanas. Para esos piadosos solitarios, el nombre de los grandes y el de los príncipes de la tierra, no son sino palabras vacías de sentido; se rien de su fausto y magnificencia, como nos reímos nosotros de aquellos niños que en sus juegos se titulan reyes.

DISCÍPULOS DE SAN ANTONIO¹.

Entre los discípulos ó imitadores de San Antonio, de los que se ha hablado en la Vida del Santo ó en otros historiadores de aquel tiempo, hay algunos, cuya vida no pertenece verdaderamente á los Padres de los desiertos, porque ellos no hicieron más que pasar por la soledad. A este número pertenece San Pafnucio, obispo, que fué grande como tal, pero de quien nada se sabe como solitario. Sin embargo daremos aquí algunos detalles de él, á fin de mostrar qué hombres se formaban en el desierto, hasta para las luchas públicas.

Pafnucio era egipcio. El deseo de consagrarse á Dios sin reserva le llevó al monasterio de Pispír, del cual fué sacado para ser obispo en el Bajo-Egipto. Apareció en su sede episcopal como una lámpara sacada de debajo del celemin para alumbrar á los pueblos.

La persecución de Galerio, Maximiano y de Máximo Daña (305-311) hizo resplandecer el valor de Pafnucio. Él fué del número de aquellos santos confesores á quienes se con-

¹ Rufino, Paladio, *Vita patrum*, Soerates, Sozomeno, Teodoreto.

Así que, según ha podido verse por algunos de los hechos que hemos contado, los solitarios salían de tiempo en tiempo de su retiro para enseñar y predicar con el ejemplo. Libres de los cuidados mundanos, dice un historiador contemporáneo¹, y de los de la familia, para no ocuparse sino de su alma, buscaban la perfección, consumiendo el cuerpo para aumentar las luces del espíritu. Los desiertos de la Tebaida estaban poblados de estos mártires voluntarios que se ejercitaban en obras de piedad y penitencia, estudiando la moral, pero sin mover discusiones ni despreciando á nadie. Se reunían para alimentarse de raíces y tejer esteras, ó para oír alguna lectura de los Libros sagrados, hecha por el decano, la cual servía de alimento á sus solitarias meditaciones. Sin pedir limosna, no la rehusaban. Algunos tenían un pequeño campo, con la idea de que el trabajo podía impedirles el ser cargosos á otro. Cada comunidad tenía su abad, y muchas comunidades dependían de un archimandrita.

Si los solitarios salían alguna vez de su retiro, la gente iba frecuentemente á buscarles. Los discípulos de San Antonio tuvieron que consentir, así como también el mismo patriarca, en recibir á no pocos visitantes. San Juan Crisóstomo decía á propósito de estas visitas: « Si un grande de la tierra va á verles, entonces es cuando se deja sentir más vivamente la nada de lo que el mundo ofrece de más magnífico. Allí veríais vosotros á un simple anacoreta, acostumbrado á cavar la tierra, ignorante de todas las cosas del siglo, sentado en un otero, al lado de un general hinchado con su poder y orgulloso por el mando de un numeroso ejército. Salen de la boca del solitario no viles adulaciones sino saludables consejos, sublimes discursos que serán de provecho al que los escucha, al menos, por todo el tiempo que durará esta santa aproximación. De allí

¹ Cesar Cantú, *Historia universal*, t. V.

saldrá con el alma levantada por los grandes pensamientos que habrá oído; pero ¡ ay! no tardará en volver á sujetarse al yugo de sus ideas mundanas. Para esos piadosos solitarios, el nombre de los grandes y el de los príncipes de la tierra, no son sino palabras vacías de sentido; se rien de su fausto y magnificencia, como nos reímos nosotros de aquellos niños que en sus juegos se titulan reyes.

DISCÍPULOS DE SAN ANTONIO¹.

Entre los discípulos ó imitadores de San Antonio, de los que se ha hablado en la Vida del Santo ó en otros historiadores de aquel tiempo, hay algunos, cuya vida no pertenece verdaderamente á los Padres de los desiertos, porque ellos no hicieron más que pasar por la soledad. A este número pertenece San Pafnucio, obispo, que fué grande como tal, pero de quien nada se sabe como solitario. Sin embargo daremos aquí algunos detalles de él, á fin de mostrar qué hombres se formaban en el desierto, hasta para las luchas públicas.

Pafnucio era egipcio. El deseo de consagrarse á Dios sin reserva le llevó al monasterio de Pispír, del cual fué sacado para ser obispo en el Bajo-Egipto. Apareció en su sede episcopal como una lámpara sacada de debajo del celemin para alumbrar á los pueblos.

La persecución de Galerio, Maximiano y de Máximo Daña (305-311) hizo resplandecer el valor de Pafnucio. Él fué del número de aquellos santos confesores á quienes se con-

¹. Rufino, Paladio, *Vita patrum*, Soerates, Sozomeno, Teodoreto.

denó á las minas, despues de haberles vaciado y arrancado el ojo derecho y cortado el jarrete izquierdo. Muchos de ellos perecieron entonces cargados de trabajos y miserias, abriéndose de este modo, por medio de la tribulacion, el camino de la felicidad eterna. Pero Dios reservó á Pafnucio para nuevos combates y lo conservó á su Iglesia para la defensa de la fe contra los hereges como le habia generosamente sostenido contra los esfuerzos de los paganos.

El concilio general de Nicea, y luego el conciliábulo de Tiro, reunido por los artificios de los arrianos contra San Atanasio, fueron los grandes teatros en que se señaló en la defensa de la divinidad de Jesucristo. Asistió al primero con muchos santos obispos que, como él, llevaban sobre sí las señales de su constancia en las persecuciones de Diocleciano, Maximiano, Maximino y Licinio; señales insignes y tan gloriosas á los ojos de la verdad y de la Iglesia que ella guia, como habian parecido vergonzosas y humillantes á los ojos de los paganos. Además, ellas estaban realzadas en Pafnucio por el don de los milagros que Dios le habia comunicado; porque él arrojaba á los demonios con su palabra, y su oracion obtenia facilmente del cielo la salud de los enfermos y lisiados.

El emperador Constantino el Grande, que se hallaba presente en el concilio de Nicea, le consideraba como uno de los más grandes prelados que componian esta célebre asamblea y le trataba con una distincion particular, hasta llegar á llamarle frecuentemente á su palacio, en donde le besaba, con respetuoso afecto, el sitio del ojo derecho que habia perdido por la confesion del nombre de Jesucristo.

Despues de la celebracion del concilio, en el que tomó parte en todo lo que se arregló, tanto con relacion á la fe como á la disciplina, quedó constantemente unido á los prelados católicos. Su estrecha union con San Atanasio, que habia sucedido á San Alejandro en la silla de Alejandria,

y cuya causa era la de la fe, le incitó á seguirle al concilio de Tiro, á donde el emperador, prevenido por los arrianos, le obligó á comparecer para disculparse de las falsas acusaciones intentadas contra él.

San Atanasio fué allá acompañado de cuarenta y nueve obispos católicos de Egipto y de Tebaida, de los cuales Pafnucio era uno de los más considerables (Ruf. hist., l. 2. c. 4). Habiendo entrado en la sala, encontraron la asamblea compuesta casi toda de arrianos, que más bien se tenian por jueces que por colegas de San Atanasio. Pafnucio distinguió entre ellos á San Máximo de Jerusalem, á quien habian engañado, prelado católico y que habia confesado gloriosamente la fe durante la persecucion, y habia sido mutilado como él. Apenas le vió, atravesando por entre la muchedumbre, se fué derecho á él y, llamándole aparte, le dijo: « Teniendo el honor de llevar las mismas señales que vos, por lo que hemos padecido por Jesucristo, y habiendo perdido con vos uno de estos ojos corporales para gozar más abundantemente de la luz divina, no puedo sufrir el veros sentado en una asamblea de malos y trapaceros y formar fila con los obreros de la iniquidad. » En seguida le descubrió toda la conspiracion de los arrianos contra San Atanasio, impidió que suscribiera su condenacion y le unió para siempre á su comunión.

La historia no nos dice nada más de San Pafnucio; pero lo poco que de él nos ha conservado hace honor á la educacion que habia recibido en el monasterio de San Antonio y demuestra que en su tiempo fué uno de los más grandes obispos de la Iglesia, la cual hace mencion de él en el Martirologio, á 11 de setiembre. Ignórase en qué año murió.

San Apolonio, como San Póstumo, fué formado en el desierto, pero no se quedó allí, y es en otra parte donde hay que buscar su vida. Era señalado entre los solitarios más

piadosos y buscábanse sus enseñanzas, porque Dios le había dado un maravilloso don de palabra. Fué elevado al diaconado. Abierta la persecucion, abandonó el desierto para visitar á los santos confesores detenidos en las cárceles por la fe de Jesucristo, animándoles á sostener valerosamente el honor del Evangelio ; lo cual produjo tan buenos efectos que sus palabras fueron como una fecunda semilla que procuró muchos mártires á Jesucristo.

Pronto participó con ellos del honor de sufrir por un tan buen señor. Los ministros del emperador hicieron un crimen de su zelo, se apoderaron de él y le metieron en la cárcel. Los paganos del lugar en el que estaba detenido, fueron á él en gran número para verle é insultarle, y uno de ellos, llamado Filemon, cuya habilidad en tocar la flauta formaba la alegría del pueblo, queriendo ser más que los otros, se puso á provocar al Santo más que ninguno, le llenó de reproches é injurias, llamóle impio, seductor, trapacero, digno del odio de todo el mundo y que merecia pronto la muerte.

Apolonio, que en la soledad había echado los sólidos fundamentos de una virtud á toda prueba, no se desmintió en esta ocasion. Sufrió en silencio todo lo que el falso zelo y la ira hizo decir á este furioso ; y cuando le vió al fin de sus apóstrofes, no le respondió más que estas pocas palabras: « Quiera Dios, hijo mio, tener piedad de ti y no imputarte todo lo que acabas de decir. « Estas palabras, pronunciadas con la dulzura propia de los santos, hicieron impresion en Filemon, y llevando Dios la virtud á su corazon por medio de la gracia, cambióle de repente en otro hombre, pues se declaró cristiano ; y no contento con esta primera confesion, corrió al tribunal del juez y confesó la fe de Jesucristo en presencia de todo el pueblo.

El juez tomó esto como un juego y una broma, porque Filemon tenia fama de ser amigo de chanzas ; pero viendo

finalmente que hablaba de serio, le preguntó si había perdido el entendimiento y cómo se había vuelto loco en tan poco tiempo ; á lo cual Filemon respondió con un tono firme : « Más bien sois vos quien es muy insensato é injusto, puesto que condenais á muerte con tanta injusticia á los cristianos, que son hombres verdaderamente inocentes. Os declaro, pues, que soy cristiano y que no hay sobre la tierra gente tan buena como la que profesa esta religion. »

El juez no pareció ofenderse con esta respuesta. Por de pronto procuró ganarle con caricias ; pero, viendo que no adelantaba nada, presto pasó de las palabras dulces á la crueldad y le hizo atormentar con diversos géneros de suplicios. Tambien envió á sacar de la carcel á Apolonio, contra el cual le había grandemente irritado la conversion de Filemon, y le hizo aplicar á más rudas torturas, acusándole de haber añadido la seduccion á la impostura é impiedad.

Apolonio, siempre igual á si mismo, díjole con su ordinaria dulzura : « Quiera Dios que tu y todos los que aqui están, sigais lo que en mí llamais error y seduccion ». Pero esta respuesta no hizo sino que agriar más al juez que mandó que él y Filemon fuesen quemados vivos. Cuando estuvieron en medio de las llamas, Apolonio, á quien el zelo de Jesucristo consumía más que el fuego material, le pidió en alta voz que confundiera el paganismo con la manifestacion de su divino poder. Su plegaria fué oida por todos los asistentes y, apenas la hubo él pronunciado, cuando una nube le rodeó á él y á Filemon, y el rocío de que estaba preñada extinguió completamente el fuego.

Esta maravilla dejó tan admirados al juez y al pueblo que todos gritaron que el Dios de los cristianos era el único grande y el único inmortal. El rumor se difundió muy pronto y llegó hasta los oídos del prefecto de Egipto que se encon-

traba en Alejandria ; pero muy lejos de moverse por él y de imitar el cambio del juez, que se habia convertido, envió á aquellos de sus oficiales que sabia ser más crueles, para que le trajesen á este magistrado, y juntamente con él á Apolonio y Filemon.

Así que, cargados de cadenas, fueron estos conducidos á Alejandria ; y en el camino, Apolonio, lleno del espíritu de Dios, que puso en su boca palabras de vida, anunció la fe de Jesucristo á los que le conducian, y persuadióles tan bien que confesaron la fe delante del prefecto, y quisieron participar de los santos combates de sus prisioneros. El prefecto, encontrándoles inquebrantables, les condenó á todos á ser arrojados al fondo del mar ; no viendo este impio, dice Rufino, que esto no tanto era darles la muerte como un saludable bautismo. Quedaron allí ahogados por las aguas, pero esto fué para vivir eternamente.

El mar, que habia servido de instrumento á su martirio, no les negó al culto de los fieles. Devolvió sus cuerpos, echándolos á la playa. Los cristianos los enterraron en un mismo sepulcro, al que Dios hizo célebre por no pocos milagros, lo cual hacia que los pueblos iban á él en gran número á ofrecer sus votos. Rufino dice que él habia tenido la dicha de venerar allí sus reliquias¹.

Demos ahora breves detalles de otros discípulos de San Antonio, que vivieron y murieron en el desierto.

San Ammon. — Este Santo vivió en una gran soledad. Se alimentaba solamente de pan. Sin embargo los ladrones fueron varias veces á turbarle. Queriendo finalmente impedir que le perjudicaran, internóse un día en el desierto y mandó á dos grandes serpientes que le siguiesen ; púsolas á la puerta de su celda, y les dió orden de guardarla. Volviendo los ladrones para robarla, fueron sobrecogidos de un

¹ El *Martirologio romano*, señala la fiesta de San Apolonio y de San Filemon, el 8 de marzo.

tal horror, al ver á estos horribles animales, que cayeron en tierra sin sentidos.

Vióles el Santo desde su celda y al instante salió de ella, fué á levantarles y dijoles, reprendiéndoles de su dureza : « Ya veis que sois más crueles que estas bestias, puesto que ellas nos obedecen á causa de la sumision que tienen á Dios, mientras que vosotros no teneis temor alguno de su justicia, ni vergüenza de turbar el reposo de sus siervos. » Hízoles entrar en su celda, sentóles á la mesa, dióles de comer, y este prodigio, junto con su dulzura, les movió tanto, que se convirtieron é hicieron frutos dignos de penitencia.

Haciendo una serpiente espantosa desastres en las provincias vecinas, y habiendo ya muerto á muchas personas, las gentes del pais recorrieron á él para que les librara de este animal ; y con el fin de moverle más eficazmente á socorrerlas, quisieron excitar su compasion, presentándole al hijo de un pastor, á quien la sola vista de aquel animal habia hecho perder el juicio y al que su soplo envenenado habia hinchado completamente y puesto como muerto. El Santo por de pronto curó á este niño ; pero aun cuando estuviera determinado á hacer perecer á este mónstruo, no quiso prometerles nada. Solamente se fué al punto en el que estaba seguro de encontrarle y allí se puso de rodillas para hacer su oracion al Señor.

Pronto apareció la serpiente, inficionando el aire con un horrible hedor de su respiracion, con gritos y silbidos capaces de espantar á los hombres más intrépidos, y arrojóse sobre él para devorarle. Pero el Santo, sin desconcertarse, le dijo : « Que Jesucristo, Hijo de Dios te dé la muerte, él que debe hacer morir á la gran ballena. » Apenas hubo terminado este conjuro, cuando el animal vomitó su veneno con su vida y se partió por la mitad del cuerpo.

San Onofre. — La historia de San Onofre fué escrita

por Pafnucio, solitario egipcio ; pero se cree que los Griegos introdujeron interpolaciones en el texto primitivo. Sin embargo Bulteau la trae con alguna extension en su *Historia de los Monges del Oriente*¹, y el P. Miguel-Angel Marin aduce varios rasgos de ella en sus *Vidas de los Padres de los desiertos*. Podríamos seguir estas autoridades ; pero como la vida de San Onofre en los hechos aceptados por el P. Marin no ofrece nada de particular, nos limitamos á una simple mencion.

Heleno. — Este piadoso anacoreta habia sido educado desde su juventud en una comunidad, en la que vivió con tanta perfeccion, que desde entonces mereció hacer en ella milagros. Este mismo don le siguió al desierto en el que se retiró todavía joven. La vida que en él hizo era tan abstraída de los sentidos que reprimia hasta los menores deseos de las cosas de acá abajo que hubiesen podido nacer en su corazon.

Un dia, habiéndole ocurrido al pensamiento el comer miel, y habiéndola encontrado cerca de si por artificio del maligno espíritu, abandonó inmediatamente esta region y se internó más en el desierto, en donde, para castigarse de este ligero deseo, se condenó á un ayuno de muchas semanas, hasta tanto que se le apareció un ángel y le presentó agua y yerbas, de las que comió con accion de gracias.

Este hombre de prodigio no estaba tan retirado en su desierto que no visitara de tiempo en tiempo los monasterios, ya para las necesidades temporales de los hermanos, ya para sostenerles en la piedad. Cierta dia en que él les llevaba víveres, encontróse tan agobiado bajo el peso de su carga, que no podia más con el cansancio. Vió entonces unos asnos salvages que atravesaban la campiña y les gritó : « En

¹ Esta obra fué publicada en 1678.

nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que venga uno de vosotros aqui á aliviarme de mi carga. » Al instante, acerósele uno de ellos con la docilidad de un animal doméstico. Heleno cargóle con las provisiones, él montó tambien sobre el asno, y el animal le llevó con gran velocidad á las celdas de los hermanos.

Otra vez, habiendo llegado en domingo á un monasterio, halló que los hermanos no celebraban la solemnidad del dia á causa de que el sacerdote que esperaban con este fin, moraba á la otra parte del Nilo, y no se habia atrevido á pasarlo por temor de un cocodrilo que habia hecho ya mucho mal. Quiso él mismo ir á buscar al sacerdote, y cuando estuvo á orillas del rio, el cocodrilo, muy lejos de hacerle daño, le recibió sobre sí para pasarle. Atravesó sin temer al animal que montaba ni á las aguas ; pero habiendo suplicado al sacerdote que viniese con él y ofreciéndole hacerle tambien pasar el Nilo sobre el cocodrilo, no pudo jamás determinarle. Asi que se volvió solo y atravesó el rio como lo habia hecho antes. Pero cuando hubo pasado, dijo al cocodrilo que valdria más que muriese que no que causara, como ya lo habia hecho, la muerte á tanta gente, y el animal aspiró alli mismo.

En seguida se volvió al monasterio en el que permaneció tres días, instruyendo á los hermanos, descubriendo á los unos los defectos á que estaban sugetos, y animando á los otros á adelantar todos los días más y más en las virtudes que habian empezado á practicar, lo que daba á los primeros vivos sentimientos de compuncion y un ardiente deseo de enmendarse, y á los últimos una santa emulacion para hacer grandes progresos. Cuando estuvo próximo á separarse de ellos, les notificó que muy pronto debian llegar hermanos estrangeros y que les preparasen yerbas y estos hermanos llegaron casi luego despues.

Un joven religioso le suplicó que se lo llevase al desierto.

Él le representó cuán difícil era la empresa, sobre todo á causa de los combates que libraban los demonios contra los anacoretas. Pero, persistiendo este hermano en su demanda, accedió él finalmente, y se lo llevó á la cueva cercana á la suya. Durante la noche, rodeáronle los demonios y, despues de haberle atormentado con malos pensamientos, hicieron como que se echaban sobre él para matarle. Al ver esto, espantado el solitario, emprendió la fuga y fué á refugiarse á la cueva de Helen, quien le consoló y le dió lecciones del valor, paciencia, y sobre todo de la confianza que debía tener en Jesucristo. Despues, llevóle nuevamente á la cueva, al rededor de la cual hizo con el dedo un surco sobre la arena, y prohibió á los demonios en nombre de Jesucristo que traspasasen jamás estos límites. Desde entonces, el joven solitario vivió allí en reposo y seguridad.

Juan. — Los primeros ensayos de este solitario en la virtud, fueron los esfuerzos de los mas austeros penitentes. Al principio, permaneció en pié sobre una roca por espacio de tres años, orando sin cesar, no tomando otro reposo que el que le podia permitir esta situacion, y no comiendo más que el domingo. Solo una fuerza milagrosa pudo sostenerle en esta austeridad. Recibia esta fuerza en la sagrada Eucaristia, que todos los domingos venia á administrarle un sacerdote, y la que le alimentaba más que ningun manjar material.

El espíritu maligno se atrevió en cierta ocasion á tomar la figura de este sacerdote, y se presentó á él antes de la hora acostumbrada para administrarle este Sacramento; pero Juan estaba demasiado iluminado de lo alto para que le engañara este cambio. Él le dijo con una santa indignacion: « ¡ Oh padre de mentira, enemigo de toda justicia! ¡ No te basta engañar á las almas fieles, sino que aun te atreves á mezclarte en estos misterios igualmente santos que tremendos! »

El demonio le respondió: « Yo creia sorprenderte como he hecho con uno de tus hermanos, á quien engañé tan bien que perdió el espíritu hasta tanto que, habiendo rogado por él muchos personajes santos, le hicieron nuevamente entrar en su buen sentido con mucha pena. » Y habiendo dicho estas palabras, desapareció.

A esta aparicion del principe de las tinieblas, sucedió la de un angel de luz, que fué muy consoladora para este gran siervo de Dios; porque como la penosa situacion en que habia permanecido hasta entonces, le habia cubierto la boca de úlceras y reventado los piés de suerte que de ellos le salia sangre corrompida, este bienaventurado espíritu le curó sus llagas, le aseguró que no se vería más presa del hambre de un manjar corruptible, y que Dios le concederia una gracia del todo celestial, esto es, el don de la sabiduria y de la ciencia, y el de hablar de las cosas espirituales con la elocuencia de los santos. Mandóle tambien que saliese de su retiro y recorriese los desiertos para visitar á los hermanos y edificarles con las palabras de salud que Dios le pondria en la boca. Dios le concedió tambien el don precioso de conocer la manera de vivir y el fondo de la conciencia de los solitarios que habitaban en los monasterios vecinos, y hasta de los que estaban más apartados.

Habiendo Juan recibido de lo alto su mision sobre los hermanos, ejercitábala con dulzura, con humildad, y con un vigor totalmente apostólico. Visitaba durante la semana á los solitarios en sus diferentes celdas, exhortándoles ó á corregirse de sus defectos, ó á adelantarse más y más en la virtud, segun la disposicion de su conciencia. Pero todos los domingos volvia á su morada ordinaria para recibir la sagrada comunión.

Además de estas frecuentes visitas, escribia cartas ya á los superiores para advertirles de los abusos que debian corregir en sus monasterios, ya á los inferiores á los cuales se-

ñalaba distintamente el detalle de sus obras, de modo que no podían negarlo. Finalmente exhortaba á todos en general á desapegar su corazón de las cosas visibles, para no unirse sino á las invisibles y espirituales : « porque, según decía él, había llegado el tiempo de no aplicarse más que á este estudio ; pues no convenia permanecer siempre niños en la piedad sino que era preciso revestirse de los sentimientos de hombres formados y trabajar en sobresalir en todas las virtudes del alma. »

Aun cuando de este modo se ocupaba en la conducta espiritual de los hermanos, no se creía dispensado de ganarse la vida con el producto de sus manos. Por esta causa hacía cinchas para los caballos, con hojas de palma, según el uso del país. Cuéntase á este propósito que habiendo montado á caballo un cojo, con el fin de venirle á ver para obtener la curación por sus oraciones, apenas hubo tocado con sus pies la cincha de este caballo que había sido hecha por las manos del santo, cuando se encontró perfectamente curado. Obró también otros muchos milagros ; pero su vida era un milagro continuado.

Doroteo. — La pureza de costumbres de Doroteo hizo que se le juzgase, digno del sacerdocio. Ejercía sus funciones para la necesidad y consuelo de los otros anacoretas que vivían como él en cuevas. Su bondad era muy grande, y su desapego igual á su bondad. Santa Melania, la Joven, envióle un día quinientos escudos de oro, rogándole que los distribuyese á los hermanos. Doroteo se quedó solamente tres para sus necesidades particulares, y envió los restantes á Diocles anacoreta á fin de que se encargase él de hacer la distribución, diciendo al que se los había traído : « Mi hermano Diocles es mucho más sabio que yo, y conoce mejor á los que tienen necesidad de recursos ; en cuanto á mí, esto me basta. »

Diocles. — Este solitario que acabamos de nombrar,

aprendió en su juventud las letras humanas, y después la filosofía. Pero, á los veinte y ocho años, sintiéndose tocado por la gracia que le instaba á no dedicarse más que al estudio de Jesucristo crucificado, renunció á las ciencias profanas y se hizo anacoreta. Permaneció más de treinta y cinco años en una cueva, vacando á la meditación de las verdades divinas. Decía que el que no se aplica á Dios, se deja arrastrar ordinariamente por alguna pasión, y se convierte en demonio ó en bestia : en bestia, si se entrega á los placeres de los sentidos, y en demonio, si se abandona á la cólera. Mas, como se le dijese que era imposible que el espíritu se ocupase continuamente de Dios, respondió que, cuando el alma está ocupada en alguna reflexión ó en alguna acción piadosa, está siempre con Dios.

Capiton. — Este solitario tenía su cueva cerca de la de Diocles. Moró en ella al menos cincuenta años, sin darse siquiera el ligero consuelo de ir á orillas del Nilo, que no estaba lejos de allí. Daba por razón de una mortificación tan severa el que, no habiendo sugetado enteramente al demonio, no se encontraba aun en estado de ver á nadie. Así que media el rigor de su penitencia por los desórdenes de su vida pasada ; puesto que había sido ladrón antes de ser anacoreta.

Había en la misma región un anciano llamado Elias, quien, según se decía, tenía ciento diez años, cuando Rufino visitaba aquellos desiertos. El que habitaba era espantoso, y por añadidura de austeridad, se había ido al lugar más incómodo y de muy difícil acceso. Era una cueva que no se podía ver sin horror. Llegábase á ella por un sendero sumamente estrecho y pedregoso, y la cueva estaba tan escondida por espinos y malezas que, siguiendo el sendero, no era tan fácil descubrirla. Allí, este austero anciano, cuyos miembros, gastados por la caducidad de la edad y el rigor de la penitencia, eran del todo temblorosos,

vivia, por decirlo así, de abstinencia, no comiendo más que tres onzas de pan y tres accitunas por la tarde. Y esto era todavía una relajacion de sus primeros ayunos; puesto que antes pasaba frecuentemente las semanas enteras sin comer. Dios le habia concedido el dón de curar á los enfermos de cualquier especie de mal que padeciesen. Habia aparecido por los tiempos de Rufino, despues de setenta años en su desierto, sin que ninguno de los antiguos solitarios pudiese precisar en qué tiempo se habia hecho monje.

Rufino y Paladio nombran tambien entre los solitarios vecinos de estos, y que resplandecian por el brillo de su penitencia y de sus virtudes, á Salomon, Eulogio, Diós oro, Apeles, etc. No reproducimos los detalles que dan, por no ofrecer nada de particular.

SAN PABLO, EL SIMPLE¹.

San Pablo, por sobre nombre el *Simple*, porque estaba exento de toda malicia, y tenia naturalmente una gran simplicidad, fué uno de los más célebres discípulos de San Antonio, y aun el más antiguo, como se dice en la vida de Santa Tais penitente. Abrazó muy tarde la vida monástica, habiendo vivido en matrimonio hasta la edad de sesenta años, ó cerca de ellos, en un pueblecito de la Tebaida, en donde hacia de labrador.

La mala conducta de su muger le determinó á retirarse á la soledad. Despues de haber andado errante ocho dias por el desierto, llegó al lugar en donde moraba San Antonio y

¹ Rufino Paladio.

formó la resolucion de ser discípulo de un tan excelente maestro.

Llamó á la puerta de la celda del Santo y le descubrió el designio que habia formado. Pero Antonio, juzgando que era demasiado viejo para imitar en esta edad su estado de vida, le dijo que se fuese más bien á algun pueblecito á ganarse la vida con el trabajo de sus manos ó, si absolutamente habia resuelto abandonar el mundo, que entrase en alguna casa de religiosos, cuyas prácticas fuesen menos austeras que las de los anacoretas, y en donde seria aun más socorrido en su vejez. Y despues de esta respuesta encerróse en su celda.

Pablo no se desanimó: quedóse en el mismo punto, esperando que el Santo abriese de nuevo su puerta, y concediese á su perseverancia lo que le habia negado al principio. Así pasó tres dias con tres noches aguardando con humilde paciencia, hasta que al cuarto dia, habiendo salido San Antonio, presentóse todavía delante de él, instóle nuevamente, y protestó que queria morir en aquel lugar. El Santo, que se apercibió que no tenia provision alguna, temió que un tan largo ayuno, al cual no estaba acostumbrado, le pusiese en peligro de muerte y se cargara su conciencia. Recibióle, pues, pero con la resolucion de obligarle á retirarse pronto de él, por si mismo, disgustándole por las rudas pruebas á que le someteria, pues no podia persuadirse que sostuviera los trabajos de la vida solitaria en una edad tan avanzada.

Dijole, pues, que podia llegar á santificarse si queria someterse enteramente á la obediencia; lo cual le prometió Pablo con sinceridad de corazón. La primera prueba que exigió de su sumision fué que permaneciese en oracion fuera de la celda y que no se moviera del puesto hasta que viniese á traerle con que trabajar; pero él se encerró en su celda, observando á escondidas por la ven-

vivia, por decirlo así, de abstinencia, no comiendo más que tres onzas de pan y tres accitunas por la tarde. Y esto era todavía una relajacion de sus primeros ayunos; puesto que antes pasaba frecuentemente las semanas enteras sin comer. Dios le habia concedido el dón de curar á los enfermos de cualquier especie de mal que padeciesen. Habia aparecido por los tiempos de Rufino, despues de setenta años en su desierto, sin que ninguno de los antiguos solitarios pudiese precisar en qué tiempo se habia hecho monje.

Rufino y Paladio nombran tambien entre los solitarios vecinos de estos, y que resplandecian por el brillo de su penitencia y de sus virtudes, á Salomon, Eulogio, Diós oro, Apeles, etc. No reproducimos los detalles que dan, por no ofrecer nada de particular.

SAN PABLO, EL SIMPLE¹.

San Pablo, por sobre nombre el *Simple*, porque estaba exento de toda malicia, y tenia naturalmente una gran simplicidad, fué uno de los más célebres discípulos de San Antonio, y aun el más antiguo, como se dice en la vida de Santa Tais penitente. Abrazó muy tarde la vida monástica, habiendo vivido en matrimonio hasta la edad de sesenta años, ó cerca de ellos, en un pueblecito de la Tebaida, en donde hacia de labrador.

La mala conducta de su muger le determinó á retirarse á la soledad. Despues de haber andado errante ocho dias por el desierto, llegó al lugar en donde moraba San Antonio y

¹ Rufino Paladio.

formó la resolucion de ser discípulo de un tan excelente maestro.

Llamó á la puerta de la celda del Santo y le descubrió el designio que habia formado. Pero Antonio, juzgando que era demasiado viejo para imitar en esta edad su estado de vida, le dijo que se fuese más bien á algun pueblecito á ganarse la vida con el trabajo de sus manos ó, si absolutamente habia resuelto abandonar el mundo, que entrase en alguna casa de religiosos, cuyas prácticas fuesen menos austeras que las de los anacoretas, y en donde seria aun más socorrido en su vejez. Y despues de esta respuesta encerróse en su celda.

Pablo no se desanimó: quedóse en el mismo punto, esperando que el Santo abriese de nuevo su puerta, y concediese á su perseverancia lo que le habia negado al principio. Así pasó tres dias con tres noches aguardando con humilde paciencia, hasta que al cuarto dia, habiendo salido San Antonio, presentóse todavía delante de él, instóle nuevamente, y protestó que queria morir en aquel lugar. El Santo, que se apercibió que no tenia provision alguna, temió que un tan largo ayuno, al cual no estaba acostumbrado, le pusiese en peligro de muerte y se cargara su conciencia. Recibióle, pues, pero con la resolucion de obligarle á retirarse pronto de él, por si mismo, disgustándole por las rudas pruebas á que le someteria, pues no podia persuadirse que sostuviera los trabajos de la vida solitaria en una edad tan avanzada.

Dijole, pues, que podia llegar á santificarse si queria someterse enteramente á la obediencia; lo cual le prometió Pablo con sinceridad de corazón. La primera prueba que exigió de su sumision fué que permaneciese en oracion fuera de la celda y que no se moviera del puesto hasta que viniese á traerle con que trabajar; pero él se encerró en su celda, observando á escondidas por la ven-

tana, si cumplia exactamente lo que le habia prescrito. Dejóle asi expuesto al ardor del sol durante el dia y al fresco de la noche, sin que Pablo cambiase jamás de situacion ni cesase en su oracion.

Despues de esta larga y penosa prueba, en la que el Santo tuvo ocasion de admirar bien su docilidad y paciencia, le llevó ramas de palma y le dijo que trabajase de la manera que se lo veria hacer; y cuando hubo terminado la obra, le dijo que no lo habia hecho bien y le ordenó que la deshiciese para hacerla mejor, lo cual hizo el trabajo todavia más largo y más penoso; á lo cual se rindió Pablo, sin que apareciese en su rostro la menor señal de inquietud.

San Antonio le propuso despues comer y le mandó que preparase la mesa sobre la cual puso cuatro panes de seis onzas que debian componer toda la comida. Era natural que despues de un tan rudo trabajo y un ayuno tan prolongado, Pablo comiese con avidez; y en esto era en lo que le aguardaba el Santo para juzgar bien de su obediencia; pero el discipulo, que en todo queria conformarse á su maestro, le observaba tanto como era él observado á fin de regularse por él, y no mostró menos indiferencia que el Santo por los panes que estaban ante sus ojos.

Aguardó sin pena á que su maestro hubiese rezado doce salmos y doce oraciones, que tambien él rezó juntamente antes de sentarse á la mesa, y por exeso de moderacion, sometiése con la misma docilidad cuando el Santo, en lugar de permitirle comer, quiso que se contentase con haber visto la mesa parada, le mandó que se fuese á acostar sin haber tomado alimento alguno, despertóle á media noche para orar, y no le dijo finalmente que comiese hasta el dia siguiente por la tarde, despues de haber rezado de nuevo los doce salmos y las otras oraciones.

Entonces fuéle permitido á San Pablo tomar su refecion. Pero atento siempre más y más á imitar á su maestro, no

quiso comer más que un pan, como le vió hacer á él, aun cuando el Santo le instó á comer más, alegando por razon que queria ser monge como él, puesto que San Antonio le habia dicho que solo comia un pan porque era monge.

Despues de pasado algun tiempo en semejantes pruebas, durante el cual S. Antonio habia aumentado expresamente sus austeridades para ver si se desanimaria, y estando del todo satisfecho de su sumision y de su fervor, le dijo finalmente: « Hermano mio, si podeis vivir todos los dias como lo habeis hecho hasta aquí, consiento que os quedeis conmigo. « A lo cual él respondió: » « Yo no sé si teneis algo más dificil para prescribirme; pero no siento pena en practicar lo que os he visto hacer hasta el presente ». Entonces S. Antonio, no dudando ya de que Dios se lo habia enviado para imitar su género de vida, recibióle del todo bajo su conducta por medio de las siguientes palabras que le dijo: « Heos ahi, hermano mio, hecho monje en nombre de Nuestro Señor ».

Pablo, declarado así religioso por su bienaventurado Padre, aplicóse con todo el afecto de su corazon en conformarse con sus saludables avisos, y el Santo por su lado le dió todos los que le podian conducir á la perfeccion de su estado. Recomendóle entre otras cosas que suavizara con el trabajo de las manos las penas de la soledad; que levantara frecuentemente su espíritu á Dios mientras que sus dedos se ocupasen en obras materiales; que no comiese sino por la tarde, y que jamás se saciase, sobre todo respecto de la bebida, aun cuando no fuese más que de agua.

Como S. Antonio comprendiese que debia hacerle andar por el camino de la obediencia, no dejó de probarle en esta virtud y hacerle ejercitar en actos de ella, recomendándole frecuentemente cosas que parecian chocantes á la razon á fin de que no encontrase jamás qué replicar á lo que le mandase, y llegase á aquella perfecta renuncia del

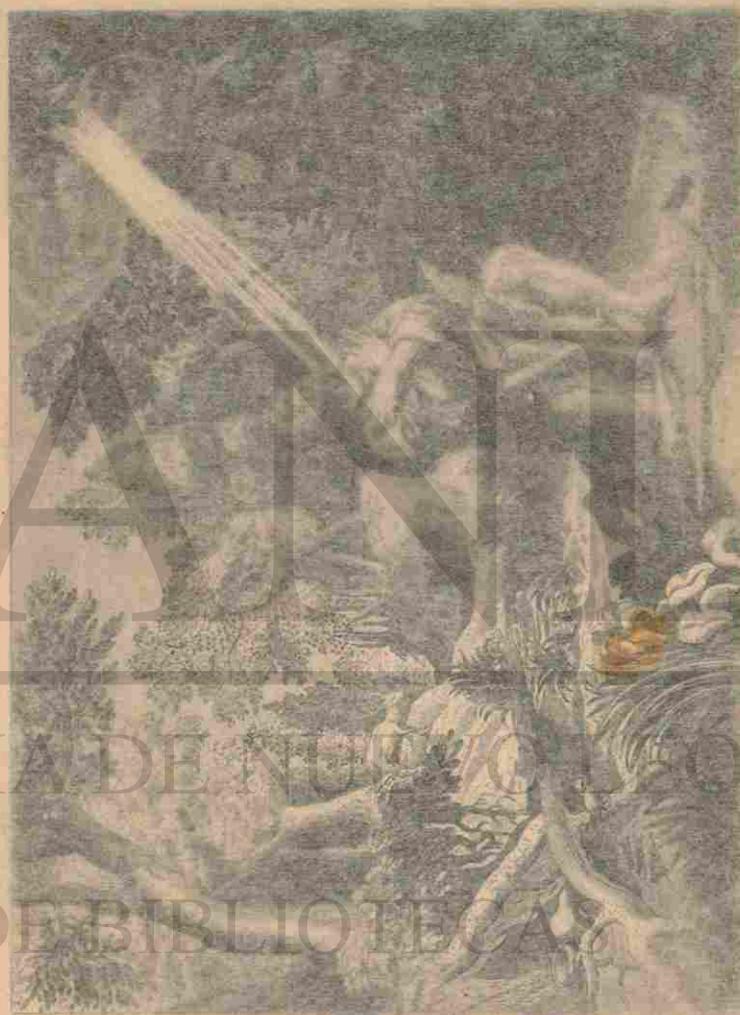
propio juicio que hace que no se examinen las órdenes de los superiores.

Así le ordenó una vez que durante un día entero sacase agua de un pozo y la derramase por tierra. Dijole asimismo que deshiciese unas cestas que habia hecho y las hiciese de nuevo; que descosiese un hábito, luego que volviera á coserlo, y por último que lo descosiese otra vez. En otra ocasion, como le hubiesen llevado un pote de miel, le ordenó que lo hiciese pedazos, dejando derramar la miel y que en seguida la recogiese con una concha, recomendándole que tuviese cuidado en que no se mezclase con ella ninguna porqueria. En todas estas cosas fué siempre pronta y ciega la obediencia de Pablo.

Estaba tambien tan atento á las menores señales de S. Antonio, que las tomaba todas con todo rigor como si fueran órdenes expresas de Dios. Habiendo ido á ver al Santo algunos de los más famosos solitarios, entróse á hablar de las más levantadas materias de la vida espiritual, pasando en seguida á un largo discurso sobre Jesucristo y los profetas. Hallábase presente Pablo, y preguntó con sencillez si los profetas eran antes que Jesucristo ó Jesucristo antes que los profetas. San Antonio se avergonzó por él de una pregunta tan poco sensata; hízole señal con mucha dulzura, segun acostumbraba á hacerlo con los más sencillos, de que se retirase y guardase silencio.

Pablo obedeció á esta orden tan escrupulosamente que ya no habló más y ni siquiera aparecia entre los otros hermanos. Advirtiése esto á San Antonio quien le preguntó la causa, y cuando la hubo conocido de su boca, admirando su exactitud en obedecer á una orden que él no habia pretendido que fuese tan allá, dijo á los otros solitarios: « En verdad, este nos condena á todos; porque mientras que nosotros no escuchamos á Dios que nos habla desde lo alto

Tome 1.



®

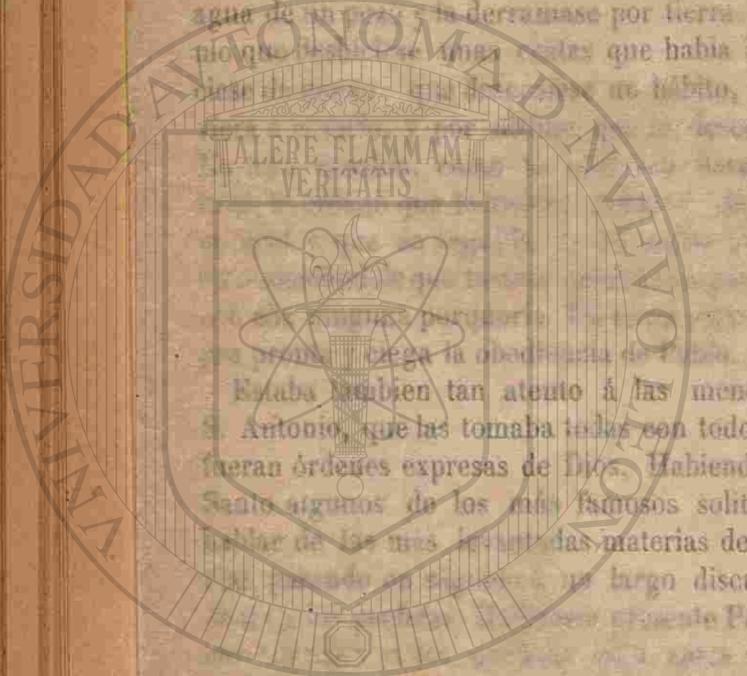
que juicio que hace que no se excedan las órdenes de los superiores.

Así le ordenó una vez que durante su día entero sacase agua de un pozo y la derramase por tierra. Deseo asimilarse a las cosas que había hecho y las hizo en su hábito, luego que volvió se despidió otra vez. Después de esto estando un día de ayuno derramando agua por una concha, se le cayó encima y se mezclase con el agua. Siempre se acuerda la obediencia de él.

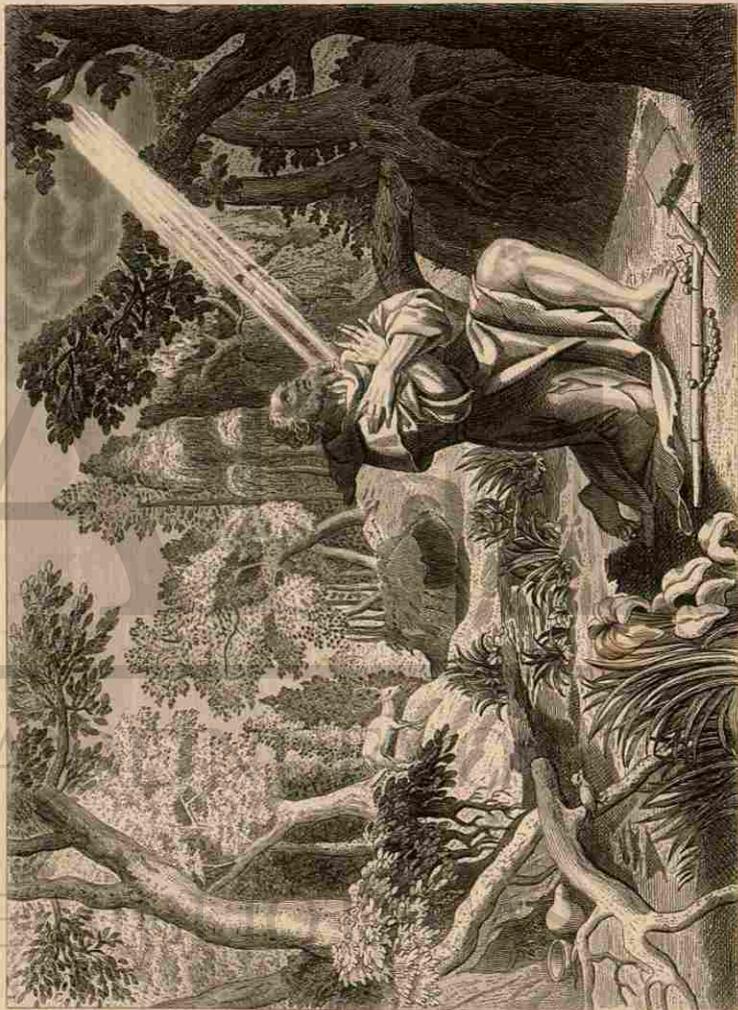
Estaba también tan atento á las menores cosas de S. Antonio, que las tomaba todas con todo rigor como si fueran órdenes expresas de Dios. Habiendo ido á ver al Santo algunos de los más famosos solitarios, entróse á hablar de las más importantes materias de la vida espiritual. Hizo un largo discurso sobre Jesu-Christo, sobre S. Pablo, y preguntó á los otros si se acordaban de lo que él les había dicho.

Los otros le respondieron que se acordaban de todo lo que él les había dicho.

Pablo les dijo que él se acordaba de todo lo que él les había dicho. Preguntó la causa de esto, admirando su exactitud en obedecer. Les respondió que él no había pretendido que fueran tan exactos. Dijo á los otros solitarios: « En verdad, yo no condeno á todos, porque mientras que nosotros no escuchamos á Dios que nos habla desde lo alto



Tome 1.



Gravé d'après

Saint Apollon.

San Apolo.

App. Ch. Garache sculp. Paris



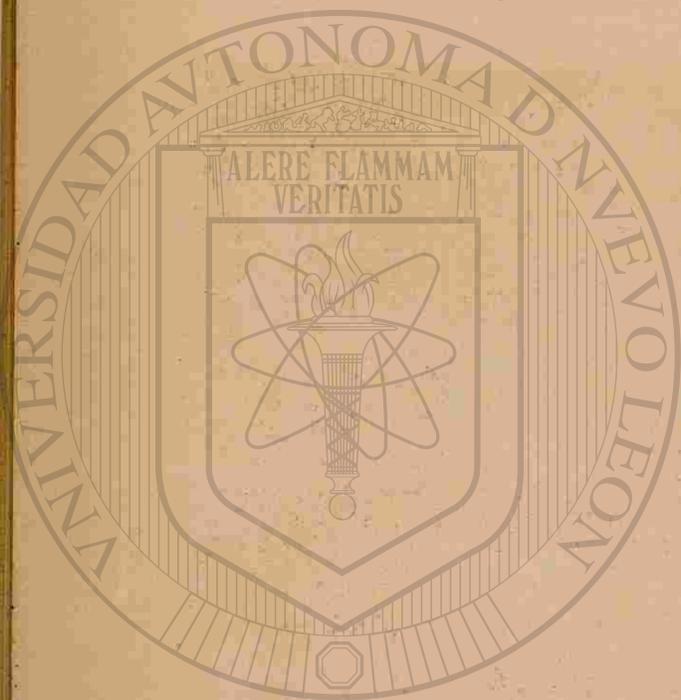
del cielo, veis cómo él observa la menor palabra que sale de mi boca. »

El Santo sirvióse también frecuentemente del ejemplo de Pablo para con los hermanos, para demostrar que los que quieren ser perfectos no deben guiarse por sí mismos, ni seguir demasiado sus propios sentimientos, aun cuando les parezcan justos; sino que ante todas cosas hay que acostumbrarse á renunciar á sí mismo, sobre todo á su misma voluntad, conforme al ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo que decía que no había venido al mundo para hacer su voluntad sino para hacer la de su Padre celestial.

En efecto, á causa de los grandes progresos que su bienaventurado discípulo hizo en esta renuncia de sí mismo, llegó á una tan alta perfección, que S. Antonio no le miró ya como un discípulo sino como un solitario que podía vivir solo, y por esto le edificó una celda á tres ó cuatro millas de la suya, diciéndole: « Héos ahí hecho monje por la gracia de Jesucristo; permaneced pues ahora llevando una vida particular, á fin de que aprendais á combatir contra los demonios, y acordaos que estos frecuentes combates que hay que sostener en el desierto, nos obligan á una oración continua la cual es además un gran medio para adquirir la perfección. »

Después de esta separación, el Santo no dejó de ir á verle de tiempo en tiempo á su nuevo retiro, y tenía el consuelo de encontrarle siempre ocupado en ejecutar fielmente todo cuanto le había prescrito.

Apenas había Pablo pasado un año en su nueva celda, cuando quiso Dios manifestar en él el caso que hace de la sencillez y obediencia, y confirmar con esplendor la estima que S. Antonio tenía de su virtud. Concedióle el don de milagros, y sobre todo una gracia tan poderosa para arrojar toda clase de demonios de los cuerpos de los posesos, que hacía mayores prodigios, y aun en mayor nú-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

mero, que su bienaventurado maestro, tanto que en poco tiempo se hizo muy célebre y desde bien lejos venian á él para ser curados.

San Antonio temió que la importunidad de tantas personas no obligase á Pablo á huir al fondo del desierto, despues que habia gustado las atractivas dulzuras de la contemplacion y de la soledad. Recomendóle que no le abandonase y se encargó de recibir á los que iban á verle; pero cuando se encontraba con enfermos ó posesos que no podía curar, se los enviaba, estando persuadido que en esto habia recibido una gracia más extensa; y en efecto, Pablo no dejaba jamás de curarlos.

Su sencillez le hacia tener una confianza tan extrema en Dios, que habiendo cierto dia sido llevado á él un jóven poseido de uno de los mas obstinados demonios y tan furioso que proferia blasfemias contra el cielo y despedazaba á todos los que osaban acercársele, el Santo, despues de haber en vano orado largo tiempo con fervor, dijo á Dios: « En verdad, yo no comeré en todo hoy si no le curais. » Y al instante, como si Dios temiese el disgustar á una persona á quien amaba con ternura y que le era tan querida, el poseso se vió libre.

Pablo habia recibido tambien la gracia singular de conocer el fondo del corazon de los que entraban en la Iglesia y el estado de su conciencia, que veia tan claramente como los otros ven su rostro. Encontrándose en un monasterio, en el que se habian reunido muchos hermanos para conferenciar sobre cosas espirituales, fuéronse á la Iglesia despues de la conferencia para celebrar los santos misterios. Pablo consideró los que entraban y veiales á todos con un rostro luminoso en el que resplandecia el gozo y el buen estado de su alma, teniendo cada uno su ángel que testificaba un gran contento por su santa disposicion. Pero vió á uno, cuya conciencia manchada por el pecado, le hizo aparecer

á sus ojos el cuerpo negro y cubierto de una nube sombría, teniéndole atado el demonio y siguiéndole de lejos su ángel triste y abatido.

Por más consuelo que recibió por la virtud de los otros, el deplorable estado de este le conmovió tanto, que se puso á llorar y gemir, y permaneció fuera de la iglesia sin querer entrar en ella. Aquellos solitarios que advirtieron su afliccion, creyeron que Dios le habia dado á conocer que su conciencia estaba en mal estado, y se apresuraron á preguntárselo á fin de hacer penitencia. Pero él nada quiso decir y quedóse prosternado en tierra á la puerta de la iglesia, no cesando de llorar y gemir.

Esperó á que terminara el Santo Sacrificio, para ver si aquel que habia asistido al mismo con esas malas disposiciones, saldria cambiado. Pero Dios, atento á sus oraciones y á sus lágrimas, habia concedido á este pecador la gracia de la contricion y de la penitencia durante el Sacrificio, y Pablo le vió salir con una santa alegría pintada en el rostro, con el cuerpo tan blanco como negro le habia parecido antes, y el demonio no le seguia ya sino de lejos, y su buen angel, que estaba á su lado, demostraba un gozo extremo por su conversion. A esta, vista, levantóse Pablo trasportado fuera de sí mismo, admirando las misericordias del Señor, y exclamó con todas sus fuerzas: « ¡ Oh bondad inefable de Dios. ¡ cuán grande es su compasion! ¡ cuán inmenso es su amor hacia nosotros! » Al mismo tiempo corrió á colocarse en un lugar eminente, y levantando cuanto pudo la voz decia: « Venid, venid á ver cuán maravillosas son las obras de Dios. Venid á ver cómo quiere él que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Venid, adoremos al Señor; prosternémonos ante él, y digamos: Solo vos, oh Dios mio, podeis perdonar los pecados. »

Todo el mundo acudió para saber qué era esto. Él les

contó lo que Dios le habia dado á conocer, y rogó á aquel en quien habia visto un cambio tan feliz que dijese cómo se habia obrado en él. Este no pudo negar la verdad: declaró que habia estado hasta entonces sepultado en el pecado; pero que, habiendo oido leer en la iglesia un pasage de Isaias, en el que Dios promete perdonar á los que sinceramente se conviertan, habia entrado dentro de sí mismo, y con sentimiento de una viva compuncion habia dirigido á Dios la siguiente súplica: « ¡ Dios mio que vinisteis á este mundo para salvar á los pecadores y que, por vuestro profeta nos habeis hecho las promesas que acabo de oir, haced que yo sienta su efecto, aun cuando soy un gran pecador y muy indigno de vuestra gracia! Yo os prometo y protesto con todo mi corazon que desde este momento renuncio al pecado, que no volveré á caer más en él y que os serviré en adelante con una conciencia pura. Recibidme, pues, al presente, Dios mio, porque quiero hacer penitencia. Perdonad á un pecador que os suplica que borreis su crimen y que renuncia sinceramente al pecado. »

La pública confesion de este penitente edificó á todos los asistentes. Estos no admiraron menos la misericordia de Dios que el conocimiento que habia dado á su siervo del estado de este hombre y de la gracia que le habia otorgado, y dieron por ello muchas acciones de gracias al Señor, en alta voz.

Dios reveló tambien á su siervo el perdon que habia concedido á la penitente Thais, de la cual hablaremos en su lugar. San Pafnucio la habia convertido; y al cabo de tres años que la habia tenido encerrada en una celda de un monasterio de vírgenes, para hacer penitencia, fué á rogar á San Antonio que pidiera al Señor que le diera á conocer si la habia perdonado. El Santo juntó á sus discípulos y mandóles pasar la noche en oracion, para ver si Dios les reve-

laria lo que Pafnucio deseaba saber, sin explicarles lo que era. Pablo fué á quien Dios se lo dió á conocer: vió en el cielo una soberbia cama, guardada por tres vírgenes resplandecientes de gloria, y creyó que estaba reservada para su padre espiritual San Antonio; pero oyó una voz que le dijo que estaba destinada para Thais la pecadora convertida. Habiendo Pablo al dia siguiente contado esto, comprendió Pafnucio que Dios estaba satisfecho de su penitencia. Ella no sobrevivió mucho tiempo á la seguridad de su perdon.

El *Martirologio romano* señala la fiesta de San Pablo el dia siete de marzo.

SAN SISOES O SISOIS ¹

Sisoes fué una de las más brillantes lumbreras de la soledad y mereció ser llamado por Nuestro Señor el vaso de eleccion del desierto. Renunció al siglo siendo todavia muy jóven y moró desde un principio en un monasterio de Sceté². Despues que se hubo allí ejercitado durante algunos años en renunciarse á sí mismo y en los trabajos de la penitencia, el desierto de Sceté le pareció demasiado frecuentado, por lo cual pasó el Nilo y se retiró en la montaña en la que San Antonio habia muerto hacía poco tiempo.

La memoria muy reciente de las virtudes de este santo patriarca no contribuyó poco á reanimar su fervor, como

¹ *Vitæ Patrum*, Caelin, Bulteau. Aunque san Sisoes vivió hasta el año 429, debe ser contado entre los solitarios del siglo cuarto, porque cuando murió hacía ya setenta y dos años que llevaba la vida religiosa.

² El desierto de Sceté estaba en el Bajo-Egipto, al oeste del Delta, cerca de las montañas de Nitria.

contó lo que Dios le habia dado á conocer, y rogó á aquel en quien habia visto un cambio tan feliz que dijese cómo se habia obrado en él. Este no pudo negar la verdad: declaró que habia estado hasta entonces sepultado en el pecado; pero que, habiendo oido leer en la iglesia un pasage de Isaias, en el que Dios promete perdonar á los que sinceramente se conviertan, habia entrado dentro de sí mismo, y con sentimiento de una viva compuncion habia dirigido á Dios la siguiente súplica: « ¡ Dios mio que vinisteis á este mundo para salvar á los pecadores y que, por vuestro profeta nos habeis hecho las promesas que acabo de oir, haced que yo sienta su efecto, aun cuando soy un gran pecador y muy indigno de vuestra gracia! Yo os prometo y protesto con todo mi corazon que desde este momento renuncio al pecado, que no volveré á caer más en él y que os serviré en adelante con una conciencia pura. Recibidme, pues, al presente, Dios mio, porque quiero hacer penitencia. Perdonad á un pecador que os suplica que borreis su crimen y que renuncia sinceramente al pecado. »

La pública confesion de este penitente edificó á todos los asistentes. Estos no admiraron menos la misericordia de Dios que el conocimiento que habia dado á su siervo del estado de este hombre y de la gracia que le habia otorgado, y dieron por ello muchas acciones de gracias al Señor, en alta voz.

Dios reveló tambien á su siervo el perdon que habia concedido á la penitente Thais, de la cual hablaremos en su lugar. San Pafnucio la habia convertido; y al cabo de tres años que la habia tenido encerrada en una celda de un monasterio de vírgenes, para hacer penitencia, fué á rogar á San Antonio que pidiera al Señor que le diera á conocer si la habia perdonado. El Santo juntó á sus discípulos y mandóles pasar la noche en oracion, para ver si Dios les reve-

laria lo que Pafnucio deseaba saber, sin explicarles lo que era. Pablo fué á quien Dios se lo dió á conocer: vió en el cielo una soberbia cama, guardada por tres vírgenes resplandecientes de gloria, y creyó que estaba reservada para su padre espiritual San Antonio; pero oyó una voz que le dijo que estaba destinada para Thais la pecadora convertida. Habiendo Pablo al dia siguiente contado esto, comprendió Pafnucio que Dios estaba satisfecho de su penitencia. Ella no sobrevivió mucho tiempo á la seguridad de su perdon.

El *Martirologio romano* señala la fiesta de San Pablo el dia siete de marzo.

SAN SISOES O SISOIS ¹

Sisoes fué una de las más brillantes lumbreras de la soledad y mereció ser llamado por Nuestro Señor el vaso de eleccion del desierto. Renunció al siglo siendo todavia muy jóven y moró desde un principio en un monasterio de Sceté². Despues que se hubo allí ejercitado durante algunos años en renunciarse á sí mismo y en los trabajos de la penitencia, el desierto de Sceté le pareció demasiado frecuentado, por lo cual pasó el Nilo y se retiró en la montaña en la que San Antonio habia muerto hacía poco tiempo.

La memoria muy reciente de las virtudes de este santo patriarca no contribuyó poco á reanimar su fervor, como

¹ *Vitæ Patrum*, Caelin, Bulteau. Aunque san Sisoes vivió hasta el año 429, debe ser contado entre los solitarios del siglo cuarto, porque cuando murió hacía ya setenta y dos años que llevaba la vida religiosa.

² El desierto de Sceté estaba en el Bajo-Egipto, al oeste del Delta, cerca de las montañas de Nitria.

si le hubiese visto presente y hubiese oído de su boca las admirables lecciones que en vida había dado á sus discípulos. Así que emprendió, más de lo que había hecho hasta entonces, una vida perfecta. Su penitencia era muy austera, su silencio riguroso, y dió ejemplos tan brillantes de las virtudes monásticas, que se atrajo la confianza de todos los solitarios que le conocieron.

Esto aparece por los frecuentes consejos que iban á pedirle; porque por más que procuraba esconderse, no podía evitar sus visitas y se veía obligado á ceder á la caridad para con sus hermanos el gusto que encontraba en guardar el retiro. La virtud que más les recomendaba era la humildad. Por sus respuestas se vé que casi siempre insistía en este punto, sobre el cual tanto más podía dar lecciones cuanto que él mismo era un modelo de la más profunda humildad.

Un solitario le dijo cierto día: « Padre mio, yo me considero como que estoy siempre delante de Dios. » A lo cual respondió él: « Esto no es mucho, hijo mio; sino que sería mucho mejor si os considerarais como si estuvieseis debajo de todas las criaturas; porque esto sirve eficazmente para adquirir la humildad. » Dijo á otro en ocasión semejante: « Hacedos muy pequeño; renunciad á las satisfacciones de los sentidos; desgajaos de las vanas solicitudes del siglo y hallareis la paz del corazón. » Habiéndole dicho otro hermano que todavía no había llegado á la perfección de San Antonio, exclamó: « ¡ Ah! si yo tuviese en el corazón uno solo de los sentimientos de este grande hombre, estaría completamente abrasado por el fuego del amor de Dios. »

Tenia de sí mismo tan bajos sentimientos (Vit. pp. lib. 5, n. 47.), que por austero que fuese su género de vida, se consideraba como un sensual y un goloso, y quería que por tal le tuvieran. Habiendo ido á verle algunos solitarios

y rogádole que les dijese algunas palabras de edificación, se excusó y les dejó conferenciar con su discípulo. Pero su ejemplo suplió pronto su negativa y les edificó más que si les hubiese hecho un largo discurso; porque mientras hablaban con su discípulo, tomó ocasión de alguna cosa que les oyó decir para gritarles desde el punto en que estaba que él no era más que un goloso que comía sin regla y sin necesidad; en lo cual estos buenos hermanos, que no ignoraban cuál era su mortificación, reconocieron su humildad y se volvieron edificados y satisfechos de su visita.

En efecto, lo que le hacía hablar así no podía ser otra cosa que el deseo de ser despreciado de los otros y el amor de la santa abyección; puesto que, muy lejos de faltar á las reglas de la abstinencia, que estaban en uso entre los solitarios, la mayor parte del tiempo no pensaba en tomar alimento y era necesario que su discípulo Abraham le advirtiese cuando era hora de comer, y aun algunas veces se admiraba de ello, creyendo que ya lo había hecho. ¡ Tan poca atención ponía en las necesidades del cuerpo!

Si por casualidad le sucedía, que la caridad le obligase á adelantar la hora de la comida en favor de los forasteros que iban á verle, desquitábase en seguida con un largo ayuno haciendo pagar á su cuerpo la condescendencia que solo había tenido para practicar mejor la caridad. Los solitarios vecinos sabían muy bien su costumbre. Un día en que el abad Adelfos, obispo de Nicopóleos, que ignoraba su costumbre, vino á verle, le rogó que se desayunase con él en la mañana que debía partir, y el Santo no quiso negárselo; pero vinieron entonces algunos ancianos y reprocharon á su discípulo, diciendo que habría debido impedirselo, porque sabía que su maestro, después de esta indulgencia, practicaría, según su costumbre, un ayuno muy

largo y muy austero ; lo cual habiendo oido el obispo, procuró darle muchas excusas.

Habiéndose reunido los solitarios para asistir á la celebracion de la Misa, despues del sacrificio, uno de ellos fué por dos veces á presentarle vino. Sisoés bebió un poco cada vez, más bien para no contristar á su hermano con un desaire que por deseo que de él tuviese. Pero como se lo presentase por tercera vez, creyendo que con las otras dos habia suficientemente respondido á la necesidad y á la caridad, se escusó de tomarlo, diciendo que el vino era una causa de tentacion ; y aconsejó usarlo de este modo á otro solitario que le preguntó cómo debia conducirse en semejante caso.

Temia tanto las alabanzas de los hombres que orando algunas veces con las manos levantadas hacia el cielo, las bajaba tan pronto como creía que podian verle, por miedo de que no tomasen de esto ocasion de estimarle más. Haciendo un dia su oracion en compañía de otro solitario, se le escaparon algunos suspiros ; pero apenas se dió cuenta de ellos cuando lo sintió mucho y dijo al otro religioso con mucha humildad : « Perdonadme, hermano mio, os suplico ; porque bien parece que yo no soy un verdadero solitario, suspirando de este modo delante de otro. »

Siempre dispuesto á acusarse, parece que no veia nada bueno en los otros que no tomase de ello motivo para condenarse á si mismo. Paseándose un dia solo por la montaña, en la que hacía diez meses que no habia visto á nadie, quiso la casualidad que encontrase un cazador al cual preguntó de dónde venia y cuánto tiempo hacía que estaba en aquel lugar. A la verdad, padre mio, le dijo el cazador, hace once meses que recorro esta montaña sin haber visto á otro hombre que vos. El Santo retiróse luego a su celda en la que, golpeando su pecho con un gran sentimiento de compuncion, decia : ¡ Ah Sisoés ! tu creías haber guar-

dado mucho la soledad permaneciendo solo alguna temporada y he ahí á un seglar que la ha guardado más tiempo que tú.

Tres solitarios, atraidos por la reputacion de su santidad, fueron á verle, y uno de ellos le dijo : Padre mio, ¿ cómo lo haré yo para evitar el fuego del infierno ? Y él nada contestó. Y yo, padre mio, continuó el segundo, ¿ cómo podré evitar el rechinar de dientes y aquel gusano que no morirá ? Y el tercero le dijo : ¿ qué haré yo tambien ? porque todas las veces que me represento las tinieblas interiores, me coge un sobresalto mortal. Entonces tomando la palabra les respondió : « Yo os aseguro, hermanos míos, que no pienso en estas cosas ; y como sé que Dios está lleno de bondad, espero que tenga piedad de mi. Estos religiosos, que esperaban una respuesta más directa y difusa, se retiraron demostrando alguna tristeza ; pero el Santo, no queriendo dejarles marchar descontentos, les llamó, y les dijo con mucha humildad : Sois muy felices, hermanos míos, y yo envidio vuestra virtud. Me habeis hablado de las penas del infierno y comprendo que estais tan penetrados de ellas que pueden ayudaros poderosamente á evitar el pecado. ¡ Ay ! ¿ Qué haré, pues, yo que tengo el corazón tan insensible, que ni siquiera pienso que despues de la muerte haya un lugar de suplicio destinado á castigar á los malos, lo cual es sin duda la causa de que cometa tantas faltas ? » Estos solitarios, edificados de una respuesta tan humilde, le pidieron perdon y se volvieron á su casa, confesando que lo que les habian contado de su humildad era muy verdadero.

Decia que hacia treinta años que dirigia á Jesucristo esta oracion : Jesús, Señor mio, no permitais que yo peque hoy con mi lengua ; y sin embargo, añadía él, cometo todos los dias alguna falta por este lado. Esto no podía ser en él sino un efecto tambien de su humildad ; porque guardaba

exactamente el retiro y el silencio y tenia la puerta de su celda siempre cerrada, á fin de ser menos interrumpido.

Como la dulzura es la fiel compañera de la humildad, Sisoos era tan dulce como humilde. Su zelo no tenia ninguna amargura. No se admiraba de las faltas de sus hermanos, y en lugar de reprochárselas con indignacion, les ayudaba á corregirse de ellas con suma paciencia. Un solitario que moraba en su vecindad, iba frecuentemente á decirle que habia pecado y el Santo le respondia siempre que se levantase. Pero, padre mio, le dijo un dia este religioso ¿ cuánto tiempo me dais para levantarme despues que caiga? Hacedlo, le dijo él, hasta tanto que la muerte os encuentre ó caido ó levantado.

Algunos hermanos le preguntaron si cuando un religioso habia caido en el pecado, debia hacer penitencia durante un año entero, y él respondió: Esto me parece muy fuerte. Pero, dijeron ellos ¿ deberá pues hacerla al menos durante seis meses? Es mucho, respondió: Entonces replicaron: ¿ al menos cuarenta dias? Todavía es mucho, añadió. ¿ Pues qué? dijeron los hermanos ¿ quereis que si inmediatamente despues de su caida se celebra el Santo Sacrificio, sea admitido á los santos misterios? Yo no digo esto, respondió el santo, pero pienso que la bondad de Dios es tal que si se convirtiese á él con un sincero pesar de su culpa, le recibiria él mismo allí en menos de tres dias.

Dijole un solitario: si encontrándome yo en mi celda, venia á ella un bárbaro para matarme, ¿ no podría yo, sintiéndome más fuerte que él, darle la muerte? « No, respondió él: sino confiadlo todo al Señor, porque en cualquier peligro en que uno se encuentre, hay que pensar que aquello es en castigo de nuestros pecados; y cuando nos sucede algun bien, hay que reconocer que solo lo recibimos de la bondad de Dios. »

Otro solitario le preguntó si cuando estando en viage se apercibía que su guia le apartaba del camino, debia reprehenderle. Respondióle él: No os lo aconsejaría yo ¿ Pues qué? le dijo el solitario ¿ habria pues que sufrir que me estraviase, sin decir palabra? ¿ Quisierais vos, pues, respondió el Santo, tomar un baston y pegarle? A cuyo proposito contóle el siguiente ejemplo: Hallándose en camino unos hermanos, en número de doce, sorprendióles la noche y advirtieron que su guia se engañaba. A pesar de esto no quisieron romper el silencio para reprehenderle, y cada uno de ellos iba pensando que ya se apercibiría de su descuido al llegar el dia y que entonces les volveria al buen camino. Así que siguiéronle con paciencia y anduvieron hasta doce millas. Al llegar el dia, viendo el guia su error, escusóse con ellos grandemente. Los hermanos le respondieron con toda dulzura: Bien lo habíamos observado; pero nada quisimos decir. Admirando entonces este hombre su paciencia y exactitud en guardar el silencio, quedó muy edificado, y esto sirvió para hacerle dar gloria á Dios.

Tenia por máxima que un solitario no debe escoger el trabajo de las manos que más le gusta. Tampoco queria que un hermano que, ó por su edad avanzada, ó por sus enfermedades, tuviese necesidad del auxilio de sus hermanos, estuviese pronto á mandarles: « Porque, decia, cuando hay quien toma cuidado de nosotros ¿ qué necesidad tenemos de mandar? » Habiéndose visto su discípulo obligado á emprender un viage, presentáronse otros hermanos para servirle; pero él se escusó de aprovechar su caridad y sufrió con paciencia hasta que volviese.

Para probarle, permitió Dios que unos sarracenos llegasen hasta su montaña, y que le despojaran á él y á su discípulo, llevándoseles las pocas provisiones que tenían. Cuando se hubieron retirado los bárbaros, salieron por los campos en busca de algun alimento, y habiendo el santo

viejo encontrado algunos granos de cebada, se contentó con meterse uno en la boca, y reservó en su mano los restantes para sus discípulos.

Dios, que se complace en ensalzar á los que más se abaten, honró á San Sisoés con el don de milagros; pero, como todo lo que le podia acarrear la estima de los hombres alarmaba su humildad, no queria que se publicase que hubiera recibido este maravilloso don; y no se obtenia de él prodigio alguno á no ser valiéndose de alguna estratagemá. Esto es lo que hizo un hombre que iba á verle con su hijo todavia muy jóven para pedirle su bendicion. Habiendo muerto el niño en el camino, el padre, sin alarmarse y lleno de confianza en las oraciones de San Sisoés no dejó de llevarselo. Habiendo entrado en su celda, púsole á sus piés como si no estuviese muerto, y él se puso tambien de esta manera, á fin de que les bendijera á uno y otro. Despues que el Santo hubo hecho sobre ellos su oracion, levantóse el padre, salió de la celda y dejó á su hijo junto al Santo; quien, viendo que no se meneaba, le dijo que se levantara tambien y siguiese á su padre. Entonces este padre, trasportado de gozo y admiracion, entró otra vez para arrojarle de nuevo á los piés del Santo, declaróle lo que habia hecho, y le dió muy sentidas gracias por la resurreccion de su hijo; pero Sisoés, que temia extremadamente el que se supiese que hacia milagros, affigióse por ello mucho, y mandó á decir á este hombre por su discípulo que se guardase bien de hablar de esto antes de su muerte. Libró tambien á este mismo discípulo de una violenta tentacion diciendo á Nuestro Señor con una fervorosa sencillez de corazon: « Dios mio, yo no me aparto de Vos hasta que le hayais librado del demonio que le atormenta. »

No hay que admirarse de que sus oraciones fuesen tan eficaces, pues que las hacia con un fervor extraordinario y eran tan sublimes que llegaban hasta el éxtasis. Otras ve-

ces su corazon estaba en ellas tan abrasado del amor de Dios que, no pudiendo casi sostener su vehemencia, se solazaba con frecuentes suspiros sin que de ellos se apercibiera, y hasta contra su voluntad.

Obligado á tener cuidado de los solitarios por la confianza que en él habian depositado, les prevenia con suma atencion contra las novedades de la heregia, al mismo tiempo que trabajaba en formarles en las virtudes. Algunos arrianos osaron ir á su montaña para dogmatizar allí entre los hermanos. Él no les replicó; pero dió orden á su discípulo que leyese en presencia suya un tratado que San Atanasio habia compuesto contra sus errores, el cual puso en evidencia la falsedad de sus dogmas y les cerró la boca. Despues que les hubo así confundido, despidióles con su ordinaria dulzura.

Su discípulo Abrahan, viéndole cargado de vejez y de enfermedades, le dijo que haria bien en aproximarse á paises habitados en donde podria ser más facilmente socorrido; á lo cual respondió: Ya que así lo juzgais á propósito, llevadme al menos á un sitio en donde no haya mujeres. Pero, contestóle su discípulo, las hay en todas partes, escepto en el desierto. Si esto es así, replicó él, llevadme al desierto.

Parece por la recoleccion de sus sentencias (Cot, t, 1, p. 671.), que cedió en seguida al sentimiento de su discípulo, y que se fué á morar algun tiempo en Clysma, ciudad situada á orillas del mar Rojo, ó al menos en sus cercanias. Allí fué donde habiendo ido á verle algunos seglares, quisieron entrar en grandes discursos con él; pero el Santo guardaba silencio, por lo cual uno de ellos dijo á los demás: ¿Porqué os haceis importunos á este buen viejo? Él no come y por esto no puede hablar. El Santo tomó entonces la palabra y le dijo: Yo como cuando lo exige la necesidad del cuerpo.

El abad Ammon ó Amun de Rayte fué tambien á visitarle y, viendo que estaba afligido por haber dejado su soledad, le representó que, siendo ya tan viejo, tenia necesidad de socorro, que no habria hallado en el desierto ; pero el Santo, echando sobre él una mirada de tristeza, le respondió : « ¿ Qué decis, Ammon ? ¿ no me bastaba la libertad de espíritu que yo allí gozaba ? »

Finalmente, habiéndose vuelto este hombre de Dios á su querida soledad, y encontrándose en ella al final de su carrera, los solitarios se juntaron en torno suyo para recoger sus últimos sentimientos. Rufino, que cuenta esto, dice que su rostro parecia luminoso y que, arrebatado fuera de sí mismo, prorumpió en estas palabras : « He ahí que el abad Antonio viene á mí. » Un poco despues, exclamó : « Veo el coro de los profetas » ; y en este momento su rostro pareció más resplandeciente. Añadió todavía : « He ahí á los apóstoles que vienen » ; y continuó hablando muy bajo, como si conversara con algunos Santos personajes. Los solitarios le rogaron que dijese con quiénes estaba conversando, y él añadió : « He ahí á los ángeles que vienen á recibir mi alma, y yo les ruego que esperen todavía algun tiempo para darme ocasion de hacer penitencia. » Ellos le respondieron. « Padre nuestro, vos ya no teneis necesidad de hacer penitencia » ; y él les replicó : « Yo no sé si solamente he comenzado á hacerla bien ». Estas últimas palabras les hicieron comprender por el conocimiento que tenían de su profunda humildad, que su virtud era consumada. Por último, su rostro apareció resplandeciente como el sol, y al mismo tiempo exclamó : « Mirad, mirad á Nuestro Señor que viene á mí. » Pronunciando estas palabras, espiró, y su celda fué en este momento embalsamada con un olor celestial. Con estas circunstancias cuenta Rufino su muerte. Acaeció esta hácia el año 429, setenta y dos al menos despues de que él se habia retirado á la

montaña de San. Antonio, lo cual muestra que habia ido allá muy jóven y que murió en una gran vejez. Su fiesta está indicada en algunos Martirologios latinos el cinco de julio. Los griegos la han colocado al dia siguiente en el Menologio.

No hay que confundir á este santo con otros dos Sisoes, que vivian en el mismo siglo (Bult. l. I, c. 3, n. 7.), uno de los cuales, por sobrenombre el Tebano, moraba en Calamon en el territorio de Arsinoé, y el otro tenia su celda en Petra. Se cuenta del Tebano que un solitario que habia sido ofendido por otro fué á contárselo, diciendo que habia resuelto vengarse. Sisoes le suplicó que dejase este cuidado á Dios ; pero este hermano, irritado, continuó protestando que se vengaria grandemente (Vit. CC. l. 5, lib. 16, n. 10). El santo viejo le dijo : Puesto que yo no puedo conquistar nada en vuestro espíritu, dirijámonos al menos los dos juntos á Dios ; » y levantándose, hizo en voz alta la siguiente oracion : « Dios mio, ya no hay necesidad que en adelante tomeis cuidado de nuestros intereses, y que os hagais nuestro protector, puesto que este hermano sostiene que nosotros mismos podemos y debemos vengarnos. » Esto conmovió tanto á dicho solitario que se arrojó á los piés de Sisoes, pidióle perdon de su resistencia y prometióle no querer en adelante mal á aquel de quien se creia ofendido.

Cierto dia dijo á su discípulo : « Dadme á conocer lo que encontráis en mí de defectuoso y yo os haré el mismo servicio. » Su discípulo le dijo : « Vos sois bueno ; pero algunas veces me pareceis algun tanto demasiado severo. » A lo cual respondió él : « Vos tambien, hijo mio, sois bueno ; pero me pareceis algunas veces algun tanto demasiado flojo. »

SAN JUAN DE EGIPTO

Ningun solitario despues de San Antonio tuvo mayor renombre de santidad ni fué más respetado que San Juan de Egipto, profeta y recluso en la Baja-Tebaida. No solamente le respetaron los pueblos sino tambien los grandes y emperadores. Los más célebres doctores ó escritores eclesiásticos, tales como San Jerónimo, San Agustin, San Próspero, Casiano, Saladio, Rufino, San Euquerio, y San Fulgencio, hicieron de él magníficos elogios. Hablamos valiéndonos de ellos.

Capítulo I.

Lyque ó Lycoples ¹, en la Baja-Tebaida, fué la patria de San Juan. En su juventud aprendió el oficio de carpintero y lo ejerció hasta la edad de veinte y cinco años. Despues de este tiempo, movido del deseo de no trabajar más que en su salvacion, renunció enteramente al siglo para retirarse á la soledad. Aun cuando los bienes que abandonó fuesen poca cosa, puede decirse de él lo que San Gerónimo dijo de San Pedro, que dejó mucho, porque no quedó en su razon ningun afecto á los bienes de la tierra.

Este primer sacrificio fué seguido del de su propia voluntad. Púsose bajo la conducta de un antiguo solitario para ejercitarse en la obediencia, y sirvióle con tanta humildad, celo, y hasta destreza, que el buen viejo temió que no obrase ó bien por fuerza ó bien por algun afecto natural, lo que le indujo á asegurarse de la pureza de sus intencio-

¹ Hoy día Siout, cerca de la orilla izquierda del Nilo.

nes, mandándole cosas probablemente imposibles ó que parecían chocar con el sentido humano.

La primera que le mandó fué regar dos veces cada dia un palo seco y medio podrido, hasta tanto que hubiese echado raices y sacado hojas y ramas. Esta prueba duró un año, durante el cual Juan no desmintió jamás su obediencia, aun cuando se veia obligado á ir á buscar el agua á dos millas de allí.

Su ciega sumision fué conocida de los religiosos de los monasterios vecinos, en los cuales no se hacia caso más que de la práctica de las virtudes; y muchos de ellos fueron á ver á su superior para asegurarse por sí mismos y edificarse con el ejemplo de un tan excelente discípulo. Como le hablasen de él con admiracion, el viejo llamó á Juan y le dijo en presencia suya que fuese á echar por la ventana una redomilla de aceite que componia toda su provision, lo que ejecutó al instante, sin decir palabra de la necesidad que de ella tenian.

Habiendo igualmente deseado otros religiosos verle practicar algun acto de obediencia, el viejo le llamó tambien, y le dijo que corriese aprisa hácia una roca que le mostró y la hiciese rodar hasta el lugar en que ellos estaban. Era esta una masa tal de piedra que muchos hombres juntos no habrian podido mover de su sitio, y sin embargo Juan corrió allá para hacerla rodar, y la empujó ya con la espalda, ya con el estómago, haciendo todos los esfuerzos de que era capaz hasta llegar á mojar sus vestidos y aun la roca por la abundancia del sudor, testificando con esto que cuando su superior le mandaba alguna cosa, él no miraba, si era posible ó no, sino que el respeto que tenia á sus órdenes, en las cuales reconocía las de Dios, le hacia juzgar que nada podia mandarle sin que tuviese para ello justas razones.

Casiano, que cuenta estos tres ejemplos de su obediencia,

dice que Dios se la recompensó con el don de profecía, al cual le elevó en lo sucesivo. Juan se ejercitó así once ó doce años en renunciar á su propia voluntad ; despues de lo cual, habiendo muerto su padre espiritual, permaneció cerca de cinco años en diferentes monasterios para perfeccionarse en ellos más y más en las virtudes religiosas, y retiróse por fin al desierto para vivir en él como perfecto anacoreta.

El lugar que escogió fué una montaña desierta á dos leguas de Lycople. Allí se cavó una gruta en una roca de difícil acceso y cerró su entrada á fin de ser menos estorbado de los ejercicios de la vida interior y contemplativa. Tenia cuarenta ó cuarenta y dos años cuando allí se retiró, y permaneció encerrado en aquel lugar hasta la edad de noventa años, sin abrirla á nadie, excepto el último año de su vida que introdujo en ella á Paladio, por quien conocemos su historia.

Por más deseos que tuviese de no vivir allí sino con Dios, no pudo impedir que de todas partes recurriesen á él ; de suerte que se vió obligado á permitir que se edificase un alojamiento poco lejos de su celda, á fin de que los que iban á verle estuviesen á cubierto de las injurias del tiempo, y se ejercitase con ellos la hospitalidad, tan grandemente recomendada en el Evangelio, Pero él no hablaba más que el sábado y el domingo, por la ventana que le servia para recibir lo que le era necesario, y jamás quiso permitir que ninguna muger se acercase á su celda.

La vida que hacía en este lugar era totalmente celestial. Vacaba sin cesar á la oracion y á la contemplacion ; su corazón desapegado de la tierra y libre de las solicitudes mundanas, se elevaba á Dios con una entera libertad y comunicándose Dios á su alma á proporcion de su desapego, la llenaba de luces y de abundantísimas gracias. A esta pureza de corazón atribuia Rufino la gracia de profecía que

recibió, como Casiano la atribuye á su obediencia. Ella puede haberle sido concedida en virtud de la una y de la otra, puesto que las dos concurren á disponer maravillosamente un alma para el más íntimo comercio con Dios.

Su abstinencia era grande, segun la costumbre de los solitarios de aquellos dichosos tiempos. No comia nada cocido, ni siquiera pan, sino solamente frutas, una vez al día hácia el anochecer, y en muy pequeña cantidad. Observó esta austeridad hasta el fin de su vida ; y habíase tan acostumbrado á ella por el largo uso, que no habria podido cambiar en lo sucesivo su género de vida cuando lo hubiese querido, por haber con ella extenuado estremadamente su estómago.

Dios, que le favoreció con gracias extraordinarias, como pronto veremos, no le dispensó de pasar por la tentacion, puesto que la hace servir para probar á los más grandes santos. Los demonios se esforzaron frecuentemente en turbarle durante la noche, para impedirle que orase ó tomara algun descanso y, añadiendo el insulto á la pena que le causaban, se le aparecian por la mañana bajo figuras sensibles y finjian pedirle perdon del mal que le habian hecho durante la noche.

Esos espíritus de malicia, atentos siempre al lado de los siervos de Dios en aprovecharse de las menores ocasiones de seducirles, llevaron, en un encuentro, una pequeña ventaja sobre él. Persuadiéronle que prolongase su ayuno dos dias consecutivos, á fin de abatir más facilmente su espíritu abatiendo del todo su cuerpo gastado ya por la vejez y consumido por su ordinaria abstinencia.

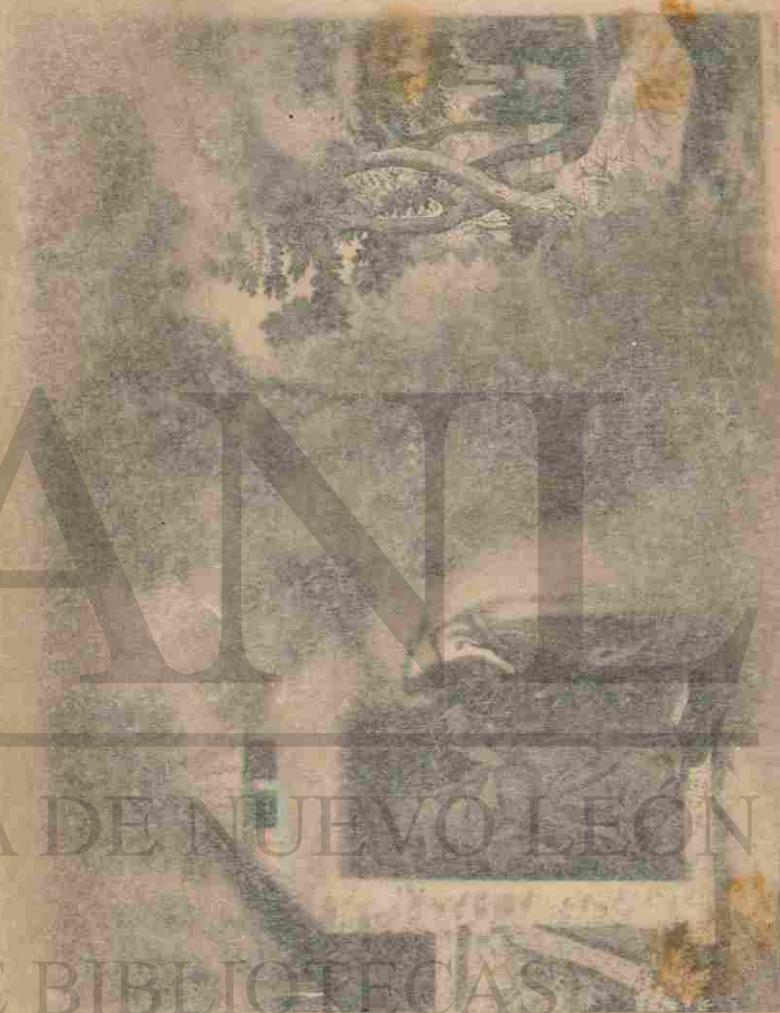
El Santo, á quien el amor de la penitencia habria llevado á sufrirlo todo, cayó en la ilusion ; y cuando al fin del segundo dia quiso ponerse á la mesa, el demonio se le dejó ver bajo la figura de un Etíope feo y, echándose á sus rodillas, le dijo con una insultante chanza : « Perdóname, si

te place; yo soy quien te ha llevado á este largo ayuno. » Con esta confesion volvió en si el Santo, y aunque muy hábil en el discernimiento de los espíritus, comprendió que en esta ocasion habia sido seducido. Casiano es quien nos dice esto, el cual lo habia sabido del abad José, en la conferencia que con él tuvo sobre la necesidad de usar de discrecion. Pero esto solo sirvió para conservar á este gran siervo de Dios en una mayor vigilancia; y esta débil victoria del artificio del demonio nada fué al lado de las que él á su vez obtuvo siempre sobre el maligno espíritu.

Hacia treinta años que vivia así encerrado en su celda, combatiendo contra los poderes de las tinieblas, practicando muy grandes austeridades, vacando noche y dia á la oracion y viviendo, por decirlo así, en el cielo, por la sublimidad de su contemplacion, como si no estuviese en este mundo, cuando recibió de Dios la gracia de profecia con tanta abundancia de luz que nada se escapaba á su conocimiento, por escondido que estuviese, ya en los repliegues de las conciencias, ya por la distancia de los lugares ó en la oscuridad del porvenir.

Yendo muchos á él así de los paises apartados como de la vecindad, les declaraba, cuando era necesario, lo que ellos creian muy escondido en el fondo de su corazon; y cuando habian cometido algun gran pecado en secreto les corregia de él en particular con celo y dulzura para incitarles á arrepentirse y corregirse. Tambien anunciaba por adelantado si los desbordamientos del Nilo serian grandes ó medianos, de lo que dependia la buena ó mala cosecha, y advertia á los hombres, cuando estaban amenazados por sus pecados con la cólera de Dios, haciendo conocer los crímenes que le irritaban contra ellos y exhortando á los pecadores á prevenir su justa venganza por el arrepentimiento y mudanza de vida.

Estos no eran sino los menores objetos de sus predicciones. Entre los otros que más ruido hicieron, puede con-



San Refuocio y Santa Tais.

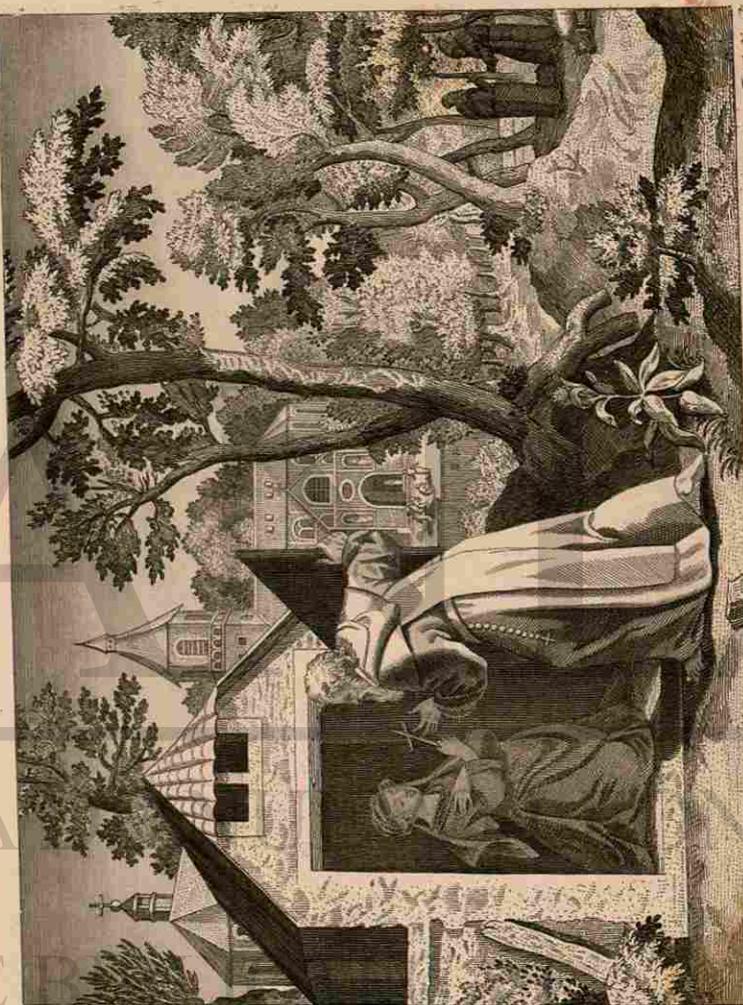
te place; yo soy quien te ha llevado á este largo ayuno. » Con esta confesion volvió en si el Santo, y aunque muy hábil en el discernimiento de los espíritus, comprendió que en esta ocasion habia sido seducido. Casiano es quien nos dice esto, el cual se halla en el tratado del abad José, en la confesion que hizo de su vida, en la necesidad de usar de discrecion. Pero esta confesion no le sirvió para conservar á este gran siervo de Dios en una constante vigilancia; y esta débil victoria del espíritu del demonio nada fué al lado de las que él á su vez obtuvo siempre sobre el maligno espíritu.

Dios le permitió que vivia así encerrado en su celda, ejerciendo los poderes de las linieblas, practicando las virtudes, vacando noche y dia á la oracion, y elevándose por decirlo así, en el cielo, por la sublimidad de su contemplacion, como si no estuviese en este mundo, cuando recibió de Dios la gracia de profecia con tanta abundancia de luz que nada se escapaba á su conocimiento, por escondido que estuviese, ya en los repliegues de las conciencias, ya por la distancia de los lugares á la vista de la humanidad del porvenir.

Yendo á predicar en los países apartados de la vecindad, iba de noche, cuando era necesario, lo que ellos creían muy extraño en el fondo de su corazon; y cuando habian cometido alguna gran maldad en secreto les corregia de día, castigando con castigos divinos para incitarles á arrepentirse y corrección. También anunciaba por adelantado si los desbordamientos del Nilo serian grandes ó medianos, de lo que dependia la buena ó mala cosecha, y advertia á los hombres cuando estaban amenazados por sus pecados con la cólera de Dios, haciendo conocer los trismenes que le irritaban contra ellos y exhortando á los pecadores á prevenir su justa venganza por el arrepentimiento y mudanza de vida.

Estos no eran sino los menores objetos de sus predicciones. Entre los otros que más ruido hicieron, puede con-

Tome 1.



Saint Paphnuce & Sainte Thais.

San Pafnucio y Santa Tais.

Paris, chez la Citoyenne Lesclapart, Palais National, ci-devant, au Salon de Peinture, sous le Vestibule, par le N. N. 100.

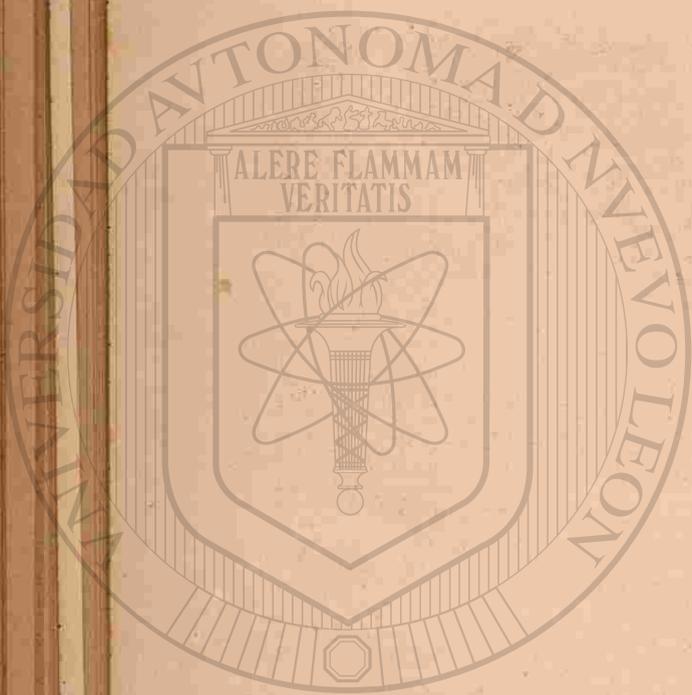


tarse el de la derrota de los Etiópes cuando entraron en la tierras del imperio del lado de Sena, primera ciudad que se encontraba en la Alta-Tebaida al salir de su país. Por de pronto habían hecho pedazos á las tropas que se les había opuesto, llevado á cabo muchos estragos y arrebatado un rico botín. Era de temer que llevasen mas allá sus conquistas porque eran en mucho superiores en número á las tropas romanas; de suerte que el general que mandaba estas no encontró mejor recurso que los avisos y oraciones de nuestro santo.

Fué, pues, á consultarle sobre lo que debía hacer y el siervo de Dios le respondió, designando el día en el que debía cumplirse su predicción, que podía marchar sin miedo sobre los enemigos: que en aquel día obtendría sobre ellos una completa victoria, que se enriquecería con sus despojos y recobraría lo que le hubiesen tomado. El efecto siguió á la predicción; y como este oficial, á la vuelta de su expedición fuese á darle las gracias, le predijo también que estaría en gran crédito para con el emperador, lo que confirmó el suceso.

Habiendo ido á verle otro oficial, su muger, á la que había dejado en cinta, dió á luz el mismo día en que él había llegado á su celda, pero se hallaba en peligro de muerte. Por lo cual le dijo el Santo: Vos daríais sin duda gracias al Señor, si supierais que hoy os ha dado un hijo. Su madre está en peligro; pero Dios la asistirá y la encontraréis curada. Volveos diligentemente á vuestra casa y llegaréis á ella al séptimo día del nacimiento del niño. Ponedle por nombre Juan. Alimentadle en vuestra casa hasta la edad de siete años, sin permitir que tenga comunicación alguna con los paganos; y después de este tiempo, confiad su educación á algunos solitarios para que le instruyan en una santa y celestial disciplina. »

Sus más famosas predicciones fueron las que hizo al em-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

perador Teodosio el grande, á quien informó por adelantado, en diversas ocasiones, de las irrupciones de los bárbaros por la provincias, de la sublevacion de los tiranos, de los medios de domarlos, y de muchos otros acontecimientos de su reino. Este príncipe le hizo principalmente consultar sobre dos enemigos que tuvo que combatir. Fué el uno el tirano Máximo, ya victorioso de los dos emperadores Graciano y Valentiniano, al primero de los cuales habia matado en 383, y arrojado al otro de sus estados en 387. Juan le hizo asegurar la victoria y que la obtendria sin mucha sangre. Fiado en su palabra marchó Teodosio, aunque con tropas inferiores; deshizo á Máximo en dos combates en la Pannonia, pasó los Alpes sin obstáculo, le persiguió y sorprendió finalmente en Aquilea, donde sus soldados le cortaron la cabeza.

Cuatro años despues, habiéndose apoderado Eugenio del imperio de Occidente, por el crédito del conde Arbogasto, que habia hecho estrangular al jóven Valentiniano, Teodosio resolvió marchar contra él para vengar la muerte de este príncipe. Eugenio, que ya lo esperaba, se preparó á lo pagano por medio de las supersticiones de la idolatria y de la magia. Hizo consultar á un hombre que se gloriaba de predecir el porvenir por medio de los sortilegios. Los idólatras de Roma hacian tambien por él grandes sacrificios, sondeaban curiosamente las entrañas de las víctimas y creian hallar felices presagios. Pero Teodosio, guiado por la verdadera religion, buscó la verdad en más puras fuentes. Envió á la Tebaida al eunuco Eutropio, para procurar de determinar á San Juan á que fuese á verle ó saber de él si era voluntad de Dios que atacase al tirano ó si debia aguardar á que el tirano viniese á atacarle á él.

Eutropio ejecutó su comision como un siervo zeloso. Hizo al Santo fuertes instancias para inducirle á que se fuese junto al emperador; pero no pudiendo persuadirle á

que dejase su soledad, supo de él que el emperador obtendria la victoria; que esta seria más sangrienta que la que habia obtenido sobre Máximo; que daria muerte al tirano; que no le sobreviviria mucho; que moriria en Italia y dejaría á su hijo el imperio de Occidente. Todo esto se cumplió á la letra. Teodosio marchó contra Eugenio y al principio temió ser derrotado puesto que en la primera jornada perdió diez mil Godos; pero al dia siguiente la victoria se declaró del todo por él y pareció evidentemente que solo la debia á las oraciones del Santo, puesto que se habia visto en gran peligro de perderla. Dióse la batalla en la llanura de Aquilea, el 6 de setiembre del año 394. Teodosio no sobrevivió á ella más que hasta el 17 de enero del año siguiente, y con su muerte dejó el imperio de Oriente á Arcadio y el de Occidente á Honorio, sus hijos.

El don de profecia que San Juan habia recibido de Dios fué acompañado del de los milagros. Obrólos aun en ausencia suya, sobre todo en favor de algunas mugeres; porque jamás quiso permitir que ninguna se acercara á su celda. Habiéndose puesto ciega la de un senador, no cesaba de importunar á su marido á que la llevase al Santo. El marido, que sabia que el santo jamás habia de permitirlo no encontró otro expediente mejor, que el ir á suplicarle que orase por ella. Hizolo así y envióle a más de esto aceite que él habia bendecido, con el cual frotando sus ojos la enferma recobró la vista. Apesar de que obraba milagros sin este aceite bendito, servíase de él ordinariamente á fin de que la curacion de los enfermos se atribuyese menos á él que á la virtud de la bendicion. De este modo ocultaba por humildad la gracia que habia recibido. Tambien atribuia sus efectos á la fé de los que á él se dirigian, asegurando que no era oido por mérito alguno suyo sino solamente porque Dios queria conceder estos favores á aquellas personas.

La firme resolucion que tenia hecha de no hablar á nin-

guna muger dió lugar á una singular maravilla, y de la que hizo gran caso San Agustin (Aug. de Cura, pro. mort. c. 17.). Un maestre de campo, que conducia rebaños á Pena, á donde le siguió su muger, fuése, á peticion de esta, á la celda del Santo, para obtener de él que permitiese que fuese tambien ella allá á recibir su bendicion, habiéndole hecho correr grandes peligros el gran deseo que de ello tenia. San Juan le respondió que jamás habia visto mugeres desde que se habia encerrado en su celda, y que lo que pedia era de todo punto imposible. No por esto se rindió el oficial sino que continuó en importunarle más, asegurándole que si le negaba esta gracia, su muger moriria de afliccion, mientras que concediéndosela, ella recibiria una maravillosa ventaja por la dicha de haberle visto.

El Santo, admirando su fé y su perseverancia, y no queriendo causarle, ni á su esposa el pesar de una entera negativa, ni faltar por otra parte á su resolucion, le dijo: « Id; vuestra muger me verá sin venir aqui, y aun sin salir de su casa. » A esta respuesta se retiró el oficial, rumiando en su espíritu cuál podia ser su sentido; lo cual no dió menos materia de reflexion á su muger cuando se lo contó. Llegada la noche, cuando ella estaba dormida, se le presentó el Santo en sueños y le dirigió estas palabras: « ¡ Oh muger! tu fé es grande y me obliga á venir aqui á satisfacer á tu súplica. Yo te advierto, sin embargo, que no desees ver el rostro material de los siervos de Dios, sino que más bien contemples con los ojos del espíritu sus vidas y sus acciones, porque *la carne no sirve de nada y el espíritu vivifica* (Joan. 6). En cuanto á mí, no es en calidad de justo y de profeta, como tu piensas, sino solamente en virtud de tu fe, el que habiendo rogado por tí, Dioste haya concedido la curacion de todos los males que sufres en tu cuerpo. Tu gozarás, pues, y tu marido tambien, empezando desde hoy, de una perfecta salud, y toda tu casa será colmada de ben-

diciones; pero no olvideis jamás ninguno de los dos los beneficios que de él habeis recibido. Vivid siempre en su temor; no deseis nada más allá de los salarios que son debidos á vuestro cargo, y finalmente contentaos de haberme visto en sueños sin pedir más. »

Al despertar esta muger, contó á su marido lo que habia visto y oido, y detallóle tan bien las facciones del rostro del Santo, el color y la forma de su hábito, y todas las otras señales por las que podia ser reconocido, que no pudo dudar que el Santo se le hubiese aparecido en sueños. Asi que, lleno de admiracion, volvió á la cueva de San Juan, contóle todo lo que habia sucedido á su esposa, le dió acciones de gracias y, despues de haber recibido su bendicion, prosiguió su viaje con un perfecto contento.

Hay que hablar ahora de la visita que le hicieron Paladio y otros solitarios, y de las admirables instrucciones que de ellos recibieron. Paladio estaba en el desierto de Nitria con Evagrio su maestro, Alvino, Ammon y otros tres. Como cierto dia estuviesen hablando del ruido que producía la reputacion de S. Juan, Evagrio testificó que hubiese tenido un gran gozo de saber verdaderamente cuánta era la eminencia de su virtud, por medio de alguno que fuese capaz de discernir su espíritu y su manera de orar.

Sintiéndose Paladio bastante fuerte para emprender el viaje ó ir por sí mismo á asegurarse de ello, puesto que entonces no tenia más que veinte y seis años, partió sin decir nada á nadie, y llegó finalmente con mucha pena á la montaña del Santo. Pues á más de que habia diez y ocho jornadas de camino, que él hizo á pié, y parte por agua, como que era el tiempo de la crecida del Nilo, durante la cual eran frecuentes las enfermedades, cayó enfermo como muchos otros.

Al llegar, encontró que el vestibulo de la celda del Santo estaba cerrado y supo que no se abria más que el sábado

y el domingo. Aguardó hasta este tiempo á que le dejasen entrar, y vió al Santo sentado en su ventana, al través de la cual hablaba á los que se le acercaban. Tan pronto como el Santo le vió, saludóle y le preguntó por intérprete de qué país era; y qué objeto le llevaba allí, añadiendo que le parecía de la compañía de Evagrio.

Paladio satisfizo á todas estas preguntas; pero mientras conversaban así, entró el gobernador de la provincia, llamado Alipio, y se acercó apresuradamente á San Juan. El Santo dejó entonces á Paladio, quien se retiró aparte para dejarles hablar en libertad. Como su conversacion era larga, Paladio empezó á cansarse de esperar y se levantaron en su corazon sentimientos de murmuracion, como si el Santo hiciese poco caso de él y como si en su proceder hubiese acepcion de personas; de suerte que pensaba retirarse del todo.

El Santo conoció en este momento lo que pasaba en su alma y envióle á su intérprete, llamado Teodoro, para decirle que no se impacientase, porque pronto iba á despedir al gobernador. Esta palabra hizo entrar á Paladio dentro de sí mismo. Reconoció cuán esclarecido por el cielo estaba el Santo, puesto que habia penetrado su pensamiento y aguardó sin pena á que se retirase el gobernador.

Entonces San Juan le llamó, y le dió una dulce correccion por el juicio que habia formado y por la murmuracion interior de la que se habia dejado llevar; despues de lo cual, para consolarle, le dijo (Math. 9). : « ¿ No sabeis lo que está escrito que no son los sanos sino los enfermos los que tienen necesidad de médico? Yo puedo hablaros cuando quiero, como tambien vos á mi; y aun cuando no pudiese consolaros, hay otros padres y otros hermanos que pueden hacerlo. Pero estando este gobernador entregado, bajo el poder del demonio, á los negocios temporales en que se ocupa, y habiendo venido á mí para reci-

bir algunos saludables avisos, en este poco tiempo que ha tenido para respirar, á la manera que un esclavo que huye del dominio de un amo insoportable y de mal genio ¿ qué motivo habia para que yo le dejase á fin de hablar con vos que continuamente os ocupais en lo que atañe á vuestra salvacion? »

Paladio, despues de esto, le suplicó en seguida que orase por él; pero el santo viejo, dándole una pequeña bofetada, como á un hijo suyo, con una alegría dulce y agradable, continuó hablándole en estos términos : « Vos no os veréis exento de penas y ya habeis sostenido grandes combates con el pensamiento de abandonar vuestra soledad; pero el temor de ofender á Dios os ha hecho diferir la salida. El demonio os atormenta con esto y no deja de alegar razones aparentes y pretextos de piedad. Os ha representado el pesar que tiene vuestro padre de vuestra ausencia, y que vuestra vuelta induciría á vuestro hermano y á vuestra hermana á abrazar la soledad. Pero yo os anuncio una buena noticia, certificándoos que uno y otro están seguros, puesto que han renunciado al mundo, y que vuestro padre vivirá todavía siete años. Permaneced, pues, con un corazon firme y constante en la soledad, y no penseis más en volver por amor de ellos á vuestro pais, porque está escrito : *Aquel que, despues de haber puesto la mano al arado, vuelve la cabeza atrás, no es apto para el reino de Dios.* (Luc. 9.)

Estas palabras consolaron y fortalecieron mucho á Paladio; y, habiéndole en seguida preguntado el Santo con la misma alegría si deseaba ser obispo, respondió que no, porque ya lo era, puesto que, segun la etimología griega, esta palabra significa intendente y celador. ¿ De qué ciudad, pues, sois obispo, le dijo el Santo? Lo soy, respondió Paladio sonriendo, de la cocina, de la despensa y de la mesa, porque yo velo con cuidado sobre todas estas cosas; he

ahí mi obispado y la intendencia que mi delicadeza me ha hecho tomar. Cesad de chancearos, le dijo el Santo sonriendo ; porque vos sereis un dia obispo, y sufrireis muchos trabajos y aflicciones. Pero si quereis evitarlos, no salgais de vuestra soledad ; puesto que mientras permaneciereis en ella, nadie podrá consagraros obispo. »

En pocos años experimentó la verdad de esta profecía : porque, al cabo de tres años, viéndose amenazado de hidropesia, consintió que le enviasen á Alejandria, desde donde, por aviso de los médicos, pasó á Palestina y luego á Bitinia, en donde fué hecho obispo de Helenópolis. Encontróse en seguida envuelto en la persecucion que sufrió San Juan Crisóstomo, y estuvo once meses oculto en un cuarto muy oscuro. Entonces se acordó que este gran profeta le habia predicho las penas que padecia.

Sin embargo el Santo, queriendo animarle á sufrir con paciencia su soledad, le dijo que hacia cuarenta años que vivia encerrado en la suya sin haber visto jamás á muger alguna, ni una pieza sola de moneda, ni siquiera ver comer á nadie.

Paladio volvióse en seguida á Nitria, en donde contó á Evagrio y á los otros cinco lo que habia visto de este hombre admirable, y les inspiró con su relacion un deseo más ardiente de ir tambien ellos á verle, lo cual hicieron dos meses despues. A su vuelta, contaron á Paladio lo que habia pasado en su visita ; pero él no lo insertó en su historia.

Capítulo II.

Poco más ó menos por el tiempo de la visita de Evagrio (Vit. pp. 12, c. 1), Rufino, ó como otros creen, San Petronio, que habla por la pluma de Rufino, se fué al Santo con otros seis, para edificarse junto á él. Fueron recibidos con

demostraciones de ternura y de una caridad verdaderamente cristiana. Como era costumbre entre los solitarios de Egipto hacer la oracion antes de comenzar su conferencia, suplicaron al santo viejo que tuviese á bien hacerla y darles su bendicion. Él les preguntó si entre ellos habia algun eclesiástico á lo cual respondieron todos que no.

Entonces el Santo considerándoles atentamente á los unos despues de los otros, cuando llegó al más jóven, dijo, mostrándole con el dedo : Este es diácono. Éralo en efecto ; pero no lo habia dicho sino á uno de la compañía en quien tenia mucha confianza, escondiendo por humildad su carácter por no parecer que superaba en dignidad á aquellos hombres santos á los que se reconocia muy inferior en mérito. Persistió, pues, en negarlo ; pero San Juan le tomó por la mano, se la besó y le dijo : « Guardaos, hijo mio, de desconocer la gracia que habeis recibido de Dios, por miedo de que un bien no os haga caer en un mal y la humildad en la mentira ; porque no hay que mentir jamás, no solo con mal fin, pero ni siquiera bajo pretexto de un bien ; porque la mentira no procede de Dios sino de una mala causa, como nos lo enseña el Salvador (Matth. 5). » El diácono, instruido con esta dulce amonestacion, no se obstinó ya en encubrir la verdad y confesóla con su silencio.

Despues que hubieron hecho la oracion, uno de los hermanos, que sufría mucho de tercianas, rogó al Santo que le curase. Él le respondió que pedia ser curado de una incomodidad que le era útil ; puesto que las almas son purificadas por las enfermedades, como con la sal son limpiados los cuerpos. Sin embargo no dejó de bendecir el aceite, con el que frotándose el enfermo, recobró la salud y estuvo en estado de volver á pié al lugar destinado para alojarse él y sus compañeros.

El Santo recomendó que fuesen allí tratados segun las reglas de la hospitalidad cristiana, y despues que se hubie-

ahí mi obispado y la intendencia que mi delicadeza me ha hecho tomar. Cesad de chancearos, le dijo el Santo sonriendo; porque vos sereis un dia obispo, y sufrireis muchos trabajos y aflicciones. Pero si quereis evitarlos, no salgais de vuestra soledad; puesto que mientras permaneciereis en ella, nadie podrá consagraros obispo.»

En pocos años experimentó la verdad de esta profecía: porque, al cabo de tres años, viéndose amenazado de hidropesia, consintió que le enviasen á Alejandria, desde donde, por aviso de los médicos, pasó á Palestina y luego á Bitinia, en donde fué hecho obispo de Helenópolis. Encontróse en seguida envuelto en la persecucion que sufrió San Juan Crisóstomo, y estuvo once meses oculto en un cuarto muy oscuro. Entonces se acordó que este gran profeta le habia predicho las penas que padecia.

Sin embargo el Santo, queriendo animarle á sufrir con paciencia su soledad, le dijo que hacia cuarenta años que vivia encerrado en la suya sin haber visto jamás á muger alguna, ni una pieza sola de moneda, ni siquiera ver comer á nadie.

Paladio volvióse en seguida á Nitria, en donde contó á Evagrio y á los otros cinco lo que habia visto de este hombre admirable, y les inspiró con su relacion un deseo más ardiente de ir tambien ellos á verle, lo cual hicieron dos meses despues. A su vuelta, contaron á Paladio lo que habia pasado en su visita; pero él no lo insertó en su historia.

Capítulo II.

Poco más ó menos por el tiempo de la visita de Evagrio (Vit. pp. 12, c. 1), Rufino, ó como otros creen, San Petronio, que habla por la pluma de Rufino, se fué al Santo con otros seis, para edificarse junto á él. Fueron recibidos con

demostraciones de ternura y de una caridad verdaderamente cristiana. Como era costumbre entre los solitarios de Egipto hacer la oracion antes de comenzar su conferencia, suplicaron al santo viejo que tuviese á bien hacerla y darles su bendicion. Él les preguntó si entre ellos habia algun eclesiástico á lo cual respondieron todos que no.

Entonces el Santo considerándoles atentamente á los unos despues de los otros, cuando llegó al más jóven, dijo, mostrándole con el dedo: Este es diácono. Éralo en efecto; pero no lo habia dicho sino á uno de la compañía en quien tenia mucha confianza, escondiendo por humildad su carácter por no parecer que superaba en dignidad á aquellos hombres santos á los que se reconocia muy inferior en mérito. Persistió, pues, en negarlo; pero San Juan le tomó por la mano, se la besó y le dijo: «Guardaos, hijo mio, de desconocer la gracia que habeis recibido de Dios, por miedo de que un bien no os haga caer en un mal y la humildad en la mentira; porque no hay que mentir jamás, no solo con mal fin, pero ni siquiera bajo pretexto de un bien; porque la mentira no procede de Dios sino de una mala causa, como nos lo enseña el Salvador (Matth. 5).» El diácono, instruido con esta dulce amonestacion, no se obstinó ya en encubrir la verdad y confesóla con su silencio.

Despues que hubieron hecho la oracion, uno de los hermanos, que sufría mucho de tercianas, rogó al Santo que le curase. Él le respondió que pedia ser curado de una incomodidad que le era útil; puesto que las almas son purificadas por las enfermedades, como con la sal son limpiados los cuerpos. Sin embargo no dejó de bendecir el aceite, con el que frotándose el enfermo, recobró la salud y estuvo en estado de volver á pié al lugar destinado para alojarse él y sus compañeros.

El Santo recomendó que fuesen allí tratados segun las reglas de la hospitalidad cristiana, y despues que se hubie-

ron aprovechado de su caridad con el alimento del cuerpo, volvieron á él con diligencia para que les diese el del alma. Recibiéoles nuevamente con la misma demostracion de ternura que si hubiesen sido sus propios hijos. Obligóles á que se sentaran y les preguntó de dónde venian y cuál era el objeto de su viage. Respondieron que venian de Jerusalem para ser testigos oculares de lo que la fama les habia dado á conocer, puesto que lo que uno ve con sus propios ojos se graba mucho más profundamente en el espíritu que lo que solo se sabe de oidas.

Hízoles entonces el siguiente largo discurso, del cual dice Rufino que no cita más que una parte, pero que encierra una excelente moral y máximas muy interesantes para la vida espiritual :

« Queridos hijos míos, les dijo, yo me admiro que hayais querido hacer un tan largo camino, puesto que nada podríais hallar en nosotros, viéndonos, que merezca tomarse esta pena. Porque nosotros somos hombres débiles é imperfectos y que nada tenemos que sea digno de ser buscado ó admirado. Pero aun cuando tuviésemos cualidades que pudieran responder á la opinion que de ellas habeis concebido ¿ qué seria esto en comparacion de lo que podeis aprender de los profetas y apóstoles en las sagradas Escrituras, que se leen en todas las iglesias de Dios, á fin de que los hombres no se vean obligados á ir á buscar en países extranjeros y en provincias lejanas los ejemplos en los cuales deben modelar su vida, sino que cada uno encuentre en su casa y en sí mismo lo que debe esforzarse en imitar? He ahí la razon por la cual yo no puedo admirarme bastante de que por el deseo de adelantaros en la virtud hayais con tanta pena y fatiga atravesado muchas provincias y sufrido tan grandes trabajos, sabiendo que nuestra pereza y abandono es tal que no osamos siquiera salir fuera de nuestras celdas. Pero ya que estimais que hay algo en nosotros,

de que podeis sacar utilidad, debo empezar por advertiros que os pongais en guardia, no sea que en este mismo hecho de veniros á ver y de sufrir con este objeto tan grandes incomodidades, se mezcle algun pensamiento de vanidad, y de este modo no tanto seais llevados por el deseo de adelantar en la virtud cuanto por el de levantaros sobre los otros, gloriándoos de haber visto á aquellos á los que ellos no conocen sino por relacion de otros.

« La vanidad es un pecado tan grande y tan peligroso que es capaz de hacer caer las almas de lo mas alto de la perfeccion ; y por esto yo os exhorto á evitarlo más que ningun otro. Hay dos clases de vanidad : unos se dejan llevar de ella inmediatamente despues de su conversion cuando, habiendo hecho alguna penitencia ó repartido algunas limosnas, en vez de creer que solamente se han descargado de una carga que les era inútil, se imaginan ser más perfectos que aquellos á los que han hecho bien. La otra especie de vanidad se ve en aquellos que, habiendo alcanzado una elevada virtud, no dan por ello todo el honor á Dios sino que atribuyen una parte á sus trabajos y á su celo, y de este modo, buscando la gloria que viene de los hombres, pierden toda la que viene de Dios. Por esto, hijos míos, huyamos hasta en lo más mínimo del pecado de la vanidad, por miedo de que no nos haga caer de la misma manera que hizo caer al demonio.

« Tambien hay que velar muy atentamente sobre nuestro corazon y nuestros pensamientos, á fin de impedir que ninguna pasion, ningun deseo desordenado, ningun vano apetito y ninguna otra cosa de lo que no sea segun Dios, eche raices en nuestro corazon, puesto que de las raices nacen pronto mil distracciones tan enfadosas é importunas que, ni siquiera cesan cuando oramos, y no tienen vergüenza de continuar cuando nos hallamos en la presencia de Dios y le dirigimos súplicas para nuestra salvacion, sino

que arrastran nuestro espíritu como si fuese cautivo, y aun cuando por la apariencia de nuestros cuerpos parezca que estemos firmes é inmóviles en la oracion, nuestros sentidos y nuestra imaginacion nos hacen errantes y vagabundos, y nos llevan hácia otros objetos. No basta, pues, el haber renunciado con la boca al siglo y á las obras del príncipe del siglo, ni haber abandonado nuestros bienes, nuestras tierras y todo cuanto poseíamos en el mundo, sino que tambien hay que renunciar á nuestras propias imperfecciones y á todos los placeres vanos é inútiles, puesto que de ellos habla el apostol cuando dice: *Los deseos vanos y peligrosos son los que hacen caer al hombre en el precipicio* (I. Tim. 6.) Asi que renunciar al demonio y á sus obras es renunciar á lo que acabo de decir. Porque él no entra en nuestro corazon sino por medio de algunos pecados y de algunos malos deseos, puesto que es la fuente de todos los pecados, como Dios lo es de todas las virtudes; y que asi, si hay pecados en nuestro corazon, cuando se presenta el demonio que es su autor, le hacen sitio como que de él han recibido el ser, y le dan entrada como en una casa que le pertenece. De donde procede que estas personas no podrán estar jamás en paz y reposo, sino que siempre están turbadas, inquietas, y se dejan ya arrastrar por la vana alegría, ya abatir por una inútil tristeza, puesto que ellas tienen en sí mismas un huesped desdichado á quien han dado entrada con sus pasiones y vicios. Por el contrario, el que verdaderamente ha renunciado al mundo, esto es, el que ha arrancado y alejado de su espíritu toda clase de pecados, y no ha dejado ninguna puerta por donde el demonio pueda entrar en él; el que reprime su cólera, que domina sus movimientos desordenados, que huye la mentira, que aborrece la envidia, que no solamente no maldice sino que ni siquiera quiere tener la menor mala opinion de nadie, y reputa como suyas las prosperidades y aflicciones de su prógimo

y que se conduce de la misma manera en todas las cosas, este abre la puerta de su alma al Espíritu-Santo, el cual, habiendo entrado en él y llenándole de luz, le deja con contento, gozo, caridad, paciencia, dulzura, bondad y con todos los demás frutos que produce este espíritu de consuelo, como nuestro Señor nos lo dá á conocer en el Evangelio con estas palabras: *Un árbol bueno no puede producir malos frutos, ni un árbol malo producirlos buenos; asi que por los frutos se conocen los árboles* (Matth. 7.).

« Hay algunos que parecen haber renunciado al siglo, los cuales sin embargo no trabajan en purificar su corazon, reformar sus costumbres, corregirse de sus vicios y domar sus pasiones; sino que todo su cuidado se dirige solamente á ver á algunos de los Santos Padres, para oír de ellos palabras excelentes que refieren en seguida con vanidad gloriándose de haberlas aprendido de esos siervos de Dios; y si acontece que por este medio adquieran algun pequeño conocimiento de las cosas santas, conciben desprecio de los otros y quieren al instante pasar por doctores, enseñando no lo que han practicado sino lo que han oido decir y han visto. Aspiran tambien á la dignidad del sacerdocio y se esfuerzan en elevarse en el órden eclesiástico, no sabiendo que es menos culpable aquel que, estando adornado de grandes virtudes, no se atreve sin embargo á instruir á nadie, que aquel que, estando bajo el peso de sus pasiones y vicios, pretende dar lecciones de virtud á los demás. Asi que, hijos míos, ni conviene huir enteramente del estado clerical y del sacerdocio, ni buscarlo con ardor, sino que conviene trabajar en corregirnos de nuestros defectos y enriquecernos de virtudes, y dejar á Dios que escoja á los que quiere llamar al sacerdocio ó á otras funciones de su servicio; porque no son los dignos aquellos que entran en él por sí mismos sino aquellos á quienes Dios gusta de escoger (I. Cor. 10.

« La cosa principal que deben procurar los solitarios es ofrecer á Dios oraciones tan estremadamente puras que su conciencia no pueda reprocharles nada, como nos lo enseña Nuestro Señor en el Evangelio con estas palabras : *Cuando orais, si os acordais que habeis recibido algun disgusto de vuestro hermano, perdonadle de todo corazon, porque si no lo haceis, vuestro Padre que está en el cielo tampoco os perdonará vuestras faltas* (Matth. 6. — Marc. 11.). Si, pues, como ya lo he dicho, nos presentamos delante de Dios, con una conciencia pura y exenta de todos estos defectos y pasiones de que he hablado, podremos ver á Dios, en cuanto puede ser visto en esta vida, y dirigir hacia él en nuestras oraciones el ojo de nuestro entendimiento para contemplar, si no con el cuerpo y con miradas sensibles, á lo menos con el espíritu y por medio de un conocimiento espiritual, á aquel que es invisible. Porque nadie se persuada que pueda contemplar su divina esencia tal cual es en sí misma, y nadie forme por esto en su espíritu alguna imágen que tenga relacion con una figura corporal. Que nadie se imagine forma alguna en Dios, ni límites que le circunscriban ; sino que se le conciba como un puro espíritu, que puede bien dejarse sentir y penetrar las afecciones de nuestras almas, pero no ser comprendido, ser limitado, ó ser representado por palabras ; lo que hace que debamos acercarnos á él con un profundo respeto y un muy gran temor, no considerándole con nuestras miradas interiores sino de una manera tal que nuestra alma sepa que está infinitamente levantado sobre todo esplendor, sobre toda luz, sobre todo brillo y magestad que pueda concebir, aun cuando fuese ella completamente pura y exenta de todas las manchas y lunares de la voluntad corrompida.

« Es necesario que los que hacen profesion de renunciar al siglo y de seguir á Dios, trabajen principalmente en lo que acabo de decir, segun aquella palabra del Salmista :

Aprended y considerad que yo soy el Señor. (Psal. 45). Porque el que le conoce, en cuanto puede un hombre conocerlo, adquirirá en seguida otros conocimientos, y aun de los mayores misterios, puesto que cuanto más pura será su alma tanto más le revelará Dios cosas y le abrirá sus secretos, porque entonces se considerará como amigo suyo y como él considera á aquellos de los cuales dice Nuestro Señor en el Evangelio : *Yo no os llamo ya siervos míos, sino mis amigos* (Joan. 15.) : y así les concederá, como á un amigo que le es muy querido, el efecto de todas sus peticiones. Los ángeles y todos los espíritus bienaventurados que están en el cielo le amarán tambien como que es el amigo de Dios y de su Señor, satisfarán todos sus deseos y de él podrá decirse en verdad : *Que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades ni ninguna otra criatura serán capaces de separarle del amor de Dios, que reside en Jesucristo.* (Rom. 8.).

« Así que, queridos hijos míos, puesto que deseais agradar á Dios y hacerlos amar de él, trabajad con todas vuestras fuerzas en alejaros de toda suerte de vanidades, de todos los vicios del espíritu y de todas las delicias del cuerpo ; por esto no os imaginéis que no haya otras delicias corporales que las de que se goza en el siglo, puesto que los que hacen profesion de vivir en el retiro y la abstinencia, deben tambien colocar en este rango todo lo que usen con sensualidad, por vil que ello sea, y aun cuando los más austeros hayan acostumbrado usarlo. Porque hasta el agua y el pan pueden pasar en aquel que vive en la abstinencia, por delicias condenables, si de ellos usa con sensualidad, esto es, para satisfacer, no ya á la necesidad de su cuerpo, sino al desarreglo de su espíritu.

« Es, pues, necesario que en todas las cosas nos acostumbremos á purificar nuestras almas ; lo que ha hecho decir á Nuestro Señor, para enseñarnos á resistir á los deseos del

placer sensual: « *Entrad por la puerta estrecha, porque el camino ancho y espacioso conduce á la muerte, y el que es estrecho y apretado conduce á la vida.* (Math. 7.). Ahora bien, nuestra alma anda por el camino ancho cuando satisface todos sus deseos, y anda por el camino estrecho cuando á ellos resiste.

« No hay duda que morando á solas y viviendo en la soledad, se puede con mucha mayor facilidad adquirir este desapego de todas las cosas, porque sucede alguna vez que con ocasion de los que se presentan y de la multitud de los que van y vienen, se relaja uno en la práctica de la abstinencia y que luego poquito á poco se acostumbra al uso de las delicias; lo cual hasta ha hecho algunas veces caer á los hombres más perfectos, é hizo decir á David: *Me he alejado, huyendo, y he permanecido en la soledad, para aguardar en ella el auxilio del que me podía asistir en el desaliento en que me encontraba, y librarme de la tempestad que me amenazaba.* » (Psalm. 54.).

Despues de haber hablado así, el Santo confirmó su doctrina con tres ejemplos:

El primer ejemplo es el de un solitario que habia vivido en grande austeridad, no se alimentaba más que del trabajo de sus manos, pasaba los días y las noches en oracion, y sobresalia en toda suerte de virtudes; pero echando con demasiada ligereza sus miradas sobre sus progresos, concibió por ellos sentimientos de vanidad y de confianza en sus propias fuerzas; por donde el demonio, hallándole dispuesto á escuchar sus más odiosas tentaciones, hizo que se complaciera en los pensamientos criminales; despues de lo cual, este desdichado, en vez de recurrir humildemente á Dios con la penitencia, dejóse llevar de la desesperacion, abandonó el desierto, volvióse al siglo, en el que se abandonó al mal con tanto furor y obstinacion que evitó cuidadosamente el encuentro de las personas de bien, por miedo

de que alguno, con sus saludables avisos, no le sacase del abismo en el que voluntariamente se habia precipitado.

El segundo ejemplo, bien diferente de este primero, es el de un pecador, cuya vida era tan criminal que escandalizaba á toda la ciudad. La misericordia de Dios inspiróle el deseo de hacer penitencia. Convirtiósese y se retiró á un sepulcro en el que, con sus austeridades y arroyos de lágrimas, borraba los innumerables pecados que habia cometido. Los demonios, irritados de ver en él un cambio tan feliz, declaráronle una guerra cruel, no solo con fuertes tentaciones con las que le affigieron, sino tambien golpeándole sin compasion, causándole inesplicables dolores. Sin embargo permaneció firme é inquebrantable en sus buenas resoluciones, y lo que principalmente le sostuvo fué lo profundo de su humildad y los vivos sentimientos de compuncion que guardó siempre en su alma. Por este medio llegó á una virtud tan eminente que en todo el pais solo se le miró como á un angel, diciendo cada uno, llevado de la admiracion de su piedad, que un cambio tan extraordinario solo podia ser efecto de la mano del Altísimo. (Psalm. 67.). Su ejemplo llegó á ser tan poderoso que sirvió de modelo de conversion á muchos grandes pecadores; y otros que, despues de haber vivido bien, habian tenido la dicha de pervertirse, y no se atrevian ya por desesperacion á volver en sí de su extravio, se levantaron de su caída.

Detallaremos aquí todas las circunstancias del tercer ejemplo, porque encierran un fondo de instruccion muy útil y edificante. « Un anacoreta, dijo el Santo, que moraba en el lugar más retirado de este desierto, habiendo pasado en él muchos años en una vida muy austera, y comenzando á hacerse viejo, se encontró con que su alma estaba adornada de las más excelentes virtudes y levantada á la cumbre de la más alta perfeccion que puede adquirir un solitario. Dedicándose, pues, así del todo al servicio de Dios

por medio de las oraciones que le dirigia y de los himnos que cantaba en alabanza suya, Dios, para empezar á recompensarle ya en esta vida su fidelidad, le libró del cuidado de su alimentacion y proveyó á ella con su providencia, haciéndole encontrar milagrosamente sobre su mesa un pan de una bondad y de una blancura admirable, del cual habiendo comido este buen religioso, volvía nuevamente á cantar himnos y á hacer sus oraciones. Dios le favoreció tambien á más de esto con revelaciones y le dió á conocer muchas cosas venideras. Pero causándole estos señalados favores algunos sentimientos de vanidad, como si fueran debidos á sus méritos, siendo así que solo los recibía de la pura liberalidad de Dios, comenzó á entrar en una relajacion de espíritu, tan pequeña sin embargo, que al principio ni siquiera se apercibió de ella, y pasó en seguida á una gran negligencia que le hizo menos pronto para cantar himnos y más perezoso para orar. De esta negligencia pasó al extravío de los vanos pensamientos durante el canto de los salmos, y algunos hasta deshonestos se introdujeron insensiblemente en los más secretos repliegues de su corazon. No dejaba sin embargo de dedicarse á todos sus ejercicios; lo cual hacia que en lo exterior parecia siempre el mismo, puesto que el mal se desarrollaba en su interior. Habiendo entrado en su cueva despues de las visperas en esta disposicion, encontró como antes sobre su mesa el pan enviado del cielo, con el cual se alimentó, sin pensar por esto en salir de su negligencia, ni siquiera en reflexionar en el cambio funesto que en él se obraba.

« Sintióse en seguida abrasado por las llamas de un amor profano y llevado del deseo de volverse al siglo. Hízose sin embargo aquel dia violencia, cantó himnos é hizo sus oraciones como de ordinario, y cuando quiso entrar en su cueva para tomar su alimento, encontró tambien un pan

sobre la mesa, pero no era ya tan blanco como de ordinario.

« Este cambio le admiró y le puso triste. Comprendió que este prodigio era para castigarle por su relajacion. Tres dias despues, volvió á presentarse la tentacion y creció tanto que representándole su imaginacion un objeto malo de una manera muy viva, creyó haber consentido verdaderamente al mal. No dejó sin embargo de cantar salmos y hacer sus ordinarias oraciones, pero con los ojos estraviados y con un espíritu lleno de turbacion é inquietud.

« Cuando despues de visperas entró en su cueva para comer, encontró todavia sobre su mesa un pan, pero muy sucio, muy seco, y como roído por todas partes por los ratones y perros. Entonces empezó á suspirar y á derramar lágrimas, las cuales sin embargo no brotaban del corazon de tal manera ni en tal abundancia que pudiesen extinguir las llamas de un tan grande ardor. Comió, no obstante, pero no tanto como hubiese deseado, ni con el mismo gusto, y multiplicándose sus pensamientos y asediándole, por decirlo así, su imaginacion como un granizo de flechas que se arrojan, levantóse de noche, se puso en camino para ir á la ciudad y determinó abandonar el servicio de Dios.

« Todavía estaba lejos de ella cuando despuntó el dia, aunque habia andado ya mucho; y, sintiéndose quemado por el calor y rendido por el cansancio, despues de haberse vuelto á todos lados para ver si habia algun monasterio á donde pudiera ir á refrigerarse, vió una celda en la que moraban unos solitarios, y fuese á ella á descansar. Apenas estos siervos de Dios le vieron acercarse, se adelantaron hácia él, recibieronle como si recibieran á un ángel, laváronle los pies, le invitaron á ir á la oracion, le prepararon de comer, y ejercitaron para con él todos los deberes de la hospitalidad que Jesucristo recomienda.

« Cuando hubo comido y descansado un poco, instáronle, como á un padre muy sabio y muy espiritual, á que les hiciese algun discurso de piedad para servirles de instruccion, y principalmente á que les enseñase los medios de evitar los lazos del demonio y de arrojar del espíritu los malos pensamientos que algunas veces sugiere. Con esto se encontró comprometido á hablarles de todas estas cosas y les instruyó plenamente; pero mientras les hablaba, fué movido á arrepentirse de la marcha que habia tenido intencion de hacer y, entrando en sí mismo, se dijo en el fondo del corazon: ¿Cómo, pues, me atrevo yo á enseñar á los otros los medios de defenderse de los artificios del demonio, mientras que yo me dejo seducir á mi mismo? y ¿cómo quiero corregir á los demás, no corrigiéndome yo el primero? Anda, miserable; empieza á practicar lo que tu enseñas.

« Haciéndose este reproche interior, sintió todavía más vivamente la desgracia que habia tenido en dejarse engañar; así que, despidiéndose de aquellos buenos solitarios, emprendió su camino hácia el desierto, en donde habiendo entrado de nuevo en su cueva, prosternóse delante de Dios en oracion, y dijo con amargura de corazon: Si el Señor no hubiese venido en mi auxilio, mi alma estaba á punto de precipitarse en el infierno. Poco le ha faltado para que yo no haya caido en toda suerte de crímenes. Pero he visto cumplirse en mí aquello que dice la Escritura: *El hermano que asiste á su hermano será levantado como una ciudad fuerte; el hermano que asiste á su hermano será como una ciudadela bien fortificada; sus resoluciones serán tan firmes como los goznes de las puertas de las ciudades.* (Prov. 27.).

« Viendo en seguida que habia perdido, por culpa suya, el alimento celestial con que Dios antes le favorecia, pasó lo restante de su vida en dolor y lágrimas y empezó otra

vez á comer el pan con el trabajo y el sudor de su frente. Encerróse en aquella cueva y en ella permaneció en la ceniza y en el cilicio, llorando, suspirando, y rogando hasta que un angel fué á decirle: El Señor ha recibido tu penitencia y todavía te será favorable, pero ten cuidado en no dejarte engañar por la vanidad; y cuando los hermanos que habeis instruido vengan á daros gracias y bendiciones, no rehuséis recibirles; sino comed con ellos y dad juntos gracias á Dios. »

Despues que San Juan hubo contado estos ejemplos, dijo á Rufino y á sus compañeros que la consecuencia que debian sacar de ellos era persuadirse bien de que nada nos pone en tanta seguridad en los peligros de esta vida, como la humildad; y que nada nos puede hacer caer más peligrosamente que el orgullo. Añadió que debe uno andarse con cuidado, no sea que el demonio nos tiente con pensamientos vanos ó malos; y que una de las razones por las cuales los solitarios acostumbran, cuando alguno va á verles, á empezar por la oracion, es á fin de disipar, por medio de la invocacion del nombre de Dios, las ilusiones del demonio.

Entretúvoles tambien, durante tres dias, con estos y otros semejantes discursos, con los cuales se sintieron muy animados; y cuando le pidieron su bendicion despidiéndose de él, les dijo: « Id en paz, hijos míos; sabed que hoy han llegado á Alejandria las noticias de la victoria que el religioso príncipe Teodosio ha obtenido sobre el tirano Eugenio. Pero este gran emperador morirá pronto de muerte natural ¹. » Lo que supieron pocos dias despues haber realmente sucedido, como lo habia él predicho.

En cuanto á él, murió pronto despues de la visita de Rufino, quien dice que pocos dias despues supo por los her-

¹ Como se ha indicado mas arriba, Teodosio deshizo á Eugenio cerca de Aquilea, el 6 de setiembre de 394. El Franco Arbogasto mandaba la armada de Eugenio.

manos que fueron á juntarse á él, que este gran siervo de Dios habia muerto de este modo: pasó tres dias consecutivos sin dejarse ver de nadie, y estando de rodillas y en oracion, entregó su espíritu á Dios¹.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

SAN APOLO O APOLON

ABAD EN LA BAJA-TEBAIDA¹.

Apolo no tenia más que quince años cuando se retiró al desierto, hácia el 321, para vivir en él bajo la direccion de su hermano quien se consumió allí en una vida tan perfecta que, despues de su muerte, Dios le dejó ver á nuestro Santo, colocado en el cielo entre los apóstoles. Apolo fué el heredero de las virtudes de este gran siervo de Dios.

Despues que hubo pasado, segun Rufino, cuarenta años en los ejercicios espirituales de su estado de anacoreta, oyó una voz del cielo que le dijo que fuese á los lugares habitados, en los que Dios queria servirse de él, para formar un pueblo perfecto, sólido en la virtud ó inflamado de ardor para todas las obras buenas. El Santo, temiendo, si estaba colocado sobre los otros, que sucumbiese bajo los lazos de la vanidad rogó al Señor que le fortificase contra esta peligrosa tentacion. Dios le enseñó con un milagro

¹ Bolando y Bulteau creen que esto sucedió en el mes de setiembre ó octubre del año 394. Tillemont piensa que podia haber sucedido en marzo ó en abril del año siguiente. Los Martirologios, desde el siglo nono, ponen su fiesta en 27 de marzo. Baronio dice que los griegos la celebraban el 13 de diciembre, pero Bolando sostiene que no la celebran ni en aquel dia ni en ningun otro.

² Rufino, Paladio, los Bolandistas, de Tillemont, Baillet, Bulteau.

que seria oido, y Apolo lleno de confianza dejó el desierto. Establecióse en los contornos de la grande Hermópolis¹, en la Tebaida, en un lugar en el que, segun la tradicion mencionada por Rufino y Paladio, el Niño Jesús habia pasado algun tiempo con su Santísima Madre y San José, cuando se fueron á Egipto para huir de la persecucion de Herodes.

El lugar que escogió para morada suya era una cueva situada al pié de la montaña. Allí, sin prevenir con un zelo apresurado á los que debia recibir bajo su conducta, aguardó en el retiro y el silencio á que el Señor cumpliera su promesa enviándoselos. Vesta una túnica de lino basto con un lienzo con el que se cubria la cabeza y el cuello. No comia nada que hubiese pasado por el fuego, ni siquiera pan, sino solamente yerbas crudas, tal como las producía la tierra. Rufino añade que el alimento que usaba era más celestial que terreno. ¡ Tan grande era su abstinencia! No hacia menos de cien oraciones al dia y otras tantas por la noche, de suerte que podia asegurarse, sin temor de deir demasiado, que ni de dia ni de noche cesaba de orar. De este modo pasaba su vida, teniendo el espíritu totalmente ocupado en Dios y el alma llena de sus gracias, cuando llegó el tiempo en el que el Señor cumplió las promesas que le habia hecho.

Aun cuando no buscó manifestarse, el don de los milagros con que Dios le favoreció y que obraba en tan gran numero que Rufino dice que no se podria expresar, junto con sus brillantes virtudes, hicieron que se le mirase como un profeta ó apóstol, en quien residia el espíritu de Dios; lo que hizo que muchos solitarios de las provincias vecinas fuesen á alistarse bajo su direccion y á ofrecerle su alma, á fin de que tomase de ella cuidado, como un buen pastor y un buen padre.

¹ Capital, de la prefectura de Hermopolites, en la Heptanómide, al oeste del Nilo, hoy dia Akhmouneïn.

manos que fueron á juntarse á él, que este gran siervo de Dios habia muerto de este modo: pasó tres dias consecutivos sin dejarse ver de nadie, y estando de rodillas y en oracion, entregó su espíritu á Dios¹.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

SAN APOLO O APOLON

ABAD EN LA BAJA-TEBAIDA ¹.

Apolo no tenia más que quince años cuando se retiró al desierto, hácia el 321, para vivir en él bajo la direccion de su hermano quien se consumó allí en una vida tan perfecta que, despues de su muerte, Dios le dejó ver á nuestro Santo, colocado en el cielo entre los apóstoles. Apolo fué el heredero de las virtudes de este gran siervo de Dios.

Despues que hubo pasado, segun Rufino, cuarenta años en los ejercicios espirituales de su estado de anacoreta, oyó una voz del cielo que le dijo que fuese á los lugares habitados, en los que Dios queria servirse de él, para formar un pueblo perfecto, sólido en la virtud ó inflamado de ardor para todas las obras buenas. El Santo, temiendo, si estaba colocado sobre los otros, que sucumbiese bajo los lazos de la vanidad rogó al Señor que le fortificase contra esta peligrosa tentacion. Dios le enseñó con un milagro

¹ Bolando y Bulteau creen que esto sucedió en el mes de setiembre ó octubre del año 394. Tillemont piensa que podia haber sucedido en marzo ó en abril del año siguiente. Los Martirologios, desde el siglo nono, ponen su fiesta en 27 de marzo. Baronio dice que los griegos la celebraban el 13 de diciembre, pero Bolando sostiene que no la celebran ni en aquel dia ni en ningun otro.

² Rufino, Paladio, los Bolandistas, de Tillemont, Baillet, Bulteau.

que seria oido, y Apolo lleno de confianza dejó el desierto. Establecióse en los contornos de la grande Hermópolis ¹, en la Tebaida, en un lugar en el que, segun la tradicion mencionada por Rufino y Paladio, el Niño Jesús habia pasado algun tiempo con su Santísima Madre y San José, cuando se fueron á Egipto para huir de la persecucion de Herodes.

El lugar que escogió para morada suya era una cueva situada al pié de la montaña. Allí, sin prevenir con un zelo apresurado á los que debia recibir bajo su conducta, aguardó en el retiro y el silencio á que el Señor cumpliera su promesa enviándoselos. Vesta una túnica de lino basto con un lienzo con el que se cubria la cabeza y el cuello. No comia nada que hubiese pasado por el fuego, ni siquiera pan, sino solamente yerbas crudas, tal como las producía la tierra. Rufino añade que el alimento que usaba era más celestial que terreno. ¡ Tan grande era su abstinencia! No hacia menos de cien oraciones al dia y otras tantas por la noche, de suerte que podia asegurarse, sin temor de deir demasiado, que ni de dia ni de noche cesaba de orar. De este modo pasaba su vida, teniendo el espíritu totalmente ocupado en Dios y el alma llena de sus gracias, cuando llegó el tiempo en el que el Señor cumplió las promesas que le habia hecho.

Aun cuando no buscó manifestarse, el don de los milagros con que Dios le favoreció y que obraba en tan gran numero que Rufino dice que no se podria expresar, junto con sus brillantes virtudes, hicieron que se le mirase como un profeta ó apóstol, en quien residia el espíritu de Dios; lo que hizo que muchos solitarios de las provincias vecinas fuesen á alistarse bajo su direccion y á ofrecerle su alma, á fin de que tomase de ella cuidado, como un buen pastor y un buen padre.

¹ Capital, de la prefectura de Hermopolites, en la Heptanómide, al oeste del Nilo, hoy dia Akhmouneïn.

Recibiales á todos con una caridad tal cual se puede colegir de su consumada virtud, y les animaba maravillosamente tanto con sus obras cuanto con sus exhortaciones; mostrándoles siempre con su ejemplo la manera de practicar lo que les enseñaba con sus palabras completamente Santas.

Supo por este tiempo que los oficiales de Juliano el Apóstata, que se encontraba entonces en Antioquía, habian tomado á un solitario de su vecindad y le habian metido en la cárcel para obligarle á servir en el ejército. Su caridad no le permitió dejarle sin consuelo, aun cuando vió que se esponia él mismo á ser maltratado. Fuése con otros solitarios al lugar de su detencion y exhortábale á que no se desanimase y á despreciar los peligros de que se veia amenazado, porque aquel era un tiempo en que la fidelidad de los cristianos debia manifestarse con su constancia en la tentacion.

Mientras que así le fortalecía, llegó el centurion, é irritado de que le hubieran dejado entrar en la cárcel, encerróle en ella á él y á sus compañeros con el propósito de mandarles tambien á las filas, haciendo aumentar la guardia por miedo de que no se le escapasen pero ¿qué podia él contra los que Dios habia tomado bajo su proteccion? A media noche, un ángel, resplandeciente de luz, vino á abrirles las puertas de la careel. Esto de tal manera espantó á las guardias que se arrojaron á los pies de los siervos de Dios y les suplicaron que se retirasen protestando que preferian esponerse á morir ellos mismos á obstinarse en retenerlos despues de un tan visible milagro.

Todavía no se habian retirado, cuando el centurion que les habia hecho arrestar, vino á toda prisa seguido de algunas personas de consideracion para ponerles en libertad, porque un temblor de tierra habia derribado su casa y aplastado bajo sus ruinas á sus principales criados. De

este modo, estos siervos de Dios volvieron á su soledad, cantando himnos á la gloria del Señor, que les habia protegido de una manera tan milagrosa.

No es facil representarse, sin ser movido á devocion, la vida que llevaban en aquel desierto. Eran en número de cerca de quinientos cuando Rufino fué á visitarles, alojados en diferentes monasterios al pié de la montaña en que el Santo habia fijado su morada, y no tenian todos bajo su direccion más que un corazon y un alma, siendo guiados por el mismo espiritu. El Santo les conducia con tanta vigilancia, celo, dulzura y perfeccion que, segun relacion de su historiador, casi no habia ninguno entre tan gran multitud que no hubiese recibido de Dios el don de hacer milagros. ¡ Tan dignos se habian hecho de los favores del cielo, por las virtudes que habian adquirido bajo los cuidados de un tan excelente padre espiritual!

Sus hábitos eran blancos como el del Santo. Quería que los tuviesen siempre limpios, de suerte que por esta limpieza exterior podia reconocerse la de su alma y, viéndoles, facilmente se representaba uno un ejército celestial y totalmente angélico. Habia tambien entre ellos muchos Etiopes, que no cedian á los demás en el fervor de la devocion.

Aun cuando no comiese pan, como lo hemos ya advertido, Apolo permitia á sus discípulos usarlo, con yerbas crudas ó saladas. Al principio, dejábales comer á cada uno en particular, excepto el domingo; pero luego no tuvieron más que una mesa comun. No quería que, sin una gran necesidad, se rompiesen los ayunos del miércoles y del viernes, á causa de que, el miércoles, Judas habia formado el detestable designio de hacer traicion á su Maestro y, el viernes, este divino Maestro habia sido crucificado; y si en alguno de estos dias llegaba algun solitario forastero muy fatigado del camino, y quería comer antes de las

tres, que era la hora de la refeccion, haciale dar á él solo lo que era necesario; pero si no lo queria, no le instaba, porque este era un ayuno general fundado en la tradicion.

Dios quiso en el dia de Pascua endulzar el rigor de sus ordinarias austeridades por una brillante señal de su providencia. El santo les habia reunido, desde la vispera, para solemnizarla con las ceremonias ordinarias; y cuando se hubo preparado todo lo necesario para la comida, díjoles: « Si tenemos fé, y somos verdaderamente siervos fieles de Jesucristo, que cada uno de nosotros le pida si tiene á bien que en esta fiesta, haga por toda señal que tenga mejor comida que de costumbre. » Todos le respondieron que se creian indignos de obtener semejante gracia, y que, siéndoles él superior en edad y en mérito, le rogaban que se lo suplicase á Dios.

Entonces el Santo se puso en oracion con rostro estremadamente alegre, mostrando por allí su gran confianza y, cuando hubo terminado su oracion y hubieron todos respondido *Amen*, vieron aparecer unos hombres á quienes nadie conocia, los cuales trajeron una tan gran cantidad de víveres que jamás se habian visto en tan gran abundancia ni de tan diferentes especies. Hasta habia allí frutos desconocidos en todo el Egipto: racimos de uva de un tamaño extraordinario, nueces, higos y granadas moras, mucho antes de su estacion. Había asimismo cantidad de miel y leche; dátiles extraordinariamente grandes y panes muy blancos y todavía del todo calientes, aun cuando, segun el modo como estaban hechos, parecia que se traian de algun pais muy lejano. Despues que estos hombres hubieron dejado todas estas cosas, se retiraron apresuradamente, como gente que llevaba mucha prisa, y estos santos solitarios, glorificando al Señor, que tomaba de ellos un cuidado tan paternal, se alimentaron con aquellos manjares durante aquellos dias de alegría espiritual, y

todavía tuvieron con ellos provision hasta el dia de Pentecostés.

El Santo habia recibido de Dios el talento eminente de mover los corazones con las palabras de vida que salian de su boca, y sus instrucciones producian en sus discípulos admirables efectos. Exhortábales á animarse á si mismos á crecer todos los dias en santidad é inspirábales una santa emulacion para sobrepujarse los unos á los otros en las prácticas de la virtudes religiosas. Deciales que se podian conocer los progresos que uno hacia en el bien por el desapego que en el corazon sentia de las cosas de este mundo. Recomendábales que resistiesen á los malos pensamientos que el demonio nos inspira, desde el principio que se presentan en el espíritu, « porque, decia él, por este medio quebrantaréis la cabeza de la serpiente y haréis que lo restante de su cuerpo quede como privado de fuerza y vida. » Advertiales que tuviesen sumo cuidado, si Dios les concedia la gracia de hacer milagros, en no concebir por ellos sentimientos de vanidad ó en preferirse á los demás; sino que más bien ocultasen prudentemente este favor, por miedo de que Dios no se lo quitase ó de que ellos cayesen en la ilusion.

Era enemigo de la tristeza y no queria que ninguno de sus religiosos se dejase dominar de ella. Asi que no se veia á ninguno en quien la alegría que nace del testimonio de la buena conciencia, no pareciese con edificacion. Y si por casualidad sucedia que alguno de ellos se mostrase menos contento que de costumbre, pronto le preguntaba la causa de ello; y si ponía alguna dificultad en decirlo, se la decia él mismo, siendo iluminado con una luz sobrenatural que le manifestaba los secretos de los corazones, y con esto le obligaba á descubrir el fondo de su alma con mayor confianza.

Decia también á todos: « Que los paganos se aflijan,

que derramen lágrimas los judíos, que los malos giman sin cesar; pero que los justos se regocijen; porque si los que ponen su afecto en las cosas de la tierra tienen alegría de poseer bienes frágiles y perecederos; porqué, con la esperanza que tenemos de poseer una gloria que es infinita y de gozar una dicha que es eterna, no nos hemos de llenar de gozo? Y el Apostol ¿no nos exhorta tambien á esto cuando dice: *Regocijaos sin cesar, orad continuamente y dad gracias á Dios en todas la cosas?* » (I. Thess. 5.)

Exhortábase á comulgar frecuentemente y decia que un solitario debia, en cuanto era posible, participar todos los dias de los sagrados misterios, no fuese que alejándose de ellos no se alejase de Dios. Añadía que se recibia tambien una gran ventaja de ponerse frecuentemente ante los ojos del espíritu la pasion de Nuestro Señor Jesucristo para estudiar en ella un modelo perfecto de paciencia.

Sus discípulos se juntaban en torno suyo de todos los sitios de la montaña, á la hora de nona, esto es, á las tres de la tarde, para recibir la sagrada comunión; despues de lo cual, habiendo tomado una ligera refeccion, se aguardaban hasta terminar el dia para oír sus instrucciones; en seguida los unos se retiraban al desierto para meditar durante la noche aquellos pasages de las sagradas Escrituras que sabian de memoria, y los otros pasaban la noche con el Santo cantando salmos y cánticos. Hasta habia algunos de ellos que, despues de haber recibido la sagrada comunión, se retiraban al instante, sin cuidarse de tomar ningun alimento, contentándose con el del alma, lo que hacian durante muchos dias consecutivos; y lo que habia de admirable en aquella asamblea de santos es, que su alegría era tal, segun refiere Rufino, que no hay hombre en el mundo que la experimente semejante.

Esta ferviente alegría demostraba por parte de San Apolon, la atencion que ponía en preparar bien á sus discipu-

los para recibir los santos misterios; y por parte de sus discípulos, los frutos de gracias que este sacramento de vida producía en ellos. Asi que el Santo estaba sumamente atento para corregirles sus defectos. Por esto no solo les exhortaba con mucha fuerza y celo sino que añadía tambien todo el ardor de sus oraciones, y atraía sobre ellos, por este medio, grandes gracias. Uno de ellos tuvo de esto una prueba sensible. Faltábale algunas veces humildad y dulzura, y sentía mucho estar desprovisto de estas virtudes. Movidó del deseo de adquirirlas, fuése un dia á suplicar al Santo que se las obtuviese de Dios con sus oraciones. Hízolo asi, y su oracion fué tan bien escuchada que este religioso se encontró cambiado como en otro hombre; de suerte que los otros hermanos no podían despues admirar bastante su dulzura y la tranquilidad de su alma en todas las ocasiones en las que antes acostumbrababa alterarse.

La manera como recibía á los forasteros es una prueba muy edificante de su caridad y humildad. Rufino la cuenta en estos términos: « Éramos tres compañeros cuando fuimos á encontrarle; y como todavia estuviéramos bastante lejos de su monasterio, algunos de nuestros hermanos que con él estaban y á los cuales habia predicho tres ó cuatro dias antes nuestra llegada, nos salieron al encuentro cantando salmos, segun acostumbran hacerlo cuando llegan solitarios; y prosternándose hasta tierra, nos dieron el beso de paz. Decíanse unos á otros: he ahí á esos hermanos cuya llegada nos ha predicho nuestro santo Padre, asegúranos que dentro de tres dias llegarían de Jerusalem tres hermanos. Algunos de estos solitarios marchaban delante de nosotros; los otros nos seguían y todos cantaban salmos.

« Cuando el Santo nos oyó y estuvimos ya cerca de él, salió tambien á nuestro encuentro y apenas nos vió, se

prosternó en tierra; en seguida nos dió el santo beso y nos llevó al monasterio, donde despues de haber hecho la oracion, segun era costumbre, lavónos él mismo los piés y nada omitió de cuanto podia descansarnos de la fatiga que nos ocasionara el camino. Esto acostumbraba hacer para con todos los que iban á verle. »

En las conversaciones que Rufino y su compañero tuvieron con él, esplicóles la razon de la costumbre que tenia de recibir así á los solitarios. Decia que era necesario prosternarse ante ellos, como si se les quisiera adorar, porque su llegada representa el advenimiento de Jesucristo, quien dice en el Evangelio: *Habeisme recibido, cuando he sido forastero* (Math. 25, 43.); y que Abraham recibia así á los que no parecian ser sinó hombres, pero en los cuales consideraba á su Señor, (Gen. 18.). Añadía que era necesario algunas veces instar á los hermanos extranjeros á tomar algun reposo, aun cuando no lo desearan, y confirmaba esto con el ejemplo de Lot, quien llevó como por fuerza á los ángeles á alojarse en su casa. (Gen. 19.).

Rufino y sus compañeros permanecieron con él una semana, durante la cual les entretuvo con muchas cosas que concernían á las virtudes religiosas y al modo de vivir de los solitarios. Hablóles sobre todo de la huida de las vanidades; de la pureza de intencion en los ayunos y demás austeridades del cuerpo; del secreto que de ellas debe guardarse, cuidando que no se dejen traslucir á los hombres, no sea que la gloria que provendria de su estima nos haga perder la recompensa de Dios. Reprobaba mucho á ciertos solitarios que llevaban largos cabellos, collares y cosas semejantes que solo sirven para adornar el cuerpo; « porque, decia él, no pueden hacerlo sinó por vanidad y para ser estimados de los hombres. »

Cuando Rufino y los otros se despidieron de él, les acompañó hasta una cierta distancia y les dió esta última leccion: « Sobre todas las cosas os encargo, muy queridos

hijos míos, que vivais juntos en una grande union y no os dividáis los unos de los otros. » Despues, volviéndose á los hermanos de su monasterio que se hallaban presentes, preguntóles quiénes de ellos querian acompañarles hasta el más próximo monasterio de los padres que moraban en aquel desierto. Ofreciéronse todos con grande afecto á acompañarles; pero él no escogió más que á tres que sabian las lenguas griega y egipcia, ya para servirles de intérpretes en caso de necesidad, ya para edificarles con conversaciones de piedad, y les ordenó que no les dejasen hasta que hubiesen visto todos los monasterios y los padres que deseaban visitar. Por último, al despedirse, les dió su bendicion de este modo: « Ruego al Señor que desde lo alto de Sion derrame su bendicion sobre vosotros, y que considereis, durante todos los dias de vuestra vida, cuáles son los bienes de la eterna Jerusalem. »

Tal era la caridad y el celo de San Apolon para con los hermanos que iban á verle. Pero no era menor el que tenia para con los infieles, á los que convirtió en gran número, no solo con los prodigios que hacía, casi innumerables, sinó tambien por la fuerza de su ejemplo y sus poderosas exhortaciones.

Por de pronto hay que contar en el número de sus prodigios aquella multiplicacion milagrosa de pan que Dios hizo más de una vez para recompensar su fé y cumplir la promesa que le habia hecho de concederle todo cuanto pidiese. Afligiendo el hambre á la Tebaida, recurrieron á él los habitantes y llaváronle sus mugeres y niños para que les diese la bendicion y el alimento que les faltaba. Hizoles distribuir generosamente todas las provisiones del monasterio, á escepcion de tres canastas de pan que estaban destinadas para el alimento de sus religiosos durante aquel dia. Pero viendo á aquella gente apretada por un hambre extrema, hizo pronto traer las cestas y colocándolas

en medio de aquellas pobres gentes, levantó las manos al cielo y dijo en alta voz: « ¿ No es bastante poderosa la mano de Dios para multiplicar esto? El Espíritu Santo nos asegura que el pan no faltará jamás en estas cestas hasta tanto que podamos saciarnos con lo que se recogerá en la próxima cosecha. »

Su fe no fué vana. Dios multiplicó tanto el pan que durante cuatro meses, no se cesó de tomarlo en estas cestas sin que pudiesen vaciarse. Rufino, que cuenta esta maravilla fundado en el testimonio de los discípulos del Santo, que la habían presenciado, dice que él la vió renovarse con sus propios ojos. « Vimos, dice, traer cestas llenas de pan y llenar con él las mesas sobre las que antes no había nada, y despues que cada uno se había saciado, llenaban otra vez estas cestas, como si no se hubiese tocado en ellas. »

El demonio, no pudiendo sufrir tan grandes prodigios, le dijo en cierta ocasion en que tambien había multiplicado pan y aceite con su oracion: « ¿ Eres tú Elías, ó alguno de los profetas ó apóstoles, para atreverte á hacer semejantes cosas? » Pero él le confundió con esta respuesta llena de fe y de confianza en Dios: « ¿ Y porqué no las he de hacer? ¿ Acaso los profetas y apóstoles no eran hombres como nosotros y nos dejaron herederos de la misma fe y de la misma gracia que ellos recibieron? Dios, que les estaba presente ¿ está ahora ausente? Decir esto sería una impiedad, porque sabemos que es todopoderoso, y que lo que puede, lo puede siempre. ¿ Cómo, pues, ó espíritu malaventurado, conociendo, como tu conoces, que él es tan bueno, eres tu tan malo? »

Su poder sobre los demonios resplandeció sobre todo librando á las almas de su tirania. Había en su vecindario nueve ó diez aldeas llenas de paganos muy apegados á sus supersticiones. Su ídolo estaba colocado en medio de un magnífico templo, y sus sacerdotes acostumbraban, en

tiempos de sequía, á llevarlo por los alrededores de esas aldeas, seguidos de todo el pueblo y corriendo de acá para allá por los campos con un furor semejante al de las bacantes. El Santo les encontró un día en esta especie de orgía y movido á compasion de su ceguedad, hincóse de rodillas en tierra y rogó á nuestro Señor Jesucristo que tuviese compasion de aquellos miserables y les esclareciese con las luces de la fe.

El efecto que hizo su oracion fué que al instante quedaron ellos inmóviles con su ídolo, y permanecieron así todo el dia expuestos á los más vivos ardores del sol, que es muy fuerte en aquellas regiones. No podian ellos comprender de dónde podia venir un accidente tan inaudit. Sus sacerdotes les dijeron que esto solo podia ser causado por un cristiano, llamado Apolo, que moraba en aquel desierto, y que no había que esperar ser libertados de aquellos lazos invisibles sinó por su medio.

Esto les fué confirmado por muchas personas á quienes un tal prodigio atrajo junto á ellos, y algunos aseguraron que, en efecto, habian visto pasar por allí á San Apolon. Sin embargo no dejaron de llevar allá bueyes para probar de arrastrar el ídolo; pero, siendo inútiles los esfuerzos de aquellos animales, los paganos enviaron comisionados al Santo á suplicarle que tuviese piedad de ellos, y le prometieron renunciar á sus sacrílegas supersticiones y abrazar la fe de Jesucristo.

El Santo salió pronto á su encuentro y les dió la libertad con su oracion. Arrojárónse á sus piés, creyeron en Jesucristo, quemaron su ídolo, y siguieron á su libertador, quien les instruyó en los misterios de la religion y les recibió en la Iglesia. Muchos de ellos abrazaron el estado monástico, y permanecieron con él.

Algun tiempo después, tuvo el consuelo de convertir á un famoso bandolero y pacificar dos aldeas que estaban en

riña por la cuestion de límites de sus territorios. Al primer rumor de su division, acudió para pacificarles, pero halló los espíritus tan irritados que no querían oír las razones, sobre todo el uno de los dos partidos, que se sentía sostenido por este insigne ladrón el autor principal de esta discordia.

El santo, que vió que él era quien más fuertemente se oponía á la paz, dirigióle la palabra y dijo con gran dulzura: « Hermano mio, si quereis cambiar de sentimiento y contribuir conmigo á apaciguar esta diferencia, rogaré á Dios por vos, y él os perdonará vuestros pecados. » Apenas hubo hablado así, cuando obrando la gracia en el corazón de este criminal echóse á sus piés, y le suplicó que cumpliera la promesa que acababa de hacer; y volviéndose al mismo tiempo hácia los que le habían escogido por jefe, les envió de nuevo en paz á su casa. Habiéndose retirado todos, siguió al Santo, quien le llevó á su monasterio, en donde le obtuvo con sus oraciones un sentimiento tan vivo de compuncion, que finalmente tuvieron uno y otro certeza del cielo de que Dios le había perdonado sus crímenes, lo cual sucedió de este modo: Durmiendo los dos durante la noche en el monasterio, cada uno de ellos tuvo un sueño en el que les pareció que se hallaban ante el trono de Jesucristo, adorándole en compañía de los ángeles y santos, y oyeron una voz que les dijo: « Aun cuando nada hay comun entre la luz y las tinieblas, y ninguna relacion entre un fiel y un infiel, sin embargo se te concede, Apolon, la salud de este hombre por quien tanto has rogado. » El cambio de este hombre fué tan perfecto que causó admiracion á todos los hermanos, y ellos reconocieron en estelobo cambiado en cordero lo que dice el Profeta, *que los lobos se apacentarán juntamente con los corderos, y los leones y bueyes comerán juntos.* (Isai. 11.)

Muy diferentemente sucedió con otro que osó resistir al

Santo en un encuentro semejante. Cuanto aquel experimentó más con su conversion el dulce efecto de la misericordia de Dios, Santo más sintió esta la severidad de su justicia con su obstinacion, y sirvió de terrible ejemplo para probar que no impunemente se resistía al siervo de Dios. Era él como el jefe de los habitantes de una poblacion de paganos, que habían entrado en disputas con los de una aldea cristiana y tomado las armas. Habiendo intervenido el santo para apaciguarles, no encontró resistencia sino en este hombre, fiero y violento, que protestaba morir antes que permitir que se pusiesen de acuerdo. « Tu deseo será cumplido, dijo San Apolon, quien hasta entonces no habia podido doblegarle con sus exhortaciones; solo que te costará la vida á ti, y tu sepulcro será el que mereces, puesto que no será la tierra, sino que el vientre de las bestias y de los buitres te servirá de tumba. »

Estas palabras no fueron una simple amenaza sino un golpe fulminado contra este criminal. Al instante cayó muerto sin que otra persona alguna experimentara desgracia; y como que se cubrió su cuerpo de arena, al dia siguiente se halló que las bestias lo habían desenterrado y hecho pedazos, y que todavia servía de pasto á los buitres. Una prediccion cumplida tan exactamente en todas sus circunstancias, causó tanta admiracion á los paganos, así como tambien los otros milagros que acabamos de referir, que todos los de la provincia abrazaron la fé del Evangelio.

Nada más sabemos de la vida de San Apolon despues de la visita de Rufino, que Tilemon (Till., t. 10, n. 1, p. 721.) cree haber sucedido antes de terminar el año 394. Bollandó (Boll. 23 ener.) pone su muerte en el año 395. Bulteau (Bult. 1. 1. c. 5, n. 1, p. 66.) le cita sin contradecirle. Por lo cual habría vivido 75 años, si hubiese nacido en 321; pero nada positivo puede decirse sobre el particu-

lar. Baillet (Baill. 25 encr.) dice que murió bajo el peso de los años y cargado del mérito de sus trabajos apostólicos, y sigue la cronología de Bolando para el tiempo de su muerte; pero no señala el de su nacimiento. Créese que es él á quien los griegos honran el 25 de enero. Bolando le fija en el mismo día.

Parece (Vit. PP. l. 10, c. 184.) que el monasterio de San Apolon era célebre en la Tebaida en el siglo sexto y que la disciplina regular se observaba en él fielmente, por dos ejemplos que Juan Mosch, autor del *Prado espiritual*, que florecía por aquel tiempo, nos ha conservado. El primero es de un joven religioso cuyo amor á la penitencia era tan ardiente que se abstuvo de beber hasta su muerte, la cual aconteció tres años despues de la resolucion que de ello habia hecho. El segundo era de un anciano, tan asiduo á la oracion, que se veía en una tabla de su celda, en la que tenia costumbre de arrodillarse para orar, un hundimiento de cuatro dedos que habian hecho sus rodillas.

Ha habido muchos solitarios llamados Apolon, á saber: uno en el desierto de Sceté, otro, en el de las Celdas y otro en el de Nitria. De ellos hablaremos en otra parte.

SAN AMMON Y SAN ONOFRE

ANACORETAS DE LA BAJA-TEBAIDA

Añadiremos á la vida de San Apolon lo poco que sabemos de San Ammon, anacoreta, (Vit. PP. l. 2, c. 8, y l. 8, c. 53.) que moraba en las cercanías de su monasterio, y á donde los discipulos del Santo llevaron desde luego á Rufino y á sus compañeros. San Ammon habia ya muerto pe-

ro habia dejado un discípulo heredero de su celda y de sus virtudes. De este aprendieron lo que de aquel vamos á referir.

Cuando, pues, Rufino y sus cofrades hubieron abandonado á San Apolon, sus piadosos guias les condujeron por el desierto por la parte de medio dia donde, despues que hubieron andado algun tiempo, apercibieron sobre la arena las huellas de un dragon tan enorme, que cualquiera hubiera dicho que por allí se habia arrastrado alguna gran viga. Espantáronse mucho al verle y rogaron á los que le conducian que se apartasen de aquel camino para que no se encontrasen con aquel horrible animal.

Estos, por el contrario, les exhortaron á que nada temiesen, y hasta querían seguir á la serpiente con el fin de alcanzarla y matarla en presencia suya, como decian haberlo hecho con otras serpientes. Pero, muy lejos de reanimarse, Rufino y sus cofrades les instaron á que tomasen otro camino.

Esto no impidió que uno de los discipulos de San Apolon siguiese las huellas de la bestia hasta cerca de la cueva en que ella se retiraba, y que no les gritase desde allá á que se juntasen á él y viesen cómo iba á matarla. Un solitario que moraba poco lejos de allí, se presentó entonces, y enterado por ellos de la causa de su temor, les confirmó en él diciendo que él mismo habia visto este monstruoso animal y que era tan horrible que no podrían sufrir su vista, sobre todo no estando acostumbrados á ver cosa semejante, porque no tenia menos de quince codos de largo.

Hizo volver al hermano que estaba cerca de la cueva, y les llevó á todos juntos á su celda, donde les recibió con toda la caridad posible. Despues que hubieron descansado, habiendo trabado conversacion, díjoles que la celda que habitaba habia sido la de un hombre santo llamado Ammon, su padre espiritual, por quien Nuestro Señor habia obrado muchos prodigios.

lar. Baillet (Baill. 25 encr.) dice que murió bajo el peso de los años y cargado del mérito de sus trabajos apostólicos, y sigue la cronología de Bolando para el tiempo de su muerte; pero no señala el de su nacimiento. Créese que es él á quien los griegos honran el 25 de enero. Bolando le fija en el mismo día.

Parece (Vit. PP. l. 10, c. 184.) que el monasterio de San Apolon era célebre en la Tebaida en el siglo sexto y que la disciplina regular se observaba en él fielmente, por dos ejemplos que Juan Mosch, autor del *Prado espiritual*, que florecía por aquel tiempo, nos ha conservado. El primero es de un joven religioso cuyo amor á la penitencia era tan ardiente que se abstuvo de beber hasta su muerte, la cual aconteció tres años despues de la resolucion que de ello habia hecho. El segundo era de un anciano, tan asiduo á la oracion, que se veía en una tabla de su celda, en la que tenia costumbre de arrodillarse para orar, un hundimiento de cuatro dedos que habian hecho sus rodillas.

Ha habido muchos solitarios llamados Apolon, á saber: uno en el desierto de Sceté, otro, en el de las Celdas y otro en el de Nitria. De ellos hablaremos en otra parte.

SAN AMMON Y SAN ONOFRE

ANACORETAS DE LA BAJA-TEBAIDA

Añadiremos á la vida de San Apolon lo poco que sabemos de San Ammon, anacoreta, (Vit. PP. l. 2, c. 8, y l. 8, c. 53.) que moraba en las cercanías de su monasterio, y á donde los discipulos del Santo llevaron desde luego á Rufino y á sus compañeros. San Ammon habia ya muerto pe-

ro habia dejado un discípulo heredero de su celda y de sus virtudes. De este aprendieron lo que de aquel vamos á referir.

Cuando, pues, Rufino y sus cofrades hubieron abandonado á San Apolon, sus piadosos guias les condujeron por el desierto por la parte de medio dia donde, despues que hubieron andado algun tiempo, apercibieron sobre la arena las huellas de un dragon tan enorme, que cualquiera hubiera dicho que por allí se habia arrastrado alguna gran viga. Espantáronse mucho al verle y rogaron á los que le conducian que se apartasen de aquel camino para que no se encontrasen con aquel horrible animal.

Estos, por el contrario, les exhortaron á que nada temiesen, y hasta querían seguir á la serpiente con el fin de alcanzarla y matarla en presencia suya, como decian haberlo hecho con otras serpientes. Pero, muy lejos de reanimarse, Rufino y sus cofrades les instaron á que tomasen otro camino.

Esto no impidió que uno de los discipulos de San Apolon siguiese las huellas de la bestia hasta cerca de la cueva en que ella se retiraba, y que no les gritase desde allá á que se juntasen á él y viesen cómo iba á matarla. Un solitario que moraba poco lejos de allí, se presentó entonces, y enterado por ellos de la causa de su temor, les confirmó en él diciendo que él mismo habia visto este monstruoso animal y que era tan horrible que no podrían sufrir su vista, sobre todo no estando acostumbrados á ver cosa semejante, porque no tenia menos de quince codos de largo.

Hizo volver al hermano que estaba cerca de la cueva, y les llevó á todos juntos á su celda, donde les recibió con toda la caridad posible. Despues que hubieron descansado, habiendo trabado conversacion, díjoles que la celda que habitaba habia sido la de un hombre santo llamado Ammon, su padre espiritual, por quien Nuestro Señor habia obrado muchos prodigios.

Su alimento no había sido más que pan y agua. Algunos ladrones iban á robar este pan. Cuando el Santo vió que frecuentemente le incomodaban de esta manera, fuése un día al desierto, y habiendo á su vuelta mandado á dos grandes dragones que le acompañasen, les ordenó que se quedasen junto á su celda para guardar su entrada. Habiendo vuelto aquellos ladrones segun costumbre y viendo delante de la puerta aquellos dragones como en centinela, fueron sobrecogidos de un tan gran temor que cayeron al suelo sin juicio y sin sentidos; lo cual habiendo visto el santo viejo, salió, y habiéndoles encontrado medio muertos, les levantó y les reprendió de su falta con estas palabras: « Ya veis cómo sois mucho más crueles que las bestias, puesto que estas nos obedecen á causa de la sumision que tienen á Dios, mientras que vosotros no le teneis ningun temor ni tampoco vergüenza de turbar el reposo de sus siervos. » En seguida les entró en su celda en donde les hizo sentar á la mesa y les ordenó que comiesen. Aquellos desdichados se conmovieron tanto en su corazon y olvidaron de tal manera sus fieras costumbres que pronto se hicieron mejores que muchos de los que largo tiempo antes habian comenzado á servir á Dios; porque adelantaron de tal manera en la virtud de la penitencia, que pronto despues obraban los mismos milagros que San Ammon.

Otra vez, como un dragon espantoso asolase todas las provincias vecinas y hubiese dado muerte á muchas personas, los habitantes de aquellos lugares fueron á encontrar al bienaventurado Ammon para suplicarle que les librase de aquella cruel bestia; y á fin de moverle á compasion, le llevaron el hijo de un pastor que solo con verlo se quedó tan espantado que habia perdido el juicio, y su soplo le habia puesto como muerto y totalmente hinchado. El Santo viejo, despues de haber oleado al niño, le devolvió su primitiva salud; y aun cuando tuvo un gran deseo de dar

muerte á aquel peligroso animal, sin embargo, como si no hubiese podido asistirles, no quiso prometerles nada; sino que habiendo salido entonces mismo, se fué hácia la bestia é hincándose de rodillas en tierra hizo su oracion á Dios. El dragon, despues de haber exhalado un soplo que llenó todo el aire de un hedor horrible, y despues de haber dado grandes silbidos y gritos, abalauzóse con furia contra él. Entonces el Santo, sin inmutarse en nada, le miró con rostro firme y le dijo: « Que Jesucristo, hijo de Dios, te dé la muerte, él que debe hacer morir á la gran ballena. » (Isai. 26) Apenas hubo proferido estas palabras, cuando este cruel animal vomitó todo su veneno con su vida, y reventó al instante. Todos los habitantes de los contornos que se habian reunido, como dije, estando espantados de este milagro y no pudiendo sufrir un hedor tan grande, arrojaron grandes montones de arena sobre el cuerpo de aquella bestia, siempre en presencia del Santo, porque aun cuando pareció evidentemente que el animal estaba muerto, nadie se atrevia á acercársele sino en su presencia.

Debemos decir aquí algunas palabras de San Onofre cuya vida nos dió Pafnucio, solitario egipcio hácia el fin del siglo cuarto, pero como en aquella época florecían muchos Pafnucios, no se sabe á cuál debe atribuirse la vida de San Onofre. Además hay en esta historia ciertos hechos extraordinarios que han parecido poco verosímiles y que han hecho temer interpolaciones de algun amigo de ficciones. Parécenos que este temor debilita todo el relato. En efecto, si se le suprime, no se puede estar seguro de hacerlo justamente. Es pues necesario limitarse á decir que Onofre fué en un principio cenobita en un monasterio de la Baja-Tebaida, y que más tarde se retiró al desierto, en donde vivió setenta años en una completa soledad.

EL MONASTERIO DEL ABAD ISIDORO

Rufino y Paladio han hablado los dos del monasterio del abad Isidoro. Hiciéronlo y debían hacerlo brevemente, porque no trayendo sino cosas ciertas, y no abriéndose jamás esta célebre casa sino para los que querían permanecer siempre en ella, no fueron admitidos á visitarla. Así que no supieron más que lo que podía saberse por de fuera.

El Abad Isidoro no es, como han pensado algunos, aquel á quien San Jerónimo coloca, entre los Origenistas. Este Isidoro, por sobrenombre el Xenódoco ó el Hospitalario, era solitario y sacerdote de Alejandria, de donde fué desterrado por el patriarca Teófilo.

Aquel de quien nosotros aquí hablamos estaba enteramente ocupado en la conducta de sus discípulos y nada tuvo de comun con los solitarios á quienes se acusó de origenismo. Su monasterio era uno de los más considerables de la Baja-Tebaida, tanto por el número de los religiosos, que era de cerca de mil, cuanto á causa de su admirable piedad. Su circuito era muy espacioso y cerrado de murallas. Había en él vastos jardines, abundancia de agua, cantidad de árboles y frutos, y generalmente todo cuanto era necesario para el alimento de los hermanos. Observábase allí una disciplina muy-exacta, y sobre todo la clausura perpetua puesto que no se recibía á nadie que no tuviese la resolución de permanecer hasta la muerte en el monasterio.

No era permitido salir de él sino á dos ancianos de una probada virtud, á quienes el abad escogía para distribuir

por fuera las obras de los religiosos y traer los materiales necesarios para hacer otras. Solo se confiaba la guardia de la puerta á un anciano que más se había distinguido por su probidad y prudencia. Por esto tenía su celda cerca de la puerta, en donde se había también construido otra para alojar á los forasteros, á los que recibía con humildad y caridad. No le era permitido introducir á nadie más adelante, y contentábase con cumplir los deberes de la hospitalidad y edificar con conversaciones dignas de un santo solitario.

Por medio de estas sábias precauciones, el abad Isidoro había alejado de su monasterio todo cuanto podía recordar á sus religiosos la memoria del siglo; y por este dichoso olvido, junto con la exención de toda solicitud temporal, teniendo menos que combatir las vanas ideas ocasionadas por el extravío de los sentidos y los constantes cuidados de la vida, tendían á Dios con mayor libertad de corazón.

Después de esto, no hay que sorprenderse de que ninguno de estos fervorosos religiosos tuviese pesar de su clausura. La tranquilidad de que gozaban y las virtudes de las que se daban mutuamente tan edificantes ejemplos, hacían de aquella casa una morada de paz y una imagen de la que reina en la Jerusalem celestial; y estaban tan contentos de no salir jamás, que solo la obediencia les determinaba á aceptar el cargo de llevar las obras de fuera.

Cuanto vivían tranquilos en su retiro, tanto gustaban sus preciosas ventajas por el silencio que allí reinaba, por la facilidad que tenían en cumplir con sus ejercicios de piedad, y sobre todo en levantarse á Dios con la oración y meditación á la que dedicaban un tiempo considerable. Por último practicaban tan perfectamente las virtudes religiosas que Dios les favorecía con sus más excelentes dones, de suerte que, dice Rufino, no había ninguno que no hubiese recibido el de hacer milagros; pero lo que todavía es más

admirable, según relación del mismo historiador, ex que no morían de enfermedad y que, cuando se acercaba el fin de alguno de ellos, se despedía de sus hermanos y descansaba en paz, con un maravilloso contento de su corazón. Rufino y Paladio no hablan de todo lo que acabamos de decir como testigos oculares sino por relación del portero del monasterio; porque como hemos dicho, no era permitido entrar en el interior sino á condición de fijar allí para siempre su morada.

SAN PAFNUCIO, ABAD Y SANTA TAIS, PENITENTE ¹.

Pafnucio habia establecido su monasterio en la estremidad del territorio de Hiraché, en la Baja-Tebaida. La vida que llevaba era tan santa, que le miraban menos como un hombre que como un ángel. Había muerto ya cuando Rufino fué á visitarle á su monasterio hácia el año 390. Así que Rufino escribió fundado en el testimonio de sus discípulos.

Un día, Pafnucio, orando, tuvo el deseo de saber si habia aprovechado en la virtud. Un ángel le dijo entonces que podia compararse á un cierto músico que se ganaba la vida cantando en una aldea del vecindario.

Este paralelo le admiró y humilló. Con el deseo de instruirse más, apresuróse á ir á ver á aquel hombre de una profesion que ninguna relación tenía con la virtud perfecta, y a quien el cielo, sin embargo, ponía al nivel de un solitario completamente aplicado á los trabajos de la penitencia y á la práctica de la perfección religiosa. Su sorpresa fué todavía mayor cuando, habiéndole encontrado y preguntado por su

¹ *Vitae Patrum*, Rufino, Bulteau.

conducta espiritual, le respondió que era un gran pecador y que antes que ejerciese el oficio que actualmente tenía, no habia vivido más que del robo.

Pafnucio le instó á que le dijese al menos si, durante el tiempo de sus latrocinios, le habia acontecido hacer alguna obra buena; á lo cual respondió que solo se acordaba de dos: la una que, hallándose en cierto día con otros ladrones, se apoderaron de una virgen consagrada á Dios, á la cual, queriendo insultar sus compañeros, él la habia arrancado de sus manos y conducido de noche á la aldea de donde era, sin que le hubiese sucedido ningun mal. La otra que, habiendo encontrado en el desierto á una muger desconsolada, porque unos acreedores que habian hecho meter en la cárcel á su marido y á sus hijos, la buscaban tambien para hacerla prender, se conmovió tanto que la llevó á su cueva, hizola volver en sí de la extrema debilidad en que se hallaba, á causa de que hacia ya cuatro días que no habia comido nada, y le dió trescientas piezas de plata para pagar sus deudas y poner en libertad á su marido y á sus hijos.

Pafnucio, admirando estos actos de caridad en un ladrón, tomó de ellos ocasion para exhortarle á que se aprovechase de la misericordia de Dios. « A la verdad, le dijo él, yo no he hecho cosa semejante y sin embargo creo que no ignorais que el nombre de Pafnucio es bastante conocido entre los solitarios á causa del gran deseo que he tenido de instruirme y ejercitarme en su santa manera de vivir; y no obstante Dios me ha revelado que no os considera menor que yo. Así que, hermano mio, puesto que veis que no ocupais uno de los últimos lugares cerca de su divina magestad, no olvidéis el cuidado de vuestra alma ».

Estas palabras movieron el corazón del músico y le llenaron de reconocimiento para con la divina misericordia. Al instante, arrojó las flautas que tenía en la mano, siguió al Santo

admirable, según relación del mismo historiador, ex que no morían de enfermedad y que, cuando se acercaba el fin de alguno de ellos, se despedía de sus hermanos y descansaba en paz, con un maravilloso contento de su corazón. Rufino y Paladio no hablan de todo lo que acabamos de decir como testigos oculares sino por relación del portero del monasterio; porque como hemos dicho, no era permitido entrar en el interior sino á condición de fijar allí para siempre su morada.

SAN PAFNUCIO, ABAD Y SANTA TAIS, PENITENTE ¹.

Pafnucio habia establecido su monasterio en la estremidad del territorio de Hiraché, en la Baja-Tebaida. La vida que llevaba era tan santa, que le miraban menos como un hombre que como un ángel. Había muerto ya cuando Rufino fué á visitarle á su monasterio hácia el año 390. Así que Rufino escribió fundado en el testimonio de sus discípulos.

Un día, Pafnucio, orando, tuvo el deseo de saber si habia aprovechado en la virtud. Un ángel le dijo entonces que podia compararse á un cierto músico que se ganaba la vida cantando en una aldea del vecindario.

Este paralelo le admiró y humilló. Con el deseo de instruirse más, apresuróse á ir á ver á aquel hombre de una profesion que ninguna relación tenía con la virtud perfecta, y a quien el cielo, sin embargo, ponía al nivel de un solitario completamente aplicado á los trabajos de la penitencia y á la práctica de la perfección religiosa. Su sorpresa fué todavía mayor cuando, habiéndole encontrado y preguntado por su

¹ *Vitae Patrum*, Rufino, Bulteau.

conducta espiritual, le respondió que era un gran pecador y que antes que ejerciese el oficio que actualmente tenía, no habia vivido más que del robo.

Pafnucio le instó á que le dijese al menos si, durante el tiempo de sus latrocinios, le habia acontecido hacer alguna obra buena; á lo cual respondió que solo se acordaba de dos: la una que, hallándose en cierto día con otros ladrones, se apoderaron de una virgen consagrada á Dios, á la cual, queriendo insultar sus compañeros, él la habia arrancado de sus manos y conducido de noche á la aldea de donde era, sin que le hubiese sucedido ningun mal. La otra que, habiendo encontrado en el desierto á una muger desconsolada, porque unos acreedores que habian hecho meter en la cárcel á su marido y á sus hijos, la buscaban tambien para hacerla prender, se conmovió tanto que la llevó á su cueva, hizola volver en sí de la extrema debilidad en que se hallaba, á causa de que hacia ya cuatro días que no habia comido nada, y le dió trescientas piezas de plata para pagar sus deudas y poner en libertad á su marido y á sus hijos.

Pafnucio, admirando estos actos de caridad en un ladrón, tomó de ellos ocasion para exhortarle á que se aprovechase de la misericordia de Dios. « A la verdad, le dijo él, yo no he hecho cosa semejante y sin embargo creo que no ignorais que el nombre de Pafnucio es bastante conocido entre los solitarios á causa del gran deseo que he tenido de instruirme y ejercitarme en su santa manera de vivir; y no obstante Dios me ha revelado que no os considera menor que yo. Así que, hermano mio, puesto que veis que no ocupais uno de los últimos lugares cerca de su divina magestad, no olvidéis el cuidado de vuestra alma ».

Estas palabras movieron el corazón del músico y le llenaron de reconocimiento para con la divina misericordia. Al instante, arrojó las flautas que tenía en la mano, siguió al Santo

al desierto y se conformó tan fielmente á todo cuanto le prescribió para la conducta que debia observar que despues de tres años pasados en la práctica de las virtudes religiosas, entregó su alma á Dios entre los coros de los espíritus bienaventurados.

Después del dichoso fin de este piadoso penitente, Pafnucio se había picado de una santa emulacion para adelantar más que nunca por el camino de la perfeccion, y á fin de conocer mejor lo que Dios pedía de él, le pidió por segunda vez que le diera á conocer con quién podía compararse ; y fuéle respondido que se parecia al principal habitante de la aldea más cercana. Fuése allá al instante, y no le costó trabajo hallarle, porque este salió á su encuentro, le llevó á su casa, lavóle los piés y le dió una opípara comida.

Durante esta, Pafnucio se informó de él sobre cuál era su manera de vivir ; pero le encontró más inclinado á declarar sus faltas que á explicar el bien que hacia ; y no hubiese conocido nada de sus virtudes, si él no le hubiese dado á conocer que Dios era quien le había enviado para saber de su boca lo que hacia en servicio suyo, y que hasta le había encontrado digno de pasar el resto de su vida entre los solitarios. « De seguro, díjole entonces aquel hombre, yo no sé que ha ya hecho bien alguno ; pero puesto que me asegurais que Dios os ha revelado lo que a mí atañe, no puedo esconderme, ante quien conoce todas las cosas. Os diré, pues, cómo hé acostumbrado á portarme para con aquellos entre quienes me hallo.

« Jamás he negado la hospitalidad á nadie y nunca he permitido que se me haya prevenido en salir al encuentro de los forasteros y recibirlos en mi casa. Jamás he dejado salir á ningun huésped sin darle con que hacer lo restante de su viaje. Desde hace treinta años, vivo con mi esposa como un hermano con su hermana. No he despreciado á ningun pobre

ni dejado de auxiliarle en sus necesidades. Cuando se ha tratado de justicia y equidad, no hubiese sido capaz de favorecer á mi propio hijo con perjuicio de mi prójimo. El fruto del trabajo de otro no ha entrado en mi casa. Cuando he sabido que algunas personas se estaban disputando, he procurado siempre ponerlas de acuerdo. No he permitido que mis hijos diesen lugar á quien quiera que fuese á quejarse de ellos, ni que mis rebaños causaran daño en los bienes de otros. No he impedido que otros sembrasen en mis tierras, y me he contentado con sembrar los campos que ellos me han dejado libres. He procurado, cuanto he podido, sostener á los débiles contra la injusta opresion de los más poderosos. He tenido cuidado de no incomodar jamás á nadie ; y cuando he presidido algun juicio, he hecho todo lo posible para concordar las partes más bien que condenar á ninguna de ellas. He ahí, por la misericordia de Dios, de qué manera he vivido hasta aquí. »

Una conducta tan caritativa deslumbró á Pafnucio, y no pudo menos de abrazarle con ternura ; y comprendiendo que podía ser uno de los mas ricos ornamentos de la soledad, le dijo que puesto que él había cumplido todas estas cosas, sólo le faltaba añadir la renuncia real de todos los bienes de este mundo, para llevar la cruz de Jesucristo y andar con mayor perfeccion en seguimiento de este divino Maestro.

Encontró su corazon plenamente dispuesto á seguir este consejo ; así que, sin dilacion, se fueron juntos al desierto, en donde el Santo le alojó en la celda que había ocupado el músico. Dióle además los avisos necesarios para hacerle entrar en los designios de misericordia que Dios tenia sobre él ; y este segundo discípulo siguió tan fielmente las huellas del primero, que en poco tiempo llenó la medida de su santidad, y fué por último á recibir la corona de gloria en la eternidad entre las aclamaciones de los ángeles, segun se lo reveló Dios al Santo.

Este nuevo ejemplo sirvió todavía de aguijón à Pafnucio para hacerle adelantar más rápidamente en la perfeccion de su estado. « Porque, se decía él á sí mismo, si los que están en el mundo hacen obras excelentes ¿ cuánto más yo, siendo solitario, estoy obligado a esforzarme en adelantarles en los ejercicios de una vida penitente? » Asi que, aumentó, sus austeridades precedentes y perseveró más que nunca en la santa oracion.

Por tercera vez, deseó que Dios le diese á conocer el estado de su alma, y oyó de nuevo la voz del cielo que le dijo que era semejante á un comerciante que iba á verle, y á cuyo encuentro salió apresuradamente. Bajó al instante de la montaña y encontró en su camino á este comerciante, que por el Nilo había bajado de la Alta-Tebaida, de donde habia traido muchos bajeles cargados de mercaderías que distribuía entre los pobres; y se iba á su monasterio con algunos criados cargados de legumbres para regalárselas.

Apenas le vió Pafnucio, díjole: « ¡ Oh alma preciosa á los ojos de Dios! ¿ porqué os ocupais de las cosas de la tierra, estando destinado para no ocuparos más que en las del cielo? Dejad que los que no tienen sino pensamientos de la tierra se ocupen de ellas, cuanto quieran; pero vos no tengais otro objeto que haceros negociante del reino de Dios y seguid fielmente á Jesucristo que os llama para servirle á él únicamente. »

Estas palabras produjeron el mismo efecto que en los demás. El comerciante ordenó á sus criados que diesen á los pobres todos los bienes que le quedaban, siguió al Santo á la celda en donde los otros dos habían vivido sucesivamente y habían muerto en la paz del Señor, hizose imitador de su santa vida, y en poco tiempo consumó su carrera con una igual santidad.

Dios se sirvió tambien de su siervo Pafnucio para las

obras admirables de su misericordia las cuales no menos contribuían al aprovechamiento espiritual de este santo solitario que al de los otros. Pero puede decirse que el más precioso fruto de su mision y en el que más resplandeció la magnificencia de la bondad de Dios, fué la conversion de Tais, todavía más célebre en la Iglesia por su penitencia de lo que lo había sido en el siglo por sus desórdenes.

A nuestro Pafnucio la atribuyen más comunmente los autores (Bult. l. t. 5, n. 5. — Till. t. 10, p. 44.), y nosotros no le quitaremos su gloria, puesto que ninguna razon hay para darla á otro Pafnucio, puesto que el lugar y tiempo en que vivía hacen presumir justamente en su favor.

No se dice cuál fué la patria de Tais, ni la ciudad que sirvió de teatro á sus desórdenes; sólo se sabe que fué en Egipto. Tuvo la desgracia de nacer de una madre tan perversa como lo fué despues ella; porque, muy lejos de velar por la conservacion de su inocencia, solo le dió lecciones para perderla; y esta seduccion doméstica fortalecida por una belleza, que puede llamarse matadora de almas, la hizo caer en las más grandes faltas.

Muy grande había de ser el escándalo cuando su rumor se extendió hasta las soledades; pero no fué esto sino una disposicion de la Providencia, que hizo servir el celo de Pafnucio para llevar á esta oveja al redil del soberano pastor de las almas.

El medio que tomó este siervo de Dios para salirse con la suya, hace ver bastante que le había venido de lo alto, por la razon misma de que logró lo que pretendía contra las reglas de la prudencia ordinaria. Pafnucio se quitó el vestido de solitario, tomó uno de paisano, proveyóse de una suma de plata, y con este equipage fuése á presentar delante de Tais, como para engrosar el número de sus cortesanos.

Tais no había estinguido del todo en su alma los prin-

cipios comunes de la religion. Creía en Dios, y estaba convencida de que hay otra vida en la que recompensa á los buenos y castiga á los malos; pero estas verdades estaban ahogadas en su alma por el amor de los placeres y de las riquezas, y su fe no servía sino para hacerla más culpable por los crímenes con que ella la deshonraba.

Precisamente estas fueron las verdades de que se sirvió Pafnucio para hacerla decidir á la enmienda. Pidióle por de pronto que le introdujese en un punto en donde pudiese ocultarse no solamente á los ojos de las criaturas sino á los del mismo Dios; y como le respondiera ella que esto era imposible, por estar Dios presente en todas partes, tomó de aquí ocasion para representarle cuán horrible era atreverse á pecar bajo los mismos ojos de Dios, y qué cuenta tan terrible tendría que dar ella en su tribunal por la pérdida de tantas almas que todos los dias arrastraba su conducta al abismo del pecado.

A estas palabras, reconociendo Tais que el que le hablaba no era otra cosa que lo que había creído, y obrando Dios con su gracia en el fondo de su corazon, arrojóse á los pies de Pafnucio, y le dijo derramando lágrimas estas pocas palabras: « Padre mio, ordenadme la penitencia que os guste, porque espero que Dios me concederá misericordia por vuestras oraciones. Os pido solamente tres horas de tiempo, despues de las cuales iré á donde gustéis y ejecutaré todo cuanto me prescribáis. »

La dilacion que pidió no fué sino para probar de una manera más brillante cuán sincero era su cambio. Recogió todo lo que había adquirido con sus pecados, como muebles y efectos preciosos, cuyo valor podía subir á cuarenta libras de oro; hizolo llevar todo á la plaza pública y pególe fuego en presencia de todo el pueblo y, levantando su voz á fin de hacerse oír de los cómplices de sus crímenes, les invitó á imitar su conversion.

Despues de este sacrificio, se fué al lugar donde le aguardaba Pafnucio, quien la llevó á un monasterio de mugeres y la encerró en una celda particular cuya puerta selló con plomo, á fin de que nadie tuviese la temeridad de abrirla sin su permiso. Solamente le dejó una muy pequeña ventana por la que se pudiese dar de comer, y recomendó á las hermanas que no le llevasen cada dia más que un poco de pan y agua.

Así encerrada Tais, sin que pudiese salir para nada, suplicó á Pafnucio cuando iba á dejarla, que le dijese de qué manera debia orar y rogar á Dios. Respondióle que no era digna de pronunciar su santo nombre ni de levantar hácia el cielo sus manos manchadas con tantos crímenes; sino que se contentase de volverse hácia el Oriente y repetir con frecuencia estas palabras: *Vos, que me habeis formado, tened piedad de mi.* Ella se sometió humildemente á esta penitencia y la practicó con mucha fidelidad. Tres años despues, Pafnucio tuvo compasion de ella. Fué á encontrar á San Antonio para saber de él si Dios le había perdonado sus pecados. Sin embargo no le dijo el sujeto por el cual iba á consultarle, esperando que Dios se lo daría á conocer; y San Antonio, habiendo reunido á sus discípulos, les ordenó que pasasen la noche en oracion, separados los unos de los otros, para ver si Dios revelaría alguno de ellos la causa de la llegada de Pafnucio.

San Pablo el Simple, como lo contamos ya en su vida, fué á quien Dios la manifestó. Hizole ver en el cielo una soberbia cama guardada por tres vírgenes, y le dijo que estaba reservada para Tais. Al dia siguiente, Pablo dió cuenta de esta mision á su bienaventurado padre Antonio; y Pafnucio, habiendo conocido por esto que Dios había perdonado á Tais, fuése al lugar en donde la había encerrado y abrió su puerta para hacerla salir de allí.

La Santa penitente le testificó que deseaba terminar

allí sus días; pero, tan dócil á las órdenes de su padre espiritual cuanto había sido sumisa en la penitencia que le había impuesto, díjole solamente que, puesto que Dios le había hecho la gracia de perdonarle sus pecados, no había hecho otra cosa desde su entrada en aquella celda, que ponerlos como un monton delante de sus ojos, contemplarlos sin cesar y llorarlos mientras los consideraba. Tambien por esto, le dijo Pafnucio, y no por el rigor de vuestra penitencia, Dios os los ha perdonado.

Tais no sobrevivió mucho á su salida de aquella especie de carcel. Quince dias después, su alma fué libertada de la de su cuerpo, y fué á gozar de la felicidad que Dios le había preparado. Los Griegos honran esta santa penitente el 8 de octubre, como tambien los Latinos.

En cuanto á Pafnucio, sus actas no dicen ni en qué año murió. Rufino indica solamente que, perseverando en una muy austera penitencia, se le apareció un ángel y la invitó á seguirle á los eternos tabernáculos, en donde los profetas se preparaban para recibirla. Al dia siguiente de esta aparicion, añade el mismo historiador, fué el último de su vida ¹.

SAN MUCIO Ó PATERMUCIO,

PENITENTE Y ABAD EN LA BAJA-TEBAIDA,

Y COPREZ, SACERDOTE Y ABAD, SU DISCIPULO ¹.

Todo fué maravilloso en Mucio, á quien se llama tambien

¹ Algunos Latinos hacen memoria de este San Pafnucio el 3 de marzo; otros el 29 de noviembre. No se encuentra su nombre en el ritual de los Griegos.

² *Vitæ Patrum*, Rufino, Casiano, Tillemont.

Patermucio. Su vida fué un tejido de prodigios y virtudes. Ni siquiera sé si lo que vamos á contar, bajo la fe de Rufino, será creído por muchos. ¡ Tan extraordinario es ¡ Pero, despues que Jesucristo dijo que la fe es capaz de trasladar las montañas de una parte á otra, nada debe admirarnos en estos Santos.

Mucio juntó en un principio los horrores del latrocinio á la idolatría. Fué un insigne ladron y se cubrió con toda clase de crímenes; hasta tal punto que ni perdonó los sepulcros que eran respetados de los mismos paganos.

Dios cambió su corazon casi en circunstancias semejantes á aquellas en las que convirtió al Apóstol de las naciones; es decir, cuando tenía la intencion actual de ofenderle, ó más bien, en el ejercicio actual del pecado. Había subido, cierta noche por medio de máquinas, al tejado de la casa de una virgen consagrada á Jesucristo, para tentar de penetrar dentro y llevarse lo que pudiese. Pero el Señor que velaba por la seguridad de su siervo, y quería hacer de él uno de sus más fieles servidores, no permitió que llegase á realizar su pernicioso designio.

Trabajó hasta muy entrada la noche, sin que sus esfuerzos le saliesen bien, y se fatigó tanto que, rendido por el cansancio, durmióse finalmente en el tejado. Mientras dormía, se le apareció en sueños un hombre venerable, le reprochó sus latrocinios y sus asesinatos, exhortóle á emprender una vida tan santa cuanto era horrible la que llevaba, y le hizo ver una numerosa hilera de solitarios, cuyo superior estaba él destinado á ser.

Al despertar, se encontro en tan diferentes disposiciones de las en que se encontraba ántes, que no se reconoció, por decirlo así, á si mismo; y en este momento presentóse delante de él la virgen cuya casa quería saquear, y le preguntó quién era y qué tenía que hacer en aquel lugar. Él estaba tan grandemente admirado que no supo qué res-

allí sus días; pero, tan dócil á las órdenes de su padre espiritual cuanto había sido sumisa en la penitencia que le había impuesto, díjole solamente que, puesto que Dios le había hecho la gracia de perdonarle sus pecados, no había hecho otra cosa desde su entrada en aquella celda, que ponerlos como un monton delante de sus ojos, contemplarlos sin cesar y llorarlos mientras los consideraba. Tambien por esto, le dijo Pafnucio, y no por el rigor de vuestra penitencia, Dios os los ha perdonado.

Tais no sobrevivió mucho á su salida de aquella especie de carcel. Quince dias después, su alma fué libertada de la de su cuerpo, y fué á gozar de la felicidad que Dios le había preparado. Los Griegos honran esta santa penitente el 8 de octubre, como tambien los Latinos.

En cuanto á Pafnucio, sus actas no dicen ni en qué año murió. Rufino indica solamente que, perseverando en una muy austera penitencia, se le apareció un ángel y la invitó á seguirle á los eternos tabernáculos, en donde los profetas se preparaban para recibirla. Al dia siguiente de esta aparicion, añade el mismo historiador, fué el último de su vida ¹.

SAN MUCIO Ó PATERMUCIO,

PENITENTE Y ABAD EN LA BAJA-TEBAIDA,

Y COPREZ, SACERDOTE Y ABAD, SU DISCIPULO ¹.

Todo fué maravilloso en Mucio, á quien se llama tambien

¹ Algunos Latinos hacen memoria de este San Pafnucio el 3 de marzo; otros el 29 de noviembre. No se encuentra su nombre en el ritual de los Griegos.

² *Vitæ Patrum*, Rufino, Casiano, Tillemont.

Patermucio. Su vida fué un tejido de prodigios y virtudes. Ni siquiera sé si lo que vamos á contar, bajo la fe de Rufino, será creído por muchos. ¡ Tan extraordinario es ¡ Pero, despues que Jesucristo dijo que la fe es capaz de trasladar las montañas de una parte á otra, nada debe admirarnos en estos Santos.

Mucio juntó en un principio los horrores del latrocinio á la idolatría. Fué un insigne ladron y se cubrió con toda clase de crímenes; hasta tal punto que ni perdonó los sepulcros que eran respetados de los mismos paganos.

Dios cambió su corazon casi en circunstancias semejantes á aquellas en las que convirtió al Apóstol de las naciones; es decir, cuando tenía la intencion actual de ofenderle, ó más bien, en el ejercicio actual del pecado. Había subido, cierta noche por medio de máquinas, al tejado de la casa de una virgen consagrada á Jesucristo, para tentar de penetrar dentro y llevarse lo que pudiese. Pero el Señor que velaba por la seguridad de su siervo, y quería hacer de él uno de sus más fieles servidores, no permitió que llegase á realizar su pernicioso designio.

Trabajó hasta muy entrada la noche, sin que sus esfuerzos le saliesen bien, y se fatigó tanto que, rendido por el cansancio, durmióse finalmente en el tejado. Mientras dormía, se le apareció en sueños un hombre venerable, le reprochó sus latrocinios y sus asesinatos, exhortóle á emprender una vida tan santa cuanto era horrible la que llevaba, y le hizo ver una numerosa hilera de solitarios, cuyo superior estaba él destinado á ser.

Al despertar, se encontro en tan diferentes disposiciones de las en que se encontraba ántes, que no se reconoció, por decirlo así, á si mismo; y en este momento presentóse delante de él la virgen cuya casa quería saquear, y le preguntó quién era y qué tenía que hacer en aquel lugar. Él estaba tan grandemente admirado que no supo qué res-

ponder; pero, cobrando ánimo, le suplicó que le dijese dónde estaba la Iglesia de los cristianos.

La sierva de Dios comprendió que había allí algo extraordinario. Díjole que la siguiese y le llevó á la iglesia, donde le presentó á los sacerdotes. Mucio se arrojó á sus pies para suplicarles que le recibiesen en el número de los fieles. Pero él estaba tan grandemente desacreditado por sus crímenes que temieron que el paso que daba no ocultase algun mal designio, y no quisieron fiarse de su humillacion.

Su perseverancia les convenció por último de su sinceridad. Empezaron á instruirle y á darle por primera leccion aquellas palabras del salmo: *Bienaventurado el hombre que no se ha dejado llevar de los malos, etc.* Mucio encontró en ellas mucho que meditar; y despues de haber permanecido tres dias con aquellos sacerdotes, se retiró al desierto para reflexionar más á su gusto con toda la amargura de su alma sus pasados desórdenes. Allí permaneció largo tiempo, pasando los dias y las noches llorando y orando, y acompañando su oracion con una rigurosa abstinencia.

A este tiempo puede referirse la tentacion que Rufino dice que tuvo al principio de su conversion. El demonio, que conoeia cuál había sido su avidez por el oro y la plata, le mostró grandes tesoros escondidos en tierra, que le dijo haber sido puestos allí por Faraon. Pero Mucio, en quien la gracia había cambiado enteramente el corazon, le respondió valerosamente: ¡ Que tu plata perezca contigo, espíritu malaventurado !

Despues de estas primeras prácticas de penitencia, volvió á la iglesia, en donde los sacerdotes, viendo cuánto se había aprovechado de sus primeras instrucciones, diéronle otras más extensas. Bien habrían deseado retenerle en su compañía y hasta le instaron á ello; pero para no faltar á la obediencia se contentó con permanecer toda una semana con ellos, despues de lo cual, siguiendo el atractivo

de Dios, al cual no pusieron obstáculo, se retiró del todo al desierto.

Copréz, de quien hablaremos muy pronto, y que contaba esto á Rufino, dice que fué el primero que habitó esta soledad; lo cual debe entenderse de aquella parte del desierto que está al medio dia de Hermópolis, y más allá por este lado que el monasterio de San Apolon. La vida que allí llevó no fué más que un ejercicio continuo de los más rudos trabajos de la penitencia. Perseveró durante siete años en aquel estado de purificacion, despues de lo cual Dios, por su infinita misericordia, comenzó á favorecerle con sus gracias extraordinarias que hicieron de él un hombre de prodigios.

Sabía de memoria casi toda la sagrada Escritura. No tenia otro alimento que el que le venia del cielo; pues todos los domingos, despues de la oracion, encontraba delante de él un pan que ningun hombre había traído, el cual comia con acciones de gracias, sin que tomase otro alimento en toda la semana; lo cual hace ver que Dios le había descargado de toda solicitud por las necesidades de la vida, á fin de que no tuviese otra ocupacion que la de contemplar sus divinas perfecciones.

Aun cuando un hombre tan favorecido del cielo, pudiese, segun parece, presentarse al público con seguridad, no se apresuró á hacerlo sino que aguardó á que Dios le diese á conocer su voluntad. Entonces se mostró un poco y dejó reflejar á los ojos de los hombres aquellos vivos rayos de santidad que hasta aquel momento había retenido en la oscuridad de su retiro. Pronto tuvo un gran número de discípulos. Los unos se juntaron á él en el desierto; los otros, sin abandonar el lugar de su morada, recibieron sus instrucciones y fueron fieles en seguirlas. Asi que Mucio dividió sus cuidados espirituales entre la soledad y las ciudades circunvecinas, en las que había formado discípulos,

á quienes visitaba algunas veces para conservarles en el fervor de su devocion.

Revistió el hábito monástico á los que le siguieron al desierto, de cuyo número fué Coprés. Este hábito consistía en una túnica de lino basto, una capilla y un manteo de piel de cabra. Como tenía la devocion particular de sepultar los muertos y procuraba acomodarlos con limpieza con los hábitos con que los cubría, uno de sus discípulos, viéndole un día ocupado en este piadoso oficio, le dijo que desearía grandemente que cuando él muriese, le acomodase su cuerpo de la misma manera. Así se lo prometió, y le dijo igualmente que le cubriría tan bien que, aun cuando estuviese muerto, le diría que era bastante.

Poco tiempo despues, se encontró en el caso de cumplirle la palabra. Este discípulo murió. El Santo hizo con él lo que le había prometido, y le preguntó si había hecho bastante; á lo cual el muerto respondió con voz distinta que todo el mundo pudo oír: « Esto me basta, padre mio; habeis cumplido vuestra promesa. » Esta maravilla llenó de admiracion á todos los concurrentes; pero Mucio, temiendo los lazos de la vanidad, se retiró pronto á su desierto.

El zelo que tenía de la salvacion de sus discípulos, le dió pié en cierta ocasion de hacer un milagro de los más extraordinarios, que contaremos, basados en la fe de Rufino. Él había salido de su desierto para visitar á los hermanos que tenía bajo su conducta. Por el camino, Dios le dió á conocer que uno de ellos debía morir pronto y que estaba en los últimos extremos. Sin embargo, el sol iba á ocultarse, y él temía que le sorprendiese la noche antes de que pudiera llegar al lado del enfermo ó que ya no le encontrase con vida. En esta perplejidad, su caridad le llevó á rogar al Señor que pudiese llegar allá antes de que se hubiese puesto el sol; pero por más diligencias que hizo,

el enfermo murió antes que llegase. Si Dios no oyó su oracion, puede decirse que fué para dar lugar á una maravilla mayor.

Mucio, viendo sin vida á su discípulo, se le acercó, dice Rufino, le besó tiernamente y le dijo: « ¡ Qué preferís, hijo mio: dejarnos á nosotros para estar con Jesucristo ó morar todavía en este cuerpo mortal? » El muerto recobró la vida por algunos instantes, levantó la cabeza y le dijo: « ¿ Porqué, padre mio, me llamais del otro mundo? Mucho más ventajoso me es estar allí con Jesucristo, y nada me obliga á desear morar sobre la tierra » « Pues bien, le replicó Mucio, descansad en paz y rogad por mí. » Al mismo tiempo, este buen solitario bajó la cabeza y durmió como antes el sueño de los justos.

Yendo tambien á visitar á uno de sus discípulos, le encontró muy enfermo y además muy turbado de conciencia; de suerte que sentía una gran pena en resolverse á morir. « Por lo que veo, le dijo Mucio, vos no os habeis preparado para este último paso, y vuestra conciencia os reprocha la flojedad en el servicio de Dios ¿ porqué, pues, estais tan mal dispuesto para un tan importante viage? » « Os suplico, le respondió el enfermo, que rogueis al Señor se digne concederme todavía un poco de tiempo para corregirme de mis faltas. »

« ¿ Pero qué? respondió Mucio ¿ pedís tiempo para hacer penitencia cuando estais al final de vuestra carrera? ¿ y en qué habeis empleado el que habeis tenido hasta ahora? ¿ quién os impedía entonces curar las llagas de vuestra alma? Pero estabais muy alejado de ello; puesto que en lugar de hacerlo, añadiais otras nuevas. » El enfermo persistía siempre en suplicarle que le obtuviese de Dios la próroga que le pedía. Finalmente Mucio le dijo que, si estaba resuelto á cambiar, Dios prolongaría su vida por algun tiempo más y, habiéndose puesto en oracion, después

que la hubo acabado, añadió: « Dios os concede todavía tres años de vida, á condicion de que os aprovecheis de ella para hacer penitencia y corregiros. » Al instante le tomó por la mano, le sacó de la cama y se encontró tan curado que siguió al Santo al desierto.

Al terminar los tres años, Mucio le llevó al mismo sitio en donde le había tomado; pero estaba tan cambiado que le hubiesen creído un ángel. Estando reunidos allí muchos de los hermanos, el Santo le puso en medio de ellos y, habiéndoles hecho un largo discurso que duró toda la noche sobre diversos motivos de piedad, y principalmente sobre la perfecta conversion de su discípulo, principiò este á adormecerse, y poco después tomóle el sueño de la muerte. Hiciéronse por él las oraciones de la Iglesia; y Mucio, después de haberle sepultado, volvióse á su soledad.

Copréz contaba todas estas cosas á Rufino y á sus compañeros. Díjoles también muchas otras maravillas; pero mientras que las iba detallando, enfadándose uno de la compañía de esta relacion á la cual no daba mucha fé, dejóse llevar un poco del sueño, y parecióle ver un libro escrito con caracteres de oro en las manos de Coprész y después de él á un venerable anciano, cuyo rostro estaba todo resplandeciente de luz, quien le dijo con tono severo: « ¿ Porqué no escuchas con atencion lo que se dice y porqué te dejas dominar por el disgusto que te produce tu incredulidad? » A estas palabras, despertóse con sobresalto y todo turbado, y contó á sus compañeros, en lengua latina, la vision que acababa de tener.

Casiano habla de un solitario, llamado Mucio, á quien no hay que confundir con este de quien acabamos de tratar (Vit. PP. l. 4, c. 28.). Lo que de él cuentan es más admirable que imitable; y debe mirársele como uno de aquellos ejemplos extraordinarios que no podrían alabarse si no

se reconociese en ellos una particular inspiracion de Dios justificada por los efectos.

Dice, pues, que este Mucio era un hombre que no tenía más que un hijo de ocho años y quiso retirarse con él en un monasterio de Egipto, del cual no señala ni el lugar ni el nombre. Estúvose largo tiempo á la puerta antes de ser en él admitido, y no fué introducido al mismo sino con una gran dificultad, porque no era costumbre recibir en él á niños tan jóvenes, aun cuando esto se hizo en otros monasterios, como lo veremos hablando de los religiosos de Tabennes.

Cuando se les hubo recibido, queriendo el abad probar la virtud del padre, ó purificarle de todo afecto demasiado natural, á fin de que vacase enteramente á la renuncia interior y á adquirir la perfeccion religiosa, le separó de su hijo, cuyo cuidado confió á otros hermanos, y ordenó que descuidasen mucho sus vestidos y hasta que le maltratasen con frecuencia, en cuanto su jóven edad lo permitiese; de suerte que jamás aparecia delante de su padre sino cubierto de andrajos, y frecuentemente le castigaban en presencia suya.

Con ello había para enternecerle el fondo del corazon, por poco que le quedase de ternura natural; pero este padre, muy lejos de mostrar por ello sentimiento y tristeza, sufría con dulzura esta terrible mortificacion y la ofrecía á Dios en continuo sacrificio.

Finalmente el abad para acabar de asegurarse del todo de su virtud, fingiendo un dia estar irritado contra el niño y no poderle sufrir más, dijo al padre que lo tomase y fuése á arrojarlo al rio; y al instante lo tomó y corrió hácia el rio para hacer lo que se le había mandado, no considerando que iba á inmolar á su propio hijo, y pensando más bien con toda sencillez que el superior tenía muy justas razones, y que le eran inspiradas de lo alto, para prescribirle un mandato tan extraordinario.

Iba, en efecto, á arrojarlo, cuando unos hermanos á quienes el abad habia antes enviado expresamente al rio se lo impidieron por órden suya, y el abad supo al instante por revelacion que la obediencia de Mucio habia igualado á la de Abraham. Poco tiempo despues, viéndose el abad próximo á morir, le designó á sus religiosos para sucederle en su cargo; no pudiéndoles dar superior mejor que el que tan perfectamente habia sabido obedecer.

No es este el único ejemplo de una tan extraordinaria obediencia, que nos refiere la historia de los solitarios. Severo Sulpicio, en sus diálogos, cuenta uno casi semejante á este. Sobre lo cual puede consultarse tambien á Gazeo en sus Comentarios sobre Casiano.

Mucio, como ya dijimos, formó tan bien á Coprés en las virtudes religiosas (Vit. PP. l. 2, c. q y l. 8, c. 54.), que pronto fué ordenado de sacerdote, y gobernó á su vez á muchos solitarios. Habia recibido de Dios el don de hacer milagros, como curar los ciegos y lisiados, y arrojar los demonios de los cuerpos de los posesos. Pero su humildad le llevaba á mirarse como muy inferior á su bienaventurado padre y á los otros santos solitarios que le habían precedido y de los cuales contó algunos rasgos de virtud á Rufino y á los que le seguian.

Tuvo la dicha de atraer á la fe á muchos paganos que moraban en aldeas poco apartadas de su monasterio; y extendiéndose tambien su caridad á sus necesidades temporales, como su pais era estremadamente estéril, bendecía arena que ellos mezclaban con la semilla, lo cual les acarrea todos los años una abundante cosecha.

Cultivaba por sí mismo un jardincito, en el que plantó palmeras, diversos árboles frutales y yerbas para dar á aquellos que le iban á ver. Un pagano se atrevió cierto dia á ir á robarle sus yerbas; pero cuando quiso hacerlas coacer, no pudo jamás lograrlo, por más gran fuego que hizo.

Así que, viendo que despues de haberlas dejado en él por mucho tiempo, estaban tan frescas como cuando las habia cogido, este prodigio le hizo entrar en sí y fué á restituir las yerbas al Santo, haciéndose cristiano.

Habiendo ido á una ciudad vecina, encontró en ella á un doctor de los Maniqueos que seducia á los habitantes, y entró en discusion con él. El herege, hombre sutil, eludía artificiosamente las dificultades, no pudiendo resolverlas. Pero Coprés, para confundirle por un camino más corto, le dijo que convenia decidir las cuestiones con algun milagro, y propuso hacer encender un gran fuego en el que entrarían los dos, y que se reconocería por verdadera la doctrina de aquel que fuese respetado por las llamas.

Todos los concurrentes, que eran en gran número, aplaudieron la proposicion. Encendióse el fuego y Coprés tomó por la mano al Maniqueo para entrar juntos en él; pero este se escusó, diciendo que debían entrar separadamente y que, puesto que él le habia retado, á él tocaba comenzar. Coprés, seguro de la bondad de su causa y de la proteccion de Dios, cedió al instante y, habiendo hecho la señal de la cruz é invocado el nombre de Jesucristo, se arrojó decididamente en medio de las llamas, en las que permaneció cerca de media hora sin sufrir lesion alguna, pues ellas se apartaron en el momento en que entró; y todo el pueblo, testigo de esta maravilla, bendecía al Señor con grandes aclamaciones.

Cuando Coprés salió del fuego, instaron al Maniqueo á que entrase en él á su vez; pero este, no pudo resolverse y viendo su negativa, le echaron por fuerza y, aun cuando al mismo tiempo se salió de él, salió medio quemado. El pueblo, indignado, le arrojó de la ciudad con grandes chiflas, gritando detrás de él que era un impostor y que era necesario quemarle vivo.

Coprés envejeció en su soledad. Tenia cerca de ochenta

años, segun la cuenta latina de Rufino, ó noventa, segun la griega, cuando este fué á verle ; esto es, segun Tillemont, en 394. Antes de este año, por consiguiente, murió Mucio, su padre espiritual ¹.

LA CIUDAD DE OXYRHYNCA²

Oxyrhynca fué la ciudad de los monjes. Rufino nos la representa más bien como un solo monasterio que como una ciudad compuesta de habitantes de diferentes estados. No se contaban en ella menos de diez mil religiosos y veinte mil religiosas. Los antiguos edificios públicos y los templos dedicados antes á las falsas divinidades, estaban cambiados en habitaciones de monjes. Veíanse en ellas más monasterios que casas particulares. No habia allí siquiera una sola torre, ni un solo rincon en las murallas que no fuese habitado por solitarios, los cuales cantaban noche y dia por todas partes las alabanzas de Dios y convertian esta gran ciudad como en un solo templo consagrado á su divina Magestad.

Además de las capillas particulares de los monasterios, habia doce iglesias en las que se reunía el pueblo. Sus habitantes eran tan inclinados por su piedad á ejercer la hospitalidad para con los pobres transeuntes y los forasteros, que ponían personas espresas en las puertas de la ciudad para ver cuándo apareciese alguno de ellos, y entonces se

¹ El *Martirologio Romano*, el 9 de julio, hace mencion de San Paternicio y de San Coprés, mártires, y por consiguiente diferentes de estos.

² Oxyrhynchus, ciudad del Medio-Egipto, sobre la orilla izquierda del Nilo, se llama hoy dia Behnese. Era llamada Oxyrhynchus, á causa de un pez de pico puntiagudo que allí se adoraba.

disputaban la ventaja de darle alojamiento. Su caritativa emulacion se manifestaba principalmente cuando llegaba algun solitario. Veíaseles salir corriendo á su encuentro, como si fuese cuestion de recibir á un ángel. Cada uno le tiraba por su lado, unos por el brazo y otros por la capa, para llevárselo á su casa.

Rufino dice que en su tiempo no habia en esta ciudad, muy grande y poblada, ni un solo pagano ni un solo herege ; y que el obispo podia predicar con toda libertad en las plazas públicas como en las iglesias. Sin embargo ella habia estado algun tiempo antes envuelta en la persecucion excitada en Egipto por Jorge, aquel falso patriarca de Alejandria, en donde le habian colocado los arrianos, despues de haber arrojado de allí á San Atanasio. Teodoro, entonces obispo de Oxyrhynca, que no merecia gobernar un rebaño tan santo, tuvo la debilidad de echarse al partido de este intruso, hasta llegar á hacerse reordenar por él.

Su caida causó grandes disturbios en Oxyrhynca. La parte más sana del clero y del pueblo se separó de su comunión, y esta iglesia fué gobernada durante algun tiempo por los sacerdotes y diáconos. Un solitario llamado Pablo, mostró en esta ocasion su zelo por la defensa de la divinidad de Jesucristo, y ayudó poderosamente al pueblo,

¹ Lucifer, obispo de Cagliari (Cerdeña), se distinguió por su zelo contra los arrianos y fué uno de los más zelosos defensores de San Atanasio ; pero demasiado absoluto en sus ideas, encontró que el concilio de Alejandria habia hecho concesiones vituperables, á los arrianos, diciendo que los que se arrepintiesen serian dejados en sus funciones ó repuestos de nuevo. No está demostrado sin embargo que se separase enteramente de la comunión de los que admitian el concilio, y por consiguiente de la Iglesia ; pero tuvo partidarios que llegaron hasta allá y á quienes se llamó luciferianos. Esta secta no tuvo numerosos adeptos y no duró mucho tiempo.

En el siglo trece hubo otros luciferianos ; pero estos llevaron tan lejos los errores gnostico-maniqueos que adoraban como á Dios al jefe de los ángeles rebeldes.

años, segun la cuenta latina de Rufino, ó noventa, segun la griega, cuando este fué á verle ; esto es, segun Tillemont, en 394. Antes de este año, por consiguiente, murió Mucio, su padre espiritual ¹.

LA CIUDAD DE OXYRHYNCA²

Oxyrhynca fué la ciudad de los monjes. Rufino nos la representa más bien como un solo monasterio que como una ciudad compuesta de habitantes de diferentes estados. No se contaban en ella menos de diez mil religiosos y veinte mil religiosas. Los antiguos edificios públicos y los templos dedicados antes á las falsas divinidades, estaban cambiados en habitaciones de monjes. Veíanse en ellas más monasterios que casas particulares. No habia allí siquiera una sola torre, ni un solo rincon en las murallas que no fuese habitado por solitarios, los cuales cantaban noche y dia por todas partes las alabanzas de Dios y convertian esta gran ciudad como en un solo templo consagrado á su divina Magestad.

Además de las capillas particulares de los monasterios, habia doce iglesias en las que se reunía el pueblo. Sus habitantes eran tan inclinados por su piedad á ejercer la hospitalidad para con los pobres transeuntes y los forasteros, que ponían personas espresas en las puertas de la ciudad para ver cuándo apareciese alguno de ellos, y entonces se

¹ El *Martirologio Romano*, el 9 de julio, hace mencion de San Paternicio y de San Coprés, mártires, y por consiguiente diferentes de estos.

² Oxyrhynchus, ciudad del Medio-Egipto, sobre la orilla izquierda del Nilo, se llama hoy dia Behnese. Era llamada Oxyrhynchus, á causa de un pez de pico puntiagudo que allí se adoraba.

disputaban la ventaja de darle alojamiento. Su caritativa emulacion se manifestaba principalmente cuando llegaba algun solitario. Veíaseles salir corriendo á su encuentro, como si fuese cuestion de recibir á un ángel. Cada uno le tiraba por su lado, unos por el brazo y otros por la capa, para llevárselo á su casa.

Rufino dice que en su tiempo no habia en esta ciudad, muy grande y poblada, ni un solo pagano ni un solo herege ; y que el obispo podia predicar con toda libertad en las plazas públicas como en las iglesias. Sin embargo ella habia estado algun tiempo antes envuelta en la persecucion excitada en Egipto por Jorge, aquel falso patriarca de Alejandria, en donde le habian colocado los arrianos, despues de haber arrojado de allí á San Atanasio. Teodoro, entonces obispo de Oxyrhynca, que no merecia gobernar un rebaño tan santo, tuvo la debilidad de echarse al partido de este intruso, hasta llegar á hacerse reordenar por él.

Su caida causó grandes disturbios en Oxyrhynca. La parte más sana del clero y del pueblo se separó de su comunión, y esta iglesia fué gobernada durante algun tiempo por los sacerdotes y diáconos. Un solitario llamado Pablo, mostró en esta ocasion su zelo por la defensa de la divinidad de Jesucristo, y ayudó poderosamente al pueblo,

¹ Lucifer, obispo de Cagliari (Cerdeña), se distinguió por su zelo contra los arrianos y fué uno de los más zelosos defensores de San Atanasio ; pero demasiado absoluto en sus ideas, encontró que el concilio de Alejandria habia hecho concesiones vituperables, á los arrianos, diciendo que los que se arrepintiesen serian dejados en sus funciones ó repuestos de nuevo. No está demostrado sin embargo que se separase enteramente de la comunión de los que admitian el concilio, y por consiguiente de la Iglesia ; pero tuvo partidarios que llegaron hasta allá y á quienes se llamó luciferianos. Esta secta no tuvo numerosos adeptos y no duró mucho tiempo.

En el siglo trece hubo otros luciferianos ; pero estos llevaron tan lejos los errores gnostico-maniqueos que adoraban como á Dios al jefe de los ángeles rebeldes.

no menos con su consejo que su ejemplo, a permanecer firme en la fé.

El sacerdote Marcelino, cismático luciferiano¹, hizo grandes elogios de este solitario. Dice que apareció como por la eminencia de su gracia y de su santidad y que, después de su muerte, su memoria fué respetada en Oxyrhynca como la de un Santo. Este pomposo elogio en boca de un luciferiano hizo dudar si este Pablo fué también luciferiano. Bulteau no lo cree; sino al contrario le presenta como un excelente solitario y hace notar que se puede dar fe á Marcelino en las cosas que no atañen á su cisma. Sin embargo habría sido de desear que una pluma menos sospechosa que aquella hubiese hablado de él ventajosamente. Hay que observar aquí con Tillemont que este Pablo es diferente de Pablo de Ferme, de quien tendremos ocasion de hablar en otra ocasion.

Entre los obispos de Oxyrhynca se cuenta á un monge llamado Affi, que estando en la soledad hacia grandes austeridades y quien, cuando fué obispo, no encontró ya en sí la misma fuerza para continuarlas. Esto le afligió muchísimo y, prosternándose delante de Dios, le preguntó si le habia abandonado á su propia debilidad por haber aceptado el obispado. Pero Dios le consoló (Vit. PP. 1. 5. lib. 15, n. 13.) dándole á entender que no se habia alejado de él, y que no le daba los mismos auxilios sensibles que tenía en el desierto porque, después que era obispo, tenia á su lado personas que le podían asistir.

Había también un Affi, solitario, y después igualmente obispo de Oxyrhynca, de quien no se sabe de cierto que fuese el mismo que el del cual acabamos de hablar. Dícese de él que, andando por el interior del desierto de Oasis, encontró en una pobre cabaña á un viejo que, derramando lágrimas, le confesó que habia sido obispo; pero que, habiendo tenido la desgracia de renunciar á la fe,

después de haber sufrido grandes tormentos durante la persecucion, habia tomado la resolucion de retirarse al desierto para hacer penitencia de su apostasia, y que allí estaba hacia ya cuarenta y nueve años, no viviendo más que del fruto de una palmera que se hallaba cerca de su celda.

Su historia añade que murió en brazos de Affi, y que habiendo este proyectado, después de haberle dado sepultura, quedarse en el mismo lugar, la palmera se secó y la cabaña se cayó al instante: lo cual le hizo comprender que Dios solo habia conservado una y otra en favor de este penitente. Por edificante que sea este rasgo de historia, no salimos garantes de su certeza, porque no parece bastante autorizado; pero por otra parte las razones que se alegan para combatirlo no nos han parecido bastante fuertes para determinarnos á suprimirlo.

Los Griegos hacen mencion en su Menologio de cuatro anacoretas oriundos de Oxyrhynca, llamados Juan, Heraclémon, Andrés y Teófilo. Dícese que, leyendo la sagrada Escritura, fueron tan tocados interiormente, que formaron el piadoso designio de retirarse al desierto. Pusiéronse allí bajo la direccion de un santo anciano que les formó en los deberes de la vida eremítica, por espacio de un año, después del cual, habiendo muerto el anciano, se retiraron cada uno en una gruta separada, en donde no vivían sino de frutos, y de estos solo comían dos veces por semana. Su vida era de las más santas. El sábado y domingo se juntaban en una misma gruta para hacer la oracion en comun y recibir el sagrado cuerpo de Nuestro Señor. Vivieron cerca de sesenta años.

Ya hemos dicho que habia gran número de monasterios en el circúito de Oxyrhynca, lo mismo que muchos monges que vivían solos. No habia menos afuera; y Rufino dice que muchos de aquellos santos padres sobresalían

por diversas gracias : los unos en la distribución de la palabra de vida, los otros en los ejercicios de la penitencia, y otros en la virtud de hacer milagros.

Entre los religiosos de fuera, se ha distinguido á uno particularmente, llamado Theon ó Theonas (Vit. P. P. 1. 2, c. 6, y l. 8. c. 50). Había sobresalido en el conocimiento de las letras egipcias, griegas y latinas ; pero lejos de servirse de ellas para aparecer con brillo, habíase voluntariamente condenado al silencio, encerrándose en una ermita en la que permaneció treinta años sin hablar, conversando solamente con Dios y sus santos.

Sozomeno dice que gobernó un monasterio (Sozom. l. 6, Hist. c. 28.), sin explicar si estaba dentro ó fuera de la ciudad, ni si esto fué antes de encerrarse en su ermita ó si la caridad le hizo salir de ella después de haberse callado tanto tiempo. Guardó un tan estrecho retiro en su celda, que, cuando se veía obligado á salir de ella, lo hacía de noche, á fin de no encontrar á nadie, y hacíase acompañar por bestias salvajes cuyo servicio recompensaba haciéndolas beber después en su pozo ; lo cual se comprobaba por el rastro de gran número de búfalos, cabras y asnos salvajes que se veían siempre cerca de su morada.

Su abstinencia era rigurosa. No comía nada cocido ; pero ni el rigor de su penitencia ni su retiro le ponían triste ó montaraz, sino que al contrario se veía brillar en sus ojos y en su rostro tanta dulzura, alegría y magestad, que parecía como un ángel entre los hombres. Pasaba en todo el país por un profeta y hacía gran número de curaciones milagrosas. No obstante no se mostraba fácilmente, ni interrumpía por esto su silencio ; pero ordinariamente, con solo sacar la mano por su ventana y ponerla sobre la cabeza de los enfermos, les daba su bendición y se hallaban curados.

Unos ladrones se imaginaron que bien podía tener plata

escondida en su celda, y tuvieron el atrevimiento de ir á ella con el designio de matarle y llevarse su pretendido tesoro. Él les desconcertó muy pronto con la fuerza de su oración ; pues apenas quisieron probar de forzar su entrada cuando se encontraron como atados por una mano invisible, y pegados contra la puerta sin poderse siquiera mover.

Al día siguiente, habiendo ido allá según costumbre muchas personas del vecindario, se indignaron tanto al hallar á estos ladrones, cuya mala intención fácilmente comprendieron, que deliberaron sobre encender fuego en torno suyo y quemarlos vivos. Entonces Theon, obligado por la caridad á romper el silencio para salvar la vida á los que habían atentado contra la suya, dijo á aquellas gentes que les dejasen marchar sin hacerles ningún mal, porque de otro modo Nuestro Señor le retiraría la gracia que le había concedido de curar los enfermos. Esto hizo que se les dejara libres ; y aquellos pícaros se movieron tanto con lo que les había sucedido, que renunciaron á su mala vida y abrazaron el estado monástico en los monasterios vecinos para hacer penitencia. Theon murió, según las apariencias, hacia el final del siglo cuarto.

Notemos aquí, á propósito de la ciudad de los monjes, que cada monasterio estaba generalmente dividido en muchas casas en las que residían de veinte á cuarenta monjes ocupados en el mismo oficio. Eran trenzadores de esteras, tejedores, sastres y bataneros. Cada casa era designada por una letra del alfabeto que todos los monges que la habitaban llevaban en su túnica. El orden más perfecto reinaba en todas partes y en todas las cosas. Se trabajaba mucho y se oraba siempre.

SAN PACOMIO

INSTITUCION DEL ÓRDEN DE TABENNES EN LA ALTA-TEBAIDA ¹.

San Pacomio es considerado como el Padre de los solitarios de la Alta-Tebaida, aun cuando no haya sido el primero que estableció su morada en aquel desierto. Allí encontró á San Palemon, ya muy antiguo en la vida eremítica, y fué de él de quien aprendió sus ejercicios y deberes. Tuvo en seguida tantos discípulos que se vió en él al verdadero fundador de la órden monástica en aquella region. Hasta muchos le consideran como el institutor de la órden cenobítica en general, á causa de la forma de gobierno que dió á su congregacion uniendo muchos monasterios bajo una misma regla y un solo superior general, y conservando esta union por medio de asambleas ó capítulos y visitas pastorales.

A propósito de este gran Santo, hablaremos de San Palemon, su padre espiritual, ya que el maestro y el discípulo están tan estrechamente enlazados que no pueden dividirse sus actos sin exponerse á repeticiones.

Capítulo I.

Ignórase en qué lugar nació San Pacomio; solo se sabe que nació en la Alta-Tebaida, sobre la famosa ciudad de Tebas, que dió el nombre á aquella provincia.

Sus padres eran paganos y le educaron en las supersticiones de la idolatría; pero, ya desde su infancia, se vió

¹ San Jerónimo, Rufino, Paladio, *Vitae Patrum*; Sozomeno, los Bollandistas, Bulteau.

por señales no equívocas y milagrosas, que sería un día su gran enemigo.

A más de que su estómago no podia retener el vino ofrecido á los ídolos, un día en que le llevaron á un templo en el que se iban á ofrecer sacrificios, su presencia enmudeció al demonio, que hablaba ordinariamente por boca del ídolo, lo cual el sacerdote atribuyó, segun prejuicios, al odio de sus dioses contra el jóven Pacomio, y ordenó que se le hiciese salir, como un objeto que les era odioso.

Sus padres que le habian llevado allí, afligidos por este extraordinario suceso, auguraron mal de él y temieron que en lo sucesivo fuése desdichado. El tiempo les apagó poco á poco su sobresalto. Dejaronle vivir en reposo, obligándole solamente á aprender la lengua egipcia y la ciencia de los antiguos.

Cuando tuvo cerca de veinte años, fué por fuerza alistado y puesto en un bajel con muchos otros á quienes se habia tomado, con motivo de las nuevas levadas de gente que habia ordenado el emperador, y de este modo fué llevado á una ciudad cuyos habitantes eran cristianos. Estos, movidos á compasion al ver á tantos jóvenes tan vigilados y llenos de tristeza porque se les obligaba á marchar á pesar suyo, nada omitieron para consolarles en su desgracia y se apresuraron á proveerles abundantemente de todos los socorros que necesitaban.

Pacomio admiró su caridad y su generosidad, de cuyas virtudes no habia visto todavía ejemplo entre los paganos, en medio de los cuales habia vivido hasta entonces. Su sorpresa le llevó á informarse curiosamente del carácter y de la religion de sus bienhechores y por qué motivo se ejercitaban en estas obras de misericordia. Se le dijo que aquellas gentes eran cristianas, así llamadas porque creian en Jesucristo, hijo único de Dios, por quien esperaban ser

recompensadas en otra vida por el bien que hacían en esta á su prójimo.

Dios obró en su alma con su gracia mientras le hacían este discurso. Sintióse interiormente penetrado de un gozo secreto, tanto más consolador cuanto más nuevo le era, y de un santo temor que le hizo respetar todavía más los misterios de la religion de que le hablaban. Esto hizo que se aprovechase del primer momento en que estuvo solo para entregarse libremente á las disposiciones de su alma y, levantando entonces las manos al cielo, dirigió á Dios esta oracion: Dios mio, que habeis criado el cielo y la tierra, si os dignais dirigir una mirada sobre mí sin tener en cuenta mi bajeza, para librarme del triste estado en que me encuentro y para darme á conocer cómo debo servirlos, os prometo emplear todo el tiempo de mi vida en cumplir vuestra santa voluntad y que no dejaré jamás de ejercitar la caridad que vos nos mandais tener para con el prójimo.

Al dia siguiente, se embarcó con los demás; pero velaba tanto sobre si mismo que ni las solicitudes ni el mal ejemplo de sus compañeros pudieron arrastrarle al mal. Resistió á él valerosamente, acordándose que había prometido á Dios serle fiel.

Terminada la guerra y licenciadas las tropas, volvió á la Alta-Tebaida y se fué á la iglesia de la aldea de Chenobosco¹, en donde se hizo instruir en la religion cristiana y fué en seguida regenerado en las aguas del bautismo. La noche siguiente tuvo un sueño misterioso, durante el cual le pareció que derramaban sobre él un rocío celestial, el cual, habiendo caido en su mano derecha, se había convertido en miel, y de allí habia regado la tierra; y oyó una voz que le dijo: « Fíjate, Pacomio, en lo que ves, y comprende por esta señal lo que la gracia de Jesucristo

¹ Algunos escritores eclesiásticos han deducido de este hecho que San Pacomio habia nacido en Chenobosco.

quiere obrar en tu alma, y en la de los otros por ministerio tuyo. »

Esta vision encendió en su corazón un tan ardiente amor de Dios, que solo pensó en retirarse á la soledad donde pudiese vacar únicamente á su servicio. A este efecto, fué á encontrar á un santo anacoreta llamado Palemon, del cual habia oido hablar, que moraba en el fondo del desierto, y llamó decididamente á la puerta de su celda.

El verdadero ermitaño, á quien el amor de la soledad hacia tener por importuno el comercio de los hombres, no le abrió la puerta sino á medias y le preguntó con tono austero qué deseaba de él. Pacomio le respondió humildemente que deseaba hacerse solitario bajo su direccion. « Vos no podríais, dijo el viejo; pues esto no es cosa tan fácil. Muchos han querido emprender esto y han mostrado al principio bastante valor; pero hostigados por las dificultades, no han perseverado. Probadme, os ruego, replicó Pacomio; despues de lo cual hareis de mí lo que os parezca bien. Más bien probaos á vos mismo durante un cierto tiempo en otro monasterio, repuso Palemon; la vida que yo hago aquí es demasiado dura para un principiante. Yo ayuno en verano todos los dias, y en invierno no como sino un dia sí, otro nó. No gasto aceite ni vino, y me contento con pan y sal. Paso ordinariamente la mitad de la noche, y muy á menudo la noche entera, en oraciones, ó en meditar las sagradas Escrituras. »

Pacomio, á quien el aspecto del viejo contenía en un respetuoso temor, no se desanimó por el género de vida cuyos detalles le daba, sino que al contrario se sentía mas animado á abrazarla, y dijo con confianza: « Espero, padre mio, que con el auxilio de vuestras oraciones, Dios me concederá la gracia de practicar las mismas cosas. »

Palemon, reconociendo en estas palabras la firmeza de su resolucion, le introdujo en su celda, vistióle el hábito

monástico, lo que hace ver que ya entonces había uno particular, y le tomó bajo su conducta. Ejercitábanse pues juntos en la oracion, en el canto de los salmos y en las demás prácticas de su estado. Sus ocupaciones manuales eran hacer cilicios, y no se descuidaban del trabajo, aun cuando no tuviesen de él necesidad para su manutencion, pues lo hacian para tener medio de asistir á los pobres.

Palemon exigia sobre todo de Pacomio que se acostumbrase á las vigiliass, y si se apercibía que le atormentaba el sueño durante el oficio de la noche, llevábale á la montaña y le hacía llevar arena de una parte á otra, diciéndole: « Velad, Pacomio, no sea que el demonio os tienta y os robe el fruto de vuestros trabajos. » De este modo le acostumbraba á vencer el sueño y le hacía frecuentemente pasar toda la noche en oracion y meditacion. Acostumbraban tambien bastante á extender sus brazos en forma de cruz, cuando oraban; porque esta posicion secundaba mejor su fervor y les impedía que se durmiesen.

Su alimento consistía en pan y sal machacada, á lo cual añadian, aunque muy raras veces, algunas yerbas sin aceite y sin vinagre. Algunas veces hasta mezclaban en su comida ceniza para mortificar el gusto.

Un año, en el dia de Pascua, Palemon dijo á su discípulo que preparase la comida, esto es, que adelantase la hora de la refeccion, á causa de la solemnidad del dia. Pacomio creyó que, regocijándose en este dia todos los cristianos por la gloriosa resurreccion de Nuestro Señor, podía, sin faltar á las reglas de la mortificacion monástica, regalar un poco más que de costumbre á su padre espiritual y mezclar un poco de aceite y vinagre en las yerbas que había preparado; pero cuando Palemon, despues de haber hecho la oracion, se acercó á la mesa y se apercibió de aquel aderezo, llevóse la mano á la frente, y dijo derramando lágrimas: « Mi Salvador ha sido crucificado ¿ y yo usaré aceite en mi

comida? » No pudo resolverse á ello, por más instancias que Pacomio le hizo, de modo que fué preciso quitar las yerbas, despues de lo cual se puso á la mesa, y solo comió juntamente con su discípulo pan y sal, como de costumbre.

Entretanto Pacomio, sumamente atento en aprovecharse de las lecciones y de los buenos ejemplos de su padre espiritual, se adelantaba en la humildad y en las demás virtudes religiosas y se ejercitaba valerosamente en los trabajos de la penitencia; pero reanimóse todavía más en ello con ocasion de la caída de un solitario que hacía poco había ido á ponerse como él bajo la conducta de San Palemon.

Una noche en que velaban los tres juntos y habían encendido fuego, este recién venido, á quien el demonio del orgullo comenzaba á asediar, les dijo: « Si alguno de vosotros tiene fe, que se ponga en pié sobre esos carbones encendidos pronunciando la oracion dominical. » Palemon comprendió al instante la ilusion, y reprendióle de su temeridad. Pero este no hizo caso de la correccion y se arrojó decididamente al fuego cuyo ardor detuvo el demonio para que no se quemara, á fin de mejor confirmarle en la vanidad. Despues de esto se separó de ellos echándoles en cara su poca fé y fué á establecerse en otro lugar lleno de sí mismo, como un santo de milagros.

Pero pronto pasó por la triste esperiencia de las funestas consecuencias del orgullo. El demonio, que por allí le encontró dispuesto para todas sus malignas sugerencias, le tendió un lazo en el que cayó; despues de lo cual, entregándose á la desesperacion, anduvo algun tiempo errante por el desierto y llegó finalmente á la ciudad de Panes en la que se arrojó en un horno cuyas llamas le consumieron.

Este trágico ejemplo sirvió de aguijón á Pacomio para excitarle á velar sobre, su alma. Estuvo, más de lo que nunca lo

había estado atento en conservarla en una pureza perfecta, en reprimir fielmente todos los afectos viciosos que en ella se podían levantar; en tender con todos sus esfuerzos á la adquisicion de las virtudes interiores; en desatarse de los vanos deseos de las cosas del mundo para no aspirar sino á los bienes de la vida futura; á meditar continuamente y aplicarse á sí mismo las saludables máximas que el Espíritu Santo tiene dictadas en las sagradas Escrituras, y sobre todo á practicar la humildad, la dulzura, la paciencia y la pureza de intencion. El progreso que hizo en todas estas virtudes fué tan sensible que su padre espiritual no podía verlo sin admiracion y sin experimentar en su alma un extraordinario consuelo.

Por otra parte era tan ardiente en mortificarse y tan paciente en las fatigas y las penas que, yendo ordinariamente con los pies desnudos para recoger madera en un desierto cubierto de espinos, sufría valerosamente las picaduras de las espinas, que se le metían algunas veces muy adentro de la carne, y se animaba á sufrirlas con el recuerdo de los clavos con que Jesucristo había sido atravesado en el árbol de la Cruz.

Era principalmente en este desierto donde se detenía con mayor gusto, por la facilidad que en él encontraba de vacar á la oracion y conversar familiarmente con Dios, lejos del comercio de las criaturas y en el profundo silencio de la soledad. Allí derramó su corazón con mayor libertad y con un afecto más tierno. Excitó su confianza con una más dulce unción y con un más crecido amor para obtener de Dios que le fortificase contra la malicia de los enemigos de su alma y, dilatándose su caridad sobre los demás, por la convicción en que estaba despues de su conversion, de que el amor, del prójimo es soberanamente agradable á Dios, le rogaba tambien que les librase de los lazos que el demonio tiende casi á cada paso.

El Señor, que le inspiraba estos piadosos sentimientos

de caridad, porque le destinaba al ministerio de la salvacion de las almas le manifestó su voluntad sobre esto en una de sus oraciones, cuando más metido estaba en la soledad. Era esta en un desierto llamado Tabennes, que muchos colocan en una grande isla del Nilo, no lejos de la ciudad de Sena¹, pero que nosotros creemos más bien, por un autor muy exacto, estar más abajo, al borde del Nilo, en la diócesis de Tentira².

Mientras que oraba con fervor y había prolongado su oracion más de lo ordinario, oyó una voz que le dijo: « Fija aquí tu morada y edifica un monasterio, porque vendrán muchos para abrazar la vida religiosa y tú les conducirás segun la regla que te mostraré. » Al mismo tiempo vió á un ángel que le presentó una mesa de bronce en la que estaba trazada la forma de vida que debía hacer observar á los que se alistaran bajo su direccion.

Paladio, Sozomeno y Denis el Pequeño, en la traduccion de la Vida del Santo dicen, que esta regla contenía las cosas siguientes: Permitid á cada uno segun sus fuerzas que coma y beba y obligadles á trabajar á proporcion de lo que coman, sin impedirles que coman moderadamente, ni que ayunen. Imponed mayores trabajos á los mas robustos y á los que comieren razonablemente, y menores trabajos á los débiles y á los que ayunaren.

Edificadles diversas celdas. Hacedles morar tres en cada una. Que su refeccion sea preparada en un mismo sitio y que coman todos juntos.

Que estén vestidos durante la noche de ropas de lino y ciñan sus lomos. Que tengan todos una capa blanca de pelo de cabra que no se quitarán jamás, ni para comer ni para

¹ Hoy día Assuan. Esta ciudad formaba la frontera del Egipto por la parte de Etiopia.

² La ciudad de Tentira es llamada hoy día Deuderach; está situada sobre la orilla izquierda del Nilo, á 48 quilómetros, al norte de Tebas.

dormir ; pero cuando se acerquen á la sagrada comunión, que desaten su cintura y se quiten esta capa, contentándose solamente con una capilla.

Estaba tambien mandado por la misma regla el dividir á todos los solitarios en veinte y cuatro letras griegas, y dar á cada grupo el nombre de una de estas letras comenzando desde la *alfa* hasta la *omega*, á fin de que cuando en una gran muchedumbre se preguntase al superior sobre el temperamento de alguno de estos solitarios, se pudiese facilmente conocer por su respuesta cuál era, puesto que el caracter de cada uno estaba designado por la letra bajo la cual estaba colocado. Por ejemplo, marcábase á los más sencillos con la *iota* y por la *zeta* á los que eran más pesados y más difíciles de tratar.

De este modo se acomodaba cada letra á las perfecciones y defectos de cada religioso, sin que nadie pudiese comprender en esto cosa alguna sino es los que tenían conocimiento de lo que esto significaba. Esto veremos más detallado en el capítulo de la disciplina de Tabennes.

Dícese tambien que estaba marcado en la misma tabla que si viniese de otro monasterio algun religioso que no tuviese el mismo hábito que ellos, no comiese en comunidad con los demás, sino solamente con aquellos hermanos que habían de salir fuera. Que el que una vez hubiese entrado en el monasterio no pudiese ya salir de él y que, durante los tres primeros años, no se ocupase en el estudio de la sagrada Escritura, sino solamente en trabajar con simplicidad en la forma que le fuere ordenada ; y que, despues de este tiempo entraría en la carrera de los combates espirituales. Que se bajarían la capilla mientras comiesen, á fin de no verse los unos á los otros. Que observarían el silencio durante la refección y no apartarían los ojos de encima la mesa.

El ángel dijo tambien á Pacomio que se harían doce

oraciones durante el dia, tantas por la mañana y tantas por la noche. A lo cual respondiendo el Santo que esto era muy poco, replicó el ángel : « Yo no os ordeno más que esto á fin de que los débiles puedan observarlo sin pena ; pero, en cuanto á los perfectos, no tienen ellos necesidad de esta regla porque, estando retirados en su celda y con una gran pureza de corazón, se alimentan de la contemplación de Dios y oran ante él continuamente. »

Pacomio tenía demasiada confianza en su padre espiritual, San Palemon, para ocultarle esta revelación. Así que no faltó á su vez de darle cuenta de ella, y le rogó que fuese con él al lugar en el que Dios le había manifestado su voluntad. Trasladáronse, pues, juntos á Tabennes y despues de haber construido allí una pequeña vivienda, dijole Palemon : « Puesto que no puedo dudar que Dios quiere que moreis aquí, prometamos no separarnos jamás mientras vivamos, y consolarnos con visitas que reciprocamente nos haremos. » Pacomio accedió gustoso á todo, y fueron fieles en ejecutarlo hasta la muerte del santo viejo.

Volvióse en seguida este á su morada ordinaria y empezó á sentir grandes incomodidades por un vivo dolor del bazo causado por sus excesivas austeridades ; porque era tan mortificado que frecuentemente comía sin beber ; y todo su cuerpo se resentía de una tan ruda penitencia sin que pusiera en ello lenitivo alguno. Algunos solitarios que fueron á verle, encontrándole abatido por el mal, le instaron mucho á que no acabase de arruinar su salud continuando su abstinencia, y que permitiese que se tomase cuidado de él. Rindióse por algun tiempo á su demanda, más bien por un espíritu de caridad que para prolongar su vida ; pero, viendo que esto no impedía los progresos del mal, volvió á su primera costumbre, dando por razón que si los mártires habían sufrido con valor grandes tormentos hasta la muerte, él no debía ceder por dolores menores que los suyos ni te-

mer enfermedades pasajeras para vivir algun tiempo más. A causa de esta resolucion perseveró fielmente en su penitencia durante el poco tiempo que todavía vivió, durante el cual Pacomio estuvo siempre á su lado, sirvióle con el más tierno afecto y cumplió para con él despues de su muerte los deberes de la sepultura.

Habiendo vuelto á Tabennes, Dios le consoló de la pérdida que había tenido, con la llegada de Juan su hermano primogénito, que fué á juntarse con él, á causa de lo que había oído decir de la vida perfecta que hacía. El gozo fué igual de una y otra parte, pues Pacomio no había visto á ninguno de sus parientes desde su bautismo y trabajaron de comun concierto en su perfeccion. Su ejercicio consistía en meditar de dia y de noche los mandamientos de Dios á fin de conformar con ellos sus costumbres. Distribuian diariamente entre los pobres lo que les quedaba del producto de su trabajo, sin estar solícitos el dia de mañana. No llevaban sino hábitos de tela que solo cambiaban para lavarlos. Pacomio muy frecuentemente se cubría por dentro con un cilicio á fin de mejor domar su cuerpo.

El espíritu de mortificacion le llevaba tambien á no saciarse jamás, ni siquiera de pan; y lo que es incomparablemente más austero, no se acostaba cuando quería dormir sino que se sentaba en medio de su celda sin apoyarse en ningun punto, lo cual practicó por espacio de quince años. Un año llegó á estar cuarenta dias sin dormir y pidió á Dios que pudiese prescindir del todo del sueño, á fin de estar mejor en estado de combatir contra los enemigos invisibles de su salvacion. Su historia no dice si Dios oyó esta peticion, que le había dictado su amor á la penitencia.

Sin embargo Pacomio, acordándose de la promesa que Dios le había hecho de enviarle solitarios á aquel lugar, pensó de veras en ensanchar su monasterio. Su hermano,

que prefería la vida pacífica de los anacoretas, y que ignoraba verosímilmente la revelacion que había tenido, no gustaba de su designio, y hasta una vez se lo reprendió algun tanto ágriamente, como una empresa ó inútil ó presuntuosa.

Pacomio lo sintió, viendo que se oponía á una obra que emanaba de Dios; pero como estaba acostumbrado á moderar las menores emociones que se levantaban en su corazon, sufrió en silencio este reproche. Tuvo sin embargo escrúpulo de su sensibilidad, aun cuando esta no apareció al exterior; y la noche siguiente, habiendo bajado á la parte más baja del edificio se prosternó allí con el rostro pegado en tierra, humillóse profundamente delante de Dios, y le suplicó con muchos suspiros, y lágrimas que le fortaleciese contras sus pasiones.

« Ya veo, decía, Señor, que la prudencia de la carne domina todavía en mí. Ya veo que todavía estoy sujeto á su ley. ¡ Desdichado de mí que todavía no he aprendido á reprimir la cólera desde el tiempo que vivo en el desierto! ¿ Qué importa que se trate de una obra buena si esto no me escusa? ¡ Tened piedad de mí, Dios mio! No permitais que sucumba á la tentacion del demonio; porque si vuestra gracia no me sostiene contra él, pronto me reducirá bajo su tirania... ¿ Cómo me atreveré á pretender instruir á los otros, yo que todavía no he aprendido á vencerme? »

Tal era la confusion de Pacomio por un movimiento interior de impaciencia, que había procurado reprimir. Tal era el cuidado en guardar su corazon. Pasó toda la noche humillándose así delante de Dios. Su pesar fué tan vivo que, juntándose á sus lágrimas el sudor causado por el excesivo calor del lugar, el suelo sobre el cual había orado apareció al día siguiente tan mojado como si hubiesen echado agua sobre él. Continuó despues viviendo con su hermano con una dulzura, humildad y condescendencia admirable, sin

desmentir jamás á ella hasta que la muerte lo arrebató.

Entonces prosiguió su edificio con mayor libertad; pero no le faltaron obstáculos por parte de los demonios, los cuales no cesaron de tenderle lazos, y renovaron contra él la guerra sangrienta que tan cruelmente habian declarado al gran Antonio. Permitiólo Dios así no solamente para probar su fe sino para que la experiencia de la tentacion le hiciese más á propósito para enseñar á los otros cómo convenia combatir.

Tan pronto los espíritus malignos procuraban espantarle con fantasmas horribles, como hacian delante de él mil gestos ridiculos para inducirle á risa. Otras veces, para tentarle de vanidad, le aguardaban en gran número cuando volvía de la oracion y alineándose en torno suyo, á la manera de satélites que acompañan á un príncipe, se decian unos á otros: « Abrid paso, abrid paso al hombre de Dios. » Una noche dieron á su celda una sacudida tan violenta que parecía que iba á derrumbarse y aplastarle bajo sus ruinas. Así que le atacaban de diferentes maneras para hacerle caer en alguna falta, ó al menos para turbar su paz; pero Pacomio, poniendo toda su confianza en Dios y dirigiéndole continuamente sus súplicas, permanecía intrépido á pesar de sus ataques, y más bien gemía por su malicia, que hacia caso de sus esfuerzos.

Su constancia les enfureció más y, no habiéndoles salido bien sus primeros asaltos, descargaron su rabia sobre su cuerpo con repetidos golpes que le causaron grandes dolores, lo cual hicieron muchas veces y durante noches enteras. El combate no podía ser más rudo; pero Dios, que le fortalecía interiormente con su gracia, le consoló también por defuera con la visita de un buen religioso llamado Hieracapollon ó Apollon, segun la version de Denis el Pequeño, cuya conversacion redobló su valor. Este piadoso solitario iba despues á verle con frecuencia y murió final-

mente en sus brazos en una visita que le hizo.

La fe de Pacomio recibió creces con las victorias que obtuvo sobre el espíritu de las tinieblas; y aun cuando entonces no habia adquirido todavía, segun relacion de su historiador, un perfecto conocimiento, tal como lo tuvo más tarde, de las cosas espirituales, no dejó de hacer muchos milagros, como andar entre las serpientes y escorpiones sin que le picasen, y obligar á los cocodrilos por su solo mandato á llevarle sobre su espalda cuando queria pasar el Nilo. Dios, que tomaba un cuidado particular de su siervo, concedia estas maravillas á la pureza de su corazon y á la simplicidad de su confianza filial.

Llegado el tiempo señalado en los designios de la Providencia para el establecimiento de su orden, el Señor se lo dió á conocer por medio de un espíritu celestial que se le apareció en una isla del Nilo, próxima á Tabennes, á donde habia ido con otros solitarios de los contornos para cortar las plantas de que hacian las esteras. Habiéndose Pacomio retirado aparte á fin de hacer oracion, pedia á Dios que le concediese la gracia de conocer su voluntad y ejecutarla. El ángel se dejó ver de él y le dijo estas pocas palabras: « La voluntad del Señor es que ayudeis á los hombres á reconciliarse con él, despues de lo cual desapareció.

No pudiendo, pues, dudar más de la orden de Dios que le era significada por tercera vez, esto es, en la vision que tuvo al principio despues de su bautismo, en la otra en que un angel le presentó la tabla de bronce y en esta, comenzó á recibir á los que se presentaban para abrazar la vida religiosa, y despues de haberse asegurado del consentimiento de sus padres y haberles probado suficientemente, les vestía el hábito monástico.

Mientras fueron en pequeño número, encargóse del cuidado de todo el monasterio, á fin de que, libres de toda solitud, echasen un buen fundamento en el recogimiento y

vida interior. Preparaba todo lo que era necesario para el refectorio: sembraba y cultivaba las yerbas del jardín; respondía á los que llamaban á la puerta del monasterio; asistía á los enfermos de noche y de día; y se hacia el servidor de todos, no dejándoles sino el dulce consuelo de vacar á los ejercicios espirituales.

De esta manera les formaba principalmente con sus instrucciones y con su ejemplo, á fin de que antes que se presentasen otros y se viese obligado á tomar de entre ellos ayudantes para los diferentes empleos del monasterio, hubiesen tenido tiempo bastante para estudiar en su conducta lo que ellos habian de observar cuando fuese necesario juntar la vida activa á la de recogimiento.

Sus nuevos discípulos no podian admirar bastante tantas virtudes como en él descubrian, y sobre todo, tanta caridad, humildad, mortificacion y recogimiento como conservaba en medio de una accion casi continua. « Ved, decian ellos entre si, cuán grande es la bondad de Dios. Tenemos delante de nuestros ojos á un hombre nacido en el seno de la idolatria, y que, no obstante, se ha elevado por su fervor á una muy alta perfeccion. ¿ Porqué, pues, no nos esforzaremos nosotros en llegar á ella siguiendo sus huellas, como él sigue fielmente las de los santos que le han precedido? »

Esta consideracion les inspiraba un fervor tal que se excitaban mutuamente á perseverar bajo su conducta, y con el ansia que tenian de imitarle, ó á lo menos de aliviarle en sus fatigas, fueron á instarle que les permitiese dividir con él las penas de sus trabajos. Pero Pacomio les dijo que se consideraba como un animal destinado á dar vueltas á la rueda, para el cual no habia que tener compasion alguna; que cuando fuese tiempo de ello ya descargaría sobre los otros una parte del cuidado que tenia, segun que

Dios les pusiese en estado de hacerlo.

Sin embargo, dice el historiador de su vida, les prescribió reglas muy propias para hacerles adelantar en la perfeccion religiosa, sobre todo con relacion á la sencillez de los vestidos, á la templanza en el comer y beber y á la decencia y modestia de acostarse; lo que hace ver que además de la regla que habia recibido del Angel, añadió muchas constituciones más detalladas para la disciplina de su órden; y quizás su historiador quiso con esto designar lo que nosotros comunmente llamamos la regla de San Pacomio traducida por San Jerónimo, y de la cual trataremos ampliamente hablando de los usos que se observaban en sus monasterios.

Pero desde estos primeros tiempos su caridad no se limitó á sus discípulos sino que se extendió tambien á las gentes de los contornos, donde habiéndose apercebido que muchos pastores, completamente olvidados del cuidado de sus rebaños, se veian privados de la dicha de oír la palabra de Dios y tener parte en los sacramentos, habló de ello con Serapion, obispo de Tentiro y, de acuerdo con él, procuró que se edificase una iglesia en la que se reunian aquellas pobres gentes el sábado y domingo.

Eucargóse de ir allá estos dias con algunos de sus religiosos para instruirlos, aguardando á que la nueva iglesia se proveyese de un sacerdote; y despues continuó ejercitando la misma caridad cuando el sacerdote que allí habia se veia obligado á ausentarse. Hablaba allí con tanta discrecion que los más limitados comprendian y estaban vivamente conmovidos de lo que les decia; porque no solamente sus palabras eran palabras de vida, sino que su zelo y piedad aparecian en su rostro y en sus acciones; de suerte que en su exterior todo respiraba la santidad y el fervor de su alma; lo cual hizo que muchos idólatras que le oyeron abrazasen la fe cristiana.

Capítulo II.

El número de los discípulos de San Pacomio se aumentó pronto hasta ciento y creció después tan considerablemente que, siendo su monasterio demasiado estrecho, se vió obligado á fundar otros. Edificó el primero en un lugar desierto llamado Prou ó Pabau, al cual se da también el nombre de Bau ó Baum. Este monasterio, aunque el segundo, fué muy pronto el mayor y como el principal de la orden, aun cuando el nombre general de la Congregación se tomó del de Tabennes y se hubiese llamado siempre Tabenosiastas ó de Tabennes á los religiosos sometidos á la regla de San Pacomio.

Algun tiempo después de la fundación de Pabau, un venerable anciano, llamado Epónimo, abad de un monasterio llamado de Chenobosco, que era habitado por religiosos muy antiguos y muy respetables por sus virtudes, movido por las que se practicaban en Tabennes bajo la dirección de nuestro Santo, fué á suplicarle que uniese su abadía á su orden, lo cual agradeció él según las inclinaciones de su zelo y de su caridad; y se fué allá con algunos de sus religiosos para poner en él su regla en vigor.

Otros solitarios que formaban también una comunidad en Monchosa ó Muchons, siguieron el ejemplo de los de Chenobosco, y le dieron una cuarta casa.

En seguida fundó otras cinco, á saber: la de Tase, de la cual la historia nada nos dice de particular; la de Teven ó Tebué, de la cual Psenebo, padre de Petronio, que sucedió al Santo después de su muerte en el gobierno de la orden, dió el terreno, entrando él y toda su familia en la congregación; la de Panes, que edificó á instancias del

obispo de aquella ciudad, llamado Aréo ó Varo; la de Tismen ó Men, en la misma diócesis; y la de Pichnum ó Pachnum, llamada también Chnum, á orillas del Nilo hacia Latópolis¹.

Estos fueron los monasterios que en vida suya fundó San Pacomio, á más del de las religiosas del cual haremos un artículo aparte.

Nada puede añadirse á la sabiduría, zelo, caridad y aplicación con que aquel gran superior gobernaba aquella multitud de religiosos. Parecía que en toda su conducta le guiaba el espíritu de Dios así como le había inspirado el designio de todo aquello. No hay virtud de la cual no diese ejemplo á sus religiosos ni momento en el que no obrase por su utilidad, ni ocasión de instruirles que dejase escapar, ni finalmente pena ó fatiga que no arrostrase de buena gana para procurarles las necesidades espirituales y la manutención temporal, según el espíritu de la pobreza y de la observancias religiosas.

Pero para mejor detallar la economía de su gobierno, haremos observar ante todas cosas, como ya ha podido notarse, que San Pacomio, no se metió por sí mismo en la superioridad, sino que en ella entró por orden expresa de Dios, y por consiguiente por la fuerza legítima de la vocación de lo alto; y que no obstante esta orden del cielo, no previno para la ejecución el tiempo que Dios había fijado; lo cual muestra en él un desapego y una pureza de intención muy perfecta. Así que una vocación tan marcada y una docilidad tan fiel á los designios de Dios, fué seguida de una bendición muy abundante de gracias. Pacomio recibió por consiguiente todas las cualidades necesarias para

¹ Todas estas fundaciones tuvieron lugar en el Alto-Egipto; pero, sin estar muy apartados los unos de los otros, los monasterios de San Pacomio no se hallaban en la misma prefectura ó gobierno. Latópolis, hoy día Esneh, era la capital de una prefectura.

gobernar. No le faltaron luces ni dones eminentes ; y los frutos de vida que produjo en las almas fueron los efectos y las pruebas de ellos al mismo tiempo.

La dulzura y la condescendencia fueron el fondo principal de su caracter. Casi podria decirse que se excedió en estas virtudes. Las actas de su vida nos proporcionan de esto brillantes ejemplos. Como se le presentasen en poco tiempo gran número de personas para vivir bajo su disciplina, su bondad, que no sabía negarse á nadie, fué causa de que se introdujeran entre los que recibió algunos sugetos difíciles de tratar y que no se acomodaron en lo sucesivo á las máximas de perfeccion que procuraba inspirarles.

Sus amonestaciones y exhortaciones nada podían lograr de ellos. No daban señal alguna de enmienda, ni siquiera de buena voluntad. Pacomio afligido por su resistencia, con aquella ardiente caridad que le hacia desear su salvacion con zelo y sinceridad, recurrió á la oracion, la cual en todas las dificultades era su recurso ordinario y, prosternado en tierra, dirigió un día á Dios esta hermosa oracion que un historiador nos ha conservado ; « Vos nos habeis ordenado, Señor, amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos ; os suplico, pues, que tengais piedad de esos pobres ciegos y que les mireis con el ojo favorable de vuestra misericordia á fin de que, entrando dentro de sí mismos con un verdadero arrepentimiento, teman ofendidos en adelante ; que comprendan mejor las obligaciones del estado que han abrazado, y pongan en vos, como los otros hermanos, toda su dicha y esperanza ».

La mala disposicion de aquellos espíritus indóciles fué sin duda lo que impidió el efecto de su oracion. Él no se desanimó por esto, porque la caridad no se cansa ; sino que les dió una regla diferente de la de los otros, y tan fácil de observar que solo una pertinacia y una mala voluntad muy marcadas podian rehusar el someterse á ella.

En efecto, aquellos obstinados que querian vivir enteramente á sus anchas y sin dependencia alguna, se negaron á seguirla y dejaron la Orden con tanta presteza como si hubiesen sido presa de algun terror pánico.

Si San Pacomio tuvo motivo de gemir por su desercion, lo tuvo tambien de consolarse por los maravillosos progresos de los otros discípulos. Su monasterio vino á ser desde entonces como un campo del cual se ha arrancado la zizaña y en el que crece grandemente el buen grano. Pero pudo notarse cuál fué la paciencia inalterable en soportar aquellos malos espíritus, hasta tanto que Dios se dignó librarle de ellos.

Tuvo tambien que ejercitar actos de paciencia para con algunos religiosos antiguos de su monasterio de Pabau, los cuales, aun cuando exentos de faltas graves, eran tan inclinados á la murmuracion que continuamente caian en este vicio. Él les había reprendido con frecuencia sin obtener nada de ellos ; pero no creyendo deber por esto cansarse de trabajar en su enmienda, emprendió durante cuarenta dias ayunos muy rigurosos y largas vigiliass que pasaba en oracion, y dejándose Dios, doblegar por sus oraciones, tuvo el consuelo de ver arrepentirse á aquellos viejos y terminar su vida en una verdadera piedad.

Su condescendencia para con un religioso de cierto monasterio vecino, pero que no era de su orden, y cuyo abad iba frecuentemente á recibir sus consejos, no tuvo un efecto menos maravilloso. Aquel espíritu ambicioso y de un temperamento hirviente, deseaba apasionadamente ser ecónomo (La version de Denis el Pequeño dice que queria ser elevado á la clericatura ; pero nosotros seguimos aqui el texto de Bolando mucho más seguro). Deseaba pues ser ecónomo y solicitaba sin cesar de su abad que le diese este empleo, del cual él le reconocía incapaz.

El abad, cansado un día de sus importunidades, y pen-

sando que quizás respetaría la autoridad de San Pacomio, le dijo contra la verdad, que este Santo le había aconsejado que no le diese dicho cargo porque no era apto para él. Aquel fogoso, en lugar de rendirse tomó la cosa trágicamente y fuese derecho al monasterio de San Pacomio á descargar contra él toda su bilis con gran número de injurias que le dirigió.

El Santo, que ignoraba la causa de todo esto, y que entonces estaba trabajando con sus religiosos en levantar una muralla, no le respondió palabra; pero viendo que su silencio le irritaba todavía más, le dijo con mucha humildad: «Yo he pecado, hermano mio; perdonadme, os suplico como vos deseais que Dios os perdone vuestros pecados.»

La dulzura de esta respuesta le apaciguó y el Santo, habiendo dejado su trabajo, se acercó al abad que había seguido á este religioso con un corazón vivamente afligido, y le preguntó la causa de su cólera. Este superior, tan penetrado de dolor por todo lo que acababa de decir su irritado religioso cuando lo estaba por su mala conducta, enteró al Santo de todo y le rogó que le dijese lo que tenía que hacer.

Entonces Pacomio usando del don de consejo con que Dios le había favorecido, le dijo: «Vos quereis saber de mí lo que Dios quiere que hagais: conceded á este hermano lo que desea, á fin de librar su alma del poder del demonio; porque sucede con frecuencia que haciendo bien á los malos con compasion se ablandan y se hacen más razonables. Por esto la caridad que Jesucristo nos ha enseñado con sus palabras y ejemplos, nos enseña á sufrirmos los unos á los otros con misericordiosa condescendencia.»

¡Cosa admirable! Este consejo tuvo todo el ejemplo que había predicho. El religioso, viendo que se le concedía con tanta indulgencia el empleo que tan apasionadamente había deseado, se avergonzó de su ambicion y de sus arre-

batos y, movido á arrepentimiento, no solo no quiso aceptar el cargo sino que fué á arrojarse á los pies de San Pacomio, le confesó que era culpable y le dijo dando muestras de un vivo pesar de su falta: «¡Oh hombre de Dios! Verdaderamente sobrepujais vuestra reputacion; porque si en lugar de usar de dulzura para conmigo, me hubiérais tratado de dureza, estaba dispuesto á renunciar á mi profesion y á abandonar el servicio de Dios. Seais pues bendito, Santo padre mio, que con vuestra caridad habeis salvado mi alma.» El Santo viejo le levantó, le exhortó mucho á conducirse en lo sucesivo de una manera más conforme al espíritu de su estado, abrazóle con ternura y le acompañó hasta la puerta del monasterio, en donde le despidió en paz.

Entenderase tambien por los consejos que dió á Teodoro de Alejandria, confiándole el gobierno de algunos religiosos, cuánta era su dulzura y su prudencia. «No es, le dijo él, un negoció de poca trascendencia el gobernar bien una comunidad. Si os apercibis que alguno de vuestros religiosos cae en la relajacion, tomadle en particular y exhortadle con paciencia á emprender de nuevo su fervor primitivo. Si no recibe bien la correccion, dejadle por alguntiempo, esperando á que Dios le toque el corazón; porque asi cuando uno tiene una espina clavada en el pié, que no se puede sacar sin derramar mucha sangre y sufrir vivos dolores, no se la arranca con fuerza, sino que se sirve uno más bien de algun emplasto emoliente ó de algun otro remedio suave que saque afuera la espina, de la misma manera el superior, cuando tiene que gobernar algun sujeto de caracter difícil le llevará más pronto á su deber con dulzura y paciencia que otro que quisiera hacerle pasar por todo el rigor de la regla.

«Y si sucede, añadió, que la falta sea de trascendencia, me avisareis de ello, y procuraré aplicar remedio segun

que Dios por su misericordia me inspirara hacerlo. Tened cuidado de los enfermos como de vos mismo, y dividid con ellos las penas y las cruces por medio de vuestra caridad, como debe hacerlo un buen padre; porque, en efecto, debéis serlo en el lugar que ocupáis.

« Sed el primero en observar las reglas prescritas á los hermanos, á fin de que ellos con vuestro ejemplo sean fieles á las mismas. Y si sobreviene algun caso en el cual no podáis determinaros sobre lo que acabo de deciros, tendréis cuidado de advertírmelo, y juntos decidiremos lo que se hubiere de hacer. »

Como la dulzura de Pacomio no era ni flojedad ni consideracion humana, sino un puro efecto de aquella caridad compasiva que es tan conforme al espíritu de Jesucristo, así tambien este gran maestro de los superiores sabia tener firmeza cuando juzgaba que la gloria de Dios, el buen orden del monasterio y la necesidad particular de los culpables exigian que usase de severidad.

Estando en conferencia con algunos de sus religiosos (Boll. v. Pach. paral., c. 4, n. 34.), un hermano que en aquel día habia hecho dos esteras, aun cuando la regla no le obligase sino á una, llevado por un espíritu de vanidad, puso aquellas dos esteras delante de la puerta de su celda á fin de que el Santo pudiese verlas y alabar su diligencia.

Pero se engañó en su esperanza. El santo abad, penetrando al instante su intencion y arrojando un profundo suspiro dijo á los religiosos que se hallaban presentes: « Mirad, os ruego, á este hermano que ha trabajado desde muy de mañana hasta esta hora para dar todo su trabajo al demonio sin reservarse nada de él para su alma, buscando ser aplaudido de los hombres más que de Dios, por el cual solamente debia trabajar. ¡ Qué ilusion gastar así su cuerpo con un gran trabajo y dejar su alma vacía de mérito despues de haber sufrido tanto! »

Llamó en seguida á este hermano, dióle una muy severa reprension y le ordenó que cuando todos los religiosos estuviesen juntos para la oracion, fuese allá llevando las dos esteras que habia hecho y les dijese: « Os suplico, hermanos míos, y os pido que rogueis á Dios por mi alma, á fin de que tenga compasion de ella y le perdone sus pecados, ya que he sido tan desdichado que he hecho más caso de estas dos esteras que del reino de los cielos. »

Quiso tambien que, cuando estuviesen en el refectorio, se pusiese de pié en medio de sus dos esteras hasta el fin de la comida, y finalmente le encerró durante cinco meses en su celda, en donde, sin que le fuese permitido hablar con los otros religiosos, no comía sino pan y sal, no bebia sino agua y estaba obligado á hacer dos esteras por dia.

Yendo tambien á hacer la visita de uno de sus monasterios vió, á medida que se acercaba á él que los religiosos conducian á la sepultura á uno de sus cofrades, cantando segun el uso de la Iglesia. Desde que le vieron venir, se detuvieron todos para que hiciese su oracion sobre el muerto. Hizola el Santo y cuando la hubo acabado, mandó cesar el canto, hizo quemar delante de todos los hábitos del muerto, prohibió ofrecer por él el sacrificio y mandó que fuesen á enterrarle en la montaña sin ceremonia alguna.

Era este un religioso á quien frecuentemente habia advertido que se corrigiese, pero que jamás habia querido aprovecharse de sus avisos; y por la conducta que el Santo observó en esta ocasion puede juzgarse que Dios le habia dado á conocer el deplorable estado en que se encontraba su alma. Sin embargo, dice el historiador de la vida del Santo, aun cuando hubiese sufrido á este religioso incorregible hasta la muerte, no quiso dejar escapar esta ocasion de infundir un justo miedo á sus discípulos á fin de preservarles de la tibieza tan funesta á las personas religiosas.

La diferente manera como se portó con otro religioso, quizás más orgulloso que aquel que por vanidad había hecho ostentacion de las dos esteras que había tejido, demuestra que toda su conducta en el gobierno de los espíritus estaba dirigida más que humanamente, y hará ver al mismo tiempo que la ilusion puede facilmente deslizarse en las mejores obras sobre todo cuando se hacen por espíritu propio y contra la obediencia.

Este religioso era muy astero en su vida; pero el orgullo y la confianza en sus propias luces se lo maleaban todo. Habiéndose el Santo apercebido de ello, le llamó en particular y le dijo con mucha caridad: « Hermano mio, Nuestro Señor dijo: Yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino para hacer la voluntad de aquel que me ha enviado. Fijáos bien en esta hermosa sentencia y aprovechaos de ella; porque yo veo que el demonio trabaja por haceros perder todo el fruto de vuestro trabajo por vuestro apego á vuestro propio juicio. Por esto os ireis al refectorio con los demás cuando se dará la señal de la comida. No rechaceis allí lo que os presenten cocido y tomad al menos cuatro ó cinco bocados de pan para evitar la vanidad; sin que por esto, sin embargo, quiera yo obligaros á tomar más alimento, por miedo de que, siendo como sois vigoroso y robusto, no satisfagais á la sensualidad. Además, no quiero que hagais largas oraciones en particular, sino que basta que hagais la oracion en comun con los hermanos, hasta tanto que hayais vencido al demonio de la vanidad, que os tiende lazos en todo cuanto haceis. »

Este religioso rindióse por de pronto á esta amonestacion; pero arrastrado por su ilusion, volvió pronto á las andadas y hasta murmuraba contra la órden del Santo, diciendo: ¿ En dónde está escrito que no hay que ayunar ni orar? San Pacomio, que velaba por él, se apercebíó pronto que no ejecutaba sus órdenes y veíale con dolor próximo á

caer bajo el imperio del demonio por su terquedad. Por esto llamó un dia á Teodoro, su querido discípulo, que le ayudaba ya mucho en el gobierno, y le dijo: « Ya sabeis cuán afligido estoy de ver que este hermano no se aprovecha de mis avisos. Id á ver ahora lo que hace y traéd-melo. »

Teodoro obedeció y volvió á decir al santo abad que le había encontrado orando como de ordinario. « Volved, le dijo el Santo, é impedidle de orar, y pronto comprendereis que el demonio se ha apoderado de él. » En efecto, volvió allá y quiso impedirle de orar; pero este hermano, seducido por el espíritu maligno y entregado á él, recibíole con lleno de rabia y, viendo que Teodoro continuaba en interrumpirle su oracion, se enfureció y tomó un palo para pegarle. Entonces apareció manifiestamente la posesion del demonio. El maligno espíritu hablaba por la boca de este miserable lo cual fué para Teodoro y para los demás hermanos una gran leccion sobre la pureza de intencion y las consecuencias de la vanagloria. Sin embargo Pacomio, movido á compasion hasta el fondo de su alma por el deplorable estado de este religioso, hizo oraciones por él y obtuvo finalmente de Dios su libertad y su entera conversion.

Como la obediencia es el sostén más firme de la religion y la seguridad de las almas religiosas, Pacomio nada recomendaba tanto á sus discípulos como esta virtud, y no sufría que se faltase impunemente á ella. Volviendo á su monasterio después de haber hecho las visitas de los otros, los hermanos fueron á recibirle fuera de la puerta para saludarle, y uno de los niños que se educaban en el monasterio, como diremos en su lugar, habiéndose mezclado entre ellos, le dijo despues de haberle saludado á su vez: « Seguramente, padre mio, desde que salisteis de aquí, nadie nos ha preparado legumbres ni potage. » El santo abad le respondió con amistad: « Pues bien, hijo mio, yo

haré de modo que no falte más. » Después de lo cuál entró en el monasterio.

Después que hubo visitado los diferentes sitios para ver si todo estaba en orden, fué á la cocina, en donde encontró al religioso que tenia cuidado de ella, ocupado en hacer esteras. Preguntóle cuánto tiempo hacía que no había servido legumbres en el refectorio, y este le respondió que hacía dos meses, escusándose de haber faltado á ello, contra lo que estaba prescrito por la regla, á causa de que la mayor parte de los religiosos no las comian por espíritu de penitencia, y que después tenia el sentimiento de ver que lo que había preparado con mucho trabajo y gasto, era inútil; pero que por esto, para no permanecer ocioso, hacía esteras, toda vez que un solo hermano de los que tenia bajo sus órdenes le bastaba para los pequeños aderezos que se daban á los religiosos.

Pacomio le escuchó atentamente y le dijo: « ¿ Cuántas esteras, pues, habeis hecho? Quinientas, respondió el cocinero. Traedlas todas aqui, le dijo, ». Y cuando las tuvo delante, le mandó que les pegase fuego; después de lo cual, dirigiendo de nuevo la palabra á aquel hermano, le dijo en presencia de los otros que tenian alguna incumbencia en el mismo oficio: « Puesto que por la sugestion del demonio habeis hecho tan poco caso de las reglas que están prescritas para vuestro oficio, no hago caso alguno de vuestros trabajos y los he condenado al fuego, á fin de que comprendais lo que es faltar á las reglas que nos han sido dadas para la salvacion de las almas. ¡ De cuántas ocasiones de mérito no habeis privado á los hermanos! ¿ Ignorais que cuando está en nuestro poder el satisfacer nuestros deseos en alguna cosa, y que nos privamos de ella por amor de Dios, recibimos una gran recompensa, mientras que no hay motivo de esperarla cuando uno no se priva de satisfacerse sino porque no tiene el medio de ello? »

« ¿ No veis, pues, que dando á los hermanos lo que prescribe la regla, hacen actos agradables á Dios, cuando teniéndolo delante de ellos se mortifican no tocándolo, mientras que no presentándoselo, su privacion es forzosa y su abstinencia infructuosa? ¿ Pues qué? ¿ para ahorrar algunas medidas de aceite, ha sido preciso privar á los hermanos de tantas ocasiones de merecer? ¿ Perezca todo cuanto tenemos en el mundo antes que quitar á los hermanos el medio de practicar un solo acto de virtud. ! Por esta causa yo he querido siempre que se pusiera todas los dias á la mesa delante de los religiosos lo que hay costumbre de darles, y que esto se hiciese sin ahorro, á fin de que los que quieran privarse de ello, segun que fueren llevados por su fervor, hagan por ahí mayores progresos en la mortificacion.

* Por otra parte si algun religioso indispuerto no quiere por esto sentarse á la mesa de los enfermos y se sienta en la de la comunidad, y no encuentra ni legumbres ni las sopas que en ella deben ponerse, y de las que en este caso necesita á causa de su enfermedad; ¿ qué tiene que hacer? ¿ no le sois vos un motivo de escándalo? ¿ Ignorais todavia que los más juvenes se relajarán facilmente en la práctica de las virtudes si no se tiene la caridad de usar de discrecion y de alguna templanza para con ellos?

Este ejemplo nos da lugar á hablar del desinterés del Santo, que no era una de las menores cualidades por las que se hizo recomendable. En un tiempo de hambre en el que muy dificilmente se encontraba trigo en Egipto, dió cien piezas de oro al procurador para que fuese á comprarlo en donde lo pudiese encontrar. Este, después de haber recorrido diversos lugares inúltimente, llegó por fin á la ciudad de Hermutis¹, en donde encontró un oficial que te-

¹ Hoy dia Ermouthe, cerca de Tebas, en la orilla izquierda del Nilo. Se sabe que Tebas estaba situada en las dos orillas del rio.

nía el cuidado del trigo público, y quien, por la estima en que tenía á San Pacomio y á su congregacion, de la que había oido hablar con mucha loa, le dió más de lo que había podido esperar; y no solamente se lo entregó á más de la mitad más barato de lo que le habria costado en otra parte, sino que tambien se lo entregó por el doble del dinero que había traído, esto es, por doscientas piezas de oro, contentándose con que le devolviese las otras cien piezas en tiempo de la cosecha.

El procurador volviöse al monasterio muy satisfecho de su viaje, esperando ser aplaudido. Pero cuando el Santo supo lo que había hecho, ni siquiera quiso permitir que se dejase un grano de trigo en el monasterio, sino que obligó al procurador á que fuese á revenderlo por los contornos por el mismo precio á que lo había tenido, á fin de devolver al oficial las cien piezas de oro que le debía, y de comprar otro solamente por cien piezas, al mismo precio que lo compraba todo el mundo; y cuando hubo hecho todo esto, le ordenó que se quedase en reposo en el monasterio y puso á otro religioso en su lugar.

El que presidía en la zapateria del monasterio había tambien entregado al procurador una gran cantidad de sandalias y otros trabajos de su arte, para venderlos al precio que le determinó. Cuando el procurador los hubo expuesto á la venta, los que se presentaron á comprarlos hallaron que pedia poco por ellos, y le dijeron que á menos de haber robado la mercaderia no podia darla á un precio tan bajo. El procurador se excusó en las órdenes que tenía, pero no dejó de recibir el precio que por ellas le dieron y que era una tercera parte mayor que el que le habían fijado.

A su vuelta, el gefe de la zapateria, al contar la suma que le entregó, encontró que era una tercera parte mayor de lo que había esperado, y dijo á San Pacomio: « En ver-

dad, padre mio, no debeis serviros de este hermano para la administracion de los bienes del monasterio, pues parece que tiene demasiado espíritu de mundo ya que ha vendido los trabajos una tercera parte más caros de lo que le había dicho. »

El Santo hizo llamar allí mismo al procurador el cual procuró excusarse contando como había sucedido la cosa, pero su excusa no fué atendida. « Sois culpable, le dijo el santo abad, porque os habeis dejado sorprender por la codicia de los bienes de la tierra; andad pronto á devolver á los compradores el dinero que de ellos habeis recibido más allá de lo que se os había dicho, y cuando volvais, hareis penitencia de vuestra falta y permanecereis en el monasterio para vacar aquí á lo que se os prescribiere; porque el cargo de procurador de ningun modo os conviene. » En efecto, puso en su lugar á Zaqueo, excelente religioso, y de quien el historiador del Santo dice ser sobre todo elogio por el mérito de sus obras, y que más arde desempeñó tambien el cargo de ecónomo despues de la muerte del santo abad.

Este desapego de las cosas de la tierra estaba fundado en la tierna confianza que tenía en la bondad paternal de Dios, por la cual estaba plenamente persuadido que la Providencia tomaria un cuidado particular del mantenimiento de sus religiosos mientras permaneciesen fieles en su servicio. Así que experimentó, hasta por milagros, que su esperanza era muy fundada; porque habiendo en cierta ocasion dado liberalmente á los pobres todo cuanto tenía en su poder, y habiendo en seguida ordenado que se fuesen á vender tres esteras que unos hermanos habían traído, á fin de tener con qué comprar trigo, al dia siguiente, al rayar el alba, presentóse á la puerta del monasterio un desconocido y trajo trigo al Santo, diciéndole que durante su sueño se había sentido impulsado por una virtud se-

creta á hacerle este servicio, presumiendo que su comunidad tenia necesidad de él; lo cual causó admiracion á todos los religiosos que fueron testigos del cuidado particular que Dios se dignaba tomar de ellos,

Capitulo III.

El zelo de Pacomio por el mantenimiento de la observancia y de la perfeccion de sus religiosos no le daba punto de reposo. Además de las frecuentes visitas á sus monasterios, visitaba frecuentemente á los religiosos en particular en su celda, para ver lo que hacian ó cuáles eran sus necesidades; y si se apercibía que habia que reformar alguna cosa, no dejaba de advertírsela caritativamente. Haciendo una de estas visitas fué cuando Dios le concedió el don de lenguas en favor de un hombre de calidad llegado de Roma, que se había retirado entre sus religiosos.

El Santo quiso conversar con él, ya para conocer su caracter y sus disposiciones, ya para ayudarle con sus consejos en el estado que había abrazado; pero como él no sabia hablar sino la lengua egipcia, y el romano, que no hablaba sino la latina y la griega, tenia dificultad en abrirle su corazon por medio de intérprete, hizole señal de que se estuviese en paz, porque iba á rogar á Dios y dentro de poco volvería á él.

Fuése pues á poner en oracion y dirigió á Dios la siguiente súplica: « Señor, Dios todopoderoso, ya veis que ignoro la lengua de los que aquí vienen de diferentes paises del mundo; es inutil que me los envieis si por esta falta no les puedo ser de ninguna utilidad. Dignaos, pues, Dios mio, si quereis serviros de mí para su salvacion, concededme la gracia de entenderles y de que me entiendan, á fin de que yo les conduzca como deseais. »

Perseveró tres horas haciendo la misma súplica, y por

último se encontró entre las manos un papel que le fué dado por una mano invisible. Leyólo, y leyéndolo recibió el don de hablar todas las lenguas. Al instante dió por ello acciones de gracias al Señor: y habiendo vuelto hácia el romano, le habló en griego y en latin con tanta pureza que aquel estrangero confesó que no se podian hablar mejor estas dos lenguas.

Fué exacto en visitar sus monasterios mientras tuvo para ello fuerzas. Y si acaso sucedía que no hubiese tenido tiempo de ver á los hermanos tan frecuentemente como lo deseaba, suplía esto escribiendo á los superiores los consejos que juzgaba necesarios.

Siempre estaba dispuesto á ponerse en marcha y á obrar, cuando se trataba del consuelo de sus religiosos. Fueron á él algunos del monasterio de Chenobosco y le dijeron que habían dejado en él á uno de los suyos muy enfermos, y que deseaba mucho recibir su bendicion antes de morir. Hizose pronto un deber de darle esta satisfaccion; pero apenas hubo hecho un poco de camino cuando vió el alma de aquel hermano subir al cielo por la parte de Oriente, acompañado de los ángeles que cantaban un cántico celestial. Esta maravillosa vista le obligó á detenerse; y como los religiosos que con él estaban y que nada veian de aquellas maravillas le rogasen que se apresurase por miedo de que el enfermo expirase en su ausencia, les dijo que era inútil que fuese más allá, porque acababa de ver al alma de aquel hermano subir al cielo, habiendo aquellos religiosos ido enseguida á Chenobosco, é informándose del tiempo en que había fallecido el enfermo encontraron que era precisamente en el momento que el Santo se lo había dicho.

El conocimiento sobrenatural que Dios le daba algunas veces del estado de sus religiosos despues de su muerte, se extendía tambien á las faltas de los hermanos ausentes, aun las más ocultas. En una conferencia que hacía á sus

creta á hacerle este servicio, presumiendo que su comunidad tenia necesidad de él; lo cual causó admiracion á todos los religiosos que fueron testigos del cuidado particular que Dios se dignaba tomar de ellos,

Capitulo III.

El zelo de Pacomio por el mantenimiento de la observancia y de la perfeccion de sus religiosos no le daba punto de reposo. Además de las frecuentes visitas á sus monasterios, visitaba frecuentemente á los religiosos en particular en su celda, para ver lo que hacian ó cuáles eran sus necesidades; y si se apercibía que habia que reformar alguna cosa, no dejaba de advertírsela caritativamente. Haciendo una de estas visitas fué cuando Dios le concedió el don de lenguas en favor de un hombre de calidad llegado de Roma, que se había retirado entre sus religiosos.

El Santo quiso conversar con él, ya para conocer su caracter y sus disposiciones, ya para ayudarle con sus consejos en el estado que había abrazado; pero como él no sabia hablar sino la lengua egipcia, y el romano, que no hablaba sino la latina y la griega, tenia dificultad en abrirle su corazon por medio de intérprete, hizole señal de que se estuviese en paz, porque iba á rogar á Dios y dentro de poco volvería á él.

Fuése pues á poner en oracion y dirigió á Dios la siguiente súplica: « Señor, Dios todopoderoso, ya veis que ignoro la lengua de los que aquí vienen de diferentes paises del mundo; es inutil que me los envieis si por esta falta no les puedo ser de ninguna utilidad. Dignaos, pues, Dios mio, si quereis serviros de mí para su salvacion, concededme la gracia de entenderles y de que me entiendan, á fin de que yo les conduzca como deseais. »

Perseveró tres horas haciendo la misma súplica, y por

último se encontró entre las manos un papel que le fué dado por una mano invisible. Leyólo, y leyéndolo recibió el don de hablar todas las lenguas. Al instante dió por ello acciones de gracias al Señor: y habiendo vuelto hácia el romano, le habló en griego y en latin con tanta pureza que aquel estrangero confesó que no se podian hablar mejor estas dos lenguas.

Fué exacto en visitar sus monasterios mientras tuvo para ello fuerzas. Y si acaso sucedía que no hubiese tenido tiempo de ver á los hermanos tan frecuentemente como lo deseaba, suplía esto escribiendo á los superiores los consejos que juzgaba necesarios.

Siempre estaba dispuesto á ponerse en marcha y á obrar, cuando se trataba del consuelo de sus religiosos. Fueron á él algunos del monasterio de Chenobosco y le dijeron que habían dejado en él á uno de los suyos muy enfermos, y que deseaba mucho recibir su bendicion antes de morir. Hizose pronto un deber de darle esta satisfaccion; pero apenas hubo hecho un poco de camino cuando vió el alma de aquel hermano subir al cielo por la parte de Oriente, acompañado de los ángeles que cantaban un cántico celestial. Esta maravillosa vista le obligó á detenerse; y como los religiosos que con él estaban y que nada veian de aquellas maravillas le rogasen que se apresurase por miedo de que el enfermo expirase en su ausencia, les dijo que era inútil que fuese más allá, porque acababa de ver al alma de aquel hermano subir al cielo, habiendo aquellos religiosos ido enseguida á Chenobosco, é informándose del tiempo en que había fallecido el enfermo encontraron que era precisamente en el momento que el Santo se lo había dicho.

El conocimiento sobrenatural que Dios le daba algunas veces del estado de sus religiosos despues de su muerte, se extendía tambien á las faltas de los hermanos ausentes, aun las más ocultas. En una conferencia que hacía á sus

discípulos, sintiose de repente fuertemente inspirado á interrumpir su discurso, y llamando al ecónomo del monasterio, le dijo en voz baja : « Id á tal celda y observaréis en ella á un hermano que olvida el cuidado de su alma, porque no solamente no viene á oír la palabra de Dios, sino que en lugar de vacar á la oracion en su celda, duerme en ella tranquilamente. Yo no veo que obrando así merezca ser llamado monge.

Estando un dia el Santo cerca de Pabau con Teodoro, Cornelio y algunos otros, se detuvo como si hubiese hablado con alguno, y conoció por revelacion que la tarde anterior se habia violado en Tabennes la órden que habia de guardar silencio en la panadería al hacer los panes, y sobre todo los que estaban destinados para el altar, envió allí al instante á Teodoro, quien les encontró en falta y volvió á darle la noticia ; por lo cual el Santo abad le dijo estas hermosas palabras : « Esos hermanos piensan quizás que las reglas que les damos no son más que órdenes de los hombres. Aun cuando ellas no parezcan gran cosa, no dejan de ser de consecuencia. ¿ Ignoran ellos que todo el pueblo de Israel permaneció siete dias en silencio delante de la ciudad de Jericó, como se lo habia mandado Dios, y que solo despues de esto fué cuando habiendo gritado todos á una voz, se hicieron dueños de dicha ciudad, porque habian sido fieles á la órden de Dios, aun cuando no la hubiesen recibido sino de la boca de un hombre ? Aprendan, pues, los hermanos á ejecutar lo que les está prescrito, á fin de que Dios les perdone su negligencia, porque si esta regla fuese inútil yo no se la hubiera dado ».

Fuese en seguida á Tabennes, en donde muy pronto dió una prueba de su exactitud en la observancia de la regla así como de su dulzura y modestia ; porque despues que hubo hecho su oracion, se fué al lugar en donde se hacian las esteras y púsose allí á trabajar con los otros. Mientras

hacia su trabajo, un niño del número de los que se educaban en la casa le dijo con sencillez que no trabajaba bien, y que Teodoro les habia enseñado á hacerlo de otro modo. Al instante se levantó y respondióle con dulzura : « Enséñame, hijo mio, cómo hay que hacerlo. » El niño se lo enseñó, y él se volvió al mismo sitio con alegría ateniéndose á lo que le habia dicho.

Su historiador cita otros ejemplos de la humildad perfecta del Santo. Muy lejos de considerarse como el superior de los demás, no se consideraba sino como el designado de Dios para servirles.

A causa de esta misma virtud de la humildad, aun cuando era el abad general de toda la Congregacion, estaba más que ninguno de los hermanos sumiso al superior del monasterio en que se hallaba y cuando otro diverso de él hacia la conferencia espiritual, aplicaba á ella toda su atencion, mirándose como un ignorante que más que otro alguno tenia necesidad de instruccion.

Tambien vivía en una tal dependencia de los otros oficiales del monasterio en lo que concernía á sus empleos, que nada queria tener para su uso particular, y lo recibia como de limosna de sus manos, aun los cosas más necesarias á la vida ; temiendo menos, dice su historiador, las penas del infierno, que dejar de conformarse en todo con la dulzura y humildad de Nuestro Señor Jesucristo.

Podemos igualmente mirar como una prueba de su humildad, aquella admirable paciencia que mostraba en todas ocasiones y que no se desmentía jamás. Cierta dia le fué á ver un anacoreta y, mientras conversaba con él, dijo á su discípulo Teodoro que hiciese preparar alguna cosa para darle de comer á aquel religioso. El demonio, que queria hacer caer al Santo en impaciencia, impidió que este discípulo le comprendiese, y le hizo entender todo lo contrario. Lo mismo sucedió cuando, en defecto de Teodoro,

el Santo dió esta comision al ecónomo del monasterio que en aquella ocasion pasaba por allí. Entonces Pacomio, que no sabía la estratagema del demonio, y que solamente se apercibió de que ni Teodoro ni el ecónomo habían hecho lo que les habia dicho, considerando que Dios lo permitía así para hacerle practicar la paciencia, se levantó con alegría y fué á preparar por sí mismo lo que era necesario para dar de comer á su huésped.

Después que le hubo despedido, terminada la comida, llamó á Teodoro y al ecónomo para saber de ellos porqué causa no le habían obedecido. Ellos respondieron que no habían oido otra cosa sino que le dejasen hablar con libertad con aquel anacoreta. A esta respuesta, comprendiendo Pacomio el artificio de que habia usado el demonio para hacerle caer en falta, dijo suspirando: « Bendito sea el Señor que nos ha conservado en paciencia, y nos ha dado á conocer la astucia del maligno espíritu. Aprovechaos, hijos míos, de este ejemplo para practicar la dulzura y la paciencia en semejantes casos; porque yo sé que los enemigos de nuestra salvacion no dejan de tendernos lazos. »

Todas las noches tenía costumbre de hacer á sus hermanos un discurso sobre los deberes de la vida religiosa. Estando cierto día reunidos los hermanos, ordenó á Teodoro, que entonces solo tenía veinte años, y hasta parecia más joven de lo que era, que hablase en su lugar. Por más pena que tuviese este jóven discípulo en discurrir sobre las cosas de Dios delante de una tan numerosa asamblea, obedeció sin embargo sin alegar que no habia sido prevenido. Entonces algunos ancianos, ofendidos de que se les diese por catequista á un religioso á quien ellos miraban como novicio en las cosas espirituales, se fueron de la asamblea y se retiraron á su celda.

San Pacomio hizo como que no lo veía; pero cuando hubo despedido á los religiosos despues del discurso y de

la oracion que le seguia hizo llamar á aquellos ancianos y les dijo: « ¿ Porqué habeis dejado la compañía de los hermanos en el tiempo de la conferencia espiritual? » — « Vosnos habeis dado, le respondieron, un novicio para instruirnos como si fuese muy capaz de dar lecciones á todos los religiosos, aun á los más venerables de la órden ».

A estas palabras el Santo abad suspiró profundamente y les dijo: « ¿ No sabeis bien que por el orgullo han comenzado todos los males en el mundo? ¿ No sabeis que el orgullo precipitó á Lucifer en los abismos y redujo á Nabucodonosor á la condicion de las bestias? ¿ No habeis aprendido que está escrito que el que se levanta en su corazón es abominable á los ojos de Dios, y que el que se enorgullece será humillado? Hé ahí que por no haber querido considerar que la soberbia es el principio de todos los males, el demonio os ha despojado de todos los adornos de las virtudes; porque no penseis que retirándoos de la asamblea hayáis solamente mostrado desprecio de Teodoro, sino que tambien lo habeis mostrado de la palabra de Dios, y habeis arrojado de vuestra alma al Espíritu Santo. ¡ Oh! ¡ cuán grande es en esto vuestra desdicha y cuán dignos sois de compasion! ¿ Cómo no habeis comprendido que solo por la astucia del demonio podia suceder el que de este modo abandonáseis á Dios y su servicio? Sin duda que yo no puedo pensar en esto sin admiracion. ¡ Cómo! Dios se humilló por nuestro amor haciéndose obediente hasta la muerte de Cruz; ¿ y nosotros, viles y abyectas criaturas, nos hinchamos de orgullo? De seguro que el órden está aquí muy invertido. Aquel que, por su grandeza y poderio, está sobre todas las criaturas se ha conquistado el mundo con la humildad, mientras que podia aniquilarle con una sola de sus miradas; ¿ y nosotros, miserable nada, nos atrevemos á levantarnos con orgullo, no comprendiendo que por ahí nos hacemos todavía más despreciables? ¿ Os he dado yo

ejemplo de abandonar la asamblea cuando Teodoro ha hablado en ella ? ¿ No le he escuchado yo con atencion como los demás hermanos ? Y á la verdad os aseguro que he encontrado mucho de que aprovecharme en su discurso. A más de que no se lo he yo mandado hacer á fin de que se ejercitase, sino más bien para la utilidad y el consuelo de mi alma. Si, pues, yo á quién mirais como vuestro padre y vuestro superior, no he creído degradarme escuchándole, como teniendo necesidad de ser instruido ; ¿ porqué os habeis desdeñado de hacer lo mismo ? Os lo digo en presencia de Dios : si no expiais vuestra falta con lágrimas y con una severa penitencia, de seguro que os perdereis ».

Recomendaba tambien á sus discípulos que se guardasen de la vanidad, y menos se perdonaba él á sí mismo que á nadie. Cuando se apercibia que se levantaba en su corazon algun sentimiento de alegría vana ó de secreta complacencia, lo ahogaba al instante ó destruía su causa en cuanto estaba en su poder. Esto hizo generosamente cuando, habiendo edificado una iglesia en su monasterio de Moncosa con columnas y otros adornos, la encontró á su gusto y sintió alguna complacencia, pareciéndole que había salido bien. Pero persuadido que aquel gozo no podia provenir en él sino del demonio de la vanidad, púsose en oracion, y despues hizo tirar por los hermanos las columnas con cuerdas que había atado á los capiteles, que las hizo torcer por el lado y quedó el edificio más bien disforme que agradable. Cuando se hubo hecho esto como deseaba, tomó de ello ocasion para advertir á sus religiosos que reprimiesen cuidadosamente en su corazon los sentimientos de complacencia que pudieran experimentar cuando hubiesen salido airoso en alguna obra, por miedo de que adhiriéndose á ellos ó dejándose lisonjear por las alabanzas de los hombres, el demonio no les hiciese perder el mérito de su trabajo.

Para fortificar tambien á los hermanos contra las diferentes tentaciones, recomendábales principalmente dos cosas : la primera que se confirmasen sin cesar en el temor de Dios ; la segunda que descubriesen sus tentaciones á los que estaban más esclarecidos, á fin de aprender de ellos á vencerlas. « A la manera, decia él con motivo del temor de Dios, que nos servimos del fuego para purificar los vasos y hacerlos muy limpios, así el temor del Señor purifica el corazon del hombre de sus viciosos afectos y lo convierte en vaso de eleccion agradable al Señor, preparado para todo lo que es virtud.

Esto decia en su monasterio de Tabennes, á donde había ido expresamente para hablar á sus religiosos sobre el arte de combatir las diversas tentaciones de ambicion, pereza, envidia y avaricia que el demonio suscita algunas veces entre los solitarios. Pero además tenia en vista á un religioso particular á quien queria corregir con su discurso, sin que los otros hermanos lo comprendiesen. Por esto, al final de la conferencia, añadió unas palabras que eran un enigma para los demás ; pero que fácilmente podian ser entendidas por el que era culpable, y dijo : « Que se podría ver en un vaso de tierra el objeto que le había hecho venir á aquel monasterio ».

Este enigma, que solo miraba á quien el Santo tenía en la mente, hizo descubrir la falta de otro, llamado Elias, quien creyó que Dios se la había revelado. En efecto, este religioso, que era muy sencillo, estando tentado de golosina, había tomado furtivamente algunos higos y los había escondido en un vaso de tierra para comérselos á escondidas. Creyéndose, pues, descubierto por las palabras del Santo abad, salió prontamente de la sala, fué á tomar este vaso, volvió á la asamblea, y presentando en medio de los hermanos su hurto al santo abad, le dijo humildemente : « Os confieso, padre mio, que yo he tomado esto. » Todos

los que se hallaban presentes quedaron admirados y el Santo lo quedó como los demás ; y tomando de ahí ocasion para dar todavía una nueva instruccion á sus religiosos, les dijo : « Ved hermanos míos, cómo no es siempre cuando lo queremos que Dios nos dá á conocer las cosas secretas, sino solamente cuando su providencia tiene á bien manifestárnolas, porque yo nada sabia de la falta de este hermano ; pero Dios, que no queria que él se dejase llevar por su inclinacion á la gula, me ha proporcionado por lo que he dicho, el medio de poderle corregir.

Para evitar todo motivo de ambicion entre sus religiosos, no queria que aspiraran á ningun grado de la clericalura. Aun cuando el lugar que ocupaba hubiese podido servirle de pretexto para aspirar á las órdenes sin que los demás hubiesen tenido derecho de hacer lo mismo, no quiso jamás hacerlo ; y sabiendo que Serapion, obispo de Tentira, había hablado de él á San Atanasio, patriarca de Alejandria, para ordenarle de sacerdote y declararle su superior general de todas las soledades de su diócesis, cuando este santo patriarca hizo la visita de todas las iglesias de la Alta-Tebaida, y se acercó á Tabennes, nuestro santo abad fué en verdad delante de él con sus religiosos, que eran en gran número ; pero tuvo la precaucion de esconderse en medio de ellos cuando estuvo próximo al prelado, de suerte que no fué distinguido de los otros hermanos.

El don de discernimiento con que Dios le había favorecido sobre sus religiosos le hacia conocer muy pronto de qué espíritu les venían las inspiraciones ó deseos que tenían, y si eran verdaderamente de Dios ó del ángel de las tinieblas. Él no les daba sino consejos llenos de sabiduría y que fácilmente podían seguir ; pero desdichados de aquellos que preferían sus propias luces á las de un juicio tan esclarecido. Uno de sus religiosos, á quien esto sucedió, hizo de ello una experiencia muy trágica.

Este religioso, que se había hecho célebre entre los anacoretas antes de que se pusiese bajo la disciplina de Pacomio, tenía el deseo del martirio y solicitaba del santo abad que le obtuviese de Dios la ocasion de él. El Santo le exhortaba á rechazar esta idea en la que veía una ilusion del demonio. Sin embargo aquel hermano, demasiado prevenido en favor de su sentimiento y su valor, continuó á importunarle todos los días con la misma peticion. El Santo le prometió finalmente que rogaría á Dios por esto y le predijo que caería un día en manos de los bárbaros ; pero que tuviese cuidado, mientras llegaba este tiempo, en prepararse por medio de un gran fondo de virtud, no sea que cuando se presentase la ocasion, se hiciese apóstata por su flojedad muy lejos de ser mártir de Jesucristo ; lo cual le repitió más de una vez, advirtiéndole siempre sin embargo á que dispusese de su espíritu todós aquellos vanos proyectos.

Dos años despues, habiendo el santo abad, enviado á los hermanos á cortar juncos para hacer las esteras, á una isla próxima al país de los Blemmienses, gentes vagabundas, crueles e idólatras ¹, mientras que allí se dirigian, dijo á aquel religioso que cargase provisiones sobre un asno para llevarlas á sus cofrades, y le recomendó que estuviese sobre sí, añadiendo aquellas palabras del Apóstol. *Hé ahí el tiempo favorable ; he ahí el día de salud, cuidemos de no dar á nadie motivo alguno de escándalo, á fin de que no se vitupere nuestro ministerio.* (Cor., 6 v. 2 y 3).

Esto era decirle bastante para hacerle presentir que la ocasion sería de las más hermosas y que solo tendría que aprovecharse de ella. En efecto, á medida que este religioso se adelantó hácia el desierto, encontró á algunos de aquellos Blemmienses quienes le detuvieron, le quitaron sus

¹ Colonias de la antigua Etiopia, al sur y al Oeste del Egipto cuyas fronteras inquietaban. Denys de Periegeto les llama negros. Mela y Plinio los representan como mónstruos.

provisiones, le ataron las manos á la espalda, y le llevaron á la montaña en donde estaban sus camaradas. Estos le recibieron con grandes burlas y quisieron obligarle á adorar á sus dióses. Negóse él por de pronto; pero cuando sacaron á relucir ante sus ojos las espadas, amenazándole con furor de matarle si no obedecía, hizo como ellos la libacion derramando vino sobre sus sacrificios, y comió en su compañía de la carne que habian ofrecido á sus idolos.

Despues de esta detestable flogedad, los bárbaros, que nada más tenían que hacer con él, le enviaron libre; pero aquel desgraciado al bajar de la montaña y abrir los ojos al crimen que acababa de cometer, empezó á rasgar sus hábitos, á acardenalar su rostro con golpes y á entregarse al desconsuelo. De este modo se encaminó hácia el monasterio, desde donde San Pamonio á quien Dios habia revelado su caída, le salía al encuentro como un buen padre para tenderle en su desgracia una mano compasiva.

Apenas le vió desde lejos este hermano, cuando se prosternó en tierra, y le confesó su falta lanzando grandes gritos y derramando cantidad de lágrimas confesando que su desgracia le habia sucedido por no haber seguido su consejo.

El Santo abad le mandó que se levantase y dióle severas reprehensiones. « ¡ Cuán miserable sois! le dijo; la corona estaba preparada, y habeisla rechazado. Estabais á punto de ser unido, para siempre á la santos mártires, y os habeis hecho indigno de su compañía. Jesucristo rodeado de sus ángeles iba á poner la corona sobre la cabeza y vos habeis preferido á esta algunos momentos de vida. Habeis aprehendido la muerte que sufrireis un día, y no habeis temido perder á Dios y vuestra salvacion. ¡ Ea! ¿ Dónde está aquel valor del cual tanto os gloriábais? ¿ dónde está aquel tan gran conato de arrostrar la muerte por Jesucristo? »

El culpable, sintiendo siempre más su falta, continuaba confesando que habia pecado, que no merecía levantar los ojos al cielo, y que su perdicion no procedia más que de él mismo. Por esto el santo abad, considerando que su arrepentimiento era sincero, pasó de los reproches á las palabras de paz y de reconciliacion, y le hizo esperar que obtendría de la bondad de Dios el perdon de su crimen si quería abrazar los ejercicios de penitencia que iba á prescribirle; lo cual le prometió de todo corazón aquel verdadero penitente.

Ordenóle, pues, que durante el resto de sus dias se encerrase en una celda separada, en la que no tuviese con nadie comunicacion; que solo se alimentase de pan sal y agua; que comiese solamente un día por otro; que hiciese todos los dias dos esteras; que velase y orase cuanto le fuese posible, y que no cesase de llorar y gemir por su caída.

Aquel perfecto penitente no se contentó con someterse á esto, sino que aun hizo la mitad más; pero aun cuando se propuso no ver más á nadie, fué permitido á Teodoro y á algunos otros de los principales de la orden que le visitasen algunas veces para consolarle y fortificarle en su retiro. Así perseveró durante diez años, despues de los cuales murió, habiendo dado todas las pruebas de un sincero arrepentimiento y de una perfecta penitencia.

No hay que confundir á este religioso con otro que no era de la congregacion de Tabennes, y el cual, habiendo tenido la desgracia de caer en el mismo caso, fué á buscar junto á nuestro Santo el remedio de su mal. Este gran director de las almas, despues de haberle mostrado igualmente la enormidad de su crimen, le exhortó á esperar en Dios, cuyas misericordias son infinitas. Recomendóle que juntase las austeridades del cuerpo al dolor interior del corazón, y le despidió lleno de confianza y consuelo, con la esperanza de obtener el perdon siguiendo fielmente lo que estaba prescrito.

Esto hace ver que San Pacomio había venido á ser como el padre comun de todos los solitarios, que creían tener derecho de dirigirse á él en sus necesidades espirituales, ya fuesen de su orden ya viviesen bajo otras reglas. Los abades de diferentes monasterios y algunos obispos recurrían tambien á él en casos difíciles, como á un hombre que recibió del cielo extraordinarias luces.

Capítulo IV.

La gran sabiduría de San Pacomio no podía menos de hacer florecer todas las virtudes monásticas entre sus religiosos. Así que podía considerarse la orden de Tabennes como un prodigio que Dios había obrado para la salvacion de las almas, y como un modelo que proponer á todos los que querían reunir hombres para conducirles á la más eminente perfeccion. El mismo San Pacomio no lo consideraba de otro modo; no por alguna complacencia del amor propio sino por un sentimiento de la misericordia del Señor para con una obra que solo había emprendido por orden suya.

Veíase en Tabennes una multitud casi innumerable de fervorosos religiosos, cuyo estudio único era desembarazarse del peso del siglo, para llevar con mayor facilidad el amable yugo de Jesucristo.

Estos religiosos vivían estrechamente unidos unos á otros con lazos de una muy pura y muy santa caridad. Animábanse mutuamente á hacer progresos en la vida del espíritu. Alimentábanse espiritualmente con una santa avidez de la palabra de Dios. Solo conversaban entre sí de los medios de triunfar de las pasiones y del demonio y de llegar á una consumada santidad; y aun cuando muchos de ellos no fuésen sino campesinos recogidos de las aldeas circunvecinas, y por consiguiente sin cultura de espíritu estaban lle-

nos de la sabiduría de Dios por el estudio asiduo que hacían de las máximas del Evangelio y por la comunicacion de las luces del cielo que recibían en abundancia.

Después de esto, nadie se admirará de que muchos de ellos hubieran sido elevados al episcopado y de que, habiéndose hecho célebre por todo el mundo el monasterio de Tabennes, acudiesen á él en tropel no solamente de todo el Egipto y de la Armenia, sino tambien del Occidente y de las extremidades de la tierra conocida; los unos para asegurarse por si mismos de las maravillas que habían oido contar de él; los otros, para alistarse allí bajo la disciplina del gran Pacomio.

Un edificio de santidad tan sólidamente fundado y tambien cimentado por los trabajos del Santo, parece que debía haberse sostenido hasta el fin de los siglos; pero la debilidad del hombre es extrema; y aun cuando en tiempos de San Jerónimo, de Rufino, de Paladio y de Casiano que hablan de él con tanta distincion, esto es, unos cincuenta años poco más ó menos después de la muerte de San Pacomio, los religiosos de Tabennes fuesen todavia muy regulares, sin embargo el gran número introdujo allí, junto con la necesidad de multiplicar los bienes la solicitud del siglo. Esta solicitud unida á la negligencia y hasta la ambicion de algunos superiores, llevó la relajacion en una gran parte, y finalmente con el trascurso del tiempo, Tabennes vino á ser una prueba de la fragilidad humana, así como había sido bajo San Pacomio y sus principales discípulos un prodigio de la gracia de Jesucristo.

Esta futura revolucion no fué ignorada del Santo. Dios se la hizo por de pronto entrever por nociones menos distintas; pero aquellas luces escapadas, por decirlo así, del cielo, se las hicieron desear más marcadas, y de ellas tuvo por último un pleno conocimiento por medio de una vision que vamos á contar á la larga como uno de los rasgos más instructivos de su vida.

Esto hace ver que San Pacomio había venido á ser como el padre comun de todos los solitarios, que creían tener derecho de dirigirse á él en sus necesidades espirituales, ya fuesen de su orden ya viviesen bajo otras reglas. Los abades de diferentes monasterios y algunos obispos recurrían también á él en casos difíciles, como á un hombre que recibió del cielo extraordinarias luces.

Capítulo IV.

La gran sabiduría de San Pacomio no podía menos de hacer florecer todas las virtudes monásticas entre sus religiosos. Así que podía considerarse la orden de Tabennes como un prodigio que Dios había obrado para la salvacion de las almas, y como un modelo que proponer á todos los que querían reunir hombres para conducirles á la más eminente perfeccion. El mismo San Pacomio no lo consideraba de otro modo; no por alguna complacencia del amor propio sino por un sentimiento de la misericordia del Señor para con una obra que solo había emprendido por orden suya.

Véase en Tabennes una multitud casi innumerable de fervorosos religiosos, cuyo estudio único era desembarazarse del peso del siglo, para llevar con mayor facilidad el amable yugo de Jesucristo.

Estos religiosos vivían estrechamente unidos unos á otros con lazos de una muy pura y muy santa caridad. Animábanse mutuamente á hacer progresos en la vida del espíritu. Alimentábanse espiritualmente con una santa avidez de la palabra de Dios. Solo conversaban entre sí de los medios de triunfar de las pasiones y del demonio y de llegar á una consumada santidad; y aun cuando muchos de ellos no fuésen sino campesinos recogidos de las aldeas circunvecinas, y por consiguiente sin cultura de espíritu estaban lle-

nos de la sabiduría de Dios por el estudio asiduo que hacían de las máximas del Evangelio y por la comunicacion de las luces del cielo que recibían en abundancia.

Después de esto, nadie se admirará de que muchos de ellos hubieran sido elevados al episcopado y de que, habiéndose hecho célebre por todo el mundo el monasterio de Tabennes, acudiesen á él en tropel no solamente de todo el Egipto y de la Armenia, sino también del Occidente y de las extremidades de la tierra conocida; los unos para asegurarse por si mismos de las maravillas que habían oído contar de él; los otros, para alistarse allí bajo la disciplina del gran Pacomio.

Un edificio de santidad tan sólidamente fundado y también cimentado por los trabajos del Santo, parece que debía haberse sostenido hasta el fin de los siglos; pero la debilidad del hombre es extrema; y aun cuando en tiempos de San Jerónimo, de Rufino, de Paladio y de Casiano que hablan de él con tanta distincion, esto es, unos cincuenta años poco más ó menos después de la muerte de San Pacomio, los religiosos de Tabennes fuesen todavía muy regulares, sin embargo el gran número introdujo allí, junto con la necesidad de multiplicar los bienes la solicitud del siglo. Esta solicitud unida á la negligencia y hasta la ambicion de algunos superiores, llevó la relajacion en una gran parte, y finalmente con el trascurso del tiempo, Tabennes vino á ser una prueba de la fragilidad humana, así como había sido bajo San Pacomio y sus principales discípulos un prodigio de la gracia de Jesucristo.

Esta futura revolucion no fué ignorada del Santo. Dios se la hizo por de pronto entrever por nociones menos distintas; pero aquellas luces escapadas, por decirlo así, del cielo, se las hicieron desear más marcadas, y de ellas tuvo por último un pleno conocimiento por medio de una vision que vamos á contar á la larga como uno de los rasgos más instructivos de su vida.

Saliendo una vez de la oracion sus religiosos para dirigirse al refectorio, él no se fué con ellos, sino que se fué á continuar su oracion en un lugar más secreto, á fin de entregarse allí con toda libertad á los ardientes afectos de su amor por la gloria de Dios. En aquel lugar separado cerró la puerta, y volviendo á ponerse en oracion, insistió principalmente en preguntar á Dios lo que sería en lo sucesivo de su congregacion. Prosiguió con un fervor que iba siempre en aumento, cuando de repente tuvo una vision que le puso en evidencia lo que tanto deseaba conocer.

Vió, pues, á un gran número de solitarios que andaban por un valle extremadamente profundo y cenagoso, del cual queriendo unos salir, eran impedidos; otros chocaban con la frente contra otros que encontraban, porque el lugar estaba lleno de espesas tinieblas; otros se dejaban caer rendidos de cansancio; otros lanzaban lamentables gritos; y otros finalmente, haciendo grandes esfuerzos salian de aquel tenebroso abismo y llegaban felizmente á la luz, lo cual les causaba una grande alegría y vivos sentimientos de gratitud hácia Dios.

Al mismo tiempo le fué dada una clara inteligencia de esta figura, y comprendió que su orden se multiplicaría extraordinariamente; pero que el número de los religiosos flojos prevaleceria sobre el de los fervorosos y le oprimiría; que el error, la insensibilidad de corazon y una deplorable relajacion sucederian á aquella hermosa perfeccion que con tanto consuelo veía pacticarse en sus monasterios; que el mayor mal provendría de la falta de buenos superiores, el sitio de los cuales veria ocuparse por sujetos ambiciosos y muy incapaces de gobernar, porque ellos mismos no tendrían práctica alguna de las virtudes y de la observancia regular; que solo llegarían á los cargos por medio de manejos y cábalas, disputándose los unos á otros, lo cual cau-

saría grandes turbaciones en la órden; que en estas discordias de los ambiciosos los malos perseguirian á los buenos, de suerte que estos apenas podrian subsistir en los monasterios y serian reducidos al silencio; y que de este modo, una tan hermosa institucion, que podía llamarse divina, vendria á ser del todo humana por la depravacion de los hombres.

No se puede expresar cuán grande fué el dolor de San Pacomio previendo tantos males; y derramando lágrimas, exclamó: « ¡ Ay, Señor ! si esto debe ser así ¿ porqué habeis permitido que se fundasen monasterios ? Si en lo sucesivo los superiores deben ser tan malos ¿ qué serán los que tengan bajo su conducta ? cuando un ciego conduce á otro ciego ¿ no caen los dos en la misma fosa ? Yo he trabajado pues inútilmente. Acordaos, Dios mio, de mis trabajos y de los de mis hermanos, que hoy se ejercitan de todo corazon en una tan santa disciplina. Acordaos de la promesa que me habeis hecho de que me conservaríais hasta el fin de los siglos una raza santa y espiritual. Vos sabeis, Dios mio, que desde que abracé el estado monástico jamás me he saciado ni siquiera bebiendo agua ».

Mientras dirigía así sus quejas al Señor en el exceso de su vivo dolor, oyó una voz que le dijo: « Pacomio, tú te glorificas, mientras que no eres más que un hombre. Pídemisericordia para tí mismo, y no olvides nunca que nada subsiste sino por misericordia. » Entonces Pacomio prosternándose con el rostro pegado á la tierra exclamó: « Si, Señor; yo imploro muy humildemente vuestra misericordia y os suplico que jamás la retireis de mí. Estoy convencido que sin ella nadie puede sostenerse. »

Al mismo tiempo se le aparecieron dos ángeles y le dijeron que levantase los ojos á lo alto, y vió á Nuestro Señor Jesucristo bajo la figura de un jóven de una hermosura y resplandor que no puede expresarse con palabras, el cual

le consoló y le prometió que no obstante la corrupcion de los tiempos que le hacía prever le conservaria siempre una santa posteridad de religiosos que se conservarian en la piedad á pesar del ejemplo de los malos, lo cual se ha verificado en el estado cenobítico en general, del cual San Pacomio puede con justo título ser considerado como el padre.

Apenas podía volver en sí ya á causa de la grandeza del recogimiento que había guardado en su oracion, ya por la admiracion en que se hallaba de lo que Dios le había revelado. Asistió sin embargo al oficio de la noche con los hermanos y en seguida, habiéndose sentado todos para recibir de él la instruccion, la vision que había tenido le suministró para ella ámplia materia. Exhortoles poderosamente á perseverar en la penitencia que habían abrazado y á servirse para ello del frecuente recuerdo de la muerte, de la vergüenza con que se verían cubiertos los malos religiosos en el día del juicio, de los horribles tormentos que les están reservados, y de las coronas inestimables que están preparadas á los que permanezcan fieles en el servicio del Señor.

Lo que dá mayor certeza á esta revelacion es la experiencia grande que el Santo tenia (Boll. v. S. Pac., c. 7 n. 55.) de aquellos favores extraordinarios con que Dios le honró tan frecuentemente, y sobre los cuales estaba demasiado esclarecido para confundir los que no son más que el efecto de una imaginacion exaltada ó una ilusion del demonio, con los que proceden de Dios.

El espíritu maligno quiso un día engañarle, y se presentó delante de él mientras trabajaba en particular en hacer esteras, diciéndole que él era Jesucristo; pero Pacomio, que tenia el don de discernimiento de los espíritus buenos y malos, no se dejó alucinar. Juzgó del que se le aparecía por las impresiones que hizo en su alma. « La presencia de

Jesucristo, dijo él para si mismo, va acompañada de paz; su vista inspira alegría y está exenta de sobresalto; aleja los pensamientos de la tierra é inspira un deseo ardiente de la eternidad, y ahora yo me siento turbado y agitado de diversos pensamientos bajos y terrenos. » Pertrechóse al instante con la señal de la Cruz y sopló contra el espectro, diciéndole: « Retírate, espíritu seductor, puesto que siendo maldito con sus visiones y artificios no podrás encontrar lugar entre los siervos de Dios. » El demonio desapareció al instante, dejando tras de sí en el lugar un horrible hedor.

Apareciósele otra vez bajo una figura humana: pero él se confesó por lo que era y tuvo con él una larga conversacion. Entre otras cosas le dijo (N. 25,) que había recibido el poder de tentarle á él y á sus discípulos; que veía con dolor que en vez de salir con la suya no hacía sino procurarles motivos de mérito por la resistencia que hacían á sus tentaciones; pero que esperaba que despues de su muerte, no estando ya sus religiosos sostenidos por su vigilancia y sus instrucciones, podría más seguramente hacerle caer en sus lazos.

Díjole tambien que por débiles que fuesen los demonios, (N. 26.) sobre todo despues de la encarnacion del Verbo, que había aniquilado sus fuerzas, no estaban sin embargo por esto ociosos ni eran negligentes en procurar la pérdida de los religiosos; que trabajaban sin cesar en engañarles; que cuando veían que por poco que fuere se dejaban lisonjear por sus sugestiones, entonces redoblaban sus esfuerzos para hacerse enteramente dueños de su corazon y reducirlos á su poder; pero si, en lugar de escuchar la tentacion, los hombres la rechazaban desde el principio, vigilaban más sobre si mismos y permanecían más firmes en la observancia de su regla, entonces se veían obligados á dejarles y á escaparse.

Pacomio, oyendo estas cosas, lanzó un profundo suspiro y dijo con voz fuerte á aquel espíritu de tinieblas y á los de su séquito : « ¡ Cuán infatigable es tu malicia ! puesto que no cesará jamás de ejercer su crueldad contra los hombres, hasta tanto que la virtud divina, que es el Hijo de Dios, baje de nuevo del cielo para destruir enteramente tu poderio. » Al instante le conjuró por el nombre de Jesucristo para que se retirase, y desapareció en seguida.

Esto había sucedido durante la noche, cuando el Santo, acompañado de Teodoro, iba á los monasterios para ver si todo estaba allí en buen orden. Al día siguiente juntó á sus principales discípulos á quienes comunicó lo que había visto y oído ; y se lo escribió á los superiores de los otros monasterios á fin de que, sabiendo estas cosas, se conservasen siempre más en el temor de Dios.

No podemos referir todos los milagros que hizo San Pacomio. Arrojó los demonios de los cuerpos de un gran número de posesos, y tuvo el don de curar á los enfermos ; pero prefería los milagros invisibles de la curacion espiritual de las almas á los milagros visibles de la curacion de los cuerpos.

Rogándole uno de sus religiosos que le contase alguna de las visiones que había tenido, él respondió : « No es permitido á un pecador como yo soy desear tener visiones. Obraría en esto contra la orden de Dios y caería en la ilusion ; pero, añadía él, he ahí una vision muy maravillosa : Yo llamo así la vista de un hombre, en quien se reconoce una perfecta pureza y una profunda humildad de corazon ; porque ¿ qué cosa hay más grande y maravillosa que considerar que la magestad de Dios habita por estas virtudes en este hombre como en su templo ? »

Un abad herege le envió algunos de sus monges, que estaban cubiertos de cilicio, para imponerse mejor con este

exterior de mortificacion, y les hizo hacer de su parte esta proposicion digna de su orgullo é hipocresía « Si sois verdaderamente un hombre de Dios, y si os gloriáis de que oye vuestras oraciones venid á pasar conmigo el rio á pié enjuto, para que dé á conocer cuál de nosotros dostiene mayor confianza en Dios « Pero el Santo rechazó este desafio con indignacion, y mandó dar á aquel abad esta modesta respuesta : « Todo mi estudio y todos mis esfuerzos no tienden más que á evitar el caer en los terribles juicios de Dios, y no á intentar el hacer semejantes milagros. »

Admirándose sus discípulos de que un herege hubiese tenido la temeridad de empeñarse en hacer un prodigio de esta naturaleza, les dijo que Dios podía permitir que lo hiciese con el auxilio del demonio, el cual por allí le tendría siempre más abismado en su impiedad y á los que tenían la desgracia de adherirse á sus errores. Les añadió que no se hinchasen de vanidad por las obras buenas, y que jamás desearan hacer estas especies de prodigios, porque Dios condena tales deseos en la Escritura, prohibiendo intentarlos.

La pureza de su fé, y su zelo por la defensa de la Iglesia le inspiraban una veneracion y una estima particulares para con el gran San Atanasio, que era su intrépido defensor y que tanto hacía sufrido por su causa. Estaba igualmente hacia un tierno afecto lleno de todos aquellos que sabía que se interesaban por la fé ortodoxa, tomando parte en ello con todo el fervor de su alma, y dirigiendo á lo mismo sus más fervorosas oraciones.

Concebía un gozo extremo de la firmeza y progreso de los católicos ; pero no podía saber sin dolor los estragos que hacían los arrianos. Recomendaba á sus discípulos que jamás tuviesen union con ellos ni con los otros enemigos de la verdad, y que ni siquiera orasen con los que les favorecían.

Era igualmente opuesto á la doctrina de Orígenes, y cuéntase que, habiendo encontrado uno de sus libros, lo echó al agua, y dijo que lo habría echado al fuego, si no hubiese estado escrito en él el nombre de Dios. Un día en que conversaba con sus religiosos sobre negocios de su salvacion, fué el portero del monasterio á decirle que habian llegado solitarios de gran apariencia, y que tenían que hablarle. Respondió que les introdujese en casa, y después de los primeros cumplimientos de política y caridad y de haberles mostrado algunas celdas y los principales departamentos, les llevó á una sala más retirada para darles libertad de decirle lo que deseaban.

Ellos entraron en discurso sobre las santas Escrituras, y trataron de materias muy elevadas y muy curiosas con gran abundancia de palabras y mucha elocuencia; pero mientras ellos hacian ostentacion de su erudicion, el Santo sintió un olor muy malo, sin poder juzgar de dónde venía. La conversacion duró hasta la hora de nona, en la que aquellos solitarios se despidieron de él sin querer comer como el Santo se lo ofreció, alegando por razon que querian estar de vuelta en su casa antes de la puesta del sol.

Desde que se hubo despedido de ellos, púsose en oracion, y con el rostro pegado en tierra rogó al Señor que le diese á conocer de dónde podía provenir aquel mal olor. Apareciósele un ángel y le declaró que aquellos religiosos estaban inficionados de los errores de Orígenes, y que los dogmas impíos que sostenían hacían exhalar de su corazón el hedor que habia sentido. El bienaventurado espíritu le añadió que hiciese salir en busca suya para advertirles el perjuicio que ocasionaban á su alma siguiendo aquella perniciosa doctrina y la pérdida eterna que causarían á los que se dejasen seducir por sus envenenados discursos.

Salió al instante de su celda, despachó en busca suya á un hermano el cual les hizo volver y, cuando estuvieron

en su presencia, les preguntó si leían las obras de Orígenes, lo cual ellos no se atrevieron á confesar. Pero él no se fió de su palabra y les dijo: « Os aseguro en presencia del Señor, que quien quiera que lee los escritos de Orígenes y se adhiere á sus errores se precipita en las tinieblas y en las llamas eternas. Os anuncio lo que Dios me ha dado á conocer, después de lo cual no soy culpable de haberos llamado la verdad. Al presente toca á vosotros el tomar cuidado de ella. No podeis reprocharme el que os la haya ocultado. Si quereis creerme y gustar en Dios la verdadera paz del corazón, echad al río todos cuantos libros tengais de este autor y no os adhirais más á los errores que contienen. » Después de haberles hablado así, los despidió.

Dios protegía algunas veces visiblemente con prodigios á San Pacomio. Citaremos un ejemplo de ello. En la fundacion del monasterio de Panes, habiendo el Santo empezado á hacer su muralla con los religiosos, algunas personas, acosadas de maligna envidia, fueron allá de noche á destruir lo que habia hecho. Él lo sufrió con una paciencia superior á su malicia, y no dejó de levantar otra vez que habían demolido; pero como quisiesen volver de nuevo á derribarlo (Dion. y Hercul. apud. Boll. nota B.), fueron detenidos por un ángel que habia hecho como una muralla de fuego, y por la cual dicen algunos autores que fueron consumidos.

Pero el Señor, que de este modo tomaba su proteccion con tanto esplendor, quiso hácia el fin de sus dias consumir su virtud con la humillacion, después de haberle ensalzado y honrado delante de los hombres con gracias y favores insignes, y permitió que tuviese que sufrir una cuidadosa contrariedad con motivo de estas mismas gracias que le habian conciliado la estima y veneracion de tantos pueblos.

Como de ellas se hablaba frecuentemente en el mundo

con admiracion, algunas personas mal intencionadas tomaron de aquí ocasion de murmurar contra él, poniendo en duda estas gracias y dones maravillosos con que Dios le favorecia, y queriendo hacer creer que estaba engañado ó que quería engañar á los demás. Esto fué causa de que se le llamase como en juicio en una asamblea de obispos y de monges que tuvo lugar en Latople, á donde se dirigió con algunos de sus religiosos.

Mantúvose allí en un modesto silencio hasta que le preguntaron. Hizose esto con mucha severidad y con muy poca atención á su excelente mérito, aun cuando todos los obispos fuesen ortodoxos, y á pesar de que dos de ellos, Filon y Mobe, hubiesen sido antes del número de sus discípulos. Pero cuando le fué permitido responder, hizolo de manera que se admirase su sabiduria, su humildad y la excelencia de su gracia. Esto no impidió que un hombre de mundo que se hallaba presente, ciego por sus prevenciones é instigado por el espíritu maligno, se arrojase sobre él espada en mano; y hubiérale quitado la vida si los que se hallaban presentes no le hubiesen detenido.

Despues de esto, el Santo se retiró con sus religiosos que le habian acompañado, y se fué á su monasterio de Pachnum, que se hallaba en el territorio de Latople.

Poco tiempo despues, estando su discípulo Teodoro de vuelta de un viage que había hecho á Alejandria, el Santo no le habló de lo que le había sucedido en la Asamblea de Latople sino para enseñarle que era preciso sufrir con paciencia las contradicciones, y dar por ellas gracias a Dios. Mucho más sensible pareció por los males, con los que supo que estaba afligida la iglesia de Alejandria á causa de la tiranía del desgraciado Gregorio, á quien los arrianos habian colocado en aquella sede, despues de haber arrojado de ella á San Atanasio; pero predijo que este gran Santo sería restablecido muy pronto, lo cual no dejó de suceder.

Sin embargo, pasada la cuaresma, propagóse en sus monasterios una enfermedad contagiosa que en poco tiempo se llevó á más de cien religiosos, muchos de los cuales eran de los principales de la órden como Syr, Corneille, Pafnucio y muchos otros de gran mérito. Él mismo fué atacado del mal y sufrió grandemente por espacio de cuarenta dias. Pero aun cuando su cuerpo estuviese enteramente abatido por el grande ardor de la fiebre que le consumia, mostraba tanta alegría, que fácilmente podia juzgarse por allí de la paz y pureza de su conciencia.

Dos días antes de su muerte, hizo llamar á los superiores y á los principales de todos los monasterios, y les habló de esta manera: « No puedo dudar por el estado en que me encuentro, que el Señor me llama á él. Acordaos de todas las cosas que con tanta frecuencia os he recomendado. Sed vigilantes en vuestras oraciones y discretos en todas vuestras acciones. No tengais comunicacion alguna con los secuaces de Melecio, Arrio y Origenes. No os junteis sino con los que temen al Señor, y que pueden servirnos útilmente con su santa conversacion, dando á vuestras almas verdaderos consuelos espirituales. En cuanto á mi, siento que me voy y que se aproxima la hora de mi muerte; por esto os exhorto á que escojais a alguno de entre vosotros que os gobierne segun el espíritu de Dios. »

Hizo en seguida que se acercase Orsise; uno de los religiosos más recomendables de su congregacion, y le dijo que preguntase á cada uno en particular á quién escogía por superior general; pero ellos se remitieron todos a juicio del Santo, quien les dijo que puesto que querian remitirse á él, le parecia que Petronio era el que más convenia, si es que no hubiese ya muerto; porque habían sabido que tenía el mal contagioso en el monasterio de Tismen, situado cerca de Panes. Todos accedieron de corazon á esta eleccion, persuadidos de que no podían enga-

ñarse siguiendo el consejo de su bienaventurado Padre.

Señaló todavía los últimos momentos de su vida con un acto de virtud que mostraba que su amor á la mortificación y á la observancia regular no se debilitó jamás en él hasta la muerte. Como su cuerpo estaba absolutamente agotado de fuerzas, hallábase oprimido por el peso de la manta que hasta entonces había usado, y rogó por caridad á uno de los hermanos que estaban cerca de él que fuese á buscar otra más ligera. Este corrió al instante en busca del ecónomo, quien le entregó una de las más limpias y cómodas; pero cuando el Santo la vió tan diferente de la primera, no la quiso, diciendo que no era justo que él tuviese nada de más ni mejor que los otros hermanos.

Por último, despues de haber recomendado por tres veces á su querido discípulo Teodoro, que él preveía que tendría que gobernar la órden en lo sucesivo, que no abandonara nunca el cuidado de aquellos hermanos á quienes viese demasiado negligentes, sino que les exhortase y alentase á vivir segun la santidad de su estado, habiéndose fortalecido con la señal de la cruz, y viendo con un exceso de alegría á un ángel de luz que venía á él, entregó su alma á Dios el 9 de mayo del año 348, que era el 57 de su edad y el 35 de su retiro, segun el cómputo de Tillemont.

Encerróse su cuerpo al día siguiente en la montaña próxima al monasterio, de donde su discípulo Teodoro, ayudado de algunos hermanos, lo trasladó secretamente á otro lugar, creyendo que así lo había ordenado.

A más de los reglamentos que este gran Santo había hecho para sus monasterios, y de los cuales tendremos ocasion de hablar al tratar de la disciplina de su órden, escribió tambien muchas cartas ya á los superiores de sus casas ya á los religiosos particulares. Encuéntrase todo esto en la coleccion de las reglas hechas en el siglo nono por San Benito de Aniano, que las encontró traducidas en latin por

San Jerónimo. Servíase algunas veces en sus cartas del alfabeto griego, á manera de una cifra para hablarles en lenguaje misterioso, que solo era entendido de aquellos á quienes escribía, y que eran personas de una gracia y de un mérito extraordinarios. Como que estos estaban iniciados en el secreto de dichos misterios le respondían de la misma manera. San Jerónimo asegura que era un ángel quien le había enseñado este lenguaje, lo mismo que á Syr y á Cornelle sus discípulos.

Aun cuando no conociéramos á San Pacomio más que por los elogios que de él se han hecho, sin que nos quedase ningun monumento de su vida, bastarian ellos para inspirarnos una gran veneracion por su mérito y hacernos muy respetable su memoria; porque además de lo que de él dicen los autores de la historia monástica, como Rufino, Paladio y los otros, San Atanasio al ir á Roma hizo allí célebre su nombre. San Jerónimo (Hier. Epist. 16.) creyó prestar un gran servicio á la iglesia latina traduciendo los reglamentos que hacía observar en sus monasterios, y Genado (Vir. illi c. 7.) dice que no tenía menos una gracia apostólica para instruir que para hacer milagros.

Pero sus acciones y sus instrucciones que aquí hemos recogido del texto que nos han dado los sabios continuadores de Bolando, y cuyos compendios se encuentran en Surio y Rosweide, nos dán de él una idea tan elevada que, por más estension que hayamos dado á su historia no creemos que se nos reproche el haber sido demasiado prolijos.

PETRONIO Y ORSISE

DISCIPULOS DE SAN PACOMIO Y SUS SUCESORES EN EL
GOBIERNO DE LA ORDEN¹.

La elección que San Pacomio hizo de Petronio para sucederle vale ella sola un grande elogio. Esta preferencia sobre tantos religiosos más antiguos y más eminentes en virtud no podía suponer en él sino un mérito extraordinario. Esto es lo que nos hace echar de menos el silencio de los historiadores sobre el detalle de sus acciones, aun cuando lo poco que de ello nos han dicho demuestra cuán digno él era de la estima de su Santo Patriarca.

Despegóse tan perfectamente del afecto del mundo al salir de él (Boll. v. S. Pac. n. 50.), que no puso jamás el pié en su casa desde que hubo abrazado la vida monástica, á la cual atrajo finalmente toda su familia; porque su padre, sus hermanos, sus parientes y sus criados imitaron su ejemplo, entregándose á Dios en la comunidad de Tabennes y sus hermanas entraron en la de las religiosas que estaba gobernada por la hermana de San Pacomio. A más de esto, su padre que se llamaba Psenebe, dió todos sus bienes á la orden y en particular al lugar llamado Theben ó Thebué, en donde San Pacomio fundó un monasterio de su regla. Finalmente toda aquella piadosa familia tuvo la dicha de perseverar y morir santamente en el estado que había abrazado.

En cuanto á Petronio, (Surius. pag. 13, § 88, y Rosow. p. 104.), se dice de él que era muy firme en la fe, muy humilde en la conversacion, muy prudente en la conducta, y perfecto en el discernimiento de que usaba en todas sus buenas obras. No se relajaba jamás, ni aun en las enfer-

¹ Surio, los Bolandistas.

medades, velando siempre igualmente sobre sí. Su caridad estaba llena de dulzura y compasion por las faltas de los otros; lo que le indujo á responder del cambio de vida de Silvano el comediante, del cual hablaremos en otro lugar, cuando San Pacomio le quiso echar del monasterio, á causa de las maneras chistosas que se le escapaban frecuentemente, por el mal hábito que de esto había contraído en el siglo. Y en efecto, vióse bien pronto que Silvano se enmendó enteramente y con un cambio perfecto vino á ser el objeto de admiracion de todos los hermanos.

Petronio era superior del monasterio de Tismen, cuando la enfermedad contagiosa causó la muerte á San Pacomio y á muchos otros religiosos. Hallábase él mismo atacado de ella cuando, estando próximo á morir este gran Santo, le nombró para sucederle, y le envió un expreso para que viniese á él diligentemente. Aun cuando la enfermedad le había debilitado mucho no dejó de obedecer las órdenes de su Santo abad, á quien cuando llegó encontró muerto.

Empleó toda la fuerza que le quedaba en conducir á todos sus religiosos, sirviéndose de la palabra de Dios y del recuerdo de las instrucciones y ejemplos de San Pacomio; pero no vivió más que trece dias en su empleo. Antes de entregar su alma reunió á los hermanos para saber de ellos á quién deseaban para sucederle. Todos le rogaron que hiciese él mismo la elección, como lo habían acostumbrado para con su santo padre Pacomio, y él nombró á Orsises que se hallaba presente, despues de lo cual murió y fué sepultado en la montaña con las oraciones y ceremonias acostumbradas.

Este Orsise, que algunas veces es llamado Orcese, Orsiese y Oriese, sobresalía en todas las virtudes, pero principalmente en humildad. Aun cuando no fué de los primeros discipulos de San Pacomio, se aprovechó tanto bajo su conducta, que mereció ser escogido entre muchos otros

para gobernar el monasterio de Chenobosco. Algunos ancianos se admiraron de ello, diciendo que era demasiado joven. San Pacomio les respondió que había hecho tanto progreso en la vía espiritual, que podía ser mirado como una lámpara de oro brillante en la casa del Señor.

Estaba presente con los principales de la orden (N, 73.), cuando Petronio, como acabamos de decir, le designó para sucesor suyo. Todos aplaudieron la elección, excepto él, que protestó gimiendo y llorando mucho, diciendo que la carga que querían echar sobre él era sobre sus fuerzas; pero no se tuvo miramiento ni á sus protestas ni á sus lágrimas, y viose obligado á bajar su cerviz al yugo.

Como él había estudiado perfectamente la conducta de su padre San Pacomio, conformó á ella la suya, y le hizo revivir en su dulzura, zelo, vigilancia, observancia regular, y sobre todo en la frecuente visita de los monasterios. Todavía no había recibido de Dios la misma luz que el Santo para hablar de las cosas espirituales; pero suplió esto con comparaciones y parábolas que hacían que se le escuchase con gusto.

«No ignoráis, les decía un día, con qué profundidad de conocimientos en las divinas Escrituras acostumbraba á hablarnos de las cosas celestiales nuestro santo padre Pacomio. Pero me parece, en cuanto puede concebirlo mi pequeñez, que sería inútil habernos hecho las más hermosas exhortaciones, si no tuviéramos cuidado en conservarlas en nuestra alma velando cuidadosamente por la guarda de nuestro espíritu, porque de otro modo olvidamos lo que hemos oído y muy pronto caemos en la relajación; pues estando vacíos de buenos pensamientos, el demonio nos encuentra del todo dispuestos á recibir y ejecutar los que nos sugiere.

« Sucede en esto, proseguía él, como cuando habiendo uno preparado mucho una lámpara para servirse de ella, se ha

olvidado de poner el aceite. Pues entonces es inútil que pegue en ella fuego porque se apaga casi al instante y le deja en tinieblas. Algunas veces sucede una cosafea; porque sobreviniendo un ratón y viendo la mecha apagada la roe y frecuentemente hasta arrastra la lámpara, la cual pronto se rompe si es de una materia frágil; pero se puede repararla y hacerla servir de nuevo, si es de una materia sólida y difícil de romper. Digamos poco más ó menos lo mismo de un alma que sea negligente en el cuidado de su salvación. La flojedad y la relajación disminuyen en ella poco á poco el ardor de la santa caridad, hasta que ya no queda casi nada de calor espiritual. El demonio procura apagarlo del todo con nuevos tedios y descaecimientos que le causan; pero si esta alma, antes de su relajación, había tenido cuidado de hacerse, por decirlo así, una fuerte constitución espiritual en el servicio de Dios por el temor de ofenderle, entonces el recuerdo de las penas eternas le serviría mucho para llevarla nuevamente á Dios y para hacerla volver á su primer estado de donde la había hecho caer su cobardía ».

De este modo instruía á sus religiosos, usando, según la medida del talento que Dios le había dado, de estas comparaciones familiares que hacían que se le escuchase agradablemente y siempre con utilidad. Pero en lo sucesivo Dios aumentó en él su luz y, prestando á sus discursos fuerza y viva energía para el consuelo de los hermanos, ya no les instruía con parábolas sino que les desarrollaba los puntos más difíciles de la Escritura. Recomendábales también frecuentemente la observancia de las reglas que San Pacomio había establecido, y de todas las órdenes que recibían de los superiores.

Habiendo sido San Atanasio gloriosamente restablecido en su sede de Alejandría, según la predicción de San Pacomio, Orsise le envió algunos de sus religiosos, á cuya cabeza estaba Zaqueo, procurador general de la orden. Ha-

biendo sabido estos que San Antonio se hallaba en la montaña exterior, quisieron aprovecharse de una ocasion tan favorable para verle y pedirle su bendicion.

Desde que el santo viejo supo que iban á verle, se levantó al instante del lugar en que estaba sentado, y á pesar de su avanzada edad de noventa y ocho años, fué á ellos con una grande demostracion de gozo y les preguntó con interés noticias de San Pacomio. Ellos no respondieron á su pregunta sino con lágrimas que fácilmente le hicieron comprender que estaba muerto. Procuró consolarles haciendo el elogio de su santo padre y exhortóles á tener valor y á trabajar con todas sus fuerzas en adquirir la perfeccion religiosa.

Preguntóles en seguida quién habia sucedido á San Pacomio. Respondieronle que el Santo habia nombrado á Petronio, pero que, habiendo muerto este pocos dias después, Orsise habia sido puesto en su lugar. Sea que la reputacion de Orsise hubiese ya llegado hasta el Santo, sea que Dios se lo hubiese dado á conocer por medio de una luz sobrenatural, lo cual no habria sido extraordinario en el gran Antonio, les dijo: « No le llameis Orsise, sino más bien un israelita; y puesto que vais á ver al obispo San Atanasio, decidle esto de mi parte: Antonio os suplica que tengais á bien tener cuidado de los hijos espirituales del israelita. » Envióles á más de esto cartas de recomendacion para el santo prelado y les dió su bendicion.

Habiendo San Atanasio recibido las cartas que le enviaron de parte de San Antonio, les dió por consideracion suya todas las señales de benevolencia y afecto que podian desear. En lo sucesivo se verá cuánto se interesó por el sostenimiento de su orden.

Orsise por su parte ponía todo su cuidado en el desempeño de su cargo, y en efecto, la congregacion perseveró algun tiempo bajo su gobierno en la piedad y union en que

San Pacomio la habia dejado, encontrándose por otra parte sostenido por muchos antiguos discípulos del Santo á quienes habia perdonado el mal contagioso; pero como este habia tambien arrebatado á muchos de los principales, Orsise tuvo que encargarse de muchos empleos; y parece, segun el orden de la narracion del historiador, de cuyas memorias nos servimos aqui, que habia ya empezado á meterse entre los religiosos cierto espiritu de ambicion que amenazaba alterar la paz que Orsise con todo el cuidado posible procuraba conservar.

Esto puede conjeturarse por los reproches que les dirigió por esto en una conferencia espiritual: « Advierto, les decía, que algunos de vosotros ambicionan los empleos. No sucedia así en vida de vuestro bienaventurado padre. Entonces nadie aspiraba á otras preeminencias que á las de la humildad y obediencia, por miedo de ser de los últimos en el reino de los cielos. Ya sabeis vosotros cuánto me costó determinarme á suceder á Petronio, cuándo me nombró para ocupar su lugar viendo el gran peligro que hay en encargarse de la conducta de las almas. En esto no he seguido más que el sentimiento de todos los santos. Moisés, el primero de los profetas, nos dió de ello el ejemplo, cuando el Señor le ordenó que condujese á su pueblo, puesto que le suplicó que le dispensasen de un tan difícil ministerio, y solo se encargó de él por el temor de incurrir en su indignacion.

« En cuanto á nosotros, hermanos míos; podemos oír aquel oráculo del Salvador del mundo: *El que se ensalza sera humillado*, y conservar en nuestro corazon sentimientos de ambicion? ¿Ignoramos que no está concedido á todos gobernar dignamente, y que esto solo pertenece á los que son levantados sobre los demás por la eminencia de su virtud? Fijáos en la siguiente parábola: Si un ladrillo no está bien cocido y se le emplea para el fundamento

de un edificio que esté á orillas del río, en menos de un día se deshará, y de nada servirá para el edificio; pero si está bien cocido, se endurecerá como la piedra. De la misma manera los que tienen todavía el espíritu y el corazón totalmente terreno y no están, por decirlo así, bien preparados para el fuego de las divinas instrucciones, no tardan mucho en dar al traste con sus empresas; porque se encuentran expuestos á un gran número de dificultades y pruebas, si tienen que conducir á una multitud de personas. Del mismo modo no pueden ser bastante alabados aquellos que, no sintiéndose con bastante fuerza para sostener el peso del gobierno, rehusan encargarse de él por miedo de meterse en grandes peligros. Al contrario, á los que están sólidamente firmes en la fé nada les inmuta, sino que se les vé sostenerse constantemente en las más críticas ocasiones. »

Esta secreta ambición de algunos (N. 18.) que él procuraba reprimir, fué como el preludio de una turbación que se levantó en la congregación y que le causó muchos disgustos é inquietudes. Habiéndose aumentado considerablemente el número de los religiosos, la necesidad de mantenerlos obligó á adquirir tierras y á emplear otros medios para su subsistencia. Pero la solicitud de lo temporal tomada con demasiado calor y contra el espíritu de la regla, debilitó también en muchos superiores ú oficiales subalternos, el recogimiento y desapego del corazón, y empezó á enervar en ellos el vigor de la disciplina.

Apolonio superior de Moncosa, fué quien inició el movimiento. Siendo así que según la regla establecida por San Pacomio, la congregación no debía tener nada que no fuese común, este quiso hacer adquisiciones particulares y hasta superfluas para su monasterio. Orsise, á quien el deber de su cargo obligaba á velar para impedir que se innovase nada contra la regla, advirtiéndole caritativamente

de su falta y reprendiéndole después de ella más severamente: pero Apolonio recibió mal la corrección, é instigado por el enemigo de la salvación que en otro tiempo había amenazado á San Pacomio con introducir después de su muerte la relajación en la congregación, resolvió separarse de ella y hacer de su monasterio como una abadía independiente de la órden.

Su ejemplo encontró pronto imitadores. Otros se creyeron autorizados á intentar la misma cosa, y por más cuidado que puso Orsise en detener la corriente del mal, tuvo el dolor de ver que sus esfuerzos eran casi inútiles á causa de la inflexible obstinación de aquellos espíritus ambiciosos y turbulentos.

En tan crítica coyuntura pensó en asociarse al gobierno á algun religioso capaz de restablecer la buena armonía, por la confianza que los hermanos pudiesen tener en sus consejos. Para esto no se requería más que un sujeto escogido por la mano de Dios, y esto es lo que procuró él obtener por medio de la oración.

Retiróse para esto á un lugar solitario, en donde, dando rienda suelta á sus suspiros y gemidos á los pies de Dios, rogóle humildemente que le designase un hombre lleno de firmeza y valor que pudiese remediar aquellos abusos.

La misma noche, dióle Dios á conocer su voluntad en un sueño misterioso que no le fué difícil interpretar. Vió dos camas, igualmente hermosas y preciosas; pero la una era vieja y usada, y la otra nueva. Esta última por consiguiente era más fuerte y sólida que la otra. Al mismo tiempo oyó las siguientes palabras: Descansa en la cama nueva. Al despertar, reflexionando sobre esta visión comprendió que Teodoro, discípulo favorecido de San Pacomio, era designado por esta cama nueva. Este conocimiento le alivió su pena, tanto más cuanto que amaba tiernamente á Teodoro y le conocía por un hombre muy á propósito para sobre-

ponerse á las murmuraciones de los otros, ó para apaciguarlos con la dulzura de su humildad.

Desde la mañana creyóse en el deber de convocar á todos los superiores de los diferentes monasterios, á escepcion de Teodoro, y viéndolos á todos reunidos, les dijo: « No ignorais de qué turbaciones está agitada la congregacion. Yo he sufrido bastante tiempo con la creencia que la calma sucedería por último á la tempestad; pero mis esperanzas han salido frustradas, y muy lejos de ver aparecer de nuevo la paz, el desórden va en aumento. Os confieso que no puedo sostener solo tantas solicitudes, y presumo que no me obligareis á ello, puesto que veo que nada puedo remediar. Pienso que Teodoro es en la ocasion presente el más á propósito para gobernar la órden, tanto más cuanto que desde hace mucho tiempo se ha adquirido la estima de todos los religiosos, como tenia la de nuestro padre. »

Esta eleccion fué recibida por todos con alegría; porque en todo tiempo habíase tenido una gran confianza en Teodoro. Enviósele pues á buscar para reconocerle como abad general; y mientras que se le aguardaba (N. 83.), Orsise se retiró sin ruido al monasterio de Chenobosco; pero pronto fué obligado á volver, puesto que Teodoro se obstinaba absolutamente en rehusar encargarse de su lugar, hasta tanto que le hubiese hablado.

Habiendo vuelto, logró hacérselo aceptar, y volvió muy satisfecho á Chenobosco, desde donde, algun tiempo despues, se fué á morar á Moncosa, ya para hacer ver que no tenia ningun resentimiento contra los religiosos de aquel monasterio en donde habia comenzado el mal, ya para gustar en él las ventajas del retiro y de la obediencia en el estado de una vida privada.

Pero Teodoro no lo entendió así: no se miró más que como su segundo en el gobierno, y aun cuando Moncosa estaba todavia más lejos que Chenobosco del monasterio de

Pabau en donde habia fijado su morada, no dejaba de ir con frecuencia á Moncosa para recibir allí sus consejos en lo tocante á todos sus negocios. Instóle además á que fuése á morar á Pabau para hacer las conferencias espirituales á los hermanos. Quiso que hiciese como él la visita de los monasterios. Por último Teodoro no quiso ser más que como el vicario de Orsise, y su union era tan estrecha que era la admiracion y el consuelo de los religiosos.

Uno y otro eran igualmente queridos por el gran San Atanasio, quien les miraba como los dos firmes apoyos de la órden de Tabennes, para la cual se interesaba con una bondad paternal, y cuyo gobierno deseaba de corazon que no dejasen, viendo cuán aptos eran para él. Pero aun cuando con su vigilancia y aplicacion en el sostenimiento de la regla, conservasen á la congregacion en un estado de regularidad muy edificante, no puede disimularse que el deseo de los bienes temporales fué siempre una piedra de tropiezo para algunos; lo cual era causa de grandes disgustos para Orsise y Teodoro, y hacíales gemir sin cesar delante del Señor.

A más de este motivo de dolor, Orsise tuvo finalmente el de perder á Teodoro y verse obligado á tomar por sí solo las riendas del gobierno. Su humildad que le hacía mirar á este colega como mucho más apto que él para guiar á los otros, le hizo desear morir en su lugar y lo pidió á Dios con muchas lágrimas y suspiros.

« Ved ahí, Dios mio, decía él, prosternado el rostro en tierra, que vais á quitarnos á nuestro padre á quien habeis dado el mejor talento para poner en calma nuestros espíritus agitados por diversas tentaciones. ¿ A quién confiareis en adelante el cuidado de nuestras almas? Quitadme más bien de este mundo y conceded á los hermanos al que es más apropiado que yo para conducirles á la perfeccion. »

Teodoro le había ya prevenido, y había alcanzado de Dios orando sobre el sepulcro de su padre San Pacomio que no le dejaría más tiempo sobre la tierra. Así que Orsise se vió obligado con su muerte á tomar sobre sí todo el peso de la superioridad y la voluntad de Dios le fué manifestada por las instancias que de ella le hizo San Atanasio escribiendo á los monges de Tabennes para consolarles por la muerte de su santo abad, y por una nueva fuerza y una mayor inteligencia que el Señor le daba de las santas Escrituras. Tuvo despues el consuelo de gobernar todavia durante mucho tiempo toda la congregacion con una dichosa tranquilidad y murió por último en la paz del Señor sin que se sepa ni en qué dia ni en qué año.

Muehos autores le califican de santo (Boll. v. Pach. p. 334.), aun cuando su nombre no se encuentra ni en el *Martirologio romano*, ni en el *Menologio* de los Griegos. Solamente se ve en un si sinaxario manuscrito, (libro de oficio griego) á Orsise fijado al 15 de junio.

Créese tambien que él y San Teodoro añadieron algunos artículos á la regla de San Pacomio, segun lo juzgaron necesario atendidas las circunstancias de los tiempos. De donde resulta que esta regla, traducida por San Jerónimó, lleva por título que estos son los preceptos dados por tres ancianos.

Gennado dice de él que estaba perfectamente instruido en las sagradas Escrituras y que estando próximo á morir dejó á sus religiosos un tratado ascético como su testamento espiritual, sazonado con una gracia del todo divina, en el cual encierra en compendio todo lo que había encontrado en el Antiguo y en el Nuevo Testamento que convenia más particularmente á las necesidades de los monges (Véase Till., t. 8, n. 8, sobre S. Teod. 1. 761.) Este es quizás el que se encuentra impreso en la *Biblioteca de los padres*, y que es un continuo tegido de los pasages de la

Escritura, de los que ha hecho muy justas aplicaciones.

Las últimas palabras de este tratado muestran que Orsise estaba muy próximo á terminar su carrera cuando lo dirigió á sus religiosos :

« Os hablaré todavia, decía él, queridos hijos mios, con confianza. Desde que el Señor quiso que yo me encargase de vuestra conducta, no he cesado de daros consejos á cada uno en particular, y de exhortaros con lágrimas á haceros agradables á Dios. No me remuerde la conciencia de haberos jamás ocultado nada de lo que creía poder servir á la salvacion de vuestras almas. Al presente, os recomiendo al Señor, y deseo que su gracia os fortifique y os haga llegar á la herencia celestial. Sed vigilantes ; trabajad con ardor ; no perdais jamás de vista el fin que os habeis propuesto y cumplid fielmente los compromisos que habeis contraido.

« En cuanto á mí, siento que me voy y que se acerca el tiempo de mi disolucion. He combatido en parte en buen combate ; he terminado mi carrera ; he guardado la fe ; ya no me queda más que recibir la corona de justicia que Dios, como un justo juez, me ha reservado para este dia, así como á todos aquellos que han amado la justicia y guardado los preceptos de su Padre. Termino con aquellas palabras que encierran todo cuato pudiera deciros : Temed al Señor y observad sus mandamientos ; porque él en su juicio examinará todas las obras del hombre, sean buenas sean malas. »

SAN TEODORO EL SANTIFICADO

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
DISCIPULO DE SAN PACOMIO Y ABAD DE TABENNES¹.

Capítulo I.

San Teodoro fué el discípulo más querido de San Pacomio, y el gran ornamento de su orden. Los Griegos en su *Menologio*, en el 15 de mayo, le han dado el glorioso título de *Santificado*, el cual mereció por la economía y pureza de sus costumbres y por las grandes virtudes que mostró desde su infancia. Su familia era cristiana, rica y muy ilustre en la diócesis de Latópolis, en la Alta-Tebaida; pero este estado, lejos de deslumbrarle, le hizo comprender mejor la vanidad del mundo.

Penetróse más vivamente de este piadoso sentimiento en un día de la fiesta de la Epifanía, que se celebraba en su país con mucha solemnidad, y hasta con demasiada alegría mundana; puesto que se hacían en ella grandes festines, á los que mutuamente se invitaban los parientes y amigos.

Teodoro (Boll. v. S. ar. n. 23.), viendo los preparativos que se hacían en su casa para esta fiesta, se dijo á sí mismo: « ¡ Oh desdichado Teodoro! ¿ de qué te serviría llegar á ser, si pudieses, dueño de todo el mundo y gozar de todos los placeres pasajeros, si tenías la desgracia de ser privado de las delicias inmutables de la otra vida? No es posible

¹ Los Bolandistas.

entregarse á las de la tierra y obtener una recompensa de una gloria que no debe terminar nunca. »

Esta reflexion le hizo lanzar profundos suspiros. Retiróse al departamento más escondido de su casa y, postrado delante de Dios con el rostro pegado á la tierra, le dijo con lágrimas en los ojos: « ¡ Dios mio! yo no quiero nada de cuanto hay en el mundo. Solo os deseo á vos y vuestra divina misericordia. »

Mientras así oraba, su madre que le habia buscado mucho, entró en aquel departamento y, hallándole con los ojos bañados en lágrimas le preguntó con admiracion qué motivo tenia para llorar, añadiendo que habian pasado mucho cuidado por él, y que sus hermanos le buscaban por todas partes para que fuese á comer. Pero por más instancias que le hizo, suplicóle que le dispensase de ello y le dejase tranquilo, y permaneció encerrado en aquel departamento todo lo restante del día.

Tenia entonces de once á doce años, y aun cuando era tan jóven, se abstenía de manjares delicados, no comía sino una vez al día á imitacion de los monges, y algunas veces prolongaba su ayuno hasta el día siguiente por la tarde. Esto no le impedía de ir á la escuela para estudiar las letras humanas, á las que se aplicó todavía dos años; despues de lo cual, deseando renunciar totalmente al mundo, y habiendo obtenido para ello el permiso de sus padres, se retiró entre solitarios de una gran virtud de la diócesis de Latople é hizo en su compañía sus primeros ensayos en la vida monástica.

Estos solitarios vivían durante el día como anacoretas y se juntaban todas las noches en un mismo lugar para hacer la oracion en comun y conferenciar entre sí sobre las divinas Escrituras. En una de estas conferencias, oyendo hablar con mucho elogio de San Pacomio y de su nuevo instituto, sintióse movido por un gran deseo á alistarse

bajo la disciplina de aquel gran patriarca. En el fervor de su movimiento, dirigió á Dios la siguiente oracion: « Señor, si sobre la tierra hay un hombre tan santo, os suplico que me concedais la gracia de verle y de vivir bajo su direccion, á fin de que con su auxilio pueda obrar la salvacion de mi alma. »

Continuó la misma oracion hasta muy entrada la noche; y al dia siguiente, Pecusio, uno de los religiosos más excelentes de Tabennes, á quien San Pacomio envió á Laptople para asuntos de su orden, habiendo ido á ver de paso á aquellos buenos solitarios, Teodoro se aprovechó de la ocasion favorable y le pidió con muchas instancias que se le llevase con él á Tabennes, lo cual le concedió.

Dios hizo sin duda conocer esto á San Pacomio por medio de una luz sobrenatural; porque el dia en que debía llegar Teodoro, dijo á sus discipulos que Pecusio le traía un niño de trece á catorce años, pero que era un vaso de eleccion, lleno del espíritu de Dios. En cuanto á Teodoro, al ver realizado su piadoso deseo, daba por ello durante el camino muchas gracias á Dios; y cuando desde lejos divisó ya la puerta de Tabennes y á San Pacomio que le salía al encuentro, su corazon se dilató tan fuertemente por una alegria sensible, que no pudo menos de manifestarla con muchas lágrimas. San Pacomio, por su parte, no le dió menores muestras de ternura. Recibióle con la bondad de un padre, y le miró como su hijo y su muy querido discipulo.

Teodoro no tardó en dar pruebas de su fervor; porque hallándose rodeado por todas partes de excelentes ejemplos de virtud, y estando poderosamente animado por las instrucciones de San Pacomio, emprendió con tanto ardor la obra de su perfeccion, que su zelo por adelantar no parecía conocer límites. Dedicóse sobre todo, al principio, á adquirir bien tres virtudes esenciales: la primera, una gran pu-

reza de corazon; la segunda, una exacta observancia del silencio; la tercera una pronta y sincera obediencia.

Por otra parte, no cedía á nadie en la fidelidad en guardar la regla y en asistir á todos los ejercicios, y en la perseverancia en las vigiliass y en la oracion, dirigiendo siempre la vista á lo que conocia, como más perfecto. Se adelantó tanto en la via espiritual que, aun todavía muy jóven, se hallaba en estado de dar consejos á los ancianos, y consolaba maravillosamente á los que estaban afligidos.

Esto no era un mediano motivo de consuelo para su padre San Pacomio, quien veía con ojos de santa complacencia los rápidos progresos de su fervoroso discípulo; y auguró desde entonces que Dios le destinaba para sucederle un dia en el cuidado de las almas.

Sin embargo, la madre de Teodoro sabiendo que estaba en Tabennes, quiso sacarle de allá, y para esto se presentó á él con cartas de algunos obispos. Hizole bajar al monasterio de las religiosas, desde donde envió sus cartas á San Pacomio y le hizo decir que si su hijo no quería abandonar el monasterio, al menos le diese el consuelo de verle.

El Santo hizo llamar al instante á Teodoro á quien declaró la intencion de los obispos que le habian escrito, y le dijo que fuese á dar á su madre la satisfaccion que deseaba. Teodoro le respondió con mucha humildad: « Os ruego, Padre mio, que me asegureis que Dios no me pedirá cuenta de esta visita en el dia del juicio, despues de las luces que me ha dado sobre la perfeccion religiosa. Y además ¿ no he de temer dar con esto mal ejemplo á mis hermanos, mientras que debo edificarles en esta ocasion? Si los hijos de los levitas en la ley antigua no ponian dificultad en sacrificar el amor de los padres por el cumplimiento de la ley de Dios ¿ con cuánta mayor razon debo yo en la ley de Jesucristo hacerle un sacrificio del amor de mi madre? Yo me

miro como no teniendo ya nada en el mundo para mí, después de haber renunciado á él como lo he hecho, puesto que la figura de este mundo pasa. »

Era precisamente con estas disposiciones como San Pacomio quería encontrar á su discípulo. No quiso combatirlos, y le dijo : « Yo no me opongo á vuestros sentimientos desde el momento que se trata de preferir á Dios á vuestra madre ; antes al contrario no puedo menos que confirmaros en ellos ; porque Jesucristo dijo que el que ama más á su padre y á su madre que á él, no es digno de ser su discípulo (Math. 10, 37) En esto sin duda consiste la verdadera perfección. Yo no dudo que cuando los santos obispos, que son nuestros padres, sepan vuestra resolución, muy lejos de enfadarse, no tendrán sino alegría viendo que os habeis aprovechado en la virtud. En efecto, no se os puede imputar á crimen el dejar de amar á vuestros padres demasiado naturalmente, para no amarles más que en Jesucristo como miembros suyos, puesto que la carne de nada sirve. » (Job. 6, 64.)

Habiendo sabido su determinacion la madre de Teodoro, y no pudiendo esperar verle ya más si se volvía al mundo, tomó la determinacion de hacerse religiosa en el monasterio de mugeres que San Pacomio había fundado á la otra parte del rio, diciendo en su corazon que al menos tendría ella la esperanza de ver, cuando se presentase la ocasion, á su hijo en compañía de los otros religiosos, á más de que así trabajaría con más seguridad en la salvacion de su alma.

Sobre lo cual el autor de la Vida de San Pacomio (Rosw, v. Pach., c. 13.), segun la version de Denis el Pequeño, hace esta piadosa observacion : « Esto hace ver que aquellos que por el amor que tienen á Jesucristo y no por una vana ostentacion, usan de firmeza en semejantes ocasiones, pueden contribuir mucho al aprovechamiento de los de-

más en la virtud, aun cuando por un poco de tiempo parezcan ofenderles con esta severidad. »

No fué esta la única prueba que dió Teodoro de su renunciacion á las afecciones de la naturaleza. Habiendo venido su hermano Pafnucio á hacerse religioso, no se portó con él de otro modo de lo que lo hacía con los otros hermanos, lo cual afligiendo á Pafnucio que todavía no había llegado á aquel perfecto desapego, San Pacomio temió que esto no le descorazonase y dijo á Teodoro que usara de condescendencia, y que era una cosa laudable el acomodarse á la debilidad de los demás, sobre todo al principio de su conversion, á lo cual no dejó de conformarse Teodoro.

Bien podria ser que este Pafnucio fuese aquel discípulo de San Pacomio, á quien se llamó después el gran Pafnucio á causa de la eminencia de su piedad ; pero no tenemos de esto pruebas ciertas. Teodoro tuvo además otro hermano de más edad que él, llamado Macario que á ejemplo suyo se hizo religioso de Tabennes.

El no solamente había hecho grandes progresos en el desapego de los padres, sino que los hacía todos los dias en el desapego de si mismo y en matar su propia voluntad.

Lo que de él cuenta su historiador es tan edificante que merece que no dejemos escapar una sola palabra de ello : « Teodoro, dice él, aun cuando muy jóven todavía, alimentaba su alma con un ardiente afecto de las puras y sólidas máximas de las sagradas Escrituras. Fortaleciase más y más de día en día con la gracia del Espíritu santo. Procuraba imitar á su padre San Pacomio en todas las cosas como al mismo Dios. Y si sucedia que el Santo abad le reprendiese, no se excusaba jamás y recibía la correccion con humilde silencio, aun cuando algunas veces fuese inocente ; como cuando el Santo, por olvido ó inadvertencia, le daba órdenes contrarias ; porque entonces muy lejos de conde-

nar á su superior, decía dentro de su alma: « Este es un hombre de Dios y no cambia por ligereza, sino que siendo algunas veces sacado de sí por el Espíritu de Dios, me ordena cosas opuestas á mi voluntad para enderezarme mejor, ya que yo soy tan imperfecto. Por esto debo gemir delante de Dios, á fin de que me dé un corazón recto y siempre pronto á obedecer la voluntad de sus santos. »

Esta ciega sumisión era tanto más laudable en Teodoro cuanto que tenía un espíritu cultivado y luces que estaban sobre su edad; y si sus talentos le elevaron después al primer lugar de la orden, puede decirse que una de las virtudes que le hicieron digno de mandar fué la de haber sabido perfectamente obedecer.

Así que San Pacomio no tardó en emplearle. Sirvióse de él en muchas ocasiones ya para consolar y fortalecer á los que estaban afligidos, ya para enderezar á ciertos espíritus indóciles, y en todas estas comisiones, mostró una destreza y una prudencia prematura.

Encontrando al Santo suficientemente firme en el espíritu de Dios, no titubeó ya en aplicarle á más difíciles funciones. Hízole ecónomo y superior de Tabennes; y aun cuando este cargo no era de un peso mediano para un religioso de treinta años, como era entonces Teodoro, quiso además que pasara la visita á los monasterios, con poderes de arreglar en ellos todas las cosas como lo hubiese hecho por sí mismo; y cuando hacía la visita en persona, decía ordinariamente que ejercía su cargo en comun con Teodoro, á quien había dado su autoridad sobre los religiosos, como si fuera verdaderamente su padre espiritual.

Sin embargo Teodoro, muy lejos de envanecerse, viéndose á tal altura en una tan corta edad, no hacía sobre esto la menor reflexión; y ya como superior particular de Tabennes, ya como visitador de las otras casas, no mostraba más que humildad y zelo por el aprovechamiento espiritual

de los hermanos. « Aun cuando ocupase, dice su historiador, el primer lugar en Tabennes, se conducía allí como si no tuviera autoridad sobre los demás; Tan muerto estaba á su propia voluntad! Véasele siempre por el espíritu elevado á Dios, en un ejercicio casi continuo, de su santo amor; pero esto no le impedía de tomar cuidado de sus hermanos. Velaba con una infatigable aplicación sobre todas sus necesidades espirituales y corporales, y tenía el don maravilloso de la palabra que había recibido de Dios y que producía en su comunidad admirables efectos. »

Pero como si sus talentos no bastasen todavía según sus deseos para el consuelo de sus hermanos, no se contentaba con lo que les decía de su propio fondo, sino que iba todos los días desde Tabennes á Pabau, en donde moraba San Pacomio, para oír sus instrucciones, de las que en seguida hacía partícipe á su comunidad antes de la hora de acostarse.

El don grande que había recibido de Dios para alentar á los pusilánimes y consolar á los que estaban afligidos, hacía que durante el curso de sus visitas fuese recibido por todos los religiosos con extraordinaria alegría y diligencia. Bajo este punto de vista, se encontraba su conducta más consoladora que la de San Pacomio, el cual, aun cuando perfecto en todo, insistía casi siempre en sus instrucciones en las terribles verdades de la religión y sembraba el terror en las conciencias; mientras que Teodoro llevaba las almas á Dios más por la confianza que por el temor.

En una de sus visitas presentáronle un hermano acusado de haber hecho un hurto. Este hermano era inocente y jamás se hubiera puesto los ojos en el que era culpable, porque siempre había pasado por un religioso muy fiel; pero este, turbado por los remordimientos de su conciencia, que le reprochaba su pecado, y el peligro en que se hallaba el acusado, pues no se trataba menos que de echarle

del monasterio, fuese á encontrar á Teodoro en particular y le confesó su falta.

Viendo Teodoro el pesar que de ella tenía con la humilde confesion que acababa de hacerle, le perdonó; y llamando en seguida al que habían acusado injustamente, le dijo para consolarle estas hermosas palabras: « Yo sé, hermano mio, que sois inocente del latrocinio que se os ha imputado; pero si con este motivo habeis tenido que sufrir algo por parte de vuestros hermanos, aun cuando delante de Dios no lo hayais merecido por este hurto, debeis pensar que lo habeis merecido por otras faltas por las que erais deudor á su justicia. Así que conviene que os confirmeis siempre más y más en el temor del Señor, y le deis acciones de gracias. »

Este pequeño rasgo hace ver con qué discrecion y dulzura trataba Teodoro en sus visitas los asuntos litigiosos; pero en otras ocasiones sabia tener firmeza cuando era necesario; y si su dulzura le hacía amar de todos, no menos sabia ponerse sobre toda consideracion humana cuando en ello veía interesada la gloria del Señor, de lo cual se estaba convecido en todos los monasterios.

Mostró la vivacidad de su génio en la respuesta que hizo á un filósofo que le había propuesto una cuestion con el fin de embarazarle. Esto fué cuando San Pacomio le llevó con Corneille para la fundacion del monasterio de Pane. Este filósofo le preguntó quién era aquel que no habia nacido y que habia muerto; quien era aquel que habia nacido y que no habia muerto; y finalmente quien era aquel que habia nacido, que habia muerto, y cuyo cuerpo no se habia corrompido.

El primero, le dijo Teodoro, es Adan; porque no nació, sino que fué formado por las manos de Dios, y despues murió. El segundo es Enoc, el cual nació como los demás hombres; pero no murió, por que fué arrebatado de la tierra. El tercero es la muger de Lot, cuyo cuerpo fué con-

vertido en estatua de sal. Esta respuesta cerró la boca al filósofo el cual se retiró sin tener ganas de proponerle otra cuestion.

Aun que San Pacomio empleó á Teodoro en la conducta de los otros, no dejaba de velar por su adelantamiento particular en la perfeccion, y no omitía nada de lo que juzgaba necesario, ya para afirmarle en las virtudes que había adquirido, ya para enderezarle cuando hallaba en él alguna cosa reprehensible, ya para hacerle adquirir nuevos progresos.

Un dia en que padecía un muy violento dolor de cabeza, rogó á San Pacomio que le obtuviese de Dios la salud; pero el Santo que preferia el adelantamiento de su alma al alivio del cuerpo, no quiso usar en su favor el don que había recibido de Dios para curar los enfermos y le exhortó á llevar en paciencia su mal á ejemplo del santo Job.

Dios había favorecido á Teodoro con la gracia de visiones, segun que diremos luego, y nunca dejaba de dar cuenta á su padre espiritual San Pacomio cuando tenía alguna, y este Santo no le respondia ordinariamente más que para librarle de la vanagloria y contenerle constantemente dentro de los límites de la humildad.

Este excelente padre espiritual de las almas tratóle una vez con severidad, para purificarle de un sentimiento de vanidad, y sobre todo para hacerle en algun modo inalterable en una humildad perfecta; y Teodoro respondió á ello tan perfectamente, que no se sabe lo que debe admirarse más, si el zelo y la prudencia del maestro ó la docilidad del discípulo.

Dos años antes que muriese, se hallaba San Pacomio enfermo en Pabau; y sus principales discípulos se habian juntado en torno suyo, penetrados de dolor por el miedo de perderle. En esta solicitud, hablando entre ellos fuera de la presencia del Santo, empezaron á examinar quién podría

sucedarle en su cargo; y como estaban persuadidos de que nadie poseía su espíritu mejor que Teodoro, le instaron á que les prometiese que en caso de que muriese su bienaventurado padre, no rehusaría encargarse de la conducta de los hermanos, siendo más á propósito que ningun otro para conservarles en la union. Teodoro resistió al principio y aun muchas veces; pero vencido con sus apremiantes sollicitaciones, les prometió por último que haría lo que deseaban.

Los que habian arrancado su consentimiento, estuvieron muy lejos de creer que hubiese hecho alguna falta al dársele; pero cuando San Pacomio lo supo, él que quería una mayor perfeccion en Teodoro, y sobre todo que estuviese exento del menor sentimiento de ambicion, no lo aprobó, y mostró en esto la superioridad de sus luces sobre las de sus discípulos, para discernir los sentimientos del amor propio; porque en efecto Teodoro se sintió atacado de pensamientos de vanidad que no habia tenido hasta entonces.

Para ahogar en él su semilla y hacer perfecta su virtud, San Pacomio le envió á buscar juntamente con los otros superiores, que eran Sur, Psantaese, Pafnucio y Corneille, y viéndoles á todos reunidos en torno suyo, les dijo que declarase cada uno en su presencia las faltas de que se sentian culpables, lo que nosotros llamaríamos decir su culpa. Díjola él antes que todos, para darles ejemplo. En seguida preguntó á Teodoro si tenia algo de que acusarse. Entonces Teodoro, confesando por humildad lo que pasaba en su alma, dijo: « Hace siete años que vos me habeis asociado á vuestro cargo en la visita de los monasterios y en el gobierno de los hermanos, y en todo este tiempo jamás he tenido el pensamiento de sucederos en la superioridad; pero ahora me siento muy atacado de esta tentacion y conozco que no la he combatido como debiera haberlo hecho.

« Decís bien, replicó San Pacomio, y veo que todavía no habeis llegado á ahogar completamente en vos los afectos depravados de la naturaleza. Necesitais vivir en el retiro y pedir allí perdon á Dios. » Con esto le descargó del cuidado de los hermanos y le redujo al estado de simple religioso.

Teodoro salió de la asamblea penetrado de un vivo dolor, no por haber sido depuesto de su cargo, sino por haber dado entrada en su corazon á la vanidad y haber contristado á su padre espiritual; y habiéndose retirado á una celda, entregóse allí á los gemidos y á las lágrimas, temiendo que Dios le arrojase de su presencia. ¡ Tanto era lo que su humildad y conpuncion agrandaban su falta en su espíritu !

Dos años estuvo en este estado de penitencia, esto es, hasta la muerte de San Pacomio: y durante todo este tiempo se entregó con tanto ardor á ejercitarse en la humildad, que en todo se conducía como un novicio.

Lloraba tan amargamente su falta que se temía que la abundancia de lágrimas le dañase la vista. Por último dió tantas muestras de una profunda humillacion, que San Pacomio no temió decir que Dios le habia concedido la gracia de adelantar siete veces más en la perfeccion después de este tiempo, de lo que lo habia hecho antes.

Hasta parece que el cielo habia prevenido este juicio del Santo por un favor particular; porque habiendo obtenido Teodoro, antes que entrase del todo en el retiro, ir á hacer un viage á Moncosa para dar allí término á un trabajo que exigia su presencia, halló en el bajel en el que se habia embarcado sobre el Nilo, á dos ancianos que le dieron esperanzas de que sería el heredero de las virtudes de su santo padre si permanecía bien sumiso á sus órdenes; y no habiendo visto más á él sus ancianos cuando hubo puesto el pié en tierra, tuvo motivo para creer que eran ángeles que Dios le habia enviado para consolarle, y San Pacomio no lo juzgó diferentemente.

Algunos meses antes de que muriese este santo patriarca, debiendo Zaqueo, procurador de la congregacion, ir á Alejandria, obtuvo de él que Teodoro le acompañase en su viaje. A su vuelta, Teodoro, fué á encontrarle en Pachnum, en donde se había retirado después del concilio de Latople, como dijimos en su Vida, y le contó el triste estado de la Iglesia de Alejandria á causa de la violencia de los arrianos; y habiendo San Pacomio caido pronto despues enfermo de la enfermedad de que murió, asistióle hasta el último suspiro.

El santo abad dióle en esta ocasion grandes muestras de ternura y le recomendó por tres veces que no abandonase á aquellos hermanos á quienes viese ser negligentes en el servicio de Dios; lo cual daba á entender suficientemente que un dia gobernaría la Orden; pero no quiso nombrarle su sucesor inmediato, á fin de dejarle tiempo para solidarse todavía más en una perfecta humildad.

Teodoro se portó siempre como un religioso que no tenía ninguna pretension por los cargos y que no se cuidaba más que de esconderse y confundirse entre la multitud de los hermanos. Se le veía sentado con los demás cuando Orsise hacía la instruccion á los religiosos, escuchándole con la sencillez de un niño, y como si no hubiese tenido ninguna luz; y cuando los hermanos le pedían algunos consejos espirituales ó que les contase las visiones que San Pacomio había tenido, enviábalos á Orsise como á quien debían más bien dirigirse.

Lo que su historiador cuenta que le sucedió al ir á Pachnum es un rasgo de modestia tan agradable como edificante. Orsise le había enviado al principio á Pabau para que tuviese la intendencia de los obreros del monasterio. En seguida Macario, superior del monasterio de Pachnum, le pidió bajo pretexto de encargarse de la panadería pero en realidad para el consuelo espiritual de los hermanos. Diri-

gióse, pues, allá por el rio y, estando en el bajel, guardaba tanto recogimiento y un continente tan humilde, que un religioso que en él se encontraba y que no le conocia, le tomó por un novicio, se acercó á él y le dió consejos que pertenecen á un principiante. La modestia con que Teodoro le escuchó y las humildes respuestas que dió á sus preguntas le confirmaron más y más en esta idea; pero quedó muy admirado cuando estando próximo al monasterio á donde iba, vió que los religiosos, apenas supieron que llegaba, se apresuraban todos en salirle al encuentro y le recibieron con una alegría extraordinaria. Él se avergonzó de su equivocacion y quedó atemorizado una vez por haberse atrevido á dar consejos á un hombre de tan excelente mérito.

Ya dijimos en la Vida de Orsise, que no sintiéndose este superior con bastante fuerza y valor para remediar alguna relajacion que se había introducido en la órden por la indocilidad y ambicion de Apolonio, superior de Moncosa, había rogado á Dios que le designase un sucesor en quien pudiese descargarse del peso que le oprimía y que Dios le había señalado á Teodoro bajo una figura de una cama nueva sobre la cual podía descansar. Hemos contado asimismo que los superiores de los diversos monasterios acogieron con gozo la proposicion de Orsise, y que Teodoro no se rindió hasta despues de haber visto claramente que Dios quería que se encargase del gobierno de sus hermanos. Sin embargo él no se consideró nunca más que como el coadjutor de Orsise.

No se ha olvidado que el objeto principal de la eleccion que se había hecho de Teodoro era reunir los espíritus divididos. Sobre esto versó el primer discurso que este nuevo superior hizo á sus discípulos, exhortándoles grandemente á la mútua caridad. Púsoles delante de los ojos cuántas penas y combates contra los demonios había costado á su

padre San Pacomio el establecimiento de la Orden, y cuán culpable serían si destruyesen por su division una obra tan grande. Representóles el dichoso estado en que se habían visto en tiempo de su santo Padre, para suplicarles que lo hiciesen revivir con una perfecta union y un total desapego de las cosas de la tierra. « No hace muchos años, les decía, que ha muerto nuestro Padre, y parece que hemos olvidado aquella alegría y tranquilidad de que gozábamos bajo su mando. Entonces nuestra disposicion era tal que todas nuestras reflexiones y conversaciones no versaban más que sobre la palabra de Dios más dulce que la miel. Vivíamos desapegados del afecto de las cosas terrenas y nuestra conversacion más estaba en el cielo que aquí abajo. Como aquel que estando helado de frio, corre con todas sus fuerzas hasta que siente el placer de haberse calentado, así tambien cuanto más busquemos á Dios con el ardor de nuestros deseos, tanto más gustaremos su bondad inefable y la dulzura de su presencia, cuando hayamos tenido la dicha de encontrarle. Pero hoy ¡ en cuán deplorable situacion están las cosas ! ¿ No nos hemos alejado de Dios ? No obstante volvamos á él y esperemos que cambiará nuestros corazones por un efecto de su grandisima misericordia. Hablábales así y estaba tan penetrado de lo que decía, que no pudo contener sus lágrimas y sacólas tambien de los ojos de todos los asistentes.

Muy pronto despues emprendió la visita de los monasterios acompañado de algunos religiosos y usando de toda la destreza que su caridad le proporcionaba para llevar los espíritus á la comun union. Logrólo esto de tal manera que indujo por último á Apolonio, superior de Moncosa, á entrar en la Orden de la que había separado su monasterio, lo cual era el principal obstáculo á la paz. De modo que restablecióse enteramente la buena armonia, y el enemigo de las almas, que habia encendido el fuego de la division fué confundido.

El historiador de su vida señala despues de estas pruebas de su prudencia, el que siendo reconocidas en todos los monasterios su dulzura y su moderacion, le atrajeron una tal confianza por parte de sus religiosos, que todos recurrian á él y le declaraban sin pena las más secretas disposiciones de su corazon. Él por su parte les consolaba, animaba, fortalecia, proveia de medios poderosos para resistir á las tentaciones del demonio, y trataba sus llagas interiores con toda la destreza y habilidad de un médico espiritual muy experimentado en el arte de conducir las almas.

Añade que usaba una paciencia y caridad maravillosas para con los que veia que no se aprovechaban bastante de sus consejos y descuidaban su salvacion, no dejando de exhortarles empleando para moverles la consideracion de las más espantosas verdades de la fé, y sobre todo recurriendo á la oracion, á fin de obtener de Dios su enmienda ; porque estaba persuadido que si les abandonaba por la dificultad que encontraba en hacerles entrar dentro de si mismos, Dios le exigiría cuenta de su pérdida y de la de los otros á quienes su mal ejemplo podría arrastrar.

Su respeto para con los obispos, á quienes consideraba como sucesores de los apóstoles y sus padres en Jesucristo, muestra igualmente su fe y su humildad. Había heredado de San Pacomio la profunda veneracion que tenía á San Atanasio ; y decía á este propósito á sus religiosos que debian acordarse de lo que su santo fundador les había hecho notar en cierta ocasion á saber que Dios habia mostrado en su tiempo tres maravillas en Egipto, para el consuelo y utilidad de los que se hallaban afligidos : San Atanasio, como un intrépido defensor de la fe de Jesucristo ; San Antonio, como un perfecto modelo de la vida solitaria y la órden de Tabennes para servir de regla á todos los que quieran abrazar el estado de cenobitas.

Capítulo II.

Desde que Teodoro fué nombrado abad envió dos de sus religiosos, Teófilo y Coprez, á San Atanasio para ofrecerle sus respetos y su obediencia. Al volver, trajeron de Alejandria un jóven de diez y siete años, llamado Ammon, el cual, despues de haberse convertido a la fe, habia resuelto abrazar la vida solitaria por el elogio que San Atanasio habia hecho de ella en uno de sus sermones. Habia querido por de pronto ponerse bajo la conducta de un monge de la Tebaida que se encontraba entonces en Alejandria; pero un sacerdote de la ciudad á quien consultó su resolusion, le advirtió que aquel monge era herege y aconsejóle que mas bien se fuese á Teodoro. Aprovecho, pues, la vuelta de sus dos religiosos, y este Ammon, que fué despues obispo, es á quien debemos el conocimiento de una parte de las acciones de nuestro Santo en una larga carta que dirigió á Teófilo patriarca de Alejandria, por los ruegos que sobre el particular le habia hecho este prelado. Despues de la muerte de San Teodoro, refiere en ella no solamente lo que de él habia oido contar, sino tambien lo que él mismo habia visto y oido.

Dice tambien que cuando llegó á Pabau San Teodoro salió á recibirle á la puerta del monasterio, le hizo algunas preguntas, vistióle el hábito monástico, le introdujo en un lugar en donde estaban reunidos los hermanos en número de seiscientos, y le hizo sentar junto á él bajo una palmera.

Añade que estaba lleno de asombro y admiracion al ver el hermoso órden que reinaba en una tan hermosa asamblea de monges, y que mientras estaba sentado junto al Santo, vió á muchos de aquellos religiosos que se levantaban los unos detrás de los otros y se le acercaban suplicándole que les dijese delante de todos cuáles eran sus fal-

tas; que Teodoro les refería entonces algun pasage de la Escritura que convenia á su estado particular, y que se veían á estos religiosos volver á sus puestos con las lágrimas en los ojos y la compuncion en el corazon; que algunos estaban tan vivamente penetrados de ella, que derramaban abundantes lágrimas y las arrancaban tambien de los ojos de aquellos que estaban sentados á su lado. Entre los que de esta manera iban á suplicar al santo abad que les dijese sus faltas, Ammon notó á uno llamado Patelloi, á quien el Santo dirigió aquellas palabras del Apóstol: *Llevad los unos las cargas de los otros, y de esta suerte cumplireis la ley de Jesucristo* (Gal. 6.); pero en seguida declaró á los hermanos que aquel buen religioso era muy temible á los malignos espíritus.

No era solamente debido á un conocimiento experimental de las costumbres de sus religiosos el que el Santo hiciera segun el estado de cada uno de ellos en particular tan justas aplicaciones de la Escritura, sino que más bien era á causa de una luz sobrenatural que Dios le comunicaba en su interior; y no terminó esta conferencia sin que apareciese evidentemente que el espíritu de Dios residía en él; porque por aquel mismo tiempo hizo sobre lo que pronto debía suceder á la Iglesia, una prediccion que los efectos justificaron, y que vamos á contar segun la narracion de Ammon que la oyó.

Otro religioso iba acercarse á él, como lo habían hecho los demás, cuando de repente se le vió entrar en un profundo silencio, mirar en seguida al cielo, y por último levantarse de su lugar. Todos los hermanos se levantaron tambien y formaron un círculo al rededor de él, comprendiendo que todavía tenía que darles algun consejo importante. Dijoles entonces: « Yo no sé si los que todavía son carnales entenderán lo que voy á decir, y lo echarán á buena parte; pero yo no dejaré de declararlo, puesto que Dios me

lo manda. La persecucion que ha sido excitada por los que se llaman cristianos como nosotros (queria designar á los arrianos) crecerá todavia mucho y llevará á muchos á la perdicion eterna. Cuando esté más encendida que nunca levantárase un príncipe pagano que declarará todavia una sangrienta guerra á los fieles que estarán sometidos, á su dominio y no omitirá nada para destruir la religion; pero Jesucristo echará por tierra sus designios, y aquel será confundido. Por esto no debemos cesar de dirigirnos á Dios á fin de que tenga piedad de las Iglesias é impida por su misericordia la pérdida de un gran número de almas. »

Elurion, que era uno de los hermanos que le escuchaban, deseó saber cuándo sucederian estas cosas, y rogó á Ammon que se lo preguntara; pero el jóven novicio no se atrevía á ello por respeto y timidez. Hizolo por ultimo á instancias de Elurion, quien le auguró que el Santo tendria para con él esta complacencia; y apenas hubo abierto la boca, cuando Teodoro le dió una respuesta que fué una prediccion que le atañia personalmente. Díjole, pues, que lo que acababa de decir se realizaria dentro de pocos años; que Dios tendria finalmente piedad de su Iglesia; que cuando habria cesado la persecucion de los paganos, cesaría tambien la de los arrianos; y que él, Ammon, vería por sí mismo aquellos trágicos acontecimientos, y los favorables que á ellos sucederian.

Esto se verificó primeramente cuando San Atanasio fué arrojado de Alejandría y cuando los arrianos descargaron más que nunca su furor contra los ortodoxos. En segundo lugar, cuando Juliano el Apóstata, en medio de aquellas turbulencias, fué declarado emperador, y persiguió á la Iglesia á la que habia resuelto abolir enteramente. En tercer lugar, cuando Joviano, príncipe muy ortodoxo sucedió á Juliano y devolvió la paz á la Iglesia.

La conferencia espiritual de que acabamos de hablar

terminó con esta prediccion; despues de la cual hizose la oracion, y Teodoro, habiendo despedido á los hermanos entregó á Ammon en manos de Teodoro de Alejandria, aquel á quien San Pacomio, como ya lo dijimos en su Vida, habia constituido jefe de una vivienda de cerca de veinte solitarios griegos, y el cual tenia por segundo á Ausonio. El santo abad le recomendó que se apresurase á instruirle en las sagradas Escrituras, porque no debía permanecer mucho tiempo en la Orden, sino que estaba destinado para servir á la Iglesia en el estado clerical, segun que Dios se lo habia dado á conocer.

Ammon tenia al principio dificultad en creer que el Santo pudiese conocer los secretos de los corazones, y preguntó á Ausonio si podía ser que Dios concediese esta gracia á los hombres, y si habia pruebas de ello en los Libros santos. Ausonio le respondió que lo experimentaria él mismo cuando dada la ocasion veria que Teodoro le declaraba perfectamente lo que creía muy oculto en su conciencia, y le mostró por muchos pasages de la Escritura que no era esto imposible, ni sin ejemplo. Pero Ammon no tardó en experimentarlo.

Una noche en que se vió obligado á salir del monasterio por alguna necesidad, oyó de repente á Teodoro que le llamaba. Él confiesa que esto le espantó y que, aun cuando no llevaba sobre su cuerpo sino la ropa de lino, se encontró al instante cubierto de sudor. Rindióse sin embargo á la voz de su abad, y le oyó que daba una severa correccion á un religioso tebano llamado Amai, el cual, muy lejos de combatir los pensamientos que el demonio sugería á su espíritu, los entretenía con propósito deliberado. El detalle que le hacia de aquellos pensamientos era tan claro que no pudiendo aquel hermano disimularlo más, se echó á sus piés y le rogó que le obtuviese el perdón de ellos delante de Dios. Pero pareció que

su pesar no era del todo sincero ; porque muy lejos de corregirse, formó el proyecto de abandonar la órden; lo cual ejecutó cuatro meses despues para alistarse en las tropas. Sin embargo no tardó en sentir los dardos de la cólera de Dios con que el santo le había amenazado, porque en menos de un año murió de hidropesia despues de haber padecido algunos meses.

Ammon se fué en seguida con el Santo á Tabennes, en donde fué testigo de la curacion de una muger jóven casada (Epist. Am. n. 10.), de la cual se creia haberse envenenado por descuido, y de cuya curacion desesperaban los médicos. Su padre, afligido por perderla, se fué al monasterio acompañado de unos treinta hombres de su poblacion, los cuales se echaron con él á los piés de Teodoro, suplicándole que fuése á la casa de aquella muger para rogar al Señor que la curase. Teodoro respondió que Dios se hallaba en todas partes y que, si era su voluntad que aquella muger recobrase la salud, la oiria lo mismo en el oratorio del monasterio. Fuése allá al instante con sus religiosos, y despues de la oracion bendijo el agua que envió á la enferma, de la cual apenas hubo tomado algunas gotas, cuando una abundante evacuacion la libró del mal. Aquella súbita curacion tuvo lugar en presencia de un gran número de personas, entre las cuales se hallaba un arriano de Alejandria, el cual no pudo menos de tributar gloria á Dios.

Algun tiempo despues (Epist. Am. n. 11), San Teodosio volvió á Pabau, donde tomó con él á cerca de ciento veinte religiosos para ir á cortar, en una isla del Nilo, juncos para hacer esteras. Allí permaneció durante muchos dias y no dejó de hacer por la noche la conferencia espiritual como si hubiese estado en el monasterio. Un miécoles, mientras la estaba haciendo, se metieron por entre sus piernas dos pequeñas víboras con evidente peligro de picarle. No quiso por esto interrumpir su discurso por miedo de perturbar á

los hermanos, sino que puso el pié sobre aquellas bestias, y así lo tuvo durante todo el tiempo que duró la conferencia, despues de la cual las hizo matar. En seguida dijo á los hermanos que se le había aparecido un angel, y le había nombrado algunos religiosos que no tenian bastante cuidado de su salvacion, y entre ellos á uno que se hallaba actualmente en Pabau, y que Dios le ordenaba que le echase del monasterio.

Esta declaracion no fué recibida por todos con igual submission de espíritu. Silvano, egúmeno ó jefe de una compañía de veinte y dos solitarios, que tenia por segundo á Linufon, y á Macario, hermano de nuestro Santo, por uno de sus inferiores, despreció en su alma esta revelacion, como una locura ó un sentimiento de vanidad, y dijo dentro de sí : « ¿ No es aquel el hermano de Macario á quien yo tengo bajo mi conducta ? ¿ no han tenido la misma madre ? ¿ de dónde le viene esta presuncion ? Macario es mucho más humilde que él. » Pero mientras que rumiaba en su espíritu estos pensamientos, vió delante de sí á un hombre de terrible mirada que le dijo : « ¿ De este modo faltas tú al temor y al respeto para con Dios, despreciando á su siervo como lo haces ? » Y al mismo tiempo le dió una bofetada, que le hizo caer en apoplegia.

Los religiosos le vieron caer sin palabra y sin conocimiento, pero no pudieron saber la causa de ello. Llévaronle en una cama á Pabau donde su situacion arrancó lágrimas á todos sus hermanos, y sobre-todo á Teodoro de Alejandria, á Pecusio, á Psamfio, á Psentaesio, á Elurion y á Isidoro, religiosos eminentes en virtud y recomendables en la Orden, los cuales ofrecieron á Dios largas plegarias, acompañadas de llantos y suspiros, para obtener de su fina bondad que volviese en sí de su letargo.

Él no dió señales de vida hasta despues de tres dias, por estas palabras que pronunció dando un suspiro : « Ben-

dito sea el Señor que me ha instruido y ha tenido piedad de mí. » Todos los religiosos, grandemente consolados al verle recobrar los sentidos, juntaron sus acciones de gracias á las suyas, y se apresuraron á hacerle tomar un poco de alimento, porque no había probado bocado hasta entonces.

Al día siguiente, al rayar el alba, cuando se halló ya más en estado de hablar, pidió que se hiciera reunir á todos los religiosos del monasterio y, viéndoles al rededor de su cama, les declaró el juicio que había formado contra San Teodoro, y cómo había sido castigado por ello con la correccion y la cruel bofetada de aquel que se le había aparecido y cómo, en el momento de recibir esta bofetada, había perdido todo sentido, sin que despues hubiese podido oír cosa alguna, ni siquiera saber cómo había sido trasladado de la isla al monasterio, lo cual indujo á los asistentes á dar al Señor nuevas acciones de gracias.

Pocos días despues, volvió San Teodoro á Pabau y, despues de haber hablado á los hermanos, les suplicó que aguardasen un poquito en el lugar en que se hallaban, y se fué con otros dos al refectorio. Allí detuvo á un jóven religioso que era precisamente aquel á quien el ángel le había dicho que echase de la Orden. Tomóle á parte, y le instó mucho á que le declarase las faltas de que era culpable; pero viendo que se negaba á confesarlas, comenzó á decirselas él mismo, como si hubiese tenido ante los ojos los más secretos repliegues de su conciencia. El religioso que vió muy bien que decía verdad y que iba á proseguir hasta el fin toda la narracion de su mala vida, no pudo sufrir por más tiempo el reproche. Echóse de rodillas delante de él para rogarle que no dijese más, y abandonó por sí mismo el monasterio; pero antes de salir de él, confesó á los hermanos que estaban reunidos, que el santo abad le echaba con justicia de la Orden, y que solo Dios había podido revelarle los detalles de su criminal conducta.

Nuestro Santo no se limitó á esto, sino que fué á encontrar en particular á los otros de quienes el ángel le había dado á conocer que tenían necesidad de su correccion; y lo hizo durante la noche para aborrarles la confusion que habrían podido tener si los demás hermanos hubiesen conocido esto. Declaróles á cada uno los pecados de los cuales Dios le había revelado que eran culpables despues de su bautismo. Ninguno pudo negarlos, y tuvieron de ello tanto pesar que la mayor parte le suplicaron que les permitiese acusarse de ellos públicamente delante de todos los religiosos; pero este prudente abad no lo quiso, por miedo de escandalizar á los más jóvenes y á los más flacos y se contentó con que fuesen á declararlos á Pecusio y á Psentaesio.

Esto sucedió, dice Ammon, durante la cuaresma (Epist. Am. 3, n. 13.). El martes despues de Pascua, hallándose reunidos en Pabau en número de dos mil los religiosos de otros monasterios de la Orden, para celebrar juntos aquellos santos días, como habían acostumbrado hacerlo todos los años, Teodoro esplicaba á todos los que iban á consultarle los diferentes puntos de las Escrituras que no entendian; despues de lo cual les dijo: « Es para mí un gran motivo de consuelo el conversar con vosotros; pero creo deberos advertir que el demonio se ha metido entre nosotros para tentar de gula y vanidad á uno de los hermanos que está aquí presente. Le ha persuadido á que tomase furtivamente algunos panes para comérselos á escondidas y fingir que ayuna como los demás. Por esto aconsejo á los que son más flacos que « no pasen un día sin comer, excepto el viénes. » Entonces aquel á quien iba esto dirigido, viéndose descubierto, fué á echarse á sus pies para declararle sus faltas; pero Teodoro le cubrió el rostro con el manto á fin de que no fuese reconocido por los otros. Otra falta que hicieron algunos religiosos, y que los que no comprenden

bastante la perfeccion religiosa mirarán quizás como de ninguna trascendencia, dió ocasion á nuestro Santo para hacer una excelente exhortacion á los hermanos, la cual referiremos aquí tal cual nos la ha conservado Ammon.

Habiendo tomado Teodoro con él á cuarenta de sus religiosos para ir á la montaña á cortar madera, de la que tenían necesidad en el monasterio, envió á otros cuarenta á una jornada de allá para hacer lo mismo, y les señaló para conducirles un religioso llamado Isidoro, hombre lleno de dulzura y de una sabiduria evangélica. El primer día por la tarde, haciendo Teodoro con los suyos de rodillas la oracion de vísperas, Dios le dió á conocer que cuatro de la compañía de Isidoro, los cuales por otra parte eran buenos religiosos, trabajando á alguna distancia de los demás, se habian entretenido en reir y hacer alguna broma entre sí. Terminada la oracion, hizo la exhortacion espiritual y al terminar dijo á sus religiosos que juzgaba á propósito que el sábado fuesen al monasterio. Envió dos religiosos á Isidoro para decirle que se encontrase tambien allí con los hermanos que estaban con él, pero sin esplicarle el porqué.

Habiendo se, pues, ido todos á Pabau, Teodoro les reunió en el lugar en que se hacian las conferencias, y les habló de esta manera: « No ignorais, hermanos míos, que los que hacen profesion del estado monástico, tienen que portarse de una manera mucho más pura y santa que el comun de los hombres. Su vida debe ser más angelical que humana, porque, habiendo renunciado al mundo y á sí mismos, no deben ya vivir sino para aquel que por ellos murió y resucitó, ya que voluntariamente se han crucificado con él. Tal es el espíritu de nuestro estado. Por esto hemos dejado nosotros á nuestros padres y nos hemos unido aquí en un mismo cuerpo de comunidad. Así que toda nuestra aplicacion debe reducirse á considerar á Jesucristo como nuestro modelo, á fin de conformar nuestra vida á la suya,

ya que él es nuestro jefe y el camino por el cual los religiosos debemos andar. Así tambien debemos pensar que Dios no solamente ha dado á los que desean llegar al reino de los cielos las sagradas Escrituras para confirmarlos en la fé en Jesucristo y servirles de regla para su salvacion sino que tambien ha querido que la santidad de sus siervos les edificase y animase como un poderoso ejemplo, ya para confirmarles en la misma fé, ya para servirles de modelo.

« Veo sin embargo con dolor que algunos de nosotros, que han empezado bien, andan ahora con peso dudoso, si es que ya no están del todo caidos. Cuatro de nuestros hermanos del número de aquellos á quienes habiamos enviado para cortar leña á la montaña, encontrándose juntos algo apartados de los demás, creyeron que les era permitido chancearse entre si y proferir palabras chistosas, no acordándose de que contristaban en su alma al Espíritu-Santo, que me ha dado á conocer su falta, á fin de que reprochándose la entrasen dentro de si y la expiasen con lágrimas y gemidos. ¿ Ignoran acaso que Jeremias ha dicho: *Señor, yo no me he encontrado jamás en la asamblea de los que se divierten; sino que me he conservado en el temor de vuestra tremenda mano, y he permanecido solo penetrado de sentimientos de tristeza y de compuncion?* (Jerem. 15, 17.)

¿ Han olvidado lo que dice Job: *Que estos males y otros semejantes caigan sobre mi cabeza, si he andado con los chanceros?* (Job. 31, 34.) ¿ No saben que Dios no castiga menos en sus siervos las faltas pequeñas que las grandes, á fin de asegurar mejor su salvacion? ¿ No han leído lo que dice Salomon: *La risa de los insensatos es semejante al ruido que hacen un manojo de espinas que se enciende bajo una olla,* (Eccle. 7, 7.) y en otra parte: *Yo he llamado á la risa una ilusion;* (Ibid. 2, 2.) y tambien: *la cólera vale más que la risa?* (Ibid. 7, 4.)

« Así que, hermanos míos, os exhorto á estar más aten-

tos sobre vosotros mismos y á aprovecharos del consejo del Apóstol cuando dice: *Que vuestras risas se cambien en llantos y vuestra alegría en tristeza* (Jac. 4, 9), por miedo de que no caiga sobre vosotros aquella terrible sentencia del Salvador: *Desdichados de vosotros que reis ahora porque gemireis y llorareis* (Luc. 6, 25.). Condenaos voluntariamente á la penitencia. Entregaos de vuestra propia voluntad á los suspiros y á los llantos, porque esto os será de grande utilidad, y os ahorrareis las lágrimas que os veríais obligados á derramar en la otra vida. Poneos en la presencia del Señor, y decidle con la sinceridad de vuestro corazón con el real Profeta: *Si; Dios mio, estoy dispuesto á abrazar la penitencia y sufrir el castigo que merezca* ». (Psal. 37.)

Tal fué el saludable consejo que Teodoro dió á aquellos cuatro religiosos, que encontrándose mezclados entre la muchedumbre de los hermanos y separados unos de otros, se postraron al mismo tiempo como si se les hubiese dicho, dieron pruebas de su arrepentimiento con profundos suspiros, y suplicaron á los hermanos que orasen por ellos, lo cual hizo llorar á toda la asamblea; y aquellos cuatro religiosos se aprovecharon tan bien de la correccion, que hicieron despues grandes progresos en la virtud y sirvieron de ejemplo á los demás.

No sucedió lo mismo con otro religioso llamado Moisés, quien mereció que su cuerpo fué entregado al demonio, habiéndole entregado su alma por el endurecimiento en el pecado. San Teodoro, que le había enviado con otros hermanos á una isla del Nilo para recoger yerbas que se salaban para el alimento de los religiosos, le envió á decir al cabo de cinco dias que volviese al monasterio. Él respondió que ya iría con los demás cuando habrían recogido toda la provision; pero se le obligó á obedecer.

A su llegada, encontró al santo abad con Psentaese é

Isidoro, y que estaba penetrado de un muy vivo dolor por esta causa. Apenas el Santo le vió en su presencia, le dijo: « Hermano mio; ojalá hubiese querido Dios que se me hubiera anunciado vuestra muerte en vez de la que dais á vuestra alma! Esto hubiera sido sin duda un mal mucho menor. ¿He dejado yo de advertiroslo? ¿No he ido á exhortaros frecuentemente á vuestro aposento para que rechazaseis los malos pensamientos que entreteníais en vuestro espíritu? Pues no decíais siempre que no eran más que sugeriones de parte del demonio. Pero ¿no os decía yo que le llamabais vos mismo con la depravación de vuestro corazón, y que más bien le ofrecíais vos el medio de tentaros que no os daba él la ocasion? Mirad ahora en cuán deplorable estado os encontrais, y lo que os queda de haber andado por el camino de la iniquidad. »

Moisés, ciego y obstinado en su malicia quiso escusarse nuevamente y paliar su falta; pero el Santo, esclarecido con la luz de lo alto, le indicó el tiempo y lugar en que voluntariamente se había entretenido en los pensamientos que le reprochaba; y como todavía quisiese responder que aquello no era más que sugeriones del demonio con las cuales no temia en ninguna parte, el Santo le replicó: « Hasta ahora Dios no había permitido al demonio que os affligiese en el cuerpo; pero puesto que habeis querido alojarle dentro de vos, sabed que no sois bueno para nuestra Orden, y queme veo obligado á echaros de ella. » Al mismo tiempo, ordenó á cuatro hermanos jóvenes y robustos que le sacasen fuera del monasterio y le llevasen al pueblo de donde era natural; pero apenas hubo salido del monasterio cuando se posesionó de él el demonio. Los hermanos tuvieron necesidad de toda su fuerza para llevarle á su pueblo, y se había vuelto tan furioso que fué necesario atarle con fuertes ligaduras.

Si el santo abad tuvo motivo de gemir por la pérdida de

aquel religioso, Dios le recompensó con la seguridad que le dió de la salvacion de otro. Hallándose una tarde con los hermanos, presentóse de repente con un aire lleno de alegría y les dijo : « Yo os anuncio, hermanos míos, que Dios acaba de conceder una gran gracia á nuestro hermano Cazur, que mora en el monasterio de Ptolemaida ; porque acaba de ser libertado de la prision de su cuerpo, y su alma ha sido recibida en el cielo en donde goza de una gran gloria, no solamente porque se ha sostenido siempre en la verdadera fe, sino porque ha añadido á una gran pureza el adorno de las otras virtudes. Y aun cuando alguna vez me he visto obligado á reprenderle por ligeras faltas que ha cometido, Dios le ha purificado de ellas con la enfermedad y otras aficciones que le ha enviado. » Estas faltas de que hablaba el Santo eran algun tanto de la negligencia de que Cazur se dejaba llevar en las oraciones de la noche, y de la que le había reprendido en Pabau antes de que le hubiese enviado al monasterio de Ptolemaida. Ocho dias despues, habiendo llegado los religiosos de aquel monasterio informaron á la comunidad de la muerte de Cazur, y se se vió que había expirado en el mismo momento que había dicho el Santo abad.

Había en Pabau un religioso llamado Patquelfe, que había sido casado antes de entrar en la Orden á la que tambien había llevado á su hijo. Un dia en que el Santo estaba con los hermanos, dijo de repente á Psarfio, uno de los principales del monasterio, que le hicieran venir juntamente con su hijo y otro religioso jóven que se hallaba en su celda. Cuando estuvo presente, le dijo : « ¿ Qué doctrina habeis enseñado esta noche á ese jóven, cuando hablabais juntos ? ¡ Ay ! dijo Patquelfe, ¿ cuál otra le habria yo enseñado sino la del temor de Dios ? Tened cuidado, dijo Teodoro, en lo que me decis ; porque el Señor me ha revelado por un ángel el discurso que teniais. Asi que no temais

declararlo aquí delante de todos, si vuestra doctrina es ortodoxa. »

Patquelfe no replicó, y viendo el santo abad que no quería responder, volvióse hácia los otros religiosos y les dijo : « Ha enseñado á ese jóven hermano que no resucitaríamos con nuestra propia carne, alegando por razon que nuestra carne era mala. » Despues dijo á Patquelfe : « Confesadlo ; ¿ no es esto lo que le enseñabais ? » Su hijo exclamó : « Ah, sí ; tambien quiso persuadírmelo á mí la noche antes. »

Entonces el Santo, viéndole suficientemente convencido de error y no queriendo afligirle más, sino instruirle y convertirle, le probó con muchos pasages de la sagradas Escrituras, que resucitaríamos todos con nuestra propia carne, la cual permanecería inmortal despues de la resurreccion ; de suerte que Patquelfe, persuadido de la verdad, sometióse á ella con alma y corazon y, echándose á los piés de todos los hermanos les suplicó llorando que pidiesen á Dios que le perdonase su falta, confesándola públicamente con todas las señales de un verdadero arrepentimiento.

Después de estas relaciones, Ammon cuenta todavía que habiendo ido San Teodoro, en el mes de noviembre, á una isla del Nilo con muchos religiosos á recoger madera para quemar, uno de la compañía llamado Patricio fué mordido por un gran aspid, que de tal manera le había hincado los dientes en el pié, que tuvieron mucho trabajo en arrancárselo de él. Todos creyeron que el buen religioso iba á caer muerto ; pero San Teodoro acudió allá y le curó por la señal de la cruz. Ammon se hallaba presente á este milagro.

Añade que el 22 de este mismo mes, habiendo el Santo reunido á la hora de nona á todos los religiosos que habian ido á la isla, díjoles que hacía mucho tiempo que Dios le había dado á conocer una cosa que finalmente acababa de ordenarle que les declarase. Era esto que en los lugares en

que era adorado Jesucristo, Dios había aceptado la penitencia de aquellos que habiendo llorado sinceramente sus pecados guardaban la fe ortodoxa, y que ellas eran de este número; por lo cual debían darle humildes acciones de gracias.

Esta revelacion fue pronto confirmada por otra (Epist. Am. n. 20.), cuyas pruebas más sensibles previnieron á los hermanos contra espíritu de desconfianza. Dos horas despues de que el Santo les hubo hablado así, dijo á cuatro religiosos que fuesen á la punta de la isla á esperar á Teófilo y á Coprez, que volvian de Alejandria en un bajel. Fueron allá al instante, y este no tardó en aparecer. Apenas de lejos pudieron reconocer á Teófilo, le hicieron señal de saltar en tierra, porque su santo abad se hallaba en la isla. Fué para todos gran motivo de admiracion el ver cómo el Santo había podido saber de antemano su próxima llegada; pero todavía tuvieron mayor motivo de admiracion cuando, habiéndoles salido él mismo al encuentro y abrazado con paternal afecto, les dijo positivamente que habían tenido la dicha de ver al gran Antonio.

En efecto, tenían una carta suya que le entregaron y, despues de haberla leído Teodoro con gran consuelo, la hizo leer delante de todos los hermanos, los cuales vieron con una alegría que no puede expresarse que aquel Santo patriarca les enseñaba que había tenido la misma revelacion que su santo abad respecto de la indulgencia que Dios concedía á los verdaderos penitentes. Al oír esto todos se echaron al suelo con el rostro en tierra, llorando de gozo y contrición, admirando la misericordia del Señor; y finalmente habiendo terminado la oracion el sacerdote que se hallaba presente, Teodoro dijo a Ammon que publicase un día, para la mayor gloria de Dios, lo que entre ellos había visto y oído en este encuentro y en los demás.

A más de las diferentes revelaciones que Ammon ha re-

ferido como testigo ocular, señala otras que había sabido del mismo Santo, por el testimonio no sospechoso de Ausonio y Elurion, religiosos de una virtud á toda prueba. No las añadiremos aquí para evitar prolijidad, ya que lo que hemos dicho es más que suficiente para hacer ver cuánto se comunicaba Dios á este hombre santo. Pero no podemos pasar en silencio lo que él mismo dice á propósito de las revelaciones; las excelentes reglas que dá, ya para no abusar de ellas, ya para no ser engañado de las mismas, y sobre todo que se debe siempre preferir el juicio de los pastores á las revelaciones particulares.

« Conviene, dice él, usar en esto de gran circunspeccion y tener cuidado de no estimarse á sí mismo por una vana presuncion cuando se han recibido estas gracias, cuando en realidad nada somos; ó dejarse llevar del deseo de ellas con ardor cuando no se han recibido, lo cual es una sugestion del demonio, que con ello haría que toda nuestra piedad se convirtiese, por decirlo así, en humo, lo cual por desgracia ha sucedido á muchos.

« Por esto, tanto aquellos á quienes Dios ha levantado á esos dones, como los que con ellos no han sido favorecidos, deben tener igualmente bajos sentimientos de sí mismos, y rogar al Señor con un temor saludable que les conceda la gracia de no ser entregados á los suplicios eternos. Vemos, en efecto, que los más santos personajes no han usado de ellas de otro modo. ¿ No dijo David: *Guardad, Señor, mi alma y libradla?* (Ps. 24, 20.) ¿ No dice también San Pablo: *He sido librado del león rugiente que devora las almas?* (II Timoth., 4, 17.)

« Es cierto que tenemos que habérmolas con un enemigo fino y artificioso, que frecuentemente nos disfraza tan bien el error y la mentira cubriéndola con apariencias de verdad, que si uno no tiene un don particular de discernimiento, corre riesgo de dejarse engañar por él. Pero si

quereis una regla segura para no serlo, es la de una sumision perfecta á Dios y á sus santos siervos. Por lo cual, hermanos míos, debeis advertir que habiendo Dios, segun la profecía de David, tomado nuestra naturaleza y dejándose ver entre nosotros, no se contentó con instruirnos por su propia boca en la fe que debemos tener, y marcarnos el camino de salvacion que debemos seguir, sino que habiendo subido al cielo, dejó á los apóstoles por sucesores suyos, á los cuales hasta el presente han sucedido los obispos como nuestros pastores y padres para el alimento espiritual de nuestras almas. De suerte que los que reconocen en ellos la voz de Jesucristo y la escuchan, son los verdaderos hijos de Jesucristo, aun cuando no sean clérigos ni pertenezcan al orden eclesiástico.»

De esta manera aquel hombre santo, cuya esperiencia en las gracias de vision y revelacion no podía ser mayor, nos enseña á no juzgar nunca de ellas sino conforme á las decisiones de la Iglesia, y á preferir el juicio de los prelados que son los destinados á enseñar, á todas las luces particulares.

Ammon no moró más que tres años con San Teodoro. El Santo le reveló entonces que su madre había tenido la dicha de abrazar la fe cristiana, que la voluntad de Dios era que se retirase entre los solitarios del desierto de Nitria. Ammon obedeció, pero no partió sin derramar muchas lágrimas.

Apenas habian trascurrido seis meses despues de la partida de Ammon, cuando empezaron las persecuciones anunciadas por Teodoro. Estaba un dia Ammon conversando con sus hermanos sobre los dolores de la Iglesia y hablábales de los consuelos predichos por San Teodoro, cuando recibió una carta del mismo Teodoro. Habíala enviado por cuatro hermanos que tenian orden de buscar á Ammon en el desierto de Nitria y entregársela, á fin de que la comu-

nicase á los sacerdotes, diáconos y monges de aquel desierto á quienes iba dirigida.

Ammon la recibió un sábado y, despues de haberla leído, la mostró á los sacerdotes y al dia siguiente la leyó por orden suya en la Iglesia en presencia de todos los solitarios. El Santo hacia marcar en ella que Dios quebrantaría finalmente la audacia de los arrianos; que tendria piedad de su Iglesia; que esta volveria á tomar su primitivo esplendor; que entre tanto era preciso sufrir aquellos males con sumision; y terminó rogando que se comunicase su carta á todos los de su jurisdiccion que sufrían persecucion por parte de los arrianos. Aquellos buenos religiosos fueron maravillosamente consolados con la lectura de dicha carta. Uno de los sacerdotes, llamado Heraclides, la envió por el monge Crisógono á Dracontes, obispo de Hermópolis y de Nitria, que habia sido arrojado de su silla por los arrianos, á fin de que ella le consolase en su destierro.

Mientras que los hereges hacian sus esfuerzos para estrechar, si puede decirse asi, los límites del imperio de Jesucristo sobre las almas, esparciendo sus errores, San Teodoro procuraba extenderlo aumentando el número de los monasterios, en los que Dios fué servido con tanta fidelidad cuanto era ofendido por los impios.

Vimos en la vida de San Pacomio que este gran patriarca habia fundado nueve casas. Nuestro Santo añadió una décima desde el primer año que fué abad, cerca de Ptolemaida en la Alta-Tebaida y muy lejos de Pabau. Fundó además otras tres, dos de las cuales, llamadas Cais y Obi, por consejo de Orsise, fueron edificadas cerca de la gran Hermópolis en la extremidad septentrional de la Baja-Tebaida y la tercera cerca de Hermuti ó entre Latople y Tebas en la Alta-Tebaida; y finalmente fundó un monasterio de mugeres en Bechré, que no distaba de Pabau sino una corta media legua, y que fué el segundo de los reli-

giosos de la Orden. (Boll. v. Pach. anot. 6. p. 331).

Hacia la visita de aquellos monasterios y se hallaba por los años 361 cerca del de Cais, cuando encontró en el Nilo á Artemio, que tenía órden del emperador de buscar á San Atanasio para prenderle, y para esto iba á Pabau, creyendo que estaria allí escondido entre los monges de Tabennes, á quienes todo el mundo sabía que amaba mucho. Al instante conoció por revelacion el designio de aquel agente del emperador, y lo declaró á los religiosos que estaban con él, Estos querian volver en seguida á Pabau para prevenir á los hermanos á fin de que no se espantasen por la llegada de Artemio ; pero el santo abad dijo que puesto que habian emprendido la visita de los monasterios á gloria de Dios, esperaba de su misericordia que tomaría buen cuidado del de Pabau y de los hermanos que allí se hallaban, y se encaminó hácia Cais.

Él no se engaño. Artemio, habiendo llegado á Pabau, hizo cercar de noche el monasterio por sus soldados y habiendo entrado en él con sus arqueros, causó al principio alguna turbacion entre los hermanos, á quienes casi al instante apaciguó Pecusio. Preguntó dónde estaba el abad, y Pecusio le respondió que pasaba la visita á los otros monasterios. Hacedme, pues, hablar, añadió él, al que ocupa aquí su lugar. Entonces se presentó Psarfino, grande economo de la órden y, tomándole Artemio en particular le dijo : « He ahí una órden que tengo del emperador para prender al obispo Atanasio quien, segun me han dicho, ha venido á esconderse entre vosotros. » Psarfino le respondió : « Todos reconocemos desde hace mucho tiempo á Atanasio por nuestro padre, y tiene como tal toda la autoridad entre nosotros ; pero yo no le he visto ; mas sin embargo, podeis registrar el monasterio. »

Artemio no dejó de buscarle en él recorriendo todos los sitios en los que podia sospechar que estaba escondido y,

no habiéndole encontrado, dijo á los religiosos que le llevasen á la iglesia, y que allí rogasen por él.

Los religiosos que se habian apercebido de que entre los de su compañía habia alguno que tenia las señales de un obispo arriano (este podia muy bien ser el desdichado Jorge, usurpador de la silla de Alejandria), le respondieron que su santo padre les habia prohibido orar con los que pertenecian al partido de los arrianos. Así que, ellos se retiraron, y Artemio se fué solo á hacer su oracion en la Iglesia ; pero salió de ella echando sangre por la nariz y grandemente espantado. No se supo positivamente lo que le habia sucedido sino que se le oyó decir que habia tenido una vision que casi le habia hecho morir de miedo. Retiróse pronto al monasterio, y habiendo vuelto San Teodoro, dió gracias á Dios, al saber la manera cómo todo habia pasado.

Despues de esto fué cuando se verificó la prediccion del Santo sobre la persecucion de Juliano el Apóstata. Habiéndose este principe revolucionado en las Galias contra Constancio, y habiendo triunfado en su rebelion se vió dueño de todo el imperio, y aun cuando al principio llamase a nuevamente á los obispos católicos á quienes su predecesor habia desterrado, no tardó en mostrar el odio que tenia en el corazon contra Jesucristo y su Iglesia.

Habiendo recibido San Atanasio, en el año 362, órdenes suyas para que saliese de Alejandria, y hasta de todo el Egipto, y sabiendo que se le buscaba para apoderarse de él y darle la muerte, se habia retirado á Antinoé¹, en la Baja-Tebaída en donde en un mismo dia Pammon, abad de los solitarios de aquella jurisdiccion, muy recomendable por su piedad, y nuestro San Teodoro, fueron á encontrarle como si se hubiesen ambos convenido. El santo prelado,

¹ Hoy dia Enseneh. Esta ciudad estaba á nueve kilómetros al sudeste de Hermópolis, sobre la orilla del Nilo.

habiendo consultado con ellos sobre lo que tenía que hacer para librarse del furor del príncipe, se determinó á retirarse en un monasterio de Tabennes del lado de Hermópolis, en el que estaria más seguro que en ninguna parte.

Subió, pues, con ellos al bajel que estaba al servicio de San Teodoro, y se tuvo cuidado de encubrirle á fin de que nadie reconociese al prelado. Como se tenia que subir contra la corriente del Nilo, y además el viento era contrario, se iba lentamente, y los religiosos de Tabennes se vieron obligados á poner el pié en tierra para tirar del bajel.

En estas tardanzas que ponian al santo prelado en peligro de ser descubierto, rogaba interiormente á Dios que le protegiese. Pammon le decía algunas palabras de consuelo para inspirarle valor; pero fortalecido él mismo por la gracia del Señor, le dijo: « Yo os aseguro que me siento tan tranquilo en esta persecucion como si estuviese en tiempo de paz, pensando que sufro por la causa de Jesucristo, y que por su misericordia, mi corazon está de tal manera dispuesto á todo lo que quiera hacer de mí, que aun cuando se tratase de la más dura servidumbre, la miraria como una gran gracia que me hacía. »

Mientras así hablaba, se apercibió que San Teodoro se soueria mirando al abad Pammon, y que este hacia lo mismo. Preguntóles la causa, y los dos abades se invitaron el uno al otro á decírsela. Por último, tomó la palabra San Teodoro diciendo: « Acaba de morir en Persia el emperador Juliano, y puede aplicársele lo que dice la Escritura: » Que el hombre vano y soberbio no prosperará siempre. « Despues de él debe reinar un emperador cristiano y muy ilustre; pero vivirá poco (este fué Joviano) ¹. Por esto no es ya necesario que vayais á ocultaros en la Tebaida; sino id más bien secretamente á la corte para

¹ Se sabe que Joviano no reinó mas que ocho meses.

prevenir á este príncipe. Os recibirá con honor y volvereis á vuestra iglesia; despues de lo cual morirá. » Esto es lo que San Atanasio contaba poco tiempo despues de la muerte de nuestro Santo en la grande iglesia de Alejandria, en presencia de Ammon que lo refiere, y de muchos otros de su clero.

Algun tiempo despues que San Teodoro hubiese predicho estas cosas á aquel santo prelado, metióse la mortalidad entre sus religiosos y no habia dia en que no muriesen uno ó dos. Como tenian costumbre de irlos á enterrar en la montaña, comenzando entonces el Nilo á inundar las tierras y no estando todavia las aguas bastante altas para ir allá con bajel, se encontraban sin saber cómo llevarian al primero que muriese, y lo preguntaron al Santo. Respondióles que Dios tendria en consideracion su fe y detendría el curso del mal; lo cual sucedió como lo habia predicho, pues no murió ningun religioso durante el tiempo restante del desbordamiento.

Pero aquel gran Santo, no menos humilde que favorecido de dones celestiales, como si hubiese temido que estos dones maravillosos le proporcionasen en aquella ocasion una demasiado alta idea entre sus religiosos, habló con ellos en seguida de las tentaciones con que era afligido, y les dijo que temia sucumbir á las mismas y ser rechazado de Dios, hallándose de continuo asediado por el enemigo de la salvacion que casi no le dejaba un momento de reposo. « Porque, añadía él, si se ha visto caer á los ángeles; si se han visto caidas entre los profetas, apóstoles y discípulos de San Pablo ¿ cuánto motivo no tenemos nosotros de temer? »

Llevando más allá su discurso, hablóles de los peligros de esta vida, del temor y de la circunspeccion con que debemos en ella conducirnos. Dióles en seguida un consejo muy útil para combatir los vicios y adquirir las virtudes contrarias: « Yo quiero, decía, recordaros todavia una cosa que nuestro

bienaventado Padre había recogido en las santas Escrituras, y que nos repetía frecuentemente. Esta es que, cuando uno quiere corregirse de un vicio, como sería de la cólera, si sucede, por ejemplo, que alguno se burla de nosotros, en vez de conmovernos, debemos decir dentro de nosotros mismos: Bien; he ahí que he ganado una pieza de plata para mi provecho. Y si se añade el insulto á la burla, debemos también decirnos: he ahí nuevamente otra mayor ganancia á hacer, y no hay que dejarla escapar sin provecho. Es cierto que decidiéndose á portarse de este modo en tales ocasiones, se llegará á domar la cólera; y qué progreso no se hará, qué méritos no se recogerán si se tienen frecuentemente ocasiones semejantes y si uno se aprovecha de ellas de este modo? Pero lo que hace que no nos sostengamos en tales casos, es el que nosotros somos completamente carnales y nuestras afecciones son completamente llevados á las cosas sensibles. »

Para dar un justo peso á esta excelente práctica, confirmábala con el ejemplo de los santos mártires, que no se contentaban con sufrir los tormentos con una paciencia heroica, sino que además rogaban por sus perseguidores. Y por último terminó su discurso, con estas hermosas palabras muy á propósito para excitar á la paciencia á los que tienen algo que sufrir por el amor de Jesucristo.

« Pero dime, te ruego, oh hombre; ¿qué has podido hacer que pueda ponerse en parangón con la herencia que Dios te prepara? ¿Acaso por haber sufrido persecución y aun la muerte por el nombre de Jesucristo? ¿No seríais bastantemente recompensado de ello por los solos aplausos de los hombres, si la recompensa debía ser proporcionada á la acción tomada en sí misma? Porque ¿quién hay que no tribute alabanzas á los que verdaderamente han servido á Dios y sobre todo á los santos mártires? Pero admirad aquí la infinita bondad de Dios al darte la herencia

celestial por las penas ó la muerte que has sufrido. Pórtase contigo á la manera de un hombre que dijese á todos cuantos viese: Venid, traedme todos los vasos de tierra que teneis, dejadme en libertad de disponer de ellos á mi gusto, y de romperlos, si quiero, y en su lugar os daré vasos de oro enriquecidos con piedras preciosas. »

Después que hubo así hablado á sus religiosos, tomó consigo á los más considerables de la congregación, y á los que tenían mejor voz para cantar, y salió al encuentro de San Atanasio que se aprovechaba de la paz de que gozaba la Iglesia, para hacer la visita del Egipto, y se dirigía á la Tebaida por el Nilo. Encontróle bajo la diócesis de Hermópolis, y apenas desde lejos le pudieron reconocer sus religiosos, se adelantaron hácia él apresuradamente como hácia su buen padre á quien respetaban y amaban con todo su afecto. Había en ambas orillas del río una multitud innumerable de personas, entre las cuales se hallaban muchos obispos, muchos eclesiásticos y gran número de monjes que habían acudido allá de todos los puntos vecinos.

Cuando San Atanasio vió que se acercaba la comitiva de San Teodoro, dijo de aquellos religiosos las palabras del profeta: *¿Quiénes son esos que vuelan como nubes y que vienen á mí como palomas con sus pequeñuelos?* (Isaía, 60, juxta inter 70.) Teodoro hizo por de pronto saludar por los ancianos, después de los cuales, acercándosele para ofrecerle á su vez sus respetos, el santo patriarca tomóle afectuosamente por la mano y le preguntó con una bondad paternal cómo iba su congregación. El santo abad le respondió que todo iba bien, y al mismo tiempo sus religiosos, que eran en número de ciento, empezaron á cantar salmos y cánticos.

San Atanasio, habiendo puesto el pié en tierra, montó sobre un asno; y San Teodoro, cogiendo la brida, marchó

delante de él á través de la muchedumbre y de una prodigiosa cantidad de hachas encendidas que se llevaban, ya para honrar al santo prelado, ya para alumbrarle, porque hay motivo para creer que era de noche. Viendo el patriarca á nuestro santo abad marchar así delante de él con tanta alegría y fervor, aun cuando era apretado por todas partes por la gente y casi quemado por las antorchas encendidas, no pudo menos de decir á los obispos que con él estaban estas palabras que no muestran menos su humildad que la que él reconocía en Teodoro: « Mirad con qué apresuramiento y fatiga anda delante de nosotros este superior de una multitud de monges. He ahí á verdaderos padres y que merecen más que nosotros llevar este nombre, siendo tan humildes y sumisos por el amor de Dios. ¡ Cuán dichosos son y dignos de estima aquellos que llevan continuamente la cruz de su Salvador, que ponen su gloria en aniquilarse, y que hacen consistir su reposo en el trabajo, hasta tanto que reciban la corona de manos de su soberano Maestro! »

Después que el santo prelado hubo girado la visita por las ciudades de Antioé y Hermópolis, en donde permaneció algunos días, se dirigió á los monasterios de Cais y Obi, que Teodoro habia fundado segun dijimos, y que no estaban lejos de allí. Reconoció de nuevo con un verdadero gozo de su corazón, cuán sincero y respetuoso era el afecto que los hermanos le tenían, y glorificó por ello al Señor. Quiso ver la iglesia, el refectorio, las celdas, y generalmente todo lo que habia en el monasterio, y halló todas las cosas tan bien arregladas que dijo al Santo abad: « ¡ Oh Teodoro! seguramente que haceis una grande obra en asistir de este modo á las almas. Habia oido hablar con elogio de vuestros reglamentos monásticos, y encuentro que aquí todo vá perfectamente bien. Parece que habeis heredado la gracia de vuestro bienaventurado padre Pacomio, y viéndoo á vos creo ver á Jesucristo. »

Se acercaba la fiesta de Pascua. Teodoro, segun la costumbre de la Orden, debia ir á celebrar á Pabau con los hermanos. San Atanasio que no lo ignoraba, no quiso tenerle mas tiempo, y le dió una carta para Orsise y los demás hermanos. En ella les notifica la alegría que habia tenido de ver á Teodoro y á los religiosos que vivian bajo su conducta, y que habia considerado en él al Señor y Dios del bienaventurado Pacomio. Al despedirse Teodoro, le rogó que se acordase de él, y el santo prelado le respondió con aquellas palabras del salmista: *Si yo te olvido ¡ oh Jerusalem! consiento que mi mano derecha se seque; y quiero que mi lengua se me pegue á la garganta, si no me acuerdo de ti.* (Psal. 136, v. 6 y 7.). Sin embargo Teodoro le dejó su bajel con los religiosos que le conducian, y recomendó á estos que obediesen al santo patriarca conio á quien tenía sobre ellos una autoridad absoluta.

La carta de San Atanasio fué para Orsise un gran motivo de consuelo. Y por cierto que de este tenía necesidad por la tristeza que le causaba la conducta negligente de algunos hermanos; porque aun cuando la Orden estaba llena de fervorosos religiosos, habia sin embargo en ella muchos para quienes la solicitud de las cosas temporales era todavia una piedra de tropiezo, ya que esta solicitud disminuia en ellos la aplicacion á lo espiritual. Orsise, pues, tenia, por ello el corazón atravesado de dolor. San Teodoro procuraba consolarle y por esto le habia sacado de su retiro de Moncosa para hacerle ir á Pabau; pero él mismo no estaba por esta causa menos afligido que Orsise, considerando que esto tendia á la ruina de la union y de la observancia regular.

Procuraba obtener de Dios el remedio de este mal y con este fin ayunaba muy rigurosamente, llevaba cilicio, lanzaba profundos suspiros y derramaba muchas lágrimas en su divina presencia. Separábase tambien frecuentemente de

sus religiosos para ir á la montaña en donde había el sepulcro de San Pacomio y de los demás hermanos, y allí era donde derramaba su corazón delante de Dios con más ardor, para atraer bendiciones sobre sus cuidados y sobre todo para obtener el cambio de aquellos religiosos cuya negligencia le causaba tanta pena.

Un día sucedió que un hermano, furioso por saber lo que iba á hacer á la montaña, le siguió hácia ella de lejos, y vió que subía sobre el sepulcro de San Pacomio; despues de lo cual, habiéndose él acercado más, le oyó que oraba de esta manera: « Señor, Dios de nuestro padre Pacomio, sobre cuyo sepulcro me encuentro ahora, os suplico que tengais á bien quitarme de este mundo, puesto que veo que en él se dejan algunos dominar por la negligencia y no se tiene cuidado de practicar el bien. Sin embargo, Señor, no abandoneis á vuestros siervos, aun cuando se dejen llevar de la relajacion. Inspiradles un verdadero temor de los suplicios eternos á fin de que abandonen su pereza y se reanimen con un santo fervor, y haced que anden con alegría el camino que les habeis trazado. Acordaos, Dios mio, que somos obra de vuestras manos y que no perdonasteis á vuestro Hijo único, sino que le entregasteis á la muerte para la salvacion de todos. ». Aquel hermano que le habia seguido fué presa de espanto al oírle orar de esta suerte, y sobre todo viendo que pedía á Dios que le retirase de este mundo.

Pronto se vió que su oracion habia sido oída, al menos en cuanto á la muerte que deseaba. No puede dudarse que Dios se lo dió á conocer, porque habiendo vuelto al monasterio, y habiendo el sábado santo por la noche cerrado los ojos á uno de sus religiosos, llamado Heron, dijo positivamente á los que se hallaban presentes que aquella muerte sería seguida de otra que no se esperaba.

Al día siguiente, fiesta de Pascua, que el historiador lla-

ma el domingo de la alegría á causa del triunfo de Jesucristo, hiciéronse las exequias á Heron; y despues de las fiestas, habiendo hablado San Teodoro á todos los hermanos reunidos de todos los monasterios á causa de la solemnidad, y habiéndoles exhortado á la virtud con tanto mayor ardor cuanto que veia bien que era la última vez que les daba sus saludables consejos, comenzó á sentir los golpes del mal de que murió.

Orsise, que le asistia en su enfermedad vió con gran afliccion que no habia ya más esperanza que en la oracion. Juntó á todos los religiosos en el oratorio para hacerla, y rogó al Señor que le quitase á él de este mundo antes que á Teodoro; pero Dios habia ya escuchado los deseos de aquél, el cual llegó pronto á su última hora. Antes de espirar, preguntó á Orsise delante de todos si le habia ofendido en algo. Orsise no le pudo responder porque las lágrimas y los sollozos le impedian hablar; y el santo abad añadió: « Mi conciencia no me reprocha de haber ofendido jamás ni á vos ni á ninguno de los hermanos, y Dios sabe que en cuanto me ha sido posible, no he sido negligente en lo tocante á mi salvacion ni á la de los demás. No quiero sin embargo que penseis que esto me lo deba á mí mismo, sino que ha sido más bien un efecto de la misericordia de Dios. » Entregó su espíritu al acabar estas palabras. Esto tuvo lugar el 27 de Abril del año 367 ó 368, á los 65 años de su edad, segun los continuadores de Bolando, y segun otros á los 53.

La muerte de este santo hombre fué anunciada con los llantos y ayes de sus religiosos, que hasta se oían desde la otra parte del Nilo. Permanecieron muchos días sumidos en una inesplicable afliccion, tanto más cuanto que habían amado su virtud, y que muchos tenían que echarse en cara el haberle obligado con su tibieza á rogar á Dios que le quitase de este mundo. Sepultáronle en la montaña con

los demás; pero cuando todos hubieron bajado al llano, Nafarso, religioso antiguo que ocupaba el segundo lugar en Pabau, volvió allá con algunos otros y sacando su cuerpo del lugar en que le habían puesto lo colocó cerca del de San Pacomio.

Gennado dice de él que fué el sucesor de la gracia de su padre San Pacomio, como lo fué de su autoridad. Le dá el título de sacerdote: *Theodorus presbyter*. Es cierto que esto es una equivocacion como lo notan muy bien los continuadores de Bolando, y se engañó por el equivoco del término griego *presbuteron* que había que traducir en latín por la palabra *antiguo* y no *sacerdote*. El mismo autor dice que escribió á los monasterios cartas llenas de sentencias de la sagrada Escritura, en las cuales cita con frecuencia á su padre San Pacomio y propone el ejemplo de sus virtudes. Bivario cree que el tratado que se encuentra en la *Biblioteca de los Padres* bajo el título de *la Doctrina de Orsise*, y del cual dimos un resumen en el capítulo precedente, es de San Teodoro. (Biv. de vet. monach., l. 3, c. 6 § 2.)

No se requiere mejor prueba de la santidad de Teodoro que los brillantes testimonios que San Atanasio hizo de él en muchas ocasiones, y el pesar que tuvo de su muerte. Pondremos aquí la carta que con este motivo escribió á Orsise y á los religiosos de Tabennes, para consolarles de una tan gran pérdida. Esto será como el elogio fúnebre de este gran Santo.

« Atanasio, al abad Orsise, padre de los monges y á todos los que con él hacen profesion de la verdadera fé y de la vida solitaria. Muy queridos y amados hermanos nuestros, salud en Nuestro Señor.

« No he podido saber la muerte del bienaventurado Teodoro sin sentir por ella un extremo dolor, sabiendo cuán útil y hasta necesario os era. Por cierto, si no fuese Teo-



Les Religieuses de Tabenne.
Les Religieuses de Tabennes



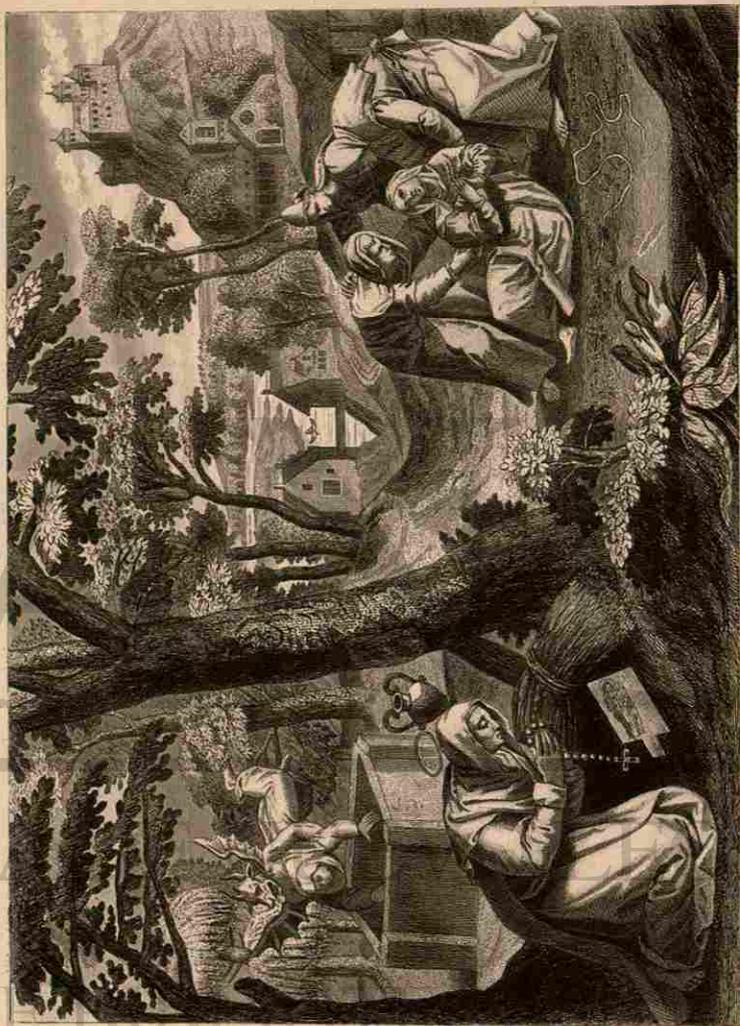
los demás; pero cuando todos hubieron bajado al Nao, Nafarso, religioso antiguo que ocupaba el segundo lugar en Pabau, volvió allá con algunos otros y sacando su cuerpo del lugar en que le habian puesto lo colocó cerca del de San Pacomio.

Genacio dice de él que fué el sucesor de la gracia de su padre Pacomio, como lo fué de su autoridad. Le dá el título de sacerdote: *Presbyter*. Es cierto que los Padres antiguos lo notan muy bien los con-
ALERE FLAMMAM VERITATIS
... se agasó por el equivoco de ...
... que habia que traducir en latín ...
... el mismo autor dice ...
... sentencias de la sagrada Escritura, en las cuales cita con frecuencia a su padre San Pacomio y propone el ejemplo de sus virtudes. Bivaris cree que el tratado que se encuentra en la Biblioteca de los Padres, bajo el título de la Doctrina de Orsise, y del cual dimos un resumen en el capítulo precedente, es de San Teodoro. (Biv. de vet. monach., l. 3, c. 11 y 12.)

No se requiere mayor prueba de la santidad de Teodoro que los brillantes testimonios que San Atanasio hizo de él en muchas ocasiones, y el pesar que tuvo de su muerte. Pusimos aquí la carta que con este motivo escribió á Orsise á los religiosos de Tabennes, para consolarles de una pérdida tan sensible. Esto será como el elogio fúnebre de Teodoro.

Atanasio, al abad Orsise, padre de los monges y á todos los que con él hacen profesion de la verdadera fé y de la verdadera caridad. Muy queridos y amados hermanos nuestros, salud en Nuestro Señor.

No he podido saber la muerte del bienaventurado Teodoro sin sentir por ella un extremo dolor, sabiendo cuánta y hasta necesario os era. Por cierto, si no fuese Teo-



Las Religiosas de Tabenne.

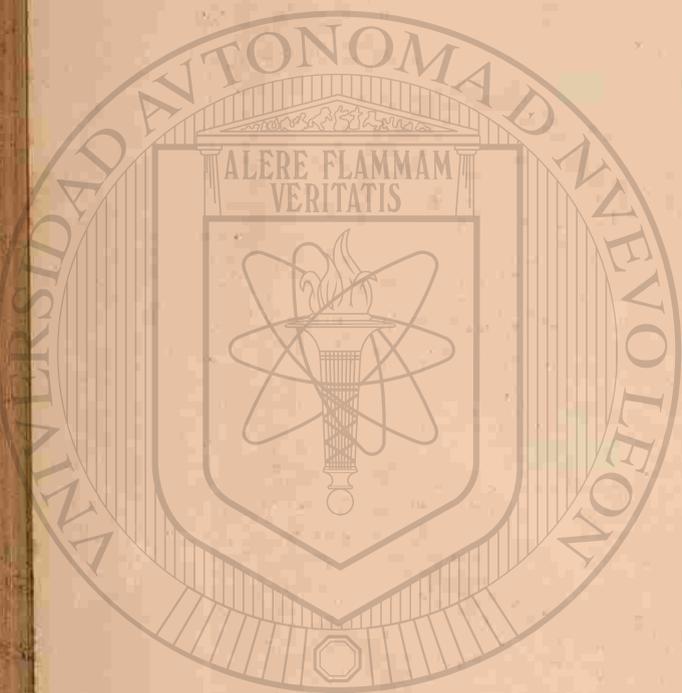
Las Religiosas de Tabennes.



doro quien ha muerto, tendria necesidad de valerme de un largo discurso y mezclar mis lágrimas con las vuestras para consolaros, considerando cuánto hay que temer los juicios de Dios al dejar esta vida ; pero desde el momento que se trata de un Teodoro á quien habeis conocido, y á quien yo mismo he conocido tan bien ¿ qué debo deciros de él sino que es bienaventurado, ya que jamás anduvo por el camino de los malos ? En efecto, si llamamos bienaventurado al que teme á Dios ¿ cómo no llamaríamos tambien así á aquel cuya salvacion no podemos poner en duda ? ¡ Quiera Dios que nosotros participemos un dia de su felicidad ! ¡ Quiera Dios que terminemos nuestra carrera del modo que él la ha terminado ! ¡ Quiera Dios que nosotros, que todavia navegamos en el océano del mundo, conduzcamos tan felizmente como él nuestro bajel á aquel bienaventurado puerto, en donde unidos á nuestros padres, podamos decir con ellos : Esta es la morada que he escogido, y en ella habitaré eternamente.

Por esto, queridos hermanos míos, no lloremos ya la muerte de Teodoro. Nadie, pensando en él vierta lágrimas, sino pensemos más bien en imitar sus virtudes. De ningun modo conviene afligirse por la suerte de aquel que ha llegado felizmente á una mansion exenta de toda clase de penas ; y esto es lo que os digo á todos en general.

« En cuanto á vos, querido y amado Orsise, no puedo recomendaros demasiado el que os encargueis del cuidado de los monasterios, pues Teodoro ya no existe. Acordaos que cuando vivía, obrabais de concierto y con una tan estrecha union que cuando el uno estaba ausente, el otro suplía su falta, y que aun cuando os encontraseis juntos, no teniais sino un mismo espíritu y una misma voluntad para el bien de los hermanos. Haced hoy lo mismo, y decidme en qué estado os hallais vos y tambien vuestros religiosos. Pedid al Señor que se digne conceder á la Iglesia una paz



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

duradera. Por el presente, tenemos el consuelo de celebrar las solemnidades de Pascua y Pentecostés con tranquilidad, lo cual no es para nosotros un pequeño motivo de alegría. Saludad de nuestra parte á todos los que tienen un verdadero temor del Señor. Os saludan los que están conmigo. Deseo, muy queridos y amados hermanos míos, que el Señor os conserve.»

La fiesta de San Teodoro está señalada en el *Martirologio romano*, el 28 de diciembre. Los Griegos la celebran el 16 de Mayo, y en sus oficios le tributan magníficos elogios.

ALGUNOS DISCIPULOS DE SAN PACOMIO ¹.

Entre los discípulos de San Pacomio, que Dios le envió para ser como las piedras fundamentales de su Orden, se contaban Psentaesio, Psois y Sur ó Syr.

Psentaesio era egúmeno ó superior de un monasterio, desde el año 346. Despues de la muerte de San Pacomio fué uno de los más firmes apoyos de la congregacion. San Teodoro se servía de él en los negocios más importantes. Obligaba á los religiosos que caian en faltas considerables á declarárselas á él ó á Pecusio.

Nada de particular sabemos de Psois. El historiador de San Pacomio dice en general de él y de algunos otros, que eran fuertes en el ejercicio de las virtudes y verdaderos atletas en la piedad.

Sur ó Syr habia sido nombrado superior de Pachnum

¹ Vit. pp., Los Bolandistas, Tillemont, Cotelier, Bulteau.

por San Pacomio. Desempeñaba este cargo en 346. San Jerónimo dice de él que había recibido de Dios por ministerio de un ángel la gracia de una lengua mística, como San Pacomio y Corneille. En la coleccion de las reglas de San Benito de Aniano, se encuentran tres cartas que San Pacomio le escribió en este misterioso language.

A más de los tres excelentes discípulos de los cuales acabamos de hablar, Pecusio, Corneille, Juan, y un segundo Pacomio fueron á alistarse bajo la disciplina del Santo. Pecusio entró jóven en la Orden é hizo en ella en tan poco tiempo un tan gran progreso en la virtud, que mereció ser calificado por excelencia con el título de Siervo de Dios por su padre espiritual San Pacomio, cuyo historiador le llama el verdadero amigo. Él fué quien llevó á Tabennes al gran san Teodoro, habiéndole encontrado al ir á Lato-ple, en un monasterio de solitarios que visitó.

Ammon, del cual hemos hablado en la vida de San Teodoro, supo de Pecusio muchas revelaciones con las cuales Dios había favorecido á este Santo, y las cuales había sabido Pecusio por el mismo San Pacomio. Las hemos contado casi todas en el capítulo precedente, pero añadiremos aquí una que hemos omitido, y que siendo muy conforme á las que se cuentan de algunos santos de los últimos siglos, hace ver que esos insignes favores no quedan sin ejemplo en la antigüedad.

Pecusio, pues, contaba que San Teodoro, estando con San Pacomio en el monasterio de Tabennes, y habiéndose puesto de noche en oracion, se sintió tan atacado de sueño, que se vió obligado á salir del punto en que estaba y pasearse por el monasterio, hasta tanto que le hubiesen pasado las ganas de dormir. De este modo se fué hasta la puerta de la iglesia en donde por último despues de haber orado algun tiempo, no pudiendo resistir más el sueño, se vió obligado á ceder á él. Mientras dormía, se le apareció un

duradera. Por el presente, tenemos el consuelo de celebrar las solemnidades de Pascua y Pentecostés con tranquilidad, lo cual no es para nosotros un pequeño motivo de alegría. Saludad de nuestra parte á todos los que tienen un verdadero temor del Señor. Os saludan los que están conmigo. Deseo, muy queridos y amados hermanos míos, que el Señor os conserve.»

La fiesta de San Teodoro está señalada en el *Martirologio romano*, el 28 de diciembre. Los Griegos la celebran el 16 de Mayo, y en sus oficios le tributan magníficos elogios.

ALGUNOS DISCIPULOS DE SAN PACOMIO ¹.

Entre los discípulos de San Pacomio, que Dios le envió para ser como las piedras fundamentales de su Orden, se contaban Psentaesio, Psois y Sur ó Syr.

Psentaesio era egúmeno ó superior de un monasterio, desde el año 346. Despues de la muerte de San Pacomio fué uno de los más firmes apoyos de la congregacion. San Teodoro se servía de él en los negocios más importantes. Obligaba á los religiosos que caian en faltas considerables á declarárselas á él ó á Pecusio.

Nada de particular sabemos de Psois. El historiador de San Pacomio dice en general de él y de algunos otros, que eran fuertes en el ejercicio de las virtudes y verdaderos atletas en la piedad.

Sur ó Syr habia sido nombrado superior de Pachnum

¹ Vit. pp., Los Bolandistas, Tillemont, Cotelier, Bulteau.

por San Pacomio. Desempeñaba este cargo en 346. San Jerónimo dice de él que había recibido de Dios por ministerio de un ángel la gracia de una lengua mística, como San Pacomio y Corneille. En la coleccion de las reglas de San Benito de Aniano, se encuentran tres cartas que San Pacomio le escribió en este misterioso language.

A más de los tres excelentes discípulos de los cuales acabamos de hablar, Pecusio, Corneille, Juan, y un segundo Pacomio fueron á alistarse bajo la disciplina del Santo. Pecusio entró jóven en la Orden é hizo en ella en tan poco tiempo un tan gran progreso en la virtud, que mereció ser calificado por excelencia con el título de Siervo de Dios por su padre espiritual San Pacomio, cuyo historiador le llama el verdadero amigo. Él fué quien llevó á Tabennes al gran san Teodoro, habiéndole encontrado al ir á Lato-ple, en un monasterio de solitarios que visitó.

Ammon, del cual hemos hablado en la vida de San Teodoro, supo de Pecusio muchas revelaciones con las cuales Dios había favorecido á este Santo, y las cuales había sabido Pecusio por el mismo San Pacomio. Las hemos contado casi todas en el capítulo precedente, pero añadiremos aquí una que hemos omitido, y que siendo muy conforme á las que se cuentan de algunos santos de los últimos siglos, hace ver que esos insignes favores no quedan sin ejemplo en la antigüedad.

Pecusio, pues, contaba que San Teodoro, estando con San Pacomio en el monasterio de Tabennes, y habiéndose puesto de noche en oracion, se sintió tan atacado de sueño, que se vió obligado á salir del punto en que estaba y pasearse por el monasterio, hasta tanto que le hubiesen pasado las ganas de dormir. De este modo se fué hasta la puerta de la iglesia en donde por último despues de haber orado algun tiempo, no pudiendo resistir más el sueño, se vió obligado á ceder á él. Mientras dormía, se le apareció un

ángel y le dijo que le siguiese. Teodoro obedeció ; se levantó y siguió al ángel que le introdujo en la iglesia en la cual vió una brillante luz y un gran número de espíritus celestiales colocados en el punto en que los sacerdotes acostumbraban ofrecer los santos Misterios. Este espectáculo inspiróle un santo temor ; y al mismo momento uno de los espíritus bienaventurados hizole acercarse al altar, en el que un personaje distinguido de los otros por el resplandor de una más brillante gloria, le puso en la boca alguna cosa de tan delicioso gusto que jamás en su vida la habia comido más delectable, y le ordenó que se la dejase consumir en ella. Hecho esto, desapareció la luz y los ángeles salieron de la iglesia. Pero este misterioso manjar dejó en San Teodoro una impresion de gozo y de consuelo interior tan grande, que puede llamársela inefable. Después de este tiempo sintió en él una fuerza nueva para emprenderlo y sufrirlo todo por el servicio y amor de Dios.

Esta relacion que Ausonio y Elurion hacian á Ammon, segun dice Pecusio, le hicieron desear tener á este por su padre espiritual. Rogábale frecuentemente que le dijese todo cuanto supiera de San Teodoro, y añade, hablando de su virtud, que habia recibido de Dios una muy gran autoridad sobre los malignos espíritus.

Corneille fué tambien uno de los más célebres discípulos de San Pacomio. Era mirado con San Teodoro y Petronio como lo más santo que habia en la congregacion. Dedicose al servicio de Dios desde su juventud y se ejercitó tan valerosamente en la mortificacion religiosa que Dios recompensó sus esfuerzos con la gracia de no ser inquietado con distracciones en la oracion, de suerte que durante el oficio su espíritu estaba siempre aplicado á Dios. Teodoro de Alejandría quejóse un dia á San Pacomio de que no podia hacer una oracion, por corta que fuese, sin que su espíritu se distrajera, mientras que Corneille pasaba

sin distraccion las más largas oraciones. Y San Pacomio le respondió : « Si un esclavo ve á un hombre libre, aunque pobre, le vienen deseos de ser libre como él. Si un pobre ve á un principe tiene tambien deseos de serlo ; y si un principe ve á un rey, tambien tiene envidia de su poder y desea reinar. Corneille solo ha obtenido del Señor la gracia que ha recibido, despues de haber sostenido frecuentemente grandes combates. Trabajad como él lo ha hecho, y esperad que Dios os concederá lo que más os convenga. »

El santo patriarca se lo llevó con Teodoro cuando fué á fundar el monasterio de Panes á instancias de Ario ó Verus, obispo de aquella ciudad. Queriendo un filósofo de allí conferenciar con San Pacomio, fuese al nuevo monasterio, y el Santo le envió á Corneille para que conversara con él. El filósofo le dijo : « Como sois monge y teneis reputacion de comprender las cosas dificiles y de hablar con sabiduria, responded á esto : ¿ Qué hay que pensar de un forastero que ha veñido á Panes á vender aceitunas, siendo así que aqui las hay en gran abundancia ? Corneille vió bien á dónde apuntaba y le respondió : Es verdad que hay en Panes muchas aceitunas, pero falta aquí sal, y esta sal es lo que venimos á traer. » El filósofo no preguntó más, y se volvió hácia los de su profesion para contarles esta respuesta.

Habiéndose embarcado San Pacomio en el Nilo para girar la visita de sus monasterios, dijo por la tarde á los religiosos que le acompañaban, si querían pasar una parte de la noche en oracion. Accedieron al instante ; pero prosiguiendo el Santo su oracion hasta la mañana, uno de los hermanos perseveró allí con él, y el otro se fué á acostar despues de haber orado algun tiempo, por hallarse demasiado dominado por el sueño.

Cuando el Santo llegó á Moncosa, Corneille, que era el

ecónomo y superior de allí, salióle al encuentro con sus religiosos, y despues de las muestras ordinarias de respeto y afecto, tomó aparte al hermano que no había podido velar la noche entera con San Pacomio, y le preguntó qué había hecho el Santo los dias precedentes. Este se lo contó y no olvidó cómo se había dormido mientras que el Santo había velado hasta el amanecer. « ¡ Oh hombre flojo, le dijo entonces Corneille! ¿ cómo en la flor de la edad os habeis dejado vencer por un viejo achacoso? » El no creía que San Pacomio le oyese; pero el santo abad que le oía, quiso enseñarle á tener un poco más de complacencia para con los débiles. Así que, cuando se acercó la noche, le propuso orar juntos; é hicieronlo en efecto hasta la mañana, no sin que Corneille sufriese mucho por ello; pero cuando vió que el Santo, en vez de enviarle á descansar, le dijo si quería asistir al oficio de la mañana, confesó que no podía orar más pues era mucho lo rendido que estaba por el sueño. Entonces el Santo le dijo: « ¡ Pues qué, Corneille! ¿ de este modo os dejais vencer por un viejo achacoso? » Con estas palabras comprendió que había oido el mismo reproche que había hecho á aquel hermano, y confesó que había faltado á la caridad y que el Santo tenía el espíritu de Dios.

En la *Coleccion de las Reglas de San Benito de Aniano* tenemos dos cartas que San Pacomio le escribió en aquel misterioso lenguaje que el ángel, segun refiere San Jerónimo, había enseñado á uno y otro. Corneille era todavía superior de Moncosa cuando fué atacado y murió de la misma enfermedad que hizo tanto estrago en los monasterios de Tabennes, de la cual San Pacomio murió tambien al mismo tiempo.

Se dice en la *Vida del santo patriarca* que cuando introdujo la regla en el monasterio de Moncosa, había entre los religiosos que se la habían pedido, un anciano llamado

Juan ó Jonás muy experimentado en la vida espiritual.

Era este un religioso de una abstinencia la más austera y de un trabajo prodigioso. Durante ochenta y cinco años que vivió en el monasterio, no comió jamás fruta, aun cuando tuvo cuidado, en calidad de jardinero, de proveer de ella abundantemente á la comunidad y á los transeuntes, y aun cuando había plantado con este fin en el jardin un gran número de árboles frutales. Tampoco comió nada cocido, sino que su alimento consistía en yerbas crudas, que no condimentaba más que con un poco de vinagre. Tres pieles de carnero cosidas entre sí formaban todo su vestido, lo mismo en invierno que en verano; y cuando comulgaba, tomaba por decencia un leviton, ó ropa blanca de que usaban los hermanos, despues de lo cual se la quitaba, doblábala con aseo y volvía á tomar su vestido de piel. De este modo conservó el mismo leviton todo el tiempo que vivió.

No sabía qué cosa era descanso, sino que trabajaba todo el dia en el jardin y, habiendo tomado por la noche su pequeña refeccion, se retiraba á su celda, donde, muy lejos de dormir como los demás, se estaba sentado en una pequeña silla, y aguardaba el oficio de media noche trabajando en hacer cuerdas de juncos y repasando en su espíritu alguna verdad de las sagradas Escrituras. Y si el sueño le apretaba tan fuertemente que no pudiese resistirlo más, no por esto dejaba su trabajo, sino que teniéndolo siempre entre las manos, se dejaba caer entonces en el adormecimiento por tan corto tiempo como le era posible.

Una falta que hizo contra la perfeccion de la obediencia le fué un gran motivo de humillarse y de gemir mucho delante de Dios. Había en el monasterio una grande higuera que producía higos en abundancia; pero la cual por esta causa era un motivo de tentacion para los niños que se educaban en el monasterio, á la cual sucumbían frecuentemente. Habiendo ido allá San Pacomio á girar su visita, vió sobre

aquella higuera un feo demonio, que comprendió ser el de la golosina, é hizo al instante llamar á Jonás, á quien ordenó que cortase aquel árbol. Jonás, que lo veía tan hermoso y tan útil, tuvo pesar de cortarlo, y rogó al santo que tuviese á bien conservarlo para el consuelo de los hermanos. San Pacomio estimaba la virtud de Jonás y no quiso contristarle insistiendo de nuevo: pero al dia siguiente se encontró la higuera muerta hasta en sus raíces. Entonces Jonas, viendo que Dios había hecho milagrosamente lo que él había rehusado hacer, entró dentro de sí mismo, y concibió un vivo pesar, no de la pérdida de aquel árbol, sino de la resistencia que había puesto á las órdenes de su superior. Habiendo caído enfermo este santo religioso, no cambió nada de su manera de vivir y no pudiendo ya trabajar en el jardin como antes, lo hacia lo más que podia en su celda, perseverando en el trabajo hasta la muerte. Jamás quiso permitir que le llevasen á la enfermería, y ni siquiera sabía dónde estaba. Rehusó tambien una almohada que querían poner en su silla, llevando la mortificación hasta á privarse de los más pequeños lenitivos que se concedían á los demás hermanos. Finalmente se le encontró muerto en su pequeña silla, teniendo en las manos las cuerdas de juncos en las que trabajaba siempre desde que se había puesto enfermo.

No se sabe con precision cuándo murió. Segun apariencias, tuvo esta lugar algunos años despues de San Pacomio, porque á más de que él está colocado con el gran Tithoés, entre los que sostenían con su eminente virtud la congregacion despues de la muerte del santo abad, el autor de la Vida de este Santo, que escribía, segun los continuadores de Bolando, despues del año 380, habla de San Jonás como de quien le ayudó á sepultarlo; y dice que jamás se le pudo quitar su hábito de piel, á causa de que sus brazos y piernas estaban grandemente hinchados.

Tithoés es colocado por el autor de la Vida de San Pacomio en la segunda línea de los discípulos del Santo; pero no se le considera menos que como uno de los más ilustres, porque él le llama el gran Tithoés y dice de él que era eminente en santidad y, por decirlo así, engordado por la abundancia de las misericordias del Señor. Júntale tambien á los que servían por la autoridad de su virtud como de un firme apoyo á la congregacion despues de la muerte de San Pacomio, y que brillaban como luminosos astros, cuyo vivo resplandor, disipaba las nubes del relajamiento. Fué nombrado superior de los religiosos de Tabennes. Verosímilmente sucedió en este cargo á Epónico, á quien San Teodoro había puesto despues de la muerte de Pedro, á quien San Pacomio lo había antes confiado.

Había llegado á una oracion tan eminente que apenas extendía los brazos para orar cuando era arrebatado en éxtasis, lo cual hacia que los tuviera ordinariamente bajos cuando oraba en compañía de los hermanos, ya para evitar que se apercibiesen de su arrobamiento, ya porque no le hubiera sido fácil salir de él tan pronto como se hubiese terminado la oracion comun. Tenía por máxima que el silencio y la abstinencia eran poderosos medios para conservar el corazon en una gran pureza. El abad Motois decía de él que nadie había encontrado jamás que decir de su conducta, y que era como oro purificado en el crisol.

Había en el monasterio de Pabau un religioso llamado Tithoi, jefe de los hermanos que servían en la enfermería. Hay quien cree que es el mismo que el gran Tithoés, pero parece más bien que hay que distinguirlos, con los continuadores de Bolando. Este Tithoi es representado como un fuerte y generoso atleta de Jesucristo que combatía contra el pecado hasta el derramamiento de sangre. Juzgaráse quién era por un solo rasgo que de él cuenta el autor de la Vida de San Pacomio.

Un día en que preparaba él alguna cosa para sus enfermos, sintióse tentado del deseo de comer de aquello. Muy lejos de sucumbir á la tentacion, privóse de ir por la noche al refectorio y pasó así todo el día sin tomar nada, resuelto á hacer otro tanto al día siguiente si hubiese sido necesario, para triunfar de la tentacion; porque dirigiéndose á Dios con la oracion, le dijo llorando y con un extraordinario fervor: « Señor mio, no solamente tengo la resolucion de privarme de comer, si es necesario, para merecer vuestro santo amor, sino que aun cuando fuese menester sufrir el martirio y ser quemado vivo, estaria dispuesto á sufrirlo antes que quebrantar las reglas de la templanza que tanto han honrado á vuestros siervos; por esto, os ruego, Dios mio, que me confirmeis siempre más en el temor de disgustaros. » Este santo religioso, dice el historiador de San Pacomio, pasó así su vida en una perfecta pureza y en los ejercicios de un verdadero monge.

A más de San Teodoro el Santificado, cuya vida hemos traído aqui, San Pacomio tuvo por discípulo á otro Teodoro llamado el Alejandrino, y quizás es el mismo que aquel á quien en otra parte se le da por sobre nombre el Político. Este Teodoro habia sido lector de la iglesia de Alejandria, (Boll. v. Pach., c. 10, n. 79 y n. E.), y puede juzgarse de la pureza de su fe por la de San Atanasio, cuyo discípulo habia sido. Sus costumbres no eran menos puras que su fe, porque llevaba la vida de los ascetas antes que se retirarse á Tabennes, y sobresalía principalmente en la obediencia, siendo sumiso como un manso cordero del rebaño de Jesucristo.

Habiendo oído hablar de San Pacomio, fue á encontrarle en Tabennes con algunos otros que quisieron imitarle en su huida del siglo. El santo abad le recibió y púsole bajo la conducta de un anciano que sabia la lengua griega, hasta tanto que hubo aprendido la egipcia que el Santo hablaba.

Teodoro hizo en tan poco tiempo tan grandes progresos en las virtudes religiosas, que San Pacomio le amó por ello grandemente, y hubiera deseado saber la lengua griega para poder conversar fácilmente con él y animarle siempre más y más á adelantarse en la piedad.

Encargóle despues, hácia el año 335, la conducta de los que habia traído de Alejandria, y de algunos otros que no sabían hablar el egipcio, prescribiéndole excelentes reglas para desempeñar bien su cargo. Ya dimos cuenta de ellas en la vida del santo abad. Teodoro fué tan fiel en observarlas, que pronto se vieron florecer todas las virtudes en su pequeña comunidad. Gobernóla durante trece años en vida de San Pacomio, á quien sirvió de intérprete para los griegos y latinos que no entendian la lengua tebea. Desempeñaba entrambos cargos, el de superior y de intérprete bajo la conducta de San Teodoro Santificado.

Entre los otros santos religiosos que nombra tambien el historiador de San Pacomio, hablaremos de Atenodoro y de Silvano el comediante.

Atenodoro fué para todos los religiosos de Tabennes (Boll. v. Pach. c. 4, n. 35.) un gran motivo de edificacion en una larga y penosa enfermedad (era la lepra), con que Dios le visitó para consumir la virtud. No solo la sufrió por su mision sino con acciones de gracias. Su resignacion iba acompañada de una paz y serenidad tan edificante que antes que su mal le pusiera fuera de estado de ser trasladado de uno á otro lugar, San Pacomio le hizo morar sucesivamente en los diferentes monasterios de la Orden, á fin de que su virtud sirviese de modelo á todos los hermanos.

Aun cuando su mal le obligó á tener una celda separada, no se creyó dispensado de vivir austeramente, de trabajar y seguir los officios. No comia más que pan seco; jamás dormía de día; hacía una estera todos los días; y aun

cuando sus manos estaban todas cortadas por los juncos de que hacía sus trabajos, hasta tal punto que las tenía ordinariamente teñidas con la sangre que manaba de sus llagas, sufría estos dolores sin desistir de trabajar y sin quejarse jamás. Por la noche, antes de dormirse, escogía algún pasaje de la sagrada Escritura, que repasaba devotamente en su espíritu hasta que se dejaba adormecer. Tomaba también unas horas de descanso mientras aguardaba que se diera la señal de levantarse para ir á maitines.

Viendo un día un hermano sus manos tan ensangrentadas, movióse á compasión y después de haberle representado que nadie le obligaba á trabajar, porque su mal era bastante grande para dispensarle de él, le dijo que al menos si no podía estar sin ocupación, frotase todas las noches sus manos con aceite, á fin de suavizar sus llagas, y hacer por esto más llevadero el dolor. Atenodoro quiso servirse de este remedio; pero sus llagas se enconaron y los dolores fueron más agudos. Habiéndose entonces presentado San Pacomio (Boll. v. S. Pach., c. 4, n. 36.), y sabiendo que Dios quería santificarle por el sufrimiento, le dijo « ¿ Pensábais, pues, oh Atenodoro, que el aceite sería de algún alivio á vuestros males? Pero ¿ cómo habiais tenido más confianza en este remedio que en Dios? ¿ Es que el Señor no es bastante poderoso para curaros? Pero él no os ha enviado este mal más que para la utilidad de vuestra alma. » Entonces Atenodoro humillándose delante de Dios y de su superior, respondió: « He pecado, padre mio, y tengo mucho pesar de ello. Os suplico que me obtengais de Dios el perdón por vuestras oraciones. » No se contentó con estas señales de contrición, sino que pasó un año entero llorando esta falta, y no comió más que un día sí, y o no.

Atenodoro es llamado Zaqueo en la Vida de San Pacomio de la versión de Denis el Pequeño y en Lipomano, sin

que se sepa porqué; Es que habría tenido estos dos nombres? En todo caso es diferente de otro Zaqueo, procurador en los últimos años de San Pacomio y después de su muerte.

Resta hablar de Silvano el comediante cuya relajación fué al principio un motivo de ejercicio para la paciencia de San Pacomio; pero el cual fué después su consuelo por su arrepentimiento y sincera humildad. Era todavía joven cuando pasó del teatro al estado monástico y fué á presentarse al santo abad para ser admitido en su Orden. El santo no dejó de advertirle que el estado que quería abrazar era penoso y laborioso, y que mirase bien en lo que se empeñaba y si podía cumplir los deberes de un verdadero monje. Silvano protestó que haría para ello todo cuanto estuviere de su parte, y en consecuencia fué recibido. En efecto, perseveró durante algún tiempo en el fervor, humildad y mortificación; pero luego se relajó y se entregó á una tal disipación que se divertía en reír, jugar y imitar las bufonías de los comediantes, lo cual algunos otros hermanos, arrastrados por su ejemplo, comenzaban ya á hacer como él.

Una semejante licencia era desoída en Tabennes, en donde no se veía sino gravedad, modestia y mortificación. San Pacomio fué advertido de ello por muchos hermanos que hasta le rogaron que echase á Silvano del monasterio, por miedo de que su ejemplo no fuese todavía más contagioso. El Santo, cuya paciencia y dulzura igualaban el zelo, no quiso llegar por de pronto á tal extremo. Comenzó por dirigirse á Dios según su costumbre, á fin de atraer sobre la corrección que quería dar al culpable la bendición necesaria para que le fuese útil; después le hizo llamar, dióle una severa reprensión y añadió la orden de darle disciplina, aun cuando le costó muchísimo usar de semejante rigor.

Sin embargo estas primeras medidas no corrigieron á Silvano. Continuó viviendo en la misma disipacion, y los hermanos escandalizados pidieron más que nunca al santo abad que le echase de la Orden como un sujeto de demasiado mal ejemplo. Asi que, San Pacomio, habiéndole hecho presentar delante de los religiosos reunidos, le reprochó con un tono severo diciéndole que era incorregible, y ordenó que se le quitase el hábito monástico y se le volviese á casa de sus padres.

Silvano, que entonces podía tener unos veinte años, viendo que el santo patriarca queria de veras echarle de la Orden, se arrojó á sus pies derramando lágrimas con grandes protestas, que si queria perdonarle todavía esta vez, vería pronto en él un completo cambio, que sería para él un mayor motivo de gozo de lo que su mala conducta pasada lo había sido de dolor.

« Pero, le dijo San Pacomio, ya veis con qué paciencia os he sufrido hasta el presente; sabeis cuántas veces os he corregido hasta llegar á emplear el castigo contra mi inclinacion natural; y si, á pesar de las oraciones que he hecho por vos, si mis advertencias, si los golpes no han obrado nada ¿ cómo os sufriré más?

Silvano persistió en suplicarle siempre más que le perdona, y protestó tan fuertemente que cambiaría de vida, que el Santo se dejó finalmente rendir; pero no fiándose del todo de sus promesas, preguntó á los religiosos que estaban presentes, si alguno de ellos queria responder de su cambio. Petronio se ofreció para esto, y bajo su fianza le permitió que se quedase en la Orden.

Púsole bajo la conducta de Psenamon, religioso de gran virtud, á quien pidió que tuviese gran cuidado de él, y aun de juntar su penitencia á la que le mandaría hacer puesto que él, Pacomio, estaba demasiado ocupado en el gobierno general de los hermanos para hacerle este servicio particular.

Dios bendijo en este golpe la indulgencia del santo patriarca de una manera sensible. Silvano, desde este tiempo, fué totalmente otro del que había sido. Aplicóse con Psenamon al trabajo, á las vigiliass, á los ayunos y á los demás ejercicios de la penitencia. Estábale tan perfectamente sumiso que ni siquiera se hubiese atrevido á tocar una hoja de yerba sin permiso suyo. Adquirió sobre todo una dulzura y humildad profundas; hablaba poco y casi jamás levantaba los ojos, y no miraba á nadie en el rostro; era tan grande su compuncion que le hacia derramar lágrimas sin cesar, aun durante la comida, sin que pudiese impedirlo. Se había hecho enemigo del sueño; y cuando por la noche se sentía rendido por el cansancio y apretado por el deseo de dormir, se sentaba en medio de su celda, y pasaba la noche haciendo esteras. En una palabra, dice el autor de la Vida de San Pacomio, Silvano no vivía más que la vida del espíritu.

Todos los hermanos estaban grandemente edificados de sus virtudes y sobre todo de aquella viva contricion que se manifestaba bastante por la abundancia de las lágrimas. Hasta algunos llegaron á creer que en esto había exceso y le dijeron que ya podía derramarlas bastante á su gusto durante el tiempo de la oracion, pero que procurase á lo menos contenérselas cuando estaba en la mesa y en presencia de los huéspedes y forasteros. Él les respondió que bien deseaba esto; pero que, por más esfuerzos que hacia, no podía detener su curso.

Instáronle á que les dijese cuál era el motivo que le ocasionaba tantas lágrimas. Él les contestó: ¿ Cómo no quereis que lllore, viendo que estoy servido por religiosos santos de quienes debo respetar hasta el polvo que pisan sus pies? ¿ No debo tambien hacer penitencia yo que he subido al teatro y que despues he tenido la dicha de ser recibido aquí, en donde he sido y soy tratado con tanta caridad por

tan excelentes personajes? Lloro, pues, hermanos míos, temiendo con justa razón que la tierra se abra bajo mis pies y me trague vivo, como sucedió á Datan y á Abiron; sobre todo viendo que despues de haber conocido la verdad y haberme convertido á Dios, he tenido luego la desgracia de descuidar mi salvacion hasta tal punto que me he puesto en peligro de ser echado de este monasterio, y ha sido necesario un fiador para asegurarse de mi enmienda. Así que no siento pena en confesarme culpable y conozco tan bien la enormidad de mis crímenes, que no dejaría de dar mi vida para obtener la remision de ellos, si se creyese que esto era necesario. »

Viendo San Pacomio que hacía tanto progreso en el combate espiritual, y que sobre todo se distinguía por la humildad, propúsole un dia por ejemplo á los hermanos reunidos, y les dijo que había uno entre ellos que sobrepujaba á todos cuantos buenos religiosos habia visto jamás. Como al principio no le nombraba, los unos creyeron que quería hablar de Petronio ó de Orsise, los otros de Teodoro; y el mismo Teodoro le suplicó que les dijese de quién quería hablar. El Santo se negó á nombrarle; pero, apretado más por Teodoro y los demás hermanos que á él se juntaron, les dijo por último; « Si yo creyese que aquel de quien quiero hablar se dejase llevar de la vana gloria, me guardaría muy bien de darle á conocer; pero estando cierto de que se humillará tanto más cuanto se oiga alabar más, no temo hacer públicamente su elogio, á fin de que os decidais más á imitarle. Es verdad que vos, Teodoro, y los demás que os imitan en el combate que librais contra los enemigos de la salvacion, teneis encadenado al demonio como se ata un pajarito, y le pisoteais como se pisotea el polvo; pero si por desgracia llégaraís á tomar con negligencia el cuidado de vuestra alma, pronto le veríais levantarse de nuevo y escapárseos; mientras que Silvano, que to-

davía es un novicio en comparacion de vosotros, y á quien antes queríais que se echase del monasterio, ha triunfado tan bien del demonio por su profunda humildad, que aquel espíritu maligno ni siquiera se atreve á parecer delante de él.

« En cuanto á vosotros, por más virtud que hayais adquirido, y aun cuando querais parecer viles á vuestros propios ojos, conociendo sin embargo el progreso que habeis hecho, no os estimais tan poco que no os apoyeis en vuestras buenas obras; pero Silvano, cuanto más generosamente, tanto más despreciable se cree, mirándose muy sinceramente como un siervo inutil; así que, á causa de estos sentimientos de humildad, derrama continuamente lágrimas. Añado que si vosotros le superais en experiencia y en largos combates contra el demonio, él os sobrepuja en humildad; y nada hay que desarme mejor al demonio y quebrante su poder, como la práctica sincera de la humillacion. »

Silvano continuó en ejercitarse de la misma manera en la humildad y penitencia durante ocho años que todavía vivió, al fin de los cuales terminó felizmente su carrera; y San Pacomio dió de él este glorioso testimonio, á saber, que una multitud de espíritus celestiales habian venido á recibir su alma cantando cánticos de alegría y la habian presentado al Señor como una víctima escogida y un muy precioso perfume.

DISCIPLINA MONASTICA DE TABENNES

Para dar á conocer enteramente á San Pacomio, hay que hablar de la disciplina que estableció en su Orden. Esta

tan excelentes personajes? Lloro, pues, hermanos míos, temiendo con justa razón que la tierra se abra bajo mis pies y me trague vivo, como sucedió á Datan y á Abiron; sobre todo viendo que despues de haber conocido la verdad y haberme convertido á Dios, he tenido luego la desgracia de descuidar mi salvacion hasta tal punto que me he puesto en peligro de ser echado de este monasterio, y ha sido necesario un fiador para asegurarse de mi enmienda. Así que no siento pena en confesarme culpable y conozco tan bien la enormidad de mis crímenes, que no dejaría de dar mi vida para obtener la remision de ellos, si se creyese que esto era necesario. »

Viendo San Pacomio que hacía tanto progreso en el combate espiritual, y que sobre todo se distinguía por la humildad, propúsole un dia por ejemplo á los hermanos reunidos, y les dijo que había uno entre ellos que sobrepujaba á todos cuantos buenos religiosos habia visto jamás. Como al principio no le nombraba, los unos creyeron que quería hablar de Petronio ó de Orsise, los otros de Teodoro; y el mismo Teodoro le suplicó que les dijese de quién quería hablar. El Santo se negó á nombrarle; pero, apretado más por Teodoro y los demás hermanos que á él se juntaron, les dijo por último; « Si yo creyese que aquel de quien quiero hablar se dejase llevar de la vana gloria, me guardaría muy bien de darle á conocer; pero estando cierto de que se humillará tanto más cuanto se oiga alabar más, no temo hacer públicamente su elogio, á fin de que os decidais más á imitarle. Es verdad que vos, Teodoro, y los demás que os imitan en el combate que librais contra los enemigos de la salvacion, teneis encadenado al demonio como se ata un pajarito, y le pisoteais como se pisotea el polvo; pero si por desgracia llégaraís á tomar con negligencia el cuidado de vuestra alma, pronto le veríais levantarse de nuevo y escapárseos; mientras que Silvano, que to-

davía es un novicio en comparacion de vosotros, y á quien antes queríais que se echase del monasterio, ha triunfado tan bien del demonio por su profunda humildad, que aquel espíritu maligno ni siquiera se atreve á parecer delante de él.

« En cuanto á vosotros, por más virtud que hayais adquirido, y aun cuando querais parecer viles á vuestros propios ojos, conociendo sin embargo el progreso que habeis hecho, no os estimáis tan poco que no os apoyeis en vuestras buenas obras; pero Silvano, cuanto más generosamente, tanto más despreciable se cree, mirándose muy sinceramente como un siervo inutil; así que, á causa de estos sentimientos de humildad, derrama continuamente lágrimas. Añado que si vosotros le superais en experiencia y en largos combates contra el demonio, él os sobrepuja en humildad; y nada hay que desarme mejor al demonio y quebrante su poder, como la práctica sincera de la humillacion. »

Silvano continuó en ejercitarse de la misma manera en la humildad y penitencia durante ocho años que todavía vivió, al fin de los cuales terminó felizmente su carrera; y San Pacomio dió de él este glorioso testimonio, á saber, que una multitud de espíritus celestiales habian venido á recibir su alma cantando cánticos de alegría y la habian presentado al Señor como una víctima escogida y un muy precioso perfume.

DISCIPLINA MONASTICA DE TABENNES

Para dar á conocer enteramente á San Pacomio, hay que hablar de la disciplina que estableció en su Orden. Esta

ha sido hallada tan hermosa y tan admirable que ha servido de modelo y hasta de fundamento á todas las reglas monásticas que despues se han hecho, lo mismo en Oriente que en Occidente. Así que hay que mirar tambieu á este santo patriarca como el fundador de la órden cenobítica. No pretendemos nosotros decidir absolutamente que sea él el primero que reunió á los monges para vivir en comun en el mismo monasterio ; pero es cierto que dió á este estado toda su perfeccion formando un cuerpo religioso compuesto de muchos monasterios, como de otros tantos miembros unidos juntamente para la uniformidad de las reglas, la dependencia de un solo abad general y la direccion de un mismo espíritu.

San Antonio decia á dos discípulos de este santo maestro, que antes de él un tal Aotas había tenido el mismo designio ; pero que no habia salido con él porque no se había dedicado al mismo de todo corazon, y porque Dios había reservado á San Pacomio la realizacion de una obra tan santa.

Se vió bien que Dios era quien le había escogido para esta obra, porque fué constantemente esclarecido con luces sobrenaturales, y recibió de la mano de un ángel, como otro Moisés, la tabla de la ley que debía hacer observar á sus religiosos. El santo patriarca y sus primeros sucesores desarrollaron esta regla, pero mantuvieron escrupulosamente sus bases. En este punto todo el mundo está acorde. Parécenos ocioso indagar qué desarrollos pueden ser atribuidos á San Pacomio y qué otros á Orsise ó á San Teodoro, tanto más cuanto que la cuestion nunca ha podido ser bien dilucidada.

De esta regla traducida por San Jerónimo, así como de la historia del Santo, y de lo que Casiano y otros antiguos autores refieren, hemos recogido lo que vamos á decir de la disciplina de Tabennes. Nos hemos servido de la regla que

está al final de las obras de Casiano, en la edicion de Gazeo.

Capítulo 1.

La congregacion de Tabennes estaba compuesta, en vida de San Pacomio, de nueve monasterios de hombres, á los cuales en lo sucesivo y despues de la muerte del santo patriarca, San Teodoro añadió otros cuatro y un monasterio de mugeres, al cual el mismo San Teodoro añadió un segundo. Cada monasterio estaba dividido en tribus, las tribus en familias ó casas, y las casas en celdas. Los religiosos, según la regla del ángel, estaban tres en cada celda. Las casas ó familias estaban compuestas de doce ó trece celdas, y habitadas por consiguiente por treinta ó cuarenta religiosos. Tres ó cuatro casas formaban una tribu ; así que cada tribu venía á componerse de unos ciento veinte ó ciento sesenta religiosos ; y como que había treinta ó cuarenta familias en un monasterio, según que era más ó menos considerable, se deduce de aquí que los monasterios más pequeños eran de mil doscientos religiosos, y los mayores de mil seiscientos ; de suerte que, según este cálculo, en los trece monasterios que subsistian de San Teodoro, habría habido más de diez y seis mil religiosos. Esta es la observacion de Gazeo sobre la carta de San Jerónimo, que sirve de prólogo á la traduccion de la regla de San Pacomio.

Sin embargo nos vemos obligados á confesar que esta opinion no es del todo segura ; puesto que Paladio, que solamente escribía diez y seis años despues de San Jerónimo, y que había estado en el monasterio de Panes, aduce cifras diferentes. Nosotros nos inclinamos á la opinion más probable.

Toda la Orden estaba gobernada por un jefe, á quien estaba más particularmente reservado el nombre de abad. Encuéntrase sin embargo en la historia de San Pacomio que

se dió algunas veces á superiores de menos rango. Este abad general velaba exactamente sobre todos los monasterios. Visitábalos con frecuencia, y hacíalo á menudo por medio de otros á quienes confiaba para este objeto su autoridad. Escribía también á los superiores y religiosos particulares segun que lo juzgaba necesario, é informábasele fielmente de todo lo que pasaba en los monasterios. En la *Coleccion de las Reglas de San Benito de Aniano*, hallamos algunas cartas de San Pacomio las unas dirigidas á Corneille, superior de Moncosa, las otras á Syr, superior de Pachsum, y otras á los religiosos en general y á algunos en particular. En las que dirige á Corneille ó á Syr, se sirve de un lenguaje misterioso del cual hemos hablado ya.

El abad general tenía dos veces al año una asamblea en su gran monasterio de Pabau; la una por Pascua, á la que eran llamados todos los religiosos; la otra, el trece del mes de agosto, á la que solamente asistían los superiores de los monasterios, los priores de las casas ó familias, y los que tenían órden particular de ir allí.

La primera asamblea tenía lugar á fin de que todos los religiosos celebrasen juntos la gran solemnidad de Pascua. Se dirigían á Pabau el mártir santo, y no se volvían hasta despues de la octava de Pascua. En la segunda asamblea de agosto, se daba cuenta al gran ecónomo de la Orden del trabajo y de los gastos del año. Cada superior recibía allí del abad general las órdenes que necesitaba. Creábanse en ella nuevos superiores y otros oficiales segun que hacía falta. Allí se terminaban todas las diferencias que pudiese haber entre los hermanos, á fin de que se perdonasen mutuamente, y la paz y caridad reinasen en los corazones; de donde procede que San Jerónimo diga que aquellos dias de remision y perdon eran una especie de Jubileo. En la *Coleccion de San Benito de Aniano* hay dos cartas de San Pacomio y una de San Teodoro para estas con-

vocaciones. Puede advertirse particularmente en la de San Teodoro que habla en ella de los catecúmenos de los monasterios que debían ser bautizados la vigilia de Pascua, y recibir en seguida el cuerpo y sangre de Jesucristo.

Había para cada monasterio un superior á quien llamaban jefe, *princeps*, padre, egúmeno, raras veces abad, y otras ecónomo, ya sea que el ecónomo fuese algunas veces superior al mismo tiempo, ya que al menos lo fuese ordinariamente en algunos monasterios. Este superior tenía un vicario á quien se llamaba el segundo, para suplir su falta.

Como los monasterios estaban compuestos de muchas casas ó familias, cada familia tenía su jefe á quien se llamaba prior ó preboste, *præpositus*, y un segundo para ayudarle. El superior del monasterio daba cuenta inmediatamente al abad general, y los priores de las familias daban cuenta de su cargo al superior del monasterio, de quienes recibían la correccion y penitencia cuando el caso lo exigía.

Si se juzga del caso que se hacía en Tabennes del cargo de prior, por los diferentes puntos de la regla en donde se habla de sus obligaciones y de la conducta que debían observar, se reconocerá fácilmente que pasaba por uno de los más importantes, no con respecto al cargo que le daba sino porque influía esencialmente en el sostenimiento de la observancia regular. Porque si los superiores velaban cada uno en su monasterio en general, teniendo cada prior muchos religiosos bajo su jurisdiccion les observaba más de cerca, y podía por consiguiente velar mejor sobre la conducta buena ó mala de los particulares, que el superior del monasterio. Así se ve en el artículo 31 de la regla que cuando se trataba de permitir á un religioso hablar con sus parientes, ó hacer un viage, el superior se informaba del prior del estado de aquel religioso, y concertaba con él lo que era á propósito permitirle. Y sin duda hacía lo mismo en otros casos de esta naturaleza.

San Pacomio miraba este cargo de prior como tan importante que se extiende más particularmente y muy á la larga en su regla sobre las cualidades que debe tener el prior. (Reg. S. Pach art. 128.) Quiere, cuanto á sus disposiciones interiores, que esté fundado en humildad; que sea esclarecido en la ciencia de los santos, mortificado en sus pasiones, muy observante de la ley de Dios y de los preceptos de los antiguos; que ame la verdad y deteste la injusticia; que sea fervoroso y no negligente en el cumplimiento de sus deberes; que no tema la pena ni aun la muerte, sino que tema á Dios, etc. En cuanto á su conducta exterior, quiere que sea un modelo de gravedad religiosa, de recato, de modestia, de templanza, de regularidad y de mortificación; que no se entretenga hablando inutilmente ni riendo con los jóvenes, ni escuchando vanos chistes. Que no busque la buena comida ni una cama diferente y más cómoda que la de los otros ni hábitos más acomodados, etc. En cuanto lo que debe guardar para con los hermanos que están bajo su cuidado, quiere el Santo que no traspase para con ellos los límites de su autoridad; que no les gobierne con dureza; que no les hable con altanería; que tenga cuidado de que no se deslicen en su alma sentimientos de orgullo y vanidad cuando se ve obligado á corregirles, sino que lo haga sin perjuicio de la verdad que debe sostener y de la humildad que debe siempre conservar en su corazón. Le recomienda que siga siempre fielmente las reglas de la verdad, de la justicia y de la caridad, no dejándose seducir por las adulaciones, ni corromper con los regalos, ni quebrantar por la consideración de las personas. Recomiéndales sobre todo este último punto, y que tengan mucho cuidado en no abandonar jamás la verdad por miedo de lo que dirán las criaturas, sino que se sobrepongan á su juicio y que no teman más que al Señor.

Por lo tanto no quiere que bajo pretexto de defender la verdad, sean firmes hasta la duzeza y no consulten más que la justicia rigurosa á expensas de la misericordia; porque recomienda esta especialmente, y puede decirse que la humildad y la dulzura son las dos principales virtudes que de ellos se exigen, sin que por esto abandonen las demás.

Cuando el santo dice en su regla que los priores no deben pasar los límites de su autoridad, dá á conocer que ella es limitada, y que no la tenían tan estendida sobre sus familias como la tenía el superior sobre todo el monasterio. Ella consistía principalmente en velar sobre los hermanos confiados á su cuidado, á fin de que observasen fielmente la regla y toda la disciplina del monasterio. Consistía en enderezarles en todos los usos y ceremonias del coro, del rectorio y de las demás asambleas regulares. Consistía en andar siempre á su cabeza cuando iban al trabajo ó á algun otro ejercicio; en hablar por ellos y en su lugar, cuando las leyes del silencio y de la disciplina no permitían á los particulares hablar ó responder. Consistía en advertirles y corregirles, cuando faltaban á algun punto de la observancia, en instruirles y esclarecerles en sus dudas, y en estar siempre prontos para oír sus dificultades, sus tentaciones y penas interiores, y para responderles al instante y á propósito. Por esta causa estos priores debían ser personas instruidas en la vida espiritual y en la ciencia de la salvación, y versados en las Escrituras.

Pero, por otra parte, cuando se trataba de alguna cosa mayor que la infracción de las reglas y de una falta contra la disciplina, los priores debían advertirlo al superior del monasterio, sin lo cual eran ellos mismos reprendidos y algunas veces se les sujetaba á penitencia, como por haber coonestado con su silencio el pecado de su hermano, haciendo traición á su propia alma y á la del otro.

Estaba ordenado á los priores que consolasen á los hermanos de su familia que se hallaban en pena y tentacion, y se informasen de ellos del motivo de su tristeza cuando esta aparecia en su rostro; y si eran negligentes en hacerlo, ya por falta de compasion, ya por menosprecio de su hermano affligido, ya por altivez, ya porque sucediese que el superior mismo hubiese causado esta tristeza á aquel hermano con algun acto de injusticia, era depuesto de su cargo hasta que en su humillacion hubiese aprendido á ser más equitativo y tener más caridad.

Además, los priores hacian una instruccion tres veces por semana á los hermanos de su familia, y les hacian tambien dar cuenta de lo que habian retenido de las instrucciones del superior del monasterio, cuando este habia dado alguna.

Cada familia tenía sus edificios aparte. Los que eran del mismo oficio estaban reunidos en la misma familia. Así que, todos los zapateros estaban en la misma familia; los cerrajeros, los curtidores, etc. formaban tambien una misma familia; y todos juntos iban á sus trabajos, teniendo siempre á su prior á la cabeza y en defecto suyo á su segundo.

La primera familia era de aquellos á quienes se llamaba los ecónomos menores, ó ecónomos de segunda línea, que tenían cuidado de la mesa y de la cocina; la segunda era la de los enfermeros; la tercera de los porteros. Para esta se escogian personas graves y edificantes, llenas de caridad, y en estado de recibir á los huéspedes, cada uno segun su cualidad. Tenían tambien el cuidado de instruir á los que se presentaban para entrar en la órden hasta tanto que se les hubiese dado el habito religioso. Los priores de estas tres familias daban sucesivamente religiosos suyos para servir á los hermanos, y se les cambiaba todas las semanas, empezando la primera semana el de los ecónomos menores, y

despues el de los enfermeros y porteros. San Pacomio habia establecido tambien procuradores para fuera, los cuales estaban encargados de ir á comprar lo que era necesario para el servicio de la comunidad. Cada comunidad tenía su prior y su ecónomo. Este era algunas veces el mismo superior del monasterio, segun hemos dicho antes. Él daba al procurador el dinero necesario para la compra, y á su vuelta el procurador le devolvía lo que le habia quedado, no guardándolo jamás en su celda ni siquiera una sola noche.

Además de los ecónomos de cada monasterio, habia en Pabau el gran ecónomo de la Orden, y el procurador general destinado para ir á vender los trabajos de los hermanos y comprar la materia necesaria para hacer otros, la cual el ecónomo hacia en seguida distribuir entre los diferentes monasterios. De suerte que el ecónomo de Pabau tenía inspeccion sobre los trabajos de todos los monasterios, de los que llevaba cuenta exacta, que daba en la asamblea del mes de agosto, despues que cada superior habia en la misma dado la suya.

Tenian dos bajeles para el servicio de toda la Orden, destinados á llevar las mercaderías á Alejandria y otras partes, y á traer de allí provisiones. Hemos visto que Apolonio, prior de Moncosa, quiso tener un bajel particular para su monasterio, en tiempo del gobierno de Orsise, y el cisma que esto estuvo á punto de ocasionar en la Orden; porque San Pacomio quería que los bienes fuesen comunes á todos los monasterios, para hacer más estrecha y mejor cimentada la union de los diferentes miembros de su congregacion. ®

Finalmente todo estaba perfectamente bien ordenado en la órden de Tabennes tanto para lo espiritual como para lo temporal, y esta hermosa armonia estaba fundada únicamente para facilitar la santificacion de los hermanos. Así

que en cuanto á lo espiritual no les faltaba ningun medio para adquirir la perfeccion religiosa, y hasta los tenían en abundancia: instrucciones, lecturas, correcciones, oraciones, sacramentos, buenos ejemplos, todo era empleado por la regla y por la vigilancia de los superiores para hacerlos santos. En cuanto á lo temporal, las cosas estaban arregladas de tal manera que por esta parte no tuviesen solicitud alguna que, por poco que fué, pudiese apartarles del cuidado de su adelantamiento en la piedad, sino que al contrario más bien sirviesen para ayudarles á ella.

La regla del angel, segun refiere Paladio, manda dividir á todos los solitarios en veinte y cuatro grupos segun el número de las veinte y cuatro letras griegas, y dar á cada grupo el nombre de una de estas letras comenzando por la *alfa*, y terminando por la *omega*; de suerte que se acomodase este arreglo segun el humor é inclinacion de cada uno, y que se diese, por ejemplo, á los más inocentes y sencillos, el nombre de *iota*, que es la letra más pequeña y más sencilla, y el nombre de *xi* á los que eran de un temperamento pesado y difícil, tan bien designado por la figura bizarra é irregular de esta letra. Por este medio, cuando el superior quería informarse del temperamento de alguno de sus solitarios, fácilmente podía comprender cuál era, al señalarle la letra en la que le habian puesto. Pero esto era un misterio en la Orden, el cual solo era conocido por aquellos á quienes habia sido dada su inteligencia para el gobierno.

Bulteau hablando de esto, dice que cada bando ó casa de religiosos, esto es, lo que nosotros hemos llamado las familias, debía ser marcada por una letra del alfabeto griego; y añade que ordinariamente se ponian en la misma casa los religiosos que se ocupaban en los mismos trabajos. Pero esto no deja de tener su dificultad; porque estaba establecida esta division segun las letras del alfabeto griego

para designar el caracter de cada particular, más bien que para indicar las diferentes familias. De suerte que, si servia para indicar las familias, hubiera sido necesario que todos los que fuésen de un carácter cándido é inocente hubiesen sido de la misma familia, lo cual no habría sido un gran inconveniente para aquellos, pero hubiéralo sido muy grande si se hubiesen colocado en la misma familia los que eran de un carácter pesado y difícil, designado por la letra *xi*, puesto que muchas personas de este carácter no pueden vivir mucho tiempo juntos.

Parece, pues, que esta division de los religiosos de Tabennes segun las veinte y cuatro letras del alfabeto, no era para distinguir las casas ó familias, sino solamente para distinguir los caracteres religiosos, y los cuales en la lista que el superior tenia de sus nombres, estaban divididos en veinte y cuatro clases, segun el nombre de aquellas letras, y colocado cada uno bajo una de ellas que designaba su carácter. Podemos creer tambien que se servian de las letras del alfabeto griego para distinguir las familias, señalando á cada una de ellas con una letra; y en esto no hay ningun inconveniente, y hasta se encuentra sobre el particular algun indicio en la regla.

Tal era, pues, el gobierno de la orden de Tabennes considerado en general. Ahora hay que entrar en los detalles de la disciplina.

Aun cuando los monges de Tabennes fuesen en tan gran número como hemos dicho, no se sigue de ello que fuesen admitidos sin eleccion y sin pruebas todos los que pedian ser recibidos. Cuando se presentaba alguno para esto á la puerta del monasterio, no se le introducía al instante en el interior, sino que despues de haber dado de ello aviso al superior, se le dejaba fuera durante algunos dias para asegurarse de su buena voluntad con su perseverancia. Casiano dice que esto era á lo menos por espacio de diez dias, y que

durante todo este tiempo el pretendiente era obligado á postarse á los pies de los hermanos que pasaban, y que estos le despreciaban con humillantes reproches y palabras ásperas, ya para probar si su deseo era sincero, ya para ver si sería humilde, paciente y firme contra la tentacion.

Durante esta primera prueba examinábase con cuidado qué motivo le llevaba á la religion, y si se encontraba alguna circunstancia que fuése obstáculo á su recepcion, como si era esclavo ó estaba bajo el dominio de algun amo, ó en edad que exigiese absolutamente el consentimiento de los padres, ó enredado en obligaciones contrarias al estado que queria abrazar. Preguntábasele si estaba bien resuelto á abandonar la familia, los amigos, los bienes, y todo cuanto era de este mundo. Se le enseñaba la Oracion dominical y un cierto número de salmos, ó tantos cuantos pudiera aprender, con dos epistolas de San Pablo ó alguna otra parte de la sagrada Escritura; y cuando se le veia apto para la Orden, instruíasele en las reglas y costumbres del monasterio, y generalmente en todo cuanto tuviese que hacer, á fin de que no se alistase sin estar instruido en sus obligaciones.

Los porteros eran quienes estaban encargados de darle estas primeras instrucciones. En seguida se le vestía el hábito de novicio, y el superior guardaba en depósito los vestidos que se quitaba en un lugar destinado para esto, á fin de que se le pudiesen devolver si no perseveraba, ó se distribuyesen á los pobres, si Dios le concedia la gracia de perseverar. Casiano dice que esta ceremonia tenia lugar en la asamblea de los hermanos. Hay motivo para creer que no quiere hablar allí de la costumbre particular de Tabennes, sino de la costumbre bastante comun en los monasterios de Egipto; porque, en Tabennes, no se introducía al novicio en el interior hasta que hubiese vestido el hábito religioso.

El mismo autor hace notar que se examinaba con atencion si el novicio conservaba en su corazon algun afecto hácia los bienes que dejaba ó si se reservaba algo. Dice que de ninguno se recibía dinero, ni siquiera para ser aplicado al provecho comun del monasterio, y esto por dos razones: la primera por miedo de que quisiera valerse del don que habria traído, ó se desdenase, por espíritu de orgullo, de estar al nivel de los otros hermanos más pobres que él; la segunda, á fin de que si llegase á perder el espíritu de su estado por esta falta de humildad, y á querer dejar el hábito, la Orden no tuviese que disputar por él por cuestion de intereses temporales, con motivo de lo que habria recibido, lo cual podía ocasionar escándalo ó turbacion.

Pero aun cuando, segun Casiano, venía á ser una ley en Tabennes el no recibir cosa alguna de los novicios, hubo sin embargo ejemplos de lo contrario, aun en tiempo de San Pacomio, quien recibió la familia entera de Psenebe, padre de Petronio, con todos sus bienes; pero este es un caso particular que debe mirarse como una excepcion de la regla; tanto más que Psenebe no dió sus bienes sino á medida que toda su familia entró en la órden, y que fué propiamente para fundar un nuevo monasterio. Asi que hay mucha diferencia entre el recibir dinero de los novicios ó admitir la fundacion de una nueva casa.

Después que el postulante habia sido revestido del hábito de novicio, el portero le tenia á su lado hasta la hora de la oracion, y entonces le llevaba á la asamblea de los hermanos, y le señalaba el sitio en que debía estar, (Cass., l. 4 inst. c. 7.) hasta tanto que viniese á tomarle el que debía tener cuidado de él. Casiano dice que no era por esto admitido al instante á la compañía de los hermanos, sino que permanecía un año entero bajo la conducta del portero, para ejercitarse en la humildad y paciencia, sirviendo á los huéspedes y forasteros, y que, trascurrido el año, pasaba á po-

nerse bajo la direccion de un dean ó jefe de diez jóvenes hermanos, el cual le ejercitaba en las virtudes religiosas. Pero como ni en las vidas ni en las reglas de los religiosos de Tabennes encontramos que se haga mencion de estos deanes, quizás tomó las casas ó familias, de las que hemos hablado antes, por compañías compuestas regularmente de diez personas en lo cual se habría equivocado. Esto hace notar Tillemont.

Nada recomendaba tanto San Pacomio á los novicios como el renunciar á su voluntad y la práctica de la obediencia; y en esto insistian perpétuamente los que estaban encargados de su educacion. Advertíaseles que escuchasen las órdenes de los superiores con el mismo respeto, y las ejecutasen con la misma prontitud que si se las hubiera dado Dios. No se quería en manera alguna que razonasen en su espíritu sobre lo que se les mandaba; sino que renunciassen á sus propias luces para no guiarse más que por las de los superiores, y para acostumbrarles á esta obediencia ciega se les combatia en todo sus deseos y sus inclinaciones, y se les mandaba algunas veces cosas que chocaban aparentemente con la razon, pero que les servian para adquirir la sabiduría evangélica.

No les era permitido ir á parte alguna sin permiso, ó al menos sin saberlo el que estaba encargado de su conducta. Estábales tambien muy recomendado que manifestasen sus tentaciones y todo cuanto pasaba en su interior, ya para facilitarles el medio de adquirir la humildad y una perfecta dependencia, ya para impedir que el demonio les engañase con alguna secreta ilusion; y se les advertía que este era uno de los más peligrosos artificios del demonio para apartarles de esta saludable práctica.

Tambien se obligaba á los nuevos religiosos á aprender á leer, si ya antes de entrar no hubiesen aprendido. Esto se prescribe expresamente en el artículo 80 de la regla.

Hay un artículo de la regla del ángel, tal como se encuentra en la version de Denis el Pequeño, en donde se dice que el que entre en el monasterio no podrá ocuparse en él durante los tres primeros años en los estudios más sagrados, *studiis sacratoribus*; lo que Arnaud ha traducido por el estudio de la sagrada Escritura; sino que se dedicaria solamente con simplicidad á los trabajos que le fuesen ordenados, y que despues de esto entraria en la carrera de los combates espirituales. Pero esto significa solamente que no se permitia á los jóvenes religiosos en los tres primeros años el aplicarse á investigar el sentido más profundo y más misterioso de la Escritura; porque esto estaba sobre su capacidad, y su principal estudio en aquel tiempo debía ser el ejercitarse en actos de humildad y de obediencia, y en otras prácticas que se les prescribian.

Hasta parece que este lugar de la regla del ángel, tal como la trae Paladio, significa solamente que durante estos tres años, los novicios no eran admitidos á la compañía de los demás hermanos, puesto que estaban, como se practica todavia esto hoy dia en las órdenes religiosas, bajo la dependencia de un padre, maestro ó superior particular, que vela más de cerca sobre ellos.

La edad no era un obstáculo para ser recibido en Tabennes, pues se recibian allí á viejos y á niños; estos últimos, por cierto, con el consentimiento de los padres, segun se ve en el artículo 26 de la regla. Con frecuencia se habla de esos niños que se educaban en el monasterio de Tabennes, no solo en la Vida de San Pacomio sino tambien en su regla. Este Santo tenía un zelo grande por su educacion en la piedad, (Boll. v. 1. Pach., c. 3, n. 12.) á causa de la compasion que le hacia la ternura de su edad, y por el bien que podia procurarles educándolos desde entonces en el servicio de Dios.

Decía que en esta edad (Ibid. c. 4, n. 32.) fácilmente

podían adquirir el feliz hábito de andar en la presencia de Dios, y hacer por medio de piadosos esfuerzos grandes progresos que les hiciesen llegar á una elevada perfeccion, á ejemplo de Samuel. Comparábalos á una tierra que produce á proporcion de la cultura que recibe, y que no produce más que espinos cuando se la abandona, y aun cuando se la descuida, despues de haber echado en ella buena semilla; de suerte que si se quiere en seguida hacer que produzca buen grano, cuesta muchísimo el desmontarla, aun cuando trabajen muchos en ella.

Quería que se les concediera descanso, y se les alimentase segun su necesidad, pues estaba persuadido que sin estos alicientes, no podían facilmente en una edad tan tierna sostenerse en la virtud. Comían en el refectorio y trabajaban con los hermanos; pero la regla prohibía absolutamente á los religiosos que se entretuviesen en reír ó jugar entre si, bajo pena de ser muy severamente castigados, despues del tercer aviso. Dícese tambien en la regla que si eran demasiado inclinados al juego y á la pereza, el jefe de la familia les advirtiese y les corrigiese durante treinta dias; pero si despues de aquel tiempo persistían en la misma falta, ó caían en una falta más grave, el jefe de la familia advirtiese de ello al superior del monasterio bajo pena, si no lo hacía, de ser él mismo castigado á proporcion de la grandeza de la falta de la que fuesen culpables los niños. La regla añade que si se ve que alguno de ellos es insensible á las amonestaciones que se le hacen, y que en lugar de sentir las, muestra más bien descaro por falta de temor de Dios, no bastando en este caso las palabras para corregirle, se emplearán las varas hasta que muestre más temor y docilidad.

El hábito de los religiosos de Tabennes era, segun Sozomeno, diferente del de los otros solitarios de Egipto. Consis-

tía en primer lugar en una túnica de lino burdo á manera de saco, que colgaba hasta la rodillas, y no tenía mangas, ó á lo menos no las tenía más que hasta los codos. A esto llamaban el leviton, y no se lo quitaban de dia ni de noche, como tampoco el ceñidor con que se lo ataban. En segundo lugar llevaban encima una piel adobada de cuero de cabra, que les cubría las espaldas desde el cuello, y bajaba por detrás tan abajo como el leviton. A esto llamaban el *melote*, otros la capilla ó muceta, y quizás este sea su origen. En tercer lugar llevaban en la cabeza una capucha de lana sin pelo y que no llegaba más que hasta las espaldas; esta capucha estaba separada de la capilla. Había encima la marca del monasterio y de la familia á que pertenecía el religioso. Paladio dice que también se ponía en ella una cruz de color de púrpura. Sozomeno y Casiano añaden á esto el *anóbolo* ó escapulario. Llevaban tambien algunas veces una capa diferente de la capilla ó de la muceta. Casiano habla de ella, y de la misma se habla tambien en más de un lugar de la regla. Se dice en el artículo 35, que cuando vayan al trabajo, no lleven la pequeña capa sin permiso de su superior.

San Jerónimo dice que llevaban sandalias, y esto parece tambien deducirse de que tenían zapateros en el monasterio, que las hacían para su uso, y tambien de que las proporcionaban á sus religiosas, cuyo hábito casi no se diferenciaba del suyo. Sin embargo, no se servían siempre de ellas; de donde procede que tuviesen instrumentos para quitarse las espinas de los pies. Vimos en la Vida de San Pacomio que, estando todavia bajo la disciplina de San Pallemon, iba por el desierto con los pies desnudos. Parece tambien que San Teodoro y algunos otros andaban de la misma manera segun puede conjeturarse por ciertos rasgos de la vida de este Santo. Por último, tenían todos un baston para el viaje, y Casiano habla de él de una manera

que hace creer que lo llevaban á todas partes ; pero esto no debe tomarse en un sentido riguroso. Estaba muy expresamente prohibido por la regla el añadir al hábito cosa alguna que pudiese servirle de adorno.

Sozomeno y Casiano dan una explicacion moral del hábito de Tabennes. » Llevan ellos, dice este último, de dia y de noche, una pequeña capucha que baja desde la cabeza á las espaldas, y que les cubre solamente la cabeza, á fin de que se acuerden continuamente de imitar la inocencia y sencillez de los niños, llevando el mismo hábito y el mismo velo que ellos. Tienen pequeñas túnicas de lino, cuyas mangas apenas llegan hasta el codo y les dejan desnudo lo restante del brazo para enseñarles que deben cortar de sí mismos todas las acciones y todas las obras del siglo. Además, este vestido les enseña á morir á todo y á escuchar aquella leccion del Apóstol : *Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra : y aquella otra : Estais muertos, y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios.* (Coloss. 3, v. 5.) Tienen dos pequeñas tiras de lana que bajan desde lo alto de las espaldas, se separan luego, y vienen á juntarse sobre el estómago ajustando el hábito y apretándolo sobre el cuerpo para dejarles de este modo los brazos libres para toda suerte de trabajo, á fin de que puedan decir con el Apóstol : *He trabajado con mis manos, no solamente para alimentarme, sino para alimentar tambien á los que conmigo estaban.* Tienen una pequeña capa sobre la túnica y el escapulario, la cual indica así por su forma, que es estrecha y apretada, como por la materia, que es vil y toska, que buscan tanto la humildad como la pobreza. Tienen la capilla de piel de cabra á imitacion de los del Antiguo Testamento, que han trazado la vida de los anacoretas, y de los cuales habla San Pablo á los Hebreos (c. 11, v. 38), y esta capilla les indica que deben mortificar todos los movimientos de las pasiones carnales, sin permitir que quede

en ellos nada de los arrebatos de su juventud y de su ligereza pasada.

« Llevan un baston á ejemplo de Eliseo (C. q.), para advertirles que jamás deben andar sin armas en medio de tantos vicios y espíritus de malicia que son como otros tantos perros que ladran sin cesar detrás de ellos. Finalmente no llevan zapatos (C. 10), sino que solo se sirven de sandalias en caso de necesidad, para enseñarles que si mientras nos hallamos en este mundo no podemos librarnos enteramente de las inquietudes del cuerpo, no hay que permitir que los pies, por decirlo así, de nuestra alma, que siempre deben estar prestos á correr por el camino espiritual, estén jamás cubiertos y envueltos por los cuidados del siglo, como por pieles de bestias envueltas, y que no debemos jamás pasar cuidado de lo que no nos es absolutamente necesario, y de lo que no mira más que á un placer inútil, que solo puede sernos peligroso. »

La regla del ángel, segun que es referida en la version de Denis el Pequeño, marcaba que se harian doce oraciones durante el dia, tantas á la hora de visperas y tantas por la noche. Paladio, Sozomeno, Nicéforo y Calixto (V. PP. 1. 8, c. 38. — Sozom. 1. 3, c. 13) añaden otras tres á la hora de nona ó á la hora de cenar. Este era todo el oficio de los religiosos de Tabennes ; y como San Pacomio encontrase que esto era muy poco para solitarios, el ángel le dijo que no les prescribiese más que esto, á fin de que los débiles lo pudiesen observar sin pena ; ya que los perfectos no tenían necesidad de esta regla porque, estando retirados en sus celdas y viviendo con una gran pureza de corazon, se alimentaban de la contemplacion y oraban continuamente.

Las visperas, y verosímilmente las completas, se decían por cada familia en particular ; pero todo el monasterio se juntaba para las demás oraciones, cuando menos para las

del principio del día y de nona, y se hacían en la iglesia ó capilla del monasterio.

Juntábase á los religiosos á son de corneta ó de trompeta (Ibid a. 2.). Parece sin embargo que esto se refería más á algunos oficios del día que al de la noche, para el cual es verosímil que se llamaba á las puertas de las celdas para advertir á los religiosos que fuesen á la oracion; un semanero era quien desempeñaba este cargo.

Nadie podía dispensarse de asistir á las oraciones, sin permiso. Los que tenían ocupaciones que no les permitían ir allá, ó que viajaban, debían hacerlas en particular á la hora ordinaria. Vimos en la Vida de San Teodoro que cuando conducía muchos religiosos á la montaña para cortar en ella madera durante algunos días, observaban el decir las oraciones en las mismas horas en que se decían en el monasterio.

Cada uno estaba obligado á salir de su celda y obedecer prontamente á la señal que llamaba á la oracion.

Había penitencias señaladas en la regla para los perezosos. Si alguno llegaba al oficio del día despues de la primera oracion, era reprendido por el superior en la Iglesia, y permanecía de pié en el refectorio, durante la comida. Guardábase alguna mayor indulgencia para el oficio de la noche, teniendo en consideracion la debilidad humana, y así no se imponía penitencia sino á los que llegaban despues de la tercera oracion.

Debíase observar en todas partes una modestia religiosa; pero en el oficio no quedaba impune la falta que se hacía en esta materia, por pequeña que fuese. Si alguno se había atrevido á reír ó á hablar, ó á murmurar entre dientes durante la oracion, al instante debía salir de su sitio, quitarse el ceñidor é ir á postrarse delante del altar. Allí el superior le daba una correccion proporcionada á su falta; y lo mismo hacía en el refectorio en presencia de los hermanos

reunidos para la refeccion. Nadie podía salir de la oracion sin pedir permiso al superior y decirle por qué causa tenía necesidad de salir de ella. Cuando un religioso llegaba de fuera en tiempo en que los hermanos hacían la oracion, no se le obligaba á ir á ella si estaba cansado.

Ofreciase el santo sacrificio de la misa el sábado y el domingo. En él comulgaban los hermanos segun su orden de profesion. Acercábanse á comulgar con los pies desnudos, sin ceñidor ni capilla ó capa de piel, puesto que así lo marcaba expresamente la regla del ángel. No habiéndole permitido á San Pacomio su humildad el recibir las órdenes sagradas, aun cuando Serapion, obispo de Tentyro, le juzgaba muy digno de ellas, no quiso tampoco que ninguno de sus religiosos fuese elevado al clericalato, á fin de evitar todo sentimiento de ambicion y todo deseo de preeminencia, de donde nacen luego, decía él, contiendas, envidias y divisiones en los monasterios.

Así pues, cuando se debían celebrar los santos misterios, enviaba á rogar que viniese algun sacerdote de los otros monasterios ó de las iglesias vecinas.

Aun cuando San Pacomio no quiso que sus religiosos aspirasen á las órdenes sagradas, no se negaba á admitir en su congregacion á los eclesiásticos que á ella se presentaban para recibir el hábito monástico (Boll. v. S. Pac. c. 3, n. 18.). Hacíales tratar con el honor debido á su caracter, pero quería que fuesen sumisos á la regla de la comunidad totalmente como los demás religiosos.

Los religiosos de Tabennes añadían la oracion mental á la vocal y, como nota muy bien el comentador de Casiano, su uso era tan familiar entre los monges que parece que principalmente á causa de este ejercicio se les llamaba ascetas ó ejercitantes. Estaba prohibido á los religiosos hacer la oracion mental con la cabeza cubierta, sin duda por respeto á la presencia de Dios.

Las ocupaciones exteriores no interrumpian su meditacion; y como, segun observa Casiano, (Cass. l. 2, inst. c. 4.) no estaban jamás ociosos, así tambien jamás estaban sin meditar.

Para facilitarles el uso de la meditacion, teniendo siempre sujetos dispuestos á servir á sus piadosas reflexiones, se les obligaba á aprender de memoria lo que podían de la sagrada Escritura; á lo menos los salmos, los libros sapienciales y el Nuevo Testamento, en el cual pudiesen estudiar la vida y las divinas máximas de Nuestro Señor Jesucristo.

La lectura espiritual estaba tambien expresamente recomendada en Tabennes. Había en el monasterio una biblioteca formada, en la que los libros estaban arreglados en buen orden, y de la cual estaban encargados el ecónomo y su segundo. Cada dia distribuian á los religiosos el libro de que cada uno tenía necesidad, y lo retiraban por la noche, porque nadie podía guardarlo inútilmente en su celda. Estaba ordenado que se tuviese gran cuidado de él, tanto que la regla prohibía que cuando se iba al oficio ó al refectorio, dejase nadie su libro abierto en la celda.

Era preciso que su biblioteca fuese considerable puesto que el número de los religiosos á quienes se proporcionaban libros era tan grande en cada monasterio, á más de que no quedaban pocos en la biblioteca.

Esta es la observacion que hace don Mabillon en su *Tratado de los estudios monásticos*. Tambien tenían libros para el servicio del coro, como se deduce del artículo 114 de la regla. Además, había entre ellos, segun Paladio, como lo veremos en otro lugar, religiosos destinados á copar y transcribir libros.

Su principal estudio era el de la sagrada Escritura. Meditábanla no solamente de dia sino tambien durante una gran parte de la noche, puesto que despues del oficio de media noche no se acostaban, sino que aguardaban el de

la mañana trabajando, á fin de impedir el sueño, y repasando en su espíritu algun pasage de los Libros santos. Cuando eran detenidos por algun pasage oscuro ó que no entendian bien, iban al superior del monasterio ó al prior de la familia para que les diera su explicacion. Vemos en la Vida de San Pacomio y en la de San Teodoro que ellos los explicaban frecuentemente; y en la doctrina de Orsise está recomendado que los superiores se hallen en estado de resolver las dificultades de los hermanos, cuando se las propongan. Esto hace ver que debian estar versados en las sagradas Escrituras, y en estado de desarrollar los misterios sagrados.

Además de los libros sagrados, leian tambien los libros de los santos Padres, ó las obras ascéticas. Pero quanto San Pacomio queria que se bebiese la doctrina espiritual en los autores eclesiásticos que eran ortodoxos, tanto prohibía leer los libros de Orígenes, ó de los otros escritores que habían caído en el error; y tomaba un cuidado particular de alejar de su monasterio toda obra que pudiese corromper la fe de sus religiosos.

Capítulo II.

Frecuentemente se ha hablado no solo en la vida sino tambien en la regla de San Pacomio, de las disputas ó conferencias espirituales. El prior de cada familia hacía á sus religiosos la conferencia tres veces por semana, la cual ellos escuchaban sentados ó de pié, colocados siempre segun el orden de profesion.

A más de estas conferencias de los priores, el superior del monasterio hacía una todos los sábados y dos el domingo, en un lugar destinado para esto. Asistían á ellas todos los religiosos del monasterio, y cada familia tenía su lugar señalado, así como cada religioso tenía su orden

Las ocupaciones exteriores no interrumpian su meditacion; y como, segun observa Casiano, (Cass. l. 2, inst. c. 4.) no estaban jamás ociosos, así tambien jamás estaban sin meditar.

Para facilitarles el uso de la meditacion, teniendo siempre sujetos dispuestos á servir á sus piadosas reflexiones, se les obligaba á aprender de memoria lo que podían de la sagrada Escritura; á lo menos los salmos, los libros sapienciales y el Nuevo Testamento, en el cual pudiesen estudiar la vida y las divinas máximas de Nuestro Señor Jesucristo.

La lectura espiritual estaba tambien expresamente recomendada en Tabennes. Había en el monasterio una biblioteca formada, en la que los libros estaban arreglados en buen orden, y de la cual estaban encargados el ecónomo y su segundo. Cada dia distribuian á los religiosos el libro de que cada uno tenía necesidad, y lo retiraban por la noche, porque nadie podía guardarlo inútilmente en su celda. Estaba ordenado que se tuviese gran cuidado de él, tanto que la regla prohibía que cuando se iba al oficio ó al refectorio, dejase nadie su libro abierto en la celda.

Era preciso que su biblioteca fuese considerable puesto que el número de los religiosos á quienes se proporcionaban libros era tan grande en cada monasterio, á más de que no quedaban pocos en la biblioteca.

Esta es la observacion que hace don Mabillon en su *Tratado de los estudios monásticos*. Tambien tenían libros para el servicio del coro, como se deduce del artículo 114 de la regla. Además, había entre ellos, segun Paladio, como lo veremos en otro lugar, religiosos destinados á copar y transcribir libros.

Su principal estudio era el de la sagrada Escritura. Meditábanla no solamente de dia sino tambien durante una gran parte de la noche, puesto que despues del oficio de media noche no se acostaban, sino que aguardaban el de

la mañana trabajando, á fin de impedir el sueño, y repasando en su espíritu algun pasage de los Libros santos. Cuando eran detenidos por algun pasage oscuro ó que no entendian bien, iban al superior del monasterio ó al prior de la familia para que les diera su explicacion. Vemos en la Vida de San Pacomio y en la de San Teodoro que ellos los explicaban frecuentemente; y en la doctrina de Orsise está recomendado que los superiores se hallen en estado de resolver las dificultades de los hermanos, cuando se las propongan. Esto hace ver que debian estar versados en las sagradas Escrituras, y en estado de desarrollar los misterios sagrados.

Además de los libros sagrados, leian tambien los libros de los santos Padres, ó las obras ascéticas. Pero quanto San Pacomio queria que se bebiese la doctrina espiritual en los autores eclesiásticos que eran ortodoxos, tanto prohibía leer los libros de Orígenes, ó de los otros escritores que habian caido en el error; y tomaba un cuidado particular de alejar de su monasterio toda obra que pudiese corromper la fe de sus religiosos.

Capítulo II.

Frecuentemente se ha hablado no solo en la vida sino tambien en la regla de San Pacomio, de las disputas ó conferencias espirituales. El prior de cada familia hacía á sus religiosos la conferencia tres veces por semana, la cual ellos escuchaban sentados ó de pié, colocados siempre segun el orden de profesion.

A más de estas conferencias de los priores, el superior del monasterio hacía una todos los sábados y dos el domingo, en un lugar destinado para esto. Asistían á ellas todos los religiosos del monasterio, y cada familia tenía su lugar señalado, así como cada religioso tenía su orden

de profesion en la familia á que pertenecía; de suerte que por muchos que fuesen, jamás habia entre ellos confusion. Esto llamó la atencion á Ammon, cuya carta tantas veces hemos citado en la Vida de San Teodoro. Él confiesa que la primera vez que se halló en la primera asamblea de los hermanos, quedó muy maravillado al ver el hermoso orden que allí reinaba. San Pacomio tenia costumbre de hacer una conferencia todas las tardes. Instruía tambien muy frecuentemente á sus religiosos después del oficio de la noche.

El tiempo de estas conferencias era por la tarde, hácia las cuatro ó las cinco, después del trabajo y de la refeccion, y antes del oficio de vísperas. Hay probabilidades de que San Teodoro las hacia más tarde; puesto que se dice en su Vida que iba todas las noches, desde su monasterio al de San Pacomio para oírle, y que luego volvía para hacer partícipes á sus religiosos de lo que habia oído.

La conferencia terminaba con la oracion, á fin de obtener de Dios la gracia de saberse aprovechar de su santa palabra. Cada uno se retiraba en seguida á su celda para meditar hasta la hora de vísperas las verdades que habia oído, lo cual era una verdadera meditacion. Después de las vísperas, los hermanos se juntaban de nuevo para hablar juntos de la conferencia. El prior preguntaba tambien á cada uno lo que de ella habia retenido.

Dícese en la regla que si estando sentado un religioso durante la conferencia se deja llevar del sueño, el superior ó el prior le obligará á ponerse de pié por todo el tiempo que juzgare á propósito. Está prescrito además que nadie se dispense de asistir á ella; que acudan á la misma al instante que oigan la señal para ella; que no se encienda fuego para calentarse hasta después de la conferencia y que si alguno faltase en estas cosas sea castigado como el que en ella se hubiese dejado llevar del sueño.

Hemos dicho que habia un tiempo señalado en el que conferenciaban entre sí sobre las instrucciones que habian oído. Fuera de este tiempo de las conferencias, los religiosos de Tabennes guardaban un riguroso silencio, y como este tiempo no era largo, su silencio duraba casi todo el dia. Guardábanlo no solamente durante la refeccion sino tambien mientras trabajaban.

Estaba prohibido el contar en un monasterio lo que se habia sabido en otro; decir en una familia lo que se habia oído en otra familia; repetir en el monasterio lo que se habia sabido en el campo, ó en el campo lo que se habia sabido en el monasterio; y tambien el hablar de lo que se habia visto en viage. La regla detalla todo esto; y esta ley estaba sabiamente establecida, no solo para cortar las conversaciones inútiles, sino tambien para reprimir en los religiosos la curiosidad de saber lo que hacian los religiosos de otra familia ó de otro monasterio, y á fin de que no se ocupasen en otra cosa que en lo que miraba á ellos mismos.

Siendo el fin de la institucion de Tabennes llevar las almas á la perfeccion evangélica, todo conspiraba á formar á los religiosos en las diferentes virtudes. Pero las que en ella se recomendaban con mayor instancia como que servian más para adquirir las otras y para el sosten de la regularidad, eran la obediencia y la pobreza. En esto tambien se fija principalmente Orsise en su doctrina espiritual, y esto es lo que más detalla la regla de San Pacomio.

Hablando Casiano de la obediencia de los religiosos de Tabennes dice « que esta docilidad y obediencia es tal, que no vemos á nadie en nuestros monasterios que pueda imitarla solamente durante un año. »

Vimos al hablar de los novicios que los que tenian cuidado de ellos procuraban sobre todo ejercitarlos en renunciar á su propia voluntad; « porque, dice Casiano, muchas

esperiencias habian enseñado que los religiosos, sobre todo los más jóvenes, no podían resistir bien á la concunspicencia si no habian mortificado su voluntad con la obediencia. Así que aseguraban sin temor, que un religioso jamás llega á apagar en sí el fuego de la cólera, ó de la tristeza, ó de la impureza, ni siquiera á adquirir una verdadera humildad, ni podía vivir mucho tiempo con sus hermanos en una paz firme y duradera, ni finalmente perseverar en el monasterio, si antes no habia aprendido á someter su voluntad á la de sus superiores. »

Tales eran, segun este autor, los motivos que inducian á los superiores de Tabennes á formar desde el principio á sus discípulos en la obediencia; lo que debe servir de leccion á todos los que en las comunidades religiosas tienen el cargo de educar á los novicios.

Casiano se extiende todavía largamente sobre la perfeccion de la obediencia en Tabennes. Para encerrar en pocas palabras todo lo que á esta se refiere, referimos esta prescripcion de la regla: *Nadie saldrá, ni hablará, ni permanecerá en lugar alguno sin permiso del superior.*

Los superiores empleaban tres medios para corregir á aquellos de sus religiosos á quienes veian faltar á sus deberes. El primero era la oracion y penitencia delante de Dios, humillándose en su presencia, ayunando y macerando su cuerpo para atraer sobre la correccion que debían hacer su divina bendicion, y la gracia de una perfecta conversion en los culpables. El segundo era advertirles y exhortarles, ó con dulzura ó con fuerza, en particular y muchas veces, segun que era necesario, sirviéndose de todos los motivos que la fe y la piedad inspiraban para reducirlos á sus deberes. El tercero era la reprension y penitencia proporcionada á la falta y á la cualidad del religioso, pero sobre todo á la edad; porque se condescendía más con los jóvenes, por no tener el juicio bastante sólido y pecar más por

fragilidad, que con aquellos á quienes su edad avanzada hacía menos escusables.

No á toda clase de superiores era permitido imponer penitencias arbitrarias. Los priores de las familias velaban sobre sus religiosos; pero, segun lo hemos indicado ya, sus derechos eran limitados.

Se encuentra en la regla que los ancianos de los monasterios eran propuestos para zanjar las diferencias que surgian entre los inferiores y los superiores ó sus vicarios; pero esto era en casos urgentes, aguardando á que se pudiese recurrir á los superiores que tenían derecho á remediarlas.

Si el superior de un monasterio faltaba y abandonaba la verdad como dice la regla ó por malicia ó por negligencia notable, se juntaban veinte religiosos, ó diez, ó á lo menos cinco, todos recomendables por su piedad y generalmente reconocidos por tales por todos los hermanos, y ellos le hacian su proceso y le deponían de su cargo, si su falta lo merecía.

Cuando los hermanos decían su culpa, se quitaban el ceñidor, lo cual era una señal de humillacion, se postraban, escuchaban humildemente la correccion del superior, y prometían enmendarse. Cumplían en seguida la penitencia que les era impuesta, ó en la iglesia, ó en el refectorio.

Casiano reúne en general en un solo capítulo (Cass. inst. 1. 4, c. 16.) las faltas por las cuales habia obligacion de hacer una penitencia pública. « Si un religioso, dice él, rompe por casualidad un vaso de tierra, no puede reparar su falta de otra manera que haciendo por ella penitencia pública. Así que cuando los hermanos están reunidos en la iglesia permanece postrado para pedir perdon de su falta, hasta que se acabe el oficio á fin de obtener su gracia, cuando el superior le mande levantarse. »

« La misma penitencia está prescrita para el que llega demasiado tarde al trabajo ó al oficio ; que comete alguna ligera falta al rezar un salmo ; que da alguna respuesta inútil, ó un poco dura y atrevida ; que hace negligentemente lo que le está encomendado ; que cae en una ligera murmuración ; que profiere la lectura al trabajo ó á alguna otra cosa que se le haya encomendado, y la mira por consiguiente con indiferencia ; que al salir del oficio no se retira pronto á su celda ; que se detiene á hablar, aunque no sea más que por un instante, con algun otro ; que se aparta á algun lugar escondido ; que toma por la mano á otro hermano ; que se atreve á conversar con un religioso que no vive en la misma celda que él ; que ora con algun hermano privado de la oración comun ; que ve a alguno de sus parientes ó amigos, y le habla sin ser acompañado de un anciano ; que recibe cartas ó responde á ellas sin permiso del superior. Se contenta con castigar estas faltas ú otras semejantes, de la manera que acabamos de decir.

« Pero se castigan más severamente las que son más considerables, tales como las injurias, los desprecios manifiestos, las contradicciones con orgullo, la libertad que uno se toma de ir á donde guste, la familiaridad con las mugeres, las disputas, las querellas, el atrevimiento de emprender alguna obra por sí y ante sí, el amor a las riquezas, la posesión de algun mueble superfluo y que los demás no tienen y las comidas hechas ocultamente. Estas y otras faltas de semejante trascendencia se castigan, no digo ya con la simple reprensión de que he hablado, sino ó con algun castigo corporal, ó echando del monasterio á los que son convencidos de ser culpables de ellas. »

Despues de la obediencia, nada recomienda tanto San Pacomio en sus reglas como la pobreza religiosa ; y en ella se fija principalmente Orsise en su *Tratado espiritual*. El

fin de San Pacomio en esto era desasir el corazón de sus religiosos de todos los afectos de las cosas de la tierra, eximirlos de la solicitud de los bienes de este mundo, y librarlos enteramente de la servidumbre de la avaricia y codicia, á fin de que, no teniendo ningun estorbo temporal, pudiesen elevarse á Dios con un corazón puro y libre de los cuidados del siglo.

Así que quería que, por una parte, los religiosos se confiasen enteramente á sí mismos para sus necesidades temporales á la caritativa solicitud de los superiores y oficiales del monasterio, y que no se cuidasen de tener la ropa, ó un utensilio, ó alguna otra cosa de que tuviesen necesidad, toda vez que los superiores tenían cuidado de proveerles ; y por otra parte quería que los superiores y los ecónomos estuviesen tan atentos en dar á los hermanos lo que estaba prescrito por la regla que, si llegaban á faltar á ello, fuesen castigados como culpables, no solamente de negligencia en un deber esencial, sino tambien por haber faltado á la caridad y haber escandalizado á sus hermanos.

A ningun religioso era permitido disponer de cosa alguna, aun cuando fuese de muy pequeña trascendencia. Así les estaba prohibido prestar, ó recibir, ó guardar en depósito cosa alguna, tanto de dentro como de fuera del monasterio sin expreso permiso.

Ellos no tienen, dice San Jerónimo sino una silla ó asiento de respaldo, que les sirve de cama, dos levitones, una capa, dos capuchas, una capilla de piel de cabra, un escapulario, un par de sandalias y un baston para el viage. He ahí todo su equipage. Nada llevaban consigo cuando iban de un monasterio á otro.

Por el mismo espíritu de pobreza, exigíaseles que tuviesen gran cuidado de las cosas que se les confiaban, o cuyo uso se les permitía. Los oficiales guardaban en buen orden

(Boll. v. S. c. 5, n. 58.) los levitones, las capillas, las mantas, los libros, los utensilios para cada oficio, en aposentos particulares en los que nadie sino ellos tenia permiso de entrar. A ellos se dirigian (Reg. S. Pach. á. 113.) cuando tenian necesidad de alguna de estas cosas. San Pacomio se sometia á todo esto, ya por fidelidad á la regla, ya para dar ejemplo á los demás; y habia tanta exactitud en esto que el artículo 39 de la regla prohibe tomar sin permiso hasta una sola hoja de palma de que se hacian las cestas. Cualquiera negligencia era castigada.

El religioso que tomaba alguna cosa que era del uso de otro, llevaba sobre sus espaldas lo que habia tomado, y hacia de este modo penitencia pública en la iglesia y en el refectorio en donde permancia de pié durante la recepcion. Pero el que era descubierto cometiendo un hurto, era castigado mucho más severamente; porque se le daban treinta y nueve latigazos, despues de lo cual se le ponía en un lugar separado fuera del monasterio, en donde no se le daba sino pan y agua. Además estaba obligado á asistir á todas las oraciones, haciendo penitencia pública con el cilicio sobre el cuerpo y la ceniza en la cabeza. A los fugitivos se les imponía la misma pena.

Cuando se encontraba algun objeto que otro hubiese perdido, se colgaba durante tres dias en el punto en que se hacia la colecta, á fin de que el que lo habia perdido pudiese volverlo á tomar.

A ningun religioso particular era permitido encender fuego para calentarse él solo, sino que se calentaban todos juntos en cada familia.

He ahí el orden que guardaban los religiosos cuando iban á trabajar fuera del monasterio. Cuando se daba la señal para ello, dejaban al instante toda otra ocupacion y salian de sus celdas, sin que ninguno pudiese dispensarse de ello, á menos que tuviese permiso, y sin que nadie se

atrebiese á llevar la capa. En seguida se colocaban segun el orden de profesion, y marchaban tan ordenadamente, guardando con toda exactitud el silencio y la modestia, y llevando á su cabeza al prior, que no se hubiesen atrevido á adelantar un paso. No podian preguntar á dónde se les llevaba ni qué trabajo iban á hacer. Bastábales seguir al prior y ejecutar en seguida sus órdenes. Mientras iban andando, meditaban sobre algun pasage de la sagrada Escritura. Si en el camino encontraban á alguien que quisiese hablar á alguno de ellos, el prior respondía por él.

Durante el trabajo continuaban entreteniéndose interiormente con alguna verdad de la Escritura, ó cuando menos trabajaban en silencio. Habría sido una gran falta hablar entre ellos de las cosas del mundo. No podian sentarse sin permiso durante el trabajo. Finalmente, al volver al monasterio, volvian á llevar los instrumentos de que se habian servido. Todo esto está detallado en el artículo 33 de la regla.

Por la noche se disponia lo necesario para el trabajo ordinario del dia siguiente, ó se les suministraban los materiales para él. Si algun religioso llegaba de fuera despues de haber hecho este arreglo, se le suministraba por la mañana lo que le era necesario para el trabajo. Cuando se habia terminado una obra, se advertía al prior para que señalara otras.

Estaba muy expresamente prohibido á los superiores el cargar con exceso á los religiosos. Debían usar de moderacion, regulando el trabajo segun las fuerzas de cada uno, á fin de que estos se aplicasen á él sin tristeza y sin murmurar. Los religiosos no debian quejarse sin motivo.

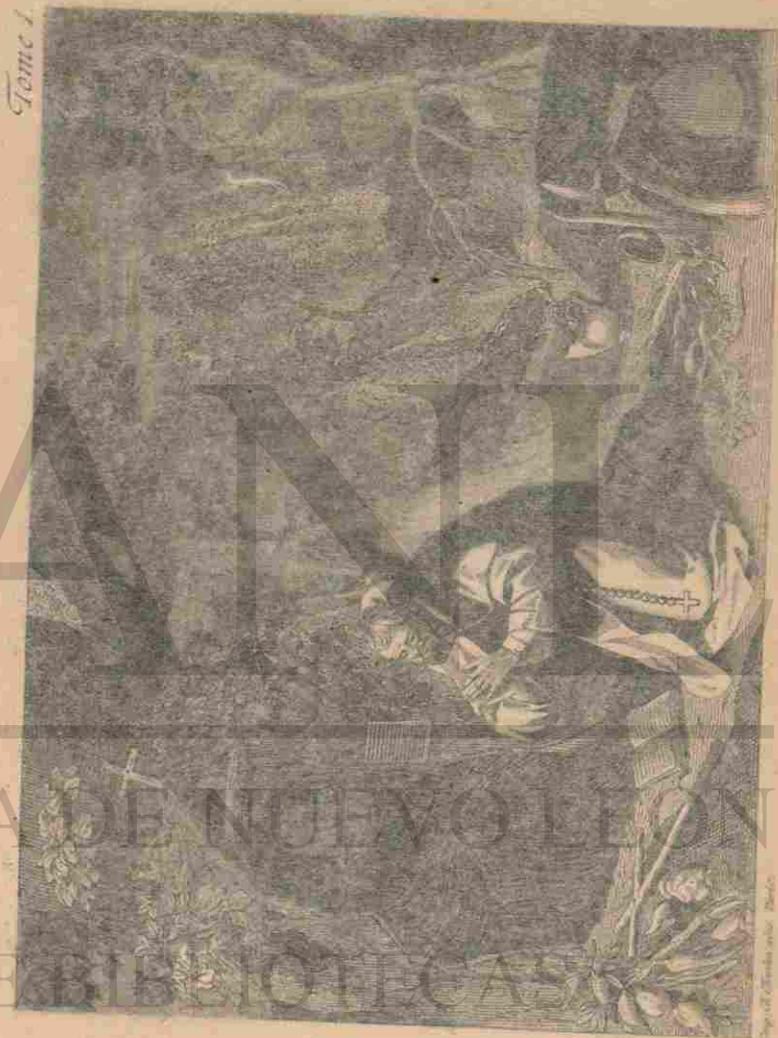
Si un religioso murmuraba porque se le hacia trabajar demasiado, oíanse caritativamente sus quejas, y se satisfacía á ellas si eran justas; pero si no tenía razon y se veía

que esto no era más que por pereza, por haraganería por mal humoró por falta de virtud, se le probaba hasta cinco veces con razones que no tenían réplica, que se quejaba injustamente; y si este á pesar de esta condescendencia continuaba refunfuñando, metíasele en la enfermería, en donde le alimentaban sin hacer nada como un enfermo, hasta que la vergüenza de verse ocioso entre tantos religiosos laboriosos, le hiciese volver sobre sí mismo y le hiciese más dócil.

Casiano, Rufino y Paladio, no hablan de los religiosos de Tabennes más que como personas de una rigurosa abstinencia (Cass. inst., h. 4, c. 1); pero ellos no la practicaban igualmente. La regla del ángel se expresa en estos términos: « Permitted á cada uno segun sus fuerzas que beba y coma y obligadles á trabajar á proporcion de lo que coman, sin impedirles que lo hagan con moderacion ó que ayunen; imponiendo mayores trabajos á los más robustos y á los que comieren razonablemente, y menores trabajos á los débiles y á los que ayunaren. »

La regla general del monasterio era comer á medio dia y á la noche. (Ibid. c. 39.) Las mesas estaban dispuestas desde las nueve de la mañana. Los enfermizos iban á ellas á medio dia, otros á la una, otros más tarde, cada uno segun sus fuerzas ó segun la familia á que pertenecia. A los que querían observar una abstinencia más rigurosa, se les permitia comer en sus celdas, en donde no tenían sino pan y agua una vez al dia, ó dia por otro; y algunos hasta pasaban dos, tres ó cuatro dias sin comer, sobre todo en cuaresma.

Casi no habia más que los enfermizos, ancianos y niños que hiciesen dos refecciones. La mayor parte no hacia más que una, á menos que estuviesen muy fatigados por un penoso trabajo. Había quienes, durante la cuaresma, despues de haber pasado todo el dia sentados trabajando, permanecian toda la noche en oracion.



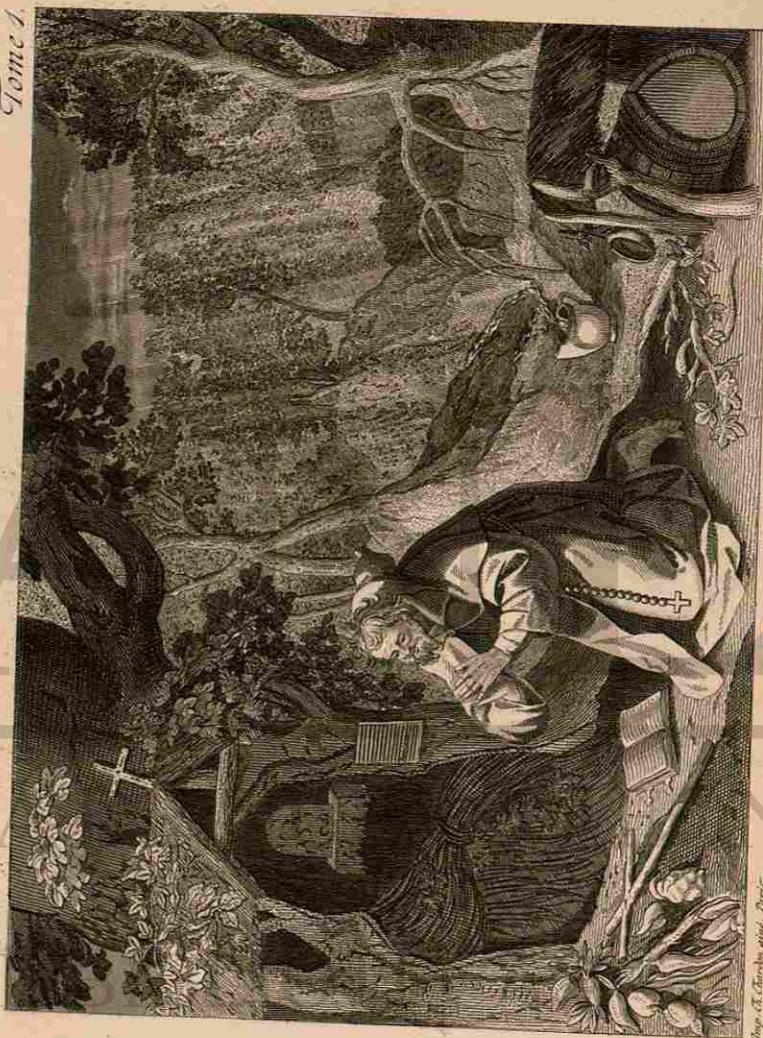
que esto no era más que por pereza, por haraganería por mal humoró por falta de virtud, se le probaba hasta cinco veces con razones que no tenían réplica, que se quejaba injustamente; y si este á pesar de esta condescendencia continuaba resistiendo, metíasele en la enfermería, en donde le alimentaban sin hacer nada como un enfermo, hasta que la ceguera de verse ocioso entre tantos religiosos VALERE FLAMMARE valer sobre si mismo y le hiciese

destruere VERITATIS
 Cassiano, Rufino y Paladio, no hablan de los religiosos de las montañas más que como personas de una rigurosa abstinencia (Cass. inst., h. 4, c. 1); pero ellos no la practicaban igualmente. La regla del abad expresa en estos términos: «firmiter á cada uno según sus fuerzas que beba y coma y obligadles á trabajar á proporcion de lo que coman, sin impedirles que lo hagan con moderacion ó que ayunen; imponiendo mayores trabajos á los más robustos y á los que comieren razonablemente, y menores trabajos á los débiles y á los que ayunaren.»

La costumbre del monasterio era comer á medio día y á las tres. Las mesas estaban dispuestas en un claustro, y los enfermos iban á ellas á las tres y á las seis. Cada uno según su fuerza y su edad. A los que ayunaban con rigurosa, se les permitía comer una vez al día por oíleo, y algunos hasta pasaban dos, tres ó cuatro días sin comer, sobre todo en cuaresma.

Se usaba más que los enfermos, ancianos y niños que se recibían. La mayor parte de ellos que estaban muy fatigados por un penoso trabajo, durante la cuaresma, después de haber pasado hasta el día sentados trabajando, permanecían toda la noche en oración.

Tome 1.



Cross. Paris.

L'Abbe Hor.

El abad Hor.

Page. Et. C. Paris. 1811. Paris.



Serviase á la mesa pan, aceitunas, queso, yerbas saladas, ó picantes y preparadas con vinagre y aceite, higos y otros frutos segun la estacion. En esto consistia su ordinario alimento. Dábanse tambien legumbres cocidas con aceite ; pero propiamente no comian de ellas sino los niños y ancianos, aun cuando todos pudiesen comerlas. En efecto, San Pacomio quería que se sirvieran para todos, dejando á cada uno la libertad de privarse de ellas, á fin de que su mortificacion no fuese forzada.

Hasta quería que se diese á los hermanos más de lo que era necesario, ya con el fin de que se mortificasen más libremente y con más mérito delante de Dios, ya porque era difícil discernir precisamente la necesidad de cada uno. Sin embargo por otra parte no quería que se dejasen llevar con avidez hácia los manjares que les eran presentados, y exhortábales mucho á no satisfacer su apetito. Él les daba el ejemplo de esto ; porque nunca se saciaba, ni siquiera de agua ; y en un viaje que hacía por el Nilo con algunos hermanos, viéndoles por la noche comer de todas las diferentes cosas que les habían preparado para su refeccion, derramó algunas lágrimas ; y como aquellos religiosos le preguntaran la causa, no pudo menos de responderles que era por verles tan poco mortificados, de lo cual se aprovecharon.

Cada uno se dirigía á la mesa á la hora que le era señalada, so pena de incurrir en penitencia. Estaban sentados segun su orden de profesion, y cuando el anciano les hacía pasar de una mesa á otra, obedecian sin dar la menor señal de resistencia. Mientras estaban comiendo, tenian la capilla caída sobre su rostro de suerte que nada podian ver más allá de la mesa, ni á su lado lo que comian los otros. Observábase un silencio tan riguroso, que aun cuando allí estuviesen en gran número, cada uno estaba en la mesa como si hubiese comido solo en su celda, y podía mortificarse cuanto quisiera dejarse llevar de su fervor, sin temor

de que los hermanos que estaban junto á él se apercibiesen, y por consiguiente sin peligro de los lazos de la vanidad. Así que, dicen Rufino y Paladio, habia algunos que más bien parecían ponerse á la mesa para esconder mejor su abstinencia que para comer, tomando apenas dos ó tres bocados de pan, y tocando solamente las otras cosas, á fin de que no pudiera decirse que no habían comido absolutamente nada. Casiano hace la misma observacion.

Cuando habia necesidad de alguna cosa, se golpeaba suavemente para llamar á alguno de los que servian, y aun esto casi no lo hacían más que los priores de las familias. Si algun religioso se atrevia á reir ó hablar, era reprendido al instante y permanecía de pié durante el resto de la refeccion. El que daba la señal para llamar á los hermanos al refectorio, debia mientras desempeñaba este oficio, entretenerse interiormente con algun buen pensamiento.

No era permitido hablar al salir de la mesa. Debían dirigirse en silencio al lugar á donde debían ir. Ayunaban el miércoles y sábado fuera del tiempo de Pascua. En la semana santa no comían hasta entrada la noche. No era permitido comer fuera de la refeccion en los dias en que no se ayunaba, ni beber en los dias de ayuno.

Cuando hacían la recoleccion de los frutos, no podían comer ninguno mientras los cogían del árbol; pero, despues del trabajo, el prior les distribuía algunos á cada uno en el lugar mismo en que habían hecho la recoleccion y al volver al monasterio tenían asimismo una parte igual á la que se daba á los demás. Si estando en el jardin encontraban en tierra alguna fruta, en vez de hincar en ella el diente colocábanla suavemente al pié del árbol. No podían guardar ninguna fruta en su celda. Estaba prohibido tomar yerbas en el jardin; sino que había que recibirlas de manos del jardinero.

Había reglas particulares para los cocineros. Estábales

prohibido preparar cosa alguna para ellos en particular, sino que debían contentarse con lo que preparaban para los demás. Se dice en el artículo 22 de la regla que solo se permitirá á los enfermos beber vino y velase entre aquellos santos religiosos á ancianos de setenta años que jamás lo habían bebido ni sanos ni enfermos.

Cuando un religioso caía enfermo el prior de la familia á que pertenecía le llevaba á la enfermería y le confiaba al gefe de los enfermeros, sin que tuviese ya inspeccion alguna sobre él ni derecho de mezclarse en nada suyo, y el enfermo quedaba bajo la entera dependencia del enfermero, al cual debía estar sometido en todo y de cuyas manos debía recibir todo lo que necesitaba, ya para los vestidos ya para el alimento y los remedios necesarios. Esta ley era tan general que los mismos enfermeros estaban á ella sometidos como los demás hermanos; de suerte que cuando estaban enfermos, no tenían tampoco permiso para entrar en la cocina ni en la despensa á prepararse lo que deseaban comer.

Dábase á los enfermos todo cuanto necesitaban, y ejercitábase para con ellos, para aliviarles y consolarles, la más escrupulosa caridad. Lo cual hizo decir á San Jerónimo (Hier. epist 22.) que los enfermos eran tratados entre los solitarios con tanto cuidado, que no tenían que echar de menos ni las delicias de las ciudades ni los cariños de sus madres.

Aun cuando los religiosos de Tabennes no comían carne, y no fuese costumbre darla á los enfermos, no se les negaba cuando la pedían. Sucedió en tiempo de San Pacomio, (Boll. v. S. Pac. c. 4, n. 34.) que habiéndola deseado uno de sus religiosos, y habiéndose el enfermero negado á dársela, apenas lo supo el santo patriarca, afligióse mucho por el zelo poco caritativo de aquel enfermero, y cuando estuvo en la mesa, en vez de comer lo que le pre-

sentaron, se paró y llamando á los enfermeros, les dijo con tono severo : « Hablad aquí, vosotros que haceis acepcion de personas ¿ cómo habeis olvidado el precepto que manda amar al prójimo como á sí mismo? Veis á ese hermano enfermo, tan extenuado de fuerzas y tan pálido que se asemeja á un muerto, y sin embargo en vez de prevenirle en la necesidad que tenía de comer carne, se la habeis negado, cuando os ha mostrado el deseo que de ello tenía. Quizás os querreis excusar diciendo que no hay costumbre de servir carne á los enfermos ; pero ¿ no hay que distinguir entre las enfermedades, y usar de condescendencia para con ciertos enfermos ? ¿ No sabeis que *todo es puro para los que son puros* ? Si no os atreviais á juzgar por vosotros mismos lo que era conveniente ¿ porqué no veniais á preguntarme lo que teniais que hacer ? » Diciendo esto, no pudo contener las lágrimas, y todos los hermanos se movieron con ello tanto que se dieron prisa á ir á comprar carne y prepararla para el que la deseaba.

San Pacomio en su regla sale al encuentro á todo lo que podia herir la caridad, ó alterarla por poco que fuese entre los hermanos. El riguroso silencio que se observaba en el monasterio alejaba bastante las ocasiones de faltar á ella de palabra ; pero como había tiempos en los que podían hablar juntos, había establecido penas contra los maldicientes, los murmuradores, los que fácilmente se encolerizaban, los que encubrían la verdad, y en general contra los que podían turbar la buena armonía en el monasterio. El artículo 94 que mira á los religiosos que se dejaban llevar de la cólera con demasiada facilidad, merece ser citado á lo largo. « Si alguno, decia, de un natural hirviente, se irrita fácilmente por la menor cosa, se le advertirá caritativamente por seis veces que se modere. A la séptima, perderá su orden de profesion y ocupará el último lugar ó se continuará exhortándole á reprimir sus ímpetus, y si pro-

mete corregirse, y tres hermanos responden de su enmienda, volverá á ocupar su orden primitivo ; pero si no se corrige, lo perderá para siempre.

Finalmente, el artículo 100 encierra en pocas palabras las reglas de dulzura y caridad que los hermanos debían seguir, y que hacen de los monasterios moradas de paz y de piedad muy consoladoras y edificantes, cuando se observan bien. « Que guarden, dice, entre si la union y paz ; sométanse de buena gana á los que están puestos para gobernarles ; y en todas partes, ya esten sentados, ya de pié, ya andando, no disputen nunca sino para ceder los unos á los otros con espíritu de humildad. »

Estaba prescrito á los hermanos que guardasen exactamente en todas partes la modestia religiosa y se abstuvieran de las señales de una amistad demasiado sensible. Andaban ordinariamente con la capucha caída sobre los ojos. No se permitía que se tomasen por la mano, ya andando, ya estando sentados, y estaban siempre apartados un paso los unos de los otros, cuando se hallaban juntos. Estaban absolutamente reprobadas en Tabennes las palabras de chistes, las carcajadas, los gestos ridiculos y otras maneras opuestas á la gravedad religiosa y al espíritu de compuncion.

Estaba prohibido á los religiosos viajar en compañía de mugeres, ya por agua, ya por tierra ; y no se las recibía en los bajeles de la orden que llevaban mercaderías para los monasterios, sin permiso particular.

Raras veces salían del monasterio para hacer visitas ; nunca sin permiso, siempre por razones legítimas, y acompañados de un segundo. Cuando se notificaba en la portería que el pariente de algun religioso estaba enfermo y pedía verle, el portero iba á decirlo al superior quien hablaba al prior de la familia á que pertenecía aquel religioso, y despues de haber consultado juntos si era conve-

niente permitirle ver á su pariente enfermo, se le daba por compañero un religioso de una piedad y probidad distinguida entre todos, y el prior les daba lo que era necesario para el viage.

Si en este estaban más de un dia, no se alojaban en casa de sus parientes, sino ó bien en un monasterio de religiosos ortodoxos, precaucion que toma la regla á causa de que había entonces monges arrianos y otros inficionados de los errores de Origenes, ó bien en casas llamadas *dominicum* lo que Graceo interpreta por algun lugar consagrado á Dios; pero los continuadores de Bolando creen más bien que podían ser posadas en las que convenia más á los monges alojarse que en los lugares llamados *espirituales* que la regla prohibe á los hermanos, por ser moradas demasiado deliciosas y con las cuales no se acomodaban la honestidad y el recogimiento religiosos.

Sin embargo érales permitido comer en casa de sus padres, si al llegar encontraban que les habían preparado alguna cosa, con tal que no hubiese allí nada de lo que la regla les prohibía. De la misma manera podían tomar las provisiones que les daban para comer durante el camino al volver al monasterio; pero si al llegar les quedaban todavía algunas, no podían guardarlas sino que se llevaban á la enfermería para ser distribuidas á los enfermos.

Observábanse en Tabennes con exactitud las reglas de la más perfecta caridad para con los huéspedes. Si estos eran eclesiásticos ó monges, recibíaseles con veneración, se les lavaban los piés y alojábaseles en un departamento destinado para ellos junto á la puerta del monasterio.

Los porteros eran los encargados de tener este cuidado. Si pedían asistir al oficio, el jefe de los porteros daba de ello aviso al superior, y se lo permitían á menos que fuesen ortodoxos, lo cual se observaba escrupulosamente.

No se les permitía comer en el refectorio con los her-

manos y difícilmente se les concedía ver el interior del monasterio.

Se recibía á los seglares y aun á las mugeres. Había para esto diferentes alojamientos segun la cualidad de las personas. Tomábase en el temor de Dios un cuidado más particular de las mugeres, como más débiles. De este modo habla siempre de ellas la regla. Estaban alojadas en departamentos enteramente separados de los hombres. Estos diferentes alojamientos estaban cerca de la puerta del monasterio, si es que no estaban del todo separados de él, de modo que no había comunicación alguna entre los huéspedes y los religiosos. Había para estos una regla de que no comiesen ni durmiesen con los seglares, ni aun en viage.

Los religiosos asistían algunas veces á los funerales de sus parientes é igualmente á las exequias de los religiosos muertos.

Vimos en la Vida de San Pacomio que pasó quince años sin dormir más que en una silla en medio de su celda, sin apoyarse. Tuvo muchos discípulos que quisieron imitarle en este género de mortificación. Pero su cama ordinaria era una silla de respaldo un poco inclinado, sobre el cual echaban un leviton usado que les servía de colchon, y allí encima dormían con su capilla que no se quitaban, segun estaba prescrito por la regla del ángel.

Como eran tres en cada celda, la regla les prohibía hablar cuando estaban en su silla para descansar. Si se despertaban, durante la noche, debían ocuparse de Dios, hasta que volvieran á dormirse. Las camas en toda forma solo eran para los enfermos; y aun había religiosos que querían morir en su silla ordinaria, llevando la mortificación hasta el último instante de la vida.

Cuando había muerto un religioso, los otros pasaban la noche en oraciones junto al cadaver, sucediéndose unos á otros. Despues iban á sepultarlo á la montaña, en un si-

tio expresamente destinado á esto, rezando salmos y otras oraciones. Todos los hermanos asistían al fúnebre cortejo.

Nada más añadiremos á este detalle de la disciplina de los religiosos de Tabennes. Ya puede verse por lo que hemos dicho que su regla era digna del Santo que la había establecido; ó para decir mejor, fácilmente se reconocía en ella en todo el espíritu de Dios que se la había dado para la salvacion de tantas almas.

LAS RELIGIOSAS DE TABENNES

Habiendo establecido San Pacomio su congregacion de Tabennes para los hombres, quiso Dios que fundase tambien un monasterio para religiosas, á fin de abrir por este medio el camino de la perfeccion monástica á las personas del otro sexo. Hé ahí cómo le proporcionó la ocasion de ello. El santo patriarca había dejado en el mundo una hermana á quien la fama de su reputacion atrajo finalmente á su monasterio, ya para tener la satisfacció de verle, ya para asegurarse por sí misma de las grandes maravillas que le habían dicho que Dios obraba por su ministerio. Así que el afecto natural y la curiosidad, fueron el motivo que la llevaron junto á él. Pero Dios tenía sobre ella designios más dignos de su misericordia, y San Pacomio tuvo pronto el consuelo de ver sus maravillosos efectos. Como que él no se conducía segun las inclinaciones de la carne y sangre, y por otra parte jamás hablaba con mugeres, cuando el portero fué á decirle que su hermana pedía hablarle, se negó al instante á verla, y le hizo decir que se contentase con saber que era vivo, y que se volviese sin afligirse por no haberle

visto con los ojos del cuerpo. Pero no queriendo privarla absolutamente de un consejo saludable, le hizo proponer que si quería imitar su género de vida, Dios quizás se serviría de su ejemplo para atraer á otras mugeres junto á ella, con las cuales podría santificarse; pero que sin embargo pesase bien todas las cosas antes de emprender nada y que, si después de una madura reflexion, se determinase á ello, encargaria á los hermanos, que le edificasen un monasterio. Su hermana, que nada menos esperaba que una recepció semejante, lloró amargamente; pero tocándola Dios en este momento con la unció de su gracia, se rindió al consejo que el portero le dió de parte del Santo, y le hizo responder que estaba resuelta á seguirle.

Una determinación tan pronta llenó al Santo de gozo. Dió por ello á Dios acciones de gracia, y ordenó á algunos de los hermanos más recomendables por su piedad, que le edificasen lo más pronto posible un monasterio. El lugar que se escogió para esto, se llamaba Men. Estaba un poco apartado del de Tabennes, y el Nilo corría entre los dos. No hay que confundirlo con otro monasterio de hombres ó Tismen, que San Pacomio fundó en la diócesis de Panes.

Allí aquella nueva religiosa, viviendo en el temor del Señor, se convirtió en poco tiempo, como el Santo se lo había hecho esperar, en madre de un gran número de mugeres, que fueron á alistarse bajo su conducta. Ella las instruía no menos con sus obras que con sus palabras, y les enseñaba á desapegar su corazon de todas las cosas de la tierra, para tenerlo sin cesar levantado hácia los bienes celestiales é inmortales.

San Pacomio les dió á observar la misma regla que á sus religiosos, á escepció de la capa de piel, que no la usaban. Iban rasadas y llevaban la cabeza cubierta con una capucha. Su ocupacion manual era hacer, tanto para los

tio expresamente destinado á esto, rezando salmos y otras oraciones. Todos los hermanos asistían al fúnebre cortejo.

Nada más añadiremos á este detalle de la disciplina de los religiosos de Tabennes. Ya puede verse por lo que hemos dicho que su regla era digna del Santo que la había establecido; ó para decir mejor, fácilmente se reconocía en ella en todo el espíritu de Dios que se la había dado para la salvacion de tantas almas.

LAS RELIGIOSAS DE TABENNES

Habiendo establecido San Pacomio su congregacion de Tabennes para los hombres, quiso Dios que fundase tambien un monasterio para religiosas, á fin de abrir por este medio el camino de la perfeccion monástica á las personas del otro sexo. Hé ahí cómo le proporcionó la ocasion de ello. El santo patriarca había dejado en el mundo una hermana á quien la fama de su reputacion atrajo finalmente á su monasterio, ya para tener la satisfacció de verle, ya para asegurarse por sí misma de las grandes maravillas que le habían dicho que Dios obraba por su ministerio. Así que el afecto natural y la curiosidad, fueron el motivo que la llevaron junto á él. Pero Dios tenía sobre ella designios más dignos de su misericordia, y San Pacomio tuvo pronto el consuelo de ver sus maravillosos efectos. Como que él no se conducía segun las inclinaciones de la carne y sangre, y por otra parte jamás hablaba con mugeres, cuando el portero fué á decirle que su hermana pedía hablarle, se negó al instante á verla, y le hizo decir que se contentase con saber que era vivo, y que se volviese sin afligirse por no haberle

visto con los ojos del cuerpo. Pero no queriendo privarla absolutamente de un consejo saludable, le hizo proponer que si quería imitar su género de vida, Dios quizás se serviría de su ejemplo para atraer á otras mugeres junto á ella, con las cuales podría santificarse; pero que sin embargo pesase bien todas las cosas antes de emprender nada y que, si después de una madura reflexion, se determinase á ello, encargaria á los hermanos, que le edificasen un monasterio. Su hermana, que nada menos esperaba que una recepció semejante, lloró amargamente; pero tocándola Dios en este momento con la unció de su gracia, se rindió al consejo que el portero le dió de parte del Santo, y le hizo responder que estaba resuelta á seguirle.

Una determinación tan pronta llenó al Santo de gozo. Dió por ello á Dios acciones de gracia, y ordenó á algunos de los hermanos más recomendables por su piedad, que le edificasen lo más pronto posible un monasterio. El lugar que se escogió para esto, se llamaba Men. Estaba un poco apartado del de Tabennes, y el Nilo corría entre los dos. No hay que confundirlo con otro monasterio de hombres ó Tismen, que San Pacomio fundó en la diócesis de Panes.

Allí aquella nueva religiosa, viviendo en el temor del Señor, se convirtió en poco tiempo, como el Santo se lo había hecho esperar, en madre de un gran número de mugeres, que fueron á alistarse bajo su conducta. Ella las instruía no menos con sus obras que con sus palabras, y les enseñaba á desapegar su corazon de todas las cosas de la tierra, para tenerlo sin cesar levantado hácia los bienes celestiales é inmortales.

San Pacomio les dió á observar la misma regla que á sus religiosos, á escepció de la capa de piel, que no la usaban. Iban rasadas y llevaban la cabeza cubierta con una capucha. Su ocupacion manual era hacer, tanto para los

religiosos como para su propio uso, las telas de lino y lana cuya materia les proporcionaba el gran ecónomo de la Orden, así como también todo lo que necesitaban para su subsistencia.

Ningun religioso de la Orden podía ir las á ver sin expreso permiso. Si alguno de ellos tenía entre las religiosas á alguna hermana ó pariente, le hacian acompañar por un anciano de probada virtud. Pedía por de pronto por la superiora, la cual hacía bajar á la religiosa, que iba acompañada de las más ancianas, y en presencia suya le hablaba con gran recato y santidad. No le era permitido hacerle regalo alguno, ni recibir nada de ella; puesto que unos y otros, dice el historiador, no tenían nada propio que pudiesen dar. Las nuevas del mundo estaban desterradas de su conversacion, la cual no hacían versar sino sobre materias de piedad, y sobre todo hablaban de la esperanza de gozar un dia de la eternidad bienaventurada.

Cuando las religiosas tenían necesidad de la asistencia de los hermanos para sus edificios ó para cosas semejantes, los que se destinaban para prestarles este socorro eran conducidos allá por un religioso de vida muy ejemplar, y hacían su trabajo con caridad y temor de Dios. Estábales prohibido comer ó beber en casa de ellas; sino que para esto volvían al monasterio á la hora ordinaria de la refeccion.

El sacerdote y el diácono destinados para administrar su capilla no iban á ella sino el domingo. El primero á quien San Pacomio confió el cuidado de su conducta espiritual, era un religioso llamado Pedro, muy venerable por su edad avanzada, y más todavía por la santidad de su vida; porque, segun dice el historiador, habia mortificado todas sus pasiones. Su espíritu y sus ojos eran igualmente castos, y sus discursos estaban sazonados con la sal de una sabiduría angélica.

Después de su muerte, San Teodoro, que entonces se en-

contraba abad de Tabennes, encomendó la conducta de este monasterio y del de Bechré, que fundó también para religiosas, á Epónico hombre santo y sumamente grave. Dícese también en la Vida de San Pacomio que Titoés, religioso de insigne piedad, fué nombrado superior de aquellas religiosas. Hay motivos de creer que sucedió al venerable Epónico.

A su superior se dirigía el gran ecónomo para hacerles enviar el lino y la lana de que hacian las telas para uso de la Orden.

Las mugeres eran recibidas en este monasterio lo mismo que las jóvenes, segun se deduce de que la madre de San Teodoro se determinase á hacerse en él religiosa, después de la negativa de verla que su hijo le dió, cuando fué á pedir por él al monasterio.

Cuando moría alguna de estas religiosas, ellas llevaban su cuerpo á la orilla del Nilo cantando salmos, y entonces los religiosos de Tabennes, cantando tambien salmos y llevando en la mano ramas de Palma y de oliyo, pasaban el rio y tomaban el cuerpo, que iban á sepultar á la montaña en donde estaba su sepultura.

Paladio dice que en su tiempo el monasterio de Men se componía de cerca de cuatrocientas religiosas. Él cuenta dos historias muy diferentes, que referiremos como él las trae. La primera es de las más trágicas, y muestra cuán grande es la debilidad humana. La otra hace ver en una conducta más admirable que imitable lo que en los siglos posteriores dijo excelentemente un gran maestro de la vida espiritual, esto es, que el amor de Dios frecuentemente no puede limitarse, pero que su ardor le lleva más allá de todo límite.

Un hombre, cuyo oficio era hacer zapatos, acertó á pasar por delante del monasterio de Tabennes, y dijo á una joven religiosa á quien vió por casualidad, si en su comu-

nidad necesitaban zapatos. Ella le respondió con toda sencillez que ya tenían sus zapateros, y no se detuvo más.

Por desgracia, en el momento en que ella le decía esto, otra religiosa la vió, la cual por entonces nada dijo; pero en el trascurso del tiempo, habiendo mediado entre las dos una disputa, el demonio de la cólera le sugirió hacer una suposición maliciosa sobre ella delante de las otras sobre que la había visto hablar con este hombre, á lo cual algunas, más celosas que prudentes, dieron demasadamente fé y movieron por ello alguna jarana. Viéndose la jóven religiosa calumniada de este modo en un punto tan delicado, vióse tan oprimida de dolor, que entregándose á toda la sensibilidad que le causaba una acusación tan deshonrosa, salió secretamente y fuese á precipitar al río.

Apenas se hubo sabido esto en el monasterio cuando la que le había acusado, sobrecogida de horror contra sí misma por una muerte tan funesta se reprochó de haber sido con su malicia la causa de esta muerte y, no pudiendo sostener más los remordimientos de su conciencia, perdió la esperanza del perdón y se estranguló desesperada. Este doble accidente, que tuvo lugar en una misma semana en una comunidad tan bien arreglada, puso á todas las hermanas en un exceso de desolación, y en este estado las halló el sacerdote cuando fué el domingo á celebrar en su oratorio los santos misterios. Él prohibió ofrecer el sacrificio por las dos difuntas; y en cuanto á las que por su credulidad habían tenido parte en su muerte, les ordenó que permanecieran durante siete años separadas de la comunidad por una especie de excomunión.

Pero si este funesto suceso hace ver que no está uno enteramente á cubierto de las más enormes caídas, aun en las congregaciones más santas, el ejemplo que Paladio añade de Santa Isidora, religiosa del mismo monasterio, demuestra que en estas se practican igualmente y

con mucha mayor frecuencia virtudes heroicas. Esta santa virgen, cuya memoria honran los griegos el día primero de mayo, llevada interiormente de un grandísimo amor á los oprobios y humillaciones, con el fin de procurárselos, quiso pasar por loca y endemoniada en la opinión de sus hermanas y fingió que lo era tan bien que ellas lo creyeron así efectivamente.

Como la Santa no se proponía más que ser despreciada, sus aparentes extravagancias no respiraban más que inocencia. Así, por ejemplo, mientras las otras tenían una capucha, iban calzadas y comían en la mesa, ella se cubría la cabeza con un andrajo, andaba siempre con los piés desnudos, y en vez de sentarse á la mesa, se contentaba con alimentarse de las migajas de pan que recogía en tierra con una esponja, y con el residuo de las otras.

Con esto trabajaba casi continuamente en la cocina en los más bajos y penosos ministerios, como hubiera podido hacerlo un vil esclavo; de suerte que no se la veía jamás ociosa.

Algunas religiosas la maltrataban en todas ocasiones, mirándola como una verdadera loca y otras la miraban con horror creyéndola poseída del demonio; pero la humilde Isidora sufría todas estas cosas sin quejarse jamás; antes al contrario, cuanto más se la humillaba y despreciaba más también se la trataba á su gusto y más muestras daba de contento.

De esta manera se ejercitaba en la sabia locura de la Cruz, no siendo su virtud conocida más que de Dios solo, cuando este divino Maestro, que se goza en ensalzar á los humildes, aun en esta vida, quiso manifestar su mérito heroico y lo reveló á uno de sus siervos. Este era el gran Pityrion, aquel que se cree haber sido discípulo de San Antonio.

Apareciósele un ángel en el desierto de Porfirites, en el

que moraba, y le dijo que no debía complacerse en sí mismo, ni creerse demasiado virtuoso por el retiro que guardaba y el bien que hacía; y que si quería ver un alma mucho más perfecta que él, fuese al monasterio de las religiosas de Tabennes, en donde encontraría una religiosa coronada de virtudes y mucho más agradable á Dios que él, puesto que era el blanco de todas las hermanas, que la trataban con arrogancia y con un soberano desprecio, sin que ella mostrase la menor impaciencia por esto; sino que por el contrario tenía siempre su corazón unido á Dios y estaba sirviendo á las demás con una dulzura y exactitud maravillosas, mientras que él, sin moverse de su desierto, dejaba algunas veces pasear su imaginación por todas las ciudades.

Al oír esto, Pityrion se dirigió al monasterio de Tabennes, y pidió á los superiores que le permitiesen ir á ver á las religiosas de la orden. Como él gozaba de grande estima entre aquellos religiosos á causa de su virtud, y además había envejecido en el ejercicio de la mortificación, llevaronle con confianza al monasterio de mugeres en donde, despues de haber hecho la oración, pidió á la superiora que hiciese venir á toda la comunidad.

Fueron llamadas todas las religiosas y se presentaron delante de él á escepcion de esta de la cual hablamos, y habiéndolas Pityrion considerado atentamente, y no reconociendo la que el ángel del Señor le había designado, pidió de nuevo que se hiciese venir á todas las religiosas. Respondieronle que toda la comunidad se hallaba en su presencia. Pero Pityrion replicó que de seguro faltaba alguna, porque no veía á la que Dios le había revelado.

Si que tenemos otra, le dijeron ellas, que sirve en la cocina; pero está loca. Traedla, dijo Pityrion, y permitidme que hable con ella. Pero como Isidora presentía lo que iba á sucederle y quizás, dice el historiador, ya Dios se lo ha-

bía dado á conocer, opuso resistencia, de suerte que la llevaron casi por la fuerza, diciéndole que Pityrion la llamaba, porque no gozaba de menor veneración entre ellas que entre los monges.

Cuando el santo solitario la vió, reconoció al instante en ella las señales con que el ángel se la había designado, y penetrado de respeto por su heroica virtud, se postró y le rogó que le diese su bendición, llamándola *Amma*, nombre que se daba á las madres espirituales. Ella hizo lo mismo por su parte, y le suplicó que la bendijese, mirándole como su superior y maestro.

Todas las religiosas, grandemente admiradas de ver á un tan gran siervo de Dios humillarse de este modo delante de una muger á la que ellas tenían al menos por insensata, creyeron que se había equivocado y exclamaron: « ¡ Ah, padre mio! no causeis este perjuicio á vuestra reputación; ¿ no veis que es una loca? » « Más bien lo sois vosotras, replicó Pityrion en un tono de zelo. Esta es mejor que vosotras y que yo. Es una verdadera *Amma*, y quiera Dios que en el día del juicio yo esté tan cargado de méritos como ella. »

Con esta respuesta, conociendo las religiosas la eminente virtud de aquella á quien tanto habían despreciado, se postraron á los piés de Pityrion y le declararon los malos tratamientos que habían dado á la sierva de Dios; unas se acusaban de haberse frecuentemente burlado de ella á causa del mal hábito que llevaba; otras de haberla cargado de injurias, sin que ella les dijese nada; otras finalmente de haberla pegado. Pityrion, despues de haberlas oído, rogó á Dios por ellas. Tuvo en seguida una conversación con la humilde Isidora, y se retiró. Pero esta santa religiosa al verse desde este momento extraordinariamente respetada de todas, y que en todas sus acciones se la observaba como un modelo de santidad, y no pu-

diendo sufrir más las excusas que á cada momento le daban de los malos tratos que le habian hecho antes, salió secretamente del monasterio, sin que despues se supiera á dónde se retiró, ni cuándo murió.

Esta historia, contada por Paladio en el libro octavo de los padres de la soledad, se encuentra tambien en el libro quinto referida por Pelagio diácono, como habiendo sido contada por San Basilio. Y si este es el de Cesarea, ella debe haber tenido lugar á lo más tardar por el año 375, segun la observacion de Tillemont.

Dijimos en la Vida de San Teodoro que fundó un segundo monasterio de religiosas en Bechré.

San Jerónimo dice que habiendo Santa Marcela sabido por los sacerdotes de Alejandria, despues por San Atanasio, y por último por Pedro su sucesor, la manera de vivir de los monasterios de San Pacomio y de las virgenes y viudas, no tuvo vergüenza de hacer profesion de lo que conoció ser agradable á Jesucristo, y que muchos años despues de ella fué imitada por Sofronia y otras. De este modo el instituto de las religiosas de Tabennes fué conocido en Roma, en donde aquellas santas damas empezaron á formarse bajo su ejemplo abrazando una vida regular, y honrando entre las mugeres de condicion la vida solitaria, que era antes poco estimada, como lo advierte este Padre.

De las religiosas de Tabennes puede principalmente entenderse lo que dice San Agustin en su libro *de los Monges de la Iglesia católica*, cuando despues de haber alabado la virtud de los monges y de los cenobitas, dice de las religiosas que seguan la misma regla, que servian á Dios con gran pureza y fidelidad.

SANTA EUFRASIA ¹

Además de los monasterios de las religiosas de la orden de Tabennes hubo otros muchos más en lo restante de la Tebaida. Dijimos en otra parte que el número de las virgenes consagradas á Jesucristo en solo la ciudad de Oxyrhynca se acercaba á veinte mil. Hay todos los motivos para creer que estas religiosas pertenecian á comunidades diferentes y numerosas. Paladio dice que en la ciudad de Antinoé, había doce monasterios de mugeres, que vivian en una exacta observancia. El mismo historiador habla de la comunidad que gobernaba Santa Talides, y habla de algunas de las siervas de Dios que allí había. No ofreciendo estos detalles un interés particular, el Padre Marin los ha resumido muy brevemente, y creemos inútil detenernos en ellos. Pero, á ejemplo suyo, hablaremos bastante largamente de Santa Eufrasia ó Eufraxia, tan célebre entre los griegos, y cuya virtud tanto honra al estado monástico.

Las actas de la vida de Santa Eufrasia contadas por los continuadores de Bolando, dicen que había en Constantino-
pla en tiempo de emperador Teodosio, que nosotros creemos ser el Viejo más bien que el Joven, ², un señor llamado Antígono, de la orden de los senadores, gobernador de Lycia,

¹ Los Bolandistas.

(1) Teodosio I reinó desde 379 á 395 Teodosio II desde 408 hasta 450. No tenia más que ocho años cuando sucedió á su padre Arcadio hijo de Teodosio I.

Seguimos la opinion que fija la historia de Santa Eufrasia al final del siglo IV y que fija el año 412 por fecha de su muerte.

diendo sufrir más las excusas que á cada momento le daban de los malos tratos que le habian hecho antes, salió secretamente del monasterio, sin que despues se supiera á dónde se retiró, ni cuándo murió.

Esta historia, contada por Paladio en el libro octavo de los padres de la soledad, se encuentra tambien en el libro quinto referida por Pelagio diácono, como habiendo sido contada por San Basilio. Y si este es el de Cesarea, ella debe haber tenido lugar á lo más tardar por el año 375, segun la observacion de Tillemont.

Dijimos en la Vida de San Teodoro que fundó un segundo monasterio de religiosas en Bechré.

San Jerónimo dice que habiendo Santa Marcela sabido por los sacerdotes de Alejandria, despues por San Atanasio, y por último por Pedro su sucesor, la manera de vivir de los monasterios de San Pacomio y de las virgenes y viudas, no tuvo vergüenza de hacer profesion de lo que conoció ser agradable á Jesucristo, y que muchos años despues de ella fué imitada por Sofronia y otras. De este modo el instituto de las religiosas de Tabennes fué conocido en Roma, en donde aquellas santas damas empezaron á formarse bajo su ejemplo abrazando una vida regular, y honrando entre las mugeres de condicion la vida solitaria, que era antes poco estimada, como lo advierte este Padre.

De las religiosas de Tabennes puede principalmente entenderse lo que dice San Agustin en su libro *de los Monges de la Iglesia católica*, cuando despues de haber alabado la virtud de los monges y de los cenobitas, dice de las religiosas que seguan la misma regla, que servian á Dios con gran pureza y fidelidad.

SANTA EUFRASIA ¹

Además de los monasterios de las religiosas de la orden de Tabennes hubo otros muchos más en lo restante de la Tebaida. Dijimos en otra parte que el número de las virgenes consagradas á Jesucristo en solo la ciudad de Oxyrhynca se acercaba á veinte mil. Hay todos los motivos para creer que estas religiosas pertenecian á comunidades diferentes y numerosas. Paladio dice que en la ciudad de Antinoé, había doce monasterios de mugeres, que vivian en una exacta observancia. El mismo historiador habla de la comunidad que gobernaba Santa Talides, y habla de algunas de las siervas de Dios que allí había. No ofreciendo estos detalles un interés particular, el Padre Marin los ha resumido muy brevemente, y creemos inútil detenernos en ellos. Pero, á ejemplo suyo, hablaremos bastante largamente de Santa Eufrasia ó Eufraxia, tan célebre entre los griegos, y cuya virtud tanto honra al estado monástico.

Las actas de la vida de Santa Eufrasia contadas por los continuadores de Bolando, dicen que había en Constantino-
pla en tiempo de emperador Teodosio, que nosotros creemos ser el Viejo más bien que el Joven, ², un señor llamado Antígono, de la orden de los senadores, gobernador de Lycia,

¹ Los Bolandistas.

(1) Teodosio I reinó desde 379 á 395 Teodosio II desde 408 hasta 450. No tenia más que ocho años cuando sucedió á su padre Arcadio hijo de Teodosio I.

Seguimos la opinion que fija la historia de Santa Eufrasia al final del siglo IV y que fija el año 412 por fecha de su muerte.

que se desposó con una jóven llamada Eufrasia, de una condicion tan distinguida como la suya, puesto que ella tenía como él el honor de ser pariente del emperador.

Sin embargo estos no eran sino los menores títulos al lado de sus cualidades personales; porque la prudencia y la piedad de Antígono no le hacian menos querido al príncipe que los derechos de la alianza, lo que hacía que tomase de buena gana sus consejos y se servía útilmente de él en el gobierno del imperio. En cuanto á Eufrasia, tenía el temor y amor de Dios tan grabados en el corazón, que su principal ocupacion era la oracion, y se aplicaba toda entera á las buenas obras, lo cual le conciliaba la estima del emperador y de la emperatriz y le hacía soberanamente respetar en la corte y en la ciudad.

Dios bendijo su matrimonio desde el primer año, por el nacimiento de la hija de que hablamos, á la que en el bautismo se puso el nombre de su piadosa madre. Sus padres, acostumbrados á reconocer con devocion los dones del cielo, se propusieron no educarla más que para hacerla digna de ocupar en él un dia los primeros asientos. No se limitó aqui su piedad; sino que considerando la nada de las riquezas y grandezas del mundo, resolvieron de comun acuerdo desapegarse siempre de él, fijar toda su atencion en la educacion de su hija, y vivir como si hubiesen abrazado la vida religiosa.

Apenas hubo trascurrido un año y algunos meses despues de su resolucion, cuando Antígono, ya maduro para la eternidad, dejó esta vida para entrar en otra mejor, y dejó á su esposa viuda en la flor de la edad. Toda la ciudad mostró su sentimiento por la pérdida de este senador, cuya probidad no era fácil reemplazar, y cuyas virtudes tanto la habian edificado. El emperador y la emperatriz le lloraron como á pariente suyo, y como á uno de los más firmes apoyos del imperio, y nada omitieron para enjugar las lá-

grimas de Eufrasia, cuyo dolor les conmovía tanto más cuanto que la pérdida que ella había experimentado era grande.

Cuando la hija hubo llegado á la edad de cinco años, el emperador, que la había tomado bajo su proteccion y se había encargado de su tutela, aconsejó á su madre que la concediera en matrimonio al hijo de un rico senador, cuyo mérito justificaba la eleccion del príncipe. Eufrasia consintió en ello, y recibió por esto prendas para su hija, aguardando á que fuese casadera; pero mientras que no pensaba más que en fijar el destino de su hija, fué ella misma buscada por un senador que hizo poner en movimiento, sin saberlo Teodosio, á muchas damas de la corte para con la emperatriz, á fin de que esta favoreciese su designio; lo cual hizo esta princesa sin decir nada al emperador, por miedo de que no pusiese á ello obstáculo.

Eufrasia no oyó la proposicion sino con una gran sorpresa; y muy lejos de consentir á ella, su respuesta fué una negativa que quitó toda esperanza de determinarla jamás á ello. Teodosio no tardó en informarse de lo que pasaba; llevó á mal que la emperatriz se hubiese encargado de intentar este negocio, y que se le hubiese hecho un misterio; hasta se lo reprochó y le demostró con algun disgusto que sabiendo que Eufrasia había consagrado á Dios su viudez, no podía ella proponerle segundas nupcias sin faltar á la religion, á sí misma, y á la memoria de Antígono.

Esto causó alguna frialdad entre ellos, de suerte que viendo Eufrasia que por causa suya se había interrumpido la buena inteligencia en la familia imperial, y temiendo, por otra parte que su juventud, su belleza y sus grandes bienes la expusiesen á otras semejantes proposiciones, resolvió retirarse secretamente con su hija á Egipto, bajo pretexto de ver por sí misma las ricas posesiones que allí tenían.

En Egipto tuvo ocasion de visitar los diferentes monasterios de hombres y mugeres que eran en gran número en

aquella provincia, y cuyo buen olor se había esparcido hasta Constantinopla. Allí distribuyó las abundantes limosnas que su piedad le inspiraba, y para las cuales le suministraba medios su opulencia.

Entre los monasterios que allí visitó, había uno en la Tebaida compuesto de más de cien religiosas que vivían en gran reputación de penitencia y santidad. Ellas no comían fruto alguno, no bebían vino, no usaban aceite y solo se alimentaban de yerbas y legumbres sin ningún condimento.

Su ayuno menos riguroso consistía en no comer más que una vez al día por la tarde. Muchas pasaban dos y tres días sin tomar nada, y algunas veces llevaban aun más allá su abstinencia. No se lavaban los pies, lo que era en aquel país una dura mortificación, y rechazaban el uso de los baños como una molición indigna de su profesión, aun cuando fuesen muy comunes en aquella provincia en donde los calores son extraordinarios.

Su cama consistía en un cilicio de piel de cabra muy corto y estrecho, tendido simplemente sobre la tierra. Su hábito era de la misma calaña y bajaba hasta la extremidad de los pies. Guardaban exactamente la clausura y cada una trabajaba según sus fuerzas. Finalmente cuando Dios las visitaba con alguna enfermedad dábanle por ello acciones de gracias y entregaban á su providencia el cuidado de su corazón, si tenía á bien conservarles la vida, sin recurrir para esto á ningún auxilio de la medicina. Tal era la austeridad de vida de aquellas buenas religiosas que edificaban tanto á toda la provincia que, confiando cada uno en sus oraciones, iban muchos á recomendarse á ellas para obtener de Dios la curación de sus males ó la libertad de los posesos.

Eufrasia, sumamente conmovida por aquella santidad, experimentaba gran consuelo en verlas frecuentemente, y

llevaba siempre consigo á su hija, la cual entonces podía tener unos siete años próximamente. Ella les daba perfumes y cirios para su oratorio; y hubiérales hecho regalos mucho más considerables, sino hubiese atendido más que á su liberalidad; pero el desapego de aquellas religiosas era tan perfecto, que un día en que ella quiso ofrecerles una suma de veinte ó treinta libras de peso de oro, la superiora respondió en nombre de todas que no deseaban plata, habiendo renunciado á todos los bienes y comodidades del siglo, para hacerse más dignas de las riquezas y delicias de la eternidad; y que ellas aceptarían solamente un poco de aceite para la lámpara de su oratorio y algunos perfumes para quemar sobre el altar; lo cual Eufrasia les dió de buena gana, recomendándose mucho á sus oraciones con su hija y Antígono.

La superiora se complacía algunas veces en conversar con la joven Eufrasia, en quien reconocía prematuras disposiciones para la piedad; y queriendo sondear á manera de recreación los sentimientos de su corazón, le preguntó un día si amaba su monasterio y á todas las hermanas que en él había, á lo cual ella respondió que sí, con mucha dulzura é ingenuidad. « Pues, entonces, le dijo la superiora, si nos amas, quédate con nosotras. » — Por cierto, respondió la niña, yo lo desearía mucho si esto no sirviera de pena á mi madre. »

La superiora replicó: « ¿ á quién amas más: á nosotras, ó al esposo á quien te tienen prometida? » — « Yo no le conozco, respondió ella, ni él me conoce á mí. Pero á vosotras os conozco y amo. Y vos prosiguió ella, ¿ á quién amais más: á mi desposado ó á mí? » — « Nosotras te amamos mucho, replicó la superiora y también Nuestro Señor Jesucristo. » — « Y yo, replicó también la niña, os amo y Nuestro Señor Jesucristo. »

Este diálogo se pasó con una santa alegría, y Eufrasia la

madre, que se hallaba presente, demostraba la suya con dulces lágrimas. Pero la cosa fué más seria cuando fué necesario salir del monasterio; porque entonces la niña dijo á su madre que deseaba quedarse allí, y persistió en su resolución, por más dificultades que se le propusieron para desviarle de su propósito.

Pareciendo su resistencia más bien un capricho de criatura que una real vocacion, creyóse que dejándole pasar la noche en el monasterio, á la mañana siguiente no tendría más ganas de quedarse en él, y con esta esperanza su madre consintió en ello voluntariamente. Pero al dia siguiente, se vió que su voluntad no había cambiado, aun cuando se le propusieron nuevas dificultades hasta tal punto que, habiéndole representado la superiora que si quería quedarse, había de aprender de memoria el salterio y ayunar como las demás religiosas, consintió á todo é iustó siempre á fin de que accediesen á su súplica.

Reconociendo la superiora algo sobrenatural en su constancia, dijo á la madre: « Dejad, señora, á vuestra hija con nosotras; porque aquí hay un golpe de la gracia que obra en ella. Vuestra piedad, la de Antígono y las oraciones que los dos habeis hecho por ella, le han abierto el camino de la vida eterna. »

Eufrasia, cuya virtud estaba sobre la ternura, tomó entonces á su hija, la llevó delante de la imágen de Nuestro Señor, y levantando las manos al cielo, exclamó llorando: « Señor mío Jesucristo, recibid bajo vuestra proteccion á esta criatura, puesto que ella no desea más que á Vos y se entrega del todo á vuestro servicio. » Y volviéndose hácia su hija añadió: « Que el Señor, que ha puesto las montañas sobre fundamentos inquebrantables, te confirme siempre en su saludable temor ». Al mismo tiempo la entregó á la superiora; pero, aun cuando muy resignada á la voluntad del Señor, despertándose más que nunca la naturaleza en

este acto, y sintiendo más vivamente esta separacion, la piadosa madre prorrumpió en un torrente de lágrimas, que las hizo tambien brotar abundantemente de los ojos de todas las religiosas.

Pocos dias despues, la superiora introdujo á la jóven Eufrasia en el oratorio, en donde le vistió el hábito religioso haciendo por ella esta oracion al Señor: « ¡ Oh rey de los cielos! Acabad en esta niña la obra de santificacion que habeis comenzado. Concededle la gracia de seguir en todo vuestra divina voluntad, y de poner en vos el apoyo y la confianza. »

Cuando su madre la vió vestida con el austero hábito, le preguntó si estaba contenta de él; á lo cual respondió que lo amaba mucho, porque le habian dicho que era una prenda de seguridad dada á sus esposas. A lo cual añadió su madre: « Deseo, querida hija mia, que este esposo celestial á quien te has entregado, te haga digno de sus castos abrazos. » En seguida la abrazó, y despidiéndose de la superiora, no pensó ya más que en responder por su parte á los designios de perfeccion que Dios tenía sobre ella.

No solamente continuó sus obras de caridad, que eran muy considerables, sino que emprendiendo con maravilloso ardor los trabajosos ejercicios de la penitencia, para imitar la que su hija acababa de abrazar, se abstuvo enteramente del uso del vino, de la carne y del pescado, y ayunó todos los dias hasta la noche, contentándose entonces con comer legumbres ó algunas yerbas.

Aun cuando su piedad habia sido antes muy edificante, brilló más que nunca desde este tiempo. Su fama llegó á oídos del emperador y del senado de Constantinopla, en donde cada uno añadió á la estima que siempre habian tenido por ella, nuevos elogios y testimonios de una profunda veneracion.

Ella vivió así todavía algunos años hasta que, acercándose

su fin, fué advertida por la superiora del monasterio de su hija, á quien Dios le había hecho en sueños una revelacion, haciéndole ver á Antígono en una gran gloria, que rogaba á Nuestro Señor que se asociase á su esposa Eufrasia en la dicha de que gozaban.

Esta santa religiosa la tomó en particular, cuando fué al monasterio para ver á su hija, y le declaró lo que Dios le había dado á conocer. Ella no tuvo necesidad de valerse de consideracion para comunicárselo, como si hubiera sido cuestion de anunciarle alguna sensible noticia. Eufrasia habia progresado tanto en la piedad que no se consideraba ya sobre la tierra sino como en un lugar de destierro, considerando el cielo como su patria, y dirigiendo allá sin cesar los afectos de su corazon. Así que cuando supo por la superiora que debía morir pronto, dió muestras de una grande alegría como de un favor insigne, nada deseando tanto como verse unida con Jesucristo por toda la eternidad.

Su hija á quien dió la buena noticia que la superiora le habia comunicado y á la cual recomendó que distribuyera santamente los bienes que iba á dejarle, no demostró ni la misma alegría ni la misma tranquilidad de espíritu. Abandonóse por de pronto á la ternura natural, y en los primeros excesos de su dolor, exclamó, derramando muchas lágrimas, que iba á quedarse huérfana; pero su piadosa madre la consoló y le dijo que no tenía que temer cosa alguna, habiendo tomado á Jesucristo por padre y esposo, y que la superiora le haria las veces de madre. En seguida le dió sus últimas instrucciones en estos términos: « Apresúrate, hija mia, á cumplir lo que has prometido á Dios. Teme al Señor y honra á las hermanas. Jamás digas dentro de tí misma que siendo de la sangre del emperador, deben ellas servirte; sino que al contrario, sírveles tu misma á ellas con sentimientos de una sincera humildad. Hazte po-

bre en la tierra á fin de que participes de las riquezas del cielo. Hete ahí dueña de todos mis bienes; haz participante de ellos al monasterio, y ruega por tu padre y por mi, á fin de que uno y otro obtengamos misericordia delante de Dios. » Tales fueron los últimos consejos que ella le dió. Murió tres dias despues, y fué sepultada en el monasterio.

Habiendo el emperador sabido su muerte, hizo notificarlo al hijo del senador á quien la jóven Eufrasia habia sido prometida dándole á entender al mismo tiempo que habia roto sus compromisos con el estado que habia abrazado. Sin embargo escribió á nuestra Santa que vólviese á Constantinopla para llevar á cabo su matrimonio, lo cual hizo sin duda más bien para conceder algo á las súplicas de aquel jóven senador, que con la intención de que ella accediese al mismo.

Eufrasia estaba demasiado firme en su vocacion para pensar en abandonar el monasterio, y le respondió de esta manera: « ¿ Quisiérais vos, ó emperador, inducir á vuestra sierva á dejar á Jesucristo por un hombre corruptible que hoy es y mañana no es, y que ha de ser un dia pasto de los gusanos? ¡ Dios preserve á vuestra sierva de un tan gran pecado! Os suplico que más bien persuadais á este hombre que no os importune más sobre el particular; porque yo he tomado á Jesucristo por esposo, y me es imposible romper mis lazos. Suplicoos tambien que os acordeis de mis padres, y dispongáis de los bienes que me han dejado en favor de los pobres, de los huérfanos y de las iglesias. Yo sé cuánto honrabais á mi padre con vuestra estimacion, puesto que queriais que estuviese á vuestro lado. En nombre suyo, pues, y tambien por el amor de mi madre, os suplico que empleeis sus bienes en obras buenas, que concedais la libertad á todos sus esclavos, y condoneis á sus arrendadores lo que debían desde la muerte de mi padre, á fin de que,

no teniendo ya solicitud alguna por los bienes de la tierra, esté yo con Jesucristo sin estorbo alguno. Rogad al Señor que vuestra sierva le sea fiel. Atrévome á pedir la misma gracia á la emperatriz vuestra esposa. » Ella firmó su carta y la envió por el mismo oficial que le había traído la del emperador.

Cuando este príncipe la hubo recibido, entró con la emperatriz en su gabinete, en donde la leyeron juntos y derramaron uno y otro muchas lágrimas. Al día siguiente, hizo leer en pleno senado, se hizo avisar espresamente al padre del jóven senador á quien Eufrasia había sido prometida.

Todos quedaron maravillosamente edificados de ella, y, aplaudiendo cada uno la virtud de la que la había escrito, reconoció en ella con admiracion el noble valor y la eminente piedad de Antígono y de su esposa. No se atrevieron ya á hablar más de llamarla para llevar á cabo su matrimonio, y el emperador ejecutó fielmente sus intenciones en la distribucion de los bienes que ella tenía en Constantinopla y en los contornos.

Eufrasia solo tenía entonces doce años, y el progreso que hacía en las virtudes religiosas estaba tan sobre su edad, como la prudencia y generosidad que había manifestado en su carta. De este modo, libre de todos los cuidados de la tierra por la piadosa distribucion de los bienes, dirigió toda su atencion á santificarse siempre más y más por un acrecentamiento de fervor.

Entonces fué cuando comenzó á entrar en aquellos grandes combates contra el demonio y contra sí misma, que forman la principal materia de su elogio por las victorias que obtuvo y las coronas inmortales que en ellos recogió.

El amor de la penitencia la llevó muy pronto á hacer su ayuno más austero. Al principio no comía más que una vez al día; despues no lo hacía sino cada dos ó tres días.

Más tarde no comió más que una vez por semana, lo cual no pudo sostener sino por un milagro sensible, como se juzgará por lo que sigue. Sujetóse á los oficios más bajos del monasterio, é hizose voluntariamente sierva de todas las hermanas con una humildad tal que todavía no se había visto otra tan profunda y dulce en las demás. No ponía atencion alguna en la delicadeza de su cuerpo, y no sabía medir segun sus fuerzas la grandeza del trabajo; sino que estando siempre más pronta en humillarse y siendo todos los días más trabajadora, no le espantaba cosa alguna por penosa que fuese, y nada había bajo en la casa que ella no se reservase para hacerlo, como la funcion que le era á ella más propia que á nadie.

Sin embargo el demonio, siempre atento á estorbar los progresos de las almas santas, no pudo ver los suyos sin esforzarse en detenerlos. Empezó por la tentacion en el espíritu; y no pudiendo salirse con la suya, prosiguió pronto empleando la obsesion y la fuerza abierta. Eufrasia se servía útilmente contra él de un medio que estaba en uso entre aquellas fervorosas religiosas, y que tanto más podian sostenerlo, cuanto que confundía el orgullo del príncipe de la soberbia, oponiéndole la obediencia y humildad.

Era una regla establecida entre las hermanas el declarar sus tentaciones á la superiora, la cual consiguientemente les daba consejos necesarios y prácticas proporcionadas á su situacion. Eufrasia espantóse al principio con los primeros ataques del enemigo, no habiéndolos experimentado hasta entonces semejantes. Ayudóse mucho del consejo de una hermana llamada Julia que había sido su maestra; y manifestando fielmente por consejo suyo su estado á la superiora, todas las veces que el demonio renovaba la tentacion, salía siempre victoriosa de ella, por violenta que fuese.

Su gran zelo por el bien, el odio y el horror que tenía á

las malignas sugerencias del demonio, su humildad, su mortificación; su ardiente amor á Dios, todas las virtudes cuyo concierto forman la perfecta religiosa, y un alma eminente en piedad, aparecieron en ella con brillo en esta guerra espiritual. Jamás se desanimó; jamás se abandonó á la turbación; jamás se relajó; sino que estando siempre vigilante, siempre más animosa y dispuesta al combate, la tentación solo sirvió para afirmarla más en las virtudes, y hacerla crecer en mérito delante de Dios.

La superiora, que reconocía en ella excelentes disposiciones para las virtudes heroicas, las secundaba por su parte con la conducta que observaba para con ella; y encontrando en su voluntad una docilidad dispuesta á todo, cuanto más la fortalecía consolándola en sus tentaciones é inspirándole ánimo, tanto más también la probaba con prácticas humillantes, á fin de desapegarla siempre más de sí misma, y para atraer sobre su alma aquellas gracias más particulares que Dios concede á las personas humildes y fieles en adelantarse en la perfección.

No solamente aquella superiora esclarecida rogaba y hacía rogar á las hermanas para obtener del cielo la fuerza que la joven Eufrosia necesitaba en los violentos asaltos que le daba el demonio, sino que también la conducía como paso á paso de un ejercicio á otro, de una práctica á otra, de un acto de virtud á otro; y Eufrosia, ciegameamente sumisa, no sabía obrar sino bajo sus órdenes y por sus consejos.

No solamente se sometía con una exacta obediencia en las cosas de fácil ejecución, sino en aquellas que chocan con el sentido común, cuando este no consulta más que al amor propio. Eufrosia no conocía cosa imposible cuando se trata de obedecer. La obediencia allanaba en su espíritu toda suerte de dificultades.

Un día la superiora, queriendo probar su sumisión, le or-

denó que trasladase de un lado á otro un montón de piedras, en el que había algunas que dos hermanas con mucha pena hubiesen podido mover. Muy lejos de que Eufrosia pensara siquiera que la carga era sobre sus fuerzas, y que sus ayunos la podían poner fuera de estado de sostener un tan gran trabajo, no se ocupó más que de obedecer sin exigir que se la hiciese ayudar por alguna otra religiosa, y cumplió valerosamente lo que se le había prescrito.

Algunos días después, la superiora le ordenó que volviese á poner las piedras en el primer sitio de donde las había sacado, lo cual ella ejecutó con la misma prontitud. Finalmente le hizo hacer lo mismo durante treinta días consecutivos, sin que Eufrosia aflojase en el ardor que había manifestado la primera vez en obedecer.

Las religiosas que eran todas testigos de su sumisión y de su trabajo, no se cansaban de admirarla, y hasta muchas le manifestaron su asombro. En efecto, además del ejemplo que les daba de una obediencia ciega, era evidente que Dios le daba en aquella ocasión fuerzas sobrenaturales, puesto que el trabajo que hacía estaba muy por encima de la naturaleza, como hemos dicho.

Después del trigésimo día, iba á continuar el mismo ejercicio sin dar muestras del menor cansancio, cuando la superiora le ordenó que cesase y fuese, en lugar de aquel ejercicio, á amasar pan para la comunidad, hacerlo cocer, y hacer de modo que estuviese á punto para ser presentado á las hermanas la misma noche, á lo cual ella obedeció igualmente, aunque esto la obligó á redoblar el trabajo y la diligencia.

No causándose el demonio de importunarla con nuevas tentaciones, no es fácil concebir á qué fatigas se condenó ella voluntariamente para triunfar de su malicia. Levantóse contra sí misma con un zelo ardiente hasta no darse punto de reposo, encargándose de una multitud de ocupaciones,

todas á cual más penosa. Sus ocupaciones casi diarias eran: estar de pié horas enteras en presencia de las religiosas; preparar la comida; servir á la mesa; barrer el monasterio; cortar y traer leña para la cocina; amasar y hacer cocer el pan para todas las hermanas; y su actividad era tan continua que las religiosas cuyas miradas todas atraía su virtud, confesaban que durante un año entero jamás la habían visto descansar, escepto de noche cuando dormía.

Ella no se creía por esto con derecho á dispensarse de asistir noche y día al canto de los salmos, sino que al contrario iba á él tan puntuálmente como las más fervorosas; y lo que es más admirable, cumplía con sus obligaciones en todos estos cargos, aun los más viles, con tanta gracia y dignidad, que por vil que fuese el ejercicio al cual se abajaba, siempre se reconocía en ella la grandeza de su origen, pareciendo tan grande en su humillacion como si hubiese estado sobre el trono.

Para colmo de maravilla, se veía que Dios la sostenía sensiblemente en aquella continuacion de fatigas, puesto que en vez de debilitarse con ellas, como naturalmente debía suceder, su salud se fortalecía más; de suerte que, á los veinte años, era de una estatura más alta que ninguna de las hermanas, más robusta que ellas, de una robustez admirable, y su primitiva belleza se había conservado siempre, aun cuando esto era de lo que menos se le podía hablar.

¿Quién habría pensado que un alma cuya conducta toda llevaba el sello de todas las virtudes religiosas, pudiese ser jamás objeto de contradiccion? Pero Dios, que quería hacer brillar en ella la dulzura y paciencia, á fin de que sirviese de ejemplo á las demás, permitió que una religiosa llamaba Germana, envidiosa de su virtud, se atreviese á levantarse contra ella, y la hiciese sentir los efectos de su mal genio.

Germana no tenía el nacimiento, ni el mérito, ni otra ninguna ventaja que pudiera ponerla al nivel de Eufrasia. Era una de aquellas personas que pueden hallarse hasta en las comunidades más reformadas, que parece que no viven en ellas sino para probar la paciencia de las demás. Así que, muy lejos de reconocer en nuestra Santa una piedad capaz de edificarla, solo la consideró para tacharla de hipocresia y ambicion, lo cual hasta la llevó un día á decirle con agrura, que comía solamente una vez á la semana para desalentar á las demás hermanas que no podían hacer otro tanto, y que aquello no era más que un artificio para ser superiora despues de la muerte de la que entonces lo era.

Muy lejos de incomodarse Eufrasia por tan injusto reproche, contentóse con representarle con una dulzura que hubiera debido enternecerla, que ella no ayunaba sino con el permiso de la abadesa, y finalmente se puso de rodillas á sus piés y le dijo con la más conmovedora humildad: « Perdonadme, señora, y rogad por mí; pues soy verdaderamente culpable y confieso que he pecado contra Dios y contra vos. »

No se dejó ignorar la conducta de Germana á la superiora, la cual, apenas tuvo de ella noticia, llamó á aquella mala religiosa, dióle una severa reprension y le impuso una penitencia, separándola de las demás hermanas, como indigna de vivir entre tan santas mugeres. Pero Eufrasia, cuyo corazon era más sensible á la pena de los demás que á la que le tocaba á ella misma, interesóse con todas sus fuerzas para obtener su perdon, y durante treinta dias no cesó de rogárselo á la superiora.

Al final de ellos, viendo que no lograba nada, y no pudiendo sufrir que una de sus hermanas sufriese penitencia por ocasion suya, tomó consigo á la hermana Julia y la suplicó que uniese sus instancias á las suyas para con las más

antiguas del monasterio á fin de inducir las á pedir á la superiora la reunion de Germana á la comunidad.

La superiora, á la que las madres antiguas fueron á suplicar, á solicitud de nuestra Santa, hizo llamar entonces á Germana, y le renovó en presencia suya los mismos reproches que le había dado antes de imponerle la penitencia. Finalmente, dejándose doblegar por las instancias de todas, y en particular de Eufrosia, la perdonó y le permitió entrar de nuevo en la comunidad.

Pero las pruebas de nuestra santa virgen no terminaron aquí. Apenas salió de este combate cuando se encontró medida en otro por esfuerzos más formidables del maligno espíritu. Hasta entonces no la había atacado sino con tentaciones en la imaginación; pero después atentó con furor contra su vida, ya precipitándola un día en un pozo cuando sacaba agua del mismo, ya haciéndola caer otra vez de un piso alto. Y una vez entre otras, cuando cortaba madera, hizo inclinar la cuña contra su pié y le abrió una profunda herida. No fué sino una protección visible de Dios el que se escapara de estos accidentes, uno solo de los cuales le podía quitar la vida; pero su valor jamás se debilitó, y siempre se animaba más y más á proseguir sus laboriosos ejercicios, despreciando la malicia del demonio y poniendo en Dios toda su confianza.

Pruebas tan patentes de la protección del Señor para con su sierva, confirmaron todavía más á la superiora y á las otras religiosas en la alta estima que habían concebido de su santidad. Ellas no podían ver en Eufrosia un tan maravilloso concierto de virtudes y prodigios sin reconocer en esto el dedo de Dios. Así que no quedaron sorprendidas cuando vieron que había recibido el don de hacer milagros.

La virtud de aquellas religiosas gozaba de tanta veneración en toda la comarca, como lo hicimos notar desde el principio, que con frecuencia las mugeres del país les lle-

vaban sus hijos enfermos á fin de que con sus oraciones les obtuviesen la curación. Un día hubo una que llevó el suyo de edad de ocho años, el cual era paralítico, sordo y mudo, pidiendo con muchos gemidos y lágrimas que suplicasen á Dios su curación.

La superiora, á quien avisó de ello la portera, sintióse, en aquel momento inspirada á confiar esta curación á Eufrosia y, habiéndola hecho llamar, le ordenó que fuera á tomar á aquel niño á la puerta del monasterio sin explicarle más sus intenciones.

Apenas Eufrosia vió al niño en un estado tan deplorable, movióse á compasión hácia él, y le dijo, haciendo sobre el mismo la señal de la cruz: Que el que te ha criado, te cure. Tomóle en seguida en sus brazos para llevarlo á la superiora; pero apenas lo tuvo en ellos, cuando se encontró enteramente curado, pidió por su madre, y corrió hácia ella como si jamás hubiese estado enfermo.

La superiora, conociendo por este prodigio el don que Eufrosia había recibido de Dios, la destinó para servir á una muger poseída del demonio, á la cual se tenía en el monasterio y para la cual las hermanas oraban hácia ya largo tiempo á fin de obtener su curación. El espíritu inmundo al cual estaba entregada, la hacía tan furiosa que había sido necesario atarla con fuertes cadenas, y aun á pesar de estas precauciones nadie se atrevía á acercársele; y cuando le daban de comer, se lo presentaban en una cesta atada al extremo de una cuerda.

Cuando la Santa quiso darle de comer, irritóse furiosamente, rechinando de dientes y lanzándose sobre ella. Pero Eufrosia, sin desconcertarse, la amenazó con pegarle con el bastón de la superiora que tenía en la mano, mostrando por ahí el respeto y confianza que tenía en la autoridad de la Madre, y que ella no obraba más que por obediencia. En efecto, la posesa se apaciguó y tomó su comida

de manos de Enfrasia la cual continuó sirviéndola sin otra precaucion y sin que nadie se atreviese á hacer lo mismo.

Entonces la superiora, no dudando ya que Dios le había reservado la gloria de arrojar aquel demonio, le declaró que era voluntad del Señor que acometiese esta empresa. La humildad de la Santa se alarmó con semejante proposicion. Postróse con el rostro en tierra, echóse ceniza sobre la cabeza, y esclamó persuadida de su impotencia: « ¡ Ay! ¿ quién soy yo, más que una miserable, para osar intentar arrojar á un demonio del cual no han podido librar á esta muger las oraciones de todas las hermanas? »

Sin embargo, confiando en la palabra de la superiora, despues de haber hecho su oracion delante del altar del oratorio, fuese derecha á la posesa, para obligar al demonio á retirarse de ella. Todas las hermanas la seguian de lejos, queriendo ver lo que iba á pasar. Al principio el espíritu maligno opuso estrañas resistencias, y vomitó contra ella por boca de la posesa toda suerte de injurias, las cuales sufrió ella humillándose todavia más de lo que el demonio quería rebajarla. Por último viendo que se obstinaba en no salir, dirigióse de nuevo á Nuestro Señor Jesucristo con una elevacion de corazon hácia él, que hizo con todo el ardor de que fué capaz; y con este golpe el demonio abandonó la plaza, lanzando al salir terribles gritos contra aquella muger y causando un horrible alboroto.

Al mismo tiempo Eufrasia tomó por la mano á la muger á la que el demonio habia inducido hasta entonces á vivir entre la inmundicia, limpióla, le cambió los vestidos y la llevó á la superiora, quien la condujo al oratorio para dar allí gracias al Señor con las demás religiosas.

Desde entonces Eufrasia se humilló más de lo que nunca había hecho. Pasó las noches enteras en oracion. Continuó ayunando rigurosamente y no cercenó nada de los penosos servicios que hasta entonces había tributado á las herma-

nos; y este punto de su vida es más edificante y digno de admiracion que los prodigios que acabamos de referir, por grandes que parezcan.

Ella no sobrevivió mucho tiempo, sino que habiendo llenado la medida de su perfeccion por una continuada serie de actos heroicos de todas las virtudes, Dios lo dió á conocer á la superiora en un sueño, en el que le hizo ver que la santísima Virgen introducía á Eufrasia en la mansion de la gloria, y que esto debía suceder dentro de diez dias.

La piadosa abadesa, viendo la pérdida que iba á experimentar, conmovióse hasta el fondo del alma; y por más que hizo para ocultar su dolor, la tristeza que aparecía en su rostro hizo comprender á sus religiosas que se hallaba en una extrema afliccion. Sin embargo no les comunicó la vision que había tenido hasta la víspera del día en que Eufrasia debía morir. Afligiéronse todas extraordinariamente al oirla; pero Eufrasia más que ninguna otra y por un sentimiento muy distinto; porque ocultándole su humildad el conocimiento de sus méritos y no mostrándole sino motivos de aniquilarse, postróse á los pies de la superiora y, derramando un torrente de lágrimas le suplicó que le obtuviese de Dios todavia un año de vida para llorar, decia ella, sus faltas, viéndose desprovista de virtudes y teniendo una gran necesidad de hacer penitencia.

La superiora la animó é inspiró ánimo y confianza. Ordenó á las demás hermanas que la llevasen al oratorio, porque su próxima muerte empezaba á declararse por una ardiente calentura. Las religiosas la aguardaron hasta la noche á la hora de la refeccion, en que la superiora se despidió de ellas, quedando con la hermana Julia junto á la enferma. Julia la suplicó mucho que pidiese despues de su muerte al Señor que la siguiera de cerca, porque deseaba con ardor asociársele en el cielo, como habian vivido en estrecha union en la tierra.

Eufrasia vivió todavía hasta el día siguiente. Y desde la mañana aperciéndose la superiora de que le iban faltando mucho las fuerzas, hizo llamar de nuevo á las religiosas, las cuales acudieron para darle con mucha ternura y lágrimas el último adiós. Finalmente, habiéndose puesto todas en oracion, espiró dulcemente siendo de treinta y un años de edad, dichosa por haber llegado en tan poco tiempo á una consumada santidad.

Julia que, como dijimos, había sido su maestra y la había amado tanto, pasó tres días sobre su sepulcro en oraciones y lagrimas. Al cuarto día fuése á encontrar á la superiora, y le declaró con grandes señales de alegría que Eufrasia le había obtenido de Dios la gracia de irse á juntar con ella en la gloria; así que murió al día siguiente despues de haber dado el último beso á todas las hermanas, y fué enterada en el sepulcro de la Santa.

Apenas habían trascurrido treinta días cuando la superiora obtuvo la misma gracia por intercesion de Eufrasia. En su consecuencia, advirtió á sus religiosas que se escogiesen una abadesa; y para calmar su pena y afliccion, les declaró todo lo que Dios le había dado á conocer de la gloria grande que Eufrasia y Julia gozaban en el cielo; lo cuál les inspiró un fervor tal que todas le suplicaron que pidiese al Señor que las retirase de este mundo para participar de la dicha de aquellas dos santas.

Escogieron para abadesa á una hermana llamada Teognia, y se la presentaron. Entonces dirigiéndole la palabra aquella digna superiora, le dijo: « He ahí que las hermanas os han elegido para conducir las segun la ley de Dios y las reglas del monasterio; yo os suplico en nombre de la Santísima Trinidad, que no busqueis los bienes y las riquezas de este mundo, ni apliqueis las hermanas á cuidados terrenales, sino más bien á que desprecien los bienes temporales para ser dignas de los de la eternidad. » Despues,

hablando á las hermanas, dijo: « En cuanto á vosotras, queridas hijas mias, acordaos de la conducta que Eufrasia ha observado en vuestra compañía; esforzaos en seguir sus pasos, si quereis participar de su dicha. »

Despues de estas pocas palabras, las despidió, y se encerró sola en el oratorio, en donde al día siguiente la encontraron durmiendo el sueño de los santos. No quisieron separar su cuerpo de los de Eufrasia y Julia pero despues; no se encerró á nadie más en aquel sepulcro.

El historiador de la vida de nuestra santa dice que se obraban en él muchos milagros: que los posesos que á él se llevaban se veían pronto libres, gritando los demonios que Eufrasia triunfaba de ellos y les atormentaba aun despues de su muerte. Termina su historia con estas palabras: « Tal fué la vida de la muy noble Eufrasia, que mereció ser agregada á la corte celestial. Nosotros debemos esforzarnos en imitar sus virtudes, y sobre todo su humildad, su obediencia, su infatigable trabajo, su mansedumbre y su longanimidad, y mereceremos como ella gozar en la compañía de los ángeles de la dicha de estar con Nuestro Señor Jesucristo¹. »

¹ La memoria de santa Eufrasia está en tan gran veneracion entre los griegos, que cuando se reciben los votos de una religiosa, el sacerdote pide á Dios por ella, que le haga participante de las gracias y bendiciones con que colmó á Santa Tecla, Santa Eufrasia y santa Olímpades. Celebran su fiesta el 25 de julio; y está fijada en el *Martirologio romano* el 13 de marzo.

SEGUNDA PARTE

SOLITARIOS DE NITRIA, DE LAS CELDAS Y DE FARMOS

SAN AMON, SU DOCTRINA Y SUS DISCIPULOS

El desierto de Nitria, tan célebre en la historia monástica de Egipto, y que San Jerónimo llama *la ciudad de Dios*, á causa de la santidad de los solitarios que lo habitaban y de su gran número, era una vasta soledad á cuarenta millas ² de Alejandria, al medio dia del lago Mareotis ³, teniendo por la parte de Oriente el desierto de Sceté, de la otra la Libia ⁴ y el pais de los Maziques ⁵ y extendiéndose hasta la Etiopía. Este desierto tomaba su nombre de la cantidad de

¹ San Atanasio, San Jerónimo, Rufino, Sozomeno, Sócrates.

² Cerca de diez y seis leguas.

³ Hoy día *Mariouth*. Este lago estaba unido al Mediterráneo por la rama Canópica del Nilo.

⁴ Se sabe que los griegos daban este nombre al Africa entera, pero que los Romanos no lo aplicaban generalmente sino al país comprendido entre el Mediterraneo al Norte, el Africa propiamente dicha al Oeste, el desierto al Sur, y el Egipto al Este. Hoy día llamase todavía desierto de Libia al territorio que se extiende al Oeste de Egipto y al Este de la Nigricia.

⁵ Esta colonia ha desaparecido.

sal de nitro que se sacaba de algunos de los lagos y lagunas que en él había, lo cual hizo decir, á San Jerónimo y á Rufino que allí se lavaban verdaderamente los pecados de los hombres con el purísimo nitro de las virtudes.

Algunos han creído que el desierto de Nitria estaba habitado por monges desde el segundo siglo. Las actas de San Fronton dicen que había reunido en él una comunidad de setenta religiosos los cuales, no pudiendo subsistir á causa de la aridez del terreno y del alejamiento de los lugares habitados, empezaron á murmurar y á quejarse, echándole en cara el haberles metido imprudentemente en una soledad en la que se hallaban en peligro de morir de hambre; pero que el Santo, habiéndoles asegurado por la confianza que tenía en Dios que el divino Maestro proveería pronto á sus necesidades, no tardaron en ver los efectos de esta promesa; porque un ángel se apareció en sueños á un hombre rico y le ordenó que les socorriese; lo cual hizo cargando de víveres á muchos camellos que se fueron derechos al monasterio del Santo, aun cuando los que los conducían no sabían en dónde estaba. Dícese además que el Santo recibía desde aquel tiempo todos los años un socorro semejante de otras personas de piedad, y que este suceso tuvo lugar en el año trece del emperador Antonino, esto es en el año 150.

Sería de desear que el autor de dichas actas fuese conocido, y que por su nombre se pudiese juzgar si su autoridad iguala á la de Rufino y á la del antiguo autor de la Vida de San Pacomio, que aseguran que San Amon fué el primero que habitó el desierto de Nitria. Paladio parece que se opone á Rufino, pues dice que cuando San Amon se retiró allá, había en aquel punto pocos monasterios. Sea de esto lo que fuere, el número de los solitarios creció allí de tal manera bajo nuestro Santo, que este merece por lo menos el título de propagador de la orden monástica en el

desierto de Nitria, que Sócrates le dá, aun cuando nosotros nos inclinamos más bien á darle el de fundador, basados en el testimonio de Rufino ó Evagrio, mejor instruidos que Paladio y Sócrates en la tradicion de este desierto.

San Amon era egipcio, de una familia noble y opulenta. A los veinte y dos años perdió á su padre y á su madre, y no pensaba quedarse en el mundo, habiéndose consagrado á Dios desde su infancia, segun refiere San Atanasio en el fervor de la piedad. Pero sus padres, y principalmente su tío, que tenía autoridad sobre él, aparentemente en calidad de tutor, le instaron tanto á que se casase que, á pesar de sus repugnancias, se determinó á ello, y se desposó con una jóven con la que prometió en su corazon vivir separado. No dejó de hacer todo cuanto se podía esperar de él para la solemnidad de las bodas; pero por la noche, habiéndose retirado á su departamento y cerrado la puerta, tomó una silla, llamó á su esposa y le declaró su piadoso designio. Detallóle todos los enemigos del matrimonio, le mostró las ventajas de la virginidad, leyóle lo que Jesucristo y San Pablo dicen á este propósito y le añadió las reflexiones que el Espíritu Santo le inspiraba.

Su esposa, que jamás había leído las sagradas escrituras ni oído cosa semejante, conmovióse y se sometió á sus intenciones. Sin embargo ella no pudo resolverse á no vivir en la misma habitación, como Amon lo hubiera deseado, y le pidió quedarse con él para vivir como hermano y hermana.

Amon accedió á esta súplica y emprendieron de concierto una vida perfecta. Él por su parte pasaba todo el día en su jardin, cultivando bálsamo, con mucho cuidado y trabajo; y volviendo por la noche á su casa hacía la oracion, cenaba con su esposa, se retiraba en seguida á su aposento para pasar una gran parte de la noche en la oracion y en el rezo de los salmos, y finalmente, despues de haber tomado un

ligero descanso levantábase muy de mañana para volver á principiar su trabajo. Su muger no se aplicaba con menos ardor á los ejercicios de piedad, y así pasaron diez y otro años juntos, unidos más estrechamente por un santo afecto y por la conformidad de sus sentimientos por la virtud, de lo que lo hubieran sido por la union de la carne y sangre, de suerte que llegaron á un gran desapego de todas las cosas, y a una paz interior tal cual Dios hace gustar á los que le sirven fielmente.

Despues de estos diez y ocho años, habiendo quedado más libres con la muerte de sus padres, su muger, siempre más edificada de su eminente piedad, temió faltar á lo que debía á la gloria de Jesucristo y al bien del prógimo, si ocultaba por más tiempo en su casa las riquezas espirituales que poseía en la persona de un tan santo hombre. Así que, ella fué la primera en proponerle que se separasen del todo, no siendo justo, le decia, que los demás quedasen privados por ocasion suya de los ejemplos de virtud y de las saludables instrucciones de que ella sola se habia aprovechado hasta entonces.

Amon, que no había cesado de rogar al Señor que pusiera en el corazon de su esposa los sentimientos que acababa de manifestarle, recibiólos con una gran alegría y dió por ellos á Dios acciones de gracias. Tambien se las dió á ellas por haber secundado sus deseos; y cediéndole su casa, en la que en poco tiempo reunió una numerosa comunidad de vírgenes, retiróse al desierto más próximo, que era el de Nitria.

No estuvo allí mucho tiempo desconocido. Habiéndole Dios favorecido con el don de milagros, y resplandeciendo su virtud en aquel desierto, á la manera de una brillante estrella, fué obligado muy pronto á encargarse de la conducta de un gran número de solitarios, muchos de los cuales se hicieron muy célebres, y por su medio el estado monás-

tico se extendió no solamente por el desierto de Nitria sino tambien por el de Sceté y por otras regiones de Egipto.

El cuidado que tomaba de sus discípulos era increíble y, á pesar del trabajo que esto le daba, no dejaba por esto de hacer muy grandes austeridades. No usaba aceite en sus comidas ni bebía vino. El pan seco y el agua eran todo su alimento; y aun usaba de estas dos cosas tan sóbriamente, que con frecuencia pasaba sin comer dos dias y algunas veces más. Su muger, á quien visitaba regularmente dos veces al año para ayudarla á adelantar en perfeccion, imitaba tambien el rigor de sus ayunos y de su abstinencia, lo mismo que su zelo por la salvacion de las almas que la providencia había confiado á sus cuidados.

Aun cuando él hizo un gran número de milagros, los historiadores no refieren más que unos pocos, pues los primeros solitarios preferían imitar las virtudes de los santos que escribir sus maravillas. Pero sus discípulos conservaban fielmente la memoria de dichos milagros y los decían á los otros de viva voz. El primero que se cuenta de él y que obró estando todavía solo en el desierto, fué la curacion de cierto jóven que mordido por un perro rabioso, él tambien se había puesto rabioso, rasgándose el cuerpo con los dientes. Sus padres lo llevaron á él atado con fuertes cadenas, y le suplicaron que le curase. Amon les respondió: « ¿ Porqué venís á atormentarme de esta manera? Me pedís lo que está sobre mis fuerzas. La curacion de vuestro hijo más depende de vosotros que de mí; para ello no hay más que devolver el buey que teneis á la viuda á la cual lo tomasteis, y al instante os será concedida la gracia que deseáis. » Aquellas buenas personas quedaron espantadas al ver que el Santo había conocido por una luz sobrenatural el hurto que secretamente habían cometido. Tuvieron sin embargo mucha alegría al saber que restituyéndolo, obtendrían lo que con

tanto ardor deseaban. Devolvieron pues sin tardanza el buey que habían tomado, y habiendo rogado por ellos San Amon, su hijo se halló curado.

Dos hombres fueron tambien á visitarle, y con el fin de probarlos les dijo que le trajesen una cuba en la que pudiese poner agua para los que iban á verle. Ellos se lo prometieron; pero habiéndose apartado de él, el uno de ellos dijo á su compañero: « Encargaos vos, si quereis, de esta comision; porque yo no haré nada de esto puesto que no quiero perder mi camello, el cual indudablemente perecería si echase sobre él tan pesada carga. » El otro le representó que no teniendo más que un asno, todavía estaba menos que él en estado de cumplir su promesa; pero viendo que no quería escuchar nada, confiése al mérito del Santo, y cargó con la cuba al asno, el cual la llevó al monasterio con tanta facilidad que se hubiera dicho que no llevaba carga alguna. San Amon, viéndole llegar le dijo: « Habeis hecho muy bien en traer esta cuba sobre vuestro asno. Sabed que el camello de vuestro compañero ha muerto. » En efecto, este hombre halló á su vuelta que el camello había muerto como se lo había dicho el Santo.

San Atanasio, queriendo dar una justa idea de la profunda virtud de San Amon, cuenta de él el siguiente milagro, que demuestra cuánta era su pureza y cuán agradable á Dios. Amon, dice él, viéndose obligado á pasar á nado el rio llamado Licus (era un desagadero de las aguas del Nilo), dijo á su discípulo Teodoro que le acompañaba que se alejase, á fin de que al desnudarse no se viesen desnudos. Habiéndose separado Teodoro, Amon se quedó pensativo, no atreviéndose á desnudarse por la vergüenza que tenía de verse desnudo á sí mismo, lo cual jamás en su vida le había sucedido. Mientras estaba así preocupado por su pena, hallóse de repente trasladado á la otra parte del rio por una virtud divina, sin que de ello se aperci-

biese. Habiéndose juntado á él Teodoro en la otra orilla, admiróse mucho al ver que hubiese atravesado tan pronto el agua, y todavía quedó más admirado viendo que ni siquiera tenía los pies mojados. Fácilmente comprendió que no había nadado, y le suplicó que le dijese cómo lo había hecho. San Amon quería ocultarle el milagro que Dios había obrado en favor suyo; pero el discípulo se echó á sus piés y le hizo protestas de que no se levantaría hasta que se lo hubiese declarado. El Santo le confesó la gracia que Dios le había hecho; pero le exigió que no hablase de ella á nadie durante su vida, lo cual Teodoro ejecutó fielmente.

La fama de sus virtudes y de sus milagros había penetrado hasta la morada del gran San Antonio, lo cual había formado entre ellos una estrecha union. Amon iba frecuentemente á visitarle y San Antonio fué tambien á verle en su desierto al menos una vez. En esta visita fué cuando, habiendo conversado algun tiempo juntos, Amon le dijo que su monasterio que había en la montaña no podía contener ya el gran número de solitarios que tenía bajo su conducta; que algunos de ellos descaban edificar celdas en un lugar más apartado para vivir allí en mayor retiro, y le suplicó que le indicase á qué distancia podría levantarlas. San Antonio le respondió que si le parecia bien adelantar la hora de la recepcion, irian en seguida por el desierto á escoger el lugar que más conviniese. Comieron, pues; despues de lo cual se internaron en el fondo del desierto hasta la puesta de sol.

Entonces se detuvieron y San Antonio le dijo: « Pon-gámonos aquí en oracion y plantemos una cruz, á fin de que los que aquí vinieren á morar, edifiquen celdas. » Este sitio estaba á cuatro leguas largas del monasterio de la montaña, y San Antonio juzgó que la distancia era suficiente, á fin de que los solitarios de uno y otro monaste-

rio pudiesen, cuando se visitasen, quedarse á dormir en él despues de haber comido á la hora de nona. Asi estaban atentos aquellos grandes santos en conservar la observancia de la disciplina regular.

De este modo perseveró Amon en el combate espiritual y en el ejercicio de las virtudes religiosas, y llegó felizmente á la perfeccion de la santidad de los solitarios. Era necesario que esta fuese muy eminente, puesto que, á pesar de sus prodigios le habian hecho muy célebre San Atanasio le pone en el número de aquellos cuyo mérito brilló todavia más delante de Dios de lo que era conocido de los hombres. Finalmente terminó su carrera no teniendo más que sesenta y dos años de edad de los cuales había pasado cuarenta en el mundo en una gran inocencia de costumbres, y los restantes en la soledad. A la misma hora en que murió San Antonio, vió subir su alma al cielo, lo cual refiere San Atanasio en estos términos: « Estando Antonio sentado en su montaña, levantó de repente los ojos al cielo, y vió á alguien que se elevaba por los aires, y á muchos ángeles que le salian al encuentro dándole muestras de una grande alegría. En la admiracion en que se hallaba, bendecia aquella santa asamblea y rogaba á Dios que se dignase enseñarle lo que aquello podía ser. Oyó al mismo tiempo una voz que le dijo que era el alma de Amon, solitario de Nitria. Los que entonces se encontraban junto á él, viéndole trasportado de admiracion y alegría, le suplicaron que les dijese la causa de ello. Respondióles que era porque Amon acababa de descansar en paz. Ellos notaron el dia y hora en que Antonio les había dicho esto y, treinta dias despues, habiendo llegado unos hermanos del desierto de Nitria, supieron por ellos el tiempo de la muerte de San Amon. y hallaron que había acontecido precisamente en la hora en que San Antonio había visto su alma subir al cielo aun cuando el lugar en que había muerto no distaba de su

montaña menos de trece jornadas ; lo cual les hizo admirar la pureza de alma de aquel á quien Dios descubría, por un singular favor, lo que pasaba tan lejos de él. »

No se sabe en qué año murió San Amon. Por lo que acabamos de decir, es evidente que fué antes que San Antonio, esto es, antes del año 356. Tillemont cree que puede fijarse su muerte hácia el año 340 ó 345.

Vossio, al final del segundo volumen de las *Obras de San Efrén*, dá algunos consejos ascéticos de un santo abad Ammon, que él asegura ser San Amon de Nitria y que son muy dignos de él. Están divididos en diez y nueve artículos y contienen una excelente doctrina. Por estos consejos se ve cuáles eran las virtudes que los santos Patriarcas de los solitarios recomendaban más particularmente á sus religiosos. Tales eran : la sincera humildad y la práctica de la humillacion ; el temor saludable, la compuncion del corazon, los santos gemidos y las lágrimas de la penitencia ; la mortificacion de los sentidos, la paciencia firme y constante en la tribulacion, el amor de las cruces, la alegría santa en los sufrimientos, el trabajo de las manos, la oracion y la meditacion, el silencio riguroso, el recogimiento interior, la atencion á la presencia de Dios, una conformidad entera en su divina voluntad y un total abandono de sí mismo á esta adorable voluntad por los trabajos, las penas y los sufrimientos, la vida y la muerte.

Se encuentran en la *Coleccion de las Vidas y de las Palabras notables de los Padres de los desiertos*, muchos solitarios de los cuales unos son llamados Ammon, otros Ammone, Ammiou, Ammonas, Piammon, etc., los cuales propiamente no son más que un mismo nombre. Esta semejanza de nombres hace que sea difícil distinguirlos bien unos de otros y aplicarles en particular los rasgos históricos y las máximas que se encuentran acá y allá en la coleccion. Asi que nos limitaremos á citar algunos

hechos, sin buscar definir el personage al cual se refieren.

Se cuenta de un Ammon ó Ammone que, deseando ver á San Antonio (V. PP. l. 7, c. 9, n. 3) é ignorando el camino que conducía á su cueva, tuvo noticia de él por milagro. San Antonio le predijo un día que haría grandes progresos en el temor de Dios, y habiéndole sacado fuera de su celda, le ordenó que dirigiese muchas injurias á una piedra que le mostró y le pegase duramente. Obedeció Ammon, y el Santo le preguntó si la piedra había proferido alguna queja ; á lo cual habiendo respondido que no, el Santo le aseguró que llegaría á un grado tal de virtud que, aun cuando le hiciesen cualquier cosa ó le dijeran lo más penoso que pudiese suponer, no creeria tener motivo de quejarse. Ammon pasó en seguida al desierto de Sceté, y allí estuvo catorce años pidiendo á Dios noche y dia que le concediese la gracia de sobreponerse á la cólera.

Un padre antiguo contaba que un solitario muy entrado en edad (Vit PP. l. 5. libell. 10. n. 16.) y que trabajaba muy asiduamente en su celda, fué á ver al abad Ammonas, estando vestido con una estera de palma. Al verle Ammonas vestido de esta manera, le dijo que aquella singularidad de nada le servía para su alma. En seguida aquel solitario le dijo que tenía tres pensamientos que le importunaban : el uno retirarse á algun sitio más apartado del desierto ; el otro ir á un pais extranjero en el que no fuese conocido de nadie ; el tercero encerrarse del todo en su celda para no ver más á nadie, y no comer sino una vez cada dos dias. Ammonas le respondió : « Nada de todo esto os conviene. Quedaos más bien en reposo en vuestra celda ; comed un poco cada dia, y tened en el corazon el sentimiento del publicano que se refiere en el Evangelio. Obrando así, podreis santificaros. »

El abad Pastor contaba del abad Ammon la siguiente sentencia sobre la discrecion : Un hombre llevará toda su

vida una segur, sin que llegue jamás á cortar un árbol. Otro, que conocerá el arte de servirse de la segur, derrocará por el contrario el árbol en poco tiempo. Parece que este Ammon era más antiguo que el abad Pastor, y que hasta fué su maestro: pero no sabemos si este es uno de los que nosotros hemos hablado.

Dícese también de un abad Ammon que habiendo ido algunos seglares á su celda para suplicarle que juzgase en una diferencia que tenían entre ellos, no decía palabra, queriéndoles dar á entender aparentemente que un solitario no debía mezclarse en los negocios del mundo; con lo cual una muger que se hallaba allí, dijo á otro que estaba muy cerca: yo creo que este viejo está loco. Oyólo Ammon, y haciéndola acercar, le dijo con dulzura y tranquilidad: « Hace mucho tiempo que trabajo con mucha pena en esta soledad para adquirir esta pretendida locura; ¿ y pensais vos que hoy quiero perderla por vuestra causa? »

Habiendo ido á Roma San Atanasio llevóse consigo á muchos solitarios, entre otros á un tal Ammon que fué tan poco curioso, dice el historiador Sócrates, que dejó de ver las rarezas de aquella soberbia ciudad, y se contentó con visitar los sepulcros de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Después, añade el mismo autor, como quisieran obligarle á que se dejase consagrar obispo, huyó y se cortó la oreja derecha, á fin de evitar con esta deformidad que se pensase más en elevarle á tal dignidad. Queriendo el mismo San Atanasio justificarse cerca del emperador Constancio de las calumnias de los arrianos, envió allá á cinco obispos y tres sacerdotes, y entre estos obispos había un tal Ammone que había sido monge; pero no sabemos qué Ammone era este. La elección que de él hizo este Santo para defender su causa junto al príncipe, prueba bastante la grandeza de su mérito.

Había también un solitario llamado Ammone, quien al

principio se había retirado á Canope, á seis leguas ó por las inmediaciones de Alejandria; pero este concibió tanto dolor por la persecución que los arrianos declaraban á Pedro, sucesor de San Atanasio, y á los otros católicos, que abandonó su celda, fué á visitar los santos Lugares de Jerusalem, y en seguida se dirigió al monte Sinai, en donde encontró muchos excelentes religiosos que se ejercitaban con gran fervor en la práctica de las virtudes bajo la conducta de un superior llamado Dulas, y á quien se llamaba otro Moisés á causa de su estremada dulzura. Pocos días después de haber llegado allí, unos Sarracenos fueron á arrojar sobre los solitarios y degollaron á todos los que pudieron hallar. El mismo día, unos bárbaros hicieron otro tanto con los religiosos de Raite, á dos jornadas del monasterio del monte Sinai. Ammone pudo escaparse; volvió á entrar en Egipto y se retiró cerca de Memphis, en una celda muy estrecha, en donde escribió la historia de los religiosos cuyo martirio había visto. Hablarémos de su relación á propósito de los Padres del Sinai.

Demos ahora algunos detalles sobre muchos de los discípulos de San Amon de Nitria.

San Teodoro fué compañero y discípulo del Santo. El corto elogio que de él hizo el autor de la Vida de San Pacomio, basta para dar una alta idea de su piedad. Llámale hombre muy santo que, habiéndose consagrado á Dios por una firme resolución y una fe no fingida, obtuvo sobre los demonios insignes victorias. Ammon de Tabennes le cuenta en el número de los personajes que por su virtud eminente, eran como las columnas vivas del estado monástico en el desierto. San Atanasio le dá el título de Santo, cuya virtud era todavía más conocida de Dios que de los hombres.

Hagio ó Hagion era sacerdote de Nitria. Vivía todavía allí cuando Paladio fué á visitar á los santos habitantes de aquel desierto, y moró un año con ellos. Cuéntale entre los

que el llama bienaventurados y santos Padres, cuyas instrucciones y relatos edificantes que le hacían de los que les habían precedido en la soledad, sirvieron mucho para animarle á la piedad. Cítase una palabra notable de un solitario llamado Aion ó Aio (Cotel-mon. t. 1, 4, p. 400.), el cual podría ser el mismo que el sacerdote Hagion de quien hablamos. Dícese que un solitario de Tebaida llamado Ancien, que había vivido en una gran austeridad, habiéndose finalmente vuelto ciego y cargado de enfermedades en su vejez, los hermanos no perdonaban cosa alguna para aliviarle y le hacían comer todo lo mejor que tenían; por lo cual se preguntó á Aio lo que pensaba del estado de este solitario, y respondió que si su corazón se complacía en los buenos tratamientos que le hacían, todos los servicios grandes ó pequeños que se le tributaban, tanto más disminuían el mérito de sus austeridades pasadas; pero que si recibía estos alivios á pesar suyo y con dolor, Dios le conservaría la entera recompensa de sus trabajos.

Paladio en el mismo libro habla del solitario Arsise, por sobrenombre el grande; lo cual muestra que era tenido en reputacion en el desierto. Había tenido la dicha de ver á San Antonio, San Pacómio y San Amon. De él supo Paladio lo que cuenta de este último. Vivía todavía cuando San Pablo fué al desierto de Nitria á visitar á los solitarios, esto es en 386.

Natanael fué tambien uno de los primeros habitantes del monte de Nitria. Establecióse allí cuando todavía no había más que unos pocos solitarios, y por esto su celda no estaba muy adentro del desierto. Hacía quince años que había muerto cuando Paladio fué allá; y por la relacion que le hicieron los demás religiosos, refiere lo que vamos á decir. Habiendo aquel santo religioso edificado una celda con el fin de guardar en ella un riguroso retiro, fué allí tentado de un tedio tan grande que, cediendo finalmente á

la tentacion se acercó á los lugares habitados, y edificó otra nueva. Pero apenas hubieron trascurrido algunos meses, cuando se le apareció el demonio bajo la figura de un lictor, cubierto con una piel de buey, y le dijo que venía á echarle de aquella celda como le había hecho salir de la primera. Natanael, reconociendo entonces que había cedido con demasiada facilidad á la ilusion del espíritu maligno, abandonó su nueva morada para volver á tomar la que había dejado, y se encerró en ella con la determinacion de no salir más.

Así perseveró durante treinta y siete años; pero esto no fué sin sostener grandes combates contra el enemigo de la salvacion, el cual no cesó de instigarle á quebrantar su resolucion, empleando para esto hasta artificios capaces de seducirle, si hubiese estado menos sobre aviso. Paladio refiere dos ocasiones en que su fidelidad apareció más particularmente. La primera fué que habiendo ido á visitarle siete obispos, no salió de su celda para acompañarles, por lo cual haciéndole ver los diáconos que iban en su compañía que faltaba con esto al respeto y humildad, les respondió: Yo respeto á los señores obispos; honro tambien á todos los eclesiásticos; sé que soy un gran pecador y el más ínfimo de los hombres; pero tengo hecha una resolucion de renunciar á estas costumbres de decencia y á mi vida misma, por una secreta intencion que tengo en mi corazón y que solo es conocida de Dios, el cual sabe bien que lo que me impede acompañar á los señores obispos, como vosotros queréis, no es orgullo y falta de respeto.»

Como este medio de que había querido servirse el demonio para hacerle quebrantar su resolucion no le hubiera salido bien, dice Paladio, empleó otro con el que parecía que la caridad exigía que socorriera á un niño que parecía tener esencialmente necesidad de su asistencia. El espíritu maligno tomó para esto la figura de un jóven, que condu-

cía un asno cargado de pan, y habiendo ido por la tarde junto á su celda, fingió que el asno se había caído y sepuso á gritar con voz lamentable: ¡ Abad Natanael ! tened piedad de mí y venid á socorrerme. Al rumor de su voz abrió al instante la puerta de su celda y, sin salir de ella ni sacar siquiera el pié afuera, según la resolución que de esto tenía hecha, le preguntó quién era y que deseaba de él. Yo soy, le respondió el demonio, el siervo de aquel solitario que es amigo vuestro, y le llevo panes porque tiene que dar de comer á alguno; á más de que tiene necesidad de ellos mañana que es sábado, para las oblacones; así que os ruego que tengais compasión de mí á fin de que no sea devorado por las hienas, pues ya sabeis que las hay por esos contornos.

Natanael permaneció algun tiempo pensativo no sabiendo á qué determinarse, porque por una parte temía pecar contra la caridad si rehusaba prestarle su socorro, y por otra tenía miedo de que no fuése alguna ilusion del demonio para obligarle á salir de su celda; pero por último, esperando que el Señor por cuyo amor estaba tan encerrado, tendría cuidado de aquel jóven si verdaderamente era tal, y no un fantasma diabólico, como con razon lo sospechaba, hizo una corta oracion á Dios, y dijo en seguida: Quien quiera que seais, si realmente teneis necesidad de mi socorro, no temais ser devorado por las hienas, ni tener ninguna otra desgracia, porque yo pongo mi confianza en el Dios que adoro, y él no os dejará perecer; y si, por el contrario, hay aquí una tentacion de mi enemigo, pronto me la dará á conocer. Habiendo dicho lo cual, cerró la puerta de su celda. Entonces el demonio, avergonzado de verse descubierto, se desvaneció como en torbellino, haciendo un ruido semejante al que hacen los asnos salvages cuando huyen saltando y brincando.

Serapion era tambien uno de los más célebres habitantes

de Nitria, puesto que San Jerónimo le llama una de las columnas de la fe de Jesucristo en aquel desierto. Era contemporáneo de San Antonio, y más antiguo que San Macario de Egipto. Sozomeno y Paladio le llaman el gran Serapion. Este último le vió tambien en 390, como el anciano Melanio le había visto en 387, y santa Paula en 386. No hay que confundirle con San Serapion, obispo de Thmuis. Ha habido tambien muchos solitarios del mismo nombre en Egipto, de los cuales conviene distinguirle.

SAN PIOR

Pior, originario de Egipto, fué uno de los más antiguos habitantes de la soledad y de los primeros discípulos de San Antonio. Abandonó muy jóven la casa de sus padres con una tan firme determinacion de renunciar perfectamente al mundo, que en el movimiento de su fervor prometió á Dios no volverles á ver más con los ojos del cuerpo. Así que se fué junto á San Antonio, que le formó en los ejercicios de la vida religiosa, y los progresos que allí hizo fueron tan rápidos, que en pocos años se halló en estado de vivir solo en el desierto. Dió á conocer á su padre espiritual el deseo que de ello tenía; y el Santo, que veía cuánto se había aprovechado, le confirmó en este designio con el permiso que para ello le dió, diciéndole: « Id, Sior, morad donde querais; y cuando Dios os lo ordene, haciendo surgir alguna ocasion razonable, volveréis á verme. »

Solo tenía entonces veinte y cinco años; y no conocemos nosotros otro desierto al que se retirase sino el de Ni-

cía un asno cargado de pan, y habiendo ido por la tarde junto á su celda, fingió que el asno se había caído y sepuso á gritar con voz lamentable: ¡ Abad Natanael ! tened piedad de mí y venid á socorrerme. Al rumor de su voz abrió al instante la puerta de su celda y, sin salir de ella ni sacar siquiera el pié afuera, según la resolución que de esto tenía hecha, le preguntó quién era y que deseaba de él. Yo soy, le respondió el demonio, el siervo de aquel solitario que es amigo vuestro, y le llevo panes porque tiene que dar de comer á alguno; á más de que tiene necesidad de ellos mañana que es sábado, para las oblacones; así que os ruego que tengais compasión de mí á fin de que no sea devorado por las hienas, pues ya sabeis que las hay por esos contornos.

Natanael permaneció algun tiempo pensativo no sabiendo á qué determinarse, porque por una parte temía pecar contra la caridad si rehusaba prestarle su socorro, y por otra tenía miedo de que no fuése alguna ilusion del demonio para obligarle á salir de su celda; pero por último, esperando que el Señor por cuyo amor estaba tan encerrado, tendría cuidado de aquel jóven si verdaderamente era tal, y no un fantasma diabólico, como con razon lo sospechaba, hizo una corta oracion á Dios, y dijo en seguida: Quien quiera que seais, si realmente teneis necesidad de mi socorro, no temais ser devorado por las hienas, ni tener ninguna otra desgracia, porque yo pongo mi confianza en el Dios que adoro, y él no os dejará perecer; y si, por el contrario, hay aquí una tentacion de mi enemigo, pronto me la dará á conocer. Habiendo dicho lo cual, cerró la puerta de su celda. Entonces el demonio, avergonzado de verse descubierto, se desvaneció como en torbellino, haciendo un ruido semejante al que hacen los asnos salvages cuando huyen saltando y brincando.

Serapion era tambien uno de los más célebres habitantes

de Nitria, puesto que San Jerónimo le llama una de las columnas de la fe de Jesucristo en aquel desierto. Era contemporáneo de San Antonio, y más antiguo que San Macario de Egipto. Sozomeno y Paladio le llaman el gran Serapion. Este último le vió tambien en 390, como el anciano Melanio le había visto en 387, y santa Paula en 386. No hay que confundirle con San Serapion, obispo de Thmuis. Ha habido tambien muchos solitarios del mismo nombre en Egipto, de los cuales conviene distinguirle.

SAN PIOR

Pior, originario de Egipto, fué uno de los más antiguos habitantes de la soledad y de los primeros discípulos de San Antonio. Abandonó muy jóven la casa de sus padres con una tan firme determinacion de renunciar perfectamente al mundo, que en el movimiento de su fervor prometió á Dios no volverles á ver más con los ojos del cuerpo. Así que se fué junto á San Antonio, que le formó en los ejercicios de la vida religiosa, y los progresos que allí hizo fueron tan rápidos, que en pocos años se halló en estado de vivir solo en el desierto. Dió á conocer á su padre espiritual el deseo que de ello tenía; y el Santo, que veía cuánto se había aprovechado, le confirmó en este designio con el permiso que para ello le dió, diciéndole: « Id, Sior, morad donde querais; y cuando Dios os lo ordene, haciendo surgir alguna ocasion razonable, volvereis á verme. »

Solo tenía entonces veinte y cinco años; y no conocemos nosotros otro desierto al que se retirase sino el de Ni-

tria. No sabemos nada de particular de la conducta que guardó en su nueva soledad, si no es que parece por algunos rasgos de su vida, que se encuentran entre los actos de los Padres de los desiertos, que su virtud estaba principalmente fundada en el desapego de todas las cosas del mundo y de sí mismo, y en la mortificación.

Su desapego apareció en una ocasion en que, habiendo ido á hacer la siega en casa de un labrador, como lo hacían otros solitarios de aquellos contornos, para ganarse la vida con el trabajo y el sudor de su frente, cuando quiso cobrar su salario, el labrador le remitió á otro tiempo. Pior se volvió á su celda sin insistir más, y no dejó por esto de volver al año siguiente y trabajar con el mismo cuidado que ántes. No por esto fué mejor pagado; pues el que le hacía trabajar, le despidió tambien sin darle nada, y lo mismo sucedió al otro año, sin que por esto Pior diese muestras de impaciencia ni se relajase en el trabajo.

Por último aquel hombre á quien verosimilmente faltaban más los medios que la buena voluntad, hallándose en estado de satisfacerle, recorrió con este fin diferentes monasterios y, habiéndole encontrado, se echó á sus piés para pedirle perdon de haber tardado hasta entonces en darle su salario y se lo presentó. Pior se escusó de recibirlo; solamente le dijo que fuese á la iglesia y se lo entregase al sacerdote. Esta iglesia era sin duda la de Nitria porque en aquel desierto había una para los solitarios, como despues diremos.

Tal era su desapego de los bienes de la tierra. El que tenía de su patria y de sus padres no apareció con menos edificacion para los otros solitarios. Hemos dicho que al abandonar el mundo había resuelto no volver á ver más á sus prójimos. Habiendo muerto su padre y su madre, fueron á instarle mucho á fin de que se fuese al lado de los que le quedaban para consolarles por esta pérdida; pero él

permaneció firme en su resolucion. Finalmente despues de cincuenta años, ó cerca de ellos, de estar ausente de su patria, habiendo enviudado la hermana que le quedaba en el mundo, supo esta por casualidad que todavía vivía Pior, y concibió un tan gran deseo de verle que, no pudiendo ella en persona atravesar aquellos vastos desiertos para irle á encontrar, envió allá á sus dos hijos, quienes por último le hallaron despues de haberle buscado mucho tiempo, se le dieron á conocer y le manifestaron el ansia que su madre tenía de verle, y le suplicaron que no le negasen esta gracia; pero jamás pudieron resolverle á ello, y se vieron obligados á volverse del mismo modo.

Su hermana tuvo de esto un dolor tan vivo que se temió que perdiese la vida, y no teniendo esperanzas de obtener lo que deseaba si no se valía de la autoridad del obispo, dirigióse á este, que algunos creen ser Draconcio de Hermópolis, y por sus lágrimas obtuvo de él cartas para los superiores de los monasterios á fin de obligarle á que le diesen este consuelo.

San Antonio le hizo saber entonces que tenía que hablarle, y habiéndose presentado Pior al instante á él, preguntóle el Santo cuál era la causa de que no hubiese ido á verle durante tanto tiempo; á lo cual respondió que no le había mandado que lo hiciera sino cuando tuviese para ello algun motivo extraordinario, el cual hasta entonces no había tenido. Con esto San Antonio le declaró porqué le había mandado á llamar, y le dijo que fuese á dar á su hermana el consuelo que con tanto afan deseaba, haciéndole saber sin duda al mismo tiempo la intencion del obispo.

Pior vióse, pues, obligado á obedecer; tomó consigo á uno de los hermanos y fuese hacia su hermana, á la cual, cuando estuvo cerca de su casa, hizo anunciar su llegada. Aquella buena muger al oír esta noticia llenóse de gozo y salióle al instante al encuentro; pero cuando Pior oyó que

abría la puerta para verle, él cerro los ojos y le dijo: « Hermana mia, yo soy Pior vuestro hermano; vedme aquí y consideradme cuanto querais. » Su hermana le reconoció por el recuerdo que tenía de los rasgos de su rostro, aun cuando hubiese abandonado la casa muy jóven, y no pudo dudar que fuese él. Dió gracias á Dios por el consuelo que experimentaba al verle, y le instó al mismo tiempo á que entrase en la casa; pero Pior quiso que se contentara con esta corta visita, hizo su oracion en la puerta de la casa y volvióse a su soledad. Él no se propuso solamente guardar su resolucion al obrar de este modo, sino que tambien, dice Rufino, dió ejemplo á los demás solitarios, para impedir que se les permitiese ir á ver á sus padres y á sus parientes todas las veces que lo desearan.

El lugar en que se retiró era un desierto espantoso y sin consuelo humano, situado entre los de Sceté y de Nitria. Allí fué donde este hombre, tan muerto á sí mismo como lo era al mundo, emprendió los trabajos de la penitencia con un nuevo ardor, como si hasta entonces no hubiese hecho cosa alguna. Abrió un pozo con la intencion de contentarse con el agua que la Providencia le diese, tal como fuese, y la halló tan amarga y salada que nadie podía beberla, de suerte que los que iban á verle se veían obligados á llevarse otra para su uso. Él no dejó de servirse de esta agua, y durante treinta años, esto es, hasta el fin de su vida, perseveró en esta terrible austeridad. Algunos solitarios le representaron que no podía sostener una incomodidad tan grande, y que haría bien en cambiar de morada. Pero él les dió esta admirable respuesta: « Si huimos, hermanos míos, la pena y el trabajo de la abstinencia para encontrar el reposo en este mundo, no participaremos despues de esta vida de los bienes verdaderos é infinitamente dulces de la eternidad. Así que seremos privados desgraciadamente de las inefables y perpetuas delicias del paraíso. »

Añadamos al rigor de esta mortificacion la frugalidad de sus comidas; porque no comía en ellas más que un panecillo de seis onzas y cinco aceitunas, y esto aun paseándose; y habiéndole alguno preguntado la causa de ello, le respondió que no quería hacerlo como una accion á la cual deba uno aplicarse, sino salamente como una cosa pasagera. Dijo tambien á un hermano que le hacía la misma pregunta, que lo hacía de esta manera para impedir que sintiese placer en la vida.

Aun cuando fué tan severo para consigo mismo, solo tenía suavidad para con los demás, aun para aquellos que caian en grandes faltas; y hay que notar aquí de paso que este espíritu de suavidad ha sido el de los principales Padres de los desiertos, de aquellos que han brillado sobre los demás por la eminencia de sus luces y la santidad de su vida, de los cuales se encontrarán frecuentemente ejemplos en esta coleccion. Cuéntase de él que en una asamblea que se tuvo en Sceté, en la que se halló, conferenciando juntos algunos solitarios sobre diversas cosas despues del santo sacrificio, recayó el discurso sobre la conducta de muchos hermanos ausentes, y en particular sobre la de uno de entre ellos que habia cometido una falta. Pior guardó silencio por algun tiempo; pero á medida que vió que la conversacion se proseguía contra la regla de la caridad, salióse de la asamblea, llenó un saco de arena que se cargó sobre las espaldas, puso tambien un poco de esta en una cesta que llevó delante de sí, y con este equipage se presentó á los solitarios. Ellos le preguntaron con admiracion la causa de esto, y les dió la siguiente hermosa leccion: « Este gran saco lleno de arena representa mis pecados que son en gran número; por esto los he puesto en las espaldas para no verlos, por miedo de verme obligado á entristecerme y llorarlos. Al contrario, esta pequeña cesta, que tengo delante de mí, y que no contiene más que

un poco de arena, representa los pecados de aquel hermano, á quien yo me atrevo á considerar, para juzgarle y condenarle bajo el especioso pretexto de afligirme por él. Sin embargo mucho mejor sería que yo pusiese mis pecados delante de mis ojos, para conocerlos bien, para pensar en ellos de continuo y para rogar á Dios que me los perdonase. » Esta instruccion hizo que se apercibiesen de su falta ; entraron dentro de sí mismos y confesaron que la leccion que les daba era el camino verdadero de la salvacion. Del abad Moisés referiremos una accion casi semejante.

Instado igualmente á socorrer á sus hermanos, San Pior no solo empleaba el discurso para su aprovechamiento espiritual sino que tambien se servía del don de milagros que había recibido de Dios para su alivio corporal. De este modo, mientras que se negaba por mortificacion á usar en favor suyo del poder que había recibido del cielo, para obtener del Señor que cambiase el agua amarga de su pozo en otra mejor, obtúvola excelente para algunos hermanos que habían trabajado inútilmente para tenerla. He ahí cómo Paladio (Vit. PP. l. 8, c. 88.) dice haberlo sabido por Moisés el Libiense, solitario de una muy eminente virtud. Cuando todavía muy jóven me hallaba en el monasterio, dice Moisés, nos pusimos en número de ochenta á abrir un pozo de veinte piés de anchura. Hacia ya tres dias que trabajábamos; pero habiendo tenido la desgracia de traspasar de un codo la vena de agua que habíamos visto antes y que nos esforzábamos en seguir, nos encontramos en seco. Esto nos desaminó tanto que con la pena y afliccion que teníamos, empezamos á consultar entre nosotros si abandonaríamos la obra. Nos hallábamos en esta irresolucion cuando de repente vimos venir hácia nosotros desde el fondo del desierto al santo viejo Pior, cubierto como de ordinario con una piel de oveja, quien se iba adelantando

á pesar del fuerte calor del medio dia. Cuando nos hubo saludado, nos dijo : ¡ Oh gente de poca fé ! ¿ porqué os afligis y perdeis de esta manera el ánimo ? pues desde ayer no lo teneis ya. En seguida bajó al pozo, y despues de haber hecho en él oracion con nosotros, dió en tierra tres golpes de pico dirigiendo á Dios la siguiente oracion : Dios mio, que sois el Dios de los patriarcas, no permitais que el trabajo de vuestros siervos les sea inútil, sino concededles el agua de que tienen necesidad. Apenas hubo dicho él estas palabras cuando el agua salió con tal violencia que saltó sobre todos los que allí estábamos. Hizo otra vez oracion y se retiró al instante diciéndoles : Hé ahí el motivo por el cual he venido. Nosotros le suplicamos mucho que tuviese á bien detenerse para tomar algun alimento, pero no pudimos decidirle á ello, dando por escusa que le bastaba haber cumplido lo que le había traído á nosotros. Cuéntase tambien de él que yendo á visitar al abad Pambon, llevóse consigo pan, de lo cual manifestando sorpresa Pambon, le dijo que era por miedo de incomodarle. Pambon no le habló más de esto ; pero, algun tiempo despues, habiendo él ido á su vez á verle, trájose tambien consigo pan mojado en agua ; y cuando Pior le preguntó porqué lo había mojado, respondióle que era por miedo de incomodarle.

Paladio concluye con estos términos lo que refiere de este gran Santo : « He ahí cuáles fueron las maravillosas virtudes de Pior, á quien puede llamarse una columna de paciencia, y de una paciencia admirable y extraordinaria. Tales fueron las virtudes en las cuales este Santo consumó su vida. En vez de la amargura de aquella fuente que por tanto tiempo le hizo sufrir sobre la tierra, su alma gusta ahora en el cielo la dulzura de una fuente eterna de delicias. » El mismo autor dice que habiendo querido muchos solitarios para imitar su paciencia, morar como él en su

celda, ninguno de ellos pudo quedarse allí un año entero, por ser tan incómodo el lugar.

Ammon, religioso de Tabennes y despues obispo, cuya carta hemos citado en la Vida de San Pacomio y de San Teodoro el Santificado, habiéndose retirado por consejo de éste al desierto de Nitria dice que entre los solitarios que allí florecían en santidad con San Amon, resplandecían principalmente San Pambon y el siervo de Dios Pior, que habían recibido del Señor la gracia de curar á los enfermos. San Pior murió á fines del siglo cuarto, como lo prueban muy bien los doctos continuadores de Bolando, á la edad de cerca cien años, sobre lo cual puede consultarse á Tillemont.

EL ABAD HOR U OR, Y SU DISCIPULO ATREO¹.

Ha habido dos abades Hor, que vivieron al mismo tiempo, el uno solitario del desierto de Nitria, el otro director de muchos monges de la Tebaida, á quien San Jerónimo acusa de origenismo, y del cual Rufino, origenista tambien, hizo un grande elogio. El primero moró por de pronto en Sceté, en donde estuvo en gran reputacion entre los hermanos. Tuvo allí por discípulo á San Sisoés; pero se retiró en seguida al monte de Nitria, y esto fué evidentemente por la causa que obligó á San Sisoés á retirarse á la montaña de San Antonio: esto es, porque empezando la soledad de Sceté á ser demasiado frecuentada, uno y otro creyeron tener que buscar un lugar más apartado del co-

¹ Vit. PP. Cotelier, Bulteau.

mercio de los hombres, para vacar con una entera libertad de espíritu á los ejercicios de su estado.

Los solitarios que conocían al abad Hor, tributábanle unánimemente este glorioso testimonio, á saber que no solamente no había ocultado jamás la verdad, ni hecho juramento alguno, ni proferido maldicion contra nadie, sino que, lo que es mucho más admirable, no había jamás hablado inútilmente. Nada quiso saber de lo que pasaba fuera de su celda, y algunas veces decía á Pablo su discípulo: « Tened cuidado de no traer jamás aquí noticia alguna de fuera. » Pues él comprendía que esto solo sirve para distraer el espíritu de las cosas celestiales, y que el menor inconveniente que produce es perder el tiempo en vanas palabras.

Santificaba su trabajo con el recogimiento interior, alimentando su corazón con santas reflexiones, mientras que sus manos se ocupaban en las obras ordinarias. Un dia en que con el abad Teodoro edificaba una nueva morada para algun solitario, se dijeron uno á otro: « Si Dios nos llamase al presente ¿ qué haríamos ahora ? » Esta consideracion les conmovió tanto que las lágrimas les brotaron de los ojos. Dejaron el trabajo y se retiraron á su celda para entregarse á sentimientos de compuncion. Cuéntase también de él y del mismo abad Teodoro, que estaban tan sumisos á la voluntad de Dios que de cualquier cosa que les sucediese les daban acciones de gracia.

El abad Hor, había establecido la obra de su perfeccion, en la cual trabajaba sin cesar sobre el fundamento de una sincera humildad; esta era su virtud principal, y él la llamaba la gloria y la corona del solitario. Decía que cuando uno es tentado de orgullo ó de vanidad, convenia al instante entrar en cuentas consigo mismo y examinar: 1º Si ha cumplido uno todos los mandatos; 2º si se mira uno como un siervo inútil; 3º si está uno verdaderamente convencido de que es el mayor de todos los pecadores. Des-

celda, ninguno de ellos pudo quedarse allí un año entero, por ser tan incómodo el lugar.

Ammon, religioso de Tabennes y despues obispo, cuya carta hemos citado en la Vida de San Pacomio y de San Teodoro el Santificado, habiéndose retirado por consejo de éste al desierto de Nitria dice que entre los solitarios que allí florecían en santidad con San Amon, resplandecían principalmente San Pambon y el siervo de Dios Pior, que habían recibido del Señor la gracia de curar á los enfermos. San Pior murió á fines del siglo cuarto, como lo prueban muy bien los doctos continuadores de Bolando, á la edad de cerca cien años, sobre lo cual puede consultarse á Tillemont.

EL ABAD HOR U OR, Y SU DISCIPULO ATREO¹.

Ha habido dos abades Hor, que vivieron al mismo tiempo, el uno solitario del desierto de Nitria, el otro director de muchos monges de la Tebaida, á quien San Jerónimo acusa de origenismo, y del cual Rufino, origenista tambien, hizo un grande elogio. El primero moró por de pronto en Sceté, en donde estuvo en gran reputacion entre los hermanos. Tuvo allí por discípulo á San Sisoés; pero se retiró en seguida al monte de Nitria, y esto fué evidentemente por la causa que obligó á San Sisoés á retirarse á la montaña de San Antonio: esto es, porque empezando la soledad de Sceté á ser demasiado frecuentada, uno y otro creyeron tener que buscar un lugar más apartado del co-

¹ Vit. PP. Cotelier, Bulteau.

mercio de los hombres, para vacar con una entera libertad de espíritu á los ejercicios de su estado.

Los solitarios que conocían al abad Hor, tributábanle unánimemente este glorioso testimonio, á saber que no solamente no había ocultado jamás la verdad, ni hecho juramento alguno, ni proferido maldicion contra nadie, sino que, lo que es mucho más admirable, no había jamás hablado inútilmente. Nada quiso saber de lo que pasaba fuera de su celda, y algunas veces decía á Pablo su discípulo: « Tened cuidado de no traer jamás aquí noticia alguna de fuera. » Pues él comprendía que esto solo sirve para distraer el espíritu de las cosas celestiales, y que el menor inconveniente que produce es perder el tiempo en vanas palabras.

Santificaba su trabajo con el recogimiento interior, alimentando su corazón con santas reflexiones, mientras que sus manos se ocupaban en las obras ordinarias. Un día en que con el abad Teodoro edificaba una nueva morada para algun solitario, se dijeron uno á otro: « Si Dios nos llamase al presente; qué haríamos ahora? » Esta consideracion les conmovió tanto que las lágrimas les brotaron de los ojos. Dejaron el trabajo y se retiraron á su celda para entregarse á sentimientos de compuncion. Cuéntase también de él y del mismo abad Teodoro, que estaban tan sumisos á la voluntad de Dios que de cualquier cosa que les sucediese les daban acciones de gracia.

El abad Hor, había establecido la obra de su perfeccion, en la cual trabajaba sin cesar sobre el fundamento de una sincera humildad; esta era su virtud principal, y él la llamaba la gloria y la corona del solitario. Decía que cuando uno es tentado de orgullo ó de vanidad, convenia al instante entrar en cuentas consigo mismo y examinar: 1º Si ha cumplido uno todos los mandatos; 2º si se mira uno como un siervo inútil; 3º si está uno verdaderamente convencido de que es el mayor de todos los pecadores. Des-

pués de esto, decía, si le dice á uno su espíritu que ha llegado á este grado de virtud, debe humillarse por este pensamiento y echarlo muy lejos, porque sería capaz de destruir todo el bien que se hubiese hecho.

Tambien daba esta hermosa instruccion sobre la humildad: «Guardaos de preferiros á otro hermano, pensando dentro de vos mismo que sois más sobrio y mortificado que él; sino que más bien, con el auxilio de la gracia de Jesucristo, poneos en un espíritu de abyeccion voluntaria y de sincera caridad, por miedo de que sucumbais á la tentacion de vanidad, y por allá perdais el fruto de vuestros trabajos, acordandoos de lo que dice el apóstol: *que el que está en pié se guarde de caer* (I Cor. 10, 12.). Con esta prudente precaucion estareis como sazonado por la sal de la sabiduría del Señor.»

Quería que se temiesen los aplausos de los hombres como un lazo peligroso para el alma, y que se mirasen los desprecios como un motivo de esperanza en la misericordia del Señor. «Perdemos mucho, decía él, cuando nos alaban y nos honran más de lo que merecemos (pero él jamás creía merecer que le honrasen), mientras que cuando parece que no se hace caso alguno de nosotros, tenemos todo motivo de esperar que seremos honrados de Dios.» Hasta quería que se llevase la renuncia á la estima de los hombres á desear pasar por insensato en su opinion. «Es necesario, decía él, huir absolutamente el ser conocido de los hombres, ó como burlarse de ellos queriendo parecer á sus ojos como desprovistos de juicio en muchas ocasiones.»

El conde Longino, célebre por su piedad y por sus grandes limosnas, deseando verle, se fué á la soledad y rogó á un anciano que le llevase á su celda. Este, que sabía la oposicion del abad Hor para estas visitas de brillo, creyó deber prevenirle, y le alabó mucho la piedad del conde. Él

le respondió: «Yo sé que es hombre de bien; pero impedid que pase este torrente para venirme á ver.»

Era tambien debido á esta misma humildad el que jamás atribuía á falta de sus hermanos lo que de ellos tenía que sufrir sino solamente á su propia falta y á sus pecados; y decía tambien que para apaciguar los movimientos de nuestro corazon en ocasiones semejantes, hay que pensar que cuando nosotros creemos que los otros obran injustamente, no debemos dudar que ellos piensan de distinto modo que nosotros.

Un hombre tan humilde no podía dejar de tener un grande horror por todo lo que hiere la caridad. Así que detestaba soberanamente la maledicencia, que él llamaba la muerte del alma. Daba por consejo y para impedirse de caer en ella por segunda vez, cuando había tenido uno la desgracia de faltar en ella, daba, digo, por consejo de irse á echar al instante á los pies de aquel de quien se había hablado inconsideradamente, pedirle perdon, y prometerle que no se dejaria se ducir más por el maligno espíritu.

He ahí un hecho que muestra cuánta era la delicadeza de su conciencia con respeto á la caridad. Había enviado á su discípulo Pablo para comprar la provision de ramas de palmera que necesitaban para sus trabajos. Habiéndose Pablo dirigido á muchos por haber sabido de ellos que estaban ya en poder de otros, hallólas finalmente en casa de un jardinero que le dijo que verdaderamente alguno había ya dado arras por las que tenía, pero como que ya había pasado mucho tiempo y él no se presentaba para tomarlas, se las podía llevar; lo cual hizo. A su vuelta, dió cuenta de todo esto al abad Hor, el cual, golpeándose las manos, dijo: Hor no trabajará durante este año. Ni siquiera le quiso permitir colocar estas palmas en su celda, y le obligó á devolverlas al jardinero.

Queriendo Dios purificarle siempre más y más y consumir

su virtud con una larga paciencia, envióle una enfermedad que duró al menos diez y ocho años. Durante este tiempo bajó San Sisoés de la montaña de San Antonio para verle. Era sin duda en el desierto de Nitria, en donde tenía, en vez de Pablo, de quien hemos hablado, otro discípulo llamado Atreo, con el cual vivía en una perfecta union. San Sisoés le pidió algunos consejos, y él le respondió : « ¿ Qué os diré yo ? imitad lo bueno que creais ver aquí ; porque Dios asiste al que se hace violencia. » Otra vez, habiéndole también pedido alguna instruccion para su alma, le respondió : « ¿ Teneis confianza en mí ? » — « De seguro, le respondió San Sisoés. » — « Pues bien ; añadió el viejo ; id y haced segun me habeis visto hacer á mí. » — « Pero tambien le dijo San Sisoés : ¿ qué quereis que yo imite en voz más particularmente ? » A lo cual respondió : « Veis que me considero como que estoy debajo de todos los hombres. »

San Sisoés, habiendo ido despues á pasar algun tiempo en Clysma, en la orilla occidental del mar Rojo, contaba de esta manera al abad Pisto y á sus otros seis solitarios que habian ido á verle, cuán edificado había quedado del abad Hor y de su discípulo y de la visita que le había hecho. « El abad Hor, les dijo, y el abad Atreo vivieron juntos estrechamente unidos hasta que la muerte los separó. El primero sobresalía en humildad y el otro en obediencia. Permanecí con ellos algunos dias con la intencion de instruirme, estudiando cuál era la excelencia de su virtud ; y no tardé en ver de ella una señalada prueba. En efecto, habiéndole llevado alguno un pequeño pescado, mientras Atreo lo abría con un cuchillo, el abad Hor le llamó y al instante dejó el cuchillo hundido en el pescado sin acabar de reventarlo, para cumplir con la obediencia. Admiréme yo de ello, y le pregunté cómo lo había hecho para adquirir tan perfectamente esta virtud. Respondióme él : Vos os fijais en mi obe-

diencia, pero mucho más es necesario considerar la del viejo ; y tomándome por la mano me dijo : Venid y ved. Ví pues que le presentó el pescado ; pero expresamente lo había condimentado mal, á fin de que fuese testigo de su sumision y paciencia. Hor no dejó de comerlo sin dar muestras de repugnancia. Atreo le dijo : ¿ Lo hallais bueno, Padre mio ? Y él respondió : Si, es bueno. Despues le presentó alguna otra cosa que había condimentado mejor y le dijo : Padre mio, yo he condimentado mal esto. Hor comió de ello y respondió : Si, no estan bueno. De modo que solo decía lo mismo que su discípulo. En seguida me dijo este : Habeis visto que aquí menos obedezco yo que este venerable viejo. »

Tal fué el abad Hor, solitario particular de Nitria. Nada decimos del de la Tebaida, á causa de los errores de que le acusa San Jerónimo. Rufino, muy sospechoso en esto, hace de él grandes alabanzas, que pueden leerse en el segundo libro de la *Recoleccion de los Padres de los desiertos*. La mayor parte de los autores confunden estos dos Hor, y no hacen de ellos más que un solo personage y en cuanto á sus errores, confiesan que siguió los sentimientos de Orígenes : pero dicen que lo hizo por equivocacion y sin aficion, estando presto á someterse al juicio de la Iglesia, y que por último no se le puede poner en el número de los origenistas, condenados como tales por los obispos, ya en el sínodo de Alejandría en 399, ya por el papa Anastasio en 400, puesto que habia ya muerto en 391, y no dejó escrito alguno. ®

SAN PAMBON¹

Los que escribieron las palabras y acciones notables de los Padres de los desiertos de Oriente, no han hablado de San Pambon sino con magníficos elogios. Nos le han representado como un amigo de Dios (Ruf. hist. l. 2, c. 4.) que no enseñaba más que lo que había aprendido de Jesucristo; como uno de aquellos hombres celestiales á quienes su eminente piedad levantaba por encima de los demás y que no parecían tener comunicacion con los ángeles; como uno de aquellos maestros soberanamente esclarecidos en los caminos de Dios, y que no solamente sobresalían en la sabiduría cristiana, sino que Dios tenía cuidado de ensalzarles en el fondo de su soledad por el don de milagros, del cual la pureza de su vida, junto con el candor y sencillez de su conducta, les había hecho hallar dignos á sus ojos.

No se sabe en qué año nació ni cuál fué su patria. Pero parece que abandonó el mundo desde muy jóven, puesto que no sabía leer cuando se propuso abandonarlo. Dirigióse por de pronto á un solitario á quien rogó que le hiciese aprender de memoria algunos salmos, y por primera lección recibió de él aquellas palabras del salmo 38: *Yo dije en mi interior: vigilaré exactamente sobre mí mismo para no pecar con la lengua.* Estas palabras hicieron impresion en Pambon; y no tanto pensó ya en conservarlas en la memoria, lo cual no era muy difícil, cuanto en tomarlas por regla de su conducta. Dijo á aquel solitario que esta lección le bastaba y que volvería á él cuando la

(¹) Vitæ Patrum, Rufino, Sócrates, Cotelier, los Bolandistas,

hubiese aprendido bien. Seis meses estuvo sin volver á él, al final de los cuales, habiéndole encontrado el solitario y preguntado porqué había estado tanto tiempo sin presentarse, le confesó que era porque todavía no había aprendido bien su primera lección. Más tarde, uno de sus amigos le preguntó si la había finalmente aprendido, y él le respondió que apenas, en diez y nueve años había podido llegar al término de ella.

Retiróse despues al lado de San Antonio é hizo bajo su conducta tan maravillosos progresos en la vida interior, que este gran patriarca decía de él que el Espíritu Santo descansaba en su corazón. Entre las instrucciones que de él recibió hacen notar los historiadores la siguiente: no confiéis en vuestra justicia; portaos de tal manera que jamás tengais motivo de arrepentiros de lo que hayais hecho, y contened vuestra lengua y vuestro apetito.

No permaneció siempre al lado de este excelente maestro. Llamóle Dios al desierto de Nitria para hacerle allí uno de los más firmes sostenes de la vida religiosa, por sus avisos y ejemplos. Encuéntrase también, sin embargo, que estuvo así mismo en las celdas y en Sceté, desiertos vecinos al de Nitria, pero en este fijó su principal morada.

Como no tenía otra intencion al hacerse solitario que vivir desconocido de los hombres, para no ser conocido sino de solo Dios, le pidió durante tres años que no le glorificase en la tierra; y esto muestra al mismo tiempo cuánto deseaba él fundarse sólidamente en la virtud de la humildad que sabía ser el fundamento de todas las demás; pero Dios, que se complace en ensalzar á las almas humildes, y que le había llevado á esta soledad para la edificacion de sus hermanos, le puso allí como una luz brillante en el candelero, é hizo que se le tuviese en tan gran veneracion que, cuando algun solitario era atacado de tentacion de vanidad, se decía á sí mismo: ¿ Soy yo como San Antonio ó el abad

Pambon? A propósito de esto, notan los historiadores que algunas veces aparecía en su rostro un no sé qué de grande y magestuoso, como de un augusto príncipe sentado en su trono, y otras veces hasta una claridad luminosa semejante á la de Moisés, de suerte que al verle, se sentía uno como herido de ella. Esto mismo se refiere de San Piseos y del abad Silvano.

No hay que admirarse después de esto de que sus hermanos recurrieran á él con tanta confianza; así que recibían sus consejos con un respetuoso temor, como si el mismo Dios se los hubiese dado. Y esto era con tanto mayor fundamento cuanto que San Pambon era más llevado por su humildad á guardar el silencio que á instruir á los demás; que jamás hablaba sino después de haber consultado á Dios en la oración; y hasta se decía de él que había llevado la exactitud y circunspección de sus respuestas á un más alto grado de perfección que San Antonio y los demás santos.

Cuando se le preguntaba sobre la sagrada Escritura y sobre alguna otra materia espiritual, respondía ordinariamente que no sabía lo que debía hacer; en seguida tomaba tiempo para orar y para reflexionar. De este modo algunas veces estaba tres meses haciendo esperar su respuesta, confesando siempre con humildad y sencillez que ignoraba lo que convenía decir; hasta que finalmente, habiendo invocado mucho al Señor, para no responder cosa alguna sino según su voluntad, hablaba conforme Dios se lo daba á conocer.

Dos solitarios fueron un día á consultarle, y uno de ellos le dijo: « Padre mio, yo paso ordinariamente dos días sin comer, después de los cuales como dos panecillos; ¿ pensáis vos que me salvo obrando así? » El otro le dijo en seguida: « Y yo, padre mio, gano todos los días con mis manos dos pequeñas piezas de moneda, de las cuales retengo

lo que me es necesario para el alimento y doy lo restante á los pobres; ¿ me salvaré haciendo esto? » Pambon, habiéndoles escuchado atentamente, no les respondió cosa alguna, y estuvieron aguardando cuatro días sin que les dijese palabra. Al final de ellos, pensaron en retirarse y mostraron pena por ello; pero unos eclesiásticos que estaban en aquel lugar, les consolaron diciendo: « No os aflijais, hermanos míos; este buen viejo no tiene costumbre de responder á las preguntas que se le hacen hasta tanto que ha consultado á Dios. Tened un poco de paciencia y Dios os recompensará. » Volviéronse pues hácia el Santo como para despedirse de él y recomendarse á sus oraciones. Entonces, mirándoles é inclinándose en tierra, escribió con el dedo en la arena, hablando de ellos en su propio nombre: « Pambon ayuna dos días consecutivos después de lo cual come dos panecillos ¿ es por esto monge? No. Pambon gana cada día con su trabajo dos piezas de moneda de las que dá una parte de limosna ¿ es también monge por esto? No. » En seguida añadió: « Todo es bueno; pero si tienes cuidado de no hacer cosa alguna que hiera la caridad te salvarás. » Estos solitarios al leer esta respuesta, pensaron en aprovecharse de ella y se retiraron muy satisfechos.

Esta precaución tan grande que tomaba antes de dar sus respuestas, hizo que jamás su conciencia le reprochase ninguna, y pudo decir sin alterar la verdad, que desde que había renunciado al siglo, Dios le había concedido la gracia de no haber jamás tenido motivo de arrepentirse de palabra alguna que hubiese dicho. Teófilo, patriarca de Alejandria, habiendo ido á Sceté, fué recibido por los solitarios que con este fin se habían juntado, y rogaron al abad Pambon que se encontraba allí, que les dijese alguna cosa para edificarle; pero les respondió: « Si mi silencio no le edifica, tampoco lo harán mis palabras. » Un solitario le preguntó en cierta ocasión si era bueno alabar á los demás;

y él le respondió que todavía era mejor callarse. San Pœmen decía que había observado en él tres excelentes prácticas : su ayuno que guardaba regularmente todos los días hasta la noche, su riguroso silencio y mucho trabajo de manos.

Su amor al silencio no era solamente efecto de las primeras lecciones que de él había recibido, ya del solitario al cual se dirigió al emprender el estado monástico, ya de San Antonio el Grande cuyo discípulo se había hecho en seguida ; sino que brotaba también, por decirlo así, de un manantial interior, y de aquel espíritu de recogimiento y de temor de Dios de que estaba penetrado en el fondo de su corazón ; ó por mejor decir, el silencio le disponía siempre más y más para el recogimiento, y el recogimiento le conservaba en el silencio. Esto hacía también que tuviese siempre el aire grave y serio, y que jamás se le viese sonreír. Los demonios quisieron tentarle una vez sobre el particular, y para obligarle á reír, ataron una pluma en la punta de un palo y se pusieron á llevarla haciendo grandes esfuerzos, como si se tratase de un peso extraordinario. El Santo se sonrió un poco al ver este espectáculo ridículo y al instante aquella tropa de fantasmas se puso á saltar y danzar echándole en cara el haber reído, como si hubiesen obtenido sobre él una gran victoria ; pero el Santo les dijo : « Yo no he querido reír, sino solo burlarme de vuestra debilidad, al ver que os juntáis en tan gran número para llevar una pluma. »

Prefería la renunciación de su propia voluntad á las austeridades corporales y á las prácticas exteriores de caridad. Cuatro solitarios vestidos con túnica de piel salieron del desierto de Sceté y fueron á consultarle sobre la conducta que llevaban. Uno de ellos ayunaba mucho ; el otro practicaba una gran pobreza ; el tercero se aplicaba á las obras de caridad, y el cuarto perseveraba hacía ya veinte y dos años en la obediencia bajo la conducta de un anciano. Des-

pues de haberles escuchado, dió la preferencia al último, porque, decía él que lo que los otros hacían era por su propia elección, mientras que el que vivía bajo la obediencia, renunciaba á su propia voluntad ; y yo os aseguro, añadía, que los que perseveran hasta el fin en esta santa renunciación, son comparables con los que confiesan el nombre de Jesucristo.

También se hace notar que entre las virtudes cuya práctica recomendaba, insistía principalmente en la misericordia y caridad para con el prójimo. Un solitario le dijo en cierta ocasión : « ¿ Porqué, hermano mio, los espíritus malignos me impiden hacer bien á los demás ? » Y él le respondió : « No habéis de esta manera, porque esto sería acusar á Dios de mentira. Decid más bien : Yo mismo soy quien no quiere ejercitar la misericordia ; pues Dios ha dicho : *Yo os he dado el poder de pisotear los escorpiones y las serpientes, y toda la fuerza del enemigo* (Luc. 10, 16) ; ¿ porqué, pues, no pondriais los pies sobre los espíritus inmundos ? » Semejantemente, habiéndole pedido una palabra de edificación Teodoro de Fermé, le respondió aunque con pena, á causa de su grande humildad : « Id y ejercitad la misericordia para con todo el mundo. »

Envió un día á Egipto á su discípulo para que le trajese un camello que necesitaba para llevar sus trabajos que quería vender. Este religioso encontró al volver á un antiguo solitario, que le dijo que si hubiese sabido que había ido á buscar un camello, le habría suplicado que trajese también uno para él. El discípulo no dejó de contar esto al Santo, el cual, prefiriendo la utilidad de su prójimo á sus propios intereses, envió al instante un recado á aquel buen solitario para decirle que no tenía prisa de vender sus trabajos, que podía disponer del camello, y que bastaba que se lo volviese cuando hubiera vendido los suyos. El solitario aceptó el ofrecimiento ; pero cuando supo que San Pambon solo se había privado del camello para ejer-

citar la caridad para con él, á pesar de la necesidad que del mismo tenía, derramó por ello lágrimas, y dijo á su discípulo: « Vuestra caridad me ha arrebatado el mérito que yo hubiera adquirido ; teniendo la paciencia de esperar más. »

San Pambon se distinguió tambien entre los solitarios por el desapego de las cosas del mundo, que llevó á la más alta perfeccion. Iba tan pobremente vestido que despues de su muerte, el abad Isaac, solitario de las celdas, viendo que algunos hermanos llevaban hábitos mejores que los demás, les dijo: « Nuestros antiguos, y sobre todo el abad Pambon, no traía más que hábitos usados y llenos de pedazos, y vosotros buskais en los vuestros la vanidad. » Así que este Santo decía que un monge debía tener tan pobres hábitos, que pudiese exponerlos durante tres dias fuera de su celda sin que ningun transeunte se viese tentado á recogerlos.

Paladio dice de él que entre las ventajas espirituales que habia recibido de Dios para las prácticas de las virtudes, podía notarse principalmente el desprecio que hacia del oro y de la plata, lo cual tanto nos ha recomendado Jesucristo. Sócrates refiere tambien (Hist. l. 4, c. 23.) que habiéndole presentado alguno una cantidad de piezas de oro para distribuir las entre los pobres, y habiéndole suplicado que las contase, él le respondió que no debía mirar lo que daba, sino solamente el espíritu con que lo daba. Quizás este autor habla aquí del hecho de Melania la Vieja, que vamos á contar segun Paladió, que lo habia sabido por ella misma.

Habiendo esta muger ido de Roma á Alejandria, supo por Isidoro sacerdote y administrador del hospital de aquella ciudad, la grandeza del mérito de San Pambon, y le suplicó que le acompañase á la montaña de Nitria, para procurarle la dicha de verle y encomendarse á sus oraciones.

Ella le encontró sentado y ocupado en hacer cestas segun su costumbre, y le presentó vasos de plata de trescientas libras de peso, rogándole que tuviese á bien participar de las riquezas que la Providencia le habia confiado. El Santo sin apartar los ojos del trabajo que estaba haciendo, le respondió como para bendecirla: « Dios sea vuestra recompensa, » y volviéndose hácia su discípulo Orígenes, le dijo: « Id y distribuid esto entre los monasterios de la Libia y de las Islas, que son más pobres que los demás, y no deis nada á los de Egipto, cuyo pais es más rico y abundante. »

Sin embargo, dijo Melania, yo estaba en pié delante de él esperando á que me diese su bendicion, ó que me testificase con alguna palabra el caso que hacia de un tan rico presente ; pero como él guardase silencio, me atreví á decirle: « Padre mio, yo no debo dejaros ignorar que aquí hay trescientas libras de plata ; » á lo cual le respondió sin dar una sola mirada ni á mí ni al cofre en donde estaba esta plata: « Hija mia, aquel á quien habeis dado esto, no necesita que le digais cuánto pesa, puesto que pesando él mismo las montañas y los bosques en sus divinas balanzas, no puede ignorar el peso de vuestra plata. Tendriais razon en decírmelo si fuese á mí á quien regalaseis esto ; pero puesto que loofreceis á Dios, á aquel que no se ha desdeñado de recibir dos óbolos de manos de una pobre viuda y que los ha preferido á los presentes de los ricos, es inútil que hableis más de ello. » He ahí, añadió Melania, contando esto á Paladio, lo que la gracia de Dios me hizo encontrar, cuando fui á la montaña de Nitria.

Este gran Santo no se contentó con despreciar la plata, como acabamos de verlo, sino que hubiera considerado como un gran crimen si algun religioso la hubiese amontonado. Vióse esto claramente por el terrible juicio que pronunció, de concierto con el abad Macario y el abad Isi-

doro, contra un monge á quien despues de su muerte se encontró plata. He ahí cómo lo cuentan San Jerónimo y Rufino. Un hermano del desierto de Nitria, más ahorrador que avaro, pero que no pensaba como habría debido hacerlo, que Jesucristo había sido vendido por treinta piezas de plata, dejó al morir una suma de cien escudos, que había recogido hilando lino. Todos los solitarios de aquel desierto que habitaban en diversas celdas en número de cerca cinco mil, se juntaron con este motivo para deliberar sobre lo que habría que hacer. Unos decían que se debía distribuir este dinero á los pobres; otros que había que darlo á la Iglesia; y algunos que había que enviarlo á los parientes del difunto. Pero Macario, Pambon, Isidoro y los demás ancianos, que eran considerados como los padres de los monges, siendo inspirados por el Espíritu Santo, ordenaron que se enterrasen los cien escudos con el muerto, pronunciando sobre él estas terribles palabras: «Perezca contigo tu dinero.» El buen efecto que este juicio produjo en el buen espíritu de los demás, muestra cuán justo y santo fué; porque inspiró un temor tal á todos los solitarios de Egipto, que despues, hubiesen mirado como un crimen el dejar solamente un escudo despues de su muerte.

San Atanasio, que conocía el mérito de San Pambon, llamóle á Alejandría, sin duda para dar allí testimonio de la divinidad de Jesucristo, como había llamado allí á San Antonio, segun hemos referido en su vida. Llegó á Alejandría con otros solitarios, y viendo á algunos seglares sentados, les dijo: «Levantaos y saludad á estos monges, para que os den su bendición; porque su boca es santa, puesto que hablan asiduamente de Dios.» Encontró también allí á una rica comediente engalanada, y al verla se puso á llorar. Preguntáronle el motivo, y respondió: «Lloro por dos razones: la una por la pérdida de esta muger; la

otra por ver que no tengo yo tanto cuidado en servir á Dios cuanto ella en agradar á los hombres.»

No solamente en Alejandría tributó gloria á la divinidad de Jesucristo contra los arrianos, ya de viva voz ya con el ejemplo de sus virtudes, sino que también lo hizo con mayor brillo por el destierro que sufrió por la misma causa; porque por esto fué relegado á una isla de Egipto rodeada de una gran laguna, y habitada solamente por paganos á quienes convirtió á la fé. Fué también desterrado á Diospolis en Palestina, si hay que creer á Paladio; lo cual sin embargo no deja de tener su dificultad, pues se duda si este autor confundió este destierro con el primero, cuyas circunstancias detalla largamente Rufino, testigo ocular. Sea de esto lo que fuere, como la preciosa ventaja de haber sido desterrado por la defensa de la divinidad de Jesucristo, le fué comun con otros solitarios, y el relato de esta persecución interrumpiría demasiado la narración, nos reservamos hablar de esto en un capítulo particular, para venir á tratar de su preciosa muerte.

No se sabe precisamente en qué año tuvo esta lugar; pero no puede haber acontecido antes del 385, puesto que entonces Teófilo de Alejandría fué á Sceté, y el Santo se encontró allí; ni despues del 390, puesto que este fué el año en que Paladio fué á Nitria, y había ya muerto. Melania la Vieja se halló presente cuando murió y ella se lo contó á Paladio. Estaba él trabajando una cesta, y como hubiese dado á esta la última mano, llamó á aquella dama y le dijo: «Recibid de mis manos esta cesta, á fin de que os acordeis de mí; porque no tengo otra cosa que dejaros.» En seguida, viendo en torno suyo á Orígenes, á Ammon y á algunos otros hermanos, les confesó que después que se había retirado al desierto, había siempre vivido del trabajo de sus manos, sin haber sido jamás cargoso á nadie; que él no se arrepentía tampoco de palabra alguna que hubiese

proferido, y que sin embargo, yendo á comparecer delante de Dios, le parecía que todavía no había comenzado á servirle. Apenas hubo acabado de hablar así, entregó su alma á Dios, sin calentura, sin sentir dolor alguno en el cuerpo y sin ningun síntoma de enfermedad, á los setenta años de edad. Melania tomó cuidado de su sepultura, y conservó religiosamente hasta la muerte la cesta que de él había recibido. No parece que San Pambon hubiese sido sacerdote, como lo han creído algunos autores. Sobre este particular puede verse á los Bolandistas, los cuales prueban igualmente que no ha habido muchos que se llamasen Pambon.

ALGUNOS SOLITARIOS DEL DESIERTO DE NITRIA¹

Orígenes había sido formado por San Antonio el Grande en los deberes de la vida solitaria. Retiróse despues al desierto de Nitria y no al de Sceté, como creyó Sozomeno, á menos que se diga que moró en uno y otro á causa de que estos desiertos estaban vecinos, como lo había hecho San Pambon. No se desdeñó de hacerse discípulo de este Santo, aun cuando había tenido un maestro tan excelente como San Antonio; y fué tambien su ecónomo. Rufino nos le representa como un religioso de consumada prudencia y que se conducía en todas las cosas de una manera admirable. Dice que edificaba á todo el mundo con el relato que hacía frecuentemente de las virtudes de San Antonio, y que animaba tan bien todo lo que de él decía, que parecía que tuviese bajo los ojos á aquel gran patriarca, lo cual inflamaba con un santo ardor á cuantos tenían la dicha de

¹ *Vit. PP.*, San Nilo, Casiano, Tillemont, Cotelier, Bulteau.

oirle. Tuvo que haber vivido mucho tiempo, puesto que está puesto en el número de los más ancianos Padres de Nitria, y á quien Sozomeno da el título de viejo. Paladio supo por él algunas particularidades de la vida de San Pambon. Así que él vivía todavía cuando este escritor fué á Nitria en 390.

Pondremos aquí el elogio de dos piadosos solitarios llamados Paese é Isaias, cuya eminente virtud dió Dios á conocer á San Pambon por revelacion; pero no fueron discípulos suyos. Hay algunos que creen que moraban en el desierto de Nitria. Parece sin embargo más verosimil, por lo que de ellos vamos á contar, que estaban en una soledad menos apartada de los lugares habitados. He ahí lo que de ellos se dice en las *Vidas de los Padres*.

Ellos eran hermanos, y su padre era un comerciante que traficaba en España. Despues qu hubo muerto, se dividieron entre sí la herencia, que se encontró que subía á cinco mil escudos, sin los muebles y esclavos. Despues deliberando sobre el partido que tomarían, se dijeron uno á otro: ¿Qué género de vida vamos á abrazar? Si seguimos la de nuestro padre, otros gozarán despues de nuestra muerte del fruto de nuestros trabajos, y quizás tambien mientras vivamos caeremos en manos de ladrones ó padeceremos naufragio. Mejor es, pues, que abracemos la vida solitaria, á fin de conservar lo que nuestro padre nos ha dejado, y para no perder nuestra alma. Convinieron pues en hacerse religiosos; pero esto fué siguiendo cada cual una conducta diferente, porque el uno dió todo cuanto tenía á los monasterios, á las iglesias y á las cárceles, sin reservarse nada; y habiendo aprendido un oficio para ganarse la vida, dividió todo el tiempo entre el trabajo y la oracion. El otro se sirvió de sus bienes para edificar un monasterio, en el que reunió algunos solitarios con los cuales ejercitaba la hospitalidad para con todos los que á él iban. Detenía á

proferido, y que sin embargo, yendo á comparecer delante de Dios, le parecía que todavía no había comenzado á servirle. Apenas hubo acabado de hablar así, entregó su alma á Dios, sin calentura, sin sentir dolor alguno en el cuerpo y sin ningun síntoma de enfermedad, á los setenta años de edad. Melania tomó cuidado de su sepultura, y conservó religiosamente hasta la muerte la cesta que de él había recibido. No parece que San Pambon hubiese sido sacerdote, como lo han creído algunos autores. Sobre este particular puede verse á los Bolandistas, los cuales prueban igualmente que no ha habido muchos que se llamasen Pambon.

ALGUNOS SOLITARIOS DEL DESIERTO DE NITRIA¹

Orígenes había sido formado por San Antonio el Grande en los deberes de la vida solitaria. Retiróse despues al desierto de Nitria y no al de Sceté, como creyó Sozomeno, á menos que se diga que moró en uno y otro á causa de que estos desiertos estaban vecinos, como lo había hecho San Pambon. No se desdeñó de hacerse discípulo de este Santo, aun cuando había tenido un maestro tan excelente como San Antonio; y fué tambien su ecónomo. Rufino nos le representa como un religioso de consumada prudencia y que se conducía en todas las cosas de una manera admirable. Dice que edificaba á todo el mundo con el relato que hacía frecuentemente de las virtudes de San Antonio, y que animaba tan bien todo lo que de él decía, que parecía que tuviese bajo los ojos á aquel gran patriarca, lo cual inflamaba con un santo ardor á cuantos tenían la dicha de

¹ *Vit. PP.*, San Nilo, Casiano, Tillemont, Cotelier, Bulteau.

oirle. Tuvo que haber vivido mucho tiempo, puesto que está puesto en el número de los más ancianos Padres de Nitria, y á quien Sozomeno da el título de viejo. Paladio supo por él algunas particularidades de la vida de San Pambon. Así que él vivía todavía cuando este escritor fué á Nitria en 390.

Pondremos aquí el elogio de dos piadosos solitarios llamados Paese é Isaias, cuya eminente virtud dió Dios á conocer á San Pambon por revelacion; pero no fueron discípulos suyos. Hay algunos que creen que moraban en el desierto de Nitria. Parece sin embargo más verosimil, por lo que de ellos vamos á contar, que estaban en una soledad menos apartada de los lugares habitados. He ahí lo que de ellos se dice en las *Vidas de los Padres*.

Ellos eran hermanos, y su padre era un comerciante que traficaba en España. Despues qu hubo muerto, se dividieron entre sí la herencia, que se encontró que subía á cinco mil escudos, sin los muebles y esclavos. Despues deliberando sobre el partido que tomarían, se dijeron uno á otro: ¿Qué género de vida vamos á abrazar? Si seguimos la de nuestro padre, otros gozarán despues de nuestra muerte del fruto de nuestros trabajos, y quizás tambien mientras vivamos caeremos en manos de ladrones ó padeceremos naufragio. Mejor es, pues, que abracemos la vida solitaria, á fin de conservar lo que nuestro padre nos ha dejado, y para no perder nuestra alma. Convinieron pues en hacerse religiosos; pero esto fué siguiendo cada cual una conducta diferente, porque el uno dió todo cuanto tenía á los monasterios, á las iglesias y á las cárceles, sin reservarse nada; y habiendo aprendido un oficio para ganarse la vida, dividió todo el tiempo entre el trabajo y la oracion. El otro se sirvió de sus bienes para edificar un monasterio, en el que reunió algunos solitarios con los cuales ejercitaba la hospitalidad para con todos los que á él iban. Detenia á

los viejos, servia á los enfermos, hacía limosna á todos los pobres, y los sábados y domingos preparaba tres ó cuatro mesas, en las que todos los necesitados eran recibidos con caridad.

Murieron por último, y conversando juntos entre sí los demás solitarios de la dicha de que gozaban en el cielo por haber llevado una santa vida, no estaban acordes sobre el grado de bienaventuranza que habían merecido; porque la vida del que no se había reservado cosa alguna parecía á los unos más perfecta, mientras que á los otros gustaba más la caridad del que con tanto cuidado y pena había servido á los pobres y enfermos.

En esta disputa de piedad, fueron á encontrar á San Pambon para saber lo que de ellos pensaba. Cada uno le propuso su opinion y las razones en que la fundaba. El Santo, despues de haberles escuchado hasta el fin, les dijo: « Los dos son igualmente perfectos delante de Dios, porque el uno ha imitado á Abraham en la hospitalidad que ha ejercitado, y el otro ha imitado el zelo del profeta Elias para hacerse agradable á Dios.

Aquellos solitarios no se rindieron al instante, pues no podían comprender cómo aquellos dos hermanos que habían seguido en el camino de la virtud sendas tan diversas, podían sin embargo ser iguales en mérito. Echarónse á los pies de San Pambon, y le suplicaron con instancia que les dijese cómo podía ser esto; porque, decían los que daban la preferencia al que se había despojado de todo, él ha cumplido enteramente el consejo del Evangelio, vendiendo todo cuanto tenía para distribuirlo entre los pobres, pasando los dias y las noches en oracion y llevando su cruz en seguimiento del Salvador del mundo.

Pero los que hablaban en favor del otro replicaban para apoyar su opinion, que él tenía una gran compasion de todos los pobres, y que su caridad le llevaba á pararse en los

caminos públicos para detener y juntar á todos los afligidos, á los que asistía liberalmente con sus cuidados y limosnas, y que de este modo no se había contentado con hacer bien á sí mismo, sino que también lo había hecho á los que se hallaban en necesidad.

Sus diferentes razones no hicieron cambiar de opinion á San Pambon, el cual, siendo más esclarecido que ellos, juzgaba de la cosa segun la verdad. Él les replicó: « Os digo una vez más que los dos son iguales en mérito delante de Dios, y voy á hacéroslo ver en dos palabras: Si el primero, dando todos sus bienes y trabajando con sus manos para ganarse la vida, no hubiese llegado á la perfeccion que adquirió, no podríamos ponerle en parangon con su hermano; pero también, si el otro no hubiese practicado la virtud de la hospitalidad, como lo ha hecho, no habría igualado en virtud al otro delante de Dios, puesto que el mismo Nuestro Señor ha dicho: *Yo no vine para ser servido, sino para servirlos.* (Matth. 20.). Él sin embargo no le ha sobrepujado aun cuando trabajó mucho, porque en las fatigas del ministerio que ejercía, no dejaba de hallar alivio y reposo, pero esperad con paciencia, hasta tanto que Dios me haya dado á conocer lo que hay en esto, y yo os lo participaré cuando volvais. Retiráronse y San Pambon en ausencia suya, rogó al Señor que le manifestase la gloria de aquellos dos excelentes hermanos. Más tarde dijo á los que volvieron algunos dias despues para que les aclarase su duda: « Os hablo en presencia de Dios, y Dios sabe que os hablo segun verdad. He visto á aquellos dos hermanos en la misma fila, y en un mismo grado de mérito en el paraiso. »

Hubo otros solitarios llamados Paese, que nada tienen de comun con este del cual hemos hablado. Casiano habla de un Paese que se había retirado á un desierto muy escondido, en donde había vivido cuarenta años alejado

comercio de los demás solitarios. Dice que nunca comía hasta despues de la puesta de sol.

Crone abandonó el mundo siendo todavía muy jóven. Entró en un monasterio para vivir en él bajo la conducta de un superior; pero dominado por el tedio y la tristeza sucumbió á la tentacion, salió sin permiso y, andando errante de uno á otro lado del desierto, llegó finalmente al monasterio de Pispir en donde vió á San Antonio que le consolidó en su vocacion. Despues de esto moró algun tiempo en la Tebaida y fué á visitar los monasterios de Alejandria. Más tarde fué elevado al sacerdocio cuyas funciones ejerció en la iglesia de los solitarios de Nitria. Rufino hace notar que aun cuando poseyó todas las virtudes, sobresalia principalmente en humildad.

Un hermano le pidió cierto dia algunos consejos para su instruccion y él le respondió: « El religioso que no se entrega á la disipacion sino que vela cuidadosamente sobre si mismo y renuncia á todos los vanos deseos de la tierra, atrae sobre su alma al Espíritu Santo, el cual, de estéril que antes era la hace fecunda en virtudes y santas obras.

Otro hermano le preguntó cómo tenía que hacerlo para ser verdaderamente humilde. A lo cual respondió que se llegaba á esto por el temor de Dios. « Pero, añadió aquel hermano, ¿ cómo adquirimos el temor de Dios? » Y él le respondió: « Me parece que se llega á este temor si se tiene cuidado en desocuparse en toda clase de negocios para no ocuparse sino del pensamiento de la muerte y del juicio de Dios, juntando á esto el trabajo y la mortificacion del cuerpo. »

Crone edificaba también á los hermanos con las relaciones que les hacía de los actos y virtudes de San Antonio. Dijoles entre otras cosas que, habiendo este Santo pedido un dia al Señor que le hiciese ver el estado de los justos y de los pecadores despues de su muerte, y habiendo per-

severado un año entero en la misma oracion, Dios le hizo ver á un Etiope cuya cabeza parecía tocar las nubes, y las almas que volaban como pájaros por los aires. Vió al mismo tiempo que aquel gigante extendía los brazos para impedirles que se elevasen; que muchas caian bajo su mano y que las precipitaba en un lago tan vasto como el mar; pero que otras se le escapaban y eran recibidas por los ángeles; y que oyó en seguida una voz que le dijo: « Antonio, esas almas que has visto elevarse á pesar de los esfuerzos de aquel gigante, son las almas justas que se escapan de los lazos del demonio, y á quienes los espíritus celestiales conducen al cielo. Pero las de los pecadores son precipitadas al infierno por didro gigante, porque se han dejado seducir por las sugeriones, siguiendo las inclinaciones de la carne y los sentimientos de odio y venganza que les inspiraba.

Paladio dice que supo por Hierax y Crone lo que cuenta de San Pablo el Simple, discípulo de San Antonio. (Vit. PP. l. 8. c. 28.). Llegó finalmente á una tan gran vejez que tenía ciento diez años cuando Rufino, ó aquel en cuyo nombre habla, visitaba los solitarios, esto es, hácia el 391. Ignórase cuánto vivió y las circunstancias de su muerte. Tuvo por discípulo á un solitario llamado Isaac, que le sucedió tambien en las funciones del sacerdocio. Se cuenta de él que estaba exento de hiel y cólera, y que su caridad le llevó á edificar un hospital para los religiosos enfermos y forasteros que iban á visitar á los solitarios. Formó á un gran número de discípulos, muchos de los cuales fueron elevados al episcopado; lo cual no impidió sin embargo el que fuese conglobado en la querella que Teófilo de Alejandria suscitó á muchos solitarios de aquel desierto con motivo de los errores de Orígenes, en los que algunos se habian desgraciadamente dejado caer; de suerte que se vió obligado á retirarse á Constantinopla al lado de San Juan Crisóstomo. Nada más sabemos de cierto de este Isaac. Pero no hay que

confundirle con Isaac, sacerdote de las Celdas, el cual siendo todavía jóven, fué tambien discípulo de Crone ¹.

Paladio habla tambien de un Crone, que un sabio crítico cree no ser diferente de este; pero Bulteau los distingue y parece, en efecto, que Paladio quiso distinguirlos, puesto que hace de ellos dos artículos diferentes. Este último Crone era de la aldea de Fenix, ó de Fenicia, poco apartada del desierto de Nitria. Habiéndose resuelto á abandonar el mundo, salió de su aldea y midió quince mil pasos en adelante, internándose en el desierto, despues de lo cual se detuvo, hizo su oracion á Dios y cavó un pozo de siete brazas de profundidad, en el que encontró un agua excelente. Fijó su morada en aquel lugar, edificó una celda, y pidió á Dios la gracia de no volver más á los países habitados.

Pronto brilló su virtud; porque pocos años despues, fué hallado digno del sacerdocio, y cerca de trescientos solitarios se reunieron junto á él para vivir bajo su conducta. Mencionase entre los hermanos á uno llamado Santiago, y por sobrenombre el Cojo, el cual era muy esclarecido en la ciencia de los Santos, y había tenido la dicha de conversar con San Antonio, lo mismo que Crone de quien hablamos. Este sirvió al altar durante sesenta años, y en todo este tiempo vivió del trabajo de sus manos y no salió de su soledad.

Hierax fué por de pronto solitario en el monte Porfyrít y allí permaneció cuatro años. En seguida se retiró al de Nitria, el cual se vió obligado á abandonar veinte y cinco años despues para escaparse de las persecuciones de Teofilo de Alejandria y refugiarse al lado de San Juan Crisóstomo.

¹ El nombre de Isaac era comun á muchos solitarios de aquel desierto y que vivían al mismo tiempo; lo cual hace que su historia sea un poco embrollada; porque hubo un Isaac en Nitria, otro á quien Casiano hace hablar en sus conferencias, un tercero en el desierto de Sceté, un cuarto en el desierto de las Celdas, un discípulo del abad Apolon, un intérprete de San Antonio, y finalmente un sacerdote y abad de Constantinopla.

Despues de la tempestad volvió á la soledad, en la que hay motivos de creer que vivía todavía en 408. Dícese de él que jamás hablaba de negocios del siglo y que tampoco permitía que le hablasen de ellos. Pidiéndole un hermano consejos para su conducta, le respondió: « Permaneced en vuestra celda, alimentaos en ella segun vuestras necesidades; pero tened cuidado de no murmurar de vuestro prógimo y os santificareis ». Los demonios para desalentarle dijéronle cierto dia: « Todavía teneis cincuenta años de vida y ¿ cómo podreis sufrir tanto tiempo los trabajos de la vida solitaria? » Pero él les puso en fuga respondiéndoles: « ¡ Ah! vosotros me afligis al decirme que mi carrera va á terminar tan pronto; pues yo me había preparado para vivir doscientos años en este desierto en el ejercicio de la penitencia. »

Hubo otro Hierax que se vió obligado, á la edad de noventa años, á abandonar su desierto como el primero, para buscar un asilo al lado de San Juan Crisóstomo. Había morado mucho tiempo con San Antonio y, habiéndose retirado á Nitria contaba allí lo que había visto de este santo Patriarca. Tambien recordaba esta hermosa sentencia de un antiguo solitario: « Si un religioso sabe algun abad bajo el cual puede aprovecharse mucho, y no va á ponerse bajo su direccion porque teme no encontrar allí lo que le es necesario para la vida, demuestra con esto que no cree que hay un Dios. »

En las *Vidas de los Padres de Nitria* se habla de un hombre de bien llamado Apolon, el cual no parece haber hecho profesion del estado monástico en todo el rigor; pero que sin embargo tenía de él las virtudes y los méritos por sus obras de caridad. Había estado metido en el negocio, y habiendo renunciado al siglo, se retiró al monte de Nitria, en el que empleó sus bienes y sus cuidados en alivio de los viejos y de los enfermos de aquel desierto; porque no pu-

diendo trabajar con las manos ni trascribir libros á causa de su avanzada edad, creyó que debía consagrarse á ejercitar la caridad para con los hermanos, segun que le era posible. Así que hacía venir de Alejandría todo cuanto podía comprar para su consuelo, y no dejaba ningun dia de visitarles desde muy de mañana hasta la hora de nona yendo de celda en celda para ver si alguno estaba enfermo y de qué tenía necesidad. Llevábales pasas, granadas y otros lenitivos. Perseveró en esta excelente obra, aun cuando tenía mucha edad, hasta el fin de sus dias y, estando próximo á la muerte, dejó un imitador de su caridad, á quien suplicó muy encarecidamente que continuase el mismo oficio. Esto fué un gran recurso para los pobres solitarios, los cuales, en un país tan desierto, tenían grandísima necesidad de él, puesto que no bajaban de cinco mil.

Santiago ¹ el Cojo, del cual dijimos arriba una palabra, moraba con Crone, y había conocido como él á San Antonio, lo cual segun parece había desde entonces formado entre ellos una particular union. Paladio le vió despues del año 391. Dice de él que era muy esclarecido en la ciencia de los Santos. Parece que no hay que confundirle con Santiago, ecónomo de un monasterio en Arabia. Refiérense algunas sentencias del abad Santiago ó Jacob. Decía que cuando se nos alaba, debemos humillarnos interiormente pensando en los pecados que hemos cometido, y comprender por ahí que no merecemos que se nos dé alabanza alguna. Decía tambien que el temor del Señor hace en nues-

¹ Hubo muchos solitarios que tenían por nombre Santiago. Bulteau parece atribuir á otro de este nombre las sentencias que acabamos de referir; pero él confiesa que ignora el lugar en donde vivió. Llama Jacob al que vivía con Crone. Hubo también otro Santiago mucho más reciente, que moraba en el desierto de las Celdas. Otro, ermitaño en Palestina, el cual, despues de haber vivido santamente, tuvo la desgracia de tener una gran caída y se levantó con la penitencia. Otro, discípulo de San Maron, en Siria, y otro recluso en Mesopotamia.

tro corazón lo que una lámpara que se lleva á un lugar oscuro. Él le esclarece por sí misma y le ilumina para practicar todas las virtudes y ser fiel á la ley de Dios. No basta, decía él, decir hermosas palabras para santificarse; los hombres de hoy dia son fecundos en palabras; pero tambien se necesitan obras. He ahí lo que Dios pide de nosotros, y no solamente palabras que no estén seguidas de algun fruto ¹.

Benjamin fué un modelo perfecto de paciencia en una larga y dolorosa enfermedad con que Dios le probó. Había hecho muy grandes progresos en las virtudes religiosas y Dios le concedió el don de curar toda clase de enfermos, lo cual hacía imponiéndoles las manos ó dándoles aceite, que él había bendecido. Ocho meses antes de su muerte se puso hidrópico, y su cuerpo se hinchó tan prodigiosamente, segun refiere Paladio, que habla de ello como testigo ocular, que apenas se podía encerrar su dedo miñique con las dos manos. A causa de esto viéronse obligados á construirle una celda más espaciosa en la que sin embargo no podía estar echado, y despues de su muerte no se pudo sacar de ella su cuerpo sin arrancar antes el umbral de la puerta y los goznes de la misma. Sus dolores eran tan agudos y su resignacion tan perfecta, que los solitarios le miraban como el Job de su siglo. De este modo le llamaba el sacerdote

¹ Aquí sería lugar de hablar de Ammone, Dióscoro, Eusebio, y Eutimio hermanos, y llamados los grandes hermanos á causa de su talla. Fueron discípulos de San Pambon y habitantes del desierto de Nitria. Se les acusa de Origenismo, y este punto de historia está muy embrollado. Nada diremos aquí de ellos, no habiéndonos propuesto hacer una obra de crítica sino solo edificar. Por lo demás, la falta de los *grandes hermanos*, cualquiera que sea, no puede redundar en su maestro San Pambon, como lo hacen notar muy bien los continuadores de Bolando. Este gran Santo estuvo siempre exento de la menor sospecha en materia de doctrina.

Mencionemos tambien entre los solitarios más venerables del desierto de Nitria, amigos ó discípulos de San Pambon, á Payson y Heraclides.

de Nitria, llevando allí á Paladio para edificarle con la vista de sus sufrimientos y la dulzura de espíritu con que los sufría. La compasion que segun dice este esperimentó al verle historiador, no le permitió mirarle fijamente. Al instante apartó de él los ojos; de lo cual habiéndose apercebido Benjamin, le dijo, como tambien á los que con él estaban: « Rogad á Dios por mí, hijos míos, á fin de que mi hombre interior no sea hidrópico; porque en cuanto á este cuerpo, no me ha servido de nada cuando ha estado sano, y no me perjudica ahora que está enfermo. » Lo que todavía es más notable, añade Paladio, es que continuaba en aquel estado curando milagrosamente á los demás enfermos. Habiéndole Dios concedido este don maravilloso para hacerle practicar la caridad para con el prójimo, dejábale en aquel estado de dolor para enriquecerle de méritos por el ejercicio de la paciencia. Pasó ochenta años, dice el mismo autor, en una vida irreprochable y completamente santa. Su muerte debió de tener lugar en 392 ó 393.

De San Nilo hemos recibido la historia del solitario Albien, del cual hizo un gran elogio. Verdad es que Paladio habla de un Albin al cual había visto en Nitria y en las Celdas. Dice que fué con él á ver á Pafnucio, por sobrenombre Céfalos, y á visitar el desierto de Sceté. Dice tambien que este Albin fué con Evagrio y Ammonio á ver á San Juan de Licople. Cuéntase asimismo del mismo Albin que, estando Evagrio bajo el peso de una violenta tentacion fué á descubrirsela porque tenía mucha confianza en sus luces, y que recibió de él el consejo de no morar solo. Esto es todo lo que se encuentra de este Albin en la *Recollección de las Vidas y de las palabras notables de los Padres de los desiertos*; pero no es cierto que sea este el mismo que Albien de quien vamos á hablar.

Era este de Ancira en Galacia. Sirvió fielmente á Dios desde que fué capaz de conocerle. Como tenía un rostro

muy hermoso, agradó demasiado, contra su voluntad, á algunas personas, que trataron de seducirle; pero Dios le concedió la gracia de escaparse de sus lazos.

Esta entereza de costumbres y su conducta regular le conciliaron la estima de los eclesiásticos de Anira, hasta el punto que le instaron mucho á que se hiciese clérigo, y hasta á que se ordenase de sacerdote¹, aun cuando no tuviese la edad prescrita por los cánones. Negóse á esto con todas sus fuerzas; y si realmente fué ordenado, lo cual no está fundado, es seguro que no quiso encargarse de la cura de almas, y que prefirió abrazar la vida monástica.

Al principio pensó hacerse anacoreta; pero considerando que no era prudente emprender este estado sin haberse antes ejercitado en la práctica de la obediencia, segun el uso establecido por los solitarios, entró en una comunidad de fervorosos religiosos que estaba gobernada por el abad Leoncio.

Este abad, dice San Nilo, era un santo personage, todavía más adelantado en la perfeccion que los que vivian solos en el desierto. Juntaba la accion á la contemplacion, y sobresalía en una y otra. Pero sobre todo había recibido de Dios un talento maravilloso para formar los novicios en los deberes de la vida religiosa. Tal era el abad Leoncio, bajo el cual Albien aprendió los elementos de la religion. No se sabe si este era Leoncio sacerdote, y despues obispo de Ancira, ú otro del mismo nombre que vivía en aquel tiempo; pero Albien recibió de él grandes auxilios para su aprovechamiento espiritual. Fuese en seguida á Jerusalem á visitar los santos Lugares y á los solitarios que florecian por aquellas regiones; y sus buenos ejemplos, juntos á las saludables instrucciones que de ellos recibió, contribuyeron igualmente á que hiciese nuevos progresos en la perfeccion

¹ Albin de quien habla Paladio era diácono.

de su estado. Finalmente se retiró á la montaña de Nitria, en donde fijó su morada por el resto de sus dias.

Allí fué donde con un ardor completamente nuevo emprendió la obra de su perfeccion como si no hubiese hecho más que comenzar. Su principal cuidado fué vivir desconocido de los hombres; y aun cuando hubiese adquirido grandes conocimientos en la ciencia de los santos bajo su primer superior y los solitarios de la Palestina, sometióse con la docilidad de un jóven novicio á la direccion de los ancianos que encontró en el desierto de Nitria, y ocultó cuanto pudo el rango que tenía entre los clérigos, para ejercitarse con menos obstáculos en la dependencia y humillacion.

Concretóse totalmente al cuidado de su salvacion, y para esto apartó cuanto pudo de su espíritu el recuerdo del mundo, no hablando jamás de él ni queriendo que se le hablase del mismo; así que todas sus conversaciones versaban sobre cosas útiles al alma. Su vida era un continuo ejercicio de oracion, mortificacion y trabajo. Pasaba la mayor parte del dia y de la noche en meditar ó cantar salmos; no vivía más que de pan y agua; dormía sobre un saco de piel de cabra; ganábase el pan con el trabajo de sus manos, y decía á este propósito que el que subsiste por la liberalidad de los demás es menos libre para dar consejos, y algunas veces es tentado á callar la verdad á los que le hacen bien, por temor de disgustarles.

La pobreza que practicaba era de las más rigurosas. No solamente no manejaba dinero sino que ni siquiera lo conocía. No llevaba zapatos ni sandalias; ni tuvo jamás otro hábito que el que había traído al entrar en el desierto de Nitria. Finalmente todos sus muebles consistian en un solo libro que leía de tiempo en tiempo para su instruccion. Así que, decía él, que el vivir en una entera pobreza era ser rey, y que obrando así se libraba uno de las vanas sollicitu-

des y de los devoradores disgustos que ocasionan las riquezas.

He ahí cuál fué la conducta de este admirable solitario, mirando la vida presente como un sueño en el que se es dichoso ó infeliz más por imaginacion que en realidad, y procurando con esfuerzos diarios hacerse digno de los bienes de la vida futura, que son los únicos sólidos y permanentes, y que no hay temor de que se pierdan como los de acá abajo.

Como ya dijimos, los religiosos de los desiertos de Nitria seguian generalmente la regla dada por San Macario de Alejandria. Una parte de esta regla nos ha llegado en la coleccion de San Benito de Aniano. Los primeros artículos encierran recomendaciones generales de la práctica de las virtudes, á la cabeza de las cuales se pone el gran precepto del amor de Dios. Vienen en seguida prescripciones de detalles. Siendo estas prescripciones idénticas á las que contienen las reglas dadas por los demás patriarcas del desierto, creémos inútil detenernos en ellas.

Encuétrase en la misma coleccion una carta de San Macario á sus religiosos. Reproducimos algunas lineas de ella que ofrecen particular interés á causa de las precauciones que el Santo toma para impedir á sus discípulos, de los cuales los menos zelosos vivian de yerbas sazonadas con un poco de aceite, que cediesen á la golosina.

Despues de haber hablado de los funestos efectos de este vicio en los que se dejan dominar de él, añade: « De la misma manera que cuanto más leña se pone al fuego, más aumentan sus llamas, así tambien cuanto más se carga el estómago de manjares, más se excita la concupiscencia. La gula es la madre que la alimenta. Aun cuando la hubiésemos adormecido con la mortificacion, se despertaría muy pronto siguiendo á esta. Nada hay tan peligroso como la gula y desobediencia: una y otra, producen la muerte del

alma. ¡ Cuánta diferencia hay entre un religioso dominado por la destemplanza y otro que practique la sobriedad ! Teniendo este el estómago libre, se eleva sin pena á Dios en el fervor de su oracion. El otro, por el contrario, pesado á causa del exceso de comida, se duerme cuando hay que orar. El religioso sugeto á la gula no suspira más que por la mesa. El que es sobrio solo ambiciona la pureza del corazon. El religioso goloso es semejante á un soldado flojo y tímido, que tiembla cuando la trompeta le llama al combate. No puede oír que le hablen de ayuno y abstinencia. »

San Macario habla en seguida de la castidad y obediencia, y termina diciendo que la gloria de un monge está en sufrir con resignacion la tribulacion, en no desear nada de las cosas presentes, y en amar á Dios con todo su corazon y al prójimo como á sí mismo.

PERSECUCION DE LOS SOLITARIOS DE NITRIA

BAJO EL EMPERADOR VALENTE

Traemos aquí la historia de la persecucion que los solitarios sufrieron por parte de los arrianos, bajo el emperador Valente, porque ella se dejó sentir más en el desierto de Nitria que en los desiertos vecinos. Habiendo muerto San Atanasio (373), los católicos le dieron por sucesor á un sacerdote de santa vida y de una fe á toda prueba, llamado Pedro, que él mismo les había designado antes de morir. Pero los arrianos que gozaban de todo el favor del emperador, no le dejaron allí mucho tiempo. Euzoius,

obispo arriano de Antioquia, fué al instante á Alejandria con órdenes del príncipe á Paladio, gobernador de la provincia é idólatra, para colocar en la silla patriarcal á un cierto Lucio, hombre corrompido hasta el fondo del alma y apasionado arriano.

Así que Pedro, el obispo legítimo, se vió obligado á ceder á la fuerza y se retiró á Roma, como el puerto de la comunión católica.

La intrusion de Lucio en aquella capital de Egipto se hizo de una manera digna de la detestable secta de la que era uno de los más poderosos fautores. En lugar de los obispos, sacerdotes y diáconos que debían asistir á ella ; en lugar de los monjes y del pueblo fiel que segun costumbre habían de cantar en la misma himnos sagrados, viósele escoltado por soldados bajo las órdenes del conde Magnus, superintendente de hacienda, el mismo que, bajo Juliano el Apóstata, había quemado la iglesia de Beryte, y su pompa fué tambien honrada por los paganos, que no le reconocian menos por enemigo de Jesucristo, de lo que ellos lo eran.

Apenas estuvo en la ciudad, cuando cometió contra los católicos todos los excesos de que se sabe que es capaz la heregía, cuando puede seguir libremente los trasportes de su furor. No perdonó las iglesias ni al clero, ni á las sagradas vírgenes. No tuvo miramiento á la edad ni á la debilidad del sexo ; todo se resintió de su crueldad. Era poco el encarcelar á los católicos ; renováronse contra ellos los tormentos que los emperadores paganos habían empleado en las precedentes persecuciones. Rasgóse á unos con peines de hierro y con corregüelas de cuero ; quemóse á otros con antorchas encendidas ; otros fueron arrojados á las bestias salvages ; degollóse á vírgenes ; sujetóse á niños al tormento del cual murieron, y se expusieron en seguida sus cuerpos para ser devorados por las

alma. ¡ Cuánta diferencia hay entre un religioso dominado por la destemplanza y otro que practique la sobriedad ! Teniendo este el estómago libre, se eleva sin pena á Dios en el fervor de su oracion. El otro, por el contrario, pesado á causa del exceso de comida, se duerme cuando hay que orar. El religioso sugeto á la gula no suspira más que por la mesa. El que es sobrio solo ambiciona la pureza del corazon. El religioso goloso es semejante á un soldado flojo y tímido, que tiembla cuando la trompeta le llama al combate. No puede oír que le hablen de ayuno y abstinencia. »

San Macario habla en seguida de la castidad y obediencia, y termina diciendo que la gloria de un monge está en sufrir con resignacion la tribulacion, en no desear nada de las cosas presentes, y en amar á Dios con todo su corazon y al prójimo como á sí mismo.

PERSECUCION DE LOS SOLITARIOS DE NITRIA

BAJO EL EMPERADOR VALENTE

Traemos aquí la historia de la persecucion que los solitarios sufrieron por parte de los arrianos, bajo el emperador Valente, porque ella se dejó sentir más en el desierto de Nitria que en los desiertos vecinos. Habiendo muerto San Atanasio (373), los católicos le dieron por sucesor á un sacerdote de santa vida y de una fe á toda prueba, llamado Pedro, que él mismo les había designado antes de morir. Pero los arrianos que gozaban de todo el favor del emperador, no le dejaron allí mucho tiempo. Euzoius,

obispo arriano de Antioquia, fué al instante á Alejandria con órdenes del príncipe á Paladio, gobernador de la provincia é idólatra, para colocar en la silla patriarcal á un cierto Lucio, hombre corrompido hasta el fondo del alma y apasionado arriano.

Así que Pedro, el obispo legítimo, se vió obligado á ceder á la fuerza y se retiró á Roma, como el puerto de la comunión católica.

La intrusion de Lucio en aquella capital de Egipto se hizo de una manera digna de la detestable secta de la que era uno de los más poderosos fautores. En lugar de los obispos, sacerdotes y diáconos que debían asistir á ella ; en lugar de los monjes y del pueblo fiel que segun costumbre habían de cantar en la misma himnos sagrados, viósele escoltado por soldados bajo las órdenes del conde Magnus, superintendente de hacienda, el mismo que, bajo Juliano el Apóstata, había quemado la iglesia de Beryte, y su pompa fué tambien honrada por los paganos, que no le reconocian menos por enemigo de Jesucristo, de lo que ellos lo eran.

Apenas estuvo en la ciudad, cuando cometió contra los católicos todos los excesos de que se sabe que es capaz la heregía, cuando puede seguir libremente los trasportes de su furor. No perdonó las iglesias ni al clero, ni á las sagradas vírgenes. No tuvo miramiento á la edad ni á la debilidad del sexo ; todo se resintió de su crueldad. Era poco el encarcelar á los católicos ; renováronse contra ellos los tormentos que los emperadores paganos habían empleado en las precedentes persecuciones. Rasgóse á unos con peines de hierro y con corregüelas de cuero ; quemóse á otros con antorchas encendidas ; otros fueron arrojados á las bestias salvages ; degollóse á vírgenes ; sujetóse á niños al tormento del cual murieron, y se expusieron en seguida sus cuerpos para ser devorados por las

bestias, sin que se permitiese á los padres sepultarlos.

Alejandro pareció entonces á causa de los salteamientos de Lucio como una ciudad que se ha tomado por asalto, en la que no se veía más que pillage y muerte, no oyéndose otra cosa que gritos y lamentaciones. Pero como si se hubiese querido subir de punto la crueldad, quitando á los fieles el consuelo de gemir por tantos males, el prefecto Paladio prohibió el llorar; y á más de que se hizo perecer al filo de la espada á muchos fieles, que habian tomado parte en el dolor de los padres cuyos hijos eran muertos por la violencia de las torturas, se hizo encarcelar á veinte y tres personas que parecían haber dado muestras de su dolor con lágrimas y despues de haberlas desgarrado á latigazos y hécholas sufrir en el tormento, envióselas á trabajar, unas á Feno en la Palestina, en las minas de cobre, otras á Proconeso en la Propóntide, en las canteras de mármol, y la mayor parte de aquellos bienaventurados proscritos eran solitarios respetables por la santidad de su vida. Pero para volver á nuestro asunto, no ignorando Lucio en cuánto horror tenían los santos monges la impiedad arriana, y que segun la recomendacion que San Antonio el Grande les había hecho, no querian tener comercio con los que la sostenian, Lucio, digo, volvió su furor contra ellos, y se propuso ú obligarles á renunciar á la fe de Nicea, á fin de que su desercion arrastrase la de los otros fieles, á quienes con sus ejemplos sostenía, ó exterminarlos si se negaban á someterse.

Escogió para esta guerra de nueva especie, tribunos, coroneles, generales, con cerca tres mil soldados, tanto de infanteria como de caballería, como si hubiese sido cuestion de ir a combatir contra los bárbaros, y salió de Alejandria con este equipage acompañado del general de las tropas de Egipto, con órden á los soldados de saquear y degollar á todos los siervos de Dios.

Llegaron de esta manera á los desiertos y no encontraron en ellos, dice Sócrates, sino á unos pobres ermitaños ocupados en sus ordinarios ejercicios, los cuales consistian en orar, curar los enfermos con sus oraciones y echar á los demonios de los cuerpos de los energúmenos. No encontraron allí sino á santos, muy distantes de oponer la fuerza á la fuerza, sino del todo dispuestos á derramar su sangre antes que hacer traicion á la causa de la fé; á anacoretas completamente desnudos, que ni siquiera tendian los brazos para parar los golpes que se les daba, y los cuales presentando, como corderos, el cuello para recibir la muerte, no decian más que estas palabras del Salvador del mundo: *Amigo mio ¿ á qué fin habeis venido aquí?*

Una tan gran dulzura, junta con la evidencia de los milagros, habría debido conmovier á Lucio y á los que estaban á sus órdenes; pero muy lejos de fijarse en esto, empezaron por prohibir á los religiosos la entrada de la iglesia en la que se juntaban para orar; y empleando en seguida las armas contra ellos, hiciéronles sufrir inesplicables males; en lo cual el detestable Lucio tenía todavía más parte que los soldados. Esto pasó principalmente en el desierto de Nitria, en donde San Jerónimo y Orose aseguran que se hizo perecer á tropas enteras de solitarios.

Parecía, añade Sócrates, que veía renovarse entonces lo que el Santo apostol dijo de los antiguos justos; porque muchos sufrían las burlas, los azotes, la desnudez, las cadenas y las prisiones. Apedreábase á unos; hacíase perecer á los otros al filo de la espada; unos eran obligados á andar errantes por el desierto, cubiertos solamente con pieles de carnero ó de cabra, privados de todo socorro, afligidos, expuestos á toda clase de incomodidades, aquellos precisamente de quienes el mundo no era digno. De esta manera pasaban su vida ocultándose en los desiertos más escondidos, en las montañas, en los antros y cuevas, y sufrían

todo esto á causa de su fe ; pero la Providencia lo permitia así para la salvacion de los otros fieles á quienes el ejemplo de su paciencia animaba poderosamente á sostenerse en el bien.

En el calor de esta persecucion, Melania la Vieja alimentó durante tres dias á cinco mil solitarios que se habían escondido para librarse del furor de los herejes , y despues de estas violencias, Lucio, cansándose de ver triunfar á tantos generosos confesores de la fé ortodoxa, aconsejó al general que desterrase á aquellos de entre ellos que eran mirados por todos los religiosos de aquellos desiertos como sus padres, á saber, los dos Macarios, San Pambon de quien hemos hablado, Isidoro y Heraclides.

Esos grandes hombres, á quienes Rufino llama los conductores de las tropas del Señor, armados no de lanzas ó de dardos, sino de la fe y de la piedad, estaban en sus celdas, aguardando en oracion á los soldados que se decía que pronto debian llegar para matarles. Por aquel tiempo llevaron un hombre tullido de todos sus miembros. Frotáronle con aceite, mandáronle en nombre de Jesucristo, á quien Lucio perseguia, que se levantara, que se mantuviera firme sobre sus pies, y que de este modo se volviera á su casa ; y al instante se encontró curado.

Este prodigio probaba muy eficazmente que la verdad estaba de su parte ; pero sus perseguidores no se hicieron con esto sin embargo sino mas furiosos. Lucio les hizo prender secretamente durante la noche, y conducir á una isla de Egipto rodeada de laguna, y cuyos habitantes eran todos idólatras, linsonjeándose de que no recibirían de ellos socorro alguno, sino que más bien serían por los mismos turbados en sus ejercicios monásticos.

Sin embargo la Providencia que velaba por sus siervos, dispuso de ellos muy diferentemente é hizo que todo redundase en provecho de la fe y en vergüenza de los que la com-

batian. El nombre de Jesucristo era desconocido en aquella isla, y los demonios tenían allí un templo muy antiguo, grandemente respetado de los isleños, y un sacrificador que no era menos reverenciado que sus ídolos. Apenas aquellos espíritus de tinieblas sintieron que la barca que llevaba á aquellos bienaventurados desterrados se acercaba á la orilla, dieron muestras sensibles de una turbacion y terror extraordinarios, y uno de ellos, entrando en el cuerpo de la hija del sacrificador, agitóla de una manera tan extraña, que corría por todas partes rechinando de dientes, echando espuma por la boca, arrojándose por el suelo y langrando gritos que llegaban hasta el cielo. Este trágico espectáculo atrajo gran número de personas junto á ella ; cuando de repente viéronla arrebatada por los aires con gran admiracion de los espectadores, que no estaban menos espantados que sorprendidos. Siguiéronla con los ojos para saber en qué pararía ella, y fué llevada hasta el lugar en que los Santos estaban desembarcando. Allí, arrojándose á sus pies, y hablando el demonio por su boca, exclamó : « ¡ Oh ! ¡ cuán terrible es vuestro poder, siervos de Jesucristo ! ¿ Es necesario que vengais á echarnos de un lugar en el que estamos desde hace tanto tiempo ? En él estábamos escondidos despues de haber sido desterrados de todas partes y nos jactábamos de hallarnos á cubierto de vuestros dardos en esta pequeña isla, en la que [permaneciendo desconocidos á causa de las lagunas del contorno, dejábamos en reposo al resto del mundo, y he ahí que con vuestra llegada perdemos el único asilo que nos quedaba. De seguro que vuestros perseguidores no os han enviado aquí para afligiros, sino para echarnos á nosotros. Nos retiramos, pues, viéndonos forzados á ello por la fuerza de vuestra virtud. Tomad posesion de las tierras y de los pueblos que pretendéis que os pertenezcan. »

Mientras el demonio hablaba de esta manera, los Santos

solitarios hicieron su oracion y le obligaron á salir del cuerpo de aquella jóven. Pronto lo abandonó ; pero fué agi-
tándola con tanta violencia que la dejó tendida en el suelo
como muerta. Los santos la levantaron y la devolvieron á su
padre, perfectamente sana de cuerpo y alma.

La evidencia de este prodigio hizo tanta impresion en el
pueblo, que había acudido en tropel, que quedó dispuesto
á abrazar sin mucha dificultad la fe de Jesucristo. La hija que
había sido curada, su padre y todos los paganos que se ha-
laban presentes, se postraron á los pies de aquellos nuevos
apóstoles, y les suplicaron que les enseñase lo que debían
hacer para salvarse. Su ejemplo arrastró á todos los habi-
tantes que quedaban en la isla. Recibieron ávidamente las
instrucciones que los Santos les hicieron, y abrazaron la fe
con un ardor tan vivo, que al mismo instante se hicieron
bautizar, derribaron su templo, y edificaron en su lugar
una iglesia á Jesucristo.

De esta manera, dice Sócrates, estos hombres admira-
bles, á los que tan cruelmente se trataba por la fe de la
consustancialidad, crecían en mérito delante de Dios, san-
tificaban á los demás y establecían la verdadera creencia
que sus enemigos habían querido destruir persiguiendo-
les.

El rumor de este maravilloso cambio llegó pronto á Ale-
jandria. Lucio al saberlo quedó sobrecogido de terror, y
poco faltó para que los mismos que eran de su partido se
sublevasen contra él, considerando que al declarar la guerra
á aquellos siervos de Dios, la había declarado á Dios mismo.
De suerte que temiendo consecuencias más molestas, ordenó
secretamente que volviesen á llamar á aquellos bienaven-
turados desterrados, y que se les dejase volver en libertad
á sus soledades.

EL DESIERTO DE LAS CELDAS Y SAN MACARIO DE ALEJANDRIA ¹

El desierto de las Celdas ó Celditas fué llamado así á
causa del gran numero de celdas que en él se habían edi-
ficado. Este desierto no distaba de Nitria más que dos ó
tres leguas.

San Macario de Alejandria á quien se llama el Jóven para
distinguirle de San Macario de Egipto, el Viejo, del cual ha-
blaremos en otro lugar, se hizo allí tan célebre como este
lo fué en el desierto de Sceté. Su nombre, que en griego
significa *bienaventurado*, podría ser aplicado á todos los
solitarios, que en los trabajos de una vida dedicada á la
renunciacion de sí mismo, á la más rigurosa penitencia
y á la práctica de las virtudes, gustaron felizmente las
dulzuras de la vida espiritual, y aquella paz inestimable que
el mundo no conoce, y que sobrepuja, como dice san Pa-
blo, todo consuelo humano. Pero sin detenernos en esta
interpretacion, que nada importa á la historia, podemos
decir á favor del Santo del cual hablamos, que si llevó este
nombre como suyo propio, respondió á él tambien por la
felicidad de una vida santa, y que fué una de las más ad-
mirables que la historia monástica nos ha propuesto.

Era oriundo de Alejandria, en donde su profesion fué en
un principio vender anises y frutos ; lo cual no impidió el
que se le diese tambien el título de ciudadano de aquella
ciudad. No moró en ella mucho tiempo ; pero el grande
amor que tenía á la soledad le llevó á irse junto á San Au-

¹ *Vit. PP.*, Casiano, Tillemont, Cotelier.

solitarios hicieron su oracion y le obligaron á salir del cuerpo de aquella jóven. Pronto lo abandonó ; pero fué agi-
tándola con tanta violencia que la dejó tendida en el suelo
como muerta. Los santos la levantaron y la devolvieron á su
padre, perfectamente sana de cuerpo y alma.

La evidencia de este prodigio hizo tanta impresion en el
pueblo, que había acudido en tropel, que quedó dispuesto
á abrazar sin mucha dificultad la fe de Jesucristo. La hija que
había sido curada, su padre y todos los paganos que se ha-
laban presentes, se postraron á los pies de aquellos nuevos
apóstoles, y les suplicaron que les enseñase lo que debian
hacer para salvarse. Su ejemplo arrastró á todos los habi-
tantes que quedaban en la isla. Recibieron ávidamente las
instrucciones que los Santos les hicieron, y abrazaron la fe
con un ardor tan vivo, que al mismo instante se hicieron
bautizar, derribaron su templo, y edificaron en su lugar
una iglesia á Jesucristo.

De esta manera, dice Sócrates, estos hombres admira-
bles, á los que tan cruelmente se trataba por la fe de la
consustancialidad, crecian en mérito delante de Dios, san-
tificaban á los demás y establecian la verdadera creencia
que sus enemigos habían querido destruir persiguiendo-
les.

El rumor de este maravilloso cambio llegó pronto á Ale-
jandria. Lucio al saberlo quedó sobrecogido de terror, y
poco faltó para que los mismos que eran de su partido se
sublevasen contra él, considerando que al declarar la guerra
á aquellos siervos de Dios, la había declarado á Dios mismo.
De suerte que temiendo consecuencias más molestas, ordenó
secretamente que volviesen á llamar á aquellos bienaven-
turados desterrados, y que se les dejase volver en libertad
á sus soledades.

EL DESIERTO DE LAS CELDAS Y SAN MACARIO DE ALEJANDRIA ¹

El desierto de las Celdas ó Celditas fué llamado así á
causa del gran numero de celdas que en él se habían edi-
ficado. Este desierto no distaba de Nitria más que dos ó
tres leguas.

San Macario de Alejandria á quien se llama el Jóven para
distinguirle de San Macario de Egipto, el Viejo, del cual ha-
blaremos en otro lugar, se hizo allí tan célebre como este
lo fué en el desierto de Sceté. Su nombre, que en griego
significa *bienaventurado*, podría ser aplicado á todos los
solitarios, que en los trabajos de una vida dedicada á la
renunciacion de sí mismo, á la más rigurosa penitencia
y á la práctica de las virtudes, gustaron felizmente las
dulzuras de la vida espiritual, y aquella paz inestimable que
el mundo no conoce, y que sobrepuja, como dice san Pa-
blo, todo consuelo humano. Pero sin detenernos en esta
interpretacion, que nada importa á la historia, podemos
decir á favor del Santo del cual hablamos, que si llevó este
nombre como suyo propio, respondió á él tambien por la
felicidad de una vida santa, y que fué una de las más ad-
mirables que la historia monástica nos ha propuesto.

Era oriundo de Alejandria, en donde su profesion fué en
un principio vender anises y frutos ; lo cual no impidió el
que se le diese tambien el título de ciudadano de aquella
ciudad. No moró en ella mucho tiempo ; pero el grande
amor que tenía á la soledad le llevó á irse junto á San Au-

¹ *Vit. PP.*, Casiano, Tillemont, Cotelier.

tonio, al cual escogió para su director en los primeros años de su retiro. Léese en el *Martirologio* de los Coptos, que este Santo le dió el habito monástico y le predijo lo que le acontecería durante el curso de su vida. En efecto, Dios manifestó desde entonces al santo abad por una evidente maravilla, que destinaba á Macario para grandes cosas. San Antonio había hecho en una ocasion un gra acopio de ramas de palmera para hacer esteras. Como eran muy hermosas, Macario le suplicó que le diese algunas. El le respondió: « Está escrito: *No deseareis los bienes de vuestro prójimo.* » Pero apenas hubo terminado estas palabras, cuando las ramas se pusieron tan secas como si el fuego hubiese pasado por ellas. San Antonio, admirado de este prodigio, le dijo: « Comprendo que el Espíritu, Santo descansa en vos. Os consideraré en adelante como el heredero de las gracias con que Dios se ha dignado favorecerme. »

Encontróse algun tiempo despues en su soledad grandemente debilitado, sin duda por sus grandes austeridades, y haciendo el demonio alusion á aquellas palabras de San Antonio, le dijo: « Puesto que has recibido la gracia de Antonio, ¿ porqué no usas de ella para obtener de Dios el alimento y las fuerzas, á fin de que puedas marchar por el camino que tienes que hacer? » Pero él le rechazó con aquellas palabras: « El Señor es mi fuerza y mi gloria; y en cuanto á tí no te poropongas tentar á su siervo. » ¡Esto no impidió que aquel espíritu de malicia viniese de nuevo á tenderle un lazo. Tomó la figura de un camello cargado de víveres, y fué á pararse junto á él. Macario sospechó sin dificultad que esto era una ilusion de su parte. Púsose en oracion, y al instante se abrió la tierra y se tragó al fantástico animal.

A los primeros años de su profesion monástica se refiere lo que de él se dice, que durante cuatro meses fué todos los dias á visitar á un hermano, sin poderle hablar, por-

que siempre le hallaba en oracion. Lo cual le hizo decir en un sentimiento de admiracion: He ahí verdaderamente un ángel de la tierra.

Despues de haber recibido y haberse aprovechado de las instrucciones de San Antonio, dejó la Tebaida y se fué al desierto de Sceté. Fué el primero que edificó allí un monasterio, si hay que dar fé al autor del sexto libro de la *Vida de los Padres*. Es cierto que había tenido allí una celda en la que se encontró frecuentemente con San Macario de Egipto. Tuvo tambien otra en Libia y otra en Nitria; pero su principal morada fué en el desierto de las Celdas, en el que ejerció las funciones del sacerdocio, habiendo sido ordenado de sacerdote poco tiempo despues del otro San Macario.

Estas diferentes celdas eran más á propósito para satisfacer su amor á la penitencia, que para librarle de las injurias del aire; porque las unas estaban sin ventanas y pasaba en ellas toda la cuaresma sentado en la oscuridad; y la otra era tan estrecha que no podia tenderse en ella del todo á lo largo. La de Nitria era la más espaciosa, porque no iba a ella sino para aquellos que iban á la misma con el fin de hablarle.

Aun cuando su amor al recogimiento le hubiese fijado con preferencia en el desierto de las Celdas, nada extraordinario pasaba en los desiertos vecinos sobre todo en el de Nitria, en que no se le llamase para determinar lo que debía hacerse, puesto que los ancianos de aquellos desiertos obraban todos de concierto para el aprovechamiento espiritual de los solitarios de su dependencia.

San Macario se distinguió principalmente por su penitencia, por su amor á la soledad y á la oracion, y por el poder que Dios le dió por el espíritu de tinieblas, y por otros prodigios que obró, atestiguados por sus historiadores en su cualidad de testigos oculares.

Vimos que las diferentes celdas que tenían, eran moradas de mortificación más bien que cómodos alojamientos. No había austeridades que los otros practicasen, que él no intentase hacerlas mayores. Habiendo sabido que un solitario no comía más que una libra de pan al día, tuvo el pensamiento para mejor mortificar su apetito, de romper su pan en pequeños pedazos, que puso en una botella de tierra, y no comer de él más que el que podía tomar con los dedos, lo cual practicó por espacio de tres años, no sin sufrir mucho por esta causa; porque á más de la pena que tenía en sacar aquellos pequeños pedazos, no comía á lo más sino cinco onzas de pan al día, y no bebía el agua sino con esta misma proporción.

Con tanto despues esto á algunos solitarios, deciales agradablemente (porque era muy alegre en la conversacion): « Yo ya tomaba algunos pedazos; pero el cuello de la botella era tan estrecho que no podía sacarlos; y sin embargo era necesario sacar algunos, porque mi alguacil (entendía su cuerpo) no me permitía no comer absolutamente nada. »

Adviértese tambien que durante todo un año, no consumió más que un cantarito de aceite. Pasaba tambien algunas veces el día sin tomar alimento, aun cuando trabajaba mucho. Habiendo ido con otros solitarios más jóvenes que él á cortar ramas de palma con que hacian sus trabajos, le rogaron el primer día que comiese con ellos; lo cual hizo por condescendencia por espíritu de caridad. Pero como al día siguiente quisieran de nuevo rogárselo, él se escusó, diciendo que bien veía que ellos tenían necesidad de esto porque no eran bastante fuertes para sostener un trabajo penoso sin comer nada; pero que él podía pasarse sin esto. Era necesario que fuese muy avanzado en edad porque al hablarles así, les llamaba hijos suyos.

Dijéronle que en Tabennes los discípulos de San Paco-

mio no comian nada cocido durante la cuaresma, y él quiso hacer lo mismo durante siete años, no alimentándose sino de yerbas crudas ó de legumbres mojadas solamente en agua fria. Pero su fervor le llevó á ir á reconocer por sí mismo la disciplina de Tabennes ya para mejor instruirse y edificarse, ya para vivir allí confundido entre tantos austeros religiosos, y librarse por ahí de la veneracion que le tenían en Nitria y en las Celdas.

El trayecto de allí á Tabennes era muy largo y era necesario atravesar mudros desiertos, no sin mucho sufrimiento. Pero esta dificultad no le detuvo. Quitóse su hábito para no ser conocido, y tomó el de un hombre que se gana la vida con su trabajo, y marchó durante quince dias por aquellas terribles soledades hasta la Alta-Tebaida, en donde se presentó á la puerta del Monasterio de San Pacomio, al cual rogó humildemente que le recibiese en el número de sus religiosos. El santo abad á quien Dios no se lo dió entonces á conocer, aun cuando le esclareció en muchas otras ocasiones con una luz profética, muy lejos de acceder á su demanda, le dijo que era demasiado entrado en edad para sostener el peso de las austeridades de su regla; que era necesario estar ejercitado en ella desde joven; y que si la emprendia, sería tentado de impaciencia en los trabajos con que le sobrecargarían, lo cual le llevaría á murmurar, y que finalmente en vez de perseverar lo abandonaría todo descontento del monasterio, é iría á desacreditarlo en otras partes.

Esto no le descorazonó. Perseveró durante siete dias en la misma petición, aun cuando no recibió del Santo sino la misma respuesta, y estuvo todo aquel tiempo sin comer. Finalmente le dijo: « Os suplico, Padre mio, que me recibais; y si yo no ayuno y no hago lo mismo que los demás, consiento que me despidais. » San Pacomio, movido por su perseverancia, habló de ello á los demás hermanos, los

cuales, segun Paladio, eran en número de mil cuatrocientos, y convinieron en admitirle.

Sucedió esto poco antes de la cuaresma; y San Macario, atento á todo cuanto se hacía para hacerlo servir para su aprovechamiento espiritual, observó que los religiosos, siguiendo cada uno el ardor que tenían por la penitencia, se habían propuesto, los unos no comer más que por la noche durante la santa cuaresma, los otros una vez cada dos días, y los otros cada cinco días. Observó también que algunos, después de haber permanecido todo el día sentados, ocupados en su trabajo, pasaban toda la noche en pie.

Estos ejemplos de mortificación animaron de tal manera su fervor, que hizo empapar en agua una gran cantidad de hojas de palma y permaneció en pie en un rincón aplicado al trabajo durante toda la cuaresma, sin jamás sentarse ni siquiera apoyarse, sin tomar un bocado de pan, sino solamente el domingo algunas hojas de col del todo crudas, y en tan pequeña cantidad, que las comía más bien para evitar la tentación de vanidad que para alimentarse. Guardó durante todo este tiempo un riguroso silencio y cuando se veía obligado á salir, volvía al instante á su trabajo, conservando siempre su espíritu y su corazón levantados hacia Dios.

San Pacomio, ocupado en el gobierno general de la Orden, no se había apercebido del modo cómo había vivido. Pero los demás religiosos y sobre todo los que eran más austeros se habían fijado en ello, y quedaron tan movidos con esto, que llevaron sobre este punto sus quejas á su abad, diciendo que les había traído un hombre que vivía como si no fuera un puro espíritu, sin carne y sin huesos, y que solo parecía haber venido entre ellos para condenarles. Rogáronle por consiguiente que le despidiese, y confesaron que si él se quedaba más allí, ellos no podían quedarse por más tiempo.

El santo abad, al oír estas quejas, informóse de los detalles de su conducta. Quedó sorprendido al oírlos; y comprendió que había algo extraordinario en aquel desconocido y que no era este un principiante en los trabajos de la vida religiosa. Nada le dijo sin embargo; pero recurrió á la oración, para obtener de Dios que se lo diese á conocer. Fuele revelado que era Macario, cuya reputación estaba extendida por todos los desiertos. Después que hubo terminado su oración, se fué derecho á él, tomóle por la mano, llevóle á la capilla en donde estaba el altar, y abrazándole tiernamente, le habló de esta manera: « ¿ Sois pues vos, oh venerable viejo? Vos sois Macario y me lo habeis ocultado. Hace mucho tiempo que he oído hablar de vos y que descaba veros. Os debo acciones de gracias por haber humillado á mis hijos. Vos les habeis quitado con vuestro ejemplo todo motivo de hincharse de vanidad y de tener sentimientos demasiado adelantados de sí mismos á causa de sus austeridades. Os suplico que volvais á vuestra soledad, y rogueis por nosotros.

Antes de que se retirase, San Pacomio le suplicó que le dijese si debía reprender á los religiosos que no estaban bien regulados; y él le respondió: « Castigad segun las leyes de la justicia á los que están sometidos á vuestra disciplina. En cuanto á los demás, no les juzgueis ni les condenéis; porque está escrito: *¿ No juzgais á los que son de los vuestros? Pero á los que no lo son, Dios es quien les juzga.* (I. Cor. 5, 13) ¹.

Este hombre insaciable de penitencias se propuso un día combatir el sueño, para probar si podría superarlo. Contá-

¹ No se sabe qué edad podía tener San Macario cuando fué á Tabennes. Tillemont dice que solo tenía cuarenta y cinco años ó poco más ó menos. Sin embargo San Pacomio, negándose á recibirle, alegó por razón que era demasiado entrado en edad; y cuando Dios se lo hubo dado á conocer, le llamó *venerable viejo*.

balo despues á Paladio, y le decia : « Yo pasé por este motivo veinte dias y otras tantas noches al descubierto ; siendo quemado durante el dia por el calor, y transido de frio durante la noche. Pero al final de este tiempo me ví obligado á echarme prontamente en una celda en la que me dormí, sin lo cual hubiera caido desfallecido. »

El enemigo de la salvacion le dió en otra ocasion por medio de tentaciones contra la pureza con que le asedió, ocasion de practicar una terrible mortificacion. Él se fué á la laguna de Sceté á exponerse desnudo á los mosquitos cuyos agujones en aquel punto son tan penetrantes que la misma piel de los jabalies no está hecha á prueba de sus picaduras. Practicó esta penitencia durante seis meses, y aquellos insectos cubrieron su cuerpo de tantas pústulas y ampollas, que cuando volvió á su celda no se le pudo reconocer sino por el sonido de la voz, y muchos creyeron que tenía la lepra.

Otro acto de mortificacion, mucho menor que este, y que cuenta Paladio, nos dá á conocer al mismo tiempo cuán fieles eran en sacrificar á Dios las satisfacciones de los sentidos los religiosos que tenia bajo su disciplina. Es este un ejemplo de los más edificantes y que merece ser referido, aun cuando sea comun al Padre y á los discípulos.

San Macario tuvo en cierta ocasion deseos de comer uvas. Diólo á conocer y al instante le llevaron un racimo completamente fresco ; pero cuando lo vió, quiso privarse de él y, juntando la caridad á la abstinencia, hizolo llevar á un hermano que creia tener más necesidad que él, porque no gozaba de una gran salud. Este mostró al principio alegría con este presente, que le era enviado por un hombre tan santo ; pero aun cuando hubiera deseado mucho comerlo, hizo de él el sacrificio á Dios, á quien dió acciones de gracias y lo llevó á otro el cual, igualmente mortificado y caritativo, no lo tocó, y llevólo de esta manera tambien

á otro que hizo lo mismo. Finalmente este racimo de uvas fué asi llevado de mano en mano por todas las celdas del desierto, que eran en gran número y bastante apartadas unas de otras, hasta que el último al que fué ofrecida, lo envió á San Macario como un presente que le seria agradable, ignorando que lo habia recibido antes que todos los demás.

El Santo reconoció pronto el racimo ; pero quiso asegurarse mejor ; y cuando supo que habia pasado por todas las celdas sin que ningun hermano lo hubiese tocado, experimentó una gran alegría y dió gracias á Dios al ver tanta mortificacion y caridad en aquellos santos solitarios. Él no quiso tampoco comerlo, y esto le sirvió de motivo para practicar los ejercicios de la vida espiritual con nuevo ardor.

Cuanto más este grande hombre se levantaba sobre los sentidos por la práctica de la penitencia, más gustaba tambien de la dicha de estar con Dios sin reserva, y esto le hacia tan penoso el comercio de las criaturas y tan querida la soledad, que habria querido encontrar un desierto inaccesible al resto de los hombres para vivir allí solo con solo Dios. Con este objeto se adelantó hasta los lugares más apartados que pudo hallar en las tierras inhabitables, y llegó por último á un lugar sumamente en el desierto, en el que encontró ruinas de un antiguo edificio y un terreno diferente de los demás por su situacion y fecundidad. Paladio, que cuenta esto, asegura haberlo aprendido de su boca, y fundados en este testimonio, lo insertamos aquí, aun cuando lo que él dice parezca sorprendente.

Había en Egipto una tradicion segun la cual dos hermanos Jannés y Mambré, célebres por su magia en los tiempos de Faraón y de Moisés, habian hecho edificar en el fondo del desierto un soberbio edificio para servirles de sepultura, en el que habian hecho enterrar una gran canti-

dad de oro, y que este edificio estaba encerrado en un parque lleno de toda clase de árboles cargados de excelentes frutos, imaginándose que despues de su muerte gozarian en aquel lugar de recreo de una vida de delicias; y que finalmente aquel jardin estaba guardado por los demonios á los cuales parecía que aquellos encantadores habian pegado su arte mágica.

Ya sea que esta tradicion fuese ó no fundada, ya sea que no fué mas que un artificio de los espíritus malignos que con este rumor querian impedir que los solitarios no se extendiesen más por aquella parte, así como ocupaban los otros desiertos, habiendo San Macario oido hablar de esto como los demás, quiso asegurarse de ello; á más de que yendo allí, esperaba encontrar algun lugar solitario, que mejor que otro ninguno favoreciese su aficion á la soledad.

Como ignoraba el camino que conducia allá, y como ni siquiera habia ruta señalada, atravesó el desierto guiándose por el curso de los astros como lo hacen los pilotos en el mar, y plantando cañas en cada milla que andaba, para guiarse más seguramente á la vuelta.

Despues de nueve dias de marcha, encontróse á una milla solamente de aquel monumento; y como era ya á la entrada de la noche, y estaba sumamente fatigado, acostóse en tierra y se quedó dormido. Pero el demonio que siempre vela, recogió todas las cañas que habia plantado para indicar su camino, y las puso todas juntas atadas junto á él mientras dormía como para insultarle, permitiéndolo Dios así á fin de que no colocase él la esperanza de su vuelta más que en su divina proteccion.

A medida que se acercó al parque, unos espíritus malignos le embistieron bajo diferentes figuras, lanzando gritos y moviendo zaragata. Ellos le reprochaban de que vienesse á atacarles hasta en su misma guarida, despues que

sus monges habían ocupado los otros desiertos por los que ellos andaban antes en completa libertad; y le dijeron finalmente que, puesto que él hacia profesion de ser solitario, se contentase con su soledad, sin invadir la suya.

Yo no quiero, respondió el intrépido siervo de Dios, sino ver este lugar; despues de lo cual me retiraré. Entró en él efectivamente, á pesar de sus amenazas, inutilizándolas Dios que le protegía; y entre otras cosas encontró un cántaro de cobre, medio comido por el tiempo, suspendido á un pozo con una cadena de hierro, granadas vaciadas y desecadas por el sol, y algunos vasos de oro que habian sido consagrados á los demonios.

Salió de este lugar con la misma seguridad con que habia entrado; pero no habiéndole bastado para su vuelta el pan que habia traído consigo, se encontró en gran necesidad y fué tentado de impaciencia. Mientras pasaba esta pena, vió delante de sí á la distancia de un estadio, ó ciento veinte y cinco pasos, á una persona vestida con una toca de lino, llevando un vaso del que se caia el agua, y que con esto parecía invitarle á que se acercase á ella para refrigerar su sed; pero estuvo andando tres dias con la esperanza de alcanzarla, sin que lo pudiese lograr; porque siempre la veia delante de sí á la misma distancia. Por último, despues de aquellos tres dias, encontró algunas vacas, una de las cuales, que tenía un pequeñuelo y de cuyas ubres goteaba leche, se pasó frente á frente de él y le dejó que se saciase con su leche. « Yo satisfice á mi necesidad, decía el á Paladio, contándole esto, y para aumentar Dios sus favores y dar á conocer mejor á un hombre flaco y miserable como soy yo la confianza que debo tener en su auxilio, mandó á aquella bestia que me siguiese hasta muy cerca, á lo cual obedeció ella y me alimentó siempre con su leche, sin permitir á su pequeñuelo que la mamase. »

El Santo contó pues á los hermanos lo que habia visto,

y cuáles eran las comodidades de aquel lugar, lo cual produjo deseos en muchos jóvenes solitarios de ir allá con él; pero los otros Padres se lo disuadieron; porque, decían ellos: si la opinión comun de que este lugar ha sido hecho por llos magos Sannés y Mambré es verdadera, hay que reconocer en ello, la obra del demonio que quiere servirse de ella para engañarnos y perdernos; y si es tan fértil y delicioso como se asegura, ¿ qué debemos esperar en los siglos venideros si ya acá abajo gozamos de tantas comodidades y placeres? Estas razones reprimieron el ardor de aquellos solitarios que renunciaron á este designio ¹.

¹ Baillet suprimió esta historia al contar la vida de San Macario; pero no hemos creído deberla omitir, despues que Tillemont la ha contado á la larga bajo la fé de Paladio, y que Arnaud d'Andilly, que en su *Recoleccion de las Vidas de los Padres* se jactó de no omitir cosa alguna dudosa, la insertó, haciendo notar que lo que Paladio de ella dice *no puede ser más cierto*, puesto que vivió largo tiempo con San Macario.

Para justificar esta historia, basta que hubiera podido haber en aquel retirado desierto un monumento considerable, y edificado desde tiempo inmemorial por algun personage distinguido ya por su rango ya por su opulencia, ó bien para servirle de lugar de recreo ó bien para ser en él sepultado; porque se sabe que los sepulcros en aquellos países, eran frecuentemente moradas muy vastas; y esto puede verse todavía en las pirámides de Egipto que sirvieron para sepultura de los reyes. Ahora bien, como sucede frecuentemente que las relaciones se alteran al pasar de boca en boca, pudo suceder que se hubiese creído en Egipto que el edificio que San Macario fué á ver, era tan antiguo como Moisés y Faraon, que pertenecía á dos célebres magos de aque tiempo y que habian escondido en él sus tesoros con la esperanza de gozar de ellos despues de su muerte.

Pero esta tradicion puede ser falsa, supuesto que ella lo sea, sin que la historia de Paladio deje de ser muy verdadera. Ha podido ser verdad que hubiese habido en aquel desierto un rico edificio y un lugar de placer cuyas ruinas quedasen todavía en tiempo de San Macario, y entre estas ruinas vasos de oro, lo mismo que junto á la cueva de San Pablo primer ermitaño se conservaban, en tiempos de San Jerónimo, vestigios de casitas, en donde se encontraban utensilios que habian servido para fabricar moneda falsa, bajo el reinado de Cleopatra. Así que

Por ahí se ve cuán poco temía Macario el poder de los demonios, estando armado con la espada de una fe viva y con el escudo de la confianza en Dios. Así que había recibido de su divina bondad una gracia particularísima para echar de los cuerpos de los poseos á aquellos espíritus inmundos, y pronto veremos pruebas de ello hablando de sus milagros.

Pero aquellos espíritus de tinieblas tomaron ocasion del poder que Dios le había dado sobre ellos para inquietarle con muchos pensamientos de vanidad, que le dieron mucho motivo de ejercicio. Sugiriéronle una vez en el espíritu que haría bien en abandonar su celda é irse á Roma, bajo el especioso pretexto de ejercitar allí la caridad con los enfermos. Cuanto más se esforzaba él dentro de sí en apartar este pensamiento, más se le presentaba á su imaginacion. Un día en que se hallaba más atormentado por ella, se acostó en tierra sobre el umbral de la puerta y, extendiendo sus brazos hácia fuera, dijo con valentía á los malos espíritus que le tentaban: « Arrancadme de aquí, si podeis, y arrastradme; entonces iré á donde querais persuadirme que vaya. Pero si no podeis hacer esto, yo no me iré por mi propia voluntad, y aquí estaré hasta la noche sin escuchar vuestras sugestiones. »

No se movió de su puesto y los espíritus malignos nada

Paladio no dice que San Macario encontrase cosa alguna que estuviese todavía en buen estado en aquel monumento. Lo más considerable que hace observar es un cántaro de cobre del todo gastado por el tiempo, un pozo, una cadena de hierro, algunos vasos de oro, y vestigios de un parque, con algunas granadas secas. ¿ Hay en todo esto algo que parezca increíble? ®

En cuanto á los demonios que infestaban aquel monumento y que quisieron impedir á San Macario que se acercase á él, nadie ignora que aquellos espíritus de tinieblas atormentaban frecuentemente á los solitarios de aquellos desiertos que los habian cambiado casi en ciudad á causa de su número, y el templo por sus largas oraciones, permitiendo Dios estas persecuciones para probar la virtud de sus siervos.

pudieron sobre él; pero cuando llegó la noche, empezaron de nuevo á tentarle con mayor violencia. Entonces se levantó, tomó una cesta que contenía dos medidas para granos, lo llenó de arena, cargóselo sobre las espaldas, y se puso á andar de acá para allá por el desierto. En este estado fué encontrado por el monge Teosebo, por sobrenombre Comestor, el cual, sorprendido de verle, le dijo: « ! Y qué, Padre mio ! ¿ á dónde vais con esta carga ? Creedme, descargaos y echadla sobre mi y no os atormentéis más. » — « Yo atormento, le respondió Macario, al que me ; atormenta ; y el cual viéndome tan flojo y perezoso, se cuida de sugerir á mi espíritu que emprenda largos viajes. »

Este hombre de penitencia era tambien un grande hombre de oracion puesto que la una conduce á la otra. Pero el orden que guardaba en sus ejercicios era muy á propósito para obtenerle de Dios el don precioso de ella. Distribuía el dia en tres tiempos, uno de los cuales era empleado en diferentes horas á la oracion y contemplacion, y no hacia menos de cien oraciones al dia. Pasaba la otra parte del tiempo en el trabajo de las manos, y el tercero en ejercitar la caridad para con los hermanos, dándoles los consejos é instrucciones de que tenían necesidad.

Dividiendo el tiempo entre estos diferentes ejercicios, puede decirse que no perdía á Dios de vista, ya sea que orase, ya que trabajase, conservando con una gran paz la pureza de su alma, por la pureza de intencion que santificaba sus obras, y teniendo siempre el corazon levantado hácia Dios, en cualquier cosa que hiciese. Había otros solitarios que hacian mayor número de oraciones que él. Unos hacian trescientas, otros hasta setecientas. En cuanto á él, seguía la aficion que Dios le había dado, mezclando la vida activa con la contemplativa, y no tenía envidia que otros hiciesen más oraciones que él. Hasta puede decirse

con un sabio historiador, que el fervor de las suyas recompensaba bien esta diferencia.

Puede juzgarse aun mejor de su amor á la oracion por el propósito que una vez tuvo de emplear en ella algunos dias consecutivos, sin admitir, en cuanto le fuese posible, en su espíritu, ningun otro pensamiento. He ahí cómo se lo contaba él mismo á Paladio : « Después de haber cumplido exactamente todas las prácticas de la vida solitaria y religiosa que yo había querido emprender, vinome otro deseo puramente espiritual, que fué de poner solamente durante cinco dias á mi espíritu de tal modo que nada le pudiese separar de Dios, y que no tuviese otro pensamiento que él. Cerré al instante mi celda y la clausura que estaba delante, á fin de no verme obligado á responder á quien quiera que fuese, y conservándome bien, empecé sobre las ocho de la mañana á decir á mi alma : ten cuidado en no bajar del cielo. Tú tienes á los ángeles, arcángeles, querubines, serafines y todas las potestades celestiales ; tienes á tu Dios autor de todas las cosas. No te separes pues de ellos ; no bajes por debajo de los cielos, y no te dejes llevar por pensamientos bajos y terrenos. Habiendo pasado de este modo dos dias y dos noches, el demonio concibió contra esto una rabia tal, que vino como una llama de fuego y quemó todo lo que había en mi celda y hasta la estera de juncos sobre la que estaba en pié, de tal manera que yo mismo creía arder. Lo cual habiéndome infundido miedo, al tercer dia desistí de la resolucion que había tomado, no pudiendo sostener más mi pensamiento en esta perfecta union, y bajé á la consideracion de las cosas del mundo, permitiéndolo Dios quizás así, á fin de que no me hinchase de vanidad. »

En estas sublimes oraciones recibía el Santo extraordinarias luces, ya para distinguir las verdaderas revelaciones de las ilusiones del demonio, ya para penetrar, en el secreto

de las conciencias de los hermanos, y de los que á él se dirigian. El diablo fué una vez á llamar á la puerta de su celda y le dijo : « Levantaos, abad Macario, y vayamos con los hermanos á hacer la oracion de la noche. » Pero, dice Rufino que cuenta esto : « el Santo, que estaba lleno de Dios, conoció al instante el artificio del demonio y le respondió : « ¡ Oh espíritu de mentira y enemigo de toda verdad ! ¿ qué hay de comun entre tí y esta asamblea de santos ? » — « ¿ Ignoras tú, pues, oh Macario, le respondió el demonio, que jamás se reúnen los solitarios para la oracion, sin que nosotros nos encontremos allí ? Ven solamente á ella, y verás nuestros trabajos. » — « Espíritu impuro, replicó el Santo, ¡ quiera Dios reprimir tu malicia y domar tu poder ! »

Púsose en seguida en oracion y rogó al señor que le diese á conocer si esto de que se jactaba el demonio era verdadero. Despues se fué á la asamblea en que los hermanos celebraban el oficio durante la noche, y renovó á Dios la misma súplica. Entonces vió como á unos pequeños niños etíopes sumamente feos, esparcidos en toda la iglesia, que corrian por todas partes, y con tanta presteza que se hubiese dicho que tenían alas.

Era costumbre de los solitarios el que en la oracion, estando sentados todos los hermanos, había uno que rezase un salmo y los otros le escuchasen ó respondiesen á cada versículo. Aquellos pequeños etíopes corriendo de acá para allá, hacian diversas burlas á los que estaban sentados. A unos les cerraban los párpados, y se dormian al instante ; hacian bostezar á otros poniéndoles el dedo en la boca. Despues, cuando se hubo acabado el salmo, postrándose los hermanos en tierra segun costumbre, para hacer oracion, corría al rededor de ellos, apareciéndose á uno bajo la figura de una muger, á otro como edificando alguna casa ó como llevando alguna cosa, y finalmente á otros de otras

maneras ; lo cual hacía que aquellos solitarios rumiasen en su espíritu todo lo que los demonios les representaban burlándose de ellos.

« Pero los malignos espíritus no lograban lo mismo de todos ; porque queriendo acercarse á algunos, eran tan vivamente rechazados que caian por tierra, y despues de esto no podian permanecer en pié ni volver junto á ellos ; mientras que andaban sobre la cabeza y las espaldas de algunos otros hermanos cuya devocion era débil, y se burlaban de ellos, porque no estaban atentos á su oracion.

« Viendo esto San Macario, lanzó un profundo suspiro, y dijo á Dios derramando muchas lágrimas : « Considerad, Señor, cómo el demonio nos tiende lazos. Dejadle oír vuestra poderosa voz y los efectos de vuestra cólera. Levantaos, á fin de que sean disipados vuestros enemigos y huyan en vuestra presencia, puesto que veis cómo llenan de ilusiones nuestras almas. »

Sin embargo, al terminar la oracion, quiso el Santo profundizar más la verdad y llamó en particular, á los unos despues de los otros, á aquellos hermanos á quienes había notado que se habían aparecido los demonios bajo diversas formas, y los preguntó si durante la oracion habían pensado en edificios, viajes ú otras cosas semejantes. Dijéronle que sí, y conoció entonces que los vanos pensamientos que nos vienen al espíritu durante la oracion, son, la mayor parte del tiempo, causados por la ilusion de los demonios, que al contrario son rechazados por los que velan con cuidado sobre sí mismos ; « porque, añade Rufino, un alma que está unida á Dios y que en el tiempo de la oracion tiene hácia él una atencion particular, no puede sufrir que nada extraño ó inútil entre en ella para desviarla de la misma. »

El mismo historiador refiere en seguida otra cosa que no es menos maravillosa, la cual consiste en que, cuando los

solitarios se acercaban á la sagrada comunión¹ y alargaban la mano para recibirla, en algunos los demonios, bajo la figura de pequeños etíopes, prevenían al sacerdote, y les ponían en la mano carbones, en vez del cuerpo de Jesucristo que el sacerdote, al acercarse, parecía á los ojos de los asistentes que les daba, pero que volvía con él al altar. Por el contrario, otros había que, sostenidos por sus buenas obras y santas disposiciones, echaban lejos á los etíopes, que huían sobrecogidos de terror porque un ángel que asistía al sacerdote en el altar, ponía la mano sobre la suya y les administraba con él este divino sacramento. Veremos un ejemplomás particular de esto, hablando de un excelente solitario de Nitria llamado Marcos.

Rufino dice, que desde aquel tiempo Dios concedió á San Macario la gracia de conocer las distracciones que tenían los hermanos por ilusión del demonio en tiempo del rezo de los salmos y de la oración, así como también sus buenas ó malas disposiciones cuando administraba la sagrada Eucaristía.

Si san Macario fué grande por la eminencia de sus oraciones y de sus luces sobrenaturales, no lo fué menos por el don de los milagros, y en esto no cedió al célebre Macario de Egipto, á quien los historiadores nos representan como el taumaturgo de su tiempo. Dijimos cuál era el poder que Dios le había dado contra los demonios. Libró á un tan gran número de energúmenos por su palabra acompañada de una fé viva, que el historiador de su vida dice que sería muy difícil contarlos.

Rufino dice que un hombre ciego rogó que se le condujese á la celda del Santo. Es verosímil que era la que tenía en Sceté; porque esta estaba á tres jornadas antes del desierto. Pero como se le hubiese conducido allá con mucha pena y

¹ La antigua costumbre era que los hombres recibían la sagrada Eucaristía en la mano, y la tomaban en seguida; y las mugeres la recibían en un lienzo que por esto se llamaba *Dominicum*.

fatigas, el santo no estaba en ella. El pesar de verse frustrado por su ausencia en la esperanza de ser curado, hacía inconsolable á aquel hombre. Él lloraba amargamente su desdicha: pero levantándose de su desconsuelo por un espíritu de fé, rogó á los que le habían llevado allá que le pusiesen en el sitio de la pared en el que el Santo había acostumbrado á acostarse; y cuando le hubieron colocado allí, tomó un poco de tierra de la que estaba llena la pared, hizose dar agua en la que mojó esta tierra, con la cual hizo como un mortero que aplicó á sus ojos; después de lo cual habiéndoselos limpiado con la misma agua, recobró enteramente la vista. Su gratitud le llevó, habiendo vuelto á su casa, á volver con su familia para dar gracias al Santo, á donde supo que podría hallarle. Dió también gracias al Señor según debía hacerlo, y publicó todo cuanto había sucedido.

Unos quince años después de la persecución suscitada por el Obispo Arriano, Lucio, Paladio autor de la *Lausiaca* y después Obispo de Helenópolis en Bitinia, habiendo pasado desde el desierto de Nitria al de las Celdas, fué instruido en las maravillas de la vida de Macario por las que hasta entonces habían permanecido con él. Pero durante tres años que vivió bajo su conducta, tuvo medio de instruirse por sí mismo de ella, y hablaba de la misma casi siempre como testigo ocular, ó sobre lo que había oído de la misma boca del santo. Hemos sabido de él la mayor parte de las cosas que del mismo hemos dicho. Hay que seguirle todavía en lo que nos resta por decir.

« Habiendo, dice él, ido un día á ver á este hombre tan espiritual, hallé á la puerta de su celda á un sacerdote de la aldea próxima, el cual tenía el rostro y lo restante de la cabeza de tal manera comido de un cáncer que hasta se le veía todo el craneo al descubierto. Venía para ser curado; pero el Santo ni siquiera quiso hablarle. Yo le rogué que tu-

viere compasion de él, ó que al menos le diera alguna respuesta; pero él me dijo que no merecia ser curado, y que Dios le habia enviado este mal para castigarle. Y si vos deseais, añadió él, que sea curado, haced que se resuelva á abstenerse durante toda su vida de celebrar los santos misterios.

« Yo le pregunté la razon de esto, y me respondió que era porque celebraba en mal estado, por lo cual Dios le castigaba; pero que si por temor de ofenderle, dejaba de caer en los crímenes que habia cometido despreciando su justicia, Dios le curaria.

« Yo me fui á dar esta respuesta á aquel pobre desdichado, y prometíome con juramento de no desempeñar durante su vida funcion alguna del sacerdocio. Entonces el Santo le hizo entrar y le dijo: » ¿ creceis vos que hay un Dios al cual nada puede ocultarse? » — « Si, lo creo, Padre mio, respondió él. » — « Si, pues, vos reconocéis, continuó el Santo, la enormidad de vuestro crimen, y que por un justo castigo os há enviado Dios esta enfermedad, corregios en adelante. » El sacerdote confesó entonces su pecado, prometió no volver á caer más en él y no celebrar más misa; sino que viviria como un lego. Viéndole el Santo en esta buena disposicion, le impuso las manos, y pocos dias despues, fué curado. Volviéronle los cabellos, y volviöse á su casa, despues de haber glorificado á Dios y dado gracias á su siervo. »

Paladio dice tambien que se hallaba presente cuando le llevaron una joven de Tesalónica en Macedonia, la cual estaba paralítica hacia ya muchos años. Moviöse á compasion al verla tendida en tierra delante de su celda. Aplicóle durante veinte dias el aceite bendito y rogó por ella, y al fin de este tiempo encontröse curada y se volvió á pié á su casa. Envio igualmente á un niño atormentado por el espiritu maligno, frotándole con el santo aceite y derraman-

do sobre él agua bendita; y Paladio se hallaba presente á este milagro.

Este escritor nos da tambien un saludable aviso que recibió de él en una importuna tentacion de que fué atacado: « Jui á él, dice, con una gran pena de espiritu, y le dije: « ¿ Qué debo hacer yo, Padre mio, hallándome turbado por enfadosos pensamientos que me dicen sin cesar: Abandona este lugar porque no haces en él ningun progreso en la virtud? Y él me dijo: No respondais á vuestros pensamientos más que esto: Guardo las paredes de mi celda por el amor de Jesucristo. »

La vigilancia y los cuidados de San Macario en favor de los solitarios que estaban bajo su conducta, ya como antiguo padre del desierto, ya en calidad de sacerdotes, fueron aprovechados por un gran número de ellos, pero no por todos. (Vit. P. P. l. c. 31) Paladio fué testigo de la caida de uno de ellos, natural de Palestina y Corintio de espiritu, á causa de su presuncion, puesto que San Pablo atribuye este vicio á los de Corintio. Este solitario se llamaba Valente. Habiendo ido al desierto, practicó durante algunos años grandes austeridades; pero dejándose llevar de pensamientos de una loca estimacion de su virtud, cayó desdichadamente en los lazos del demonio, porque véndole este espiritu seductor dispuesto á seguir sus ilusiones, le hizo creer que era digno de conversar con los espíritus celestiales. Un dia en que trabajaba siendo ya muy tarde y sin luz, perdió la aguja con que cosia sus cestas, y nó pudiendo encontrarla, el espiritu maligno le encendió un hachon con el que la encontró. Créyó que esto era un favor del cielo, y concibió por esta causa una tan alta opinion de sí mismo, que se desdeñó de hacerse participante de los santos misterios, como si no tuviese necesidad de ellos.

Por aquel tiempo llevaron á los hermanos algunos frutos secos a la iglesia, y habiéndolos recibido San Macario,

envió á cada uno un puñado de ellos á su celda. Valente no quedó olvidado en esta distribucion; pero en vez de recibirlos con acciones de gracias, ultrajó y hasta pegó al que le traia los frutos, diciéndole: « Vete á decir á Macario que yo no soy menos que él para recibir su bendicion. »

Habiendo el Santo recibido esta respuesta y comprendiendo cuán caido estaba en la ilusion, fué al día siguiente á encontrarle para exhortarle á salir de ella; pero esto fué inútil. Vióse obligado á retirarse, penetrado de pesar por el estado en que le dejaba; pero el demonio se aprovechó de él con ventaja para confirmarle siempre más en su error. Presentóse á él bajo la forma del Salvador, haciéndose preceder por otros demonios trasformados en angeles de luz, que tenían en sus manos antorchas encendidas, y uno de ellos le dijo: Jesucristo satisfecho de vuestra conducta, y sobre todo de vuestro valor y confianza en él, viene á honraros con su visita. Salid pues de vuestra celda, y cuando le veais, postraos ante él y adoradle; despues de lo cual volveréis á entrar aquí. »

Salió pues de su celda y vió todo aquel espectáculo y aquellas luces fantásticas. Adoró al enemigo de Jesucristo creyendo que era el mismo Jesucristo; y al día siguiente, trasportado de gozo por esta vision, tuvo la temeridad de ir á la iglesia y decir en presencia de los hermanos: « Yo no tengo necesidad de comulgar; porque hoy he visto á Jesucristo. » Viendo esto los padres le hicieron atar, pusieronle los hierros á los pies durante un año, priváronle todo trabajo y austeridad y le redujeron á una vida comun, dando muestras de tenerle en gran desprecio á fin de reprimir su orgullo con la humillacion, y añadieron á estos saludables remedios oraciones que hicieron por su conversion. Paladio no dice qué efectos produjeron. El mismo autor habla de otro solitario llamado Eron, cuya celda estaba vecina á la suya. Era, dice él, un joven muy

bien nacido, de rico natural y de excelentes costumbres. Practicaba grandes austeridades y hasta había estado frecuentemente tres dias sin comer, no viviendo más que de la sagrada Eucaristia, y por otra parte veces solo pasaba con algunas yerbas salvajes que encontraba.

Pero dejóse llevar desgraciadamente por la vanidad, y hasta llegó á perder toda clase de respeto para con sus superiores, diciendo que no era necesario tener otros directores y otros maestros que Jesucristo, y no quiso participar más de los sacramentos. Esto fué causa de que se viesen obligados á encadenarle; pero habiéndose el demonio apoderado de su corazon, no pudo morar más en su celda y se fué á Alejandria, en donde se abandonó á toda suerte de desórdenes. Dios tuvo piedad de su alma y para hacerle volver á buen camino, envióle una espantosa enfermedad de la que no curó hasta despues de seis meses. Esto le hizo entrar dentro de sí mismo. Recobró sus pensamientos primitivos, volvióse al desierto, en donde hizo á los padres la confesion de sus faltas con sentimientos de una sincera penitencia, y murió pocos dias despues.

Hemos interrumpido la historia de San Macario con esta digresion; pero, como dice Paladio, es bueno referir semejantes ejemplos, á fin de que, si nos acontece hacer algunas obras buenas, no nos levantemos y creamos por esto ser virtuosos, puesto que se vé frecuentemente que los actos de virtud son ocasion de caidas, cuando no se hacen con la pureza de intencion que debería tenerse; porque está escrito: *Vi perecer al justo con su justicia.* (Eccle, 7, 16.) Lo cual hace ver cuán grande es la miseria de los hombres.

Verémos en la vida de San Macario el Viejo algunas circunstancias de la vida de este, que le son comunes á él. Finalmente San Macario de Alejandria. (Till. t. 8, p. 627) despues de haber pasado al menos sesenta años en la sole-

dad, terminó con su muerte una vida de santidad y prodigios, y dejó despues de sí, con el recuerdo de sus virtudes, la memoria de uno de los más célebres solitarios que han santificado los desiertos por su amor á Dios y por la práctica de una severa penitencia.

Ha habido muchos solitarios nombre por Macario. Nosotros hemos citado ya á tres de ellos en las vidas de San Antonio, San Pacomio y San Teodoro el Santificado. He aquí algunos rasgos, que tomamos de Paladio de un solitario y sacerdote de este mismo nombre :

« Un joven pastor llamado Macario siendo de edad de diez y ocho años, que se divertia con sus compañeros, mató á un hombre sin querer. Al instante sin, decir nada á nadie, se retiró á un desierto que todo el mundo sabe ó por haberlo visto ó por haber oido hablar de él, que es un lugar seco y estéril (Sozomeno dice que es el desierto de Sceté), (Hist. 1. 6. c. 29.) Y estaba tan llevado del temor de Dios y de los hombres, que permanecio allí tres años al descuberto, expuesto á todas las injurias del aire, sin poner en ellas atencion. Despues de este tiempo edificó una celda, y perseveró en ella veinticinco años, viviendo con tanta piedad, que Dios le colmó de gracias y le hizo temible á los demonios, que algunas veces querian turbar el reposo de su soledad.

« Yo estuve mucho tiempo con él, añade Paladio, y le pregunté un dia cuáles eran sus sentimientos con respecto al asesinato que habia cometido en su juventud. Él me respondió que no se afligia ya por él, sino que más bien daba gracias al Señor porque aquella accion hecha sin su voluntad, le habia sido ocasion de santificarse. Citó á este propósito el ejemplo de Moisés, el cual, habiendo dado muerte á un Egipcio y habiendo huido al desierto por temor de Faraon, fué encontrado digno de ver á Dios, de recibir de él grandes favores y escribir por inspiracion suya los

Libros Santos que nos ha dejado, porque no llegó al monte Sinai hasta despues de la huida de Egipto. »

Yo no digo esto, prosigue Paladio, para autorizar los asesinatos, Dios me libre de esto ; sino solamente para mostrar que algunas veces los hombres, que por sí mismos no se decidian á practicar el bien, se han visto inducidos á él por un efecto de la Providencia, que ha hecho servir á este fin casos extraordinarios, y que parecia que solo habian sucedido por casualidad.

Encuétrase en la *Recoleccion de las sentencias de los Padres*, hecha por Cotelier, un hecho que no conviene ni á San Macario de Egipto que abrazó muy joven la vida solitaria, y el cual por consiguiente parece convenir más bien al del cual acabamos de hablar, segun advierte Tillemont. Dicese pues que siendo solitario, cuando algun hermano iba á encontrarle para recibir de él alguna instruccion, y le daba al presentársele alguna señal de respeto, como si tuviese veneracion á su virtud, le era imposible sacar de él una sola palabra ; pero cuando se le decia familiarmente y dando muestras de poca consideracion hácia su persona : Abad Macario. ¿ Os acordais de cuando conduciais los camellos ? ¿ y vuestros amos nos os pegaban cuando robabais el nitro y os sorprendian en el hurto ? entonces respondia con alegria á todas las preguntas que se le hacian.

Paladio habla tambien de un Macario sacerdote y director de un hospital en Alejandria, del cual cuenta una historia igualmente agradable que instructiva, la cual citaremos aqui como muy útil, aun cuando este Macario no haya sido solitario.

Habia en Alejandria una virgen que no merecia llevar este nombre, puesto que, bajo un hábito humilde y modesto escondia un corazon soberbio y tan apegado á los bienes de la tierra, que jamás dió nada, ni siquiera en limosna. Muchos Santos personajes le habian dado amonestaciones

que debieran haberla movido ; pero siempre se habia hecho insensible á ellas.

Por otra parte tenia padres y habia adoptado una sobrina, hija de su hermana, á la cual prometia continuamente que le daría sus bienes ; habiendo, dice Paladio, perdido por su culpa los bienes celestiales. El demonio, dice el mismo autor, la entretenia en esta sórdida avaricia bajo pretexto de tener cuidado de sus padres, y más particularmente de su sobrina. Pero aun cuando se debe asistir á los padres, cuando de ello tienen necesidad, no se deduce de aqui, que se pueda despreciar el alma, como lo hacia ella.

Macario, sacerdote y administrador del hospital de los lisiados, queriendo un dia intentar curarla de su avaricia, advirtió esta invencion. Habia sido en su juventud lapidario, y entendia mucho en pedreria. Fué pues á encontrarle y le dijo que habian caido en sus manos esmeraldas y jacintos, pero muy hermosas y de un precio muy crecido, las cuales sin embargo vendia por quinientos escudos. Y que si él las deseaba, una sola valia esta suma, que podria revenderla por este precio, y que así quedándole las otras sin que le costasen nada, servirian muy bien para adorno de su sobrina.

La virgen avara, trasportada de alegría con tal proposicion se arrojó á los pies del santo hombre, y le rogó encarecidamente que hiciese de modo que nadie más que ella tuviese aquella pedreria, y dióle al instante el dinero que pedia, aun cuando le ofreció antes de recibirle, mostrarle las piedras. Macario tomo los quinientos escudos y los empleó en las necesidades de su hospital, sin apresurarse en dar cuenta de ellos á esta virgen. Trascurrió bastante tiempo sin que le dijese nada de esto, y ella por su parte no se atrevió á hacer por sí misma que la conversacion recayera sobre tal materia por respeto á su mérito, y porque gozaba de gran reputacion en la ciudad.

Finalmente, habiéndole encontrado un dia en la iglesia,

le preguntó qué se habia hecho de las piedras por las cuales habia recibido de su mano quinientos escudos. « Las compré al instante, le respondió él. Tomaos la molestia de venir á mi casa, si os place, y si no estais contenta de ello, las guardaré y os devolveré vuestro dinero. »

Ella le siguió apresuradamente, y cuando hubieron entrado en el hospital, le mostró la habitacion de los hombres y de las mugeres, y le dijo : « ¿Cuál deseais vos de estas piedras preciosas ? ¿ Quereis jacintos ? estos son las mugeres que están allá arriba. ¿ Quereis esmeraldas ? estos son los hombres enfermos que teneis allá abajo. Yo no creo que se puedan encontrar pedrerias de mayor precio. Si no estais contenta de ellas, no teneis más que volver á tomar vuestro dinero. »

Esta tácita correccion que el santo hospitalario hizo á su avaricia, la hizo sonrojar de vergüenza. Ella no se atrevió á pedir su dinero y volvióse penetrada de dolor por haberse hallado en una especie de necesidad de hacer aquella limosna ; pero al ver que su sobrina á la que tanto amaba se habia ya casado y que sus hijos habian muerto, abrió los ojos sobre su apego á los bienes de la tierra. Miró lo que Macario habia hecho como una caridad que habia ejercitado para con su alma y le dió por ello las gracias ; y desde este tiempo fué tan liberal para con los pobres, cuanto habia sido antes avara.

EL ABAD BENJAMIN

Y OTROS SOLITARIOS DE LAS CELDAS ¹.

El abad Benjamin habia morado algun tiempo en el desierto de Sceté. Fué hecho sacerdote y sirvió en la iglesia del desierto de las Celdas con San Macario de Alejandria y el abad Isaac ². Estaba en uso el ir con muchos otros solitarios, en tiempo de la siega, á trabajar en cortar el trigo; y como á su vuelta se les daba una medida de aceite á cada uno, creyó hacer un gran acto de mortificacion agujereando solamente con una aguja el vaso en que lo habia metido y no tomar más que el que pudiese salir por aquel pequeño agujero; pero quedóse muy admirado cuando habiendo llegado la nueva cosecha en que los solitarios acostumbraban llevar á la iglesia el aceite que les habia quedado en el año precedente, vió que ninguno de ellos habia tocado al suyo. Su humildad le hacia contar esto á los demás hermanos y les confesó que la confusion y el pesar que de ello tuvo fué tan grande que se consideró como un hombre culpable de crimen.

Contaba tambien que habiendo pasado con algunos hermanos desde las celdas á Sceté, para visitar allí á un anciano, le llevó un poco de aceite; pero este buen viejo mostróle aun un poco que le quedaba en un vaso que de él habia

¹ Vit. P. P., Sozomeno, Tillemont, Cotelier, Bulteau.

² El titulo de abad se daba frecuentemente por deferencia á los religiosos antiguos.

recibido, hacia ya tres años, y el cual todavia no habia tocado lo cual le hizo admirar su mortificacion. Decia tambien que habiendo ido á ver á otro anciano, en compañía de algunos solitarios, fueron recibidos por ellos por mucha caridad; y obligados á pararse allí para tomar algun alimento, el viejo le presentó entre otras cosas aceite de rábano, con lo cual le dijeron: « Padre mio, dadnos menos aceite pero que sea bueno; » y el viejo, haciendo la señal de la cruz con admiracion les respondió: « Perdonadme, hermanos míos; yo no se que haya aceite de ninguna otra especie. »

El Abad Benjamin tuvo muchos discipulos. Deciales: « Andad por el camino real; id á grandes pasos, de suerte que hagais mucho camino, y no os abandoneis. » Estando próximo á morir viéndoles en torno suyo, les dió por última instruccion aquellas hermosas palabras de San Pablo: *Estad siempre alegres, orad sin intermision, y en todas las cosas dad gracias á Dios.* (I Thess. 5, 16 18.)

El abad Isaac, siendo joven, moró algun tiempo en la montaña de Nitria bajo la conducta de Cróne. En seguida pasó á la montaña de Fermé bajo la del abad Teodoro. Despues contaba que el primero aunque muy entrado en años, no queria que le sirviese, sino que al contrario él mismo le servia, hasta llegar á presentarle bebida. Habiendo pasado en seguida bajo la obediencia del abad Teodoro, halló por su parte la misma dulzura, de tal manera que en vez de tratarle como mamo, aquel buen viejo hacia por sí mismo todo lo que se habia de hacer sin jamás mandarle cosa alguna, hasta tal punto que él preparaba la mesa para la hora de la comida y le decia despues: « Acercáos y comed si lo teneis á bien. » Esto le dió pena, y despues de algun tiempo no pudo menos de quejarsele. « Padre mio, le dijo, yo he venido á vos para hallar mi aprovechamiento espiritual con la práctica de la obediencia, y sin embargo nunca

me mandais cosa alguna. Mas el buen viejo no le respondió.

En esto Isaac se fué á encontrar á algunos ancianos y les declaró su pena. Participaron de su modo de pensar y fueron á encontrar al abad Teodoro representándole que de algun modo era perjudicial á su discípulo, el cual, no habiéndose puesto bajo su direccion, sino para la santificacion de su alma, no le procuraba para ello el medio negándose á ejercitarle en la santa obediencia. Entonces Teodoro les respondió: « Jo no soy un superior de monasterio para arrogarme el derecho de mandar, ni es mi costumbre el prevenir á los demás en lo que deben hacer; pero si Isaac desea adelantar, es necesario que considere cómo obro yo y que obre de la misma manera. » Isaac se aprovechó de esta respuesta y desde entonces paró mientes á todo lo que debia hacer, á fin de que Teodoro no le previniese; porque él guardaba ordinariamente silencio, instruyendo á su discípulo más bien con su ejemplo que con sus discursos.

Despues que Isaac hubo pasado por esta excelente escuela, fuése al desierto de Sceté, vecino del del abad Teodoro, y distinguióse en él por sus virtudes de tal manera que habiéndose juntado los religiosos de aquel desierto, resolvieron hacerle ordenar de sacerdote para el servicio de su iglesia. Esta eleccion le espantó, pues su humildad le ocultaba el conocimiento de su mérito, y temiendo que llegasen á ejecutarlo, huyó secretamente á Egipto en donde estuvo escondido en un prado cuyo heno era muy alto. Allí se creia seguro; pero la Providencia le hizo conocer, por la manera con que fué descubierto, que su voluntad era que accediese á los deseos de sus hermanos. En efecto, habiendo sido enviados algunos de ellos á buscarle y traerle, y habiéndoles sorprendido la noche junto al campo en que estaba escondido, el asno que traian entró en el heno mien-

tras dormían, y al dia siguiente le encontraron junto á él. Su gozo igualó su sorpresa. Detuviéronle y le quisieron atar por miedo de que no se les escapase por segunda vez; pero él les rogó que no lo hiciesen y les dijo que puesto que Dios les habia descubierto el lugar de su retiro contra lo que esperaba, estaba dispuesto á someterse y se volvió con ellos á Sceté.

De esta manera recibió él órden del sacerdocio y lo ejerció en aquel desierto; pero nosotros ignoramos cuánto tiempo permaneció en él. Despues se fué al desierto de las Celdas en donde continuó desempeñando sus funciones, y con su zelo y sus luces sirvió de grande auxilio á los religiosos de aquella soledad. Tenia tanto respeto y devocion por todo lo concerniente al santo sacrificio, que tomaba ceniza del incensario de que se servia en el Altar y la comía con pan. Con lo cuál se puede observar cuán antigua es la costumbre de emplear incienso en el altar.

Por algunos rasgos de su vida que nos quedan, se vé que tenia un deseo vehemente de que los solitarios se conservasen en el espíritu de desapego y pobreza tan conforme con su estado. Para esto ponía sin cesar ante los ojos de sus discípulos, el ejemplo de los antiguos que les habian precedido en la soledad. Vimos en la vida de San Pambon lo que decia haber aprendido de él; á saber, que un religioso debe llevar un hábito tan pobre que al quitárselo pueda exponerlo á los transeuntes sin que tenga que temer que nadie piense en recogerlo. Notó en cierta ocasion que algunos hermanos habian afectado vestirse algun tanto demasiado pulidamente, y les dijo con un celo inflamado en santa indignacion: « Nuestros antecesores, y entre otros el abad Pambon, iban vestidos muy pobrementemente. ¿ y vosotros os atreveis á llevar hábitos costosos? Retiraos de aqui; vuestra relajacion haria desertar este santo lugar. » Un solitario se atrevió tambien á entrar en la Iglesia de las Cel-

das con una pequeña capilla que parecia estar más bien hecha que las de los demás. Al instante el abad Isaac hizóle salir, diciéndole : « En esta iglesia solo entran los monges, y vos sois un seglar ; no podeis en ella ser recibido. »

Algunas veces reprendia á sus discípulos que eran en gran número, con severidad, por el celo que tenia de su aprovechamiento en las virtudes religiosas, y no sufría impunemente que se encenegasen en sus faltas. Un dia en que parecia que no se habian aprovechado bien de sus consejos, cuando se ponian en marcha para ir á la siega del trigo segun su costumbre, les dijo : « No os prescribiré ya nada más en adelante, puesto que os aprovechais tan mal de lo que os he dicho. »

No queria que se permitiese en la iglesia nada que pudiera apartar á los hermanos del recogimiento que se debe tener en la oracion y celebracion de los santos misterios. Por esto les dijo en cierta ocasion : « No traigais aqui á los niños ; porque por causa de ellos las cuatro iglesias ¹ de Sceté se han hecho casi desiertas. »

El abad Abrahan, que moraba con él, en habiendo entrado en su celda, le sorprendió derramando lágrimas, y le preguntó la causa de ellas. « ¡ Ay ! le respondió ; ¿ cómo no he de llorar ? En otro tiempo lo que ganábamos con el trabajo de nuestras manos apenas bastaba para proveernos en los viajes que hacíamos para ir á consultar á los ancianos, y he abí que han muerto y nos han dejado huérfanos ; ¿ á quién pues nos dirigiremos ahora para tomar consejos ? Esto, como lo veis, es lo que al presente me hace derramar lágrimas. »

Exhortaba mucho á los hermanos á que hiciesen caso de

¹ Por ahí se vé que habia iglesias en el desierto de Sceté para la comodidad de sus solitarios, extendiéndose este desierto tan á lo lejos que una sola no habria sido suficiente.

las cosas más pequeñas ; y á este propósito les contaba un dia que un solitario á quien habia conocido, trabajando en la siega, quiso comer algunos granos de trigo ; pero no se atrevió á hacerlo sin pedir para ello permiso al dueño del campo para el cual trabajaba ; de lo cual quedó aquel hombre tan sorprendido, tratándose de tan poca cosa que le respondió : « Todo el campo está á vuestra disposicion, Padre mio, ¿ y vos me pedis permiso para comer una sola espiga de trigo ? »

Aun cuando su zelo por la salvacion de los hermanos fué ardiente, era por lo demás muy puro y exento de animosidad. Así que aseguraba él con razon que jamás habia entrado en su celda teniendo en el corazon algun pesar contra su prójimo ; y que jamás habia tampoco sufrido que ninguno de los hermanos se volviese á la suya estando descontento de él.

Dios le visitó con una larga y penosa enfermedad, y sufrióla con tanta resignacion que habria querido, si de él hubiese dependido, que le hubiesen dejado llevar consigo toda su incomodidad sin darle ningun alivio. El hermano que le servía le presentó lentejas, entre las que habia puesto algunas pasas á propósito para purgar, y se negó á tomarlas. Insistió el hermano, diciéndole que las necesitaba para curar ; pero él le dió esta respuesta digna de su mortificacion y de su amor por los sufrimientos : « Quiera Dios, hermano mio, que yo pueda estar treinta años enfermo, como lo estoy ; deséolo de todo corazon. »

Quando llegó el tiempo de su muerte, los religiosos se juntaron en torno suyo, y penetrados de un vivo dolor porque iban á perderle le decian : « ¿ Qué haremos, Padre nuestro, cuando ya no estareis con nosotros ? » Él les respondió : « Considerad de qué manera he vivido entre vosotros. Si practicais lo que Dios os pide, como yo he procurado hacerlo, él os concederá su gracia y conservará este

lugar; pero si no lo haceis, no podreis vivir aquí mucho tiempo. »

« Otras veces, añadía él, cuando Dios llamaba á si á los padres que nos han precedido, dábamos muestras de dolor como lo haceis ahora vosotros; pero hemos tenido la dicha de perseverar en este desierto practicando fielmente lo que Dios nos prescribía, y siguiendo los consejos que habíamos recibido de nuestros antepasados, completamente como si hubiesen continuado viviendo con nosotros. Haced pues lo mismo, y os sostendreis en este lugar como lo hemos hecho nosotros. » Por el modo como hablaba el abad Isaac á aquellos religiosos, se ve que tenía sobre ellos una gran autoridad, no solamente por sus virtudes que le conciliaban su estima y confianza, sino tambien por su avanzada edad; así que debió de morir muy viejo; pero los historiadores no nos han dicho cuánto tiempo vivió.

El abad Ellade sobresalió en modestia y mortificacion. Permaneció veinte años en el desierto de las Celdas, y durante todo este tiempo, jamás levantó los ojos para mirar el techo de la iglesia. No vivía más que de pan y sal; pero habiendo observado que en el tiempo de Pascua, los otros solitarios no tomaban otro alimento, tuvo la devocion de mortificarse más para honrar la resurreccion del Salvador. Así que se ejercitó en mayores trabajos que de costumbre; y puesto que el tiempo de la refeccion le servía de descanso, porque comía sentado, se propuso comer de pié.

Había tambien en el mismo desierto un abad llamado Apolon, que se distinguía particularmente por su caridad para con el prójimo. Él se prestaba con alegría para todos los servicios que se le pedian y decía en tales ocasiones: Yo trabajaré hoy con Jesucristo por el bien de mi alma. »

Este Apolon tuvo un excelente discípulo llamado Isaac y diferente de aquellos de los que ya hemos hablado. Era este un religioso muy interior y espiritual, que se aplicaba prin-

cialmente, cuando asistia á los santos misterios, á guardar en ellos un profundo recogimiento á fin de sacar de los mismos los frutos que Dios allí comunica á las almas bien dispuestas. Para esto dirigíase en silencio á la iglesia no queriendo hablar á nadie; porque, decía él, *todas las cosas tienen su tiempo*; y tan pronto como se había acabado el sacrificio, en vez de detenerse á tomar el pan y el vaso de vino que se distribuía algunas veces á los solitarios al salir de la iglesia, se apresuraba á volver á su celda; no porque rehusase la bendicion de los hermanos, dice el autor que nos ha conservado este rasgo de su piedad, sino para gustar en una santa recoleccion la paz que el Señor derrama en el alma de aquellos á quienes honra con su visita en la santa comunion.

Habiendo caido enfermo, fueron á verle los solitarios y tomaron ocasion de preguntarle porqué huía así de ellos al salir de la colecta. Él les respondió « Yo no huyo de los hermanos sino de la malicia del demonio; porque de la misma manera que si se expusiera al viento una lámpara encendida, pronto se apagaria, así tambien estando mucho tiempo fuera de nuestra celda, perdemos pronto la luz que hemos recibido en la santa oblacion, y nuestro espíritu cae en las tinieblas. »

La historia de San Marcos, solitario de las Celdas, es un poco embrollada en la *Recoleccion de las Vidas de los Padres de los desiertos*, sobre todo en el latin de Paladio; pero los *Menées* de los griegos, traídos por Bolando, ayudan mucho para el esclarecimiento. Tambien nos serviremos de las notas críticas de Tillemont (Till. t. 8, n. 3.), que se pueden consultar á este propósito.

Este gran religioso alimentó su corazon desde su juventud con la lectura de los libros santos que aprendió de memoria, y bebió en ellos estas brillantes luces y estos sentimientos de un santo ardor, que le sirvieron maravillosa-

mente para conducirle á una alta perfeccion. A la edad de cuarenta años, renunció enteramente á las vanas solicitudes de la tierra, y se hizo solitario. Fijó su morada en el desierto de las Celdas, en el que hizo tan grandes progresos que recibió de Dios el don de los milagros; lo cual hizo que los griegos le dieran el titulo de taumaturgo. Dicese de él en los *Menées* y el *Paraiso* de Heráclides, que una hiena fué cierto día á golpear la puerta de su celda, que no estaba más que ajustada, y puso á sus pies á su pequeñito que había traído y que era ciego. El Santo lo tomó, frotóle los ojos con su saliva, hizo su oracion á Dios, y al instante aquel animalillo vió claro. La madre lo volvió á tomar, dióle de mamar y se lo llevó.

Al día siguiente volvió á él con una piel de oveja que le presentó en reconocimiento del servicio que le había hecho; y Marcos dió despues esta pel á San Atanasio, el cual la regaló á Melania la Vieja. La *Lausiaca* de Paladio atribuye la curacion de este animal á San Macario de Alejandría; pero hay error en el texto latino.

Este excelente solitario se hizo tan agradable á Dios por la pureza de su vida, que San Macario de Alejandría, que era sacerdote y desempeñaba las funciones de su cargo en la iglesia de las Celdas, decía que cuando le presentaba él la sagrada comunión, un angel se la quitaba de las manos para dársela, y que veía una mano celestial hasta la muñeca que se la metía en la boca.

Habiéndose Paladio retirado al mismo desierto, cuenta que encontrándose sin ocupacion en su celda, quiso irle á ver á la suya, y que antes que entrase en ella se sentó á la puerta para observar lo que hacía. Estaba él, dice, en su celda, siendo de edad de más de cien años, no teniendo un solo diente, y oí que combatía ya contra sí mismo ya contra el demonio, y que hablándose á sí mismo, decía: «¿Qué más quieres, miserable viejo? ¿No te basta haber bebido

vino y haber comido aceite? ¿Qué más necesitas tú que con tus blancos cabellos te dejas llevar de la gula? ¿Qué pides todavía, desdichado esclavo de tu vientre, tú que deberías cubrirte de vergüenza?»

En seguida dirigiéndose al demonio, decía: «Retírate de mí, Satanás, tú que desde mi juventud hasta el presente no has cesado un instante de hacerme la guerra, hasta obligarme, debilitando mi cuerpo, á comer aceite y beber vino, y que con esto me has convertido en un sensual y voluptuoso. ¿Qué más quieres exigir de mí, y qué cosa me queda de la que quieras aprovecharte? Enemigo de los hombres, retírate al menos ahora, y no vengas más á turbar mi reposo.» Despues de esto, apostrofándose aun, decía: «Hete aquí, pues, gran parlanchin, hete aquí, goloso, tú que en tu vejez, y cubierto de blancos cabellos, no puedes saciarte. ¿Tendré pues yo todavía que vivir mucho tiempo conmigo?»

De esta manera este hombre Santo, soberanamente mortificado, se reprochaba por un poco de vino y de aceite de que usaba por necesidad en una edad decrepita; así que Pozomeno y Paladio aseguran que sobresalía en dulzura y sobriedad. Murió á la edad de más de cien años. Los *Menées* no le dan más que ciento. Dicese allí que escribió libros muy útiles; pero nosotros ya no los tenemos. Los que se encuentran con su nombre en la *Biblioteca de los Padres* son de un autor más reciente.

Hubo otros solitarios del mismo nombre á quien no hay que confundir con este. Las *Vidas de los Padres* hablan de un Márcos, amigo de San Arsenio, y el cual le consultaba algunas veces. Él debia de ser más jóven que este del cual acabamos de hablar, puesto que no habiéndose retirado San Arsenio al desierto hasta 390, ó á lo más tarde en 394, y hallándose entonces Paladio en el desierto de las Celdas, San Márcos tenía cien años, como hemos dicho.

Ahora bien ¿ qué verosimilitud hay en que un solitario á la edad de cien años hiciese el viaje desde las Celdas á Sceté para consultar á San Arsenio, que acababa de abandonar la corte del emperador ?

Encuétrase en la *Recoleccion de las Sentencias de los Padres de los Desiertos*, hecha por Cotelier, un rasgo de la vida de un abad Marcos de Egipto, que moró durante treinta años encerrado en su celda sin salir de ella. Un buen sacerdote iba á ella regularmente á celebrar el santo sacrificio, y queriendo el demonio privarle de este consuelo, indujo á un poseso á que fuese á verle so pretexto de obtener su curacion con sus oraciones. En seguida hablando por su boca, le dijo que el sacerdote que recibía en su casa estaba en muy mala reputacion, y que no debía tolerarle. Marcos le respondió : « Hijo mio, los otros arrojan el pecado de su corazon ¿ y vos venis á traerlo aquí ? Está escrito : *No juzguéis y no sereis juzgados* (Matth. 7, 1.). Añadió que, aun cuando aquel sacerdote fué culpable, como se atrevía á decir, esperaba que Dios le haría la gracia de convertirse; puesto que Santiago dijo : *Rogad los unos por los otros, á fin de que obtengais la salvacion de vuestra alma.* (Jac. 5, 16.) Lo cual habiendo dicho, sin detenerse más en la malicia del demonio que le hablaba por la boca de aquel hombre, hizo su oracion y le obligó á salir de su cuerpo ; despues de lo cual le envió curado.

Habiendo ido despues el sacerdote segun su costumbre, Marcos le recibió con mucha alegria, y Dios, que era testigo de su simplicidad sábia y prudente, no queriendo que quedase en su espíritu idea alguna de desconfianza contra este sacerdote, le hizo ver un ángel que le ponía la mano sobre la cabeza en el momento en que subió al altar para celebrar, y le hizo representársele como una columna de fuego, lo cual le causó una gran admiracion. Al mismo tiempo oyó una voz que le dijo : « Oh hombre ¿ de qué os admi-

rais ? Si un rey de la tierra no permite que los grandes de su corte se presenten ante él, vestidos sino con hábitos magníficos ¿ con cuánta mayor razon el poder de Dios purificará á los ministros de los sagrados misterios, cuando se presentan delante de su gloria celestial ? » Dios hizo pues esta gracia á Marcos de Egipto, dice el autor que esto trae, porque no había juzgado mal de aquel sacerdote.

Juan, solitario de las Celdas, era amigo particular del abad Motoés, célebre entre los monges. Nada más sabemos de él ; pero tenemos del mismo la historia edificante de la conversion de una comediante que merece ser narrada. Vivía ella en una ciudad de Egipto, que no se nombra, en donde atraía á su casa por el esplendor de su belleza y riquezas á los más calificados de la ciudad. Sucedió pues que, queriendo entrar en la iglesia, el diácono se lo impidió, diciéndole que su escandalosa conducta la hacia indigna de ello. Ella persistió en querer entrar, y al ruido que hizo, acudió el obispo y le dijo, como se lo había dicho el diácono, que no era digna de entrar en la casa de Dios, y que con razon la echaban de ella.

Esta santa severidad del obispo la hizo entrar dentro de sí misma y prometió cambiar de vida ; pero no queriendo el prelado fiarse de su palabra le ordenó para asegurarse, que llevase todas sus riquezas á la iglesia. Fué obedecido al instante. Ella fué á buscar todo cuanto tenía y púsolo en un monton á la puerta de la iglesia, en donde el obispo lo hizo consumir por el fuego. Despues de esta brillante prueba de su conversion, fué abierta la iglesia. Entró en ella toda bañada en lágrimas, y dijo : « ¡ Ay ! Si aquí se me trata con tanto rigor ¿ qué no debo yo temer en la otra vida de la justa severidad del juicio de Dios ? » Así que emprendió muy de veras el hacer penitencia, y con esto llegó á ser un vaso de eleccion.

Doroteo, Tebano de nacion, se hizo particularmente re-

comendable en el desierto de las Celdas por la austeridad de su vida. Hacía sesenta años que moraba en una cueva cuando Paladio fué á aquel desierto. Dice de él que su manera de vivir era extremadamente áspera y difícil de soportar; que durante el día, y hasta con el mayor calor del medio día, recogía piedras en el desierto, con las que edificaba celdas para los que no las tenían, y que todos los años hacía una de ellas. Como el mismo autor quiso representarle un día que no debía en su edad matar de aquella manera su cuerpo con un trabajo tan fatigoso y con insupportables calores, le respondió: « Yo quiero matarlo puesto que él me mata. »

No comía al día más que seis onzas de pan con un pequeño puñado de yerbas, y no bebía sino un poco de agua. Paladio, que estuvo algun tiempo con él, añade que jamás le había visto extender los piés ni echarse sobre la cama para dormir; sino que pasaba la noche sentado, haciendo cuerdas con la corteza de palmera para ganarse la vida. Sus demás discípulos, á quienes este escritor preguntó si había hecho siempre lo mismo, le confesaron que desde su más temprana juventud, había vivido de esta manera, dormitando solamente algunas veces mientras trabajaba ó comía, de suerte que cuando quería comer, se le veía frecuentemente caer el pan de la boca. ¡ Tan oprimido estaba por el sueño ! Quiso él una vez obligarle á acostarse por un poco de tiempo sobre una estera de juncos; pero él le dijo: « Cuando vos persuadais á los ángeles que duerman, podreis tambien persuadirlo á los que quieren adelantarse en la virtud. »

El mismo autor cuenta de él un hecho que prueba cuán viva era su fé. « Acercándose el tiempo de comer, dice él, me envió á la hora de nona para sacar agua; pero habiendo ido al pozo, vi dentro un áspid, que me espantó tanto que volví á él corriendo, y le dije: « ¡ Ah, Padre mio! Esta-

mos perdidos; he visto un áspid en vuestro pozo. » Entonces, sin conmoverse por este accidente sino, al contrario meneando la cabeza y sonriéndose dulcemente, me respondió: « ¿ Y qué? ¿ si el demonio se atreviese á echar serpientes y áspides en todos los pozos ú otros animales venenosos en todas las fuentes, no beberíais pues nunca? » Al mismo tiempo se levantó y fuése derecho al pozo, donde despues de haber sacado agua, hizo la señal de la cruz, diciendo: « Toda la malicia del demonio quede sin fuerza en presencia de la señal de la cruz; » y bebió al instante de aquella agua, ayuno como estaba. »

EL ABAD TEODORO DE LAS CELDAS

Casiano hace el elogio del abad Teodoro en sus *Instituciones monásticas*. Representale como un hombre de gran santidad y estremadamente hábil, no solo en todo lo que atañe á la ciencia de la práctica de las virtudes, sino tambien á la inteligencia de la Escritura.

Queremos traer aquí la conferencia que Casiano le atribuye y recordar el acontecimiento que á ella dió lugar.

« En el lugar de Palestina que está próximo á la aldea de Tecué, dice este autor, hay una vasta soledad que se extiende hasta la Arabia; y en este desierto fué donde moraron largo tiempo excelentes anacoretas, los cuales, despues de una vida muy santa, fueron cruelmente muertos por unos Sarracenos... Nosotros quedamos vivamente apesadumbrados por el escándalo que nosotros mismos y algunos de nuestros hermanos sentimos por su muerte; y nos ad-

comendable en el desierto de las Celdas por la austeridad de su vida. Hacía sesenta años que moraba en una cueva cuando Paladio fué á aquel desierto. Dice de él que su manera de vivir era extremadamente áspera y difícil de soportar; que durante el día, y hasta con el mayor calor del medio día, recogía piedras en el desierto, con las que edificaba celdas para los que no las tenían, y que todos los años hacía una de ellas. Como el mismo autor quiso representarle un día que no debía en su edad matar de aquella manera su cuerpo con un trabajo tan fatigoso y con insupportables calores, le respondió: « Yo quiero matarlo puesto que él me mata. »

No comía al día más que seis onzas de pan con un pequeño puñado de yerbas, y no bebía sino un poco de agua. Paladio, que estuvo algun tiempo con él, añade que jamás le había visto extender los piés ni echarse sobre la cama para dormir; sino que pasaba la noche sentado, haciendo cuerdas con la corteza de palmera para ganarse la vida. Sus demás discípulos, á quienes este escritor preguntó si había hecho siempre lo mismo, le confesaron que desde su más temprana juventud, había vivido de esta manera, dormitando solamente algunas veces mientras trabajaba ó comía, de suerte que cuando quería comer, se le veía frecuentemente caer el pan de la boca. ¡ Tan oprimido estaba por el sueño ! Quiso él una vez obligarle á acostarse por un poco de tiempo sobre una estera de juncos; pero él le dijo: « Cuando vos persuadais á los ángeles que duerman, podreis tambien persuadirlo á los que quieren adelantarse en la virtud. »

El mismo autor cuenta de él un hecho que prueba cuán viva era su fé. « Acercándose el tiempo de comer, dice él, me envió á la hora de nona para sacar agua; pero habiendo ido al pozo, vi dentro un áspid, que me espantó tanto que volví á él corriendo, y le dije: « ¡ Ah, Padre mio! Esta-

mos perdidos; he visto un áspid en vuestro pozo. » Entonces, sin conmoverse por este accidente sino, al contrario meneando la cabeza y sonriéndose dulcemente, me respondió: « ¿ Y qué? ¿ si el demonio se atreviese á echar serpientes y áspides en todos los pozos ú otros animales venenosos en todas las fuentes, no beberíais pues nunca? » Al mismo tiempo se levantó y fuése derecho al pozo, donde despues de haber sacado agua, hizo la señal de la cruz, diciendo: « Toda la malicia del demonio quede sin fuerza en presencia de la señal de la cruz; » y bebió al instante de aquella agua, ayuno como estaba. »

EL ABAD TEODORO DE LAS CELDAS

Casiano hace el elogio del abad Teodoro en sus *Instituciones monásticas*. Representale como un hombre de gran santidad y estremadamente hábil, no solo en todo lo que atañe á la ciencia de la práctica de las virtudes, sino tambien á la inteligencia de la Escritura.

Queremos traer aquí la conferencia que Casiano le atribuye y recordar el acontecimiento que á ella dió lugar.

« En el lugar de Palestina que está próximo á la aldea de Tecué, dice este autor, hay una vasta soledad que se extiende hasta la Arabia; y en este desierto fué donde moraron largo tiempo excelentes anacoretas, los cuales, despues de una vida muy santa, fueron cruelmente muertos por unos Sarracenos... Nosotros quedamos vivamente apesadumbrados por el escándalo que nosotros mismos y algunos de nuestros hermanos sentimos por su muerte; y nos ad-

miramos de cómo Dios podía sufrir que hombres tan eminentes en piedad y en toda clase de virtudes, pereciesen á mano de aquellos impios.

« Llenos pues de profunda tristeza, fuimos á encontrar con este propósito al santo abad Teodoro, el cual era un hombre eminente en la vida activa, á la que estaba entregado. Vivía en el lugar llamado de las Celdas..... Manifestámosle nuestras quejas por la muerte de aquellos grandes hombres, y le dijimos que nos admirábamos de la paciencia de Dios al permitir que personas de tal mérito pereciesen de una manera tan deplorable, y que era muy extraño que unos santos que por la fuerza y el peso de su santidad habrían debido libertar á los otros de un accidente semejante, no hubiesen podido libertarse á sí mismos de las manos de aquellos sacrílegos. Finalmente, rogándole que nos explicase cómo Dios había podido consentir que unos malvados tuviesen tanto poder sobre sus siervos, el bienaventurado Teodoro nos respondió de esta manera ;

« Esta pregunta, hermanos míos, sorprende de ordinario á los que, no teniendo sino poca fé y luz, creen que los santos deben recibir en esta vida tan corta la recompensa de sus méritos, que Dios les reserva en el cielo. Pero á nosotros, tenemos otros pensamientos. No esperamos en Jesucristo solamente en esta vida, porque entonces seríamos, como dice San Pablo, los más miserables de todos los hombres, no teniendo en la tierra ninguna recompensa, y haciéndonos nuestra infidelidad perder la del cielo.

« Debemos pues defendernos del error de tales personas, por miedo de que teniéndonos la ignorancia de la verdad en la incertidumbre y suspension en medio de las tentaciones, no caigamos en la misma desconfianza que ellos, mirando una injusticia en Dios, o lo que es todavía más horrible, como una negligencia y un abandono de todo cuanto se hace sobre la tierra, la no proteccion á sus más grandes

santos, cuando se encuentran en semejantes peligros, y porque no hace el bien á los buenos, y el mal á los malos ya en esta vida.....

« Por esto, hijos míos, para librarnos de esta grosera ignorancia, que es la fuente y raiz de este detestable error, debemos primeramente saber cuál es el verdadero bien y el verdadero mal, y siguiendo este discernimiento, no la falsa imaginacion del pueblo, sino los oráculos de la Escritura, no caeremos en los extravíos de esos infieles e impios. »

Despues de este preludeo, el abad Teodoro estableció por principio que todo cuanto hay en este mundo es ó bueno, ó malo, ó indiferente. « Nada hay verdaderamente bueno, prosigue él, sino la virtud que nos lleva á Dios. Nada hay verdaderamente malo sino el pecado que nos separa de Dios. Las cosas indiferentes son las que ocupan un medio entre el bien y el mal, y pueden pasar al uno ó al otro segun el afecto de aquel que las usa, como son las riquezas, el poder, el honor, la fuerza del cuerpo, la salud, la hermosura, la misma vida y la muerte, la pobreza, la debilidad y enfermedad, las injurias y las otras cosas semejantes, de las que puede uno servirse bien ó mal indiferentemente, segun las diferentes cualidades de aquellos que las poseen.

« Supuesta esta distincion, prosigue el abad Teodoro, examinemos si Dios ha enviado jamás por sí mismo algun mal á algunos de los santos, ó si ha permitido que los otros se lo hiciesen. Esto es lo que nunca encontraremos ; porque nadie ha podido jamás hacer caer en el verdadero mal, que es el pecado, al que al mismo tiene aversion y le resiste ; sino solamente á aquellos que en él han consentido y que le han dado entrada en sí mismos por la malicia de su corazon y la depravacion de su voluntad. El demonio empleó realmente todos sus artificios contra el bienaventurado Job, para hacerle caer en el pecado, pero no pudo,

á pesar de todas los males que le causó, hacerle caer en el verdadero mal.

« No hay que crer, pues, que los males que algunas veces nos hacen sufrir nuestros enemigos, ó cualquier otra persona, sean verdaderos males; sino que son del número de las cosas indiferentes. Aun cuando aquel que, estando arrebatado de furor trata mal á otro, se imagina hacerle grandes males, estos serán sin embargo siempre tales como los cree, no el que los hace sino el que los sufre. Asi que, cuando se hace morir á un hombre justo, no hay que creer que le sucede algun mal; sino solamente una cosa que puede ser buena ó mala; porque la muerte que es un mal, es un bien para el justo, puesto que le libra de todos los males..... La muerte no entristece al hombre justo; y si la malicia de sus enemigos previene el orden de la naturaleza, haciéndole sufrir una muerte precipitada, el justo no hace sino librarse más pronto de un tributo que necesariamente debía pagar alguna vez, y recibe la corona eterna como el premio de sus sufrimientos y de su muerte. »

El abad German presentó á este propósito la siguiente dificultad: « Padre mio, dijo, si la muerte es tan útil al hombre justo, no se debe acusar al que le mata, puesto que en vez de dañarle, sirve para su salud. »

« No hablamos aqui, respondió el abad Teodoro, sino de las cosas que son en sí mismas buenas ó malas, y no de la intencion de los que las hacen. La paciencia y la virtud del justo es su corona en sus sufrimientos y en su muerte, y no la justificacion del que la atormenta ó le mata. Asi que la crueldad del perseguidor será castigada por el mal que ha querido hacer al justo, y sin embargo el justo no ha sufrido mal alguno, porque su paciencia ha cambiado en bien el que se le quiso hacer.

« La paciencia incomparable de Job de nada sirvió al demonio; pero sirvió á Job que sufrió estas pruebas con un

valor invencible. Y Judas no está exento de los suplicios eternos, á pesar de que su traicion contribuyó á la salud de los hombres; porque no hay que considerar cuál es el fruto de una accion, sino cuál es la intencion del que obra.

« Sabemos, dice San Pablo, que todo contribuye al bien de los que aman á Dios (Rom. 8.). Cuando dice que todo contribuye al bien, comprende en esta palabra *todo*, no solamente la prosperidad sino lo que se llama adversidad; y este grande Apóstol muestra que él mismo ha pasado por esos males, cuando habla de la siguiente manera: Por las armas de la justicia ya á la derecha ya á la izquierda, esto es, por la gloria y la infamia, por la buena reputacion ó la mala, etc. (II Cor. 6.)

« Todo lo que pasa pues por prosperidad y que ocupa la derecha, como la gloria y la buena reputacion, y todo lo que pasa por adversidad y ocupa la izquierda, segun San Pablo, como la infamia y la mala reputacion, se convierte para un hombre perfectamente justo en armas de justicia, cuando lo sufre con un corazon grande y no se deja abatir. Pero para los que cambian á todo momento y que toman una diferente disposicion de corazon, segun los diferentes acontecimientos de la vida, deben escuchar esta palabra que para ellos se dijo: El loco cambia como la luna. (Eccle. 27.); y como se dice de los sábios y perfectos, que todo contribuye á su bien, se dice de las personas débiles é imprudentes: Todo se convierte en mal para el hombre imprudente, porque ni se aprovecha en la prosperidad ni se corrige en la adversidad. » (Prov. 14, sec. LXX.)

« Los justos son figurados en la Escritura por aquellos á quienes se llama ambidextros, como Aod del cual se habla en los Jueces, quien se servía de la mano derecha lo mismo que de la izquierda. Esta figura se cumplirá en nosotros, si manejando con cuidado la prosperidad que ocupa el lugar de la derecha y la adversidad que ocupa el de la izquierda

nos servimos de estos dos estados como de la mano derecha, cambiando en armas de justicia como dice San Pablo, lo bueno ó malo que nos acontece en la vida. »

Despues de estas hermosas reflexiones sobre el buen uso que los justos hacen de la prosperidad y de la adversidad, el abad Teodoro añade una muy útil digresion, sobre las diversas causas de la aflicciones que Dios envia á los hombres, á los unos en su bondad y á los otros en su cólera.

« Hay, dice él, tres razones por las cuales son tentados todos los hombres. Frecuentemente es para probarles, como probó á Abraham á Job y á muchos otros santos; algunas veces es para purificarles, como cuando permite que por pecados pequeños que los santos cometen ó para reprimir la complacencia que podrian tener por su santidad, sean probados con diversas suertes de tentaciones. En este sentido dice San Pablo: « Hijo mio, no olvides la coreccion del Señor, y no te causes de sus reprensiones. » Otras veces tambien, es para castigarles. enviando aflicciones para castigar a los que se las han atraído con sus crímenes, á se gun aquellas palabras de David: Las llagas con que Dios castiga al pecador, son en gran número. (Psal. 31.)

« Algunas veces Dios se propone en ellos su sola gloria y la manifestacion de sus maravillas como cuando Jesucristo dijo del ciego de nacimiento que no era él quien habia pecado, ni sus padres sino que este mal le habia sucedido á fin de que la obra de Dios fuese manifestada en él. (Joan. 9.).

« Hay otros castigos con que Dios hiere oportunamente los grandes excesos y las impiedades extraordinarias de algunos pecadores no comunes como Datan, Coré y Abiron. En este número pueden colocarse aquellas personas detestables, de las que dice San Pablo que Dios las ha abandonado á vergonzosas pasiones y al sentido réprobo, lo cuales el mas terrible de todos los castigos.

« Finalmente hay tambien otras causas de aquellas venganzas severas que Dios ejerce contra los que han caído en grandes excesos, y no es para espiar sus crímenes sino para contener á los otros con su ejemplo, é infundirles terror. De esta manera se portó con Jeroboam, Baasa, hijo de Ahia, Acab y Jezabel. »

Volviendo despues de esta digresion á su primer asunto, el abad Teodoro dijo, que no hay que comparar al justo con la cera que toma todas las formas que se le quieren dar; sino que semejante á un sello de diamante, conserva inviolablemente la figura que Dios ha impreso en su corazon, muy lejos de ser alterada por los diversos acontecimientos de la vida.

A este propósito el abad German le preguntó si nuestra alma podia conservarse siempre en un mismo estado y en una misma disposicion en esta vida. El abad Teodoro le dió por respuesta las admirables instrucciones que en sustancia vamos á referir.

« Nosotros reconocemos en nuestra religion que no hay más que Dios que sea inmutable, porque no hay más que él que por su naturaleza sea siempre bueno, siempre lleno, siempre perfecto, sin que jamás se le pueda añadir ni disminuir cosa alguna. En cuanto á nosotros, en la inconstancia que nos es propia, debemos adelantar siempre en la virtud con un cuidado infatigable y un continuo ejercicio, por miedo de que, cesando de aprovecharnos, no nos relajemos tan pronto. El alma no puede permanecer aqui en un mismo estado sin crecer ó decrecer en la virtud. El no adquirir más es perder, y tan pronto como el deseo de adelantar se aparta de nosotros, corremos peligro de volver á caer. Semejantes á una persona que á fuerza de remos hace subir una barca contra la corriente de un rápido rio, y que debe necesariamente ó adelantar, rechazando con pena la impetuosidad del agua, ó volver atrás de repente, si se relaja en su trabajo. »

« He ahí porqué es de extrema importancia á un solitario el permanecer siempre en su celda ; pues cuantas veces salga de ella por viajes inútiles, encontrará al volver que le parecerá completamente nueva, y se verá tan sorprendido y turbado como si solo empezase á morar en ella. Asi que, cuando deja debilitar este fervor de espíritu que había adquirido con un largo retiro no puede repararlo más que con trabajo y con gran pena.

« Y no creamos, que cuando alguno cae en el crimen esta caída le haya sucedido de golpe ; sino que ó bien ha habido algun defecto esencial en el principio de su conversion, ó habiéndose relajado durante mucho tiempo y habiéndose hecho fuertes en él los malos hábitos, á medida que las virtudes se le iban debilitando, despues de haber decaido poco á poco á de los ojos de Dios, cayó de golpe de á los ojos de los hombres. »

DISCIPLINA MONASTICA

DE LOS SOLITARIOS DE NITRIA Y DE LAS CELDAS.

El desierto de Nitria estaba habitado por cerca de cinco mil solitarios que vivian en una grande union y se aplicaban mucho al estudio de los libros Santos. Estaban distribuidos en cincuenta monasterios. Sobre lo cual hay que observar que el nombre de monasterio se da indiferentemente en las *Vidas de los Padres* á la habitacion de uno solo ó de dos ó más monjes. Y en efecto, era permitido á los solitarios de Nitria habitar solos, ó dos y tres juntos, ó hasta en mayor número, segun que lo deseaban. San Amon primer padre ó

al menos restaurador del estado monástico en aquel desierto, lo había arreglado así desde el principio.

Había en aquella soledad una iglesia muy grande y capaz de contener aquella numerosa multitud de religiosos que á ella iban regularmente los sábados y domingos, vacando los demás dias de la semana á sus ejercicios de piedad en sus propios monasterios.

Esta iglesia estaba servida por ocho sacerdotes ; pero no había más que uno, que ofreciese el santo sacrificio, decidiese las materias ó hiciese la exhortacion á los hermanos mientras vivia, contentándose los otros con permanecer sentados en silencio junto á él. Asi que nadie podia proponer en público cosa alguna sin su permiso, ó que él mismo no lo hiciese.

Había en la misma iglesia tres disciplinas suspendidas en tres palmeras, una de las cuales servia para corregir á los monges que habían cometido alguna falta, las otras para castigar á los ladrones, si se encontraba alguno, ó á los que llegaban por casualidad á aquel lugar, y eran convencidos de haber cometido alguna fechoria ; porque entonces se hacia que el culpable se abrazase con una palmera, y despues de haberle dado un cierto número de golpes se le despedia. Este es un ejemplo muy antiguo de la disciplina, que el fervor de los santos penitentes hizo frecuente en lo sucesivo. Paladio cuenta esto como testigo ocular. Vamos á recoger de él, de Rufino, y principalmente de San Gerónimo, lo que queda por decir de las prácticas de aquellos solitarios ; porque aun cuando lo que este gran doctor ha dicho sobre esto, pueda aplicarse á los otros religiosos de los contornos de Alejandria, que solo estaba separada del monte de Nitria por el vasto lago de la Mareote, no lo entiende menos de los de quienes tratamos, habiendo visitado los unos y los otros y no distinguiéndolos en su narracion. Al contrario parece desiguarlos más particularmente,

« He ahí porqué es de extrema importancia á un solitario el permanecer siempre en su celda ; pues cuantas veces salga de ella por viajes inútiles, encontrará al volver que le parecerá completamente nueva, y se verá tan sorprendido y turbado como si solo empezase á morar en ella. Asi que, cuando deja debilitar este fervor de espíritu que había adquirido con un largo retiro no puede repararlo más que con trabajo y con gran pena.

« Y no creamos, que cuando alguno cae en el crimen esta caída le haya sucedido de golpe ; sino que ó bien ha habido algun defecto esencial en el principio de su conversion, ó habiéndose relajado durante mucho tiempo y habiéndose hecho fuertes en él los malos hábitos, á medida que las virtudes se le iban debilitando, despues de haber decaido poco á poco á de los ojos de Dios, cayó de golpe de á los ojos de los hombres. »

DISCIPLINA MONASTICA

DE LOS SOLITARIOS DE NITRIA Y DE LAS CELDAS.

El desierto de Nitria estaba habitado por cerca de cinco mil solitarios que vivian en una grande union y se aplicaban mucho al estudio de los libros Santos. Estaban distribuidos en cincuenta monasterios. Sobre lo cual hay que observar que el nombre de monasterio se da indiferentemente en las *Vidas de los Padres* á la habitacion de uno solo ó de dos ó más monjes. Y en efecto, era permitido á los solitarios de Nitria habitar solos, ó dos y tres juntos, ó hasta en mayor número, segun que lo deseaban. San Amon primer padre ó

al menos restaurador del estado monástico en aquel desierto, lo había arreglado así desde el principio.

Había en aquella soledad una iglesia muy grande y capaz de contener aquella numerosa multitud de religiosos que á ella iban regularmente los sábados y domingos, vacando los demas dias de la semana á sus ejercicios de piedad en sus propios monasterios.

Esta iglesia estaba servida por ocho sacerdotes ; pero no había más que uno, que ofreciese el santo sacrificio, decidiese las materias é hiciese la exhortacion á los hermanos mientras vivia, contentándose los otros con permanecer sentados en silencio junto á él. Asi que nadie podia proponer en público cosa alguna sin su permiso, ó que él mismo no lo hiciese.

Había en la misma iglesia tres disciplinas suspendidas en tres palmeras, una de las cuales servia para corregir á los monges que habían cometido alguna falta, las otras para castigar á los ladrones, si se encontraba alguno, ó á los que llegaban por casualidad á aquel lugar, y eran convencidos de haber cometido alguna fechoria ; porque entonces se hacia que el culpable se abrazase con una palmera, y despues de haberle dado un cierto número de golpes se le despedia. Este es un ejemplo muy antiguo de la disciplina, que el fervor de los santos penitentes hizo frecuente en lo sucesivo. Paladio cuenta esto como testigo ocular. Vamos á recoger de él, de Rufino, y principalmente de San Gerónimo, lo que queda por decir de las prácticas de aquellos solitarios ; porque aun cuando lo que este gran doctor ha dicho sobre esto, pueda aplicarse á los otros religiosos de los contornos de Alejandria, que solo estaba separada del monte de Nitria por el vasto lago de la Mareote, no lo entiende menos de los de quienes tratamos, habiendo visitado los unos y los otros y no distinguiéndolos en su narracion .Al contrario parece desiguarlos más particularmente,

puesto que al mismo tiempo junta allí la santa vida de los anacoretas vecinos que no eran otros que los solitarios de las Celdas, alejados de los demás solamente tres ó cuatro leguas.

1° *El primer deber*, dice San Gerónimo, *al cual se entregan y que sirve de lazo a su sociedad, es obedecer a los ancianos y hacer lo que prescriben*. Era una ley establecida entre los solitarios en general, que para echar un sólido fundamento de virtud en el estado monástico, había de comenzarse por someter la propia voluntad á la de otro. Los que desde el principio sobresalieron en la santa renunciacion de su propia voluntad, fueron los que levantaron más alto el edificio de su perfeccion. Veráse de esto frecuentes ejemplos en el curso de esta obra. Así los Padres de la soledad daban por primera leccion á los que iban á alistarse bajo su conducta, que se desnudasen de su voluntad, que la sometiesen ciegamente á la de un superior y que jamás razonaran sobre las órdenes que de él recibían. También les ordenaban frecuentemente cosas muy penosas ó que parecían chocar con el sentido comun á fin de acostumbrarles mejor á la obediencia ciega; y Dios bendijo más de una vez la docilidad de los jóvenes solitarios para con los ancianos con prodigios que les hacían siempre sentir mejor la necesidad y el mérito de la obediencia.

Los que iban nuevamente al desierto para santificarse en él, á quien quiera que fuese al que se dirigiesen para recibir el hábito monástico, ya fuese á un monasterio, ya á algun solitario en particular debían comenzar por ahí. Si era á un monasterio, dábales un anciano para ejercitarles en la obediencia lo mismo que para instruirles en los demás deberes del estado religioso. Si era á un anacoreta ó bien les enviaba al monasterio ó bien, en el caso que les recibiese en su celda en calidad de discípulos, su primera leccion era de obedecer. Esto era tan universalmente recibido, que es

muy raro encontrar ejemplos contrarios y hablando del Abad Isaac, hemos visto que su maestro Crone y despues el Abad Teodoro de Fermé, no ejercitándole á su gusto, como los demás habían acostumbrado hacerlo, en la práctica de la obediencia, tuvo de ello pesar, y se quejó de lo mismo á los demás Padres del desierto.

Los actos de obediencia que los antiguos prescribían á sus discípulos, no eran muy del gusto del amor propio. Eran, segun hemos dicho, prácticas laboriosas ó que parecían chocar con el sentido comun, ó que habían desconcertado á un espíritu demasiado amante de la razon. Nada era más capaz de humillarles y sujetarles á las leyes de la santa renunciacion; renunciacion que forma el verdadero religioso, y sin la cual jamás se levantará uno á una alta perfeccion. Así que Casiano llama á estas instituciones monásticas, las instituciones de los que renuncian, lo cual no solamente se entiende del retiro del mundo, sino principalmente de la renunciacion de sí mismo sobre todo con la práctica de la obediencia. Y San Juan Clímaco, que escribió mucho tiempo despues que Casiano, muestra en su *Escala santa*, que se observaba el mismo método en su tiempo en el desierto del monte Sinaí; lo cual había él sin duda visto practicar en otros monasterios; porque, despues de haber hablado en los tres primeros grados de la renunciacion del siglo, pasa á la obediencia que pone como el primer grado y el primer ejercicio de los que comienzan en la religion.

Lo que debía alentar á los novicios á dejarse conducir por los ancianos, es que estos no les proponían sus instrucciones como procediendo de sí mismos, sino como habiéndolas recibido de los que les habían precedido, cuyas palabras y ejemplos les citaban frecuentemente.

Cierto es que los solitarios no se picaban mucho de transmitir á la posteridad por medio de historias seguidas las

acciones de los santos que habian habitado los desiertos ; asi que tenemos muy pocas, y hay que confesar que su modestia en este punto nos ha privado de memorias que nos habian edificado mucho ; ellos se contentaban con conservar entre ellos la tradicion de los actos de virtud mas particulares y de las sentencias de los más célebres de entre los mismos, y con trasmitirselas de viva voz de unos á otros, sobre todo en las instrucciones que daban á los más jóvenes, las cuales estos, habiéndose hecho viejos, no dejaban á su vez de dar á sus discípulos segun las habian aprendido de sus maestros en religion.

Por esto leemos frecuentemente en las Actas de los Padres de los desiertos : Un anciano decia : Se cuenta de un anciano : Estas son las instrucciones de un anciano ; y otras espresiones semejantes. Y de ahí tambien nos han llegado esas diferentes recolecciones de las sentencias de los Padres de la soledad, que forman hoy día la parte principal de la historia monástica de Oriente. Esos buenos religiosos comprendian cuán importante era trasmitir sucesivamente á los que venian despues de ellos los saludables consejos que habian recibido ellos mismos de sus predecesores y padres en la vida religiosa, porque esto era trasmitirles al mismo tiempo su espíritu ; y concebian, segun lo probó en lo sucesivo demasadamente la esperiencia, que la relajacion y decadencia de las ordenes proceden ordinariamente de que se apartan de los documentos de los antiguos, más próximos al fervor primitivo y de que se sustituyen costumbres nuevas á las que de ellos se habian recibido.

Nos hemos estendido un poco en este primer punto porque es fundamental y merece por consiguiente una consideracion particular.

2º *Se les distribuye por decurias y por centurias, de modo que un dean ó decurion manda á nueve monges y un centurion á diez decuriones.* Esta distribucion era muy á propósito

para mantener el buen órden. ¿ Cómo un solo superior habria podido vigilar exactamente á cinco mil religiosos sin el concurso de los superiores subalternos ? Al paso que era muy fácil á un dean, que solo tenia bajo su cuidado á nueve religiosos, el estar atento á su conducta, y dar de ella cuenta al centurion, que tenía la inspeccion de diez decurias, y que hacia su relacion al superior ó jefe de todos los solitarios, el cual consiguientemente daba sus órdenes para el bien general y particular de todos. Vese una distribucion poco más ó menos semejante en la regla de San Pacomio. Habia familias, muchas de las cuales componian una casa y muchas casas un monasterio, y cada familia, cada casa, cada monasterio tenian sus prebostes ó superiores subordinados los unos á los otros, y todos sumisos al superior general de la congregacion, el cual basado en la fiel relacion de estos superiores de segundo órden gobernaba aquella multitud de monges con más facilidad y exactitud. Todo estaba en hacer una buena eleccion de aquellos superiores subalternos. Era necesario que tuviesen en el corazon la observancia regular ; que fuesen ellos mismos muy exactos, a fin de que su ejemplo hablase más que sus instrucciones y sirviese de modelo ; que hubiesen combatido bien sus pasiones para enseñar á los otros á combatirlas ; que no se dejasen prevenir fácilmente en favor ó en contra de sus hermanos, y que se hiciesen relaciones justas de su conducta á los que de ella debian dar cuenta, guardando fielmente la verdad y la justicia por miedo de que estos, engañados con las relaciones que la pasion hubiese dictado, no obrasen segun la seduccion. Por estas razones que en Tabennes él estaba sumamente atento en escoger bien á esos superiores subalternos y por esto la regla detalla largamente las buenas cualidades que debian tener ; y está fuera de duda que nose estaba menos atento en los monasterios de Nitria y de las cercanias de Alejandria en

hacer una buena eleccion de los deanes y centuriones.

3° *Moran en particular en celdas separadas unas de otras.*

Lo que aqui dice San Jeronimo no puede enterderse absolutamente de todos los solitarios de Nitria, sino solamente de una parte, y de algunos otros monasterios de los contornos de Alejandria y del recto de Egipto; porque segun lo hemos notado ya, los solitarios de Nitria conforme á los institutos de san Amon podian morar dos y tres en una misma celda. Esto nos dá ocasion de hablar, para mayor esclarecimiento, de las diferentes moradas de los solitarios, segun el diferente estado que abrazaban. Los que han escrito sobre la vida solitaria, han distribuido á los monges en tres clases. La de los cenobitas, la de los ermitaños, y la de los anacoretas. Los cenobitas vivian en la misma cerca de un gran monasterio cuyas celdas estaban juntas unas á otras; los ermitanos no tenian sus celdas cerradas en la misma cerca, sino que estaban separadas unas de otras solo por una distancia razonable, y vivian en sociedad y bajo la dependencia de un superior. De esta manera vivian los solitarios de la montaña de Nitria. Al menos una parte, separadamente, ó por mejor decir algunos, moraban solos en una celda, otros dos ó tres juntos, y otros en mayor número formando una considerable comunidad que podia llamarse un gran monasterio; todos estos religiosos vivian en una estrecha union y bajo la dependencia de los superiores, así subalternos como generales, destinados para gobernarles. Y finalmente los anacoretas habitaban bastante separados, ó en una celda y hasta en cuevas; de lo que se verán muchos ejemplos, como se han visto ya en los libros precedentes. San Pablo ha sido el gran modelo de los anacoretas; San Antonio el de los ermitaños; San Pacomio el de los cenobitas; y si se juntan los solitarios de las Celdas á los de la montaña de Nitria, entre todos juntos encierran estos tres diferentes estados. Por lo demás, no se distin-

guen mucho los anacoretas de los ermitanos, y hay tan poca diferencia de los unos á los otros que ordinariamente se les confunde.

Hemos de notar aqui tambien que aun cuando muchos solitarios de Nitria, viviesen dos o tres juntos, nada tienen de comun con ciertos Monjes cuya conducta han criticado mucho San Jeronimo y Casiano, y á quienes el primero llama *Remoboth*, y Casiano *Sarabaites*. Aquellos vivian, á la verdad tres ó cuatro juntos: pero ademas de que moraban en las cercanias de las ciudades, ó algunas veces en las ciudades mismas, vivian sin dependencia de un superior, y no tenian por regla más que su capricho. He ahí lo que de ellos dice San Jerónimo; « Son gentes desarregladas y universalmente despreciadas: Moran juntos de dos en dos, ó de tres en tres, raras veces en mayor número; viven en la independencia y segun el capricho de sus deseos, etc. » Y Casiano haciendo hablar al abad Piammon en su decima octava conferencia, dice de ellos: « No profesan la vida monástica sino para participar por orgullo de los aplausos que se dan á los verdaderos solitarios, y no para practicar sus deberes. Así que, evitan ellos encerrarse bajo la regla y la disciplina de un monasterio y sujetarse á las Ordenes de un superior; porque no quieren aprender á vencer su voluntad para seguir la de los ancianos, etc. » Por ahí se vé cómo los solitarios de Nitria que vivian dos ó tres juntos, eran diferentes de aquellos falsos monjes. Los primeros vivian en la dependencia de los superiores y practicaban fielmente las otras virtudes monasticas. Los otros, por el contrario, huian del yugo sagrado de la obediencia para conservar su libertad, y no tenian más que el habito de religioso, sin tener sus virtudes y sin practicar sus deberes.

4° *Estáles prohibido juntarse entre sí antes de la hora de nona, y solo los decuriones ó deanes tienen liber-*

tad de visitar á los que están bajo su direccion, á fin de que si alguno se ve atacado por la tentacion, puedan ellos socorrerle y consolarle en sus penas interiores. Este punto de observancia nos enseña en primer lugar que aquellos santos religiosos moraban en sus celdas hasta la hora de nona, esto es hasta las tres de la tarde, vacando en silencio á la lectura, á la oracion ó á la meditacion, y dedicándose al trabajo de las manos sin que nadie se atreviese á interrumpirles en estos santos ejercicios. En segundo lugar, que no les era permitido entrar los unos en las celdas de los otros, y que solo los superiores, deanes ó centuriones podian hacerlo. En tercer lugar, que estos superiores les visitaban frecuentemente, ya para ver por si mismos su conducta en sus celdas, ya tambien para animarles á cumplir sus deberes; para excitarles al fervor, para darles en particular los consejos necesarios, para consolidarles y fortificarles contra las tentaciones de los demonios, y para consolarles en sus penas cuando de ello tenian necesidad. Asi que cumplian diariamente para con ellos los dos principales deberes de un superior que son la vigilancia y la caridad, sin las cuales faltan esencialmente á su cargo, y son más á propósito para perjudicar que para guiar el rebaño que la Providencia les ha confiado.

5º *Se juntan á la hora de nona para cantar salmos para leer la sagrada Escritura.* El punto en que se juntaban para esto no era la iglesia del desierto á la cual no iban sino los sábados y domingos sino que era en una capilla interior ó en una sala bastante vasta para contenerles en gran número. Paladio nos dá una hermosa idea de su fervor (Vit. PP. l. t. 8, c. 7.) en la práctica de este santo ejercicio. « A la hora de nona, dice él, es permitido á cada uno acercarse á los monasterios y escuchar los himnos y canticos que se cantan á Jesucristo y las oraciones que se le dirijen, con tanto fervor y piedad, que hay algunos que se imagi-

nan, al oirles, que su espíritu está levantado hácia el cielo, y que se hallan en un paraíso de delicias. » Excelente modelo para los religiosos cuando están en el coro aplicados á cantar las alabanzas de Dios.

6º *Despues de la oracion y estando todos sentados, aquel á quien llaman su padre se pone en medio de ellos y les hace una exhortacion espiritual.* Esta exhortacion seguia inmediatamente la lectura de la sagrada Escritura, y ordinariamente el superior la hacía sobre lo que de ella se había leído. Esto es lo que aparece por las homilias ascéticas que tenemos en la *Biblioteca de los Padres*, tanto de San Macario como de algunos otros Padres de los religiosos. No es verosímil que fuésen los deanes los que hacían estas exhortaciones, pues su autoridad se extendia sobre muy pocos monges y era demasiado subordinada para que se les diese el título de *Padre*; al menos si se les daba, parece por el sentido de San Jerónimo que aquel de quien habla tenía una autoridad más considerable, asi que podía ser el centurion, que tenía diez deanes debajo de él; ó aquel que era superior de los mismos centuriones, y gobernaba todos los monasterios del desierto, como habría sido San Amon. Es sin embargo verosímil que los centuriones eran los que desempeñaban ordinariamente esta funcion, puesto que los que estaban sobre ellos no podian sino con dificultad reunir todos los días á los religiosos de todos los monasterios; pero tambien podía al visitar los monasterios reunir en ellos cuando quería, en cada centuria, á los religiosos que la formaban y hacerles una exhortacion, como lo hacía San Pacomio y despues de él Teodoro el Santificado al visitar los monasterios de Tabennes. San Jerónimo refiere en los siguientes términos con qué respeto y piedad aquellos religiosos escuchaban entonces la palabra de Dios. « Mientras habla, dice él, todos los demás guardan un profundo silencio, y nadie se atreve á escupir ni á levantar los ojos. Solo le

aplauden con las lágrimas que en silencio derraman, ahogando hasta los suspiros que hacen nacer la compuncion. Pero cuando se pasa á hablarles del reino de Jesucristo, de la felicidad futura y de la gloria que les está prometida, entonces levantando los ojos al cielo y dejando escapar algunos suspiros, dicen dentro de sí mismos: *¿Quién me dará alas como de paloma, á fin de que pueda volar y descansar?* » (Psal. 54.)

7º *Esto hecho, se separan y van á sentarse á la mesa, cada decuria con su dean.* Por ahí se vé que cada dean y los nueve religiosos que tenía bajo su direccion, comian juntos. ¹

San Jerónimo añade este detalle sobre la disciplina que allí se guardaba y los alimentos que se presentaban: « Sirven, dice él, por turno. cada uno en su semana. Guárdase allí un exacto silencio y no se oye ruido alguno durante toda la refeccion. No tienen por todo alimento sino pan, legumbres y yerbas, que solo se sazonan con pan. Solo los viejos beben vino. Frecuentemente se les dá de comer (porque los otros religiosos no hacian más que una comida despues de la exhortacion de que hemos hablado.) Lo mismo se hacía con los jóvenes, á fin de sostener la vejez de aquellos, y fortificar la debilidad de estos. »

He ahí el buen orden que se observaba en la mesa, el silencio que allí se guardaba, la frugalidad de la refeccion, la condescendencia para con los ancianos y para con la debilidad de la edad; todo prueba en esto la exactitud religiosa, la mortificacion y la caridad.

8º *Despues de la refeccion se levantan de la mesa, dan gracias á Dios, y se retiran á sus celdas, en donde conversan hasta la hora de Vesperas con los de su decuria.* Aquí

¹ Es probable que muchas decurias comian en una misma sala, separadas sin embargo cada una por mesas, y teniendo á su dean á la cabeza.

se ve la costumbre antigua de dar gracias al Señor despues de la refeccion; deber que todo cristiano ha de cumplir fielmente, para dar gracias á Dios del favor que nos ha hecho en darnos nuestro pan de cada dia, como nos ha enseñado él mismo a pedirselo en la Oracion Dominical. No sabemos qué oracion hacian aquellos solitarios, pero San Juan Crisóstomo nos ha conservado una fórmula de la misma, que verosimilmente estaba en uso en los monasterios de Siria, en los que había morado algun tiempo, y que sirve para darnos una idea de la que usaban los solitarios de Nitria. He ahí el tenor de ella: « Bendito seais, Señor, que nos alimentais desde nuestra juventud. Vos que distribuis el alimento á todos los animales, llenad tambien nuestros corazones de una santa alegría, á fin de que habiendo recibido de vuestra liberalidad lo que nos es necesario para el cuerpo, abundemos tambien en buenas obras en Jesucristo Nuestro Señor, que vive y reina con Vos y el Espíritu Santo por todos los siglos. Amen. Os damos gloria, Señor. Os damos gloria, Dios Santo. Os damos gloria, soberano Maestro, que nos habeis concedido nuestro alimento con una bondad que nos colma de alegría. Llenad nuestros corazones con la uncion de vuestro espíritu divino, á fin de que cuando vengais un dia á dar á cada uno segun sus obras, no parezcamos delante de Vos cubiertos de vergüenza, sino más bien con la confianza de ser más agradables á vuestros ojos. »

Habiendo dado de este modo las acciones de gracias á Dios, se retiraban y tenian la libertad de conversar algunos juntos, pero solo de cosas edificantes. Sin Jerónimo señala sus materias más ordinarias: « ¿Habeis vosotros notado, dicen ellos, de cuánta gracia ha prevenido el cielo á este? ¿cuán silencioso es el otro? ¿cuán grave y modesto tiene el porte el de más allá? De esta manera consuelan á los débiles y alientan á los fervorosos á adelantarse más y más

por el camino de la perfeccion. » Tales eran las materias de sus conversaciones ; siempre versaban sobre las virtudes que observaban en los demás y no sobre sus defectos. Así que la maledicencia y la burla estaban proscritas de allí. Versaban sobre los motivos que la piedad proporciona para animarse, alentarse, fortalecerse en la práctica del bien y excitarse en la mayor perfeccion ; y no sobre chanzas ni sobre noticias del siglo. Aquellas eran verdaderas conferencias religiosas de las que estaba proscrito el espíritu del mundo, y de las que muy lejos de salir uno con la conciencia cargada de pecados de la lengua, salía con un corazón penetrado del deseo de trabajar siempre más y más en su perfeccion.

9º *Cuando no hacen sus oraciones en comun, velan en particular en sus celdas durante la noche.* Un piadoso autor hablando de los antiguos solitarios, ha observado que oraban durante la mejor parte de la noche, y añade al mismo tiempo, con justa razon, que su amor á la penitencia y á la contemplacion era tan grande, que solo con pena daban á su cuerpo lo que le era necesario para sostenerle, mientras que el tiempo que empleaban en ocuparse de Dios les parecia siempre muy corto. Así que no se contentaban con las oraciones que hacian durante el dia, ni con las que hacian en comun, sino que atraidos por los encantos y dulzuras de la contemplacion, segun dice el piadoso autor á quien acabamos de citar, robaban todo el tiempo que podian razonablemente tomar al sueño durante la noche, para vacar con mayor libertad á la oracion y meditacion ; más atentos á alimentarse espiritualmente con la consideracion de los bienes celestiales que á satisfacer el cuerpo con el reposo natural.

Lo que en seguida añade San Jerónimo hace ver que las vigiliias de que allí habla no eran precisamente las que estaban prescritas por las reglas, como las oraciones que

se hacian en comun, sino que eran vigiliias y oraciones de supererogacion, que los fervorosos religiosos practicaban, y á las que se procuraba excitar á aquellos á quienes no se reconocía el mismo fervor ; así que no se les imponia penitencias cuando faltaban á ellas, como si fuesen culpables de alguna infraccion á la regla, sino que se contentaban con exhortarles á ser más asiduos á la oracion y á imitar el ejemplo de los más fervorosos, dándoles una alta idea de las ventajas que nos vienen del santo ejercicio de la oracion. « Hay algunos, dice él, que tienen cuidado de girar la ronda y escuchar á la puerta de las celdas, para ver lo que hacen y en qué se ocupan. Si encuentran á alguno que sea tibio y lánguido en sus deberes, no le reprenden, sino que disimulando su semblante, van á verle con más frecuencia y entrando los primeros en materia, le hacen de la oracion un retrato que les conquista en vez de hacerles de ella una ley que les moleste. »

10º *Se les dá todos los dias algun trabajo tasado, y cuando lo han hecho, pónenlo en manos del dean, que lo lleva al ecónomo, y este vá todos los meses á dar cuenta al superior con un respetuoso temor.* Entre los solitarios mirábase el trabajo de las manos como uno de los principales deberes de la vida religiosa. No se le dejaba á eleccion de los religiosos, sino que se les tasaba lo que debian hacer. La obligacion de entregarlo al dean hacian que no pudiesen escapar en esto á la vigilancia del superior. Había que tener hecho lo que se había prescrito ó dar legítimas excusas. El ecónomo que daba cuenta al superior de estos trabajos, nada podía sacar de ellos para emplearlo á su capicho ; porque todo estaba dirigido en los monasterios por la obediencia. Ocupábanse en hacer esteras, redes, túnicas de lino y otras cosas semejantes. Preferian estos trabajos á otros que exigian más accion ó agitacion del cuerpo ; á menos que no fuese para el servicio comun de los herma-

nos, como trabajar en la cocina ó en el jardín, porque los trabajos que podian hacer sentados, más difícilmente les distraian de la presencia de Dios y del santo recogimiento. Algunos se aplicaban tambien á transcribir libros, y finalmente la ociosidad estaba proscrita de los monasterios como un vicio de los más peligrosos.

11° *El ecónomo tiene tambien cuidado de gustar lo que se ha preparado para el alimento de los hermanos.* Los cocineros de los solitarios no tenían mucho que hacer para preparar lo que les presentaban para comer. Más que el condimento les ocupaba la cantidad á causa del gran número de los religiosos; pero cuanto la mortificacion de aquellos fervorosos religiosos les dispensaba de dedicarse mucho á ello, tanto tambien la caridad de los superiores les obligaba á hacerlo con la misma virtud. Así es que cada uno llenaba los deberes del estado y practicaba en él las virtudes religiosas. Los inferiores no exigian condimentos exquisitos por espíritu de mortificacion y de penitencia; y los superiores, los ecónomos y los cocineros, trabajando para los hermanos con un espíritu de caridad, se esmeraban en hacerlo lo más posible, siempre sin embargo dentro de las reglas de la pobreza y mortificacion religiosa.

12° *Como no esta permitido decir que no se tiene ropa, manta o estera para acostarse, el ecónomo arregla todas las cosas con tanta discrecion y prudencia que nadie pide cosa alguna, porque nada les falta.* Pueden notarse aquí dos puntos de gran trascendencia. El primero es la pobreza de esos santos religiosos; una túnica, una manta, una estera para acostarse; he ahí sus muebles. Con esto creian tener todo cuanto les era necesario, á pesar de ser tan poca cosa; y habrían mirado como supérfluo lo que hubiesen tenido á más de esto. Vimos en la vida de San Pambon el juicio que pronunció, segun refiere San Jeró-

nimo, en union con San Macario, Isidoro y los demás ancianos del monte de Nitria, contra un religioso, en cuya celda se habian encontrado despues de su muerte cien escudos que habia reunido hilando lino. Bastantemente muestra cuán detestadas eran por aquellos solitarios la codicia de los bienes del mundo y la propiedad, y cuán estimada era entre ellos la pobreza. El segundo es que, para hacerles practicar esta virtud con más abandono de sí mismo á la cuidados de la Providencia y á la caridad de sus superiores no les era permitido pedir túnica, ni manta, ni otros muebles; sino que el ecónomo estaba encargado de velar sobre todas sus necesidades y hasta de prevenirlas antes de que pudiesen aperebirse de ellas. De modo que los superiores miraban como un objeto principal de su deber y de su atencion, el quitar á sus inferiores todo pretexto de ocuparse de los cuidados de la tierra y hasta de su cuerpo, tanto en lo tocante al vestido como al alimento, á fin de que, libres por ahí de toda solicitud temporal, vacasen únicamente al cuidado de su alma y á su aprovechamiento en la perfeccion de su estado.

13° *Si alguno cae enfermo, se le traslada de su celda á un aposento más grande; y los ancianos toman de él un cuidado tan grande que no tiene motivo de desear ni las delicias de las ciudades de una madre.* San Jerónimo no podía darnos una idea más aventajada del cuidado que se tomaba de los enfermos, sino diciendo que no tenían que desear ni las delicias de las ciudades ni los cuidados de una madre. No es que aquellos solitarios, que miraban esta vida como un destierro, se empeñasen por sí mismos en prolongarla con una excesiva atencion en conservar su salud, ó en recobrarla cuando caian enfermos; sino que cuanto más distaban de relajarse en su penitencia, aun en tiempo de enfermedad, tanto tambien los superiores se creian obligados á ayudarles en sus enfermedades; de suerte que puede

decirse que había entre estos y los inferiores una especie de combate santo, en el cual la caridad de los superiores, que no cedía á la mortificación de sus religiosos, les obligaba por las leyes de la obediencia á recibir con humildad y docilidad todos los auxilios que necesitaban en calidad de enfermos, y que su amor á la penitencia les hubiese impedido buscar por sí mismos, pues que tan poco era el caso que hacían de su cuerpo y de su salud. A este propósito hay que referir lo que dice Paladio, de que había médicos en la montaña de Nitria, por los cuales los religiosos no eran menos socorridos que los forasteros á quienes se recibía en un hospital que se encontraba en el mismo lugar, y del cual hablaremos despues.

14º *El domingo no se ocupen sino en la lectura y en la oracion. A esto mismo dediquense en todo tiempo, despues del trabajo manual.* He ahí toda la ocupacion de estos santos solitarios: la lectura, la oracion, y el trabajo de las manos. Pasaban de uno á otro de estos ejercicios, y aun durante el trabajo no interrumpian la oracion, levantando frecuentemente sus corazones á Dios con cortos y fervorosos afectos. Así que no se toleraban entre ellos charlatanes, contadores de nuevas, ó religiosos disipados y vagamundos. Eran necesario que estuviesen siempre aplicados á leer, ú orar, ó trabajar. Y he ahí á religiosos que se hallaban verdaderamente en su estado.

15º *Todos los dias aprendon alguna cosa de la sagrada Escritura.* Los solitarios hacían su estudio principal en las santas Escrituras. En estas diversas fuentes bebían la materia de sus oraciones y consideraciones. De la lectura de los Libros santos hacían el alimento espiritual y diario de su alma, y estudiando en ellos sin cesar la ley del señor y las verdades de la religion, se animaban á conformar á ellas su conducta. Los de Nitria, sobre todo, gozaban de la reputacion de aplicarse mucho á este estudio. He ahí cómo ha-

bla de ellos Rufino: « Jamás hemos visto una tan fuerte meditacion, una tan grande inteligencia de las sagradas Escrituras ni ocupaciones tan continuas en la ciencia de los Santos. Esto era hasta tal punto que no había ninguno de ellos, á quien no pudiese mirarse como un doctor en lo que atañe á la sabiduría divina »¹.

16º *Ayunne igualmente durante todo el año, escepto en cuaresma, en que les es permitido redoblar sus mortificaciones y sus austeridades. Desde Pascua hasta Pentecostés se cambia la cena en comida, ya para conformarse á la tradicion de la Iglesia, ya por miedo de que se cargue demasiado el estómago haciendo dos refecciones al dia.* Era ley general de los santos solitarios el no hacer más que una refeccion al dia; y aun esta tan módica, que no daban en ella á su cuerpo más que lo puramente necesario.

En cuaresma se contentaban con pan y agua; mientras que en los otros tiempos comían yerbas y legumbres. Esto digo de los que vivían en los monasterios; porque en cuanto á los anacoretas, era una regla universalmente recibida entre ellos el contentarse con pan y sal. Los anacoretas, dice San Jerónimo, al salir de los monasterios, no se llevan

¹ Tal es el testimonio que Rufino ha dado de ellos; pero debemos hacer notar aquí que habiendo caído este autor en los errores de Origenes, quiso sin duda ensalzar el mérito y la doctrina de algunos solitarios de Nitria que habían caído también en aquellos errores; y si la lectura de los Libros sagrados sirvió para la edificación de los santos religiosos de aquel desierto, hubo también quienes abusaron de ella ya por una grosera ignorancia, como hicieron los antropomorfistas, los cuales tomando á la letra aquellas palabras del Génesis: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*, creyeron que Dios tenía un cuerpo como nosotros, ya por no haber seguido las interpretaciones católicas de los santos Padres, como hicieron los origenistas que se entregaron á las especulaciones de Origenes, y adoptaron sus errores. Lo cual hizo decir á San Jerónimo que habiendo estado en el desierto de Nitria, había descubierto entre aquella multitud de santos solitarios que lo habitaban, áspides que estaban allí escondidos; queriendo con esto dar á entender los secuaces de Origenes.

consigo al desierto más que pan y sal. Podemos añadir que muchos ni siquiera comían pan y que vivían solamente de yerbas crudas y de raíces que crecían cerca de sus celdas. Los cenobitas adelantaban la hora de la refección desde Pascua hasta Pentecostés. Era una especie de templanza del rigor del ayuno en aquel tiempo de alegría en el Señor, á causa de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo; pero si comían entonces, no era para cenar después. Por la noche conservaban siempre su costumbre de no comer más que una vez al día. Tal es la regla que los cenobitas ó conventuales de Egipto guardaban, según refiere San Jerónimo, y que se observaba en el desierto de Nitria.

Hay que añadir aquí que Paladio y Rufino hablan de la caridad de los solitarios de Nitria para con los forasteros y de la hospitalidad que ejercitaban. « Hay, dice Paladio, sobre la montaña de Nitria, siete molinos que sirven para los solitarios de quienes he hablado, y para los anacoretas esparcidos por la soledad (esto es por el desierto de las celdas). Al lado de la iglesia se ha edificado también un hospital, en el que se recibe en todo tiempo á los forasteros que allí llegan, sin despedirles hasta que se retiran por sí mismos, aun cuando permaneciesen allí dos ó tres años. La costumbre es que no se les obliga á hacer cosa alguna durante la primera semana; pero después se les destina á diversos trabajos, quiénes al jardín quiénes al molino ó á la cocina. Si se encuentra alguno que merezca que se tome de él un cuidado más particular (ya por razón de su cualidad, ya por la delicadeza de su complexión que no le permite hacer trabajos penosos), se le da á leer un libro, sin permitirle hablar con nadie hasta la hora de sexta. »

Rufino cuenta también en estos términos la hospitalidad que ejercitaron para con él y sus compañeros de viaje. « Tan pronto como nos acercamos á Nitria y ellos reconocieron que éramos hermanos forasteros, salieron de sus

celdas, á la manera de un enjambre de abejas, y nos salieron al encuentro con gran alegría, y muchos de ellos nos trajeron pan y peles de cabra llenas de agua. Nos llevaron en seguida á la iglesia cantando salmos, y después nos lavaron los pies y los enjugaron con lienzos como para descansar de la fatiga del camino; pero en realidad era para atraer sobre nuestras almas una fuerza espiritual por la caridad que ejercitaban para con nosotros. ¿Qué más diré yo de su humanidad, de su caridad y del placer que testimoniaban todos en mostrarnos su afecto con todos los servicios que nos podían hacer? Cada uno se esforzaba como á competencia en llevarnos á su celda; y esto no era solamente para satisfacer á los deberes de la hospitalidad, sino también para darnos instrucciones sobre la humildad, la dulzura y las virtudes que practican de una manera perfecta, y que pueden aprenderse entre ellos como que son personas enteramente separadas del mundo. »

Réstanos hablar de los solitarios del desierto de las Celdas ó Celditas; este es aquel en el que, como dijimos en la Vida de San Amón, San Antonio plantó una cruz para señalar, el sitio que debían habitar aquellos discípulos de este Santo que deseaban vivir como anacoretas, después de haber vivido muchos años en el monasterio en el ejercicio de la obediencia. He ahí lo que refiere Rufino de la disciplina que observaban. « Hay, dice él, otro lugar en el fondo del desierto, alejado unas diez millas de Nitria, que lleva el nombre de Celdas, á causa de que hay allí un muy gran número de ellas dispersas acá y allá, y todas separadas. Allí se retiran aquellos que, después de haber sido educados en el monasterio de Nitria, é instruidos en la práctica de todas las virtudes religiosas, desean llevar una vida más oculta y retirada; porque este desierto es muy vasto, y las celdas están allí de tal manera separadas unas de otras, que sus habitantes no pueden verse ni oírse. »

No hay más que un solitario en cada celda. Guárdase en ellas un profundo silencio y se vive en las mismas con gran reposo; solamente se encuentran los sábados y domingos juntos en la iglesia, en la que se ven como si bajasen del cielo á la tierra. Si sucede que alguno de ellos falta á aquella asamblea, conjeturan que ha estado impedido por alguna incomodidad que le ha retenido en su celda, y van á verle, no juntos, sino unos despues de otros; y si tienen alguna cosa que crean poderle ser agradable, no dejan de llevársela. Este es el solo motivo por el cual se atreven á turbar su silencio y el reposo de su soledad, á menos que haya alguno que sea muy capaz de instruir á los otros con sus palabras, y consolarles y edificarles con sus discursos.

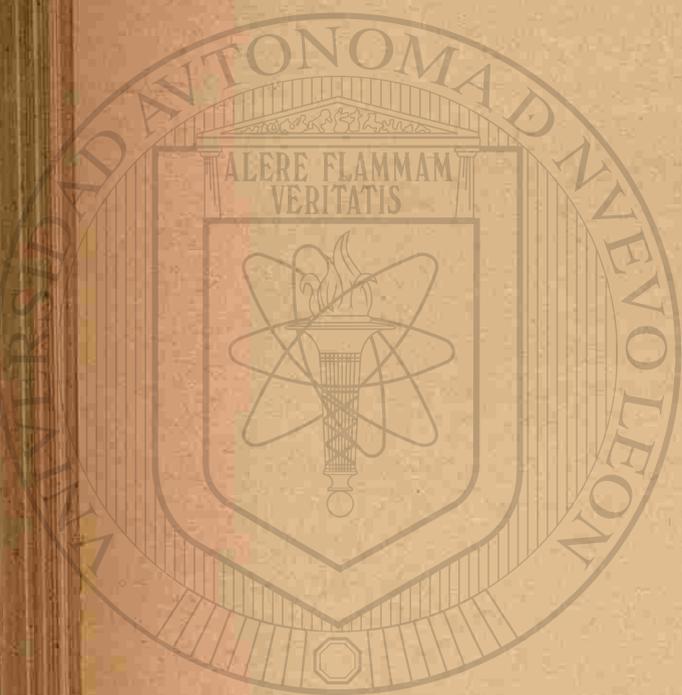
Muchos de ellos van á la iglesia desde la distancia de tres ó cuatro millas; Tan apartadas son unas de otras sus celdas! La caridad y el afecto que les une, no solamente entre ellos sino tambien con los demás solitarios es tan grande, que es un motivo de admiracion y de buen ejemplo á todo el mundo.

Rufino añade que cuando se presentaban muchos para vivir como, solitarios al instante los hermanos se ponian en gran número á edificarles celdas, y durante este tiempo se llevaba á los reciénvenidos á la iglesia, desde donde, volviendo por la noche, era introducido cada uno en la celda que debía habitar. En ella encontraban todo cuanto era necesario, habiendo llevado á ella en secreto cada solitario los pequeños muebles que eran necesarios y provisiones para su manutencion.

La abstinencia de los solitarios era tan grande que algunos se privaban de comer pan y no usaban agua sino con medida, lo cual, en un punto como aquel, era una gran privacion. El mayor número vivia de pan y sal; de suerte que entre aquella multitud de religiosos (no eran menos de

seiscientos), apenas se habría encontrado uno solo que gustase aceite, aun cuando esto era permitido. Muchos de ellos, en vez de acostarse, dormian de pié ó sentados y pasaban frecuentemente toda la noche en la contemplacion de las verdades divinas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



INDICE

	Paginas
PRÓLOGO.	1
INTRODUCCION.	9
OJEADA HISTÓRICA sobre la situacion de la Iglesia y del Imperio en el Siglo IV.	25

Primera Parte

SOLITARIOS DE LA TEBAIDA.

San Pablo, primer ermitaño.	33
San Antonio, primer Padre de los solitarios de Egipto.	44
Capítulo II.	53
Capítulo III.	69
Capítulo IV.	83
Las Obras de San Antonio.	100
Discípulos de San Antonio.	119
San Pablo el Simple.	132
San Sisoés ó Sisois.	141
San Juan de Egipto.	152
Capítulo I.	152
Capítulo II.	164
San Apolo ó Apolon, abad en la Baja-Tebaida.	178
San Ammon y San Onofre, anacoretas en la Baja-Tebaida.	192

	Paginas.
El monasterio del abad Isidoro.	196
San Pafnucio abad, y Santa Tais penitente.	198
San Mucio ó Patermucio, penitente y abad en la Baja-Tebaida, y Coprez sacerdote y abad, su discipulo.	206
La ciudad de Oxyrhynca.	216
San Pacomio. — Institucion de la órden de Tabennes en la Alta-Tebaida.	222
Capitulo I.	222
Capitulo II.	238
Capitulo III.	252
Capitulo IV.	264
Petronio y Orsise, discipulos de San Pacomio y sus sucesores en el gobierno de la Orden.	278
San Teodoro el Santificado, discipulo de San Pacomio y abad de Tabennes.	290
Capitulo I.	290
Capitulo II.	306
Algunos discipulos de San Pacomio.	336
Disciplina monástica de Tabennes.	351
Capitulo I.	353
Capitulo II.	373
Las religiosas de Tabennes.	390
Santa Eufrasia.	399

Segunda Parte

SOLITARIOS DE NITRIA, DE LAS CELDAS Y DE FERMO.

San Amon, su doctrina y sus discipulos.	420
San Pior.	435
El abad Hor ú Or y su discipulo Atreo.	442
San Pambon.	448
Algunos solitarios del desierto de Nitria.	458
Persecucion de los solitarios de Nitria bajo el emperador Valente.	472

	Paginas.
El desierto de las Celdas y San Macario de Alejandria.	479
El abad Benjamin y otros solitarios de las Celdas.	506
El abad Teodoro de las Celdas.	519
Disciplina monástica de los solitarios de Nitria y de las Celdas.	526

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

